



Jugando con fuego **3**

CAPÍTULO 1

Sabía que podría luchar para despertarme, pero prefería aquel limbo, aquel espacio inexacto entre soñar y divagar, pues aquel sueño semi consciente me estaba mostrando verdades con más claridad que si estuviera totalmente despierto.

El lugar era nítido, conocido para mí en el sueño, la casa de un amigo. Me sentía a gusto. Me rodeaba gente conocida, gente con la que podía ser yo. Sin embargo, había en mi interior una desazón, algo había cambiado. Era algo descorazonador, doloroso. E irremediable. No había habido un impacto único, sino un proceso. Estaba claro, todos allí lo sabíamos, aunque no hablábamos de ello; no por mi dolor, sino porque hacía tiempo que la ruptura se había producido.

Solo me aliviaba esa pequeña consciencia de saber que estás soñando, pero no queríairme, quería seguir en aquella casa, en aquel salón, ayudando a servir la cena, por lo que aquellos sentimientos pudieran descubrirme.

Sentía el pecho oprimido, como si no pudiera coger todo el aire que quisiera. La ausencia de aire era la ausencia de María en mi vida.

Compartía conversaciones intrascendentes mientras me preguntaba sino había hecho absolutamente todo lo posible para que María me acabara dejando. Un año, casi entero, maquinando, conspirando, manipulando, empujando, para un objetivo.

Lo curioso era que no llegaba a sentir culpa. Y no la sentía precisamente porque su actitud final me contrarrestaba. Como si su disfrute en sus encuentros sexuales me exonerara. Como si el hecho de yo revelarle cosas que ella en el fondo quería, la hicieran a ella tan culpable como a mí, pues no le había hecho crecer en ella un sentimiento, sino que solo lo había liberado.

Pero el dolor era terrible. Y aun no habiendo culpa, había conciencia de la sinrazón.

Germán sentado a mi lado. Mi confidente, mi confidente real. Pues mi otro confidente había sido Edu. Qué absurda locura, o no. Me miraba mi amigo con ojos comprensivos pero a la vez sin entenderme, sintiendo empatía por mi dolor, pero no por mi comportamiento. A su vez había un “te lo dije” permanente. Y yo sabía que no había atendido a sus consejos, si bien no recordaba cuales habían sido, más allá de buscar a un tercero formal, profesional, entre comillas, como si aquello fuera a arreglar algo. Como si el problema fuera el quién y no el qué.

Notaba como se me dormía cada vez más el brazo, y eso hacía alejarme más de aquel sueño consciente y adentrarme más en la realidad. Aquel adormilamiento me hacía tomar consciencia física, de mí y de mi entorno. Un sofá, un sofá conocido, un olor a nada, pues a nada huele tu propia casa. Ya casi completamente despierto recordé qué hacía allí. Recordé como le había escrito a Edu con el beneplácito de María, como ella no le había contestado a Guille ante la propuesta de subir a nuestra casa a follársela. “¿Por qué no?” le había preguntado fingiendo distancia, “porque solo me faltaba que ese idiota sepa donde vivo”, había sido su sádica respuesta. Y aquel sadismo había ido en aumento, llegando a inquina, cuando una vez zanjada la visita de Guille y dejando en el aire la cita con Edu y Víctor, había comenzado a hacerme preguntas. Un cuestionario pernicioso, con superioridad. Juzgador. A la pregunta “¿Por qué siempre te acabas yendo cuando empiezan a follarme como tú no sabes?” no pude responder. Y a la segunda o tercera vez que me recriminó con palabras gruesas decidí abandonar la cama eirme a este incómodo sofá. No sin antes recibir las últimas estocadas, con frases que jamás le había escuchado: “En el fondo eres un cobarde, quieres que me follen pero después te cagas y te vas. Eres un mierda”.

“Eres un mierda”. Jamás me había hablado así, ni le había hablado así a nadie en mi presencia. Y lo peor no era el contenido sino la rabia que se desprendía de su voz, de su tono, de su gesto.

Liberé mi brazo y abrí los ojos. La penumbra era casi total. No dejaba de ser curioso que tan solo veinticuatro horas atrás también hubiera mal dormido en otro sofá; en aquella locura, que tenía tan presente, con imágenes tan nítidas en mi mente, pero que a la vez sentía muy lejanas. Como un compartimento estanco en mi vida.

Mi vida, la noche de la boda con Edu y mi vida otra vez. Mi vida, la noche en aquel antro, y mi vida otra vez. Lo paradójico era que en aquellos compartimentos era cuando más vivo me había sentido.

Miré el reloj, no hacía ni una hora que me había marchado huyendo de mi propio dormitorio. Me había parecido más. Me había venido al salón, dejando a María allí, pero trayendo conmigo todas las incógnitas. Solo parecía tener una cosa clara: no me arrepentía. Aun sabiendo que había el peligro latente de que María me dejara, no me arrepentía. Aun sabiendo que María había quedado con Paula la tarde anterior, seguramente para pedirle consejo o para hablarle de dejarme, no me arrepentía. A pesar de sentirme un enfermo por disfrutar de aquella manera de haber entregado a mi novia a aquellos dos niños pijos, no me arrepentía.

Aquellos dos chicos, aquel antro, aquella noche. Aunque pensara en otra cosa simultáneamente me venían imágenes de todo lo sucedido... De María besándose con aquel chico al que decía odiar... de María chupándose a Álvaro... De mi novia montándole... De cuando ella había dejado de incluirme, de mirarme... De los cuatro en la cama... De Álvaro ensartándose... en el culo... Sus gemidos de dolor y mi dolor silencioso. No contento con eso me preguntaba qué más, qué más habría pasado en aquel dormitorio todas aquellas horas en las que yo había estado ausente. ¿Cómo habían llegado a juntarse los cuatro, los dos amigos y las dos rivales, en el mismo catre? ¿Por qué se había ido Sofía? ¿Qué pasó cuando se quedaron entonces los tres? La frase de Guille, aquel “Álvaro le está dando por el culo a tu novia, por si quieres verlo”.

Y lo de Edu, siempre presente, siempre transversal. Qué se traía con él. Y Víctor... ese cuarentón magnético, carismático, atrayente, pero a la vez en cierto modo repulsivo, que parecía saberlo todo y querer rondar cual buitre por lo que pudiera pasar. La ropa de María; vestirse con falda por orden de Edu para gustarle al juez afortunado, de pija para Víctor, o con tal o cual bikini para él. ¿Y aquella época más provocativa en el despacho? ¿Compitiendo con Patricia? ¿Para gustarse, para seguir siendo la primera del despacho o para obedecerle? Siempre había dudado entre la primera y la segunda hipótesis, y ahora sobrevolaba la tercera.

Mi mente era un huracán que repasaba todo lo vivido y todos los frentes abiertos, con la sensación subyacente de que ni mi mente ni mi cuerpo podían con todo.

Giré sobre mí mismo hasta quedar boca arriba, más cómodo, más en armonía con mi cama improvisada, y entonces escuché unos pasos, unos pasos descalzos, acercándose. La sentí llegar. Sentí llegar a ella. A mi novia. A mi prometida. A María. A la que más quería y jamás querría a otra. A ELLA. A la dueña de todas las respuestas.

CAPÍTULO 2

Un sexto sentido, una intuición, o quizás fuera por tantos años juntos, pero desde que había escuchado los pasos más lejanos había sabido que la visita era un enterramiento de hacha de guerra y no una búsqueda de mayor conflicto. Mi certeza no tardó en confirmarse:

—Mono... —escuché en un susurro— Qué haces aquí...

Me mantuve en silencio. Sabía que ella sabía que yo no dormía, y sabía que aquello era lo más parecido a un “perdóname, me he pasado” que me diría. Las disculpas con María eran así, disfrazadas, implícitas, más de tono que de sustancia.

Mi silencio era un hacerme el digno impostado y ella prosiguió:

—Venga... O duermo yo aquí o te vienes. No tienes por qué dormir aquí.

Me incorporé y la busqué con la mirada, pero la oscuridad era tal que no lo conseguí. Me levanté del sofá y pude comprobar que llevaba puesto la chaqueta blanca de seda de su pijama y no así el pantalón, lo cierto era que hacía bastante calor, que la calefacción era exagerada para un febrero extrañamente cálido. Interpretó que mi plan era que juntos abandonásemos el salón.

—¿Has dormido? —preguntó ya caminando, fluyendo delante de mí hacia nuestro dormitorio, en una pregunta que no habría hecho en otro contexto.

—He dormido y he soñado.

—¿Ah sí? ¿Con qué? —hablábamos en tono bajísimo, como si fuera posible despertar a alguien.

—Mmm... No me acuerdo —dije mientras me quitaba el pijama por completo y nos metíamos en la cama.

El dormitorio estaba iluminado por un resplandor proveniente de las luces de la ciudad que sí me permitía mirarla a los ojos. Nos tumbamos de lado, uno frente al otro.

—Qué —dijo mirándome, entrañable, dulce, casi mimosa.

—Qué de qué.

—Que qué miras.

—A ti.

María sonrió, más con los ojos que con la boca. Se acercó más a mí. Me besó. Sus labios con los míos. Un beso corto, pero algo húmedo, totalmente casto sino hubiera estirado mi labio inferior un poco al despedirse.

—No sé enfadarme contigo —dijo en un murmullo.

Cuando me pude dar cuenta, alguno de los dos, o ambos, había tomado la decisión de repetir el beso. Y otro, y otro. Y comenzó a sobrevolar la idea de hacerlo, de hacer el amor, de tener sexo, sexo normal, con mi novia, con mi prometida. Sexo normal en nosotros era precisamente lo más anómalo.

Mientras ya acariciaba sus pechos sobre la seda de su pijama y nuestras piernas se entrecruzaban pensaba que aquella no era la María en shock tras lo sucedido con Edu, y aquello me asustaba a la vez que me tranquilizaba. Me asustaba por pensar qué clase de mujer, tras lo vivido hacía tan pocas horas, no se encuentra más afectada, qué clase de mujer quiere follarse otra vez tras semejante desmesura. Nunca lo habría esperado de ella. Pero, por otro lado, me tranquilizaba, pues la idea de una ruptura o de cualquier derivado, se alejaba si ella respondía así, con aquella naturalidad.

Fue ella la que me ayudó a desabotonar los botones de su chaqueta del pijama, fue ella la que

se deshizo de sus bragas, y fue ella la que buscó mi polla, con eso, con naturalidad, mientras yo me implicaba en encenderla con mis besos, con mi lengua que invadía su boca, y con pequeños mordiscos en su cuello que pretendían hacerla quejarse mínimamente, en pequeños suspiros, siempre casi en silencio, como si fuéramos universitarios o adolescentes y compartiéramos habitación con alguien a quien no quisiéramos despertar.

No recordaba la última vez que lo habíamos hecho así, sin arnés, sin mensajes de móvil de Álvaro, sin pensar en Edu... Era, curiosamente, raro. Y el hecho de que los dos supiéramos que aquello era tan inusitado lo hacía todo aún más bizarro. Sobrevolaba a cada beso, a cada caricia, a cada pequeño mordisco, una idea en ambas cabezas, un “qué locura llevamos haciendo durante meses”.

Mi mano acariciaba la entrada de su coño mientras ella me pajeaba, con nuestras bocas pegadas, abiertas, y con nuestros ojos cerrados. Su paja se aceleró y sus piernas apretaron las mías cuando quise ir más allá en su entrepierna, cuando un “uff... despacio”, salió suspirado de su boca, una queja sorprendente, que me hizo recordar por lo que había pasado su coño horas antes.

Cuando su paja se aceleró y temí acabar antes de haber empezado, decidí moverme, hasta colocarme sobre ella. María abrió las piernas y quiso acogerme sin más miramientos. Llevé mis manos a ambos lados de su cuerpo y quise que mi polla buscara aquella cavidad suya por sí sola, que entrara casi sin querer por el simple roce, por estar tan cerca; quería mirarla a la cara mientras se la metía, quería follar con mi novia, mirándola a los ojos, después de tantos y tantos meses buscando todo lo contrario, buscando fingir que no era yo y buscando que ella imaginase que no era yo.

Tras unos segundos en los que nuestras caderas se movían acompasadamente, pero mi polla no acertaba a invadirla, María, sin dejar de mirarme, esbozó un “métela” implorante, que curiosamente no me hizo sentir más hombre, como sería lo esperado después de todo, sino que me hizo sentir aún más amor por ella.

Llevé una de mis manos a mi miembro, para dirigirlo, y pronto sentí su coño menos receptivo de lo esperado. Y una pequeña queja volvió a salir de su boca.

—¿Paro?

—No, no, sigue —respondió María, decidida.

Desde luego no era el coño dilatado, abierto, que había llegado a mí aquella misma mañana. Era un coño cerrado, algo lastimado, que parecía buscar que mi mente fuera a recordar todo lo sucedido con Álvaro y Guille, pero yo me negaba a irme de aquella habitación con María, de su mirada, y de aquella conexión.

Mientras escuchaba un suspiro teñido de lamento mi polla se fue adentrando y acoplando a ella, la cual, con un movimiento certero de cintura acabó por encajarse completamente y suspirar, quizás no tanto de gusto como de alivio. Yo estaba dividido en dos, el Pablo que se moría de enamoramiento al hacer el amor con ella y el Pablo al que se le cruzaban frases recriminatorias constantemente. Al fin y al cabo, la idea de que habían tenido que follarla durante horas, no uno, sino dos chicos, para que su coño hubiera quedado lo suficientemente afectado como para sentir mi mínimo miembro en su interior, estaba allí.

—¿Qué te pasa? —preguntó seguramente por notarme ausente. Era verdad, sus quejidos me habían teletransportado al motivo de los mismos.

—Nada...

Durante unos instantes mi polla entraba y salía de su cuerpo, en pequeños movimientos, para no salirme. Siempre sin dejar de mirarnos. Con las palmas de mis manos sobre la cama y nuestros ojos clavados. Ella abría la boca en pequeños sollozos y llevaba sus manos a mi culo, también

acompañaba un poco mis movimientos pélvicos con su cadera, despacio, como despacio se iba dilatando y humedeciendo aquel coño lastimado. Cuando María me sorprendió:

—¿Quieres... saber... ?

—¿Saber qué?

—Lo que pasó... las veces que... te fuiste.

Aminoré un poco el ritmo. No esperaba aquello. Pensé. Pensé mientras la miraba. Sus ojos. Sus labios tiernos. Su torso al descubierto por tener la chaqueta del pijama abierta. Sus pechos imponentes, que se movían como flanes a poco que nuestros cuerpos se acompañaban adelante y atrás.

—No... hoy no... —respondí.

María no respondió y volví a penetrarla un poco más rápido, en un polvo maravilloso y algo triste a la vez. Y era triste porque no sabía cuánto había de verdad, cuánto había de deseo real por su parte, y porque sabía que aquello le podría llegar aquella noche, que nos podría llegar aquella noche, pero que no iba a ser como antes nunca más.

Inconscientemente pregunté:

—¿Qué hacemos?

—¿Con qué? —preguntó ella, sin dejar de acompañar mi cadera con sus manos en mi culo y con sus propia cintura, sin dejar de respirar por la boca, en una pregunta que parecía hacerla para ganar tiempo.

—Con nosotros, con nuestro sexo... con... lo que pasó ayer... con Edu... con...

—Ya... —me interrumpió— pues... esto... follar así... follar así... despacio, mirándonos, todas las noches— respondió y aquel “mirándonos” no me sorprendió, pues nunca nos habíamos mirado así, durante todo el acto, mientras lo hacíamos, y era obvio que ella también estaba reparando.

—No nos llega, María —respondí seco, convencido, siendo yo el maduro, por una vez.

Mi novia no respondió y una de mis manos fue a acariciar uno de sus pechos, a sentir su areola y su pezón... siempre sin dejar de penetrarla lentamente, siempre sin dejar de sentirla...

—¿Se lo has contado a Paula?

—¿Lo de ayer?

—Sí.

—No...

—¿Por qué?

—Porque no... porque es demasiado.

Era cierto. Había sido demasiado. Mi mente voló, por un segundo, a cuando yo entraba en la habitación de Álvaro y éste se follaba a Sofía mientras Guille hacía lo propio con María, a cuando le veía metérsela, clavársela... y... no sabía si se la estaba follando sin condón o no. No pude aguantarme:

—Y... ¿lo habéis hecho sin condón? —pregunté de golpe, tenso, viendo allí un problema donde antes no había visto nada.

El silencio de María me mató. Y un “joder, María” salió de mi mente, pero no de mi boca, pues no quería empezar una guerra de reproches. Era lo último que pedía aquel contexto.

—¿Pero no se corrieron dentro, no? —cada pregunta me sonaba extraña, imposible de emitir, uno nunca se plantea que pueda llegar a pronunciar ciertas frases.

—No, eso no —dijo ella con rapidez.

—Y si... y si... no sé... buscamos a alguien —pregunté sabiendo que estaba abusando de las preguntas y sorprendiéndome de soltarlo así, después de las vueltas que había dado aquella

posibilidad.

—¿Alguien? Alguien para qué.

—No sé... alguien desconocido, quizás que se dedique a eso, que no sea conocido. Que... no sé... algo para... centrar esto, para canalizarlo, no sé.

María se quedó en silencio y no sabía si estaba sopesando la posibilidad o digiriendo la idea de que yo tenía razón, que negar que necesitábamos a un tercero no haría más que tapar una verdad, una necesidad que haría que explotase en otra noche en la que a ambos se nos fuera completamente de las manos.

Insistí, aun sabiendo que aquella idea no me convencía del todo, nunca lo había hecho, aunque no sabía aún por qué.

—Alguien que... eso, discreto, en otra ciudad, más pactado... buscado con calma...

—No sé... Pablo... Nos... nos casamos en unos meses.

—¿Y?

—Pues... no sé... lo de ayer fue una locura, lo de Edu fue una locura... creo que... podemos dejar esto como una locura de novios... Podemos casarnos y recordar esto como una locura de novios y ya está.

Era surrealista tener aquella conversación así, con mi polla entrando y saliendo en ella, con mis caricias en su torso, con sus manos en mis nalgas, con nuestras respiraciones agitadas... después de lo vivido pocas horas antes... Y era surrealista que María plantease en voz alta aquel auto engaño.

—Si quieres... —interrumpió mis pensamientos— Si quieres... ahmm —gimió levemente— este verano... después de casarnos... vemos eso, con eso, con un desconocido, con alguien... normal.

—¿Normal?

—Bueno, que se dedique a eso, si es que lo hay.

—Claro que lo hay —dije con la perenne sensación de que algo no me convencía de aquel plan, aunque ciertamente aliviado por su cesión.

—¿Y Edu? —pregunté.

—Ni Edu, ni Alvaro, ni Guille, nunca más —respondió más seria.

—No... me refiero a eso que os traéis, lo de vestirte como él te pide. ¿Te ha respondido?

—No, no me ha respondido. Y... pues sobre eso... Ufff... Mmm... —llegó a cerrar los ojos y a apretar con más fuerza mis nalgas— pues... no sé... Es como que... me... me gusta que... no sé explicarlo. No es que me guste, es que me... atrae... o me engancha... que esté pendiente de mí. Es... no sé si es la palabra... porque igual la palabra es demasiado fuerte, pero es como que es... excitante que... eso, que esté pendiente de mí.

—¿Te excita que te ordene cosas?

—No... es que... me excita que esté pendiente, no sé explicarlo. Aunque no me gusta que implique al tío ese.

—¿A Víctor?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque... amm... uff... así... Pablo...

—¿Por qué?

—Pues porque es asqueroso, porque sabe lo que pasó en la boda... porque me da grima... No lo puedo ver.

—Si Edu acepta quedar deberíamos quedar. Los cuatro —dije a sabiendas de que estaba

forzando la máquina.

María cerraba los ojos y se dejaba llevar un poco, y yo, crecido por sentir que le estaba dando placer, aunque no fuera un polvazo, aunque seguramente María no llegaría así a un orgasmo, pero al menos era yo, era mi polla, y no un miembro de plástico quién la penetrase, insistí:

—Deberíamos quedar... Y es que... quiero verte, quiero verte con él. Quiero ver esa excitación porque esté pendiente de ti de la que hablas. Aunque solo sea una vez. Quiero participar de eso.

En ese momento algo nos sobresaltó. Era su móvil, que vibraba en la mesilla.

Fue una vibración concisa, de un solo golpe, anunciando que era un mensaje, único, y no una llamada. ¿Edu? ¿Guille? ¿Álvaro? A pesar de la indudable curiosidad no hubo desvíos de miradas, que seguían puestas en nosotros. Incluso, sin saber muy bien cómo, y sin por supuesto ningún amago de ninguno de los dos de coger el móvil, nos vimos teniendo sexo frente a frente pero ambos tumbados de lado, con nuestras piernas entrecruzadas, dejando atrás lo de estar yo sobre ella.

Cara a cara, con mi miembro entrando y saliendo de ella lentamente, acariciándonos el pelo, las caras, con nuestras bocas siempre tan cerca... Yo aún no lo sabía, pero aquel polvo podría ser el principio de nuestra salvación.

Una vez le dimos la espalda a aquel pretendiente que yacía sobre la mesilla fue María la que quiso saber más. Para hacerlo se separó un poco de mí; su cara, como para enfocarme, como para verme el semblante por sus preguntas, como si yo pudiera decir más por lo que callase que por lo que hablase.

Tras varios titubeos alcanzó a preguntarme qué era lo que me hacía volverme loco, el motivo real y más originario para que yo ansiase verla con otros. Lo cierto era que no me era sencillo de explicar. ¿Por morboso? ¿Por humillante? Hasta que hizo una pregunta menos previsible:

—¿Pero qué ves en mí en esos momentos?

Llevé una de mis manos a su culo para acercarla más, para unirme completamente a ella mientras le respondía. Siendo un único cuerpo, y sin movernos, mientras le tapaba una teta un poco con la chaqueta de su pijama y comprobaba como su pezón lo atravesaba, le respondí:

—Veo... no sé, te veo... veo como varias Marías... La primera María que... cuando le hacías la paja a Álvaro... incluso cuando se la chupaste... Es que... ver como mandas... como te desean... pero a la vez cómo los controlas... porque después... cuando te dejas llevar más... cuando te follan duro, aunque te insulten... no sé, me dio completamente la impresión de que seguías mandando tú, que... no sé, que ellos creían que se aprovechaban de ti cuando tú te aprovechabas de ellos tanto o más.

Y es que era cierto, aun en las partes más crudas de aquellos actos sexuales, aun cuando estaba siendo vejada por las duras penetraciones de Guille o de Álvaro, había dado la sensación de que ella seguía mandando, por su mirada, por su lenguaje gestual... por su entereza.

María me escuchaba atenta. Parecía conforme con mi explicación.

—¿Y con Edu? —preguntó.

—Con Edu es diferente.

—¿Por qué?

Ante esa pregunta me vi en una encrucijada. Moví mi cintura hacia ella y destapé su teta de nuevo. Mi envite la hizo entrecerrar un poco sus ojos. Cómo decirlo. Con Edu lo diferente y que tanto me excitaba eran sus nervios, cómo él la impresionaba, cómo la intimidaba, lo cachonda que la ponía. Con Edu no mandaba nada; sus nervios, su mirada baja, era como una expectación sumisa, un “anhelo a la vez que temo lo que quieras hacerme”. Pareciera una cadena de mando.

Con Edu arriba, debajo María, debajo de ella Álvaro y Guille y debajo yo... ¿O estaba yo arriba del todo? Y es que era curioso, pero en aquella mezcla de morbo y dolor por ver follar a María con otros el morbo me hacía sentir pletórico y el dolor me soterraba bajo todos ellos. No sabía si yo dirigía la orquesta o la orquesta me dirigía a mí, pero lo que era innegable era la que la canción la había escogido yo.

—Dime, ¿por qué? —insistió sacándome de mis pensamientos.

—Pues... porque... Se ve que con él no mandas —dije intentando no ser demasiado claro. Por algún motivo no quería desvelar que quizás fuera aquella especie de latente sumisión ante Edu lo que me excitaba de verla con él.

—¿No mando?

—No sé, mandas menos. No se te ve tan segura.

María no pareció aceptar tan bien aquello. Probablemente porque no encajaba con su perenne orgullo.

—¿Algo más? —pregunté queriendo que no tirara más de aquel hilo, siempre sin saber muy bien por qué.

—No...

Seguimos con aquel polvo tranquilo y sentido. Nuestras bocas se volvieron a encontrar. Me vi de nuevo sobre ella y a poco que aceleré un poco el ritmo de aquellas metidas comencé a sentir que me corría. María lo sabía igual que yo, pero no me pidió que acelerase ni que aminorase, dejó a mi decisión la duración de aquel acto... y yo sabía que ella no podría correrse así, aunque no por ello pensaba que ella no estuviera disfrutando. Conociéndome como me conocía me suspiró en el oído, mientras nuestras caras se pegaban más, que me corriera dentro, pues sabía que yo estaba a punto. Me retiré un poco, posando las palmas de mis manos sobre la cama, a ambos lados de su cuerpo, nos miramos, ella me acarició la cara, aceleré bastante durante unos segundos hasta que me detuve por completo, y comencé a eyacular abundantemente dentro de ella, dentro de su coño, dentro de su cuerpo, mirándola a los ojos, disfrutando de su rostro, de ella, de aquella locura, y de aquella serenidad por fin en la intimidad de nuestro dormitorio.

Me tumbé sobre ella y nos quedamos dormidos. Así. Sin ir a asearnos al baño. Sin mirar el móvil. Sin hablar. Seguía habiendo muchas incógnitas, pero lo más importante seguía a salvo.

A la mañana siguiente, domingo, no quise parecer ansioso, pero en cierto modo lo estaba. No quise preguntar, esperé a que ella me enseñase su teléfono cuando quisiese.

Sentados, desayunando, y entre diferentes carantoñas, mimos, zumos, cafés y tostadas, María acabó por deslizar su móvil por la mesa, hacia mí. Había doble novedad. La vibración de la noche había sido Guille insistiendo para venir a casa a follársela, y es que en un registro similar al de Álvaro había escrito un “Venga, dónde vives, que quiero volver a follarte”, que me sorprendió relativamente, pero no por ello no me sobresaltó, pues no encajaba aquella proposición escrita de borrachera con nuestra paz de domingo por la mañana.

Y la segunda novedad era Edu, accediendo de forma madura, seca, a que quedásemos los cuatro para tomar algo al día siguiente después del trabajo. Aquella especie de cita parecía una locura, yo ni sabía qué podría salir de allí, pero era indudable que estaba completamente enganchado a ver a María con Edu, aunque solo fuera tomando una cerveza. Para colmo estaría Víctor y si todo se cumplía también ella vestida para él, por petición de Edu. Era de locos. Pero mi novia no se había negado todavía, yo no había recibido un "no" explícito cuando le había dicho más o menos que me merecía participar en aquel juego.

Dudé en hacer la pregunta concreta para asegurarme de que de verdad lo íbamos a hacer, pero no la hice. Lo dejé estar. No me lo acababa de creer, que aceptase aquello, con Edu, otra vez,

cuando apenas nos habíamos repuesto de lo sucedido con Guille y Álvaro, cuando yo aún ni sabía muchas cosas de las que habían sucedido con ellos... Después de semanas y semanas en las que no avanzaba nada en mis pretensiones había ocurrido aquella locura con aquellos niños pijos... y apenas tres días más tarde podría aparecer Edu en nuestro juego otra vez. Parecía hasta demasiado deseado como para ser verdad.

La decisión, como siempre, la tendría María, decisión que yo acabaría conociendo aquella misma tarde.

CAPÍTULO 3

Allí, desayunando, la miraba, y la veía tan serena que me llegaban hasta a dar escalofríos. Y es que no es que lo hubiera preferido, para nada, pero me habría impresionado menos, me hubiera parecido más, entre comillas, normal, que ella me hubiera dicho que no podía más, o que se hubiera alejado, o ido de casa unos días, o haberme pedido a mí un espacio, irme yo. No lo sabía. Pero algo. Algo que demostrara que aquella noche de locura con Álvaro, Guille y Sofía le había parecido impactante de verdad. Me preguntaba cómo podía seguir así... cómo podíamos seguir con nuestras vidas... Era como si detrás de todas sus negativas a mis propuestas hubiera una mujer con una entereza casi sobre humana.

María me anunció que se iba a la ducha y me dejó a solas con su móvil, indicándome implícitamente con su gesto que no tenía nada que esconder, que la única forma de llevar aquello era con plena confianza mutua. Confianza que yo había roto, aunque ella no lo sabía, meses atrás, cuando maquinaba y conspiraba con Edu, llegando incluso a mandarle fotos a él de María que eran en su origen fotos para mí. En fin, cosas que me dolía recordar.

Edu dentro, Edu fuera. Nunca había sabido el motivo real por el que habíamos dejado de tratarnos. Él había llegado a buscar en mí una humillación, eso era seguro, y quizás no había recibido la respuesta deseada, o simplemente se había aburrido de mí. Quizás había visto que no me necesitaba o yo no le aportaba nada para follarse a mi novia como así había acabado sucediendo. Lo cierto era que no teníamos ningún trato, absolutamente nada desde la noche de la boda, noche, o más bien madrugada o incluso mañana, en la que a pesar de sus antecedentes no se había portado del todo mal, desde luego no había buscado acabar de humillarme cuando, en aquel contexto, me había tenido totalmente a su merced.

Miré el móvil de María, la conversación completa, desde el primer mensaje de Edu, aquel “El lunes va a estar Víctor. Ya sabes, vente pija”, a mi respuesta, haciéndome pasar por María y con su beneplácito: “Vale, me visto así, por cierto: ¿Quieres que quedemos Víctor, tú, Pablo y yo el lunes para tomar algo?“, y su última respuesta: “Está bien, el lunes nos vemos los cuatro”.

Pensé en mi respuesta, escrita mientras María buscaba hacerme daño. Qué rápido nos habíamos reconciliado. Y es que ni rastro de impacto en ella. Solo unas horas de enfado, una bronca de la que salí huyendo y un perdón disfrazado en el sofá. Recordé como, tras follar con Edu, había visto en ella una impresión tremenda, como si su mundo se desmoronase. Y ahora, sin embargo, tras las poco más de veinticuatro horas que habían pasado desde su bacanal con Guille, Álvaro y Sofía, se la veía tan sobria, serena, tan poco impactada... Y esa falta de impacto acababa por impactarme a mí. Qué clase de mujer no se ve afectada o impresionada tras vivir semejante maratón de sexo con tres desconocidos.

Comimos en casa y decidimos ir a tomar un café a una terraza situada al pie de unos grandes almacenes. El día estaba especialmente raro, con las cuatro estaciones cada cuarto de hora; lo mismo salía el sol, que llovía, que hacía calor, que se levantaba un viento frío. María se vistió con un pantalón gris, una camiseta blanca de cuello redondo y una gabardina larga, buscando con ello poder luchar contra todos los elementos. Precisamente estábamos a punto de llegar a nuestro objetivo, a aquella terraza, cuando se precipitó un chaparrón que nos hizo meternos en las tiendas anexas sin aparente intención previa.

Hacíamos tiempo hasta que escampase en la planta baja, en la perfumería, y yo me distraje un poco, hasta llegar a la zona de las colonias de hombre. Cuando volví mi cara a María un

dependiente le daba muestras a probar. María imponente, con la gabardina abierta, con su pecho atentando contra su camiseta blanca... De nuevo aquel martillo que eran sus tetas bajo su camiseta al contrario que la sutileza de su silueta cuando llevaba camisa... Desde luego el dependiente no perdía detalle y reía exagerado ante mi novia, que en la distancia llamaba la atención también por su melena densa y por su porte estilizado; aquella gabardina aún la hacía más esbelta, la gabardina le daba finura y elegancia y sus pechos bajo la camiseta potencia y contundencia.

No sentí celos, ni orgullo, por verla con él. Tardé unos segundos en ubicar mis sensaciones, hasta que comprobé que aquello ya tenía nombre desde hacía tiempo; volví a redescubrir aquel paranoico y masoquista sentimiento de creer que yo no merecía a semejante mujer.

Acabamos por subir por las escaleras mecánicas, sin rumbo fijo, y allí, en los espejos laterales, pude observarnos; yo, normal, sin más, como cualquier otro, y ella, en otro nivel, en otro mundo... cualquiera que nos viera cuchichearía con el de al lado sobre que yo no me podría creer la mujer con la que estaba.

Llegamos a la planta siguiente y ella comenzó a mirar ropa, como siempre hace, sin avisar, y no habría tenido nada de especial sino fuera por la prenda que vi que acababa por llevarse al probador.

Algo me subió por el cuerpo. Y pensé cómo los actos más inocentes desde fuera pueden ser en el fondo los más reveladores.

Para llegar hasta el probador tenía que pasar por delante de mí, y, al hacerlo, me dijo, algo ruborizada:

—La que tengo ya está un poco desgastada.

Yo desde luego no necesitaba de su aclaración, era innecesaria, pero por el contrario aquello era tremendamente aclaratorio. María se estaba probando una camisa rosa, como la que le ponía a Víctor, para estrenarla al día siguiente... obedeciendo a Edu. Lo cierto fue que me empalmé como si en lugar de una rancia camisa se estuviera probando la prenda más de guerra, más erótica y obscena. A la entrada del probador podía notar como mi polla palpitaba y quería colocarse apuntando hacia arriba; si no colaba mi mano bajo mi pantalón y calzoncillo para orientarla era porque mi pequeño miembro, aun en aquel estado, no llamaría la atención.

María salió del probador y esbozó un “me queda bien”, dándome a entender que se la llevaba, que jubilaba la otra “desgastada”, que eso para ella podría ser que hubiera pasado un año o dos desde que la había comprado. Me llamó tremendamente la atención el rubor de ella al confirmarme que la compraba... Después de haberla visto follando salvajemente hacía ni dos días le avergonzaba aquello... Y yo no podía negar que había una extraña tensión sexual mientras, en el mostrador, María sacaba la tarjeta para comprarla y yo le decía “¿a medias?” y ella me decía que no, coronándolo con un:

—Tendría que ser a medias pero con esos dos.

Lo dijo con una mezcla de vergüenza y gracia, como con una chispa tensa, y sin llegar a sonreír.

Salimos de la tienda y aprovechamos que había salido el sol para intentar tomarnos el ansiado café. Hicimos un pequeño intento de secar las oscuras sillas, pero era inútil, así que optamos por quedarnos de pie frente a una de las mesas altas. Ella se puso las gafas de sol y yo sorbía de mi bebida mientras observaba como ella ofrecía un impacto visual llamativo, pues parecía ser todo pelo, gafas y labios, pues su melena con la humedad ganaba en espesura y sus gafas y sus labios llevaban la contundencia de serie.

Tras un breve silencio en nuestra conversación llevé mis ojos a la bolsa que estaba posada sobre el suelo, la bolsa con su camisa, y de nuevo algo me subió por el cuerpo.

—Solo mañana, eh —dijo ella, sorprendiéndome, pillándome in fraganti.

Parecía que su plan era claro: tener aquella cita los cuatro al día siguiente y no repetirla más. Olvidarnos de Edu, de Guille y de Álvaro, centrarnos en organizar la boda, y después, quizás, y solo quizás, explorar la vía de encontrar a una tercera persona, profesional, o al menos completamente fuera de nuestro entorno y que pudiéramos encontrar por internet.

Mi silencio fue tomado como una aceptación y María cogió entonces su móvil del bolso. Lo desbloqueó y supe que algo pasaba. No podía evitar ser realmente expresiva cuando le entraban según qué mensajes. O más bien, según de quién.

—Voy a tener que acabar bloqueándoles —dijo y posó su teléfono sobre la mesa.

Giré su móvil y leí:

Álvaro cumple de prima: “Buenas tardes señorita”

El mensaje no decía nada más que eso, pero sin embargo entrañaba un componente burlón, algo incluso repugnante. Era difícil de explicar y me parecía que María había sentido lo mismo que yo, o seguramente algo mucho peor. Reparé entonces en que en el fondo no sabía cómo habían acabado; todas aquellas horas de la mañana del día anterior en las que se habían quedado solos... pero tenía un palpito de que la cosa no había acabado bien. Tenía la permanente sensación de que María, sin llegar a arrepentirse, quizás, por el desahogo sexual que había resuelto, sí se sentía avergonzada, y que, en cierto modo, sentía que se había traicionado a sí misma por haber accedido a ser follada por ellos, incluso, sobre todo, por Álvaro.

—Qué asco... de verdad... —insistió ella, ante mi silencio, como buscando cooperación en su crítica.

—Ya... el tono del mensaje es asqueroso —dije mientras ella guardaba el móvil de nuevo en el bolso, y vi en su semblante cierta altivez, de nuevo aquella sensación de que no había impacto por ninguna parte. Quise entonces aprovechar aquella situación, aquella soberbia, sabiendo que una pregunta mía no la superaría, que la repugnancia no era un sentimiento que pudiera hacerla cerrarse, y le pregunté por ellos, por los dos chicos; acabé por preguntar directamente sobre quién de los dos, de Guille y Álvaro, era mejor amante. Sabía que esta vez sería franca pues ahora no era la María sádica, que solo había buscado herirme, de horas antes.

—¿Me preguntas esto en público y no en la cama? —medio sonrió.

—No nos oye nadie... y tampoco es necesario que me cuentes todo... solo unas pinceladas... —respondí fingiendo tranquilidad, pues me ponía tremendamente tenso imaginar lo que podría escuchar.

María removió su café con una pajita, con sus codos apoyados en la mesa, con sus gafas de sol enormes, que yo querría quitar para que sus ojos me contasen lo que su boca no haría.

—Pues... —María pensaba y yo, irremediamente, montaba imágenes de ella siendo follada tanto por uno como por otro. Imágenes de ella siendo penetrada en misionero por Álvaro e imágenes de cuando Guille la penetraba desde atrás....

—Guille tiene más rollito... está más hecho... —confesó y yo no podía creer que me fuera a contar aquello en público— Es más mayor... —redundó mientras seguía haciendo memoria— Con Guille tienes la sensación de que... de que te está follando un hombre... Álvaro, por buen amante que sea... que lo es, es un niño.

—¿Lo es? ¿Es tan bueno? —pregunté en el mismo tono que hablaba ella, en un tono neutro, normal. No eran cuchicheos.

—Es un bestia, no de bruto, que también, pero el cabrón... no sé... Sabe lo que hace —respondió serena, revolviendo su café, creo que sin ser consciente del peso de sus palabras.

María, desprendiendo una feminidad impactante, con aquel look, con aquella ropa, con aquel

lenguaje corporal, allí apoyada, tan mujer, tan femenina, respondía a mis preguntas con una sobriedad y casi altanería alucinantes. Hablaba de Álvaro como amante como un deportista que alaba los enormes méritos de un rival, con reconocimiento, como si considerase que era de justicia describirlo poco menos que como un semental.

—También te tenía más ganas. Quizás fuera por eso —le dije seguramente porque mi subconsciente no aceptaba lo suficientemente bien aquellos calificativos tan positivos.

—Puede ser... pero...

—Qué —pregunté impaciente y sintiendo, quizás vislumbrando o quizás fuera paranoia mía, un rubor mayor, en su cara, en sus mejillas...

—Nada...

—No, dime —insistí mientras la contemplaba y podría jurar que su pecho, bajo su camiseta de algodón, era más imponente, con su gabardina apartada a ambos lados de sus tetas.

—Pues... ganas tendría sí.

Me mantuve en silencio. Mirándola. Esperando que dijera algo más. Hasta que prosiguió con una frase que me hizo quedarme sin aire:

—Te juro que no sé la cantidad de condones que usó.

Me quedé callado. Impactado. María sorbió de su pajita, de nuevo como si no fuera consciente de lo que me estaba diciendo.

—¿En serio? —alcancé a decir, intentando fingir naturalidad, no sé si para no alarmarla a ella o a mí mismo.

—Sí... tenía una caja en el armario, que se debió de dar cuenta después porque...

—Sí, me acuerdo que el primero que se puso se había ido a buscarlo a no sé dónde —la interrumpí, nervioso, excitado, dándome cuenta de que no había reparado en su momento en que María había sabido que se había ido a otra habitación a por el primer condón.

—Pues eso...

—¿Pero cuántos usó? —pregunté sin pensar, siendo consciente al momento de quizás la puerilidad de la pregunta, y dilucidando a la vez que entonces quizás hubiera sido solo Guille quién la hubiera penetrado sin condón.

—Joder —exclamó María, sorprendida y sorprendiéndome, dándome a entender por su gesto que se acercaba alguien, alguien conocido, alguien que se aproximaba por mi espalda.

Me giré inmediatamente, tardé en reconocerla, se acercaba a paso decidido, vestida con ropa de deporte y con una bolsa de marca. Con el pelo recogido en una coleta distaba mucho de cómo la había visto la última vez, tan emperifollada por ser su cumpleaños. Era su prima, y María y yo aún no lo sabíamos, pero ella también venía con ganas de hablar de Álvaro.

CAPÍTULO 4

No era que maldijese particularmente la irrupción de su prima, era que hubiera maldecido la irrupción de prácticamente cualquier persona en aquel momento. Y es que ellas se saludaban con falsa efusividad, y posteriormente yo me daba los dos besos de rigor, mientras en mi imaginación aún revoloteaban aquellas imágenes nada castas de María con Álvaro, y su frase seguía presente y retumbando en mi cabeza: “Te juro que no sé la cantidad de condones que usó”.

Comenzaron a hablar de cosas de su familia y reconocí una poco disimulada sensación de admiración por parte de la prima, la cual yo ni recordaba su nombre, hacia María. Una admiración latente, que yo achacaba a varias cosas, entre otras al hecho de que mi novia, a pesar de ser de buena familia, nunca había hecho uso de ello, se había buscado la vida, había sacado su carrera siendo de las mejores de su promoción, se había puesto a trabajar después compatibilizándolo con hacer un máster, y nunca le había pedido ayuda a nadie. A parte había una admiración más femenina, por la ropa y demás elegancia de María. Quizás debido a esto último su prima quiso saber qué había comprado una vez mi novia le dijo que habíamos estado de compras.

María no quería sacar la camisa de la bolsa y poco menos que acabó sacándola su prima, en un derroche de molesta hiperactividad.

—Es una camisa para el trabajo, nada más —quiso zanjar María, algo incómoda.

—Ya veo, algo elegantillo para el despacho —dijo la prima, visiblemente decepcionada, como si esperase un vestido original o algo más moderno, y devolviendo la camisa a la bolsa. Lo de “elegantillo”, viendo su cara, parecía un eufemismo de rancio.

—¿Tenéis que ir de traje siempre? ¿No podéis ir un poco más casual? —preguntó exagerando aquello de “casual”, en un tono repipi, y metiendo a María en un compromiso, pues de lo último de lo que quería hablar era de la ropa que llevaba al trabajo. Precisamente aquella ropa. Mi novia, que no entendía aquella insistencia, parecía que estaba a dos preguntas de explotar y de decir la verdad. Obviamente no podía, no podía decir una verdad tal que así: “Pues mira, lo de esta camisa tiene un por qué, y es que resulta que un chico de mi despacho, que es ahora mi jefe, que, por cierto, me folló hace ahora unos cinco meses, le ha dado por ordenarme qué ropa ponerme para ir al despacho; además, esta vez, me dice qué ponerme para un amigo suyo, un cuarentón del que no me fio un pelo, pero no sé por qué está metido en esto. Ah, y mi prometido, aquí presente, lo sabe y está encantado de que le obedezca, y a mí, por qué no decirlo, no es que me disguste precisamente esto de cumplirle el capricho...”.

Afortunadamente para María su prima le dio una tregua y la conversación siguió por otros derroteros. Yo tenía la mitad de mi atención en ellas, por si decían algo interesante o que me pudiera afectar, y la otra mitad de mi mente trabajando, buscando la forma de retomar el tema que aún me tenía excitado y en vilo. Para ello tenía que esperar a una despedida que deseaba con ansia.

María se había quitado las gafas de sol y parecía querer el final de aquella conversación tanto como yo. Por suerte, y también debido a que María no le daba mucha cancha, acabamos por escuchar unas palabras que nos supieron a gloria:

—Pues nada chica, a ver si nos vemos más —dijo la prima cargando su bolsa al hombro.

María resolvía con ella una despedida plagada de tópicos y, cuando parecía que aquel adiós no tenía ya por donde alargarse, su prima dijo:

—¿Y es que desde cuando no nos veíamos?

—Uf, no sé —dijo María fingiendo que intentaba hacer memoria. Desde luego a mí me daba la impresión de que lo sabía perfectamente.

—Desde mi cumple, ¿no?

—No sé. Puede ser.

—Sí, yo creo que sí. Pues imagínate... 25 de noviembre, y estamos casi en marzo.

—¿No nos vimos en Navidad? —quiso escapar María de aquella fecha.

—No, no. Desde mi cumple. Que te fuiste prontísimo, tía. Y yo te veía animada, de hecho se lo dije a mis amigas, que me extrañaba que te fueras, que... por cierto... ¿Sabes aquel chico con el que habías hablado tanto? Perdona eh, —dijo de golpe dirigiéndose a mí— que la chica liga, es lo que hay, estarás acostumbrado y sino acostúmbrate.

Yo, alucinado. Tanto por ese repentino, no ataque, pero si especie de toque, como por su mención implícita a Álvaro. Y María igualmente sorprendida, y, desde luego, los dos alerta.

—No, no sé quién dices.

—Sí, María, el chico, bueno, el niño alto aquel, el de los ojos grandes, el de los granitos. Alto y delgado.

—No, no me acuerdo. Es lo que dices. Hace mucho.

Se podía notar como mi novia se iba sonrojando. Había dicho que no se acordaba por acto reflejo y ahora la prima no cesaba en su descripción para que ella hiciera memoria y ya se veía obligada a mantener su versión de que no se acordaba.

—Chica, que te tienes que acordar —la prima cogía un tema y no lo soltaba. Como con la camisa. María no sabía dónde meterse y yo quería ya que contase a cuento de qué aquella mención a Álvaro.

—En fin, irías borracha, aunque no lo parecía. En fin. Es que si no te acuerdas no tiene tanta gracia. El caso es que se acabó liando con Marga, ¿Marga sabes quién es, no? —María asintió impertérrita— pues eso... Es que flipa... Con un universitario. Que cuando te fue a ti estábamos todas en plan pero como tienen tanta cara los niños de ahora. Es que a ver... Marga es que es ligerita... Que cada una haga lo que quiera pero... es que un niño, eh. Y Marga, pues Marga es mayor que yo, será casi como tú, igual uno menos que tú, treinta y tres, por ahí, y yo creo que él como veintiuno o veintidós. Y calla que te juro que si no le vamos en plan pero qué haces allí hay más que besos, eh. Es que me parece increíble que no te acuerdes, es que habló un montón contigo. Y al ver que tú nada pues le fue a Marga.

María la miraba fijamente. No me miraba a mí. A mí me daba la impresión de que su prima más que treinta años tenía veinte, o diez. De repipi había pasado a infantil. No paraba de hablar y además no podía tener ni idea de la puntería que estaba teniendo con los temas que sacaba; de cómo había dado en el blanco primero con lo de la camisa y ahora con lo de Álvaro.

—Es que casi... —prosiguió— Es que de verdad que nos quedamos todas flipadas... Casi... lo hace con un universitario. Hay que ser... guarra. No, mira, te lo digo en serio. Que unos besos vale, pero cuando se planteaba irse con él... Me lo dijo una amiga, no me acuerdo quién, me dijo: vaya puta, y es que tenía razón —dijo, como alarmada de pronunciar aquella palabra.

—Bueno, ya está —dijo María, casi sin querer y visiblemente hastiada.

—Ya, que me enrolla. Pues eso. Otro día salimos, ¿no? ¿Cómo lo ves?

María se acabó despidiendo bastante seca y de nuevo nos quedamos solos. Ahora la palabra que había caído con fuerza era aquella palabra pronunciada con fuerza, pero a la vez con rubor por su prima: “Putá”. Su prima le había llamado puta a la cara sin saberlo. “Hay que ser puta para follar con un universitario cuando rondas los treinta y cinco”, le había venido a decir. Qué podría opinar de María entonces, de su encumbrada prima, si supiera lo que había hecho, no sólo con

Álvaro, sino con otro chico y hasta compartiendo cama con otra chica, ni dos días antes.

Mi novia se quedó callada. Algo ausente. Y yo temí que pudiera venirle la conciencia aunque fuera con treinta horas de retraso. Desde luego no era el momento para volver a sacar el tema de qué había pasado con Álvaro y Guille.

Quise romper aquel silencio buscando un punto común. Pues era obvio que no era su prima preferida:

—Menuda ametralladora.

—Una cotorra —dijo María.

—Y qué puntería para tocar según qué temas —apunté queriendo tantear su estado de ánimo, pero sin querer meter el dedo en la llaga directamente.

—Ya. Te juro que no sé quién es Marga. Sonrió. Casi rio. Mostrándose de golpe relajada.

Dejé pasar unos instantes. Y, para variar, viendo su laxitud, no pude evitar forzar un poco:

—No te habrás puesto celosa...

—Sí, vamos... un montón. Venga... ¿te lo has acabado? —dijo como si tal cosa, refiriéndose a mi café.

Me acerqué un poco a ella y nos quedamos frente a frente. María de nuevo sonrió, pícara. De nuevo ni rastro de impacto. Parecía que yo le había dado mucha más importancia a aquel “puta” de su prima que ella. Mis labios buscaron los suyos y los encontraron... Me enloqueció el tacto de sus labios tiernos con el regusto del café... Quise sentir su lengua y ahí me cortó un poco, me dio la sensación de que más por estar en un sitio público a plena luz del día que por falta de ganas.

María me apartó levemente, juguetona y dijo en voz baja:

—Vas a tener a esa loca en tu familia...

—Compensa —zanjé, lleno de razón, mirándole a los ojos.

CAPITULO 5

Parecía la tarde de los encuentros fortuitos. Lo cual, a golpe de domingo y en una ciudad mediana, tampoco acababa de ser sorprendente. Y es que ya camino de casa cruzamos una plaza llena de niños y, entre diferentes columpios y toboganes, atisbé a una amiga de la infancia con su marido y su hijo.

Estuve un rato charlando, sobre todo con ella, mientras de reojo miraba como María interactuaba con su hijo, que debería de tener unos tres o cuatro años. Además, quizás porque estaba un poco excitado, debido sobre todo a la confesión a medias de María, me parecía que había en aquella plaza cuatro o cinco madres de muy buen ver. No tanto mi amiga, que todo lo que tenía de simpatía lo tenía de poco agraciada. De hecho, siendo malo, el niño, por guapete, no se le parecía a ella; una monada pequeñita, rubia y rizada.

Cada tres frases mi amiga exclamaba un “¡Marco, déjala tranquila! Por lo que parecía no darse cuenta de que María estaba disfrutando locamente de la compañía del niño.

—Míralo, es como un mini señor... —acabó diciéndome, encandilada, mi novia, una vez Marco salió disparado hacia quién sabe dónde y su padre tuvo que salir detrás. Era cierto que parecía una mini persona, entre otras cosas por como lo habían vestido.

No era la primera vez que veía a María con esa desenvoltura y en ese disfrute con un niño pequeño. Ya lo había visto en nuestro viaje a Estados Unidos con el hijo de una pareja de turistas españoles. En aquellos momentos no podía evitar tener algo de miedo, miedo por no conseguir ser una pareja normal. Miedo de echarlo todo a perder. Miedo a no tener ese futuro con María.

Por otro lado, allí, en aquella plaza, pensaba que... me seguía pareciendo sumamente sorprendente la actitud de María... tan entera dos días más tarde de aquella especie de orgía... y en vísperas de nuestro encuentro con Edu y Víctor... Aquel domingo era como un tren, un tren tranquilo, un vagón silencio, entre dos estaciones, una que había sido una locura y otra en la que no tenía ni idea de si pasaría algo o absolutamente nada.

Nos despedimos y María me dijo, graciosa, medio en broma medio en serio, de invitarlos a la boda. Más que por mi amiga por el encantador rizado que le había tocado la fibra.

Llegamos a casa y opté por ponerme ya el pantalón del pijama y una camiseta, pues no había ya intención alguna de volver a salir. Seguía con la confesión de María a medias en la cabeza, pero no le dije nada. Quizás por la noche. De todas formas se me hacía raro pensar en Álvaro y Guille cuando estábamos a veinticuatro horas de Edu y Víctor, como si no pudiera disfrutar plenamente de su hipotética confesión sabiendo la estación que teníamos tan cerca.

Cogí mi portátil y me senté a la mesa del salón-comedor, dejando a María en nuestro dormitorio. Al parecer quería hacer ya una especie de cambio de armario “apartar ya los jerséis más gordos” y, seguramente, quitar las etiquetas y probarse la camisa con tres o cuatro cosas como hacía siempre que se compraba algo.

En la soledad del salón, y después de mirar las tres o cuatro páginas de cabecera que tiene todo el mundo, sin demasiada convicción ni demasiada ansia, tanteé a mi buscador a ver qué podría ofrecerme con respecto a buscar a un hombre para nuestro juego. Lo cierto era que lo veía muy lejano, estábamos a finales de febrero y la boda sería el primer sábado de junio... Además, por algún motivo, seguía sin acabar de ver aquella vía, y seguía sin acabar de ver a María aceptando. Sin embargo, una especie de inercia me llevaba a escribir diferentes frases en busca de algo que pudiera ser un principio.

Escribí “Se busca chico para trío” y encontré cien mil páginas. Pero no era eso. ¿Chico para mirar? El que miraría sería yo. ¿Entonces? Lo cierto era que me resistía a escribir la palabra “cornudo”. Palabra que en su día me excitaba que María pronunciase refiriéndose a mí, pero que ahora me parecía que no acababa de encajar en lo que yo sentía o buscaba, y es que yo aún no me entendía, pero no era solo el morbo de verla con otro lo que me mataba, había algo más y no sabía qué.

Aún sin teclearlo explícitamente acababan apareciendo en las diferentes páginas palabras como “cornudo” o “corneador” con las que yo no me sentía a gusto. Y quizás fuera por no ser muy ducho en el tema, pero comenzaban a saltarme pantallas pornográficas por todas partes y me pasaba más tiempo cerrándolas que buscando y encontrando alguna página que pudiera servirme.

María entró de repente en el salón, sobresaltándome un poco. Me alegré de que, en su itinerario, que consistía en ir hasta la entrada donde estaba la gabardina colgada que había ido a buscar, no podía ver mi pantalla. En ropa interior y la camisa nueva, que, efectivamente, debería estar probando con otras prendas, cogió su gabardina y, mientras lo hacía, me preguntó que estaba mirando en mi portátil.

—Pues porno, la verdad —dije como si tal cosa, y era cierto, pues se había quedado abierta una ventana con una morena disfrutando afanosamente de dos chicos.

María sonrió, como sin tenerlas todas consigo, pensando que seguramente la estaba vacilando.

Mientras comprobaba si tenía algo en los bolsillos de su gabardina, allí de pie, descalza, de rosa, en el medio del salón preguntó:

—Ya... ya... ¿Te parece muy rosa chicle?

—¿El qué?

—Pues la camisa.

—¿Es la nueva? —pregunté, no sé por qué, pues era obvio.

—Pues claro.

—No sé, puede ser.

—¿Demasiado rosa? ¿Sí? —cuando María se ponía con aquellas preguntas dejaba difícil escapatoria.

—No, no está bien.

—Es que la otra era medio rosa palo... yo creo esta es demasiado chillona.

—Bueno, así tienes las dos...

—Ya... no sé —dijo sin estar muy convencida. ¿En serio estás viendo porno?

—Eso es —respondí como si un sexto sentido me dijera que cuanto más naturalidad le diera menos mal sonaría.

—¿Y eso?

—Pues nada, estaba... mirando otras páginas y me saltó.

—Claro... estabas en la wikipedia, ¿no? —rio.

—Pues algo así —dije y cerré la ventana, no esa, sino una que arriba ponía, con letras enormes CORNEADOR.

Me olía que María podría acercarse en cualquier momento y prefería mil veces que María me viera viendo porno a lo de la página de cornudos. No quería parecer ansioso por esa búsqueda de un tercero por internet, además, porque no lo estaba.

Efectivamente María posó la gabardina en el sofá y se acercó algo curiosa. El tema del porno nunca había sido un tema tabú ni no tabú. Tampoco es que yo fuera demasiado aficionado precisamente. Desde luego nunca lo habíamos visto juntos. No por nada, realmente.

—Anda, pues sí —rio a mi lado— creí que estabas de coña.

Y, para mi sorpresa, María se quedó callada. Mirando la pantalla. Cinco, diez, quince segundos, en los que veíamos un video sin sonido en el que una chica, tumbada sobre una cama, de lado, era penetrada por un chico, cara a cara, y detrás de ella había otro chico que le besaba la espalda y le acariciaba el culo, dejando que su polla rozase sus nalgas, pero sin buscar penetrarla por su otra cavidad. Los tres tumbados de lado en lo que parecía una especie de sandwich, en aquel momento, bastante tranquilo.

Visto su silencio, que interpreté como curiosidad, me decidí a subir el volumen, a ponerle algo de volumen al menos. Comenzaron a escucharse los gemidos de aquella mujer, que, por cierto, parecía mayor que los dos chicos, cuando María rompió el silencio:

—¿Pero es real?

—¿Cómo real?

—Pues eso, que no parecen actores, ¿no?

—Mmm... no sé, igual no lo son.

Era cierto que la cosa se veía casera, sin embargo algo preparada si parecía.

De nuevo cinco, diez, quince segundos, en los que María, de pie, a mi lado, miraba la pantalla sin decir nada. Los tenues gemidos de la chica invadían nuestro salón y mi polla empezaba a despegarse de mis huevos milímetro a milímetro.

Llegué a sentirme realmente extraño. A sentirnos extraños. Tras pocas horas desde lo vivido en casa de Álvaro allí estábamos... como impactados por ver porno... lo cual era un absoluto juego de niños comparado con lo que habíamos sentido y vivido. Pero era la actitud de María, tan aséptica, tan neutra, lo que nos empujaba a ambos a sentir y vivir como si no hubiera pasado nada.

Tras casi un minuto así, el chico de atrás se cogió la polla con una mano y se veía que intentaba penetrar a aquella mujer analmente, siempre sin que el chico que estaba delante dejara de embestirla lentamente.

—Joder... —dijo María implicada en la escena.

De nuevo los dos atentos a la pantalla mientras el chico de delante se detenía, sin salirse de ella, para facilitarle la penetración a su compañero.

—¿Te gusta la chica? —interrumpió María sacándome un poco del embrujo y de la magnética imagen del chico de atrás intentando conseguir su objetivo— Es guapa, ¿no?— insistió.

—Está bien, sí —respondí mientras aquella morena de rizados, que tenía cosas de Sofía, pero que realmente no se parecía a ella, se echaba la mano atrás, para ayudar al ansioso amante, que seguía intentando penetrarla por el culo.

—Tiene buenas tetas, ¿no? —me sorprendía María, de nuevo, visiblemente afectada por el video y quizás hablando para romper esa tensión, para disimular la impresión que le producía lo que veía.

—Prefiero las tuyas —respondí, y era cierto, la chica, o la mujer, tenía un buen par, como María, o casi, pero con respecto a las areolas nada podía hacer; la extensión de las areolas de María ponían sus pechos en otro nivel. Las areolas y pezones de María producían un impacto visual de sus pechos, de su torso, que la ponían siempre en otra dimensión.

El chico parecía conseguir ensartarla, no sin dificultad, desde atrás, mientras yo pensaba que en ningún momento habría imaginado ver porno con María así, sin más, sin ninguna planificación, sin ningún plan para convencerla. Y mucho menos con la estación Guille-Álvaro tan cercana y ya aún más cercana la Edu-Víctor.

No sabía si por el cumplido hacia sus pechos o quizás por el morbo de ver a aquella mujer empalada por dos pollas a la vez, pero María, lentamente, con tacto, con erotismo, con delicadeza, comenzó a colocarse, a montarme, dándole la espalda a la pantalla. Se sentó sobre mí, con sus

bragas cerquísima de una entropierna mía que lagrimeaba y quería escapar del pijama. Pensé entonces que quizás había algo más que la había hecho encenderse así... ¿o ya venía algo encendida de antes? María me quitó la camiseta y comenzó a besarme el cuello y yo pensaba si ya venía excitada de su dormitorio, si ya se había excitado por probarse la camisa con la que cumplía las órdenes de Edu... si se había excitado por imaginarse... por visualizarse con Edu y Víctor al día siguiente.

Mientras María me besaba sutilmente el cuello y el pecho, la chica del video comenzó a gemir más fuerte y planteé otra hipótesis en mi mente: ¿Y si aquella postura del video la hubiera vivido ella con Álvaro y Guille? ¿Era posible? Aunque no hubieran llegado a penetrarla a la vez, pues parecía obvio que Álvaro había intentado desvirgarla analmente en la postura que yo había visto, me planteaba que era posible que María hubiera estado también entre dos cuerpos, en postura similar a la del video. Lo más morboso era que ambas teorías, la de la excitación por vestirse para Edu y la de estar reviviendo la postura del video no eran excluyentes.

Acabé por buscar los labios de María que ya se movía lentamente, con su cintura adelante y atrás, rozando sus bragas con el pequeño bulto de mi pijama. Sentí sus labios carnosos, densos, húmedos y mi lengua no tardó en buscar la suya. Algo me subía por el cuerpo al tocar su lengua. Como si fuera siempre la primera vez. Pero María cortó el beso disimuladamente y con los ojos cerrados susurró en mi oído:

—Sigue mirando...

María me ordenaba que no abandonase a aquella mujer a la suerte de aquellos dos chicos. Que siguiera mirando cómo se la follaban entre los dos. Y yo disfrutaba de la vista de aquel video y del tacto de María por todo mi cuerpo, sentada en mis muslos, montándome pero sin montarme, y de nuevo besando mi cuello, el lóbulo de mi oreja... mi pecho...

El bombardeo de gemidos de aquella exuberante mujer chocaba con la delicadeza de los besos y movimientos de cadera de María. Mis manos fueron a sus nalgas, para acompañar aquella cadencia de su cintura. Sentí su culo algo caliente y aparté un poco sus bragas negras, llevándolas hacia dentro, hacia la raja de su culo, para amasar con ambas manos, con toda la palma y todos los dedos, aquella carne sofocante, que me hacía a mi subir mi propia temperatura.

—¿Qué hacen? —susurró María en mi oído al escuchar como los decibelios habían aumentado.

—Pues... —balbuceé excitadísimo— pues... uno... uno la tiene a cuatro patas y le está dando por el culo, y... el otro está tumbado al lado... pajeándose.

—¿Sí...? —preguntó entrelazando sus dedos en mi pelo y mordiéndome levemente el cuello.

—Sí... ¿Te pone lo que le hacen...?

—Mmm... Me pone que a ti te ponga... —respondió.

—¿Sí? Pues... podrías... liberarme... —susurré también en su oído, usando una extraña palabra, pero fue la que me salió, en clara alusión a que acabara con el martirio de mi polla bajo el pantalón del pijama.

María no me torturó más y llevó sus manos a la goma de mi pijama, bajando el pantalón lentamente. Descubriendo por fin mi miembro, completamente tieso, si bien ridículo comparado con las pollas de los chicos del video, pollas que en cualquier caso no tenían nada de especial.

Sentada sobre mí se echó un poco hacia atrás y llevó ambas manos a mi miembro. Lo agarró con fuerza y después lo soltó. Tanteándolo de una forma sorprendente. Después llevó dos de sus dedos a la punta y echó la piel de mi glande hacia atrás, con suma delicadeza, haciéndome estremecer. Yo, nervioso, llevé mis manos a uno de sus botones, para desabrocharle un poco la camisa y contemplar el nacimiento de un escote que sabía me iba a matar y de un sujetador tan

oscuro como contundente. María comenzó a esparcir el líquido pre seminal que chorreaba de la punta de mi miembro con su dedo pulgar, matándome, alterando mi respiración... produciendo una descarga incontrolable por todo mi cuerpo.

—¿Ves? —preguntó, seguro sin ser consciente del destrozo de aquel dedo pulgar, haciéndose un poco hacia un lado, para que pudiera seguir viendo el video.

—Sí —dije al tiempo que me incorporaba un poco para mover mi portatil ligeramente hacia un lado para verlo más en diagonal —¿Quieres que lo pase un poco para delante? —pregunté.

—No... No, me gusta oírla.

María recogía mis huevos con una mano y con la otra seguía esparciendo aquel pre seminal y masajeándome con su dedos todo el glande. En la pantalla aquel chico seguía destrozándole el culo a aquella morena y el otro seguía pajeándose, mirándoles, como si nada.

—Disfruta, que mañana se acaba... —dijo, mirándome, sin soltar mi polla. Polla que había desatendido durante semanas o incluso meses, y ahora mimaba como si se sintiera en deuda.

—¿Mañana se acaba el qué?

—Pues lo de esos dos. Bueno, lo de todos.

A mí me costaba entenderla. Y no solo lo que decía, sino también su nivel de excitación... Su comportamiento tan entero. Había follado durante horas el viernes por la noche, el sábado por la mañana... Había follado conmigo al llegar, el sábado a mediodía, al llegar de casa de Álvaro. Y habíamos hecho el amor la noche del sábado. Y ahora parecía evidente que follaríamos otra vez. Sin embargo parecía empeñada en que todo acabaría tras la quedada con Edu y Víctor. Parecía querer pasar del todo a la nada.

—Ya, ya me has dicho que mañana y se acabó.

—Eso es... Mañana... ves como... me miran y se acabó.

—¿Cómo te miran?

—Sí... Víctor me mirará con su cara de viejo salido psicópata...

—¿Y...? —intenté sonsacar.

—Y ya está... Y... Edu...

—¿Y Edu como te va a mirar? —interrumpí mientras mi mano, temblorosa, infartada, delatora, iba a desabrocharle otro botón de la camisa, haciendo que su escote llegase literalmente hasta su ombligo, descubriendo las copas enormes de su sujetador que contenían unos pechos que parecían respirar con vida propia.

—Pues Edu...—comenzó a decir al tiempo que cambiaba su movimiento de crear círculos con su pulgar sobre mi glande para agarrar mi polla con tres dedos y comenzar a masturbarme lentamente— me mirará con su cara de... chulo... y con su indiferencia...

—¿Sí?

—Sí... con su cara de chulo, haciendo como que... como que no se acuerda de que a mí también me folló... en plan que se folla a tantas que ni se acuerda...

—Seguro que de ti se acuerda —dije fingiendo entereza, pero infartado por su frase, por aquel “haciendo como que no se acuerda de que me a mí también me folló”.

—Pues eso... disfruta mañana... que se acaba todo... que además a esos dos idiotas los voy a bloquear.

—¿Te han vuelto a escribir?

—Sí, Guille.

—¿Álvaro no?

—No, pero bueno, ya viste que me escribió esta tarde.

—Ya. ¿Y Guille qué te ha escrito?

—Chorradas —dijo María con gesto de querer dejar de hablar de ellos, apretándome más fuerte con sus dedos.

Llevé de nuevo las manos al culo de María y cumplí su orden de mirar otra vez a la pantalla. Ahora la chica masturbaba a los dos chicos que estaban tumbados boca arriba, cada polla con una mano. Y yo de nuevo me preguntaba si María había hecho eso en el intervalo de tiempo en el que se había quedado a solas con aquellos dos afortunados niños.

—¿Quieres que huela mañana? —dijo María, sorprendiéndome de nuevo.

—¿Que huelas, cómo?

Se puso entonces de pie y no pudo evitar llevar sus ojos a la pantalla donde aquella mujer había abandonado aquella especie de masturbación doble y ahora se afanaba en chupársela a uno de los chicos, mientras el otro ya se movía para buscar la retaguardia de la mujer.

María se desabrochó el botón que faltaba de su camisa. Se la quitó. Sin dejar de mirar el video. Llevó sus manos al broche trasero de su sujetador... sujetador que cayó hacia adelante, agradecido por dejar de sostener aquello, como agradecidos respondieron sus pechos fluyendo hacia adelante y ligeramente hacia abajo. Sus tetas colosales ante mí, y ella girada, como si nada, mirando la pantalla. Mirando como un chico disfrutaba de una mamada implicada, tan implicada que las tetas de la morena se bamboleaban con el movimiento, mientras el chico de atrás, se masturbaba, de pie, como aun decidiendo si penetrarla o no, o decidiéndose sobre qué orificio cubrir.

Para mi sorpresa María se puso de nuevo la camisa. Se abrochó tres o cuatro botones y volvió a sentarse sobre mí. Aproximó su coño, tapado por sus bragas, hasta que pude sentir la seda negra en contacto con el tronco de mi polla dura, y susurró en mi oído:

—¿Quieres que me huela la camisa a sexo mañana?

Yo, tan alucinado como excitado, no supe qué responder. Mis manos fueron a sus tetas, sobre su camisa, y mi boca fue a buscar la suya, pero sus labios me fueron negados.

—Sigue mirando.

Obedecí y vi que el chico de atrás se había decidido a inclinarse hacia adelante y comerse aquella chica, comerle el coño o el culo, no lo sabía, mientras ella seguía obcecada en destrozar la polla de su otro amante, con su boca y con una de sus manos.

María se incorporó un poco... y... yo podía ver de reojo como con una mano apartaba sus bragas y con la otra me cogía la polla... No me dejaba besarla. No me dejaba mirarla. Solo me permitía sentir sus pechos colosales bajo su camisa... Ella decidía todo lo que pasaba allí, aunque no tuviera demasiado sentido. Comencé a sentir como dirigía mi polla a la entrada de su coño, podía sentir sus labios tiernos rozando mi glande, podía sentir como aquel coño se abría para mí sin necesidad alguna de ninguna estimulación. María se sentaba sobre mí, sobre mi polla. Aquel coño enorme, poderoso, ávido, caía sobre mi cuerpo y ocultaba una polla que alucinaba con la temperatura y con la dilatación de aquellas paredes. Emitió un leve suspiro que se solapaba con los gemidos ahogados de la mujer del video, ahogados por tener la boca ocupada, y quiso seguir con su juego:

—... Hazme sudar... Aguanta...

La miré. Me lo permitió. Apreté con más fuerza sus pechos sobre la camisa al tiempo que ella hizo el primer círculo con su cadera sobre mi cuerpo; un círculo perfecto con mi polla incrustada dentro de ella.

No acababa de entender sus planes, cuando se levantó un poco, cambiando su movimiento circular por subir y bajar sobre mi polla. Miré hacia abajo y vi como la mitad de mi miembro era cubierto y descubierto por sus nuevos movimientos. Vi los labios de su coño como desunidos de

su cuerpo... abrazando mi tronco a cada metida... Me mataba del gusto... Me hacía cerrar los ojos... y escuché:

—Aguanta, eh... y haz... haz que... olamos a sexo... Haz... Haz que me suden las tetas...

Con los ojos cerrados escuchaba aquellas surrealistas peticiones mientras sentía un placer indescriptible al notar como su cuerpo se deslizaba con el mío, como si fuera una barca meciéndose, enterraba y desenterraba mi polla, lentamente, en movimientos cortos y sentidos... Yo, afanado a sus pechos, no sabía qué replicarle... y solo acerté a decir:

—¿Eso quieres?

—Sí...

—¿Y vas a oler a sexo mañana todo el día? —pregunté, con ganas de entrar en su juego, aunque temiendo no ser capaz, y siempre excitadísimo.

Era obvio que se ducharía y que la camisa difícilmente olería a sexo al día siguiente por mucho que folláramos. Los dos lo sabíamos. Pero parecía que decidíamos auto engañarnos en aquel juego morboso. Ya no tenía duda de que María se había excitado en su dormitorio al probarse la camisa. Ya no tenía duda de que alguna de las posturas que se veían en el vídeo las había vivido María pocas horas atrás.

Acerqué entonces mi cara a los pechos de María que me montaba con una cadencia y con un estilo impresionantes y ella misma dejó que besara, lamiera y mordiera sus pechos sobre su camisa; En un derroche de lujuria, que rozaba lo fetichista, babeé aquella camisa comprada para Víctor y Edu, de manera exagerada.

María gemía más fuerte no cuanto más rápido me montaba sino cuanto más mordía y babeaba aquellas enormes tetas sobre la camisa. Conseguí hasta que se marcaran sus pezones nítidamente mientras la chica del video cambiaba jadeos por gritos, ya que el chico de atrás la embestía con fuerza y el de delante se masturbaba frente a su cara. Yo quería aguantar, pero me costaba. María me montaba rápido pero con cuidado de no salirse, pues conocía el tamaño reducido de mi miembro. Intentaba no correrme, pero fueran a donde fueran mis ojos encontraba algo que me haría explotar... solo podía ver aquel vídeo que representaba a María con Álvaro y Guille o ver el semblante tremendamente morboso de María montándome, con su melena espesa cayéndole por la espalda, con sus manos en mi pecho, gustándose, disfrutando quizás más de ella misma que de mí.

Y mi boca también me hacía explotar al no querer dejar de ir una y otra vez a besar aquella tela rosa, a sentir aquellas duras tetas sobre la camisa, camisa que representaba a Víctor y a Edu. Pues allí no estábamos dos, ni siquiera tres, como algunas veces habíamos estado al fantasear, sino que éramos hasta seis personas las que estábamos en aquel extraño polvo... en aquella cabalgada acelerada: dos en el vídeo, dos en su camisa y dos en la silla. Aquella cabalgada frenética en la que María comenzaba a sudar cada vez más, por lo que llegué a pensar que quizás tuviera razón y pudiera impregnar de olor a sudor y a sexo aquella camisa para el día siguiente.

María llevó una de sus manos a su clítoris, buscando así su orgasmo y yo resoplé. Dándole a entender que no podría evitar correrme si ella comenzaba a gemir. Ella me leyó y se detuvo. Me abrazó. Quieta. De golpe todo se paró. Nuestro mundo se paraba, pero el video avanzaba incesante. Notaba el corazón de María palpar en mi pecho, alterada, viva, pletórica, mientras uno de los chicos se masturbaba apuntando a la cara de aquella mujer mientras el de atrás se salía de ella y pretendía eyacular sobre sus nalgas.

—¿Quieres correrte? ¿Aguantas? —suspiró María en mi oído mientras uno de los chicos se hacía con la cámara y enfocaba ahora a aquella morenaza mientras se masturbaba frente a su rostro.

Seguía abrazado a María mientras contemplaba como en seguida aquellos dos chicos ponían perdida de semen la cara y las nalgas de aquella mujer que cerraba la boca y los ojos, dispuesta y sumisa a parte iguales, sin rastro de exageración ni fingimiento, ganando enteros la posibilidad de que el vídeo no estuviera realmente preparado.

—¿Quieres parar un rato? —preguntó comprensiva. Lo cierto era que solo con que moviera un poco su cintura, explotaría.

El video acabó y conseguí coger un poco de aire. María se echó un poco hacia atrás, descubriendo la humedad de su camisa por la zona de sus tetas, mostrando aquella saliva mía que había mancillado su camisa y llegado hasta sus pechos.

—No, podemos seguir —dije sabiendo que no estaba a un movimiento de María de correrme... sino a dos o tres...

—¿Acabó el vídeo? —preguntó, sin girarse, por no oír nada.

—Sí —dije mirando hacia abajo, mirando cómo, al haberse echado un poco hacia atrás, hasta llevar sus codos a la mesa, se descubría la base de mi polla, base permanentemente abrazada por aquel coño que parecía querer atraerme.

María, con su pelo parcialmente sobre la cara, ciertamente algo sudada, llevó su vista a sus pechos calados por mis babas, y no dijo nada.

—¿Qué tal los chicos del video? —dije finalmente yo, por ganar tiempo.

—No me fijé, la verdad.

—¿Te fijaste en las tetas de ella y no en... las pollas de ellos? —pregunté sabiendo de la anormalidad de aquello, de la anormalidad de tener a María montada sobre mí, con mi polla dentro, con sus pezones marcando aquella camisa mojada por mi saliva.

—Pues no sé... serían normales...

—¿Cómo la de... Guille?

—Sí, puede ser.

—¿Y eso...? ¿Qué es? Del uno al diez.

—¿La polla de Guille del uno al diez? —preguntó María, seria, centrada, sin extrañarse por la pregunta.

—Sí.

—¿De tamaño o de forma?

—No sé, en general.

—Pues... no sé, igual un seis. Seis, seis y medio.

—¿Y la de... Álvaro? —pregunté llevando una de mis manos a uno de sus botones de nuevo.

—No me la quites.

—No, no —dije desabrochando un botón solo para disfrutar de aquel bendito escote otra vez, pero sabiendo que ella quería seguir follando con la camisa puesta.

—Pues Álvaro... un... ocho o nueve.

—¿Ocho o nueve?

—Ocho y medio...

—No está mal...

—Bueno, ya la viste —dijo no sin razón.

—¿Y la de Edu?

—Pues... claramente diez —dijo con dolorosa celeridad.

—Joder...

—Nueve y medio o diez.

—Caray... —suspiré.

—Tiene una polla... tremenda... Bueno, también la has visto...

Me quedé un instante callado, lo cierto era que no solo la había visto sino que incluso, aunque hubiera sido durante un segundo, la había tocado.

Me sentí algo recuperado y no pude contenerme más, así que tiré de su camisa un poco hacia mí, indicándole que podía montarme otra vez, que podía volver a follarme, lo cierto era que sin duda ella a mí, sudando e impregnando de olor a sexo aquella camisa otro rato más.

María pegó su pecho al mío y su primer movimiento arriba y abajo fue más sentido de lo esperado. Pero ya no le podía pedir otra vez un descanso.

—Muévete adelante y atrás, mejor —le pedí.

Obedeció, por lo que comenzó a mover su cadera adelante y atrás. Intenté el beso que se me había negado y esta vez, y casi sorprendentemente, fue aceptado. Disfruté entonces de nuestras bocas fundirse. De nuestras lenguas contactando... Y una de mis manos fue a su culo para acompañar su cintura y la otra iba a su cuello, su melena, su cara, sus pechos y todo lo que pudiera tocar, acariciar y sentir. Sus manos a mi cara, cuando me besaba con más ansia, a mi pelo, para tirarme un poco de él cuando conseguía sentir mi polla más dentro de ella... Sus movimientos de cadera adelante y atrás se hicieron frenéticos, su melena caía espesa por su espalda llenando de sudor su camisa, cumpliendo su plan, y sus pechos atacaban la camisa por delante, rematándolo.

Colé entonces mis manos por su torso, por debajo de la camisa, y sentí su vientre caliente, pringoso, por el sudor, era cierto que estábamos creando sudor, creando sexo, en un plan extraño, bizarro, fetichista... Una de mis manos se quedó en su vientre y la otra subió más y acarició una de sus tetas bajo su camisa... aquellas tetas tibias... suaves... coronadas por un pezón durísimo... aquellas tetas que efectivamente sentí pegajosas, sudadas... María se acopló entonces incluso más y comenzó a moverse aún más rápido; me follaba la polla adelante y atrás, sentada sobre mí, con una velocidad y un estilo que me tenían al borde del orgasmo, su cintura me golpeaba en golpes secos, hacia adelante, mientras me seguía deleitando con sus tetazas sudadas y la miraba, hacia arriba, como se gustaba, como me montaba, como me cabalgaba, enérgica, pletórica, con sus tetas bailando bajo su camisa empapada por mi saliva, baile que yo no quería neutralizar del todo con mis caricias, pues quería verlas menearse libres. Me montaba llena de poder, de lujuria y de elegancia, en aquel plan tan surrealista como extraño y tremendamente guarro... Con los ojos cerrados... con una mano en mi pecho y la otra en su cintura, con arrogancia, con autoridad, me mataba y me tenía a punto de correrme... y tras varios resoplidos míos supo que yo no tenía vuelta atrás y susurró, con los ojos cerrados:

—Córrete.... Córrete si quieres... —y aquella frase fue el definitivo detonante para que mi polla y todo mi cuerpo dijéramos basta.

—Lléname... ¡Mmm... joder...! Echa... echa todo... —dijo altiva, con un gemido mínimo, pero sentido, con sus ojos permanentemente cerrados, con lentitud en sus palabras, con frenesí en su cintura, implacable, con una altivez que me mataba y que me hacía eyacular, vaciarme, correrme dentro de su coño, compungido, llevando entonces mis dos manos a sus tetas caladas, por su sudor y por mi saliva, tetas que no era capaz de cubrir haciéndome sentir pequeño, diminuto también en comparación con el cuerpazo que me montaba... Me corría y me corría y podía sentir el gusto y la satisfacción de María por mi orgasmo, porque mi corrida se prolongaba... y yo hasta me sentía orgulloso cuanto más se alargaba mi placer y mi eyaculación dentro de ella, dentro de una María que seguía con su cadera y su cuerpo implacable, exprimiéndome... hasta dejarme completamente seco. Vacío.

Se detuvo. Otra vez. Llevó su torso hacia mi cuerpo. Otra vez. Volví a sentir su pecho palpitando. Otra vez. Sentí su camisa húmeda y sus tetas mojadas. Inhalé de su melena, de su nuca,

y olí sexo. Olí sexo realmente guarro. Sentía sus pezones clavados en mí, atravesando su camisa hasta llegar a mi pecho, pezones que no descendían en dureza por mucho que duraba nuestro abrazo. Sentía mi polla palpitar y gotear dentro de ella. No teníamos prisa. Yo no entendía como tras meses pensando en que ya no me deseaba pudiéramos haber echado aquel polvazo, pero no me parecía el momento para intentar averiguar un por qué.

Aquel abrazo se detuvo porque empezamos a sentir como todo lo que había echado dentro de ella buscaba salida hacia mi pubis y hacia la silla. María acabó por ponerse en pie. De su coño caía un líquido blanco y espeso, su camisa seguía mojada en las zonas que había babeado y sus pezones seguían marcando y coronando aquellas zonas húmedas con una desvergüenza exagerada. Llevó una de sus manos a su entrepierna y se quedó quieta. Me subí el pantalón del pijama, me levanté y fui a por papel higiénico que traje inmediatamente para limpiarnos.

Tras asearnos María se quitó la camisa y la colgó sobre una silla.

—Estamos locos —dijo mientras la revisaba. Lo cierto era que no valía para poner.

Yo en pantalón de pijama y ella solo con las bragas puestas, la abracé por detrás:

—Te quiero mucho, María.

—¿Mucho? —preguntó melosa, recibiendo mi abrazo, y haciéndolo suyo.

—Sí.

—Normal, normal que me quieras mucho —sentí que sonreía mientras enterraba mi nariz en su nuca y olía de su melena espesa y sudada.

CAPITULO 6

Estábamos absolutamente en la cresta de ola. Expuestos. Por momentos descontrolados. Cuando yo había pensado que tras lo sucedido el viernes por la noche María se metería en una concha de la que no querría salir por algún tiempo.

Yo estaba en la cresta de la ola porque al día siguiente vería a Edu, después de tantos meses sin verle. Vería a Víctor, el cual un día me había escrito como para postularse como amante para María de una forma que me había revuelto las tripas. Para colmo María iría vestida como Edu le había pedido y para contentar a Víctor. Y, por si todo eso fuera poco, mi novia venía de una especie de orgía con dos críos y otra chica dos noches atrás. Pero, aun así, lo que más me hacía sentir que estaba viviendo unos momentos claves y trascendentes era la propia actitud de María; mientras cenábamos, aquel domingo por la noche, pensaba que en aquel fin de semana María había estado casi más horas follando que sin follar. Para colmo aquel espectáculo con la camisa, idea suya... Lo de ver porno... Una vorágine de acontecimientos sexuales que me tenían impresionado, y, quizás también, rozando la alerta.

En otro contexto me habría costado dormir, pero si el fin de semana de María había sido intenso en lo físico y lo emocional, también había sido para mí tremendamente intenso psicológicamente. Cerraba los ojos y volaban mi imaginación y mis recuerdos. Tenía además la necesidad imperiosa de que María cubriese aquellos vacíos de información de lo sucedido con Álvaro, Guille y Sofía el viernes por la noche y sábado por la mañana. Tenía, además, los nervios y la incertidumbre de qué ocurriría al día siguiente con Edu y Víctor, pero me quedé dormido sin remedio a los pocos minutos. Caí rendido por puro cansancio y estrés emocional.

A la mañana siguiente era un lunes por la mañana más, pero no lo era. María y yo íbamos cumpliendo con todas las tareas mecánicas y repetidas, casi cronometradas, de desayunar, ducharnos, lavarnos los dientes, secarnos el pelo... en un coreografía sincronizada y ruidosa a la vez que muda.

Me vestí en el dormitorio mientras María aún se secaba el pelo en el cuarto de baño. Cogí mis zapatos y me fui al salón. Escuchaba las noticias en la televisión y me calzaba mientras miraba de reojo la camisa de María que seguía colgada en la silla. No sé por qué en aquel momento tuve el pálpito de que se acabaría echando atrás, de que con la excusa de que la camisa no estaba en buen estado acabaría por saltar del barco justo antes de llegar al destino. Podría ir al cuarto de baño, despedirme y marcharme, pero hice tiempo con mi móvil en el sofá, preocupado por el desenlace.

Y es que, a pesar de ser María bastante lineal, temía un repentino cambio de humor, un volver a la tierra, un ramalazo de madurez. Un “ya está bien, se nos ha ido demasiado”.

Escuché como el secador detenía su zumbido y como unos retumbantes tacones se acercaban. Apagué la televisión como en un acto reflejo, como si estuviera haciendo algo malo y me puse en pie fingiendo absurdamente que no había mirado la camisa en todo el rato, como un niño sometido a tentaciones en un experimento sociológico. Ante mí apareció con su melena densa y brillante, con unos tacones negros y falda gris, sujetador negro y una americana en sus manos a juego con la falda, que posó sobre una silla, y, sin mirarme, cogió la camisa rosa con cuidado.

No entendía por qué me ponía tan nervioso. Nervioso y sorpresiva e incontrolablemente excitado.

La cogió y la miró de arriba abajo. Como comprobando sus daños. Segura. Serena. Comenzó a ponérsela. Se la abotonaba con una mano mientras cogía su bolso que colgaba de otra silla con la

otra mano. Como si tal cosa.

—¿Vamos? —preguntó sin mirarme mientras metía la camisa por dentro de la mini falda.

—Sí.

Se puso la chaqueta y se giró por primera vez hacia mí. Se colgó el bolso al hombro y entonces abrió su chaqueta, ofreciéndome su busto, su pecho imponente bajo aquella camisa y sujetador, ofreciéndome su vientre plano y su semblante tranquilo.

—Está bien ¿no? Tu saliva no es corrosiva ni nada —dijo con gracia aunque sin sonreír.

—No, no, está bien.

Lo cierto era que la camisa había tenido un sueño tan reparador como el mío. Nadie podría imaginar el juego y el vilipendio a la que había sido sometida horas antes. Y una mezcla de alivio, morbo y de nuevo impresión por el empaque de María me afectó en todo el cuerpo.

Ya en el ascensor, María se colocaba la melena y se ajustaba mejor la americana y el morbo se impuso entre mis emociones. Desde atrás pegué mi entrepierna a su culo y llevé mis manos a su cintura.

—No empieces... —dijo, más de lunes que yo, como si fuera un lunes cualquiera...

—No empiezo nada...

—Bueno... hoy se acaba... —dijo María, mirándose, sin cruzar su mirada con la mía a través del espejo, en lo que parecía ser su nueva frase favorita, y preguntó:

— ¿Cuánto llevamos con esto?

No quise decirle la verdad. No quise decirle que sabía la fecha exacta, nueve de marzo del año anterior. Día en el que había venido Edu con otros chicos a saludarla y noche en la que había soñado que me humillaba al besarse con él en mi presencia y después hacían cosas más fuertes que besarse. El ascensor llegaba al cero mientras le decía que llevábamos casi un año con aquello.

—¿Ya? —dijo meridianamente sorprendida— Bueno, quedará como una locura de novios... Y hay que ponerse las pilas con la boda, que mi madre me está empezando a volver loca con que aún no tenemos nada —dijo mientras salíamos del ascensor.

Ella buscó una despedida estándar y yo busqué labios, lengua y todo lo que se me permitiese. Obtuve labios, tacto de culo sobre minifalda de traje, un poco de lengua y un “venga... ya...” suficientemente sonriente. Me di por satisfecho.

¿Cómo se pone uno a trabajar así un lunes? Imposible. Las horas no pasaban. Me marqué las once de la mañana como meta volante y eran menos cinco cuando no me pude contener más y le escribí al móvil:

—¿Qué tal?

Cinco minutos más tarde recibí un “Bien” y cinco segundos más tarde, o lo que tardé en escribirlo, ella recibió un “¿Habéis quedado? ¿Habéis hablado?”. “Espera que tengo lío” apareció en mi móvil y me cayó como un castigo, un castigo a un chiquillo impaciente y cansino.

Volví al trabajo, a medio gas, con mi cabeza en otra parte, y en esa otra parte aún estaban Álvaro y Guille. Aún me venían permanentemente a la mente las imágenes de aquellos críos follándose... Joder... ¿Y ella pretendía bloquearlos sin más? ¿Como si no hubiera sucedido nada? ¿Cómo un desahogo meramente físico? ¿Lo iba a olvidar así?

Mi imaginación voló entonces del pasado al futuro, y fue a Edu. No dejaba de sorprenderme su súbita aparición, de nuevo, en nuestras vidas. O quizás tan ocupado había estado con Álvaro que no había visto que Edu siempre había estado ahí. De hecho no podía negar que diferentes pistas habían llegado a mí. Dudaba ya si esa obediencia de María acerca de la ropa a llevar al trabajo había consistido en dos o tres casos aislados o si había sido una constante de semanas o meses.

¿Podría haber sido una constante desde el verano? ¿Enganchando lo de cumplir sus peticiones sobre los bikinis, en verano, después en septiembre, en la época de Patricia, y después en invierno yendo al juzgado juntos? ¿Podría ser que le hubiera cumplido esos caprichos durante todos esos meses, de manera transversal, con el oasis de su tremenda follada en la boda? ¿Su premio? ¿Su recompensa? No, no podía ser... Lo de la boda había sido una ida de cabeza de todos, sin nada pactado. Pero, ¿y después? ¿Y aquella vez que Víctor me había dicho que María había tanteado a Edu para repetir? No, aquello no me lo creía. Era imposible.

Víctor... aquel informático oscuro e inescrutable... ¿Habría visto a María ya así vestida? ¿Sabría la causa de su vestimenta? Casi seguro que sí. O quizás fuera solo un juego de Edu. Me imaginaba a Víctor mirándola con lascivia por el pasillo o quizás yendo al despacho de María bajo alguna excusa, para allí desnudarla con la mirada... repasando sus tetas... sus piernas... Me preguntaba si se pajeaba pensando en ella, si se la imaginaba montándole cada vez que se veían... Si se acariciaría su sucia polla en los servicios del despacho pensando en ella...

Ese era yo. El que se preocupaba por las cosas que no sabía, pero en seguida lo solapaba y soterraba al imaginarse todo tipo de morbosidades y guarradas derivadas de, precisamente, aquella incertidumbre. Y en esas estaba... empalmándome... allí sentado. Cuando se confirmó que cuando algo puede salir mal sale mal, y es que acabó por salpicarme un marrón, en principio ajeno a mí, y que tenía trazas de que podría afectar a mi hora de salida.

Enfocado en apagar el fuego para que no trastocase mi cita, llegando a comer en mi escritorio para no perder tiempo, recibí un mensaje de María pasadas las tres de la tarde.

“Hemos quedado a las nueve en la cervecería de siempre, la de los jueves”.

Leí aquella frase varias veces. En cierto modo me resultaba decepcionante. Que fuera en aquel bar le quitaba... clandestinidad... le daba un aire de demasiada normalidad.

Respondí con un escueto “vale”, sin detenerme a ponerla en aviso de que quizás saliera tarde y volví al trabajo. Pero de nuevo me costaba. Al ponerle sitio a la cita mi mente volaba más fácilmente al paisaje. ¿Cómo nos sentaríamos? ¿Cómo la miraría Víctor? ¿Cómo miraría María a Edu? ¿Cómo me miraría Edu a mí? ¿De qué hablaríamos? ¿Para qué era realmente la quedada? ¿Acaso nadie iba a intentar nada? ¿Pero intentar qué? Era como juntar cuatro productos químicos y removerlos y esperar a ver qué pasaba. Lo cierto era que no tenía demasiado sentido.

Inevitablemente mi mente comenzó a trabajar en elementos más sugerentes. Si tan claro tenía María que con aquella quedada se acababa todo... ¿Iba a hacer algo? ¿Iba a calentar a Víctor para después contármelo? ¿Acaso ella había pensado en algo? Imaginármela calentando a aquel cuarentón... encendiéndole hasta quizás permitirle que le tocara la pierna, el muslo bajo la falda... que el viejo se atreviese a hacer eso, en mi cara, que ella se lo consintiese y que Edu en ese momento me mirara... Joder... me empalmaba solo con pensarlo...

Cogí el móvil y... tras escribir y borrar ciertas cosas acerca de Víctor y ella, decidí tranquilizarme y le envié:

—No huele la camisa a sexo, ¿no?

En seguida obtuve respuesta:

—Jaja. No.

—Se nos fue un poco la olla.

—Se nos fue. BASTANTE —escribió con letras enormes.

Le escribí entonces que quizás saldría tarde y me respondió, fastidiada, que intentara no demorarme demasiado. Supuse que no querría estar a solas con ellos.

Iba a posar mi móvil boca abajo para centrarme en acabar mi injusta tarea cuando vi que Edu me escribía. Casi se me cae el móvil de la mano.

Solo me había aparecido en la parte superior de la pantalla que me había escrito. No tenía ni idea del tono, del tamaño... del contenido... Aunque las sensaciones eran malas. De golpe todo su sadismo y su superioridad cayó sobre mí, tele transportándome a meses atrás. Sentí en un instante lo que sentía cuando me escribía con él, sentí no solo sadismo y superioridad, sentí... miedo. Mi dedo tembloroso acabó por entrar en el chat con él, todo mi yo se preparaba para recibir un impacto que justo o injusto siempre sentía merecido, siempre sentía que iba con todo el lote, que no se podía evitar si querías volver a tener contacto con Edu. Cogí aire, como si me fuera a faltar al acabar de leer... y leí:

“Hoy no me hables, lo que sea será con ella, con Víctor y conmigo. Creí que habías aprendido, veo que no, te dije que dejaras de hacer el imbécil. No respondas a esto.”

CAPITULO 7

Uno de mis jefes pasó cerca de mi mesa y solté el móvil de forma abrupta. Miraba la pantalla de mi ordenador, pero no veía nada. No podía releer el mensaje, y realmente lo necesitaba pues había leído de forma rápida y algo desordenada.

Me sentí amenazado. Me sentí inferior. Salió de dentro de mí el Pablo timorato y asustado. El Pablo que había sido durante meses con Edu. Pero pronto comenzó a librarse una lucha entre mi cuerpo y mi mente, mi cuerpo bombeaba sangre y me hacía sudar de los nervios, me hacía retraerme y sentirme pequeño, pero mi mente se rebelaba y comenzaba a decir que ya no existía aquel Pablo, que había pasado un tiempo en el que María y yo habíamos volado libres, sin necesidad de Edu. Nos habíamos emancipado de él y de su control, de su dominio. No le debíamos nada.

Mi mente dibujaba frases que rebotaban en mi cabeza, la que más se repetía era “Mandamos María y yo”, y le acompañaba otra como “Quedamos porque ella y yo queremos”.

Sabía que había algo de auto engaño, pero a la vez que en el fondo no me faltaba razón. Quedábamos porque María y yo queríamos y, además, no me podía permitir más ser aquel Pablo apocado. No me lo podía permitir más, por mí, por el estrés psicológico que eso suponía. Prefería luchar contra mí mismo que contra Edu.

Mi jefe se perdió por un pasillo y tenía dos opciones, la primera: releer el mensaje, continuar mi lucha interna, darle infinitas vueltas a por qué íbamos a aquella cita, a qué podría pasar o, segunda: dejarlo ir, no pensar, trabajar para salir cuanto antes y plantarme en la cervecería con María, sin más. Opté por la segunda.

Coloqué ahora sí el móvil boca abajo sobre el escritorio y me enfrasqué en acabar mi tarea para poder salir lo antes posible.

Conseguí un nivel de concentración al menos suficiente, pero el tiempo fue corriendo, siempre en mi contra. Cuando estaba acabando sabía que ya estaba fuera de hora y cogí el móvil para ver si María me había escrito. Cuál fue mi sorpresa cuando descubrí... que me había quedado sin batería.

Levanté la vista para ver si algún compañero me podría dejar un cargador, pero apenas quedaba nadie ya. No quise fustigarme por mi mala suerte o por mi torpeza de no haber pensado antes en que me estaba quedando sin batería en el teléfono móvil y decidí serenarme y volver al trabajo.

Una vez conseguí salir de aquella tortura, y ya en el coche, buscaba aparcamiento cerca del despacho de María y no le daba vueltas a si no habría terminado uno de los informes con demasiada prisa... sino a qué me encontraría una vez estuviéramos los cuatro juntos... Nunca, en todo el día, había estado al trabajo, sino a aquella cervecería, a nuestra cita con nuestro juego.

Intentaba disimular, pero era obvio el trasfondo de nervios que corría por todo mi cuerpo. Aparqué a medio camino entre su despacho y la cervecería. Miré el reloj. Difícilmente estaría María en el despacho. Era demasiado tarde. Me armé de valor. No era mi contexto soñado ese de aparecer en la cervecería yo solo estando ya ellos tres allí, pero no tenía ya remedio alguno.

Erguido. Decidido. Como si mi lenguaje corporal pudiera engañar el palpar de mi corazón, caminaba buscando mi destino, un destino que siempre parecía que yo buscaba a disgusto a la vez que anhelaba, como una droga de la que sabes que lo peor está al principio y al final, pero no puedes renunciar al éxtasis intermedio.

Doblé la última esquina y, sin tiempo ni ganas de proyectar el cuadro, me encontré con una estampa que no esperaba. Los vi. Y vi algo que por muchas vueltas que le hubiera dado no habría podido prever ni imaginar.

Sí, efectivamente, a medida que me iba acercando se iba confirmando, allí había más gente de la esperada. Además de María, Edu y Víctor, cerraban un círculo en torno a dos mesas casi pegadas Begoña y otra mujer.

Yo estaba entre la decepción y el alivio. El recibimiento fue frío. Víctor me estrechó la mano y me presentó a la desconocida, una mujer corpulenta que si tenía cuarenta y pocos los llevaba mal y si rondaba los cincuenta los llevaba muy bien, con media melena, por encima de los hombros, rubia platino.

—Sara —dijo ella y yo me imaginé una hache al final de su nombre, quizás porque me sonó a extranjera, pensé en alemana o algo centro europeo.

No tenía tiempo de pensar si aquello era una encerrona o qué estaba pasando, cuando busqué a María con la mirada por si me podría decir algo y solo supe por sus pupilas que no iba por la primera cerveza. Me presenté a Begoña, guapísima, con un traje claro, de chaqueta y pantalón, como salmón y un top lencero blanco que le daba un aire más jovial que cuando la había visto con camisa y traje más oscuro semanas atrás. Sus ojos grandes, su pelo castaño y lacio, sus dientes blancos y perfectos, su cara angelical, de niña bien. Todo aquello no se me había olvidado como tampoco aquello que me había contado María de cómo había venido a la ciudad con novio, hasta pensando en casarse y como lo había dejado por Edu al poco de conocerse.

Me senté. Incómodo. Con Víctor a mi izquierda, con su camisa negra y pantalones negros, con su pelo recogido en su coleta, sus gafas de cristal alargado y su estampa como de no querer estar nunca donde estaba, pero a la vez de controlarlo todo. Lo vi más demacrado, con surcos, más que arrugas, y más delgado. A mi derecha Sara comenzó a hablarme y yo la escuchaba mientras intentaba buscar el vínculo. No era del despacho, eso seguro. Por edad quizás un ligue de Víctor. Llevaba un pantalón blanco y jersey claro azul ceñido y una americana azul oscura por encima. Descubrí que era holandesa al tiempo que alzaba la mirada y veía a María y Edu sentados juntos, alejados de mí, con esa perenne sensación de incomodidad, de tensión. Además María tenía a su lado una estufa exterior cuyas llamas parecían hacer mella en ella, la cual colorada, acalorada, estaba ya sin chaqueta y con la camisa rosa remangada hablaba con Edu en frases cortas.

Conseguí una cerveza y por fin tuve algo a lo que agarrarme mientras Edu abandonaba el flanco con María para centrarse en Begoña, dejando a mi novia libre para que Víctor le hablase. Tras algún silencio incómodo con Sara, me vi obligado a contarle acerca de un viaje por Holanda en mis años universitarios como consecuencia de haber visitado a un amigo que había estado en Lovaina, en Bélgica y habíamos visitado los dos países. Eso hacía que ella hablase y así yo poder ganar tiempo y poder analizar lo que estaba viendo, y algo comencé a sacar en claro: Edu quería que María hablase, ¿intimase? con Víctor... y la cara de mi novia no solo era de calor, por la estufa, de principio de ebriedad, por la cerveza, sino también de suma incomodidad por verse obligada a hablar con Víctor. Y es que había demasiados decibelios en aquella terraza, sobre todo por culpa de un grupo numeroso que teníamos al lado, como para poder mantener una conversación a seis, produciéndose una especie de división en triples parejas, si bien dos parejas estaban intercambiadas.

Sara me hacía en cierta forma volver al mundo real. Como si fueran dos mundos. El del juego morboso que conocíamos cuatro y la ignorancia práctica de Begoña y Sara. Llegó el momento en el que la holandesa me captaba tanto que incluso pensé si sería una estrategia, pero lo descarté por demasiado maquiavélico incluso para Edu.

Sara y yo saltábamos de ciudad en ciudad como mis ojos saltaban de María a Edu o a Víctor o a Begoña. No podía negar que la incomodidad de María me excitaba. Quizás ese era su último favor. Su cierre del juego. Quizás ella lo había sabido antes que yo.

Miré a Víctor, volcado hacia ella, queriendo ser gracioso y lúcido. Su mirada sucia, su olor rancio. Miraba a María, sus mejillas coloradas, su intento de escapar de aquella conversación, su cruce de piernas, sus tacones, su camisa rosa colocada con estilo, que a mí me excitaba por recordar por lo que había pasado horas antes y que a Víctor le excitaba por sabe dios qué especie de fetichismo de abogadas rancias o de niñas pijas. Y miraba a Edu, permanentemente moreno, con aquella melenita perfecta, con su traje gris y camisa blanca, hablando con Begoña, como desde un altar, mientras aquella monada angelical le miraba con admiración y con una intensidad casi sexual, como expectante, recordándome a cuando había visto a María con Edu en la boda, en su habitación, siempre con un gesto de inquietud, como si esperasen siempre una orden o una demanda excitante.

Si la ranciedad de un Víctor al que se le vislumbraba la caspa sobre los hombros de la camisa me asaltaba por la izquierda, por la derecha me atacaba el perfume denso y señorial de Sara. Su pecho de mujer corpulenta ponía en jaque su ceñido jersey azulado. Yo quería pensar, pero ella no me dejaba. Me tuve que rendir hasta entrar en su conversación por completo y para ello decidí ser indiscreto, hasta que conseguí sacar que no iba muy desencaminado, que estaba allí por trabajo, que apenas conocía a nadie, y que había conocido a Víctor por internet. Quizás fuera el alcohol o que no sabía que yo estaba con María, o las dos cosas, pero llegaba a sopesar si ella no estaría planteándose un trueque en el que yo sería el elegido y Víctor el descartado.

Begoña, que flanqueada por otra estufa se había deshecho de su americana hacía un rato, acabó levantándose, como con intención de pagar y marcharse, y mis ojos decidieron de motu proprio fijarse en su figura estilizada y en sus tetas medianas bajo la seda blanca de su top lencero. Me imaginé por un instante a Edu follándosela... y ella entregada... como se había entregado María... Se giró y habló por un momento con un conocido de otra mesa, ofreciéndome un culo respingón y prieto bajo su pantalón de traje. Y mi mente voló a Edu embistiéndola desde atrás, destrozándola... y no podía imaginar que le cupiera ni la mitad de su pollón dentro de su cuerpo, dentro de aquel pequeño coño de aquella liviana belleza.

Parecía que simultáneamente a la marcha de Begoña se producía la del grupo vecino ruidoso, por lo que por fin se pudo escuchar una voz proferida hacia todo el grupo, y era la de Begoña, excusándose, diciendo que se marchaba.

—Me tengo que ir ya... que tengo que acabar unas cosas.

Tras un breve silencio, acabó por rematarlo.

—Es que mi jefe me da mucha caña... —dijo sin intención alguna de darle doble sentido, aunque la carga de la frase era obvia a poco que uno fuera un poco malicioso.

Le acabó susurrando al oído a Edu, aunque yo pude oírlo, si iría a su casa después, y la respuesta fue un escueto: “No lo sé”. Un Edu que ni se levantó para despedirla con un beso. Quizás fuera esa frialdad lo que hacía que ella desprendiera una permanente imagen de enganchada, de permanente temor, a pesar de ser en teoría una pareja plenamente oficial.

Víctor se levantó también, pero este se encaminaba hacia dentro del local, seguramente para ir al baño. Dejando en María un alivio y a la vez una nueva incomodidad, la de estar pegada a Edu, los dos en silencio. Silencio que rompió Sara, con su sonoro acento extranjero que llegó a los oídos de los cuatro, preguntando si yo había conocido a Víctor en una boda. Era una pregunta de la que sabía la respuesta y me desvelaba que Víctor le había contado algo de mí, pero lo más importante era que, ella no podía saberlo, que para ella era hablar por hablar, pero que no había

sido en una boda, sino en... “la boda...” con toda la tensión que eso despertaba.

Yo le respondía que sí, bajo la atenta mirada de María y Edu, como en una obra de teatro, y Sara, perdida, acabó por preguntarle a ellos dos si no había líos entre los miembros del despacho en ese tipo de eventos.

Era imposible no notar el calor y la incomodidad en María. Si Edu se vanagloriaba al recordarlo lo disimulaba bien, pues no cambiaba su semblante hierático. Sí, era el Edu que María me había anunciado, el de “me follo a tantas que ni me acuerdo de si a ti también te he follado”.

Los “sí”, “no”, “no sé” y los encogimientos de hombros de María y Edu eran botín insuficiente para una Sara tan indiscreta con el tema de líos en el despacho como yo lo había sido antes con ella; tan indiscreta que acabó por desquiciarse a María, que llegó a ponerse de pie, al tiempo que decía que se iba.

—Espera. No tengas tanta prisa— le espetó Edu, serio, sujetando su muñeca con firmeza. En un acto extraño, fuera de contexto.

Sara violentada. Yo sorprendido. Y María... que por algún motivo no tenía fuerzas para revolverse...

No era la María con Álvaro o Guille. No era la María con Víctor. No era la María conmigo. Era la María con Edu.

—Quédate un poco más —dijo Edu, liberándola, en un tono más conciliador.

María se sentó.

Parecía querer fingir que algo la obligaba a obedecer. Como una adolescente rabiosa que obedece para evitar males mayores. Pero no era verdad. Obedecía porque había algo sexual en aquellas órdenes. Algo sexual a lo que ella estaba enganchada.

—¿Tienes calor? ¿Quieres que le diga al camarero que apague eso? —dijo Sara, protectora, con aquel acento, queriendo salvarla y consiguiendo lo contrario.

Por algún motivo María no me había buscado con la mirada en todo el tiempo. Como si fuera algo con lo que tuviera que lidiar solo ella, o como si fuera ella la estrella que no podía dirigirse a su público durante el acto. Como si quisiera enseñarme como era con él, porque aquello me excitaría, como si fuera consciente de que su sumisión me excitaría y de que si me miraba aquello perdería cierta magia. Aunque por otro lado me daba la sensación de que María no era plenamente consciente de aquella sumisión.

Su calor... Su incomodidad... Su rubor... no mejoraron cuando Víctor apareció de nuevo, y no se sentó en su sitio, sino que se colocó de pie, tras ella. Y Edu le dijo algo al oído a María... Algo que la sonrojó, aún más... Y Víctor tenía que estar viendo todo su escote, la mitad de sus pechos hinchados... casi hasta el sujetador...

Y es que la marcha de Begoña, el alcohol haciendo mella, el flamante silencio... le daban a Edu y a Víctor un marco mucho más favorable para jugar... para incomodarla.

CAPÍTULO 8

Me decía a mí mismo que era una pena que, al hablarme Sara, no podía pensar en todo lo que estaba pasando, pero la pena no era esa, la pena era que no me dejaba disfrutarlo. Y es que yo no quería darle vueltas a las pretensiones de cada una de las partes, a las motivaciones de Edu, Víctor o María, lo que quería era disfrutarlo, y no como un mero espectador, sino como un gran hermano que no era juez, pero sí parte.

Si Sara me hablaba yo podía, más o menos, llevar mi mirada a aquel Víctor de pie tras María, a aquel Edu sentado al lado de mi novia, podía ver a las dos hienas rodeando y mareando a la leona que se había quedado sola, pero si Sara me preguntaba me veía obligado a responderle, a pensar, a mirarla más detenidamente, a profesarle fingida atención. Me veía obligado a poner mi educación por delante de aquella tentación voyeur que me tenía alerta y pendiente de aquella cacería.

María seguía sin mirarme, pretendiendo una autosuficiencia para lidiar con aquel acoso. Edu le hablaba al oído mientras Víctor se encendía un cigarrillo a su espalda e intentaba ser parte de la conversación. Mi novia sometida a dos fuentes de calor, la implacable estufa y el descarado Víctor. No le decía que no a Edu con palabras, pero parecía hacerlo con todo su cuerpo. Lo que fuera que Edu le estaba diciendo en el oído la incomodaba tanto o más que tener a Víctor escudriñándola a su espalda.

Descruzó sus piernas para cruzarlas otra vez, cambiando una por otra. Se tocó el pelo. Le dijo algo a Edu. Era todo un paripé, una performance que buscaba proyectar que nada podía alterarla. Cuando Víctor posó entonces una de sus manos sobre su hombro. Yo dejé de oír a Sara, la cual, por muy perdida que estuviera, parecía saber también que algo raro estaba pasando. Algo que no era nada, pero que era mucho a la vez. María sintió su mano allí y no hizo nada. Y de nuevo Edu le dijo algo al oído. No podía entenderlo, pero daba la sensación de que la animaba a hacer algo, con gestos en sus manos que parecían decir un “por qué no” o un “tú verás”.

María ardía de incomodidad, sus mejillas se sonrojaban, su pose se mantenía chulesca y violentada, el relieve de sus pechos bajo su camisa hasta parecía hacerse más notorio y yo alucinaba con que su fastidio y su repugnancia ante aquel acoso me produjera una incipiente erección. Me empalmaba al verla acosada, me excitaba su intento de fingimiento de que los mantenía a raya sin dificultad alguna.

Me vi obligado a hablar de mi trabajo con aquella extranjera tan afable como cansina. Cada vez que tenía que desviar mi mirada de ellos tres durante veinte segundos sentía un hormigueo como si al volver la mirada fuera a ver algo impactante. Y, cada vez que volvía a ellos, sentía que Sara notaba mi estrés y veía a Edu hablándole más cerca. Ellos no me miraban y llegué a dudar si en alguno de aquellos susurros Edu no la besaría. Solo de pensarlo me moría de morbo y tensión. Nada le impedía intentarlo y solo María podría impedir que lo consiguiera. Me daba la sensación de que Sara ni sabía que éramos pareja, pues ella veía, sobre todo al seguir la proyección de mi mirada nerviosa, que algo estaba pasando, y no me decía nada.

Una de las veces que dejé una pregunta de extensa respuesta sobre Sara llevé mis ojos a ellos y Edu no solo le hablaba al oído sino que ponía una mano sobre la rodilla de María. Mi novia, ardiendo, no le apartaba la mano de allí, ni apartaba la mano que, forzada y sabedora de su improcedencia, seguía sobre su hombro. Cada una de aquellas manos eran una alteración en mis pulsaciones y un mordisco en la leona que parecía cada vez más rodeada y asfixiada. Si Edu la

besara, si Víctor se agachara y osara tocar algo más... yo me moriría. Y otra vez aquella necesidad de humillación, hasta llegar a pensar que ojalá Sara supiera que era mi novia, para así poder excitarme más.

Había visto a Edu a follársela. Le había visto correrse sobre ella... y aun así me moriría solo con verle besándola delante de mí y delante de todo el mundo. Mientras pensaba eso Víctor retiró su mano y Edu retiró la suya. Pude sentir el alivio en María. Víctor volvía a sentarse en su sitio. Sara me hablaba. Nadie me miraba. Y Edu parecía decepcionado, hasta irritado. Le dijo entonces algo al oído a María, sonaba a reproche... y María, sin asentir ni negar, ni siquiera responder, se puso en pie y desfiló, siempre sin mirarme, hacia dentro del local.

No entendía absolutamente nada de lo que estaba pasando.

Si mi noventa por ciento estaba en María y mi diez por ciento en Sara, ese último porcentaje me fue suficiente como para entender que la holandesa me proponía irnos a otro lugar.

—¿Todos? —pregunté sin pensar.

—No... tú y yo... Si quieres.

Sin tiempo a responder Víctor se levantaba y Sara esperaba mi respuesta mientras aquel cuarentón flaco y demacrado entraba en la cervecería.

—No... no sé... —respondí ansiando a la vez que María volviera inmediatamente y que no volviera en mucho tiempo...

—Madrugas mañana, claro —dijo Sara, indulgente, dándome a entender que ella no podía dar dos pasos seguidos, que necesitaba al menos uno mío.

Se hizo un silencio atronador. Edu cogió su móvil y lo puso en horizontal, y, como si se llevara una tostada a la oreja, comenzó a escuchar algo, quizás un mensaje de audio, como si tal cosa. Mientras Sara esperaba mi veredicto y ni María ni Víctor salían del local.

“¿Y si me fuera con Sara?” me llegué a preguntar. ¿Qué pasaría si dejara a la leona, quizás ya herida, sola con aquellas dos hienas?

Sin embargo la propia Sara no pudo más con aquel silencio y lo rompió retomando una conversación anterior. Ahora ya podía mirarla, ya podía fingir que la escuchaba también con los ojos, pero mi cuerpo estaba en otra parte, estaba con María y con Víctor, dentro de aquel bar. Sentía que cada minuto que pasaba mi corazón palpitaba con más fuerza, y es que, a cada minuto que pasaba era más imposible que mi novia no estuviera con aquel hombre repulsivo que me despertaba una desconfianza extrema.

Sara y yo no existíamos para Edu, el cual allí sentado, trasteaba en el móvil, con las piernas cruzadas, como un galán exagerado, y como si estuviera solo. Yo le miraba de reojo y no podía evitar sentir cierto magnetismo por su carisma y por qué no decirlo, por su magnificencia. Lo cierto era que al verlo otra vez entendía la obediencia de María a aquellas propuestas y la capitulación extrema del día de la boda.

Mis nervios hacían que la conversación con Sara cobrara por momentos tintes surrealistas, lo que producía en ella algunas risas histriónicas que me hacían sentirme fuera de lugar. Yo solo quería saber qué estaba pasando dentro del local, por qué no salía ya... cuando Edu se puso en pie y se fue también hacia dentro.

—Nos dejan solos —dije como acto reflejo.

—No sé qué hacen, la verdad —dijo Sara en una duda enigmática.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que van, vienen, entran, salen... Quizás están pagando —dijo incómoda porque estuvieran pagando su parte y demostrándome en cierta forma que no sospechaba nada, a menos que estuviera fingiendo.

Otra vez un sonoro silencio nos perturbaba. Yo escuchaba un zumbido de fondo, de risas y voces de otras mesas y de otras terrazas, pero sobre todo escuchaba mi corazón palpar. María llevaba como quince minutos allí.

—¿Entonces esta noche qué haces? ¿Te vas a dormir como un niño bueno? —preguntó Sara, en una pregunta extraña, y con aquel acento de dicción exagerada.

—Sí... ¿tú?

—Yo no lo sé. Pues lo que se me ofrezca —respondió, pasándome la pelota, pero yo no tenía cuerpo ni alma para nada más que para querer saber qué hacían ellos tres, como para tener reflejos ante aquellas preguntas.

De nuevo silencio y de nuevo mis preguntas, mis cábalas sobre las intenciones de Edu, sobre aquellos susurros en el oído, aquellas frases cortas que en la distancia parecían más incitaciones que confesiones, pues tras cada susurro parecía esperar una respuesta que nunca acababa produciéndose.

La incomodidad se me hizo tan insoportable que Sara debió de notarme tan ido que acabó por coger su bolso y después su móvil. Yo no sabía qué hacer y me sentí adicto a aquella incertidumbre. Cada vez que alguien salía de la cervecería yo buscaba en su rostro el signo de algo, lo cual era ciertamente absurdo, como si alguien fuera a salir con cara de que a una chica le estuvieran metiendo mano. Mi mente era un constante ¿y si...? Mi erección no desaparecía... la imagen de María acosada no desaparecía... Mi imaginación volaba a una María dejándose besar por Edu y me empalmaba... mi imaginación iba a Víctor intentando besarla y ella apartándose... pero mirando a Edu... y me excitaba... Mi memoria iba a cuando Edu se la follaba a cuatro patas sobre aquella cama y yo llegaba y veía su culo adelante y atrás embistiéndola y ella gritando... gritando como nunca... como una auténtica zorra... agradeciéndole aquel polvazo y aquel pollón en cada alarido... y de mi miembro brotaba una gota densa que humedecía mi calzoncillo...

Simultáneamente a que Sara volviera a hablarme vi una mancha gris y rosa que salía del local. Era María que aparecía, con sus mejillas coloradas... y... con la camisa por fuera de la falda...

Tras ella aparecieron Víctor y Edu. Con caras serias. María fue a su silla y cogió su chaqueta y su bolso. Me miró por primera vez, dándome a entender que nos íbamos. A Sara se la veía sorprendida cuando mi novia se acercó a mí para marcharnos. Edu se dirigió a la holandesa por primera vez, preguntándole si había venido en coche, y María no me dio opción ni de entender, ni de sospechar, ni de despedirme. Cuando me di cuenta caminábamos en paralelo, alejándonos de aquella terraza.

Nunca me sentía cómodo en aquellos contextos en los que sabía que proyectaba ser un ansioso cándido, queriendo saber no solo algo, sino todo, y me sentía a merced de los tiempos de María.

Caminábamos en silencio. Sus tacones retumbaban al chocar con los adoquines. Ella parecía más alta, más esbelta, más segura, con aquel caminar, y yo me sentía minúsculo por no saber.

—¿Dónde has aparcado? —preguntó, deteniéndose, nerviosa.

Sus nervios eran excitación pura para mí.

Tan abstraído había estado en mi falta de información que no me había dado cuenta de que llevábamos unos cincuenta metros caminando en sentido contrario.

—Joder... pues menos mal que pregunto —se revolvió ella, tensa —Te he estado llamando, por cierto.

—Ya. Me quedé sin batería.

—Pues te estuve esperando.

—Bueno, y qué quieres —respondí en una especie de contraataque involuntario.

—Pues quiero que me cojas el puto teléfono. Si no te pasaras el día escribiéndome chorradas

después tendrías batería para cuando te llamo.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —pregunté, sonando más enfadado de lo que realmente estaba.

Ella no respondió... y entonces yo me envalentoné:

—¿Y se puede saber por qué llevas la camisa por fuera de la falda?

—¿Qué? —preguntó inmediatamente, deteniéndose.

—María, estuviste como veinte minutos allí dentro.

—¿Y?

—Pues eso.

—¿Crees que me puse a follar allí o qué? —dijo reiniciando la marcha.

Durante el trayecto restante nadie dijo nada. Llegamos hasta el coche en el más absoluto silencio. María estaba nerviosa, tensa, y enfadada conmigo en lo que a mí no me parecía más que una excusa, una excusa para con ella misma.

Subimos en el ascensor y María estaba enfrascada en su móvil, mirando en las redes sociales de forma aleatoria y caótica. Entramos en casa y se paró en el medio del salón, obnubilada y pegada a la pantalla de su móvil. Alguien le había escrito.

Fui un momento a la cocina y al volver ella seguía allí de pie, en el medio. Con su traje gris y camisa rosa, aun acalorada, o más acalorada, nerviosa, o más nerviosa. Parecía que iba a teclear, pero sus dedos finos y largos acababan por no hacerlo. Dudando. Parecía un auténtico flan. Una belleza nerviosa y superada. Una mujer fatal inalterable, ahora visiblemente descompuesta y subyugada.

Me acerqué. Hizo medio ademán de ocultarse, pero no lo hizo. Miré por encima de su hombro. Edu le había escrito, o le escribía. Vi palabras sueltas. Vi una frase. Un tremendamente violento “de qué coño vas?” y más palabras sueltas.

María no emitió ningún sonido. Ningún resoplido de hastío. No. Hierática. Acabó por decir:

—Me voy a la cama. Cena si quieres.

Y se fue hacia el dormitorio. Dejándome allí plantado.

CAPÍTULO 9

Tras semanas en las que apenas nos ocurrían cosas ahora estaba viviendo más de lo que podía llegar a digerir. Parecía que el mundo giraba a mi alrededor a una velocidad superior a cómo había sido durante el resto de mi vida. Y María, María no solo iba a ese ritmo endiablado sino que parecía que era la que había puesto en marcha esa frecuencia, y no se detenía a echar la vista atrás y contemplar los incendios que iba creando. Y es que parecía que saltaba de plataforma en plataforma, como la heroína de un video juego, y tras cada salto explotaba todo lo anterior, y ella no se detenía, solo seguía hacia adelante buscando un check point estresante.

Yo ya no podía tener más cosas en la cabeza y ya no podía hacerme más preguntas. A toda la información que me faltaba de la noche con Álvaro y Guille se sumaba el porqué de aquella cita con Víctor y Edu, el contenido de aquellos susurros en la terraza, lo que había pasado dentro de la cervecería... y lo que le acababa de escribir Edu ahora y a buen seguro le seguía escribiendo mientras yo buscaba un cargador de móvil en la mesa de centro del salón para cargar mi teléfono.

Y es que eran dos cosas las que me tenían angustiados: mi déficit de información y el juego de plataformas de María. Todo aquel seguir adelante sin mirar atrás, por locura que hubiera cometido. Pasaba de temas como el hecho de haberlo hecho sin condón con Guille como si tal cosa. Pasaba del tema de haber hecho sexo anal con Álvaro como si tal cosa. Yo no me podía creer que no le diera importancia a esos hechos o acontecimientos. Era imposible.

Mientras se iniciaba mi móvil pensaba que María a buen seguro se estaría escribiendo con Edu. No era la primera vez que nos veíamos en aquella situación. Meses atrás sospechaba que se escribía según qué cosas con él hasta acabar utilizando nuestra polla de plástico para masturbarse. Tema del que nunca habíamos hablado realmente. Sin embargo no me parecía que se estuviera repitiendo ese hecho, de lo poco que había podido ojear mientras Edu le escribía se desprendían reproches y acusaciones, una reprimenda severa.

Tumbado en el sofá me llegaron las notificaciones de que efectivamente María me había escrito y tenía varios mensajes en los que me preguntaba dónde estaba y si iba a buscarla al despacho. Ni rastro de información sobre que no seríamos cuatro, sino seis, quizás ella no lo hubiera sabido hasta encontrárselos a todos de bruces como me había pasado a mí.

Mientras miraba esos mensajes de María no podía evitar darme cuenta de que estaba permanentemente en línea.

Sentí una extraña desazón, pues sentí que Edu la sometía a una tensión y a un nerviosismo desconocidos en ella. Recordé entonces cuando María se había levantado en la terraza con la intención de marcharse y Edu le había dicho, ordenado, que se sentara. María había obedecido, temblorosa, apocada... Recordé como le había obedecido... y me excité.

Casi simultáneamente a sentir mi miembro palpar comencé a reprocharme por mi excitación. Y es que allí estaba mi novia, mi prometida, escribiéndose con aquel chulito y petulante fanfarrón... en nuestro dormitorio... y yo no solo no iba allí a pedir explicaciones sino que me excitaba al recordarla nerviosa ante él y me excitaba al imaginármela inquieta y disculpándose. Pues, de todo lo vivido, se desprendía que Edu le había propuesto cosas a las que ella no había accedido.

Me mantenía mirando la pantalla del móvil y seguía María en línea y yo comenzaba a sentir una importante erección. Mi mente fue de nuevo a la cervecería... fue a Víctor... y a las caras de profundo asco que le profesaba María; era un asco mucho mayor que el que le había visto con

Álvaro, era realmente desprecio. Y su incomodidad por verse acosada por él... también me excitaba.

María dejó de estar en línea y la escuché trastear en nuestro dormitorio. Pensé que vendría al salón de un momento a otro, pero no lo hacía. Me planteé cenar, pero no tenía realmente apetito, si tenía hambre de algo era de información, pero no sabía cómo abordar el tema. No me veía yendo al dormitorio a rendir cuentas, aunque me veía completamente en mi derecho. Acabé por poner la televisión, por tener algo de compañía y al pensar en compañía pensé en Sara, en si estaría ahora con Víctor, en si realmente se habían liado o si ella solo había aceptado quedar con él para conocer gente en una ciudad para ella desconocida. Y pensé en Edu, en como el cabrón ni me había mirado en todo aquel rato y en como tenía a aquel bellezón de cría, que era Begoña, comiendo de su mano.

Llevaba ya más de media hora viendo la tele cuando alguien me escribió al móvil. Era María. En la pantalla pude leer un escueto “¿Vienes?”.

Lo cierto era que me jodía en cierta forma seguir sus tiempos, como ella quería. Ella se encerraba en nuestro dormitorio o pedía mi presencia a su antojo. Ella permitía que me fuera a dormir al sofá después de insultarme para después venir a arreglarlo como si fuera mi salvadora. Ella se montaba una especie de orgía y yo tenía que atender a sus ritmos, a esperar a que ella tuviera a bien contármelo. Y yendo más atrás también me había contado su noche con Edu cuando ella había querido. Creo que solo lo toleraba por dos motivos, primero porque estaba enganchado a aquella incertidumbre, y segundo porque en el fondo me sentía culpable por aquellos meses en los que había jugado a dos bandas con Edu y con ella, llegando hasta a mandar a ese estúpido engreído fotos sugerentes de ella... Aquello me dejaba en tan mal lugar que siempre había un poso de que yo había hecho peor las cosas de lo que lo estaba haciendo ella.

Caminé por el pasillo y abrí la puerta de nuestro dormitorio. Cerré la puerta tras de mí y María estaba sentada, como una india, casi con la espalda contra el cabecero de la cama, con una chaqueta de pijama satinado azul marino y con sus piernas desnudas. El pelo le caía tapando parte de su cara, una melena castaña que cada vez parecía más y más larga, y con su móvil en la mano. Su cara no es que estuviera colorada es que era toda ella un faro rojo de luz que hasta parecía desprender temperatura a toda la habitación.

—¿Has cenado? —preguntó.

—No, no tengo hambre —respondí sabiendo que algo importante iba a decirseme inmediatamente.

—No nos pusieron casi nada para picar allí, cada vez son más cutres —dijo María y yo miré a mi alrededor como si hubiera gato encerrado. Algo pasaba. Vi la camisa, comprada para Víctor, colgando de un sillón... su traje recogido, solo la lámpara encendida... lo raro no era el dormitorio, sino ella.

—Ya... bueno... ¿Y qué tal? —dije de pie, frente a ella. Sin tener ni idea de qué decir.

Se quedó callada. Lo que fuera que fuera a emerger tenía que salir ya.

—Mira esto... —dijo en un resoplido que le hizo bailar el flequillo. Ardiendo. Y alargó su móvil hacia mí.

Cogí su teléfono.

—No leas. Dale al play. Dale al audio.

Me fue imposible no mirar antes de cumplir su petición. El chat era con Edu. Había varias frases escritas. María le preguntaba qué tal con Begoña. Efectivamente había una nota de audio. También una frase de Edu después del audio, que ponía “ahora tú”.

—Venga, ponlo ya. No leas —insistió María.

Estaba tan descolocado que apenas me daba tiempo siquiera a ponerme nervioso. Pulsé el play y me llevé el móvil hacia la oreja. No miré a María. Dejé mi mirada perdida, como para no perderme nada.

Se escuchaba un zumbido, un ruido de fondo, nadie hablaba. Mi corazón se fue acelerando a medida que fui empezando a descubrir sonidos, mis pulsaciones se dispararon cuando todo se fue haciendo más nítido. Y llegué a retroceder un par de pasos cuando entendí qué era aquello. Mi mirada fue hacia María que impertérrita y nerviosa me miraba pero a la vez bajaba un poco los ojos, sin querer incomodarme o sin querer que yo la incomodase. No había absolutamente ninguna duda. Y menos duda tuve cuando entre gemido y gemido se escuchó en aquel audio un “Ohhh Eduuu” “mmm Eduuu” “me mataas...” “mmmm”, unos gemidos tremendamente morbosos proferidos por una Begoña tremendamente entregada. Edu se había grabado, al menos el sonido, follándose a Begoña.

Aparté un poco el móvil. Miré a María y esta llevó su melena a un lado de la cabeza. Volví a acercarme un poco al teléfono y escuché el sonido rítmico de los cuerpos de Begoña y Edu chocar, follar... Era morbosísimo... Y María se echaba toda la melena hacia atrás, como si pensara hacerse una coleta pero sin hacerla, sin saber ni qué hacer ni dónde poner las manos. Los gemidos de Begoña continuaban y mi polla palpitaba al ritmo de mis pulsaciones... cuando un “¡Edu mmm... cabrón..! ¡qué bien me follas...!” sollozado en un gimoteo de agradecimiento y gratificación salía de la boca de Begoña y casi hace que se me caiga el móvil al suelo

El audio acabó. Miré a María.

—¿Y esto? —solo alcancé a decir.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Joder... no sé... es... tremendo.

—Ya... bueno... lo digo por lo que me dice él.

Tardé un poco en entender qué pretendía decirme hasta que miré la pantalla y leí lo que aparecía después del audio, donde Edu le escribía aquello de “ahora tú”.

—¿Qué? —dije, aprovechando para mirar un poco más de la conversación.

—Que qué opinas —dijo ella, en tono bajo, en otra pregunta, mientras me daba tiempo a leer lo que era un auténtico rapapolvos de Edu hacia María por, al parecer, marearle, tomarle por imbécil, hacerse la tonta y demás acusaciones.

Ante mi falta de respuesta, María me pidió el móvil y me dijo:

—No tiene por qué saberse que soy yo.

María, nerviosísima a pesar de estar ya solo conmigo, me pedía que folláramos y grabara sus gemidos... para enviárselos a Edu... y así compensarle... así disculparse... Mi novia no quería follar conmigo, quería que aquel déspota la perdonase. Parecía no poder soportar haberle decepcionado.

CAPÍTULO 10

Seguía sin acostumbrarme a aquella sensación de no ser capaz de digerir todo lo que iba sucediendo. Y seguía sin dar crédito a que María sí lo fuera. Mi novia surfeaba una ola tras otra y yo seguía sumergido por el golpe de la primera.

Me tomé un poco de tiempo antes de contestar. Por fin era ella la que tenía que esperar a mis tiempos. Lo cierto era que no sabía si enfadarme o excitarme. Excitarme por la nota de audio que acababa de escuchar, por la propuesta en sí... por imaginarme a Edu follándose duro a aquella muñequita... por cómo podríamos intentar rivalizar con esos sonidos... Y enfadado por aquellos nervios, aquella sumisión, aquella necesidad de no decepcionarle.

Esbocé un “no sé...”, para ganar tiempo, mientras intentaba recordar a qué me recordaba aquel semblante de María, pues me recordaba a algo vivido tiempo atrás, con Edu, pero no recordaba el qué. Y aquel “no sé” también reflejaba no solo duda sino también en cierta forma superación, me sentía superado por aquel ritmo y por aquella María.

Mi novia esperaba mi respuesta, y yo también. Decidí desnudarme, ya sin afán de darle intriga, sino realmente dándole vueltas a las locuras que no dejábamos de cometer.

Ciertamente, pensando en una posible dispersión, no tendría por qué saberse nunca que unos gemidos pudieran ser de María o de cualquier otra, en ese sentido hasta había sido, y seguía siendo, más peligroso las fotos que yo le había enviado a Edu meses atrás, pero no por ello no dejaba de ser en cierto modo algo realmente extraño. Me quedé en calzoncillos y me tumbé al lado de María mientras en mi mente rebotaba aquella petición que era un “ahora tú”, pero que con todas letras era un “ponte a follar con tu novio y graba tus gemidos para mí”.

Ya tumbado a su lado, ella seguía en la misma postura, sentada con las piernas cruzadas, con cada pie ubicado encima del muslo opuesto, como una india, con su chaqueta de pijama azul marino de seda, con tres o cuatro botones abrochados. Le pedí de nuevo su móvil, aclarándole que no iba a leer nada. Tras decirlo no entendí por qué le había dicho eso, pues me veía en pleno derecho de leer toda aquella conversación. Me dio el móvil y me dijo:

—¿Te vas a reenviar el audio? —me lo preguntó sin tono alguno de reproche y dándome una idea en la que no había caído.

—Si... —respondí y me dispuse a hacerlo.

Se hizo un silencio en el que María esperaba mi respuesta y yo ansiaba su insistencia. Como ninguno de los dos daba su brazo a torcer, terminé por decir:

—Bueno, cuéntame qué ha pasado. Todo lo que te decía Edu al oído... ¿por qué os fuisteis para dentro...? —pregunté y posé su móvil sobre mi abdomen.

—No ha pasado nada —respondió seca, girándose levemente hacia mí.

Le hice un gesto claro como diciéndole que era obvio que habían pasado cosas y ella prosiguió:

—A ver... pues qué quieres que te diga... supongo que te estarías dando cuenta... Edu no paraba de decirme que hablara con Víctor... que... que me fuera con él.

—¿Que te fueras con él? —interrumpí— ¿Que te fueras a dónde?

—Pues no sé. Quería que me fuera con él.

—¿Pero eso Víctor lo sabía? ¿Sabía que te estaba pidiendo eso?

—Pues... no, bueno, supongo. Al principio no, quiero decir. No creo que lo supiera al principio.

—¿Cómo que al principio? Joder, María... ¿no puedes ordenarlo un poco?

—A ver —dijo en un tono más alto y con algo de chulería— lo primero es que no sé qué hacían allí Sara y Begoña. Después se aseguró de que yo me sentara al lado de Víctor y él ponerme el culo para hablar con Begoña y yo no tuviera otra que aguantar a Víctor. Y después llegaste tú y te pusiste con la... la lo que sea de Víctor...

—Ya, bueno, ¿y qué? ¿Qué es eso del principio?

—Pues que al principio, o más bien cuando Begoña se fue, Edu me dijo que no le estaba haciendo caso a Víctor, yo le dije que estaba hablando con él, y él me dijo... algo como... que no le estaba hablando como tenía que hablarle. Yo qué sé... igual quería... ¿una escenita?

—¿Una escenita?

—Sí... a ver, después pues estaba claro que quería que... yo que sé... que mamonease un poco con él... Me dijo que fuera a dentro, que quería hablar conmigo, que no entendía entonces a qué venía lo de quedar los cuatro, que quería aclararlo... pero ya viste que no entró él después, sino que me apareció Víctor allí.

—¿Pero apareció Víctor en plan entrarte? —interrumpí.

—No, yo en teoría había quedado con Edu dentro. Vi que no venía y me fui al baño, y al salir me lo encontré, a Víctor, y entonces al ver la encerrona quise salir y me dijo de tomar una cerveza en la barra. Hablamos normal, como estábamos hablando fuera... y... y al rato vino Edu... hablamos, eso, normal... y... y después fue cuando sin venir a cuento me dijo de irnos los tres a su casa.

—¿A casa de Edu? —pregunté nervioso, como si fuera relevante a qué casa ir y no a qué.

—Sí.

—¿Y qué le dijiste?

—Pues que no.

—¿Y lo de la falda?

—¿Qué de la falda?

—Lo de que saliste con la camisa por fuera de la falda.

—Joder, Pablo, pues... supongo que me la saqué por fuera en el baño, sin más. No por nada, yo qué sé.

—Bueno —dije rápidamente— ¿Y les dijiste que no ibas con ellos y qué? ¿Qué dijeron?

—Pues ahí Edu... como que me insistió y, al ver que yo nada, se puso un poco tonto. Me dijo algo en plan... algo como... “¿Se puede saber para qué coño hemos quedado?” Y, no sé, la verdad es que me sorprendió... o me impresionó un poco. No supe qué decirle. Lo cierto era que tampoco sabía muy bien el motivo.

—El motivo era que yo te viera con ellos, ¿no?

—Ya, ¿y...? ¿crees que si le digo eso a Edu...? ¿crees que le tendría mucho sentido? Porque a ver... igual Edu algo se huele de que... te gusta mirar... por lo que pasó... pero Víctor. No sé, Pablo. No sé. Solo sé que no supe qué decirle... y que se puso un poco agresivo y les dije que me iba.

—Y... ¿pero a todo esto Víctor sabe que lo de vestirte así es por él?

—No. No creo, vamos.

—¿Y no te dijeron por qué estaban allí Sara y Begoña? ¿Llegaste sola y estaban ya todos?

—Sí. Ya estaban allí. A Sara o como se llame no la conocía, aunque vi que no paraba de hablarte.

—Ya... un poco pesada —respondí, y me sentí un poco mal, pues me parecía buena tía, y que no tenía culpa de nada ni seguramente se oliese todo aquel lío.

Insistí en varias preguntas más, pero de María no salía nada sustancial. Sin estar demasiado satisfecho con la información obtenida y, tras un severo silencio, decidí abordar otro tema:

—¿Y qué pasó con Guille y Álvaro?

—Bueno, ¿qué más da? —me interrumpió antes de acabar la frase, con visible gesto de hastío.

—No da igual, María, fue hace tres días, no hace tres años.

—Otro día, Pablo. No te pases —me interrumpió de nuevo.

No sabía si no quería hablar de ellos o es que tenía prisa por solucionar su último problema, que parecía consistir en contentar a Edu lo antes posible.

—Por ahora solo dime si te han escrito hoy.

—Sí.

—¿Los dos?

—Sí.

En aquel momento casi le pregunto que por qué no los bloqueaba, pues había dicho que haría eso, pero no lo hice pues no quería que lo hiciera.

—¿Y les respondes?

—No.

—¿Por qué no?

—Venga, Pablo, ya está. Otro día te cuento de esos dos. No seas pesado.

Me daba la sensación de que en otro contexto me habría cortado antes, de que no me habría permitido aquel aluvión de preguntas, muchas de ellas repetidas. Pero no quería un conflicto en aquel momento en el que no necesitaba un yo enfadado sino un yo dispuesto.

En aquel instante algo nos iluminó, una luz que partía de mi abdomen hacia arriba. Su móvil nos revelaba no solo una notificación irrelevante de una oferta de una aplicación de ropa sino también que dicho móvil existía, que en aquel móvil estaba Edu enfadado y esperando y Begoña gimiendo y gritando su nombre.

Desbloquéé su teléfono, entré en los chats, no vi rastro de Álvaro y Guille a simple vista y entré en la conversación con Edu, y me decidí: aproveché aquel silencio, aquella calma tensa y aquella María impaciente para escuchar aquella nota de audio otra vez.

Subí el volumen al máximo y ya con el primer suspiro de Begoña mi miembro palpitó bajo mi calzoncillo. Quizás fuera porque sabía lo que iba a escuchar y por ello estaba más concentrado, quizás fuera porque sabía que ahora María lo escuchaba conmigo... pero me excitaba más que la primera vez.

Mi novia se recostó hasta ponerse completamente a mi lado. Pude ver su cara, siempre algo oculta, algo contenida o tímida tras su flequillo castaño y denso. Volví a ver su cara que me recordaba a algo de meses atrás.

Los gemidos de Begoña nos bombardeaban y a mí no me avergonzaba que mi pequeño miembro se empalmase y su silueta bajo mi ropa interior se hiciese relevante a los ojos de María. Me pregunté si Begoña sabría que estaba siendo grabada... y aposté a que no. Y más y más gemidos... Aquellos “¡¡Ammm!!” aquellos “¡¡Hmmmmm!!” ahogados y prolongados y aquella traca final en la que Edu la embestía hasta hacerla morir del gusto y ella le agradecía con cada gemido y grito la enorme polla que le estaba metiendo. Me preguntaba si le cabría aquel pollón entero... cuando aquella niña bien, que no llegaría a los cincuenta kilos, explotaba en aquel ¡Edu mmm... cabrón..! ¡qué bien me follas...! que hizo que mi miembro comenzase a lagrimear e hizo que María resoplase acalorada, casi sudada. Miré a María, ya con el audio terminado, en silencio, y por fin recordé donde y cuando había visto antes aquella cara.

—¿Te pone? —me preguntó.

—¿Tú qué crees?

—Ya...

—¿Y a ti?

María dudó un instante. Se escurrió un poco más. Más cerca de mí.

—No sé. Es raro. ¿Te gusta ella?

—Hombre... es muy guapa.

—Ya...

—No sé cómo le cabe esa polla.

—No seas bruto —dijo sonriendo.

Su mano fue entonces sobre mi calzoncillo. De forma voluntariamente torpe. Palpando allí con la palma y el dorso de su mano. Nuestros labios se encontraron en un pequeño pico y después volví a darle al play. Quise disfrutar de los gemidos de Begoña, del polvazo que le metía Edu mientras María me besaba, ávida de mí, o quizás ávida de cumplirle el capricho a Edu, y ávida de escucharles, pues María sabía perfectamente lo que era que Edu te follase.

La humedad de la lengua y boca de María, su perfume en su cuello... el olor de su melena... su mano que se colaba por la apertura de mi calzoncillo, todo aquello hostigado con la respiración de Begoña, sus suspiros, sus gemidos, sus quejidos y sus cuerpos chocando... en aquella nota de audio de apenas dos minutos que llegué a poner otra vez... disfrutando entonces a la vez tanto de la paja que María comenzaba a hacerme, como de su lengua jugando con la mía en unos besos silenciosos que no querían tapar a aquella niña pija recibiendo polla de aquel cabrón que las tenía a todas.

María se incorporó un poco, se deshizo de mis calzoncillos y comenzó a masturbarme, sujetándome el miembro con tres dedos... y en mi mente estaba, y quizás en la suya también, la comparación de lo que estaba recibiendo Begoña y lo que masturbaba María... Me miraba mientras me masturbaba y Begoña se deshacía del gusto y no sé en qué momento dejó de verme a pesar de seguir mirándome, y vi de nuevo aquella mirada.

Sin dejar de pajearme comenzó a desabrochar los botones de su chaqueta del pijama con la otra mano, chaqueta que se apartó un poco y sus pechos habrían quedado completamente expuestos sino fuera porque su melena estaba echada hacia adelante, tapando sus tetas casi por completo; aunque aquello no impedía que se vislumbrasen parcialmente las areolas pues la melena no era implacable y permitía unas rendijas que me daban la vida.

Mientras Begoña gritaba, María me pajeaba y me miraba, pero no me veía.

Y así... en aquel preciso momento, me abandoné para tele transportarme a la noche de la boda, cuando aún estábamos en el enorme salón, cuando Edu le había abierto un botón de la camisa a María y había colado su mano por su torso, delante de mí, mientras Paula y Amparo no eran conscientes de nada. Aquella cara de María, sometida, intimidada, nerviosa, exhausta... era la cara que había visto ahora, al entrar en el dormitorio. Aquella mezcla de excitación, descontrol, impresión y sumisión... Y cuando Edu le había cerrado el botón y le había abofeteado los pechos sobre la seda, haciéndolos bailar bajo la camisa... aquella vejación bizarra, aquel dominio sobre ella... Era terriblemente morboso... y era el semblante de María mientras yo había escuchado el audio la primera vez...

Aquella cara no la había vuelto a ver hasta aquel momento... Aquella especie de “no quiero que me humilles, pero humíllame”, aquel “no me pidas cumplir unos caprichos que no puedo cumplir...”, aquel sumiso y dócil “por favor, no te enfades...”

Sí, aquella era la cara. Y es que no era solo sexo, no era solo físico, lo trascendía.

CAPITULO 11

En aquel momento llegué a entender un poco más qué le pasaba a María. Y es que, se la veía más afectada por una orden de Edu que por aquella especie de pseudo orgía con Álvaro, Guille y Sofía. Me preguntaba cómo era posible, pero así era. Aquellos susurros de Edu en la terraza mientras ella tenía a Víctor detrás parecían sobrepasarla más que lo sucedido en casa de Álvaro.

A veces, cuando María había estado con Álvaro o con Edu, yo había llegado a sentir a través de ellos. A sentir lo que era el tacto, el olor, las sensaciones con María, pero como si ella fuera casi una desconocida para mí. Como si fuera mitad yo, excitado e inmóvil por lo que veía, y mitad ellos, sintiendo, sintiéndola. Aquella situación me recordaba a la actual, pues podía llegar a sentir la dominación sobre María, durante fracciones de segundo... Me sentía Edu por instantes, como si fuera un sueño en el que eres otra persona; podía llegar a sentir lo que es tener a una mujer como María bajo tu dominio. Y se me erizaba la piel.

Cuando le había preguntado el porqué de la obediencia a vestirse como él le ordenaba, me había respondido que no era excitación lo que sentía, sino que le gustaba que él estuviese pendiente de ella. Aquella explicación no me acababa de convencer, tenía que haber algo más, un sentimiento más fuerte.

Cuando el audio terminaba, cuando Begoña se callaba, yo ponía inmediatamente aquel bendito sonido otra vez. María no protestaba por aquel bucle y seguía masturbando aquella polla mínima. Si maldecía aquel reparto en el que Begoña salía tremendamente favorecida obviamente no lo exteriorizaba.

Mi novia me masturbaba, contenida, pues su prisa era palpable. Y es que se movía en una delgada línea: por un lado quería excitarme para que yo no me negase a cumplir su objetivo de obedecerle, pero por otro sabía que no podía acelerar sus movimientos, ya que me dejaría fuera de combate, y eso sería fatídico.

Cerré los ojos y me pregunté cuanto habría de excitación real en aquella paja que me hacía María y cuanto de necesidad de no decepcionar a Edu. Quizás fuera un ingenuo, pero me daba la sensación de que sí había deseo también hacia mí y aquello me retrotraía a aquellas semanas en las que claramente sentía que aquello no había sido así. Me preguntaba por qué a veces sentía que María me deseaba y a veces sentía que no.

Yo en aquel momento no lo sabía, pero pronto mi novia me explicaría el por qué.

Se hizo un silencio, pues Begoña dejó de gemir y María dejó de masturbarme. Dejó mi miembro caer, duro y lagrimeante, sobre mi vientre, y su rostro fue hacia el mío.

Tumbados, en la penumbra, con su boca cerca de mi oreja, pensaba que me lo pediría en cualquier momento. “Fóllame, hazme gemir, para enviarle mis gemidos a Edu, para que me perdone por no haber calentado a su repugnante amigo”. Esa era la frase que lógicamente nunca saldría de su boca, pues todas sus peticiones eran a través de gestos, no de palabras.

Ella esperaba un “vale, súbete encima” y yo disfrutaba de sus prisas.

Me besó en la mejilla. En el cuello. Apartó el móvil que aun yacía sobre mi torso y lo dejó a mi lado. Y fue descendiendo. Reptando. Besando mi pecho, mis pezones, mi abdomen, mi ombligo. Dejando trazos del maravilloso tacto de sus pechos en contacto con el mío... dejando también un reguero de besos mínimos y sonoros, y finalmente unas caricias de su melena por todo mi torso, produciendo en mí unas cosquillas placenteras y relajantes.

Besaba por la zona de mi vello púbico, a un lado y a otro de mi miembro, jugando a retrasar

una felación que, pensando mal, prometía ser una dádiva de conveniencia, cuando dijo:

—Pon la nota de voz otra vez si quieres.

Me empezaba a llamar tanto la atención que pensara que yo necesitaba de especial convencimiento que llegaba a plantearme otra hipótesis y era que quizás los tiros fueran más enfocados a un sentimiento de culpa por su parte, por embarcarme en su propósito.

—¿Sí? ¿Lo pongo otra vez? —le pregunté.

—Si quieres, sí.

—Lo pongo si a ti también te pone.

No obtuve respuesta y noté como recogía mis huevos con una mano, ya completamente agachada entre mis piernas, aun en bragas y con la chaqueta del pijama abierta.

Miré hacia abajo y solo vi penumbra y su melena. Sentí entonces como con un par de dedos despegaba mi miembro de mi abdomen y lo hacían erigirse hacia el techo. Alargué mi mano y alcancé su teléfono... le di al play... Begoña comenzaría a gemir en cualquier momento... y de golpe sentí un calor inmenso, desde la punta de mi miembro sentí que todo mi cuerpo subía diez grados de temperatura. María engullía mi polla, se la metía entera y golpeaba con su lengua de forma aleatoria y arrítmica, y yo dejé caer mi cabeza hacia atrás y la mano que sostenía el móvil cayó muerta. Cerré los ojos y escuchaba como Edu se follaba a Begoña mientras María me acariciaba los huevos con una mano mientras me la comía con la boca con pequeños movimientos arriba y abajo.

Alucinaba con el calor que me hacía sentir solo por lamer, chupar y engullir aquellos pocos centímetros de mi cuerpo. Era una mamada especialmente húmeda, como si estuviera contagiándose por la salvaje sesión de sexo de Edu y Begoña. Cuando ésta gritó, por enésima vez aquella noche aquel “¡Edu mmm... cabrón..! ¡qué bien me follas...!” noté movimiento y, abriendo ligeramente los ojos, vi como María llevaba su mano libre a algún punto entre sus piernas. Y, cuando los cuerpos de Edu y Begoña proferían un ruido atronador, mi novia ya había conseguido colar aquella mano por debajo de sus bragas. Me la chupaba mientras se masturbaba y todo edulcorado con el polvazo y el inminente orgasmo de su compañera de despacho.

Me preguntaba qué sentiría María, si al escuchar aquellos gemidos su mente iría a la noche de la boda, si se imaginaba que era Begoña, si sentía envidia de ella, o si estaba tan centrada en ponerme a punto para hacerla gemir que no dejaba volar libre su imaginación.

El audio terminó y María ya no pudo más. No pudo disimular más sus prisas. Pensé entonces que su ansia seguro no era tanto porque yo la penetrase sino por conseguir cuanto antes el perdón de Edu. Se incorporó y se subió a horcajadas sobre mí. Apoyó mi miembro contras sus bragas, que eran del mismo color que su pijama, acarició mi abdomen, mi pecho, me miró, movió su cadera un poco hacia adelante, después hacia atrás, empujando mi miembro, aplastándolo un poco... como si sus bragas, si su coño, fuera un rodillo... y me dijo:

—¿Lo hacemos entonces?

En ese momento su móvil se iluminó. Nos iluminó. Lo cogí, lo levanté un poco y ambos pudimos ver que no era Edu reprochándole su incumplimiento, sino Álvaro escribiendo cuatro signos de interrogación.

No dije nada, pues no quería atosigarla, y ella tampoco, seguramente porque no quería que nos saliéramos de dónde estábamos, con Edu y Begoña.

Se hizo un silencio ciertamente incómodo. Yo no quería abusar de su situación: agobiada por Álvaro y Guille e inquieta porque el tiempo pasaba y no recompensaba a Edu. Pero no pude evitar aprovechar aquella posición de debilidad suya para recabar más información:

—Joder... vaya momento para escribirte.

Ella no dijo nada.

—Solo dime qué es Álvaro —dije.

—¿Cómo que qué es? —dijo, en tono afable, con una de sus manos en mi miembro, aplastándolo un poco contra su entrepierna, contra sus bragas.

—Sí, que fue para ti... o qué sigue siendo.

—¿Qué fue para mí? Pues qué iba a ser... Pues... fue... —titubeó, desviando un poco la mirada. Yo veía su torso, erguido, orgulloso, pero apenas podía ver con claridad sus pechos, por la chaqueta medio abierta y por su melena hacia adelante— Fue... nada... fue... pues... una polla.

—¿Una polla?

—Pues sí —dijo ya mirándome.

—¿Y... Guille?

—Guille... un error.

—¿Un error? ¿Por qué?

—Lo de Guille fue... no sé... no sé ni cómo pasó. Pero fue un error.

—¿Y Sofía?

—Sofía y ya está, ¿no?

—¿Qué? —pregunté.

—Que esta de Sofía es la última pregunta.

—Sí.

—Pues Sofía una loca que espero no volver a ver en mi vida.

—¿Por qué?

—No respondo a más —sonrió.

Se hizo un pequeño silencio que yo quise romper compensándola por sus respuestas:

—Quieres... ¿Entonces nos grabamos...? El sonido.

No es que esperase una exteriorización explícita de alegría por parte de María, pero al menos esperaba alguna reacción. No expresó ningún gesto, hasta pasados unos segundos, tras los cuales se sacó la chaqueta del pijama y la posó a un lado. Ahora solo su melena me impedía ver sus pechos, pero de nuevo su pelo dejaba las rendijas suficientes para ver parte de sus areolas y pezones.

Esperaba que se quitase las bragas y me montase. Pero lo que hizo fue llevar sus manos a su ropa interior... tirando de ella hacia arriba... haciéndolas estirar un poco, haciendo que la seda azul marina marcara claramente sus labios... gruesos... salientes... A horcajadas sobre mí, casi de rodillas y matándome con aquella visión, me pidió que pusiese otra vez el audio de Begoña y Edu.

Mi mano fue obediente y temblorosa. Busqué el chat y le di al “play”. Lo que pasó después me dejó sin respiración. Yo no sabía qué hacer, ni dónde poner las manos, lo que hacía María era demasiado delicado, demasiado erótico como para enturbiarlo. Durante el primer minuto se mantuvo marcando su coño con sus bragas, siempre con delicadeza... y después con más fuerza, pero igual templanza, hasta casi incrustárselas por completo entre los labios, todo en un juego calmado. Lo hacía sin gemir, sin emitir ningún sonido. El único sonido provenía de Begoña. Los labios de su coño llegaron a sobresalir, cada uno a un lado de la seda azul marina. Estuve tentado de palpar con la yema de mis dedos aquella textura delicada, pero me contuve... y después, cuando Begoña ya gritaba el nombre de su amante, aquellas bragas fueron apartadas y María comenzó a acariciarse... y el audio terminó y no fue necesario que me lo pidiera, sabía lo que quería. María con los ojos cerrados, con sus rodillas a ambos lados de mi cuerpo, echando su cabeza hacia atrás y abriendo un poco la boca, aunque en silencio, frotó su coño y su clítoris al

son del polvazo que Edu le echaba a aquella cría y con el “¡Edu mmm... cabrón..! ¡qué bien me follas...!” su boca se cerró, mordiéndose el labio inferior, contenida, como lo era conmigo, pues solo la había visto soltarse hasta el extremo con dos amantes de verdad como Álvaro y Edu.

El audio volvió a terminar y una María temblorosa, acalorada, pero sin rastro de vergüenza, se deshizo de sus bragas y volvió a montarme. Echó toda su melena hacia atrás y pude ver su torso, sus tetas hinchadas y sudadas, brillantes, por la humedad caliente. El impacto de su torso así expuesto era brutal, con aquellas tetas enormes cayendo ligeramente y repuntando al final, hacia arriba y hacia los lados...

Se incorporó un poco. Mi polla no había dejado de estar dura en ningún momento. Me la agarró con una mano, me miró... apuntó durante unos segundos... hasta hacer que mi glande separase los labios de su coño y comenzó a enterrarse, a sentarse sobre mí, obligándome a cerrar los ojos y a dejar caer mi cabeza hacia atrás. Solo emitió un leve gruñido, de necesidad más que de placer... y se la metió entera, sin problema, de una sola vez.

Aun con los ojos cerrados sentí como me montaba moviendo su cadera, dibujando un pequeño círculo, posando sus manos en mi abdomen.

—¿Cómo hacemos? —dijo seria, sin detenerse.

Abrí los ojos. Me montaba con calma, con los ojos llorosos, con toda su melena cayendo por detrás, hasta la parte baja de su espalda. Llevé mis manos a sus nalgas y respondí.

—No sé... ¿Tú qué dices?

—Follamos así un poco... y después grabas tú.

—¿Grabo yo?

—Sí. Sí, pero... graba como... con la aplicación de nota de voz. No directamente desde el chat.

—Ya...

—Si eso graba varios y ya veremos cual mandamos —dijo, siempre sin detener su cintura, en aquel movimiento de cadera que a veces era más circular y a veces hacía un recorrido claramente adelante y atrás.

La estrategia parecía clara, aunque había un gran problema que estaba a las puertas de aparecer. Sin embargo, yo en aquel momento disfrutaba del tacto de las nalgas de María, de su mirada, que era sorprendentemente desafiante, mirándome fijamente, como pidiéndome placer. Disfrutaba del movimiento hipnótico de sus pechos bambolearse, de sus pezones afilados, de sus areolas extensas, de aquellos movimientos de cadera que me mataban, del contacto de su vello púbico con el mío, de su piel, de su carne... de su belleza... Cuando me montaba así, tras haber visto cómo había montado a Álvaro, cómo la había visto con Edu, no podía evitar pensar que había nacido para follar, para follar así, con aquel temple y con aquella elegancia que era imposible que tuviera nadie más.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —pronunció ella en una frase que era más tradicionalmente mía que suya.

—Sí —respondí, con una respiración agitada que no veía en ella.

—¿Te pone Begoña?

—Sí —dije sin dudar.

—¿Te parece guapa o te pone? —insistió.

—Las dos cosas.

María se quedó callada. De nuevo sin emitir ninguna emoción gracias a la cual pudiera entender el motivo de su pregunta, y yo me aferraba a sus nalgas mientras me montaba, cuando uno de mis dedos fue sin querer casi a su ano. Ella no dio ningún respingo, ni buscó tampoco de nuevo

aquel contacto. Quizás curiosidad, quizás buscando un cambio en su respiración, llevé, esta vez a propósito, la punta de aquel dedo a la entrada de su culo. Lo rocé, pero de nuevo no obtuve reacción.

—María.

—¿Qué?

—Te lo tengo que preguntar —dije y ella se mantuvo en silencio, ya con mi dedo alejado de su ano y de nuevo con mis manos en sus nalgas— Álvaro...

—¿Qué?

—Es que no sé cómo decirlo de forma suave, la verdad...

Ella no dijo nada y de mi boca salió de forma desagradablemente abrupta:

—¿Álvaro te dio por el culo, verdad?

Si el silencio anterior fue irrelevante, este fue insoportable. Quizás ella hacía conjeturas o cábalas de lo que pudiera haber visto yo o no.

—No —acabó por responder. Sería.

—¿Seguro?

—Lo intentó, pero no.

—¿Porque no quisiste?

—No.

María seguía con aquellos movimientos de cadera firmes, regios, adelante y atrás, mientras me negaba que Alvaro le hubiera dado por el culo, cuando yo había visto con mis propios ojos como se la había metido hasta la mitad. Ella pareció leerme el pensamiento, pues dijo:

—Habíamos dicho que otro día te contaría lo que pasó. Pero... a lo que pasó... no se le puede llamar así... Es cierto que algo pasó, que lo intentó... pero...

—¿Pero qué?

—Pues... ya se la has visto, ¿no? Te puedes imaginar.

—¿Que no cupo?

María se cayó. No respondió. Como dándome a entender que yo acertaba.

—¿Lo haremos tú y yo? —pregunté.

—Creí que no te gustaba.

—Nunca dije eso.

—Nunca lo has... planteado —dijo solapando la palabra “pedido” que parecía iba a salir de su boca.

María se salió de mí y se puso de cuclillas hacia mí.

—Vamos a hacerlo así mejor —dijo, dando por zanjado todo lo que tuviera que ver con Álvaro.

Se volvió a introducir mi miembro, pero esta vez ella tenía las plantas de sus pies sobre la cama y su cadera iba hacia mí y se alejaba, arriba y abajo, y apoyaba sus manos en mi pecho. Cada vez que su pelvis me atacaba, un pequeño ruido rompía el silencio, era el ruido de nuestros cuerpos chocar que quería regalarle a Edu, pero faltaba lo más importante, faltaban unos gemidos implicados y reales que pudieran competir con Begoña.

Yo ponía todo lo que podía de mi parte, moviendo mi pelvis también hacia arriba, pero ahora con el latente riesgo de correrme, pues su nuevo movimiento me mataba. Cuando movía su cadera con mi miembro dentro podía aguantar más, pero cuando me montaba, cuando me follaba así... cuando yo, al mirar hacia abajo, veía como mi polla aparecía y desaparecía, absorbida por su cuerpo, por su coño... sentía que podría correrme sin querer en cada momento. Como consecuencia de su cambio de postura y de sus movimientos ahora le caía parte de la melena de

nuevo hacia adelante, parte de su cara estaba cubierta por su melena castaña, pero aun así me miraba, con los ojos bien abiertos, y con la boca parcialmente abierta, me follaba cada vez con más ansia, con un incipiente amago de respiración agitada... cuando exhaló un “graba”.

Alargué mi mano hasta coger su teléfono. Busqué la aplicación de las notas de voz y, con el temblor de mis dedos conseguí a duras penas empezar a grabar. María buscaba el choque de nuestros cuerpos, y lo conseguía. Sabíamos que ese sonido podría sonar nítido, pero faltaban sus gemidos. Ella lo intentaba y sabía que no podría fingirlos.

Durante los siguientes minutos María buscó recorridos más largos, buscando un mayor placer y un mayor choque de nuestros cuerpos, pero lo que conseguía era salirse de mí como consecuencia de la mínima longitud de mi miembro. Cuando sucedía eso, resignada, de nuevo se la introducía, rápidamente, y volvía a montarme, en cuclillas, con sus pechos rebotando hasta casi chocar una teta con la otra, con la boca entre abierta y con su mirada clavada en mí. Y de nuevo volvía a salirse. Y se la volvía a meter, llegando a un momento en el que comenzó a desesperarse. Y otra vez nuestros cuerpos chocando, su respiración algo agitada... hasta que apareció un pequeño “hmmmm” de gusto, sí, pero insuficiente, saliendo de su boca. Y se salió otra vez, e intentó volver a metérsela y entonces le dije:

—Espera, que te doy yo —en clara alusión a ponerme tras ella, buscando la postura, por otra parte, que creo que ambos suponíamos que era la de Edu y Begoña.

—¿Seguro? ¿No te correrás? —preguntó, matándome, pero con fundadas sospechas de que en aquella postura yo podría durar bastante poco.

Terminó por ponerse a cuatro patas delante de mí. Cogí el móvil, borré el inútil audio anterior y pulsé otra vez el botón de grabación. Llevé una de mis manos a su cadera mientras ella colocaba su melena toda a un lado de su cabeza. Apunté mi miembro erecto a un coño que, como tantas otras veces, me sobrepasaba, lo cual era un aliado para que yo durara más y un enemigo para que ella pudiera gemir y gritar.

—Venga, métela ya... —dijo en un tono ciertamente rozando lo despótico.

No dije nada. Simplemente obedecí. La penetré y apenas sentí nada en la inmensidad de aquel coño majestuoso y creado para retos que mi cuerpo no podía plantearle. No emitió ni un solo sonido. Me retiré un poco y volví a metérsela hasta que mi pelvis contactó con sus nalgas. Se la clavaba entera y ella ni respiraba agitadamente. Sin embargo no desistí, buscaba ese sonido de nuestros cuerpos chocar, me aferraba a sus caderas y no llevaba mis manos a sus pechos que colgaban enormes pues solo con acariciar sus tetas me correría...

Estuve un rato follándola así, duro, rápido, buscando sus gemidos, y conseguía ya algo de alteración en su respiración cuando ella, en un tono completamente neutro y sereno, dijo:

—¿Estás grabando?

Su frase fue pronunciada con tal templanza... sin rastro de agitación, de alteración... que me desmoralizó completamente.

—Sí, mmm... no hables —respondí jadeando.

—Después lo cortas —respondió impasible.

Posé entonces uno de mis pies sobre la sábana y así, con una planta sobre la cama y la rodilla de la otra pierna también posada me decidí a acelerar, comencé a follarla con dureza. Nuestros cuerpos chocaban y aquel ruido era realmente sonoro, pero María apenas jadeaba... Yo la asía por la cintura y ella movía su cabeza... su melena iba aquí y allá, sus tetas rebotaban... se dejaba follar... pero no gemía... Llegué a salirme sin querer alguna vez, y, con paciencia, contenida, María esperaba a que se la volviera a meter, sin emitir ningún sonido una vez la invadía de nuevo. Llegué incluso a pensar si todo aquello no sería un plan retorcido y macabro de Edu, conocedor

de mi miembro y suponedor de cómo podrían ser nuestros actos sexuales.

María bajaba la cabeza, enterrándola entre sus brazos, entre sus codos apoyados en la cama. A veces, cuando le daba mucha caña, se llevaba las manos a contenerse los pechos para que no se le movieran tanto... Una embestida especialmente dura, pero sin conseguir su objetivo, que no era otro que un pequeño gemido, acabó por colmar su paciencia. Me lo reprochó y yo deceleré. Si había pensado que aquel reproche me dolería no fue nada comparado con lo que vino después. En un principio no la entendí claramente, o quizás no había querido entenderla.

Acabé por detenerme por completo. Me retiré un poco. Mi polla salió empapada y enrojecida de aquel coño desproporcionado, al menos para lo que yo tenía. Ella se mantuvo con la cabeza baja, entre sus brazos, entre sus codos. Mi silencio era un reclamo para que rompiera la duda. Para que repitiese lo que yo no había querido oír:

—Está... el arnés... en el cajón del armario. Si quieres...

Todo lo que vino después no fue como para que pudiera sentirme orgulloso. Cogí el móvil y deseché el absurdo audio que acababa de grabar, y pulsé “rec” otra vez. Estaba enrabiado. Hice caso omiso a su propuesta. La volví a sujetar por la cadera y volví a penetrarla. Si durante los minutos anteriores la había embestido con vehemencia lo que se produjo entonces fue aún más violento; la embestía a un ritmo frenético, mi pelvis golpeaba sus nalgas y mi polla entraba y salía de su cuerpo a una velocidad vertiginosa. El ruido de nuestros cuerpos chocando se hizo ensordecedor, pero de su boca no solo no salía ningún gemido, sino que acabó por salir un “¡¡NO TE CORRAS!!” que no fue sino un prelude, un vaticinio certero de lo que estaba a punto de ocurrir.

Yo ni sentía casi rozamiento en la inmensidad de su coño, que ni mucho menos estaba tan dilatado como después de usar el arnés, pero que aun así era demasiado para mi polla... Y a pesar de aquella amplitud yo sentía un placer inmenso... y no podía evitar correrme mientras ella gritaba un “¡¡PARA, JODER!!” que me hizo estremecer, al tiempo que mi semen me abandonaba entre chorros y mi orgasmo y mis obscenos jadeos se solapaban con un “¿¿TE ESTÁS CORRIENDO??” que aun fue más duro y sobrecogedor...

Un orgasmo largo, pero entrecortado e involuntario... tras el cual me detuve... Abochornado.

Hubiera preferido una recriminación, un reproche, incluso un insulto. Pero el castigo fue un silencio insoportable.

Mi miembro salió de allí de forma lastimosa y culpable, dejando un reguero espeso que bajaba por el interior de uno de sus muslos. Solo alcancé a decir un “voy a limpiarte” que sonó ciertamente vergonzante.

Cuando volví del cuarto de baño con el papel higiénico María ni se había movido. Fue ella la que se hizo con el papel con una mano y se incorporó para limpiarse, de rodillas sobre la cama. Yo, tras ella, veía como acababa de limpiarse con una mano y cogía su móvil con la otra. Cortó el audio. Lo borró. Y, no sé si consciente o no de que yo veía la pantalla perfectamente, le escribió a Edu: “Esta noche no puedo, lo siento”.

CAPITULO 12

Se mantuvo en esa posición unos segundos. Me daba la sensación de que no lo hacía por estar esperando una respuesta inmediata de Edu; sinceramente pensaba que lo que buscaba con ello era asegurarse de que yo leyera lo que allí ella acababa de escribir. Y yo me preguntaba por qué.

Desfiló hacia el cuarto de baño, sin hablar, con el papel higiénico en una mano y con su móvil en la otra. Yo me sentía dolido por haberla decepcionado. Como ella con Edu. Era como una cadena de poder. Edu la dominaba a ella, la cual usaba ese dominio para humillarme a mí. Edu ya no me dominaba directamente, sino a través de ella; ya no me dominaba directamente, porque se había aburrido de hacerlo o porque yo había escapado de aquellos contextos.

Escuché el grifo de la ducha y con mi permanente sentimiento de vergüenza me puse los calzoncillos y fui al cuarto de baño a lavarme los dientes. Allí me encontré con algo demasiado tentador: María se duchaba con la cortinilla corrida y sobre el lavabo yacía su móvil.

Aún sin haber decidido qué hacer eché la pasta sobre mi cepillo. Mis dedos temblaban de manera exagerada, a pesar de aún no haber cometido infracción alguna. Seguía escuchando el agua caer. Entre María y yo no había más de metro y medio de distancia, pero aquella cortinilla era un muro que me ofrecía la oportunidad de delinquir.

Comencé a cepillarme y miraba aquella pantalla apagada. El agua de la ducha no dejaba de caer, y sabía que aquella ducha sería corta, que no se lavaría el pelo; tenía que decidir ya.

El pequeño cuarto se cargaba de espesor, creando una nebulosa onírica y empañando un espejo en el que yo ya casi no me veía... Tenía que decidir ya. Y decidí. Mis torpes dedos marcaron el código de su móvil y, tras mirar de reojo hacia la cortina rosada, busqué su chat con Edu. Todo ello sin mover un ápice su móvil de donde estaba. Subía y bajaba por la conversación y, por tantos nervios y por la sensación de que iba a ser descubierto en cualquier momento, apenas podía ordenar una conversación basada en reproches, o más bien en un auténtico rapapolvos de Edu y evasivas pusilánimes de María. Llegué a leer: “Víctor va a tener que follarse a esa vieja, ni puto caso le has hecho” y algo me subió por el cuerpo, cierto enfado, pues me parecía que valía bastante más Sara que Víctor. Edu preguntaba después para qué había querido quedar y ella respondía, en cierto modo vendiéndome, con un “Fue Pablo el que quiso”.

No me daba tiempo a enfadarme o sorprenderme por cada frase, ya habría tiempo para eso, solo quería leer, guardar en mi memoria todo lo posible... y esperar que el grifo de la ducha se cerrara antes de que se abriese la cortina.

Tras esa frase de María, Edu respondió un “Le gusta mirar a ese. Está claro”. Y tras un silencio de ella, aquel cabrón no quiso soltar su presa y preguntó: “¿Te obligó a follar con alguien más?” Mi dedo tembloroso se movía por la pantalla mientras seguía cepillándome los dientes y el agua de la ducha seguía cayendo. “Él no me obliga a nada” respondió María y Edu escribió: “Entonces eres tú que eres un poco zorrón”.

Lo que más me sorprendía no era la terminología de Edu, ni aquellas frases tan directas, sino que mi novia no le mandaba a la mierda, además le respondía de manera ciertamente mansa, con términos como “de verdad no entiendo que te pongas así” o “creo que te estás pasando”. Tras un “estoy un poco hasta la polla de vosotros dos” de Edu, María de nuevo no le reprochó con fuerza, sino que escribió un conciliador “Si te he confundido al querer quedar hoy lo siento”.

Hubo un lapso de tiempo el que nadie había escrito, tras el cual María le preguntó por Begoña, y fue entonces cuando Edu le envió la nota de audio y le pedía que ella enviara otra. Reparé en ese

momento que si Edu respondía ella vería que yo lo había visto, que yo había estado con su móvil, por lo que salí rápidamente de aquella conversación.

La ducha seguía con aquel tono constante de sonido de agua caer... y la tentación fue demasiado fuerte: entré en los chats con Guille, que era un número sin guardar, y Álvaro que seguía siendo “Álvaro cumple de prima”, y solo vi un “¿por qué no respondes?” y un “¿dónde te metes?” que no pude retener de quién era qué frase y el grifo de la ducha se cerró.

Salí de aquellas conversaciones al instante y escupí la pasta de dientes en el lavabo.

Me fui al dormitorio antes de que ella saliera de la ducha. Me sentía mal. Mal conmigo mismo y en cierto modo dolido con ella. No me había mentido en nada... pero aquellas respuestas serviles me oprimían el pecho...

Ya los dos en la cama y con la luz apagada llegué a sentir a María, a sentir su tentación de plantearme un segundo intento. Miró su móvil un par de veces antes de disponerse a dormir. Buscaba sin duda una respuesta que la calmase. Al final no hubo ni tentativa para conmigo de buscar su ansiado audio ni respuesta de Edu. Pero esa no sería la última vez que mi novia iba a hacer aquella comprobación, ya que varias veces, durante la noche, noté como se giraba y revisaba su teléfono, ansiando, anhelando, que le hubiera escrito. María buscaba un “no pasa nada” que la dejara dormir tranquila.

Creo que mi subconsciente siempre había supuesto que una vez viera a María con otro hombre todo se asentaría, todo quedaría en su sitio y toda curiosidad y suspense desaparecería. “Vale, es esto, ya está, ya lo has visto, ya sabes lo que se siente”. Pero qué equivocado estaba. Cada vez que cerraba una puerta se abrían dos ventanas y cada vez que María me respondía a algo o yo le curioseaba el móvil más dudas me asaltaban; de lo que sentía yo, de lo que sentía María, de lo que estaba pasando.

En ese estado me fue imposible no bombardear a María con mensajes aquella mañana de martes desde el trabajo. Que si has visto hoy a Edu, que si te ha respondido al mensaje... Ella acabó por cortarme, proponiéndome que me acercara a su despacho aquel mediodía para comer juntos en un italiano. Me era difícil deducir, sin oír su voz, si estaba enfadada por tal cuestionario o si entendía perfectamente mi situación.

Tan pronto acepté la cita tuve la sensación de que tenía infinitas preguntas, pero que muchas no las podía formular, y que no había ninguna pregunta mágica cuya respuesta pudiera aliviarme de un golpe.

Hice memoria de lo que había curioseado en su móvil y me pregunté por qué, tras aquel rato largo sin haberse escrito, María le había preguntado sobre qué tal le iba con Begoña. Pensé en ella, en aquella princesita, como la llamaba Paula, en aquellos gemidos... en si María sentiría envidia... y esos pensamientos hicieron que mi entrepierna se despertara... y mientras mis compañeros se iban al café yo me fui a los servicios del fondo del pasillo con mi móvil y mis auriculares... Allí escuché aquellos tremendos gemidos y gritos de Begoña, sentado en el retrete, sin masturbarme pero disfrutando de sentir mi polla palpar libre... Volví a poner aquella nota de voz y si comencé a pajearme. Tan pronto lo hice me sentí sucio. Un loco. Pero no podía evitar excitarme de forma incontrolable. No llegué a correrme, seguramente por vergüenza. Me detuve antes de eyacular, con un calentón terrible.

María quiso compartir un entrante y una pizza, acostumbrada a comer poco a mediodía entre semana. En traje azul marino de pantalón y chaqueta y camisa blanca, hablábamos de nimiedades, conscientes de que mi explosión era inminente. Acabamos el primer plato y no me contuve más:

—¿Entonces has visto a Edu esta mañana?

—Sí.

—¿Habéis hablado?

—Sí, pero no de nada... o sea, hemos hablado de trabajo.

—¿Solo de trabajo?

—Sí. Él, aunque no lo creas es discreto... en esto.

—Pues no tengo recuerdo de eso precisamente.

—Bueno, ahora es así. No me ha dicho nada ni me ha puesto cara de nada.

—¿Y te ha respondido al móvil?

—No.

Pronto me vi en un callejón sin salida. Pero fue ella la que prosiguió:

—El jueves tengo que ir al juzgado con él.

—Igual te pide que vayas en falda o algo entonces.

—No creo. La coña esa es con otro juez.

Se hizo un silencio, sus respuestas eran concisas, cortas, como queriéndome decir que no tenía nada que esconder, y que no merecía aquel tribunal, haciéndome sentir a mi algo culpable.

Yo quería romper aquel silencio pero no podía hacerlo reprochándole sus ansias de complacerle. Sentía que no me convenía aquel camino. Además era latente un inminente corte en el que me dijera que el tema Edu era tema finiquitado. Decidí pegar un volantazo y preguntarle por Álvaro y Guille; le recordé de manera sutil, e intentando ser algo gracioso que me debía mucha información de lo sucedido el viernes pasado. Al ver que se mostraba receptiva le planteé ir a cenar el fin de semana y que me lo contara, unos avances cenando y lo más fuerte ya en la cama. Su respuesta consistió en informarme de que el fin de semana no podría tener sexo por cuestiones cíclicas... de su cuerpo... lo cual me hizo recordar inmediatamente que había follado sin condón y una importante tensión me subió por el cuerpo.

—Además ya sabes que el sábado tengo la cena de aniversario del Máster.

Lo había olvidado completamente, su Máster cumplía veinte años desde su primera edición y había una cena de gala o algo similar.

—Y no te escaqueas, eh —dijo seria, sabedora de que era lo último que me podía apetecer en el mundo.

Empezó a hablarme del plan de esa cena y me acabó diciendo que ella tampoco tenía muchas ganas de ir y que, además, por culpa de dicho evento, no podía ir a un curso de formación, pues coincidía el mismo fin de semana.

—¿Y Edu va a la formación esa? —pregunté, sin que tuviera demasiado sentido, pero aquello me despertaba unos recuerdos de lo más intensos.

—Pues no lo sé, qué quieres que te diga —respondió y mi cabeza voló a Alicia, a María contándome como le había escuchado como se la follaba... a las fotos que me había mandado desde aquel hotel y que yo le había reenviado a Edu...

Estábamos acabando de comer y María ya miraba su reloj casi compulsivamente, con más ganas de volver al trabajo que yo, o quizás siendo más responsable que yo, cuando solté una pregunta que me sorprendió tanto a mi como a María. Una pregunta que llevaba meses en algún rincón de mí. Una duda que quizás fuera la más insoportable:

—María... no sé por qué a veces tengo la sensación de que te pongo y a veces de que no.

Me miró fijamente. No mostró sorpresa. Más bien como si estuviera esperando a que le diera alguna pista más de lo que rondaba por mi cabeza.

—Ayer, por ejemplo, creo que a pesar de querer enviarle el audio a Edu, sí que había deseo por tu parte —dije, sintiendo algo extraño al pronunciar la palabra “deseo”, como si me hubiera salido demasiado ñoño.

Nos trajeron los cafés por lo que la respuesta de María se hizo esperar.

—¿Cómo lo ves? —pregunté al ver que ni yéndose el camarero ella llegaba a responder.

—Pues... lo veo... que es difícil saber a veces lo que pasa.

Aquel “lo que pasa” me sonó a eufemismo de “lo que me pasa”. Me quedé callado. Podía sentir como ella pensaba, quizás buscando una respuesta que me llenara más y que le llenara más a ella.

En aquel momento ni María sabía cuál era la clave de aquello. Y yo tuve que conformarme con aquella respuesta, sin saber que pronto ella se aclararía y me lo aclararía a mí.

La despedida estaba cerca y yo sentía que María me había dado aquel espacio para que lo aprovechara, que no iba a aceptar sucesivos cuestionarios así como así. Pero me resultaba complicado hacer más preguntas sobre Edu, y, sobre la noche de Álvaro, Guille y Sofia las respuestas habían quedado oficial y formalmente post puestas.

Ya que no podía sacar más información quise dedicar los últimos minutos a intentar sacarle alguna sonrisa. Había una tensión que yo quería romper. No lo conseguí. Y pensé que quizás debía de haber empezado por ahí.

Nos despedimos sin que efectivamente le pudiera sacar ni más información ni aquella ansiada sonrisa, y lo que saqué más en claro fue la confirmación del tremendo erotismo que desprendía María en el trabajo. Caminaba hacia el coche y en mi mente se cruzaban imágenes de mi novia en la comida que acabábamos de tener, imágenes de su lenguaje gestual, de su densa melena, de sus mirada expresiva, de cómo le quedaba aquella camisa blanca, de su culo bajo el pantalón de traje cuando había ido a los servicios del restaurante, de cómo se le marcaba el pecho cuando se quitaba la americana... Tenía que haber un tremendo cotilleo, incluso escándalo, entre los hombres de su despacho. Quizás Begoña fuera más guapa de cara, más perfecta en esencia, pero era demasiado niña; la sensualidad y sexualidad que desprendía María dejaba sin aliento, y ella parecía seguir sin saberlo, parecía solo saberlo cuando, excitadísima, follaba salvajemente con un semi desconocido, como había pasado con Álvaro y con Guille.

Aquella tarde en el trabajo volví a tener un tremendo calentón, pero no por los gemidos de Begoña en mis auriculares, sino por las imágenes de María, montando a Álvaro, dándole la espalda, gustándose... follándose, orgullosa, asumiendo sus impertinencias como un mal menor y asumiendo siempre y cuando aquella notable polla la siguiera satisfaciendo.

Creía que aquel día no iba a depararme nada más. Que bastante rápido estaba yendo todo. Que parecía increíble que estuviéramos a martes y la locura de quedar con Víctor y Edu hubiera sido veinticuatro horas atrás y que la locura vivida en casa de Álvaro hubiera sucedido solo cuatro días atrás. Pero no, estaba equivocado, aquel día no había terminado.

Estábamos en el salón comedor, ya habíamos cenado. Yo estaba recostado en el sofá con mi portátil. En la tele había algún programa que nos aportaba ruido de fondo. Y María estaba sentada a la mesa, también con su portátil, acabando algo de trabajo. Aquella noche no se había cambiado, había llegado, había cenado y se había puesto a trabajar, por lo que yo la observaba como la observarían sus compañeros de trabajo: elegante, sobria, concentrada. Con toda aquella feminidad suave combinada con la brusquedad de su sujetador marcando la delicada camisa. Llegué a mirarla, tan absorto, que no la vi venir, no vi que ella también me estaba mirando, y que aprovechaba esa conexión para hacer una pregunta que yo no esperaba:

—Pablo. ¿Te molestó que ayer de noche te dijera si querías ponerte... eso?

—¿El qué? —pregunté, queriendo ganar tiempo, cuando era obvio que se refería a cuando me había dicho de ponerme el arnés, ya que con mi polla no era capaz de sentirme como para gemir.

María me puso cara de que era obvio lo que me estaba preguntando.

—No —mentí— ¿Por?

—Me dio la sensación.

—¿Quieres usarlo esta noche? —pregunté, quizás más para tantearla, para saber de qué iba.

Se quedó callada un instante. Dudando.

—No sé si la oferta de Edu sigue... en pie —dijo descolocándome un poco.

Me levanté del sofá, con intención de ir a por una botella de agua a la cocina. Mientras lo hacía veía de reojo como María bajaba la tapa de su portátil y cogía su móvil.

En la cocina pensaba que me extrañaba que Edu no le dijera nada en persona, pero la creía. Me parecía surrealista que Edu le pidiera eso en un mensaje y ella le dijera que no podía hacerlo esa noche y que aquello quedase allí. Como si lo que se hablaran por móvil fuera un compartimento estanco independiente en sus vidas.

Volví con la botella y la posé sobre la mesa donde María hurgaba en su móvil. Me coloqué tras ella e irremediablemente me sentí Víctor por un instante, pues, de pie, a su espalda, estando ella sentada, me retrotraía a como había estado aquel demacrado cuarentón la tarde noche del lunes. Era cierto que las vistas eran pecaminosas, sucias si uno le echaba arrojito y desvergüenza. El nacimiento de los pechos de María y algo de su sujetador se veían con imponente limpieza. Seguro que aquella imagen era más que suficiente para que Víctor disfrutara de una importante paja si es que no había acabado la noche con Sara, o aun así.

María apoyó los codos en la mesa y, sin importarle mi presencia o precisamente por ello, entró en la conversación con Edu. De nuevo se disponía a escribirle, sabiendo que yo podría leerlo, pero esta vez no me daba la sensación de que pretendiese humillarme. Nerviosa, escribió, borró, y volvió a escribir, hasta que apareció en la pantalla:

—¿Sigue en pie lo de mandarte la nota de audio?

Edu estaba en línea y María fingía dignidad y templanza, pero su lenguaje corporal, errático y extraño, la delataba.

En el teléfono aparecía que Edu estaba escribiendo y nos quedamos completamente inmóviles. En silencio. Paralizados. De aquella seguramente no lo sabíamos, pero en cierta forma ya nos tenía dominados a los dos.

“Esta noche no me apetece, envíaselo a Víctor si quieres”. Respondió y apareció en la pantalla el contacto de su desagradable amigo, para que María pudiera guardarlo.

—Menudo gilipollas... —resopló María, ¿enfadada? ¿decepcionada?

Yo me mantuve en silencio. Los dos quietos.

—Es que es un gilipollas —insistió.

Ante tanto resoplido y tanta repugnancia yo esperaba una respuesta contundente o que directamente no le respondiera.

Airada, negando con la cabeza, tecleó.

“Estás loco... A él no”.

Se echó hacia atrás y yo me aparté. Se incorporó y me dijo que se iba a dormir. En apenas cinco segundos me quedé solo en aquel salón. Otra vez teniendo que obedecer a los tiempos de María, tiempos que a María le marcaba Edu.

Edu. Iba a hacer un año que le había conocido, que había empezado todo... que había puesto patas arriba mi vida.

Cogí mi móvil. Estaba enfadado. No podía entender aquel sádico juego que pretendía plantear metiendo también al asqueroso de Víctor. Con un valor que en persona no tenía me dispuse a escribirle. Entré en mi conversación con él y me encontré con aquella última frase suya:

“Hoy no me hables, lo que sea será con ella, con Víctor y conmigo. Creí que habías aprendido,

veo que no, te dije que dejaras de hacer el imbécil. No respondas a esto.”

No me amilané ante aquella amenaza. Aunque sabía que todo iba demasiado rápido, que cinco minutos atrás estaba tranquilamente con mi portátil, observando a María en silencio, que quizás me estuviera precipitando... Pero estaba decidido. Lo iba a hacer. Escribí:

“Estás forzando demasiado. Ella pasa de Víctor”.

Lo escribí del tirón. Por una vez. Convencido. Lleno de razón. Aunque inevitablemente tenso.

Edu estaba en línea, pero no respondía. María se había llevado el móvil, pero no me daba la sensación de que estuviera escribiéndose con ella; además porque la escuchaba abriendo y cerrando puertas de nuestro armario.

Finalmente me respondió:

—¿No te he dicho que no me hablaras más?

—Me da igual —respondí, nervioso, sentado en aquel sofá, acalorado, pegado a la pantalla.

—¿Sí? ¿te da igual? Mira, te voy a reconocer que una duda sí tengo: ¿Has puesto a follar a María con alguien más?

—No te voy a contestar a eso —escribí ya infartado, podía sentir la presión casi como si le tuviera delante.

—A follar con alguien más que con el Álvaro ese, quiero decir.

Cuando leí eso en la pantalla sentí como si un rayo cruzara mi cuerpo de arriba abajo. Apagué la pantalla, como un resorte, como en un espasmo involuntario, como si por apagar la pantalla aquella frase no hubiera existido.

Pero sí, existía.

Me quedé sin respiración. No me lo podía creer.

CAPÍTULO 13

Mi sensación era de que aquello era demasiado. Me quedé completamente bloqueado. No contemplaba más hipótesis que aquella en la que María se lo hubiera contado, pero era tan impropio de ella... no podía ser cierto.

A duras penas conseguí responderle pasados unos instantes, con un “No sé de qué me hablas”, que no pretendía más que intentar que me contase algo más, y ese algo más era una pista sobre la fuente que le proporcionaba aquella información.

No me respondía y me puse en pie. En el medio del salón daba vueltas a la mesa de centro, como una animal enjaulado, pero mi jaula era la propia locura en la que yo mismo me había metido.

Dejé de escuchar ruidos provenientes del dormitorio por lo que deduje que María ya estaría metida en la cama. Miraba mi teléfono permanentemente por si Edu escribía algo, pero ya no estaba en línea; no me iba a responder más.

Me sentía superado. Tanto que me planteaba decirle a María que Edu me había escrito aquello, tanto que empezaba a sopesar seriamente que todo saltase por los aires si gracias a eso surgía la luz que necesitaba.

Fui al dormitorio.

Abrí la puerta. La luz estaba apagada. El enfado porque María hubiera descartado follar, tan pronto Edu le había dicho que no tenía interés en recibir una nota de audio con sus gemidos, quedaba completamente opacado por mi necesidad de información al respecto de lo que Edu me había escrito.

—María.

—¿Qué? —respondió, parcialmente iluminada por la luz que entraba proveniente del pasillo.

Di un par de pasos. No estaba acostada del todo, sino recostada. Con su pijama azul oscuro.

—¿Qué pasa? —preguntó.

No podía más. Lo solté:

—¿Edu sabe lo de Álvaro?

—¿Qué?

—Que si Edu sabe lo de Álvaro —dije, marcando más las palabras y dándome cuenta que con aquello yo no me desenmascaraba del todo.

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Cómo lo va a saber?

Tuve que decidir si empezar a confesar ciertas cosas o plantearlo de tal forma que no me auto descubriese.

—Dime la verdad —insistí.

—Estás loco. Que no. ¿Cómo lo va a saber? No lo sabe nadie.

—¿Seguro?

—Seguro.

Se hizo un silencio. Largo. Que acabó siendo incómodo. Medio minuto en un mutismo surrealista.

—Ven a la cama, anda —acabó por decir ella— Que si vienes dentro de un rato me desvelas.

Como tantas otras veces sus respuestas no me llenaban, pero yo no podía decir todo lo que sabía.

Unos instantes más tarde, ya los dos en la cama, a oscuras, preguntó:

—Pablo, nunca te lo he preguntado porque siempre he dado por hecho que todo esto no se lo has contado a nadie.

—Ya. Claro que no. ¿Y tú? —le interrumpí antes siquiera de que me hiciera la pregunta.

—Yo ya sabes que algo de Edu le he contado a Paula en su momento. Pero todo esto de Álvaro es que ni de coña.

Tras un silencio retomó el tema:

—Es que no sé a qué ha venido lo de Edu. ¿Por qué crees que lo sabe?

No me atreví a contarle que me había escrito. No me atreví a confesarle que había estado rebuscando en su móvil y la noche anterior había visto que Edu le había preguntado si yo le había empujado hacia otro hombre. Pensé entonces que si Edu sabía lo de Álvaro se había enterado en las últimas veinticuatro horas. Era todo tremendamente confuso y arriesgado.

—No lo sé...

—¿Cómo que no lo sabes? Por algo lo habrás dicho.

—Que no lo sé... Siempre me da la sensación como de que sabe más de lo que parece —yo no sabía cómo salir de aquellas preguntas de María.

Afortunadamente no insistió mucho más.

Ella se quedaba dormida mientras yo recordaba que no solo se lo había contado a Edu, sino también a Germán. Al día siguiente intentaría quedar con él. Necesitaba otra vez a una persona de confianza, que me pudiera dar una visión diferente de aquella locura; quizás yo, al estar tan metido, no veía cosas que alguien de fuera si pudiera ver.

Aquella tarde de miércoles María quedaba con Paula y Amparo y mi amigo Germán accedía sin problema a quedar conmigo. Me sentía un poco culpable y también algo egoísta por el motivo de nuestra quedada. Habíamos hablado hacía poco pues le había llamado para decirle que me casaba unas semanas atrás, pero no nos habíamos visto desde noviembre; parecía que solo quedábamos para que yo le pidiera consejo, si bien era cierto que él tampoco me había llamado para vernos por cualquier otro motivo.

No disimulé demasiado el sentido de la cita, en seguida nos metimos en el tema y ciertamente me costó abrirme... Quise ser honesto y contarle de forma aséptica, sin paños calientes, lo sucedido en la casa rural con aquel niño, lo sucedido en Estados Unidos con aquel hombre y todo lo de Álvaro y Guille. Germán intentaba no alarmarse ni juzgarme. Finalmente llegué al tema para mí clave, el último mensaje de Edu.

No esperaba un milagro, ni siquiera una solución, quizás solo una idea que me hiciera sopesar otras posibilidades.

—Tal como lo cuentas o se lo ha dicho a Paula y Paula a Edu o se lo ha dicho María a Edu directamente. No veo más.

—¿No se te ocurre nada más?

—No. Lo único que puedes hacer, si dices que no quieres preguntárselo a María directamente, es mirarle en el móvil sus conversaciones con Paula. Si en ellas ves que Paula lo sabe es que puede ser que haya sido ella la que se lo ha dicho.

No me pudo aportar más. Y no me juzgó, ni me recriminó nada. Tampoco me aconsejó que dejara todo aquello y buscara un tercero por internet como había hecho la primera vez. O me daba por imposible o directamente no quería agobiarme y repetirse con advertencias y propuestas que sabía que yo no había olvidado.

Esa noche no pude mirarle el móvil a María. Me resultaba ciertamente violento e incómodo por otra parte. Cada vez que lo hacía me decía a mí mismo que aquella dinámica no era justa ni era el tipo de relación que quería tener, pero aquella frase de Edu tenía que tener una explicación.

A la mañana siguiente, mientras se duchaba, dejó su teléfono en el dormitorio y sí pude mirar en su móvil. No había nada nuevo de Álvaro, ni de Guille, ni de Edu. Entré en sus conversaciones con Paula. Estuve como cinco minutos buscando y buscando. No encontré nada. Nada de nadie. Paula, por tanto, no lo sabía. Ya solo quedaba una opción, la opción que yo no quería asumir.

Aquel descarte hizo que mis sentimientos de intriga y desazón se tornaran en rabia.

Y es que, si María le había contado eso a Edu, aquello supondría que su relación era completamente diferente a lo que yo pensaba, y la existencia de esa relación diferente lo cambiaba todo.

Ya en el salón, a punto de irnos al trabajo, apareció con traje de chaqueta y falda gris y camisa rosa. No era la camisa nueva sino la anterior y nada le obligaba a no ir en falda, pero igualmente aquello casi me hace explotar. Mi cuerpo irradiaba ira y no podía evitar pensar que la camisa era por Víctor y no me decía nada. Y, sobre la falda, aquel día tenía que ir al juzgado y me había dicho que no verían al juez que supuestamente miraba sus piernas. ¿Entonces? ¿Era por qué se lo pedía Edu? Me vi, de golpe, desconfiando de todo.

Me contuve. No dije nada. Pero aquella presión no hacía sino ir en aumento. Tanto que acabé por llamarla a media mañana y le dije que quería verla, que necesitaba hablar con ella, que quería volver a quedar para comer. Me dijo que no, que no sabía a qué hora acabaría, pero le insistí tanto que acabó accediendo.

Yo no me reconocía. Podía estar enfadado con ella, podía estar excitado y sentirme culpable por ello, pero donde no me reconocía era en la desconfianza.

Recordé aquello que había leído en su móvil, cuando Edu le preguntaba si yo le había empujado hacia alguien más, ella le decía que yo no la empujaba a nada y él le escribía que entonces lo que sucedía era que ella era un poco zorrón. De aquello casi se podía suponer que Edu lo sabía por otra fuente. ¿Por Álvaro? ¿Sería posible que se conocieran?

Cogí el coche y fui hacia los juzgados. El día estaba cálido pero muy ventoso. Una vez allí paré el coche en doble fila y me dispuse a esperar. Desde mi posición veía la pequeña plaza que daba acceso a las puertas principales. Vi ciertos grupitos, de abogados, procuradores y lo que fuera. Pensé que aún no habrían salido, pero me equivoqué, pues acabé por encontrar a un corrillo de cuatro personas: Edu, Begoña, María y un chico que no conocía.

Había quedado con María en que tan pronto saliera me escribiera. No lo había hecho. Hasta eso me encolerizaba.

El chico al que no conocía fue a saludar a otro de otro grupo y quedaron entonces ellos tres. Yo me sentía un extraño voyeur, allí, en el coche, viendo a Edu, impecablemente trajeado, con una planta tremendamente elegante y potente, con su pelo más arreglado, diría que hasta engominado, y, junto a él a Begoña en traje azul marino, guapísima, y a María, con aquella falda y aquellas piernas largas... No podía evitar pensar, recordar, que Edu se las había follado a las dos.

“¿Le has dado polla a Begoña esta mañana? ¿O ayer por la noche?”, me sorprendí diciendo en voz baja. Excitado. “Puedes volver a follarte a María, si quieres. Ella lo está deseando. Mira cómo te mira”, dije también, sabiéndome enfermizo.

Mi novia le miraba, incómoda. Siempre estaba incómoda con él. No le caía bien. La ponía nerviosa. La intimidaba. No estaba a gusto con él. Pero no dudaba que estaría encantada de que se la volviera a follar. No dudaba que sentía envidia de Begoña.

Edu y Begoña hablaban y María estaba algo apartada. Acabó por coger el móvil.

Miré mi teléfono. Me escribía a mí.

—Ya hemos salido. ¿Qué quieres hacer? Iremos al despacho ahora. No sé si vale la pena quedar.

No le respondí. Arranqué el coche y me fui. No sé por qué lo hice. Quizás porque un ápice de raciocinio que aún me quedaba supo que era mejor no ir a comer con ella en aquel estado.

Parado en un semáforo le escribí a María que tenía razón, que daba igual. Y ya en el trabajo le escribí a Germán, con la mala noticia de que Paula no sabía nada.

Mi ira no desaparecía. Casi prefería mi conocida angustia. Pasó ese miércoles, pasó el jueves y el viernes a mediodía María me llamó para preguntarme cómo iba a ir vestido a la cena de su Máster. Me perdí por un pasillo, buscando intimidad, y le dije el traje que pensaba llevar y no le gustó la idea. Me planteó ir a comprar uno aquel mismo viernes por la tarde.

—Pues si te digo la verdad no me apetece —respondí.

—¿Hace cuánto que no te compras uno? —preguntó.

—No lo sé.

—Pues eso.

Algo salió de mí. Incontrolable.

—Si crees que me ve va a quedar como a Edu... Lo dudo, eh.

—¿Qué? ¿A qué viene eso?

—No, nada. Que si quieres quedar bien con tus ex compañeros ve con Edu... Así quedas de puta madre.

—¿Pero qué coño dices? —preguntó más sorprendida que enfadada.

Yo no podía controlar aquel enfado soterrado, que duraba días. Ni se me iba de la cabeza el porte imponente de Edu a las puertas del juzgado, llamando la atención de todas.

—Eso. María. Que no me voy a comprar un puto traje.

—¿Pero a ti qué te pasa?

—No me pasa nada.

—No, dime qué te pasa.

—Me pasa que... no sé... Nada.

—No, dime, a ver —dijo chula.

—Me pasa que... como Edu ya no quiere que le mandes el audio... aquí ya no se folla o qué.

—¿Es eso?

—Pues sí.

—¿Y te parece normal decirlo ahora así por teléfono?

—No sé, María.

—Ya te he dicho que estoy con la regla. Te juro de verdad que a veces tengo la sensación de que estoy con un puto crío.

Colgó el teléfono y me sentí terriblemente mal. No entendía qué me estaba pasando.

Miré mi móvil. Entré en mi chat con Edu. Releí aquella frase suya en la que mencionaba a Álvaro y farfullé: “Lo has conseguido eh, cabrón”. Me estaba volviendo loco. Pero me daba la sensación de que aquella frase no buscaba más que joderme y enemistarme con María. “Lo has conseguido... no me fio de María... muy bien... No te llega con follártela... no te llega con que ella quiera que te la vuelvas a follar... no te llega con follarte a Nati, a Patricia, a Alicia, a la chica de la boda... a Begoña... a María... que tienes que joderme lo que tengo con ella”.

De nuevo hablaba para mí, como había hecho en el coche, cosa que nunca antes había hecho. Recordé cuando estaba aparcado en frente de los juzgados, espiándoles: Edu serio, Begoña risueña, idolatrándole con cada mirada, y María tensa, incómoda.

Volví a mi mesa, acabé unas cosas de trabajo que tenía urgentes y, tan pronto conseguí un hueco, cogí mis auriculares y me fui al cuarto de baño. Me senté en un retrete y puse otra vez la nota de audio de aquella tremenda follada a Begoña, y me imaginé que después de aquel juicio, Edu se iba con María y con Begoña, pero que no se iban al despacho, como María me había dicho que harían. Pensé que María había querido cancelar nuestra comida por algo, y ese algo era que no iban al despacho, sino que se iban a un hotel, un par de horas, y allí se follaba a las dos. Que ellas no querían compartirle pero era un mal menor a asumir.

Me masturbaba compulsivamente, sentado en el retrete, mientras imaginaba como se besaban los tres, sobre una cama, los tres de rodillas; imaginaba como ponía a Begoña a besar las tetas de María mientras él besaba los labios de mi novia. Como después se las follaba, por turnos, y ellas esperaban ansiosas su vez. Begoña gritaba en mi oído, en mis auriculares, y yo me imaginaba que era María la que gemía así. Me imaginaba la envidia de María, me la imaginaba montando a Edu, subiendo y bajando de aquella polla enorme que era lo único que la calmaba, mientras miraba de reojo a Begoña, diciéndole con cada movimiento de cadera como se follaba... y ofreciéndole los pechos a Edu, para que se los lamiera, intentando convencerle así, de que la próxima vez la follara solo a ella, sin compartirla con aquella cría. Imaginando eso comencé a eyacular, allí sentado, en los baños del trabajo, mientras podía ver como todo era cierto, como Edu se las follaba en aquel hotel y como sudadas pero satisfechas volvían las dos al despacho, recién folladas, y ansiando que Edu tuviera a bien volver a follárselas cuanto antes.

El bajón que sufrí tras aquel frenético y perturbado orgasmo fue terrible. Volvía mi mesa y no me reconocía a mí mismo. Pero, sin demasiado tiempo para fustigarme, vi que Germán me había escrito:

—Pues lo único ya que se me ocurre es que Álvaro hubiera llamado a María estando ella con Edu, que Edu lo hubiera visto de casualidad y que se haya tirado el farol. ¿Has mirado en su móvil las llamadas?

—No —respondí, viendo algo de luz.

—Pues puede ser eso. Es que María no creo que se lo haya contado.

Contaba las horas para volver a casa. Me veía mirando en el móvil de María y comprobando como la hipótesis de Germán se confirmaba como posible. Me visualizaba aliviado, haciendo las paces con ella. Lo necesitaba. No aguantaba más. Pues aquel loco no era yo.

CAPÍTULO 14

En los últimos doce meses había vivido y descubierto unos sentimientos que jamás podría haber imaginado. La intensidad de los momentos en los que María estaba con otro hombre eran tan brutales que me parecía que aquello era de verdad la vida y que todo lo demás, la nada. Aquella tensión y aquel morbo, si bien a la vez desgarradores y dolorosos, eran sin duda buscados y deseados, como una experiencia a la que no quería ni seguramente podía renunciar. Sin embargo, el morbo derivado de la desconfianza era un morbo mucho más enfermizo y del que yo me quería alejar.

El sueño de María luchaba contra una película, en el sofá, aquella noche de viernes. Yo ansiaba aquella victoria de su cansancio para comprobar la teoría de Germán. Esperé hasta estar completamente seguro de que María dormía para estirarme lo suficiente como para alcanzar su móvil, que yacía posado sobre la mesa de centro del salón.

Así, en la penumbra, solo iluminados por la pantalla del televisor, ya los dos en pijama, derrotados por una semana larga e intensa, busqué en su registro de llamadas.

Lo vi en seguida: “Álvaro cumple de prima”, dos llamadas perdidas, sin apenas espacio temporal entre ambas, el martes por la mañana, a una hora en la que seguro habría estado en el despacho. Nunca pensé que pudiera alegrarme tanto por ver dos llamadas sin contestar, pero es que aquello abría la puerta de que un avisado Edu pudiera haber visto aquello y se hubiera tirado el farol.

No pude evitar mirar sus conversaciones: Nada nuevo de Edu, ni de Álvaro, ni de Guille.

Devolví el teléfono a su lugar original y le escribí a Germán, el cual no tardó en responder con un “Pues será eso”, tranquilizador. Aunque estaba ciertamente aliviado tampoco las tenía absolutamente todas conmigo; tenía que hacer un ejercicio psicológico para convencerme de que no había más historia, pues ya se lo había preguntado a María directamente y descartaba confesarle que Edu me había escrito, o lo que era peor, que yo le había escrito a él.

Al día siguiente María estaba especialmente afable, podía pensar bien y creer que aquello se debía a que, al haber bajado mi enfado, todo volvía a su cauce habitual, o pensar mal y creer que aquello se debía a que ella sabía que realmente era una faena para mí su dichosa cena de aniversario de Máster. Cuando, poniéndome el traje, me dijo que me quedaba muy bien, me decanté por la segunda opción.

Si pensaba que aquello iba a ser un coñazo, fue peor. Yo no conocía prácticamente a nadie. Solo a algunas de sus compañeras de promoción y de cruzar cuatro palabras cuando nos encontrábamos por la calle. Para colmo me daba la sensación de que la gente no solo iba tremendamente arreglada, sino que se desprendía un ambiente de noche especial, como de la noche del año para más de una y más de uno; contextos en los que la gente exagera su personalidad, como un pasarlo bien a la fuerza que resulta molesto y por momentos roza la vergüenza ajena.

Todo era muy exagerado. Los saludos. Los abrazos. Los brindis... Solo me sacaba un poco de mi hastío el homenaje que se daban mis ojos, pues había chicas ciertamente guapas. Una rubia, en vestido azul, de rizos, me parecía espectacular, si bien para espectacular estaba María. Como tantas otras veces, cuando se arreglaba, daba aún más la sensación de que dábamos el cante como pareja. Llevaba un vestido satinado de color salmón y una americana blanca algo larga por encima, y unos tacones que ponían su uno setenta en uno ochenta. Llevaba el pelo suelto y estaba

un poco maquillada, además llevaba un par de colgantes que no se solía poner.

La cena era en la planta baja de un hotel en la zona vieja de la ciudad y, muy a mi pesar, descubrí que la noche había que continuarla en la azotea del propio edificio. Era innegable que el sitio, en aquella terraza, allí arriba, era espléndido; que la noche, siendo de marzo, más bien parecía de mayo, pero yo estaba incómodo, fuera de sitio. Me quería ir.

Siendo justos también había que reconocer que María hacía lo que podía para que me sintiera a gusto, pero no era fácil.

Acabé por dejarla con unas amigas y me aparté un poco, no quería ser una carga, y me daba igual estar un poco solo. Me pedí una copa y miré a mi alrededor. Luna llena, ni una brisa y una música tranquila que versionaba canciones originalmente más animadas.

No sé el tiempo que estuve allí quieto, pensando en todo y en nada, invisible a los ojos de todos, cuando mi mirada fue, del fondo de mi copa, casi finiquitada, a María, que no estaba ni con sus amigas ni sola, sino hablando con un chico, grande, corpulento. Ya le había visto en la cena, de lejos, y me había llamado la atención por sus dimensiones y su porte atlético. Tendría entre treinta y cinco y cuarenta años. Manos grandes. Cabeza grande. Pelo muy corto, oscuro, con importantes entradas. Ojos claros y mandíbula marcada. Daba un poco la sensación de vieja gloria, de haber sido guapo, pero de no serlo ya tanto.

Observé. Invisible. ¿Tenso? No. Si bien es muy fácil detectar una charla coloquial, amistosa, de ascensor, de cuando se busca algo más. Tampoco podría culparle por atacar a María; la delicadeza de su vestido, su americana remangada lo justo, su melena enorme que se veía a distancia, sus piernas aún más esbeltas por aquellos taconazos... Alguien que no se cortase en aspirar a lo máximo tenía que probar sí o sí.

Quizás fueran las copas, o mi perfecto puesto de control, a unos quince metros, con varios corrillos por el medio, aunque apañándomelas para ver bastante bien, pero fue la primera vez que me sentí a gusto. Y es que no era la tensión de verla con Edu, ni la locura asfixiante de la casa de Álvaro. No, era simplemente deleitarme con como atraía a los hombres, de deleitarme con su estilo, con su gracia innata, con la impresión que despertaba. Y es que podía ver en los ojos de los hombres, mientras la escuchaban o fingían hacerlo, pues no eran sus palabras lo que les interesaba, el deseo, el deseo más primitivo y animal. Podía ver en sus ojos que si viviéramos en una sociedad sin reglas la estarían sometiendo por la fuerza para satisfacer su instinto más primario.

Los ojos de aquel hombre enorme lo decían todo, sus ojos expresaban un nervioso “qué polvazo tienes” que María parecía no querer ver, o no importarle.

Cambié mi copa por un cocktail más suave, pues quería mantener, no aumentar, y, al volverme, vi como María y aquel pretendiente habían sido asaltados por dos chicas y un chico, cosa que inequívocamente no le había hecho gracia al de la mandíbula prominente, que le dijo algo al oído y le hizo un gesto como de que volvía en seguida y se alejó. Aproveché ese momento para acercarme. María escuchaba en aquel grupito, pero no hablaba, y aproveché su silencio para hablar con ella. A la tercera o cuarta frase no pude retrasarlo más, le pregunté por el hombre con el que había estado hablando.

—Ah, Javier, es de... dos promociones antes —dijo, sorbiendo de su cocktail, ya algo achispada, y pude comprobar que era muy fino su vestido satinado y bastante fino su sujetador... El contorno de sus pechos era hipnótico, sugerente, indómito por tamaño, pero erótico y refinado por forma.

—Ya le conocías entonces.

—Sí, siempre viene a estas cosas.

—¿A qué cosas? Creía que esto era cada cinco o diez años.

—Bueno, está la apertura, la clausura... de cada curso... Yo no voy a casi ninguna, pero las hay. De hecho esto lo hacen ahora en marzo y no en junio para que no se monte con la clausura de la promoción de este año. Este viene a todas. A ver qué cae.

—¿A ver qué cae?

—Sí, siempre viene... aunque sea solo. A ver qué cae. En mi año estuvo en la apertura y... no me acuerdo... me pidió el móvil al final... que si te dejo apuntes que si yo qué sé.

—¿Pero quedasteis durante el curso... durante tu año?

—No, no. Me escribía de vez en cuando. Sin más.

Creo que María empezó a ver por dónde iba y cada vez me respondía más seca y hacía más por integrarse en la conversación del resto del corrillo.

—¿Y no le viste durante tu año?

—Pues no. No quise quedar. A ver... No es por mal. Es... un poco... no sé. Es de un pueblo de por aquí, no sé... Que después fue el mejor de su promoción, que no habían acabado el segundo módulo y ya se lo estaban rifando varios despachos... pero, no sé.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—Pues... porque somos... veinte o veinticinco por promoción. Más o menos dos arriba o dos abajo las tienes controladas.

No lo pude evitar:

—¿Y... qué te parece?

—¿Que qué me parece de qué? —dijo algo borde.

—Pues... si te parece atractivo o algo.

—Pfff... No empieces... por favor te lo pido.

—Vale, vale...

—Es que, Pablo, joder... tengamos una noche en paz por lo menos.

Nos quedamos un momento en silencio. María quería entrar en la otra conversación, seguramente para escapar un poco de mí, pero no lo conseguía.

—Dime al menos si... has acabado con... —le dije en alusión a si seguía con la regla.

—¿Estás pensando en eso justo ahora? —preguntó, más borde.

—Pues sí, ¿por qué no?

—Pues sí, sí he acabado. ¿Algo más? —dijo, sequísima, con los brazos cruzados y su copa en la mano.

Ni lo vi venir, pero en ese momento el tal Javier, grande, pero coordinado, entró en el corrillo. Me miró un segundo, como juzgando quién era y, de no ser nadie, si sería rival. La presentación era inminente y la debía hacer María, y yo me preguntaba cómo me presentaría. Si lo hacía como novio, aquel conato de situación morbosa desaparecía. No tardó en despejar la incógnita, lo hizo como “Pablo”, sin más. Nos estrechamos la mano y, con que él me preguntara por mi trabajo o mi promoción o con quién había venido, todo se rompería. Pero no lo hizo. No me preguntó nada. No le interesaba nada. Estaba a lo que estaba.

Se las apañó en seguida para hablarle al oído y para fingir después que no la oía bien para apartarla un poco. En apenas treinta segundos la había sacado del grupo en un movimiento seguramente estudiado.

Me alejé. Me sentía cómodo en la distancia, como un púgil de ventajosa envergadura. Si bien, me daba la sensación de que aunque me hubiera quedado solo a dos metros, nadie se preguntaría qué hacía allí. Volví a mi puesto de control y mis ojos encontraron a aquella rubia de rizos, en vestido azul, que hablaba con unos chicos, con tres o cuatro, sintiéndose estupenda, gustándose

tanto que lo que conseguía era gustar menos.

Y mi mirada de nuevo a aquella impactante chica de pelo castaño y vestido delicado, de piernas finas, como una muñeca a punto de romperse comparado con el animal que la pretendía embaucar. Hasta el blanquísimo de su americana contrastaba con el oscuro y no demasiado moderno traje de aquel tal Javier.

Fui al cuarto de baño. Fantaseé... No podía evitarlo. Ya había acabado de orinar, pero me quedé con los pantalones ligeramente bajados, unos segundos... Imaginando que a María le atraía aquel animal. Se me cruzaban imágenes de ellos apartándose de los demás miembros de la fiesta... y... besándose... en algún rincón, para que no les vieran las amigas de María. Mi novia avergonzada de sucumbir y aquel monstruo orgulloso, y que preferiría no estar en aquel rincón sino que le gustaría más besarla delante de todos. Me llegué a masturbar suavemente, mientras me imaginaba que se la llevaba a su casa, y allí se la follaba a lo bestia. Quizás no, seguro, que le tenía ganas desde hacía años... y concentraría todo aquel deseo y aquel ansia en unas horas en las que la penetraría como un animal... hasta dejarla exhausta, deshecha y tremendamente usada. Se la follaría hasta matarla del gusto...

Cuando me di cuenta estaba completamente empalmado. Pero no me sentí culpable por aquella loca fantasía, lo cual me desvelaba que iba más borracho de lo que creía, pues sobrio mis sentimientos de culpa se disparaban.

Volví. Me pedí una copa. Y esperé antes de alzar la mirada hacia donde se suponía que seguirían estando. Estaba expectante. Ansioso. Finalmente... les miré.

Lo que viví al verles fue un tremendo baño de realidad: María, girada, dándole medio la espalda, hablaba con sus amigas. Javier, perdido, ¿derrotado? Buscaba un hueco para meterse en la conversación. A los pocos segundos decía algo, seguramente forzado, y María le ponía mala cara, como indicándole que sobraba completamente allí, con ella y sus amigas.

Yo me preguntaba qué esperaba. Y me daba cuenta de que lo de Edu había sido una bendición, y lo de Álvaro un golpe de suerte casi irrepentible. Ni siquiera había hecho nada sexual con aquel americano imponente... en un país en el que no nos conocía nadie... cómo podría pensar que podría querer nada, delante de sus amigas, con aquel mediocre cazador.

Mi mente volvía a lo de Álvaro y Guille, a aquella locura que seguramente solo había existido gracias al génesis de todo, a Edu, el cual le había mostrado lo que era follarse de verdad, y tras cuatro meses de lo vivido con él, había buscado vivirlo otra vez, por mera necesidad física.

Vi en la distancia como María tecleaba en su móvil. Parecía enfadada. Tensa. Deduje que me estaría escribiendo, molesta por aquellas desapariciones. Cogí mi teléfono, pero no me había escrito. Instantes más tarde alzó la mirada, hasta que encontró la mía, y me hizo un gesto como preguntándome qué hacía allí solo.

Me acerqué, estuve un rato con ella y sus amigas, pues Javier ya había desistido, y al rato me volví a acercar a la barra, a pedirme otra copa y a volver a observar. Javier no sería el único en intentarlo, después fue otro chico, que se dirigió directamente a ella. Y después otro.

Me gustaba contemplar y analizar aquellos intentos. Cuanto más la atacaban más valía ella y menos los demás. Los recibía cruzada de brazos y sosteniendo su copa. Si el chico tenía gracia le daba tres minutos, si no la tenía, le daba tres frases. Parecía un jurado de un talent show, pero el premio no era dinero, ni una carrera discográfica, sino una noche con ella. Premio, a todas luces inaccesible para nadie de aquella fiesta. Aquella noche la pasaría conmigo, y solo conmigo, pues estaba enamorada de mí, y yo sabía que yo no la merecía, ni a ella ni lo que le estaba haciendo, empujándola una y otra vez, como un martillo pilón, como una gota malaya, a que lo hiciera con otros hombres, arriesgándome además a que se enganchara a uno.

De hecho, aquel era mi temor, aunque me arriesgaba, pero lo que no esperaba era que se pudiera estar enganando no tanto a una persona sino a un juego, a un juego que no era el que tenía conmigo.

Dos, tres chicos, fueron desfilando, y sus amigas no decían nada, pero no les agradaba la situación. Una envidia latente se desprendía cada vez que María tenía que volver a la conversación tras haber repudiado a un pretendiente.

María volvió a reclamarme y decidimos irnos, y, ya en el taxi, llegando a casa, volví a pensar que lo de Edu y lo Álvaro eran dos milagros y que a ellos tenía que aferrarme.

En seguida vi que María no quería hacerlo aquella noche. Su ritual de desmaquillarse y ponerse el pijama con celeridad era inequívoco. Hasta daba la sensación de evitarme para que ni surgiera mi propuesta

A la mañana siguiente me desperté con el ruido del secador. María ya se había duchado y se estaba secando el pelo en el cuarto de baño. Alargué la mano para ver la hora en su móvil: pasaban de las once y media. Me incorporé un poco. Tenía su teléfono en la mano. Lo desbloqueé, casi como un automatismo. Sabía que era un feo vicio, pero no lo podía evitar. No esperaba ver absolutamente nada nuevo. Y fue precisamente la vez que me di de bruces con una conversación tremendamente inesperada.

Fue entrar en sus conversaciones y ver un “vete a la mierda” de María a Edu, pasada la una de la mañana de la noche anterior.

Seguía escuchando el secador. De golpe todo mi cuerpo comenzó a temblar, en un despertar inmediato. Estaba a la vez completamente lúcido y despejado y a la vez aún tan dormido que parecía estar en un sueño. No podía entender como mis dedos se habían puesto a temblar así, de repente, de la nada al todo.

Entré en la conversación. Fui un poco hacia arriba. Hasta encontrar donde había empezado, hasta ver qué era lo nuevo.

Edu había sido el primero en escribir:

—Pásalo bien esta noche. Móntatelo con uno. Dale esa alegría a Pablito.

—Qué te importa a ti eso —había respondido María.

—Ya, es vuestro juegucito. ¿Quién es Álvaro, por cierto? ¿Te ha puesto Pablo a follar con él?

—Ya vi que me viste el móvil —había escrito María.

—Fóllate otra vez al Álvaro ese. Te hace falta.

—¿Ah sí? ¿Me hace falta?

—Sí, no es muy agradable ver tu cara de mal follada cada día.

—Vete a la mierda.

Ahí acababa la conversación. No tuve la valentía de decirle nada a María. Me levanté y, como pude, fui a preparar el desayuno. Durante los primeros minutos de aquel día me costó horrores disimular el impacto de lo que había leído.

Le di vueltas y vueltas a aquella conversación durante todo el día. Día en el que paseamos por la mañana, comimos en casa, vimos una película en el sofá y otra película en el cine. De nuevo aquella noche María no me buscó para hacerlo sino más bien al contrario. Y yo me quedé dormido pensando y pensando en aquellas frases suyas con Edu... Por un lado la teoría de Germán se confirmaba, por otro demostraban tener más trato del que parecía.

Si durante el día anterior no había tenido una oportunidad clara de volver a revisar su móvil, aquella ducha de lunes por la mañana me daba una oportunidad irrechazable. De verdad que de nuevo no esperaba encontrarme nada... pero de nuevo me equivocaba.

Otra vez mis nervios, mi tensión, y mis dedos temblorosos. Otra vez mi corazón palpitando y

mi oído atento a si María acababa con su ducha. Otra vez... se había escrito con Edu. La última frase era de María, era un “¿Por qué no se lo pides a Begoña?” tan desconcertante que me hizo entrar en aquella conversación aún más infartado.

Tras haberle mandado María a la mierda, Edu le había escrito el día anterior por la tarde. Calculé que mientras habíamos estado viendo aquella película, los dos en el sofá, se habían escrito, y no me había dado cuenta. La frase de Edu me dejó helado:

—Mañana no vengas con pantys, me aburres así, vente con esas medias que tienes de zorrón.

—Eres un poco cerdo, ¿no? —preguntó María, también sorprendiéndome... No me encajaba... Era como raro en ella. Y, seis minutos más tarde, sin que Edu hubiera respondido, volvió a escribir:

—¿Para qué? Si no se sabe cuáles llevo.

—Claro que se sabe, solo hay que fijarse un poco. Aparte de que se te ve en la cara.

—¿Por qué no se lo pides a Begoña? —preguntó ella inmediatamente, sin obtener respuesta.

No tuve tiempo para reaccionar. Me fui al salón. Me puse los zapatos. Escuché a María salir de la ducha. No sabía qué hacer. Dudaba en irme. Sin despedirme. No sabía ni qué sentir. No sabía si estaba enfadado o no. No sabía si era una chorrada, una medio travesura o algo tremendamente grave.

Acabé por ir hacia el dormitorio y al menos despedirme de ella.

La vi, sentada sobre una esquina de la cama, en bragas y sujetador negros... poniéndose las medias que Edu le había ordenado que se pusiera.

CAPÍTULO 15

—¿Te vas? —preguntó, como si tal cosa, mientras se las acababa de poner y se ponía en pie para dirigirse hacia el armario.

No supe qué hacer. Me quedé allí plantado mientras ella se ponía una camisa azul celeste y me miraba de reojo.

Reaccioné lo justo como para acercarme. En principio para darle un pequeño beso de despedida. Como si decidiera agarrarme a una rutina para que me guiara.

Ella se abotonaba la camisa frente a mí y le di ese beso. Me retiré un poco. Ella no me decía nada. Y yo no sabía si decir todo, no decir nada o plantar un cebo intermedio.

Lo que era innegable era que aquello tenía un componente sexual que me tensaba. Obedecerle a ponerse aquellas medias no era obedecerle a llevar falda o pantalón. Era bastante más. La imagen de María, obediente, pero disimulando, con aquellas medias enfundando sus piernas, era tremendamente erótica... Me acerqué y le di otro beso y este le sorprendió. Hice que el pico fuera más largo. Y las yemas de mis dedos fueron a acariciar el encaje suave de aquellas medias.

Ahí sí que no pude evitar hablar. Ni lo pensé. La frase me salió sola:

—¿Y estas medias?

—¿Qué les pasa?

—¿Son las de... la noche de Álvaro? —pregunté, pues un rayo de lucidez me desveló justo en aquel momento que sí, que debían de ser las mismas.

—Pues... sí, creo que sí, ¿por?

—¿Y trabajas con ellas? —pregunté, los dos frente a frente, ella con la camisa ya abotonada. Con el contorno de sus pechos bien dibujado bajo la fina camisa, con el escote justo para no ir ni recatada ni demasiado sugerente.

—Sí. No tienen nada de especial.

Inconscientemente hice un gesto como diciendo que sí tenían algo de especial y ella me lo recriminó:

—No sé qué ves de especial, en serio.... empiezas pronto hoy...

María buscaba una falda en el armario mientras me decía que se le hacía tarde. Le pregunté si sabía a qué hora saldría del trabajo, más o menos; lo pregunté simplemente para que aquella frase suya no fuera la última de la conversación y me dijo que no lo sabía. Y allí la dejé vistiéndose... vistiéndose para Edu, simulando absoluta normalidad.

Conduciendo hacia el trabajo pensaba en por qué no le había dicho nada. Y llegué a la conclusión, en primer lugar, de que no podía: Si le decía que sabía lo de Edu y las medias la discusión no iría hacia hablar de su obediencia sino hacia el porqué de cogerle el móvil. Y, en segundo lugar también concluía que seguramente no quería decirle que lo sabía, porque decirlo implicaría poner barreras a algo que tenía curiosidad de hasta donde llegaría.

Lo cierto era que ya llevaban meses: empezando por lo de los bikinis en verano, después lo de ir en falda al juzgado, y también lo de la camisa rosa rancia para Víctor. Esto era un paso más. No sabía si solo un paso más. Si era inocente. Si no. Si sería lo último... No tenía ni idea. De nuevo la intriga como parte de aquella excitación. De nuevo el no saberlo todo como una pata más de aquella inestable plataforma que era mi juego con María.

A media mañana me llamó para decirme que iba a pasar por casa a mediodía para coger ropa de deporte, pues a la salida del despacho iba a probar en un nuevo gimnasio al que iban algunas

compañeras de trabajo. Que a mediodía no le daba tiempo a ir, así que iría al final de la tarde. No me gustaba la idea porque si ya no nos veíamos en todo el día si llegaba una hora más tarde a casa nos veríamos aún menos. Intenté disuadirla diciendo una verdad, y era que no le hacía falta, pues ya fuera por metabolismo o genética estaba perfecta sin necesidad de hacer demasiado ejercicio. Ella me dijo que no era por adelgazar ni por nada en especial, sino por, al menos, despejarse y sudar un poco. A mí se me ocurrían otras formas de sudar, ya que, sin ir más lejos, no teníamos sexo desde hacía una semana, pero no le dije nada.

No me lo había planteado, pero seguramente mi subconsciente había pensado que volvería a casa aquella noche vestida con ropa de deporte, y es que me sorprendió cuando entró en casa con aquel traje de chaqueta con el que había ido a trabajar y el pelo algo mojado. También llevaba las medias puestas. Me dio un morbo tremendo. No dejaba de alucinar con que, a pesar de que pasasen los años, me seguía dando tanto o más morbo que los primeros meses.

Dejó la bolsa de deporte sobre uno de los sofás y empezamos a hablar de todo y de nada. Lo que sí hacía de vez en cuando era repetir que estaba muy cansada. Llegados a un punto de la relación, pensaba que ella ya podía ver en mis ojos cuando yo quería sexo. Aquellos anuncios de su agotamiento eran una sucesión de semáforos en rojo y direcciones prohibidas.

Los siguientes días tuvieron cada uno dos momentos clave: El primero, por la mañana, durante su ducha, pues yo aprovechaba ahí para hurgar en su móvil, siempre sin novedades de nadie. Y, por las noches, expectante a ver si María tenía a bien hacer el amor conmigo.

Si ella, después de tantos años, solo con mirarme sabía que quería tener sexo, yo también la conocía como para saber cuándo se acercaba un bajón en su deseo, en su libido. Además el cansancio por el gimnasio era una excusa perfecta.

Así que ni el lunes, ni el martes, ni el miércoles pude disfrutar de un encuentro sexual con mi prometida. Pero el jueves sucedió algo que me sorprendió:

Estábamos ya en la cama, con la luz apagada. Ya habíamos puesto la alarma, ya habíamos acabado de hablar. Solo quedaba pensar en qué pensar para quedarme dormido o dejarme ir directamente pues estaba ciertamente cansado. En aquel momento, para mi sorpresa, ella me buscó. Se giró hacia mí, me besó, me fue quitando el pijama paso a paso y se fue quitando el suyo hasta quedar completamente desnudos. Posteriormente encendió la luz de una de las pequeñas lámparas y, de frente, tumbados de lado, mirándonos, comenzamos a masturbarnos lentamente. Yo mojaba la punta de uno de mis dedos en la entrada de su coño y ella me echaba la piel del glande hacia atrás y hacia adelante, con dos dedos, con una delicadeza exquisita.

Fue como si se parara el tiempo. El silencio más absoluto. Se acabó por colocar boca arriba, incitándome a que la penetrara en la postura del misionero. Aquello era demasiado tentador... llevaba desde hacía días y días deseando estar dentro de ella. Me ubiqué sobre ella y entre beso y beso, entre roce y roce... dejé que mi miembro buscara aquella entrada, aquel coño perfecto... que acabó por abrirse con elegancia y delicadeza a la tercera o cuarta errática fricción.

Ella llevaba sus manos a mis nalgas, para marcarme el ritmo. Un ritmo lento, lentísimo. Yo la penetraba y apoyaba las palmas de las manos a ambos lados de su cuerpo. Nos mirábamos. Con una conexión similar a la que ya habíamos tenido al hacerlo al día siguiente de la noche en casa de Álvaro.

Nos acariciábamos el pelo. La cara. Juntábamos nuestras bocas y nuestros labios para respirarnos cada uno en la boca del otro. Siempre mirándonos. No había gemidos. Ni tirones de pelo. Ni insultos. Ni se buscaba el orgasmo. No era eso.

Yo, a pesar de aquella leve cadencia, sentía un placer inmenso, pues su coño se abría de una manera moderada. Llegué a sentir tanto placer que hubo un momento en el que cerré los ojos y la

pude presentir sonreír. Efectivamente, cuando volví a abrir los ojos, ella me acariciaba el pelo y la cara... y... me dijo que me quería.

Me impactó. No era algo que nos dijéramos mucho. Lo reservábamos para momentos especiales. Creo que en aquel contexto nunca me lo había dicho, y mi cara debió de ser muy expresiva pues ella susurró sonriente:

—¿Qué pasa? ¿No te lo puedo decir?

—Sí, sí. Claro que sí.

—Ahora no me digas que tú también, que queda mal —dijo, graciosa, con aquella coquetería que me mataba.

Aquel encuentro sexual se mantuvo constante en ritmo y forma. Con aquella cadencia, con aquellos cruces de miradas, con aquellas caricias. A veces dejaba caer mi torso sobre el suyo y así no taba sus pezones clavarse en mi pecho, y ella aprovechaba para abrazarme con sus piernas y para acariciarme la espalda. Mi olfato se perdía en su nuca y en su melena mientras mi polla la penetraba incesante y complacida.

Acabé por pedirle que se diera la vuelta y, de buenas maneras, me pidió que no, que acabara así. Le hice caso. Aceleré un poco. Sabía que ella no se correría con aquel ritmo ni en aquella postura, pero supe que a ella no le importaba. Su mirada era inequívoca de que quería que pasara justo lo que estaba pasando. De nuevo volcado sobre ella, con sus piernas abrazándome y sus pezones marcando mi pecho me susurró que me corriera, que me corriera dentro de ella. Entrelazó los dedos de sus manos en mi pelo y yo me dejé ir... respirando agitadamente, bufando en su cuello, en un orgasmo largo... la fui llenando chorro a chorro... feliz, despreocupado, agradecido. Agradecido por darme una paz que yo estaba empeñado en dilapidar.

Tras aquello se inició el ritual de ir yo a por papel higiénico, dárselo, asearnos en el baño... pero esta vez acompañado de miradas cómplices.

Quizás no fuera el momento, pero una vez metidos en la cama otra vez, le propuse salir a cenar al día siguiente, o el sábado... y aprovechar esa cena y posterior noche para que me contara por fin todo lo que aún no sabía de lo sucedido en casa de Álvaro.

—Si te digo la verdad prefiero dejarlo para la semana que viene— dijo, en un tono afable.

—¿Y eso?

—Pues... No sé... No tengo mucho el cuerpo para hablar de esos dos idiotas. Que, por cierto, hace tiempo que no me escriben... Veo que te estás controlando para no preguntarme por ellos —rio— Ni me preguntas por ellos ni sobre si Edu me dice que me vista así o así.

Obviamente no le preguntaba por ellos porque cada mañana comprobaba en su móvil que no había novedades.

—Es que no te pregunto porque doy por hecho que si pasara algo nuevo me lo contarías —dije sorprendido de mi propia perspicacia.

—¿Ah sí? ¿Tan comedido... y... paciente... te has vuelto? —volvió a sonreír.

Estaba respondiendo a esa pregunta cuando me solapó diciéndome que además deberíamos aprovechar el fin de semana para ultimar cosas de la boda y del viaje que haríamos después. No le faltaba razón, aunque aquella cena no me parecía incompatible con dedicar el fin de semana a cerrar aquellas cosas de la boda y del viaje que aún faltaban por cerrar.

Aquel fin de semana fue tremendamente tranquilo y volví a ver a la María risueña y jovial que me di cuenta que hacía semanas que no veía. Llegando incluso a sentirme culpable por alejarla de aquel estado suyo natural.

La semana siguiente siguió con aquella dinámica de curiosear el móvil por las mañanas y de esperar que no estuviera muy cansada por las noches. Su teléfono seguía sin recibir novedades y

no fue otra vez hasta el jueves que, de forma similar al jueves anterior, volvimos a embarcarnos en un polvo tranquilo, a volver a hacerlo completamente desnudos, sintiendo nuestras carnes, la piel del otro... la respiración del otro, los latidos del otro, la mirada del otro...

Tras un rato así volví a plantearle que se diera la vuelta y me ofreció cambiarlo por subirse encima de mí. Tremendamente imponente comenzó a montarme, haciendo círculos con su cadera. Sus pechos brotaban enormes de su torso, sus areolas me hipnotizaban... se echaba la melena hacia atrás constantemente para que le pudiera ver bien las tetas; lo hacía a propósito, cada vez que por inclinarse para besarme su pelo las cubría.

En un momento dado, con sus manos apoyadas en mi pecho, con sus ojos entrecerrados y nuestros leves suspiros, me dijo:

—Me encanta hacerlo así...

—¿Así cómo?

—Así... mirándote, sintiéndote, despacio...

—¿Eso es que te pongo? —dije sin pensar.

Ella abrió más sus ojos. Dejó de moverse.

Completamente quietos. Formando un solo cuerpo. Tenuemente iluminados por la luz de la pequeña lámpara de la mesilla. Acabó por decir:

—Claro que sí. Aunque es difícil de explicar.

—¿Difícil de explicar? ¿Por qué? —dije sorprendido.

—No sé... ¿Seguimos un poco y te lo cuento después?

—No, dímelo ahora.

—Pues... claro que me pones. Me encanta lo que tenemos. Follar así —dijo, algo incómoda, llevando su melena a un lado de su cuello, atusándose. Y a mí me llamó la atención que usara la palabra follar, pues aquello, aunque maravilloso, más lo calificaba como hacer el amor que como follar.

—¿Entonces? —pregunté al ver que ella no continuaba.

—Entonces nada. Que... hay momentos y momentos... Que... una no está siempre igual. Hay... eso, momentos, o días, o semanas más bien... que no puedo negar que lo de... pues lo del arnés... lo de fantasear... pues sí que tiene un punto diferente, un punto más, que no es un punto mejor... no sé, que es diferente. Y que... pues que a veces eso está bien, si los dos estamos en ese punto. No sé si me explico.

—Sí... más o menos.

—Y nada. Es que, a ver, es como si hubiera niveles... Es difícil de explicar. Cuando pues... estoy normal, como ahora, pues para mí esto es lo mejor. Hacerlo como hoy, como el otro día... Es algo que... solo tengo y tendré contigo. Y... nada. Eso.

—Pero qué niveles —pregunté, disimulando mi alegría por aquella frase que acababa de decir.

—Pues sí, que cuando estoy normal me encanta así... Que... cuando estoy... cómo decirlo, pues cuando estoy un poco más, pues sí que lo de fantasear y el arnés... y eso... pues está bien. Y bueno, que sí que a veces como que aún hay otro punto más, u otro nivel más... en el que... siento que no... A ver. Es que no sé cómo decirlo, pero no puedo negar que hay veces que sí he necesitado ese paso más. No sé.

—Uff. No entiendo. ¿Entonces es como que te pongo cuando... cuando menos excitada estás?

—No... no es que me pongas menos... Es que... No sé. Es un lío. Es que ni yo misma sé muy bien.

—Pero has dicho eso. Más o menos —dije mientras mi polla, que había decrecido y perdido

dureza se salía de su cuerpo.

—Bueno. Pues sí. Puede que sea algo así.

María estaba tan sumamente guapa, subida a mí aunque ya sin mi miembro dentro... y con aquel semblante de querer ser sincera y no querer hacerme daño, que me sentí más enamorado que nunca. Por mucho que en cierto modo lo que me decía podía llegar a ser doloroso.

—¿Entonces? —pregunté.

—Entonces... nada.

—Quiero decir... cuando... estés en uno de esos momentos... o semanas... en los que no te pida el cuerpo hacerlo así, como hoy, y lo de fantasear sea insuficiente, ¿qué va a pasar?

—Pues... que tendré que aguantarme... y más cuando estemos casados. Esta locura se tiene que acabar ya.

CAPITULO 16

María se recolocaba el pelo y tanto ponía las manos en jarra como se apoyaba en mi pecho. Sin duda no era una conversación sencilla de tener y yo me preguntaba cuánto tiempo hacía que había llegado a aquellas conclusiones, y me daba la impresión de que no demasiado.

Mi miembro lagrimeaba, flácido, enroscándose, mínimo, sobre mi vello púbico. Ambos debimos de fijarnos en él a la vez pues María llevo una mano allí y cortó con maestría el hilillo transparente que goteaba, con la punta de uno de sus dedos. Echó la piel atrás y adelante, una vez, y solo con eso hizo mi polla palpar. Me miró. Ladeó un poco la cabeza. Entrecerró un poco los ojos y comenzó a masturbarme lentamente. Como si quisiera compensar su franqueza con un orgasmo. Lo cierto era que, al igual que muchas cosas que me estaban pasando últimamente, no tenía claro si aquella confesión revelaba buenas o malas noticias.

Miré hacia abajo y María, sentada sobre mí, mantenía su mano izquierda en jarra, apoyada en su cadera, mientras me masturbaba con dos dedos de su mano derecha. Al ver como pajeaba aquella ridiculez de miembro recordé el origen de todo, pues con tantas cosas que habían pasado ya casi había olvidado que el origen y el motivo de todo era aquella minúscula polla. Y, de nuevo aquella fortuna de haber encontrado a dos amantes con dos miembros como los de Edu y Álvaro. Recordé también aquel castigo cuando había preguntado por la polla de Guille y aquella respuesta: "Una polla normal, de hombre", buscando hacerme daño en aquel momento, pero diciendo una verdad.

—¿Te gusta... así? —preguntó ella, masturbándome lentísimamente, en una pregunta ya respondida. María sabía exactamente donde apretar para buscar mi orgasmo y donde hacerlo para retrasarlo, por ahora, por donde apretaba y por la velocidad de sus dedos, solo estaba jugando.

Era como un sueño tenerla allí, completamente desnuda; nunca me acostumbraría, con aquella belleza tan natural, y con aquellos pechos colosales, impunes, desvergonzados, como un don injusto para sus amigas, conocidas y cualquiera que se la encontrara en la playa o en los vestuarios del gimnasio.

Al cabo de unos instantes aceleró un poco y apretó un poco más arriba. Aquello lo cambiaba todo: así no duraría más de dos minutos. Y ella lo sabía con precisión. Quise abstraerme, disfrutar, mirarla... pero mi mente fue irremediabilmente a todo lo que me acababa de decir y comencé a atar cabos a tanta velocidad como iba su mano: recordé como, tras su encuentro sexual con Edu, había intentado buscar en mí el amante que no era y después hubo un periodo en el que yo me sentí rechazado, en el que parecía que evitaba incluso tocarme, como si sintiera repulsión por mí y por mi miembro. Había pensado entonces que no se sentía con deseo, con líbido, y sucedía, según su reciente confesión, lo contrario. Era al revés. En aquellas semanas había estado tan excitada que, al ver que el amante que tenía en casa no podía calmar esa excitación, se frustraba, y esa frustración acabó derivando en rechazo.

El brazo de María que estaba en su cadera fue a acariciar mis huevos, a apretarlos un poco, y su otra mano dio un último acelerón. Menos de medio minuto duraría así. Los dos lo sabíamos. Cerré los ojos, no quise pensar en nada, solo dejarme llevar. Solo se oía el ruido de la piel de mi polla adelante y atrás. Solo quería sentir, no quería mirar hacia aquellos tres dedos que cubrían casi por completo mi diminuta polla, quería correrme sin sentirme culpable.

Comencé a sentir un torrente de calor por todo mi cuerpo y ella paró su mano en seco y, cuando vio la primera gota blanca brotar, reinició la paja de nuevo, matándome del gusto,

sabiendo lo que hacía; pajeándome, exprimiéndome, a un ritmo constante mientras me corría. Se escuchaba aquella piel ir y venir y mi respiración agitada y desvergonzada. Sentí un placer tremendo, con la mente tan en blanco como el semen que seguía brotando de aquella punta oscura y dura. María supo justo cuando parar, y sin hacerlo repentinamente, sino aminorando el ritmo hasta detenerse completamente.

Me mantuve con los ojos cerrados unos segundos más. Hasta que miré hacia abajo y vi todo mi miembro embadurnado, así como sus dedos y mi vello púbico; algo de aquel líquido caliente había llegado también casi a mi ombligo. Y recordé los tremendos disparos, los tremendos chorros, largos y espesos, que había soltado Edu sobre el torso de María, a pesar de que aquella misma noche se había corrido varias veces y a pesar de que yo llevaba días sin eyacular. Hasta en eso querría mostrarle a María una masculinidad que no le podía dar.

—Espera que te limpio —dijo yendo hacia el cuarto de baño.

Cuando volvió empezó a limpiarme, pero después continué yo, desenmarañando aquella pringosidad de mi vello recortado.

Mientras se ponía el pijama me habló un poco de su gimnasio y yo le pregunté por lo de las cervezas de los jueves, a las que ya no iba nunca, y me dijo que ya no estaba tan bien como antes, que ya no iba la gente con la que tenía más trato. Como casi todas mis preguntas durante aquel último año había un componente de interés relacionado con Edu y ella.

Pasó esa noche de jueves y el viernes, y otro fin de semana, y más y más días. Otra vez con aquellos momentos clave, por la mañana y por la noche. Yo me frustraba un poco cada vez que no veía nada nuevo en su teléfono y también me frustraba pues la frecuencia en la que teníamos sexo fue disminuyendo. Solo hubo una novedad en su móvil, una mañana, en la que Guille le había escrito: “Álvaro está saliendo con Sofia, pero yo me he quedado solito”. María no le había respondido.

Sin duda Guille le planteaba implícitamente algo en aquel mensaje. Y quizás aquello explicaba por qué Álvaro no le había escrito y llamado más. Pero lo que más me llamaba la atención era que Edu no le mandara más mensajes con aquellas órdenes. Tanto que empezaba a plantearme si se las diría de palabra en el despacho. María a veces iba en falda y a veces en pantalón, a veces con la camisa rosa rancia de Víctor, la nueva a veces, y a veces la vieja, y a veces con aquellas medias, bautizadas como “de zorrón” por Edu. Una vez incluso fue a trabajar con ambas, con esa camisa y las medias. Pero nada en su móvil. Cuando tenía juicio con Edu me lo decía, pero no pasaba nada más.

Alguna vez, cuando María ya se había metido en la cama, me quedaba en el salón y me masturbaba, haciendo uso de aquella nota de voz de Edu follándose a Begoña. Me preguntaba si María escuchaba aquello de vez en cuando. Otras veces también me había masturbado recordando a Álvaro y a Guille follándose a María... e imaginándome qué habría pasado aquellas horas que yo no había visto, horas que faltaban por desvelármeme, pero que, cada vez que sacaba el tema, escuchaba evasivas.

Llegó un miércoles por la noche en el que María me dijo que se iba a la cama y yo estaba con mi portátil en el sofá, por lo que empezaba a sobrevolar la idea de volver a masturbarme con una de aquellas dos opciones, pero aquella noche mi novia fue especialmente insistente para que me fuera a dormir a la vez que ella.

—Es que no sé qué haces ahí con el portátil. Venga, vamos.

—Pues... nada... Vete yendo. Yo veré un poco de porno y ya voy —dije, medio en broma medio en serio, también como una indirecta referente a nuestra pobre cadencia de encuentros sexuales.

—Ya... venga —dijo sin creermelo, desde el marco de la puerta.

—Que sí, en serio, me hago una paja y voy.

—¿Con qué? ¿Con aquel vídeo?

—¿Qué vídeo?

—Pues aquel que vimos, ¿cuál va a ser?

—Ah, pues... sí, lo voy a buscar —dije, como si tal cosa, mientras ella se iba hacia el dormitorio.

Me puse a buscar aquel vídeo, casi con más curiosidad de si lo encontraría, que por interés en sí por aquel vídeo del que María hablaba como si no hubiera miles mejores en internet.

Aún no lo había encontrado cuando apareció María con un pijama de seda blanco de chaqueta y pantalón, cuando justo saltó un video de una rubia de rizos, que me recordaba a la chica del vestido azul de la azotea aquella de la noche de aniversario de su Máster, pero mayor que ella, y con unas tetas operadas, fuera de lugar.

—Pff, ¿Te gusta eso? —preguntó.

Cerré la ventana, un poco como si hubiera hecho algo malo, y vi que en la pantalla recomendaban uno similar al que había visto con María. Clickeé en el video y María y yo pudimos ver como dos chicos se besaban con una chica, en una cama bastante cutre, en un video muy muy casero.

—Vaya... —dije— aquí hay... un buen trío... ¿Te recuerda a algo?

—Sí, al otro video que habíamos visto.

—Ya... ¿y a nada más? —le pregunté con malicia, mirándole de reojo.

María negó con la cabeza, pero con una media sonrisa, como esbozando un “No tienes remedio”.

—Mira, este tiene que ser Álvaro —dije cuando la chica le bajó un calzoncillo negro a uno de los chicos y apareció una polla más que imponente.

—Venga, va... —dijo ella, fingiendo una desesperación que no era tal, para que me fuera con ella a dormir.

—¿Qué? ¿No está bien el vídeo?

—Venga, vámonos a la cama... El... viernes si quieres vamos a cenar. Piensa un sitio bueno.

Aquel “si quieres vamos a cenar” era una frase que llevaba esperando semanas. Era un eufemismo de “te contaré por fin todo lo que no sabes... de cómo me follaron esos dos”. Si hubiera maquinado una forma sutil de volver a pedirle que me confesara lo sucedido con Álvaro y Guille no me habría salido mejor.

—Vale, pensaré en un sitio —dije mientras la chica se ponía de rodillas e intentaba abarcar con su pequeña boca el tremendo instrumento del crío que representaba a Álvaro, mientras el otro chico del video se masturbaba.

—No te habrás olvidado de cosas —continué.

—Mmm... no, creo que no. Venga... —volvió a insistir en que nos fuéramos. María no quería hacerlo aquella noche, pero tampoco quería que me quedara solo viendo aquel vídeo en el salón.

Acabé por cerrar el portátil y, mientras me ponía en pie, le dije:

—Bueno, tienes mañana y pasado para hacer memoria y yo para reservar en un sitio.

—Sí, sí... me voy a poner a hacer memoria día y noche...—dijo sarcástica, con prisa por irnos a dormir.

Me lavé los dientes. Me puse el pijama. Y me fui a la cama, donde ya estaba María.

De pronto y por sorpresa comencé a asustarme con la idea de que todo acabase. María pasaba de Guille. Álvaro, al estar con Sofía, ya no le escribía. Edu lo mismo aparecía que desaparecía;

quizás había desistido al ver que si metía a Víctor en la ecuación María se negaba a jugar.

Llegué a pensar que con la confesión de María de lo sucedido en casa de Álvaro se podría acabar todo. Cerrar el círculo de prácticamente un año exacto con aquel juego. La boda se acercaba y veía a María realmente convencida de que aquello era el cambio necesario. Y, convencida de que, de llegar en algún momento a ese nivel de excitación en el que ni yo ni nuestras fantasías le eran suficientes, simplemente se reprimiría.

Sí, todo parecía indicar que aquel próximo viernes se acabaría todo.

Me quedaba dormido aquella noche con esa sensación...

...pero entonces aún no sabía que, no solo no sería así, sino que aquella noche de viernes tomaríamos un camino aún más arriesgado. Muchísimo más arriesgado.

CAPITULO 17

Comiendo en el buffet de mi trabajo me preguntaba si aquella repentina aceptación de María a explicarme, esperaba con pelos y señales, lo sucedido en casa de Álvaro, había sido tan casual. Sabía que tenía que meter su confesión acerca de sus niveles de excitación en todas mis elucubraciones. Y, haciéndolo, parecía plausible que ella hubiera aceptado por fin contármelo porque necesitase algo más que nuestros polvos tiernos. El hecho de que nuestros encuentros sexuales hubieran descendido en frecuencia era otro elemento más en aquel check list que me ayudaba a leerla.

Quizás envalentonado por aquella sospecha reservé en el mismo restaurante en el que habíamos ido a cenar aquella noche de autos. Pedí, incluso, la misma mesa. Una vez tuve eso atado mi preocupación versaba sobre la precisión con la que María me confesaría lo sucedido, y es que había pasado más de un mes, ella aquella noche había bebido bastante, seguramente más que el día de la boda, y, además, me parecía que aún era más reacia a contarme esto que lo sucedido con Edu. Si ya haber “caído” con Álvaro la avergonzaba, la interactuación posterior con Guille y Sofía lo elevaba todo a un bochorno desagradable y seguro incómodo de recordar.

La conocía, sabía que ponerle palabras a lo vivido no iba a ser del todo de su agrado.

Mi excitación y deseo iban en aumento. Mi abstinencia sexual, la suposición de la excitación de María y la proximidad a su confesión eran tres ingredientes de un cocktail que me tenían en permanente estado de semi erección, tanto que aquel viernes por la tarde fantaseaba casi continuamente en mi oficina.

Acabé por escribirle a María un “¿Cómo estás?” que encerraba una fogosidad contenida. Su respuesta fue más plana de lo esperado. Y sus siguientes respuestas también. No parecía que estuviéramos en la misma onda y la cosa no mejoró cuando le dije que había reservado en el mismo restaurante y en la misma mesa que la noche en la que habíamos ido a casa de Álvaro. Ella no parecía ver la importancia o incluso la magia de aquella confesión. Para variar, en vez de retroceder, doblé la apuesta, y le escribí pidiéndole que se vistiera igual que aquella noche, como ella de motu propio había hecho cuando me había confesado lo vivido con Edu. Un “uff, ya veremos” me confirmó que parecíamos no vivir aquello de la misma forma.

A aquel cocktail de tres ingredientes quizás habría que sumarle uno más, ya que durante los últimos días no solo no habíamos tenido sexo sino que había renunciado a aquellas masturbaciones haciendo uso del audio de Begoña o de mis recuerdos de María en casa de Álvaro. Por un lado quería vivir su testificación de la manera más intensa posible y por otro mi pobre eyaculación, sobre todo en comparación con la de Edu, me motivaba a guardarme para poder mostrar una especie de orgullo masculino.

Aquella tarde llegué a casa después del trabajo y María aún no había llegado. Quizás fuera un poco absurdo, pero, al abrir mi armario para cambiarme vi la ropa que me había puesto aquella noche y opté por ponérmela. Parecía empeñado en darle un embrujo y una gran magnitud a aquella noche.

Quise salir con tiempo, además tenía una llamada telefónica que hacer que había ido post poniendo y que sería bastante larga, la cual también me ayudaría a cortar un poco aquella auto sugestión. Le escribí a María para explicarle aquellos planes y aparqué cerca del restaurante; cuando iba a hacer la llamada, ella me escribió diciéndome que se le estaba haciendo tarde para pasar por casa, que iría directa desde el despacho. Me decepcioné y me sentí bastante idiota por

cómo me había vestido.

Tras bastante rato al teléfono, entré en el restaurante y me senté a la misma mesa, en la misma silla.

Cinco, diez, quince minutos esperándola. Me empezaba a poner nervioso. Me empezaba a dar la sensación de que la gente me miraba. Cuando apareció.

Camisa negra de seda, falda negra de cuero, taconazos, medias negras... Más que presumible ligero, comprado para mí pero usado y mancillado por Guille y Álvaro. Más que previsible sujetador negro semi transparente que se abría por delante, comprado para mí y quitado por ella, en mi presencia, para enseñarle las tetas a Álvaro y para que así se corriera cuanto antes. Melena densa, espesa, labios algo pintados, ojos grandes, mirada segura a la vez que cohibida por sentirse potente. El ruido de sus tacones acercándose, las miradas giradas, su media sonrisa de “te he cumplido el capricho, pero no me lo recuerdes, pues me da reparo”. La silueta de sus pechos bajo la seda negra. La gracia de su culo bajo el cuero negro. Creí morir.

Deduje entonces que había venido en taxi desde nuestra casa. Se acercó hasta llegar a mí. Aunque no llegamos a saludarnos con un beso. No surgió. Era raro. No era una cena normal.

Se sentó, ruborizada. Se debió de dar cuenta de que mi ropa era la misma, pues acabó por hacer un comentario jocoso sobre si tenía pensado pedir la misma cena que cinco semanas atrás.

Todo lo que me pudiera molestar, como que no siempre me lo contase todo, o que siempre estábamos a sus tiempos y no a los míos, quedaba siempre totalmente sepultado cuando, mirándome, pero sin mirarme del todo, decía alguna gracia que me dejaba prendado. Si a aquello sumaba cumplirme algún capricho como el de aquella vestimenta y sorpresas como el engaño de que vendría directa del trabajo ya me tenía completamente, y sin resquemor pasado alguno.

Tras pedir al camarero, algo diferente, hablábamos de nimiedades, ella me contaba que Irene se había cambiado de despacho semanas atrás y ahora estaba en otra ciudad y yo, una vez agotados mis temas de trabajo, quise sacar el tema del viaje de bodas, tema que, al contrario de los anteriores, era susceptible de tener más recorrido. Su respuesta me descolocó:

—¿Estás seguro de que quieres hablar de eso ahora? —preguntó, amable y seria por partes iguales.

En ese momento nos trajeron una botella de vino. Nos quedamos en silencio. Ella mantenía aquel gesto dulce, pero a la vez con una pose chulesca. Casi bebimos media copa sin que nadie hablase. Me daba la sensación de que bebía más por voluntad meditada que por sed.

—¿Puedes preguntar, eh? —acabó por decir.

—No, no sé. Cuéntame tú.

—¿Empiezo?

—Claro —respondí sintiendo que de golpe todo se precipitaba, pero que era mejor así.

—Pues... bueno, por ir cerrando temas, o abriéndolos. Te diré que... no me han escrito nada o prácticamente nada. Una chorrada de Guille diciéndome que Álvaro está con Sofía, que ya me dirás tú si me interesa lo más mínimo... y poco más.

Yo lo sabía, vaya que si lo sabía, pues le revisaba el teléfono cada mañana. Asentí con la cabeza como mostrándole agradecimiento por su primera confesión.

—Y... no es el momento para hablar de él, sé que quieres que me centre en lo de... bueno... en lo de la noche de casa de Álvaro, pero quién sí me ha escrito más es Edu.

—¿Ah sí? —pregunté, haciéndome el sorprendido, pues había visto en su móvil todo aquello de que tenía que follarse a Álvaro para que se le quitara la cara de mal follada, o aquello de ponerse las medias para ir a trabajar, orden que había obedecido. Eso sí, ya hacía semanas de aquello.

—Sí, Edu sí me ha estado escribiendo.

—Pero... ¿En qué plan? ¿Lo de la ropa?

Ya acabábamos la primera copa y ya se la veía más acalorada. Esperaba que se fuera soltando más. Prosiguió:

—Bueno, tiene dos temas... Es que... hace un tiempo que... no sé si por Begoña o vete a saber por qué, no me manda mensajes, sino que me manda correos desde su email personal a mi email personal.

Me quedé estupefacto. Me eché hacia atrás. No lo pude disimular. Me temblaron las manos y las bajé a mis muslos, sobre la servilleta de tela. Siempre que pensaba que lo controlaba todo se me acababa revelando que no tenía ni la mitad de información de lo que pensaba.

—Tendría que habértelo contado antes, ya lo sé.

Resoplé. Di un trago. A duras penas conseguí pronunciar “¿Qué dos temas?” tras haber bebido de aquella copa.

—Pues uno es... Víctor... como ya sabes... Que si ponte esto. Que si hoy va a venir. Que si por qué no quedamos los tres...

—¿Los tres? —interrumpí.

—Sí, Edu, Víctor y yo. Obviamente le digo que si está loco y que a qué viene eso... y ya está. Y... bueno, lo que más te va a sorprender es el otro tema. —María hablaba en tono algo chulesco, como poniéndose una máscara para que le costara menos explicarse—Y es que un día estaba con él y me llamó Álvaro, y no le cogí, de esto hace ya semanas, y no sé cómo le echó el ojo al móvil e hiló que Álvaro tenía que ser alguien importante. Quizás por mi cara. No sé. Además que parece tener clarísimo lo de nuestro juego... lo de que a ti te pone que esté con otros... Y nada. Eso. Supongo que sería eso, mi cara, más que después de lo de la boda sabe lo de nuestro juego. Por lo que ha supuesto que yo he tenido algo con Álvaro... y vete a saber por qué, quiere que... bueno, que repita.

La dejaba hablar. Solo cuando era muy obvio que su silencio buscaba mi réplica, comentaba yo.

—Y... ¿esos correos? ¿Cuándo? ¿Cada cuándo? ¿Qué te dice exactamente?

—No sé... igual una semana me manda tres, que otra semana no dice nada. Después en persona nunca dice nada, ni pone cara de nada, como te he dicho. Aquella época en que sí lo hacía... pues no sé, ahora no. Y... nada, eso. Lo de Víctor nada más. Lo de Álvaro... es que ni le he dicho que eso sea verdad.

—Pero ponme un ejemplo. ¿Los tienes ahí? ¿Cuándo los lees? —pregunté refiriéndome a aquellos correos.

—Pues sí, los leo en el móvil —respondió y yo esperaba que me diera su teléfono para que pudiera leerlos, pero continuó— Pues un ejemplo... pues yo que sé, en plan... “Queda con ese chico... seguro que te... folla bien... —dijo en tono bajo— y... seguro que haciéndolo con él me enviarías una buena nota de audio...”

—Joder... ¿Y... eso por qué?

—Pues no lo sé...

De nuevo un silencio. La aparición del camarero con el primer plato forzó un tiempo muerto que yo aprovechaba para elaborar una teoría, y esa teoría pronto tuvo título: Edu quería alejarla de mí.

Quería sustituirme. No sentía morbo por pensar que María lo hacía con otros, sino satisfacción por destruirme, apartándola de mí. Si Edu me sustituía yo me quedaba fuera del juego, y, a la larga, y aun a riesgo de sonar catastrofista, podría ser el primer paso para separarla de mí.

Sopesaba aquello como una simple hipótesis aunque con bastante fundamento, pero sin ser consciente de lo acertado que estaba.

—Me acabo esta copa y vamos con el otro tema —dijo, categórica, seria, chula, sensual. Con ganas de sacarlo, revelando que quería expresar su confesión con entereza y dignidad.

CAPITULO 18

Mientras degustábamos el segundo plato y ansiaba que María terminase aquella copa me sentía como en una partida de ajedrez, una partida de ajedrez cuyo rival era Edu.

Lo curioso de aquella partida era que solo había una reina en el tablero, y esa pieza la pretendíamos mover los dos. Pero esa reina tenía voluntad propia y, si se dejaba mover, era porque ella quería. Me preguntaba hasta qué punto María podría entender lo que estaba sucediendo. Hasta qué punto mi novia se dejaba manipular por uno y otro, según el momento. Y me preguntaba si se podría llamar manipulación cuando el ente manipulado es plenamente consciente de las intenciones de cada uno.

María se acababa la copa y empezaba otra y no le quise decir nada. La conversación era inconexa y racheada sobre un tema familiar de ella. Me ausenté entonces un momento para ir al baño y una vez allí descubrí que mi miembro estaba coronado por un líquido transparente. Me pregunté por qué y en qué momento aquella excitación había surgido; quizás solo por ver a María vestida así me había excitado, o quizás no había atendido tanto al tema familiar de María y mi imaginación había volado, o quizás las dos cosas. Llegué a plantearme si de verdad quería que me confesase todo aquello durante la cena y no en un contexto privado.

Volví y, una vez sentado, con vistas a María y a todo el comedor, recordé aquella noche, aquella noche en la que ella me había mostrado aquel sujetador que se abría por delante y me había mostrado sus pechos desnudos, aprovechando que le daba la espalda a toda la sala y solo yo podía verla de frente. Sin duda era tentador plantear esa petición.

María me sacó de mis pensamientos con una pregunta directa. Me decía que antes de empezar a contarme quería saber por qué me iba, por qué quería verla con otros hombres, pero al final siempre me acababa marchando y quizás volviendo otra vez, y marchándome otra vez.

—Llega un momento en el que ya no sé si quieres verlo o no —acabó por decir.

Ella hablaba con entereza y madurez y yo no quise ser menos:

—Es que es una mezcla. Por un lado me pone que ni te imaginas... y por otro es indudable que es doloroso. Además, casualidad o no... digamos que no hemos topado con dos amantes... digamos... tranquilos... quiero decir que tanto Edu como Álvaro o incluso Guille... No sé, que fueron actos sexuales bastante fuertes...

—Ya... no los había más brutos... —dijo ella, solapando su voz con la mía, pues en seguida quise explicarme mejor:

—A ver, que no sé hasta qué punto es eso. Es una suma de muchas cosas, quiero decir. O sea, que no estoy diciendo que si te viera con un hombre y lo hicierais de forma más tranquila, con todo más pactado... lo pudiera aguantar.

—Ya...

—Y... además date cuenta que... mi posición es ciertamente humillante. Si estuviera más hablado o pactado... pues... el hombre que estuviera contigo... sabría todo. Las miradas de Álvaro, Guille o Edu en plan “este idiota qué hace aquí” sumado a que en el fondo es doloroso verte con otro... —dije, dándome cuenta prácticamente sin querer de por qué me excitaba mucho más lo que habíamos vivido que la idea de contactar con alguien por internet.

—O sea que es... que te duele verme con otro, a la vez que te gusta... pero... si además el acto... o el polvo se sale un poco de madre... sufres aún más y no aguantas.

Me quedé algo pensativo. Y es que realmente cuando no podía aguantar solía ser cuando veía

que ella se entregaba completamente, olvidándome, dejando de mirarme, dejando de hacerme partícipe. Pero no se lo dije.

—Sí... más o menos es eso.

Pedimos los postres y María se levantó hacia el cuarto de baño. Con la camisa remangada, con aquellos taconazos... la silueta imponente de su busto... No me cansaba de mirar a los novios, maridos, camareros y demás hombres del restaurante disimular fatal sus movimientos de ojos y de cuello. En ocasiones alguno me acababa mirando a mí, sin creerse mi suerte, pero esta vez no fue el caso, nadie tuvo la curiosidad por saber quién era el afortunado, o si alguien la tuvo, yo no me di cuenta.

Volviendo de los servicios se encontró con nuestro camarero que llevaba nuestros postres en una bandeja. Le dijo algo al oído y el chico asintió con la cabeza. Caminaron juntos hacia mí y ella se sentaba mientras él posaba el flan y el tiramisú y se retiraba.

—¿Qué le has dicho? —pregunté intrigado.

—Qué cotilla eres. Estás a todo...

—Vamos, ¿qué le has dicho?

—Nada, le dije que teníamos que hablar un rato y que no viniera a la mesa si no le llamábamos.

Me sorprendió aquella petición. No creía que fuera muy común, aunque el camarero no había puesto cara alguna de sorpresa.

—¿O sea que lo vas a contar del tirón? —pregunté.

—Mmm... eso espero —sonrió, como queriendo mostrar que se lo quería sacar de encima cuanto antes, pero yo cada vez tenía más la sensación de que se iba a acabar soltando.

—Qué te iba a decir... —continué— llevas el sujetador y el ligero de aquel día, supongo.

—Sí.

—Ligero que... iba a ser una sorpresa y acabé viendo... vamos que...

—Sí, era sorpresa, un regalo —me interrumpió. Y, tras un instante continuó: —¿Te... pone? —preguntó seria.

—Sí... Aunque la manera de... revelármelo fue peculiar. Quiero decir... la primera vez que lo vi fue porque te sentaste en el sofá con... Mario, creo que se llamaba, y se te subió la falda y lo vi.

—Ya, ya vi que hubo revuelo en ese momento...

—¿Te diste cuenta?

—Hombre... tendrías que haberos visto. Pero si me bajaba la falda aún iba a ser peor.

Para variar, María me sorprendía.

—¿Pero es bonito, no? —preguntó.

—¿El ligero?

—Claro.

—Sí... bueno. Bastante... porno, más que bonito.

—Pues casi me lo rompe el tonto ese...

—¿Quién?

—Guille.

Se hizo un silencio. La botella de vino terminada. María me pidió que llamara al camarero. Nos tomó nota de unas copas. Mientras las hacía posé mi brazo sobre la mesa y mi mano fue acariciada. Nos miramos. Yo disfrutaba el momento y me sentía feliz. No sabía si ella sentía lo mismo o hacía memoria. Metódica, estaba seguro que quería contarme con un cierto orden. Las copas aparecieron, el camarero se retiró y no nos movimos. Su mirada se hizo más vidriosa. Mi

mano derecha y su mano izquierda seguían acariciándose, mi palma hacia arriba y las yemas de sus dedos recorriéndola. Entonces su mano derecha fue a un botón de su camisa negra. Alcé la mirada al comedor como acto reflejo, pero en aquella esquina y con ella dándole la espalda al mundo nadie podía vernos. Y otro botón y el canalillo se hizo imposible. Volví a ver aquel sujetador. Mi polla lagrimeó y su camisa se abrió un poco más.

—¿Me la abro? —preguntó, juguetona, pero serena.

—Sí.

—¿O te cuento un poco primero?

—No sé... un par de botones más y me cuentas.

—¿Alguien mira?

—No.

Acercó un poco más su silla a la mesa, que era de por sí bastante estrecha por lo que nos permitía hablarnos cerca, y su mano izquierda no abandonó la palma de mi mano para cooperar con su mano derecha, sino que se desabrochó otro botón con una sola mano. Y, sin dejar de mirarme, otro botón. Yo conocía aquel sujetador, sabía de la semi transparencia de sus copas, por lo que mi corazón comenzó a palpar con fuerza y por todo mi cuerpo corría el deseo de que su camisa se abriera. Volvió a insistir en si había alguien mirando y, tras mi negativa, llevó aquella mano a un lado de la camisa y la desplazó hacia un lado, la seda negra dejó paso a un sujetador exigido por un pecho colosal, que marcaba toda la silueta de aquella copa y cuyo pezón se dejaba ver con gran nitidez debido a la semi transparencia oscura de la tela que cubría la teta. Se quedó así unos instantes. Tímida, pero a la vez degustando el impacto que producía. Siempre. Y yo extasiado. Por muchas veces que la hubiera visto. Mi mano que estaba en contacto con la suya comenzó a sudar por momentos...

Aquello era un regalo, pero a la vez una tortura, tortura que cortó de cuajo llevando su camisa otra vez a tapar su pecho. El escote era entonces casi completo, una ranura libre pero estrecha por el centro de su torso, pero sus tetas quedaban ocultas y aquello me mataba.

Quise coger aire y no cogí todo el que quise. La miré a los ojos, a la cara. Su rubor aún la hacía más deseable. Se cuidaba de que aquel escote no se abriera y se la veía algo incómoda, sin acabar de creerme que nadie estuviera mirando. Yo la quise sacar de allí y llevarla a lo vivido en casa de Álvaro:

—La última vez que vi ese sujetador... fue aquel momento en el que te lo quitaste delante de Álvaro... y ... me lo diste... lo cual fue bastante humillante por cierto... y... te arrodillaste para chupársela... —dije en tono bajo, nervioso, encendido y buscando encenderla.

—¿Bastante humillante? —preguntó en un tono neutro.

—Sí.

—Igual por eso lo hice.

—¿En serio?

—... No voy a hacerte de psicóloga, pero está claro que que te humillen es parte importante de todo esto. Sino no habrías permitido que Edu o Álvaro te hubieran hablado así.

Mientras pensaba en cuánto de razón podría haber en aquella frase suya, mis ojos debieron de ir a sus pechos, a la silueta voluptuosa que allí se marcaba, y a aquella parte central de su sujetador que quedaba a la vista... pues María me acabó diciendo:

—¿Quieres que me lo quite?

—Pues... sí...

Ella llevó entonces su mano libre a aquel broche delantero. Dudó. Podría ver sus tetas liberarse, desnudas, en aquel restaurante, otra vez... Volteó su cabeza... Nadie miraba.

—Uff... no sé...

—Venga —insistí.

Sus dedos en aquel broche. Su mirada intranquila. Parte de su melena tapando algo de su cara.

—Uff... Me voy al servicio si quieres. Aquí... es demasiado...

Retiré la mano que acariciaba la suya, dándole así a entender que su propuesta me satisfacía completamente. Sus manos fueron a cerrarse su camisa, y de su semblante deduje que le estaba dando vueltas a algo. Y no me equivocaba.

—Mientras me lo quito allí podrías... pensar en... algunas preguntas más que tengo.

—Claro. Como cuales —dije mientras ella acababa de recomponerse.

—Pues... a ver... Te las digo... todas juntas... y a la vuelta me respondes.

—Vale. ¿Tantas son?

—No. A ver. Primero... ¿Alguna vez has hablado con Edu de mí? ¿Borracho en la boda por ejemplo?

—¿De qué? —pregunté asustado. De repente. No esperaba aquello para nada.

—Pues... hombre... sobre todo del juego que tenemos. Espera. Tú vete pensando. Que tengo más: ¿De verdad eso de contactar con alguien por internet te parece... una opción? Y... la última: ¿Alguna vez, ya fuera la noche de Edu o la de Álvaro, te llegaste a enfadar conmigo? Y ya. Esas son. Dijo, cogió su bolso y se levantó, en dirección al cuarto de baño. Dejándome allí, tenso y sorprendido.

La primera pregunta me preocupaba. Y estaba decidido a negarlo todo. Sobre las otras dos dudaba más si ser sincero o no.

Mi mente le daba más vueltas a posibles indicios de que María pudiera saber que yo había hablado con Edu a sus espaldas que a posibles respuestas a sus otras dos preguntas. Tan concentrado llegué a estar que apenas me pude dar cuenta de que María aparecía de nuevo y se sentaba frente a mí. Maldije no haberla visto salir del cuarto de baño y cruzar aquella sala... marcando tetas, con su sujetador en el bolso... Sentada frente a mí, sus pechos ya dibujaban una silueta libre bajo la seda negra que hacían mi miembro palpar.

—¿Y bien? —preguntó.

—Pues... a ver...

—¿Se nota mucho? —preguntó refiriéndose a su pecho.

—No... no mucho —dije, como acto reflejo, pero como si mi mente ya trabajase en disuadirla de que se lo volviera a poner en caso de ir a tomar algo a otro sitio después.

—Pues, a ver. Dime.

—Sobre lo primero. Lo de hablar con Edu de ti. Nunca. Para nada. Ni tengo trato con él, ni lo haría.

—Está bien. La segunda. —respondió seria y me alivió que quisiera pasar a la siguiente, pues podría ser indicativo de que no había nada de lo que preocuparse. Aun así a punto estuve de preguntarle sobre el porqué de aquella pregunta, pero preferí dejarlo así. Cuanto menos tiempo estuviera aquel tema sobre la mesa mejor para mí y para mi tranquilidad.

—Vale. Sobre la segunda. Sobre si contactar con alguien... Sí que lo veo una posibilidad, pero... creo que nunca llegaría a la excitación de lo que hemos vivido con Edu y Álvaro... por ser... quizás más casual, menos preparado, o no preparado más bien —dije, siendo parcialmente sincero, pues ella tenía razón en que el componente de humillación que me habían proporcionado Edu y Álvaro nunca me lo daría un tercero pactado.

—¿Y la tercera? ¿La de enfadarte?

—Pues... No. A ver... a veces... al verte así, en acción, digamos, con ellos. Pues... me impacta.

Normal. Pero enfadado para nada —respondí, en otra verdad a medias, pues sus excesos sí me dolían y sí me había llegado a enfadar con ella— ¿Te vale?

—... No sé si creerte, pero sí.

—¿No sabes si no creerme qué? —pregunté.

—Sobre todo lo de que nunca, ni en un momento, llegaste a enfadarte por las cosas que llegaron a pasar.

—No. Te lo juro.

Se formó una calma tensa. Y bebimos casi en silencio de aquellas copas cuyos hielos comenzaban a derretirse por tanta confesión. Mi brazo acabó por deslizarse otra vez por la mesa, pero esta vez llegando incluso a rozar su pecho sobre la camisa, con las yemas de los dedos.

—Para... —sonrió— pero mis dedos no cesaron.

María acarició ese brazo mío que se había alargado hacia ella y bebió de su copa con su mano libre. La posó sobre la mesa y, mientras mis dedos aún la acariciaban, buscando que su pezón se empezase a marcar, dijo:

—Lo voy a contar tal cual me salga, ¿vale?

—Vale.

Unos segundos eternos. Yo no sabía a qué esperaba para empezar a contarme todo lo que no sabía de aquella noche increíble. Mis dedos seguían acariciando aquella teta sobre su camisa negra, mi brazo completamente extendido sobre la mesa. Y no empezaba, no empezaba a hablar.

Nos mirábamos. Aquella simple caricia acabó por convertirse en un juego. Yo quería que su pezón marcara el relieve de la seda de la camisa y ella parecía no querer empezar a hablar hasta que no lo consiguiera.

Me miraba, seria y relajada, como si el vino y las copas la estuvieran sedando. Cuando, ambos desesperados porque su pezón se erizase, susurró:

—Apriétame...

Lo dijo en un tono bajísimo y tardé unos instantes en reaccionar. Un "¿Qué?" sorprendido, salió de mi boca... pero justo mientras lo pronunciaba entendí qué acaba de decir y a qué se refería... Y mis dedos dejaron entonces de acariciar aquella superficie sedosa para apretar un poco su teta sobre la camisa. Sentí su pecho tierno pero a la vez duro sobre la seda y ella me miró, aguantando el apretón, pero emitiendo un levísimo y casi imperceptible quejido. Después cogió un poco de aire y preguntó:

—¿Empiezo?

—Sí —dije, cambiando aquel apretón por acariciarla de nuevo, dándome cuenta de que en apenas un minuto habíamos pasado de la curiosidad y el ansia por saber a combinarlo ya con un morbo irrespirable.

—Pues... la primera vez que te fuiste, y me dejaste sola con él... me estaba follando bien. ¿Te acuerdas? Él estaba tumbado sobre mí y te fuiste.

—Sí... me acuerdo.

—Pues... ahí ya fue la primera vez que, mientras me follaba, me dijo al oído que...—hablaba entre susurros, mirándome fijamente, y yo la seguía acariciando— bueno... pues en aquel momento fue la primera vez que me dijo que... después de... follarme por delante... me la iba a meter bien por el culo.

CAPÍTULO 19

—¿En serio te dijo eso? —pregunté, impactado, deteniendo aquella caricia.

Por la forma de mirarme de María supe que me daba a entender que así había sido.

—Perdona, sigue. No te corto más —dije, reiniciando aquel movimiento de mis dedos sobre su camisa y diciéndome a mí mismo que debía intentar no interrumpirla.

—Y... No sé... Es que era tan... raro —dijo y yo a punto estuve de preguntarle sobre el porqué de aquella rareza, pero estaba decidido a contenerme— es que es... otro tacto, otro olor... otro todo... hasta otra temperatura, es difícil de explicar... Para colmo es que... me parece un idiota y en ningún momento me lo dejó de parecer... y estás ahí... vamos, que te está follando un... eso... pero... sigues... Es que no sé explicarlo. Además te habías ido, con lo cual todo tenía aún menos sentido, si es que eso es posible.

Yo la miraba atento, su pezón se erizaba... Conseguía no socorrerla. Hasta que ella prosiguió:

—Y... qué más... así estuvimos un rato... él encima de mí. Me... me follaba bien, la verdad... No es que me lo hubiera imaginado haciéndolo... solo me faltaba, pero sí que... que vamos, no digo sorprenderme porque nunca lo había imaginado, pero, no sé, que bien, que se veía que sabía lo que hacía... lo que sí... como que... quería llegar... como muy al fondo, meterla entera, siempre, y recrearse al... penetrarme bien... Ya sabes que está enamorado de su polla...

—Normal —dije entonces, sin poder contenerme.

—Sí... bueno, de hecho, algo me decía... —María hablaba entre susurros, morbosísima, haciendo memoria, pero nunca desviaba la mirada de mis ojos al buscar las palabras adecuadas— Me decía, no sé, no me acuerdo, pero todo muy en plan... “te gusta lo que te estoy metiendo...” “qué ganas tenías” “seguro que te encantaban mis fotos aunque no me lo decías”... todo en plan... ya sabes... pollacéntrico —dijo tan encantadora como ruborizada.

—¿Y tú que le decías? —pregunté intentando fingir tranquilidad, pero tenía la polla a punto de explotar desde hacía rato, y bebía de aquella ginebra como si fuera agua, pues la boca se me secaba con cada palabra suya.

—Pues... no sé... supongo que le seguía un poco el juego.

Yo me imaginé a Álvaro tumbado sobre ella, en la postura del misionero, follándola... y besándose, entregados, y susurrándole que si le gustaba la polla que le estaba metiendo, y María respondiéndole que sí, que en el fondo le encantaba su polla y como se la metía... y sentía que mi corazón se me salía del pecho.

—Y... —continuó— también me habló de ti, bueno, preguntó por ti... No sé si en aquel momento o después. Supongo que en aquel momento, sí. Me dijo que... que donde estabas... que si te habías ido.

—¿Sí? ¿En ese momento?

—Sí, no sé. Es que no me acuerdo. Quizás fue después que me dijo o no sé cómo él se tumbó y yo me subí sobre él. En el momento en el que cambiábamos, creo. Me dijo algo como “dónde está tu amigo” o “tu amiguito”, algo así dijo alguna vez.

—¿Y qué le decías?

—Pues... supongo que nada. O que no lo sabía.

A punto estuve de preguntarle si en aquel momento a ella le importaba donde estuviera yo, pero me contuve.

—La primera vez que volví tú estabas sobre él... dándole la espalda, él tumbado boca arriba.

¿Pasasteis de misionero a eso?

—Sí... vamos, creo que sí... bueno ahí... no. Ya en misionero él... como que me acariciaba el culo... y ya... intentaba meter un dedo donde no debía... Pero... yo le decía que parara o le apartaba un poco... Y, después, eso, yo encima... Ahí... joder... ahí sí que la sentí mucho... aquello fue... y fue cuando apareciste tú.

—Aquello fue, ¿qué?

—Pues... uff... ¿por qué no vamos a casa? —dijo una María, no solo acalorada, sino cachonda... y con no solo el pezón de la teta que acariciaba sublevado... sino con los dos pezones erizados marcando la camisa negra.

—¿Te pone recordarlo? —pregunté.

—¿Quieres que me ponga? —respondió, con parte de la melena tapando su cara, con aquella mirada encendida... y con aquellos pezones permanentemente duros, delatándola.

—Quiero que sigas un poco más, contándome aquí.

—Vale... quieres entonces que te diga el gusto que me daba follarme... aquella polla... porque en esa postura lo que hacía era follármela yo... y no te imaginas qué gusto... Y le aguantaba todas las tonterías que decía y cuando me daba en el culo... azotes en el culo, que no sé si eso lo viste... reconozco que me daba todo igual, mientras su pollón siguiera duro... ¿Es eso lo que quieres que te diga?

—Sí...

—Y quieres que te diga entonces que por mucho que subiera mi cuerpo aquella polla no se acababa nunca... por mucho que subiera yo al... eso, al estar subida a él... aquel pollón no se salía de mí... y... que me llegó a azotar tan fuerte en el culo... y a insultarme... a llamarme guarra... que llegué a enfadarme... mucho... pero que no le dije que parara... ni me salí... sino que...

—Qué...

—Nada... te lo digo en casa... venga.

—Me lo dices en casa y hacemos qué —pregunté, tendiéndole una trampa.

—Venga, ya lo sabes.

—No, dímelo tú —dije insistiendo en el señuelo, sabiendo que desde hacía días no estaba en aquel punto de hacerlo conmigo sin más, en un polvo tranquilo.

—Pues... vamos a casa... y te pones eso... Ya lo sabes. No sé por qué me lo quieres oír decir.

—Ponerme la polla de plástico. Dices. Y fingimos que soy Álvaro... que te vuelve a follar.

—¿Acaso no quieres eso tú también?

—Sí... pero acaba la frase, acaba lo que estabas diciendo.

—Pues... él se estaba pasando... pero no le dije nada... no le paré... sino que... joder... me... me corrí... me corrí de una manera... tremenda... sin tocarme... solo por... solo por tenerla dentro, solo por subir y bajar de ese pollón que madre mía... qué polla tiene el muy... eso...

Tragué saliva. Retiré un poco mi mano. Su escote, su cara ardiendo, su pelo tapando algo su cara. Sus pezones marcando la seda negra.

—¿Contento? ¿Vamos a casa ya?

Nos quedamos un momento en silencio. El restaurante se vaciaba, así como nuestras copas. Habíamos olvidado el resto del mundo por completo.

Sabía que no debía hacerlo, pero no pude evitar volver a forzar un poco las cosas:

—María.

—¿Qué?

—Que tenemos que repetirlo.

—Uff... Pablo, por favor... no lo estropees.

—¿Por qué?

—Me gusta contártelo. No puedo negar que es morboso contártelo. Y es morboso llegar a casa ahora y jugar. Pero es eso y ya. Vamos a pagar, por favor.

Llamamos al camarero, pagamos y salíamos de aquel lugar, volviendo al mundo real, pero a la vez aún estábamos los dos en la cama de Álvaro. Los dos estábamos aún en el orgasmo de María, siendo follada por aquel crío diez años más joven que ella. Podía sentir que mi novia seguía allí.

Salimos a la calle y yo reparé en que María no se había ausentado para ir al cuarto de baño a volver a ponerse el sujetador, sino que salía de allí con sus pechos libres bajo la camisa. Sin alardes pero sin cubrirse. Quizás gustándose, otra vez.

Tenía el alcohol que dilataba sus pupilas, tenía a aquella María que llevaba días en los que yo le era insuficiente, tenía a aquella María que seguía con aquella confesión a medias, con su mente aún en ella... aún en el orgasmo con Álvaro... y tenía al pub en el que habíamos conocido a ese crío a no mucha distancia de donde había aparcado.

Le propuse una copa allí. Solo una. Y la ocurrencia fue rechazada. Insistí. Le pregunté por el por qué. Al fin y al cabo era viernes por la noche.

—Solo me faltaba encontrármelo... además vestida igual que el día en el que... eso.

—¿Tanto te intimida encontrártelo?

—No digas chorradas. Sabes que no es eso.

Parados frente a un portal, a medio camino entre el aparcamiento y el pub. María imponente, con sus pechos libres bajo la camisa, con sus mejillas que no descendían de temperatura. Se acercó más a mí. Sus labios fueron a los míos. Quería convencerme así de irnos rápidamente a casa. Mi lengua, dentro de su boca, no se movió precisamente en un alarde de técnica, y, además, yo sabía que aquello a ella no le llegaba, que yo no le excitaba una vez ella estaba en aquellos niveles de excitación, solo buscaba en mí que suplantara a Álvaro con aquel arnés que teníamos. Aquel beso no la encendía.

Se retiró.

—Venga. En casa te sigo contando.

—Cuéntamelo en el pub... con una copa.

—No te puedo contar lo que queda... en un pub...

—¿Tan fuerte fue?

María optó por volver a acercarse y besarme. Mientras nuestras lenguas jugaban recogió mis manos con las suyas, para llevarlas a sus pechos, sobre su camisa. Noté entonces la suavidad de la seda de su ropa y la ternura de sus pechos firmes. Cuando percibí sus pezones en las palmas de mis manos mi lengua no pudo evitar moverse con mayor destreza dentro de su boca. Nos besábamos como adolescentes en una escapada furtiva... pues había algo de ilícito en aquella situación, pero yo sabía que aquello no la encendía, que solo era un truco para que yo fuera Álvaro cuanto antes.

Se retiró otra vez y le dije:

—Cuéntame en el pub lo que pasó desde donde te quedaste hasta que os juntasteis, no sé cómo, con Guille y Sofía. Allí me cuentas esa hora... o esas dos horas... es que ni sé el tiempo que pasó... Y... si vemos a Álvaro nos vamos.

—Una copa allí y nos vamos. Veinte minutos —aceptó ella, morbosa, poderosa y, para mi sorpresa, siempre sin mencionar que iba como iba, sin sujetador, cosa que en otra chica de pecho más discreto podría ser casi irrelevante, pero sin duda no lo era en ella.

El camino fue tenso y silencioso. La idea de que Álvaro pudiera estar allí sin duda planeaba sobre los dos. Mi mente volvía a ser una mezcla de pasado y futuro, pues aun resonaba su confesión a la vez que imaginaba como podría ser la continuación de la misma.

No había demasiada gente por la calle, pues era una zona a la que la gente solía ir algo más tarde y sobre todo, mucho más los sábados que los viernes. Quizás María había sido sabedora de eso desde el primer momento y ello había ayudado a que hubiera aceptado.

Efectivamente el local no es que estuviera medio vacío, pero no estaba como la noche del cumpleaños de su prima. Fuimos hacia la barra directamente, a cumplir con lo pactado. La oscuridad y la camisa negra de María solo desvelarían su falta de sujetador a aquellos que se acercaran bastante, si bien ella se movía con soltura, sin ruborizarse ni disimular.

Una vez estuvieron nuestras copas sobre la barra María me dijo al oído, pues la música estaba algo alta:

—¿Por dónde íbamos?

—Pues... estabas subida a él, dándole la espalda... él te... llamaba de todo... y... no solo no le paraste sino que... te corriste...

—Mmm... ya... ¿Te parece mal o qué?

—No, no. Para nada.

—Lo digo porque parece que lo dices con retintín.

—No, no. En serio que no.

Me dio entonces la sensación de que estaba más borracha de lo que pudiera parecer en la cena. Como si la última copa se le estuviera subiendo en aquel momento.

—Vale, pues... Nada, eso. No sé muy bien lo que pasó después... Bueno, sí... que el cabrón se dio cuenta de que... yo acababa de tener un orgasmo... y... joder... ahí sí que se pasó con sus frasecitas. Ahí sí que se le desbordó el ego... Me hizo caer sobre él... con mi espalda en su pecho... pero sin salirse de mí... Y me... no sé qué me dijo... algo en plan... “vaya corrida de guarra te has pegado...” No sé... algo también en plan que estaba muy abierta... No sé... unas imbecilidades de las tuyas...

Yo bebía de mi copa e intentaba de nuevo fingir que aquello no me afectaba, o al menos no tanto.

—Y... me siguió follando así... no sé cómo hacía... pero no se salía de mí.

—O sea tú sobre él...

—Sí... a ver, fue algo raro, y como que no fue pensado, ¿sabes? Como que me hizo recostar sobre él, con mi espalda en su pecho, como aplastándole, pero al ser él tan alto... y nada, él se movía y no se salía... me seguía follando... hasta que... sí que se salió... su polla se salió de mí... aunque seguíamos en la misma postura, y... me pidió que le quitara el condón.

CAPÍTULO 20

María había soltado aquello como si tal cosa. Algo había cambiado desde la cena. Yo podía percibir un pequeño poso de sadismo en su narración. Hablaba con más chulería que antes, iba desapareciendo su búsqueda de palabras menos potentes y no se cortaba en ser directa, de palabra y de gesto.

Dejé que me contara un poco más, sin interrumpir, el placer de su orgasmo, el tamaño de su polla... su narración continuaba así, más distante, como si no solo buscara excitarme sino también provocarme, provocarme hasta hacerme daño.

Me había quedado con aquello de que Álvaro le había pedido que le quitara el condón; me había hecho a la idea, según me había dicho semanas atrás, que solo con Guille lo había hecho sin protección...

María sorbía de su copa con celeridad, quizás queriendo cumplir el pacto cuanto antes. Miré a mi alrededor: entraban grupos de universitarios de vez en cuando, y, cada vez que eso pasaba, algo me subía por el cuerpo pensando que pudiera aparecer Álvaro. Si a María eso la tensaba lo disimulaba perfectamente, pues en ningún momento la había visto comprobar nuestro entorno.

Mis ojos fueron a ella. Bebía a la vez que me miraba. Retadora. Me daba la sensación de que en aquella mirada había un reproche, pero no sabía sobre qué: ¿Por haberla metido en aquel juego? ¿Por ser un amante insuficiente? ¿Para exonerarse de culpa pues aquella confesión le hacía recordar actos que la abochornaban? Lo curioso era que aquella mirada agresiva era a su vez tremendamente morbosa. Sus pechos marcaban y delimitaban el escote, los pezones se notaban rígidos bajo la camisa negra. Su melena espesa sobre uno de sus hombros dejaba un lado de su cuello libre que era imposible no querer atacar.

Posó su copa e intenté contenerme, no besarla, para que me siguiera contando, pero no lo conseguí. Mi mano fue a ese cuello y mis labios a los suyos. Fue un beso dulce, y fresco por la temperatura de la ginebra que acababa de beber. Abrí la boca para invadirla con mi lengua y ella accedió, quizás de nuevo dejando que me encendiera para que yo quisiera ser Álvaro en casa cuanto antes, pero esta vez me dio igual su estrategia. Y mi otra mano fue a una de sus tetas, sobre la seda de su camisa, mano que fue apartada inmediatamente, acompañado de un “para”, que no fue susurrado y excitado por mi beso, sino tan seco y autoritario que me dejó impactado.

Me retiré y de nuevo la intenté leer, y en mi mente brotó un “cabrona, estás tan excitada que mis besos no te saben a nada, que yo no te llego a nada”. Me parecía que no era un pensamiento masoquista, sino la solución lógica tras todas las pistas que me había estado dando a golpe de confesiones fragmentadas.

No quería volver a sus sensaciones por ser follada por Álvaro, sino a los hechos, quise ir a cuando él le había pedido que le quitara el condón.

—Y... se lo quitaste.

—¿El qué?

—El condón, estabas sobre él, tu espalda sobre su pecho, su polla se salió, y te pidió que le quitaras el condón... y se lo quitaste. No sé por qué me había parecido entender que solo lo habías hecho a pelo con Guille.

María me miró de forma que más que agresiva llegó al despotismo.

—¿Sigo yo?

—Claro.

—No, si sigo yo o te lo vas a contar tú todo.

Me quedé en silencio. No quería entrar en su juego. Ella buscaba el conflicto para hacerme partícipe de su sentimiento de culpa. Simplemente me mantuve callado, esperando que el silencio la hiciera hablar.

Dimos otro trago y ella continuó:

—Me pidió eso, que le quitara el condón. Y eso hice. Él estaba recostado sobre sus codos y yo llevé mis manos hacia abajo, para quitárselo. No tenía ninguna intención de que me follara sin nada... pero quería tocársela, agarrársela... Cuando me pude dar cuenta le estaba pajeando y él me decía de todo.

—¿Qué es de todo?

—No me acuerdo... Pablo...

—Más o menos...

—Pues supongo... que si me gustaba su polla... si alguna vez había pajeado una igual... Sí, quizás dijo algo así porque recuerdo haberla comparado con la Edu, o haber pensado en la Edu. La de Edu es más gorda... pero la de Álvaro es cierto que... es muy larga...

María me confesaba aquella comparación de aquellas dos pollas que la habían follado... y a mí me faltaba el aire. Lo narraba como con distancia, casi con despotismo, y siempre con un trasfondo de dureza y humillación hacia mí y no me daba la sensación de buscar aquella vejación para hacerme el favor.

—Y... —prosiguió— nada... Yo me aguantaba con una mano sobre él, o sobre la cama... y le pajeaba con la otra...

—Qué... ¿qué llevabas puesto? —pregunté, afectado, recordando que cuando la había visto montándole llevaba las medias, el ligero y la camisa abierta.

—Pues... no lo sé... el ligero este... las medias... esta camisa... no sé... quizás aún sí... que... por cierto... me está dando un calor tremendo...

—¿Sí?

—Sí... me están sudando las tetas. Me da más calor la seda de la camisa que el sujetador.

Mi novia de nuevo decía aquello con rigor, sin verse afectada. Le miré el escote y los pechos, era cierto que parecía que la tela se le pegaba más al cuerpo por cada universitario que entraba por la puerta.

De nuevo aquel magnetismo me hizo buscar sus labios, labios que fueron recibidos, pero no así mi lengua. Cuanto más excitada estaba menos lejos me dejaba llegar.

—Bueno, sigo. Y... eso... le empecé a pajeear así... me daba la sensación de que se correría pronto. Yo dirigía su polla... Sí... es verdad, seguramente aún llevaba la camisa porque me acuerdo de apuntar hacia... hacia mi coño, por fuera... o hacia mi pubis o mi ombligo, para no mancharme... Le estuve así pajeando un rato y él me respiraba y me hablaba al oído y... me decía “sigue...” así... suspirando... como... entrecortado... Ya se había corrido sobre mí, eso lo habías visto...

—Sí...

—O sea que se iba a... vamos, que iba a eyacular sobre mi otra vez... y... nada, eso... Te pone esto ¿no? —pregunté, interrumpiendo su narración, sorprendiéndome.

—Sí... claro —alcancé a decir, excitadísimo.

—Y... ¿te aprietan los pantalones... los calzoncillos...? Vamos.

—Un poco.

—¿Solo un poco?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada, me estaba acordando que alguna vez, con Carlos, cuando nos poníamos a tono en un lugar público, decía que tenía que irse al baño a... recolocarse... pero bueno él...

—¿Él qué?

—Que él la tenía más grande, igual por eso a ti no te molesta tanto en los calzoncillos.

No había mencionado a su ex, a su novio anterior a mí, en un año o incluso más. De nuevo no sabía si pretendía hacerme un favor suponiendo que esa humillación me gustaría o si lo hacía por mero deleite, como un castigo, para joderme, por no poder satisfacerla en noches... o en semanas... de extrema excitación.

—Ya... bueno... algo me molesta, sí... Y... ¿se corrió así? ¿sobre ti? —pregunté, sin querer protestar ni discutir, y sorprendido de su frialdad, de la forma aséptica con la que había comparado mi polla con la de su ex y con la aparentemente poca afectación en sí misma por sus palabras.

—Espera, hablando de ir al baño, la que voy al baño soy yo. Dame un minuto —dijo, con su copa casi terminada, girándose, casi sin siquiera esperar a mi reacción. De nuevo ella decía cuándo, cómo y hasta donde y yo me sentía convulso y en sus manos.

Contemplé como se alejaba, abriéndose paso, digna y sutil, a la vez que brusca si alguien le interrumpía en su camino. Reparé en que el pub comenzaba a llenarse y que, sobre todo en la parte más alejada de la barra, en la zona de los baños, había bastante gente.

Intentaba digerir y transformar sus palabras en imágenes. Me la imaginaba pajeando a Álvaro en aquella extraña postura mientras Álvaro se vanagloriaba de su polla y me preguntaba si ella le confesaría que sí, que aquel pollón la volvía loca, o simplemente se mantenía en silencio, escuchándole y pajeándole... deleitándose por fin con un pollón que sí la satisfacía.

Mi mente volaba como si yo estuviera realmente viéndolo, en la habitación de Álvaro, y mi cuerpo bebía, acodado en la barra, como si fuera autómatas, sin vida. Lo único que me hacía ser consciente de que estaba en aquel pub era mi polla que no paraba de palpar, polla aprisionada, polla comparada con la de su ex minutos antes. Comenzaba a no tener duda, aquella comparación había sido para joderme, que no para humillarme, pues no era lo mismo; en la humillación había un componente de complicidad, en hacerme daño no.

Pasaron los minutos y María no volvía. No empecé a preocuparme hasta que vi a un grupo de chicos, por la zona de los baños, que me sonaban. Me recordaban a algo, pero no sabía a qué... Pronto me di cuenta de que el motivo de aquella familiaridad pudiera deberse a que fueran los amigos de Álvaro de la noche en la que le habíamos conocido. La posibilidad de que Álvaro estuviera en los baños... quizás con ella, había pasado del cero al cien en cuestión de décimas de segundo.

Cogí aire, di un último trago a mi copa y recibí el impacto de los hielos en mis labios, sin ofrecerme nada de alcohol. Miré la copa de María, que no era más que un poso aguado. Una parte de mí quería salir raudo hacia aquella zona, pero otra se planteaba suponer que Álvaro estaba allí, que estaba con María... y que no debía ir.

“Déjala... déjala que hablen... y que follen... Se lo merece, se merece que se la follen bien, de vez en cuando, al fin y al cabo”, aquella frase salió de mí, y ni supe si solo había rebotado en mi mente o si había sido murmurada.

Pero la parte que quería saber, y quién sabe si hasta detenerles... cobró fuerza. De nuevo aquel doble yo, el de quererlo todo y a la vez no querer nada, el de desear la máxima adrenalina a la vez que ansiar el refugio de María y yo, solos en nuestra casa, en nuestra cama.

Mientras me debatía, me parecía que aquellos chicos me sonaban más y más imposible era la tardanza casual de María. No pude más, me aparté de la barra, y tenía que decidir si ir hacia los

baños o salir de aquel lugar. Allí parado, rodeado de gente, me imaginaba a María, besándose con Álvaro a la entrada de los baños... o incluso dentro... y me imaginaba como a él sí le dejaba acariciar sus pechos, a él sí le dejaba besarla... jugar lengua con lengua... igual que a él sí le había dejado algo que yo nunca había tenido y era tener su culo... su culo invadido... por aquella polla imponente que yo había elegido para ella sin saberlo.

No sé por qué fracción de milímetro mi dolor ganó a mi excitación... ya que me dirigí hacia los baños, con la intención de parar lo que pudiera estar pasando.

Tuve que abrirme camino entre bastante gente. Cada vez que me colaba entre dos cuerpos mi mirada iba hacia el frente, a revisar mi nueva perspectiva. Cada corrillo era una tortura que atravesar y cada joven fornido un muro que rodear. Lo que me descolocaba, lo que siempre me había descolocado de mí en aquel último año, era que una vez en aquellas circunstancias, a pesar del dolor, a pesar de querer mi tranquilidad, una gran parte de mí quería que pasara, quería encontrarme de bruces con el mayor de los impactos.

Encontré un hueco y me ubiqué en un vacío. Pasaba del contacto asfixiante a la libertad de varios metros libres, y lo vi: tacones, medias, un ligero que estaba pero no se avistaba, una falda de cuero que marcaba silueta y una camisa negra de seda que dotaba de elegancia. Una melena larga cayendo libre y un bolso colgado de un hombro. Hablaba con un chico. Que no era Álvaro. Hablaban cerca y él ya posaba su mano en su cintura para hablarle al oído. No podía ver la cara de María, no podía ver su receptividad, pero sí veía el semblante de él, con el pelo muy corto, castaño, casi rapado, de complexión fuerte y vestimenta desenfadada, al estar ella en tacones casi era más alta que él.

Fueron unos segundos eternos, pues yo quería ver la expresión de María. Sentía que solo con ver su mirada sabría si al chico le quedaban segundos de vida o si podría soñar con algo. Aunque en el fondo era de locos que pudiera pasar, quizás eran mis ganas y no las suyas las que estaban sobre la mesa.

Alguien me empujó, me giré, y fui engullido por una masa de gente. Lo cierto es que me dejé llevar un poco, me dejé alejar, como si mi subconsciente maquinase que si María me viese vendría a mí y que dejarla sola un rato más con aquel rapado pudiera aumentar las posibilidades de que algo ocurriese.

Acabé en otra parte, alejado, pero alerta, pronto vi dos cabezas yendo a la barra. Iban juntos. Yo, infartado, contemplaba en la distancia, entre rostros, risas y copas, como aquel chico pedía a un camarero, dándole espacio a una María que se colocaba a su lado. De nuevo quería ver bien su cara, pero no era capaz.

Lo que pude ver era que María no hacía amago de sacar el bolso para pagar y aquello me dolía y me encendía a la vez; que se dejase invitar a una copa no era su estilo sino quería nada con él. Mi polla quería que pasase, que pasase algo, y mi corazón pedía un alto, un tiempo muerto, para volver a un ritmo asumible.

El chico me parecía guapo, aunque no me parecía del gusto de María. Aun en la distancia desprendía cierta torpeza, rudo en sus posturas y en sus gestos, y en su mirada había visto una intranquilidad que nada tenía que ver con el temple y autoestima de Álvaro, incluso Guille, y no digamos de Edu.

Los observaba y sentía otra vez aquella nervios, aquella sensación de que mi cuerpo respiraba y tragaba saliva de forma aleatoria e irregular; y aquel destemple extraño, como con frío en mi interior a pesar de notar mi piel caliente. Si al final sucedía algo, aquel destemple se multiplicaba por mil hasta hacerme tiritar.

Bebían de sus copas y me moví hasta por fin conseguir ver a María. Su gesto, neutro. No eran

los ojos de cuando había estado con aquel hombre en Estados Unidos, ni aquella predisposición de cuando había conocido a Álvaro. Intentaba adivinar por todo el baile gestual si podría pasar algo, cuando entre varios cuerpos se abrió un hueco y pude ver a María casi completamente de frente, a unos cuatro o cinco metros, se le marcaban las tetas y los pezones de manera tan potente y brutal como nítida... aquel hombre tenía a medio metro aquellas tremendas tetas prácticamente desnudas... tetas de una mujer imponente... que había accedido a ser invitada a una copa... A aquel chico le tenían que estar temblando absolutamente todas las partes de su cuerpo... tenía que estar sometido a un estrés por conseguir aquella presa que nunca hubiera soñado tener tan factible... un estrés solo comparable al mío.

El chico le hablaba cerca de nuevo, pero esta vez sin tocarla. Ella le miraba a los ojos y bebía de vez en cuando. Casi siempre asentía y alguna vez replicaba. Yo buscaba un gesto, algo, un intento de él o una sonrisa de ella, algo que me hiciera castigar a mi corazón y manchar más mis calzoncillos. Necesitaba desesperadamente un paso más.

Entonces pasó algo, algo extraño, y es que María posó la copa y se cerró un poco la camisa, pero sin abotonarse, como intentando además que sus pechos no marcasen su ropa de aquella manera tan infartante. El gesto fue todo lo disimulado que pudo ser, que era poco, y tras hacerlo oteó el horizonte por primera vez, pero no me vio.

Quizás aquel chico supo que aquella exploración denotaba aburrimiento, o aun peor, búsqueda de salvación, por lo que le habló de nuevo al oído casi inmediatamente. Ella bajó la cabeza para oírle mejor. Su boca en su oído, y ella ladeó la cabeza, negando, a la vez que se apartaba el pelo. Pero el chico no desistió y le siguió hablando y su mano fue a su cintura. María permitió aquella mano, permitía la copa, permitía aquellas frases en su oído... Yo sabía que estaba cachonda, por lo que me había confesado y porque yo no le llegaba, pero aun así algo no iba bien, algo fallaba.

La mano del chico bajó entonces un poco, casi llegando a la curvatura en lo que ya no era cintura sino culo. Mientras lo hacía le seguía hablando, pero fue un movimiento en falso y aquella mano fue apartada, sutilmente, pero rechazada al fin y al cabo. Aquel repudio fue acompañado por un paso atrás de ella. Todo aquello no tendría por qué interpretarse como una derrota definitiva, pero sí se enfrió más cuando él se refugió en su copa y María hurgó en su bolso para buscar su teléfono. La vi teclear e inmediatamente después mi bolsillo vibrar. La mezcla de alivio y decepción fue un cincuenta cincuenta absoluto.

El molesto brillo de la pantalla de mi móvil me mostró que estaba más ebrio de lo supuesto y el “donde estás” de María, acompañado de un “estoy en la barra” acababa de sentenciar a aquel afanoso pretendiente.

Decidí esperar un poco, no porque le diera ya a aquel chico alguna posibilidad, sino porque no me atraía la imagen de llegar como novio salvador. Sin embargo no tuve que esperar mucho, pues María le dio la espalda, sin agradecerle la copa ni despedirse y se llevaba el móvil a la oreja, seguramente para llamarme. Efectivamente mi pantalón comenzó a vibrar con fuerza mientras aquel rapado saltaba definitivamente del barco, soltando la barra.

Una vez tuve vía libre me aproximé y ella se giró, me vio, pero no hizo gesto alguno. Yo, ya cerca de ella, me encontré a una María más bebida, más acalorada, menos en su sitio, pero más potente y morbosa aun que en toda la noche.

—Toma, bébetela tú —me dijo acercándose su copa.

La cogí y miré su escote, sus tetazas marcaban de nuevo la seda negra de manera tan bestial que dejaba sin respiración. Aquel chico seguro habría guardado aquella imagen para pajearse con ella compulsivamente, esa noche y todas las que la memoria le permitiese. Sus pezones apuntaban, inequívocos y desvergonzados. Era para morir. A pesar de su feminidad era en esencia

provocador, provocador e incitador hasta el punto de poder producir que alguien con alguna copa de más le dijera algo.

—¿Qué? ¿Te... has... divertido? —preguntó.

—¿Por?

—Divertido mirando, digo.

—No sé por qué dices eso —repliqué y ella hizo un gesto como indicando que era obvio por qué lo decía.

—Bueno, es lo que te gusta ¿no? —quiso precisar.

No pude evitar sonreír irónicamente antes de decir:

—Me dirás ahora que lo has hecho por mí.

—Pues por mí no iba a ser... el tío era un pesado y un idiota...

—¿Ah sí?

—Sí... tenía menos labia que yo qué sé.

—A la copa te dejaste invitar.

—Bueno... es que no empezó mal...

—Ya... pero nada, ¿no? A ti solo te gustan Edu, Álvaro y Guille.

—Uff... no me recuerdes lo de Guille... qué asco me da.

—Habías dicho que te gustaba. Que además... hasta era como más hombre que Álvaro.

—No creo que haya dicho eso, pero no me recuerdes lo de ese...

—Entonces... es que eres solo de Álvaro y Edu.

Ese “eres” me salió solo y me impactaron tanto mis propias palabras como su silencio.

Y ese silencio se alargó, hasta el punto que temí porque María quisiera marcharse. De nuevo no miraba más allá de mí, mostrándome o mostrándose que no estaba preocupada por una posible aparición de Álvaro. Yo sabía que tenía que romper ese silencio con lo primero que se me pasara por la cabeza:

—¿Entonces este chico... nada...?

—¿Tú qué crees?

—No sé... ¿qué te dijo para que negaras con la cabeza?

—Mmm... no sé, no me acuerdo.

—Y... ¿lo de la labia? ¿Por qué lo dices?

—Pues... eso... que no empezó mal, pero... después de cinco minutos mirándome las tetas sin parar... con cara de... pues de cerdo... me dijo... cómo fue que me dijo —murmuró, desviando la mirada, pensativa— mmm dijo... “si no te lo digo reviento”—pronunció como imitando la voz del chico— “eres súper bonita” ¿Te parece normal? Que ya es ridículo de por sí, pero no me lo digas para colmo mientras me... las miras... vamos, mientras me miras el escote.

Entendía tanto que la frase era ridícula como que el chico le mirase donde María decía que le había mirado. El canalillo era infartante, el nacimiento de sus pechos lujurioso y el relieve de sus tetas y pezones irresistible y hasta cruel para cualquiera.

No pude evitar pensar rápidamente cómo había desechado a este chico y al de la noche de su aniversario de Master. O no le habían atraído como Edu y Álvaro o era consciente de que la estadística no respaldaba que estuvieran a su nivel como amantes. De nuevo discurría que lo de Edu y Álvaro habían sido dos milagros, dos maravillosos milagros. También me planteaba si las posibilidades de que María pudiera llegar más lejos con alguien no estarían vinculadas también a estar en otra ciudad. Recordé de nuevo lo de Estados Unidos y lo de la casa rural con aquel niño. Hacía tiempo que no pasábamos un fin de semana fuera.

Mi recapacitación sirvió para que María sugiriese o prácticamente ordenase marcharnos. Las

copas pactadas estaban terminadas, solo me quedaba un resquicio, una letra pequeña del contrato a la que agarrarme:

—Aun no me has contado lo que pasó antes de que fueran a vuestra habitación Guille y Sofía.

—Te lo cuento en casa.

—Bueno, habíamos dicho que una copa aquí contándome hasta ahí.

—Vale, muy bien... Estábamos en la paja, ¿no?—dijo con celeridad— Le acabé la paja, dejé que se corriera otra vez sobre mí, se corrió otra vez... bastante...

—¿Cuánto? —interrumpí, pero hizo caso omiso.

—Y después de correrse, se apartó... me quedé así sobre la cama, tumbada. Y él... no sé... cuando me quise dar cuenta... me estaba comiendo... eso... que se puso a comerme el coño. Y... estuve a punto de correrme así varias veces... pero justo cuando iba a correrme me dejaba a medias, no sé si para dejarme con las ganas o porque no sabía que estaba a punto... y... después... fue al armario... cogió más condones... y me folló... creo que en misionero y después me puso... a cuatro patas...

A mí me explotaba la polla al escuchar aquellas palabras. Me bombardeaba a toda prisa, con dureza y chulería, rápido, para acabar cuanto antes. La interrumpí de nuevo, protestando, exigiendo que se parase más, que me contara mejor, y me dijo que si quería una narración con más calma que saliéramos del pub.

Me dio entonces la mano para salir de allí. Y aquella mano de golpe cambiaba todo. Porque al impacto, el morbo y el dolor sumaba el afecto. Sentí que no solo salía dañado y humillado sino también enamorado. Era de locos llegar a sentir amor después de aquellas palabras tan crudas... con mi calzoncillo empapado... pero así lo sentía.

Ya en la calle no me quise parar a besarla, aunque me muriera de ganas, pues sabía que ella no quería eso; ella quería aquella polla de goma en su coño cuanto antes, quería imaginarse que Alvaro la follaba otra vez.

Subimos al coche y tan pronto arranqué comprobé como, al igual que en casa de Álvaro, al sentarse su falda se había subido y parte de las tiras de su liguero quedaban a la vista. Miré también más arriba, como el cinturón de seguridad plantaba una teta a cada lado en una imagen asfixiante.

No pude evitar pedirle que me contara un poco más mientras conducía hacia casa.

CAPÍTULO 21

María me pidió un minuto para pensar, para hacer memoria. El trayecto a casa, en coche, no sería demasiado largo, y yo no sabía si querer llegar cuanto antes o tardar lo máximo posible, pues una vez en casa yo tendría que ser Álvaro y quería seguir siendo Pablo un poco más.

Detenidos en un semáforo la miré, como buscando que reiniciara su confesión, y lo que vi fue aquel cinturón de seguridad colocado entre sus pechos, haciendo que estos se marcasen más hacia adelante y se acentuase su escote por arrugarse un poco la camisa con el cinturón. Me recordó a aquella vez que Edu la había acercado a casa en coche y él mismo me había contado como se le marcaban las tetas por encajar entre ellas el cinturón de seguridad. Parecía otra vida, que había pasado una eternidad, pero no había pasado aún un año. Me di cuenta de que cada vez aquel juego tenía más pasado y yo esperaba que siguiera teniendo futuro.

Aquella imagen me abstraigo hasta el punto que arranqué cuando el semáforo ya llevaba un tiempo en verde. Mi polla seguía en su máxima dureza y ladeada hacia una de mis piernas; era tentador recolocarme, como decía que hacía su ex... pero no lo hice, por algún motivo me gustaba que no fuera totalmente necesario y que ella lo supiera.

—Vale, te lo voy a contar como creo que pasó, porque ya sabes que a veces la memoria va un poco por libre —dijo sorprendiéndome, pues veníamos de una descripción bastante rápida; pero precisamente me daba más seguridad que lo que contase a partir de aquel momento fuera más exacto.

Yo asentí con la cabeza y ella prosiguió:

—A ver... pues... estábamos... o... retomo con que... me estaba comiendo... ahí. Yo tumbada boca arriba y él... pues entre mis piernas. Y... recuerdo que se oía bastante en aquel momento a Guille y a Sofía, vamos se oía a Sofía y ruido... más que de muelles de cama como de madera o hierro contra la pared. Pero a lo bestia. Como un “pum, pum, pum” ¿sabes? Y ella gritando... Y, nada, Álvaro ahí comiéndomelo...

—¿Te ponía que... os estuvieran follando los dos?

—Bueno en aquel momento no estaba follando con Álvaro.

—Ya, bueno, quiero decir... que al final... como que habíais caído las dos u os habían ligado a las dos— dije, sintiéndome algo extraño por aquella expresión de “haber ligado” pues creo que no la había pronunciado nunca.

—Pues no. Ella me daba igual —respondió, y yo no la creí del todo. Me daba la sensación de que que se hubieran acabado follando, los dos amigos, a los dos bellezones de la fiesta, le daba un extraño morbo a María, como un morbo culpable o vergonzante.

María comenzó entonces a describir, entre muchas pausas y varios eufemismos, cómo Álvaro le había comido el coño de manera tremenda. Cómo la había lamido de arriba abajo, como lo mismo le separaba los labios con la lengua como le daba golpes en el clítoris mientras miraba hacia arriba. Me contaba entre semáforo y semáforo como ella se recostaba sobre sus codos, contenía sus pechos con sus manos y llevaba sus ojos a ver cómo Álvaro la partía en dos con su lengua. Cuando su placer era incontenible dejaba caer su cabeza hacia atrás y abría la boca, y gemía, muerta de gusto, siempre con los alaridos de Sofía y los golpes de aquella cama de fondo.

Mi calentón iba en aumento, si es que aquello era posible. Y llevé entonces una de mis manos a sus muslos. Acaricié sus medias... seguí hacia arriba hasta palpar el encaje... toqué aquella fina tira y acabé por llevar las yemas de mis dedos al interior de sus muslos, muslos que noté algo

fríos, pero a la vez pegajosos, ligeramente sudados. Era maravilloso acariciarla así, hacer todo aquel recorrido, mientras me contaba como Álvaro le deshacía el coño de tal manera que ella llegaba a temer y a avergonzarse de que pudiera estar manchando la cama.

Yo sabía que mi mano allí no procedía, que aquello a ella no le aportaba, no en aquel momento, que podría ser hasta contraproducente, pero ella me lo permitió, seguramente como un favor, un favor que yo debería compensar al llegar a casa.

Cada vez que cambiaba de marcha mi mano la abandonaba, pero volvía a ella, y ella me lo volvía a permitir. Comenzaba a estar cada vez más tentado de llevar mi mano a sitios más profundos, o a acariciar sus tetas... o a sacar uno de aquellos pechos de su camisa... pero por el momento me contenía, pues temía su rechazo, pues a más excitación de ella más frustración de que yo no le llegaba... Además no quería romper la magia de aquella narración, narración que me envolvía y me hacía imaginar hasta no ver nada de la carretera, sino sus caras, sus cuerpos, sus gritos, sus posturas... su entrega. Me volvía loco escuchándola y no quería que acabara nunca, a la vez que quería saber más y más, quería que avanzara a la vez que no quería que lo hiciera, y había dos incógnitas que se elevaban a un nivel superior, que eran qué había pasado para que Sofía y Guille fueran a la habitación de Álvaro y qué había pasado exactamente con los intentos de Álvaro de penetrarla por detrás.

—Bueno, hay una cosa que no te dije —proseguía ella— y es que... bueno, me habías preguntado cómo se había corrido cuando yo estaba tumbada sobre él en...

—Sí... en esa postura tan extraña.

—Sí... pues... a ver... —dijo, en tono diferente, como buscando las palabras.

Aminoré el ritmo de la conducción. Había un semáforo en verde a unos doscientos metros y fui deliberadamente despacio para que se cerrara y tener uno o dos minutos solo para ella, solo para lo que quisiera contarme.

—Dime... —casi supliqué mientras mi plan con el semáforo salía a la perfección.

—Pues... eso, le estaba haciendo la paja... y empecé a notar como debajo de mi empezaba a moverse... a temblar... vamos, que sabía que se iba a correr, y... no es que gimiera, bueno sí, era así como masculino pero sí eran gemidos. Temblaba como con espasmos mucho más fuertes que los tuyos, hasta llegaba a moverme a mí... Y recuerdo que noté su semen caliente en mi mano al principio pero después, no sé qué pasó que... joder... aluciné... y es que... de golpe noté algo en el labio... y en la barbilla... como que el segundo o tercer... disparo, o no sé cómo llamarlo... me llegó a la boca... y se me quedó allí... yo como que paré, por la sorpresa supongo y él como que me dijo algo en plan “No pares, coño...” y le seguí pajeando... y lo demás sí que no pasó de mi vientre, mi ombligo o por ahí... pero, joder... —María buscaba en mí una respuesta, pero yo ni me podía mover, ni replicar, reinicié la marcha y ella continuó:

—Y... claro, se apartó y me quedé tumbada en la cama y ahí fue cuando... ahí como que me limpió con una camiseta por donde me había manchado, por... vamos por fuera del... de mi coño y por mi vientre... y aun no se había dado cuenta de... de... el otro sitio donde me había salpicado. Y... me empezó a comer el coño como te había dicho... y claro, entonces me vio... me vio que tenía semen en los labios, en la barbilla y... bueno, él se sorprendió, pero no se sonrió ni nada, pero dijo algo en plan... “joder... qué bueno...” y después me siguió mirando y dijo “no te limpies”. Y así... con su semen en mis labios y resbalándome por... por el mentón... pues eso... que me estuvo comiendo el coño y yo así.

Yo me imaginaba a Álvaro lamiendo su coño de arriba abajo y alzando la mirada para ver a una María, con la camisa abierta, con las medias que yo estaba acariciando, con el ligero que yo estaba acariciando en aquel coche... con sus codos apoyados y mirando como Álvaro la comía

entera... mientras tenía sus labios embadurnados del semen de él... por la corrida que se acababa de pegar... y como aquel semen resbalaba de sus labios hacia su barbilla hasta gotear en su pecho... y me veía en la necesidad de parar el coche, aunque aún conseguía no hacerlo.

—Pues eso, que no sé cómo soltó eso... porque... el resto de los disparos fueron normales...

No me pude contener, aquello era demasiado, y mi mano decidió abandonar sus muslos para ir más arriba... acaricié su teta izquierda sobre su camisa y me lo permitió, pero hizo un pequeño gesto de contrariedad. Quise colar mi mano por su escote, para acariciar aquella teta, pero mi mano fue apartada con delicadeza. Y ella mismo la llevó a su muslo, sobre sus medias.

Acalorada, cachonda, por su narración, por sus recuerdos, no me permitía llegar más lejos hasta que no me convirtiera en Álvaro, y no es que fuera un juego, era que ella lo sentía así.

Embocábamos la puerta del garaje y a duras penas atinaba a abrir con el mando a distancia cuando ella continuó, continuó su narración con lo que vino después. Me contó cómo había estado a punto de correrse varias veces mientras Álvaro le comía el coño y cómo temía manchar la cama. Me contó cómo él acabó por retirarse y se quedó de pie frente a ella. Cómo su polla, enorme, larga, apuntaba al techo... y cómo se había pajeado un poco, mirándola, mirando su obra, su coño abierto, destrozado, y su cara... la cara de María con aquel chorro de semen aun en su barbilla. Me contó también cómo después él se fue hacia el armario, a por otro condón, mientras Sofía y Guille seguían con aquel polvo brutal. Me contó cómo, mientras Álvaro se ponía el preservativo, había dicho “joder, qué ritmo llevan estos... seguro que la tiene a cuatro patas” y que poco después le dijo a María: “ponte igual” y cómo María obedeció, se puso a cuatro patas, en aquel catre, en aquel tugurio de dormitorio, con el semen de Álvaro aun en sus labios... y se dispuso a esperar a que la penetrara.

Entramos en el garaje. Mis calzoncillos eran un charco. La cara de María un poema. Sus tetas hinchadas querían salir de la camisa. Sus mejillas eran volcanes y su narración era cada vez más no solo para mí sino para ella.

Se quitó el cinturón de seguridad, se recompuso la camisa y la falda, y a mí me costaba digerir que con aquel calentón no quisiera besarme y que la tocara, sino todo lo contrario, que yo ya solo era admitido en épocas de sosiego y tranquilidad.

Aparqué el coche, como en una nube, como en un sueño. Apenas iluminados por el resplandor de varios neones de salidas de emergencia. Yo quería seguir sabiendo más y más. Me quité el cinturón de seguridad y en un ejercicio de sensibilidad María me preguntó:

—¿Cómo estás?

—Pues... imagínate... —respondí, girándome un poco hacia ella.

María miró a izquierda y derecha.

—Mmm... si... quieres... te hago una paja aquí... y subimos. Si... bueno... después te pones el arnés ese sin problema ¿no? Aunque te corras ahora.

Ojalá aquella propuesta obedeciera a que no se podía ya contener sin tocarme. Pero no, lo sabía, lo sabíamos, era un favor. Un favor porque buscaba una posterior contraprestación.

—Sí... aunque me corra ahora, me puedo poner el arnés en seguida sin problema.

—¿Sí? ¿Seguro? —preguntó, queriendo cerciorarse, demostrando lo obvio, que a ella lo que le interesaba, lo que la complacía, era lo que vendría después.

Como quién hace un regalo de forma no altruista, sino buscando recibir otro regalo de igual o superior nivel, María llevó sus manos a mi cinturón, al botón de mi pantalón... y me bajo la cremallera.

Un “joder, cómo estás” salió en un susurro de su boca, en la penumbra de aquel coche, al ver la masa espesa que coronaba toda la parte frontal de mis calzoncillos.

Mi polla, dura, pero mínima, fue liberada.

—Estás empapadísimo... —insistió, mientras me la cogía con tres dedos y se impregnaba de todo aquel preseminal, no con repulsa, pero tampoco queriendo mancharse demasiado.

Soltó entonces mi miembro y con cuidado se remangó su camisa hasta el codo. Yo la miraba con deseo y ella, volcada un poco hacia mí, llevaba de nuevo su mano a mi polla, para cogérmela otra vez con tres dedos. Echó la piel de mi miembro completamente hacia atrás, hasta liberar por completo el glande y era inevitable que nuestras mentes no comparasen lo que ella tocaba con lo que llevaba toda la noche describiendo. Era humillante, era doloroso, pero a la vez era tremendamente morbosa aquella comparación.

—¿Sigo? ¿Sigo contando, te corres y subimos? —preguntó y yo respondí afirmativamente mientras una de mis manos fue a desabrochar no uno sino dos botones de su camisa, hasta crear un escote casi hasta su ombligo, que acababa de matarme.

María volvió a mirar a su alrededor antes de retomar su narración. Yo recogía hacia arriba mi camiseta y mi jersey, con una mano, para no mancharme, mientras con la otra le abría un poco más la camisa, pero aun sin llegar a hacerlo lo suficiente como para ver sus areolas y sus pezones, como si me quisiera guardar ese momento para el clímax de su paja y su confesión.

Aquellos tres dedos de María comenzaron a subir y bajar cuando comenzó a contarme, entre susurros, pero de forma natural, sin sobre actuación, lo que había pasado después. Me contó cómo Álvaro se había colocado tras ella... cómo ella seguía con el regusto de aquel semen en sus labios, cómo no se había limpiado, y cómo mientras sentía aquel sabor, notaba como él... comenzaba a invadirla, a metérsela desde atrás... hasta el fondo... de una sola vez... cómo después del orgasmo que había tenido ya ella y después de la impecable comida de coño, aquella polla tremenda se deslizaba por su interior con fluidez, matándola del gusto.

Mientras me pajeaba yo a veces cerraba los ojos, entregándome a aquel placer y a aquella confesión y a veces los entre abría para ver como, por consecuencia del movimiento de su brazo al pajearme, sus tetas bailaban casi completamente libres bajo su camisa de seda y asomaban por su escote. Y me siguió contando cómo al poco tiempo de penetrarla así, comenzó a introducir un dedo en su culo, dedo que acogió casi sin problemas... que no fue hasta el segundo dedo cuando le pidió que parara y que, tras esta súplica, él le preguntó que cuando le iba a dar por el culo, si quería en aquel momento o si lo prefería después. Me contaba también cómo ella le pedía que quitase aquel segundo dedo, pero no le ordenó que quitara el primero y como él le había dicho algo así como: “¿No te da por el culo tu amiguito? ¿Dónde lo tienes? ¿No quiere venir a ver esto?”. A lo que ella no había respondido.

—¿Y pensaste en mí en aquel momento? —pregunté, entrecortado, en un jadeo, y sorprendido porque recordara esos detalles que a mí me volvían loco.

—No... no creo... Después... me dijo algo en plan “igual está viendo cómo se follan a Sofía o... ¿solo le gusta ver cómo te dan a ti?”.

—¿Y qué le dijiste?

—No... no me acuerdo... Me acuerdo... algo de lo que me acuerdo claramente es del calor que me daba... ¿Sabes? Como si tuviera la polla calentísima... y cómo notaba su dedo dentro de mi culo... mucho más frío.

Yo estaba a punto de correrme. Ella aceleraba la paja mientras me contaba cómo él la embestía incansable... cómo a veces se inclinaba hacia adelante para decirle guarradas al oído, cómo al inclinarse así notaba más aquel dedo en su ano y como recordaba frases como “¡hace cuanto que no te follan así!” o “¡me vas a dar tu culo! ¿a qué sí?” en lo que rozaba una obsesión enfermiza... pero que ella no podía decirle que parara, no mientras la siguiera matando del gusto

así.

Mi mano temblorosa fue a abrir un poco más su camisa, y es que no satisfecho con ver sus pechos bambolearse como consecuencia del vaivén de su brazo, quise ver más, y conseguí apartarla un poco más, llevando la tela negra a un lado hasta ver su areola extensísima y su pezón colosal... momento en el que ella aceleró más... y yo sentía que me corría mientras ella decía:

—En un momento en el que Sofía dio un grito tremendo el muy cerdo me tiró del pelo y comenzó a darme más caña, como si quisiera entrar en una competición o quisiera decirle al chulo de su amigo que él también había triunfado. Acabó por sacar su dedo de mi culo y levantó un poco mi cuerpo y creo que me quedé ya solo apoyada con las rodillas y me dio caña a lo bestia, me llamó puta... y me llamó guarra... y todo lo que quiso mientras me mataba... con su polla... Joder... me corrí... me corrí como en mi vida mientras me penetraba así y me insultaba... Como que él daba por hecho por aquellas guarradas que le pedíamos por mensaje que a mí eso me ponía... y me llamaba de todo... joder... y no veas el desprecio con el que me llamaba fulana... o perra... mientras me corría... y... uff... grité... grité a lo bestia, no me pude contener... Joder...

Yo sentía que me corría irremediadamente, con los ojos cerrados imaginaba aquella tremenda follada y los gritos de María, empalada desde atrás por aquel crío... Alargué mi mano y apreté una de aquellas tetas de ella que bailaban... para correrme así... aferrado a ella y visionándola... imaginándomela... corriéndose como una cerda... siendo taladrada por aquel niño pijo... con la boca aun manchada de su semen, entre gritos, con toda aquella ropa de fulana comprada para mí... Cuando noté de pronto como María apretaba con fuerza la punta de mi miembro, deteniendo el vaivén, deteniendo la paja... No entendía nada pero creía que me correría igual, aunque parase... Abrí los ojos, una gota blanca brotó de la punta... pero mi orgasmo se cortaba...

—No... ¿No sigues...? —jadeé... sorprendido, soltando su pecho.

—No... no me fio...

—Joder, María... —protesté, pero mi queja fue inútil y retiró su mano de mi miembro, dejándome al límite de mi máxima explosión, y llevó sus ojos a la puerta y después a la guantera, como buscando algo:

—No veo cleenex —dijo, dejándome así, empalmadísimo y empapado...

Se recompuso un poco, se despegó como pudo la melena de la espalda y se la levantó un poco, como con la intención de hacerse una cola. Se miró la muñeca, seguramente en busca de una goma que tampoco encontró y dejó caer su pelo por la espalda otra vez. Yo no existía, mi paja a medias no existía. Se miró y comprobó su camisa casi abierta por completo y, mientras se cerraba los botones me preguntó si quería que siguiera contando o si prefería que subiéramos a casa.

—Sigue... al menos hasta que os juntasteis con Sofía y Guille.

—Vale... a ver, sigo entonces un poco más... Pues... después de eso... me dejó caer, como que justo tras correrme él me dejó caer hacia adelante y se salió de mí. Y... bueno, creo que ahí entonces fue cuando me limpié la boca a las sábanas, y cuando me recuperé... me levanté, para irme al baño, a limpiarme un poco, y él debió de pensar que iba a ver si aún estabas en la casa, porque me detuvo, en plan que a donde iba... Y... nos estuvimos besando allí de pie...

—Y qué más —pregunté, sin moverme, con mi miembro palpitando solo, sin dejar de mirarla. Sin dejar de contemplar cómo me contaba aquello con aquella distancia casi cínica, de superioridad, a pesar del polvazo que me contaba que le habían echado...

—Eso... nos besamos allí de pie... y después nos fuimos a besarnos a la cama otra vez... y... no sé cómo, ni por qué... eso no lo recuerdo bien... sé que él ya no tenía el condón puesto, no sé si se lo quitó él o yo... porque... él estaba tumbado boca arriba y yo... pues... se la estaba chupando... cuando escuchamos un ruido tremendo, un estruendo... y unas risas... y el cerdo

este... como que dijo algo en plan: “joder, la que están liando estos...” y... no sé si en ese momento o no sé... me dijo también que siguiera chupando.

—Joder... —suspíré involuntariamente.

—Ya... Venga ¿Subimos? —preguntó, mientras se metía bien la camisa por dentro de la falda, haciendo que sus pechos se marcaran hacia adelante por el movimiento.

—¿Pero entonces ese ruido qué fue?

—Pues... Mira, acabo esto y sí que subimos. Pues... yo se la seguía chupando al... crío ese... y escuché como se acercaba alguien, cuando oí a mi espalda algo como que se habían cargado la cama, que de quién era... Claro... eso lo dijo Guille mientras se acercaba... y entonces me vio, me vio... chupándosela a Álvaro...

—¿Y? —pregunté, intrigado y con una excitación que apenas me dejaba respirar.

—Pues... se sorprendió. Supongo. Dijo algo en plan... “Joder, ¿y esto?” y... Álvaro le preguntó por cómo habían roto la cama... y se pusieron a hablar... como si nada... mientras yo se la seguía chupando. Guille le preguntaba de quién era la cama que habían roto y mientras Álvaro se lo contaba y lo hablaban... yo les escuchaba... y se la seguía chupando...

Me imaginaba a María comiéndole la polla mientras los dos amigos hablaban... y me mataba... del morbo y... me tocaba hasta incumbirme lo humillante que tenía que ser para ella recordarlo. Y entendí entonces aún mejor aquella narración tan distante y fría. Y entendí que sí, que aquella narración, aunque indudablemente la excitaba, era en esencia un favor, un claro favor, y que la contraprestación que demandaba era merecida.

—Venga, subimos —zanjó María, evidentemente afectada.

CAPÍTULO 22

Salíamos del coche e íbamos hacia el ascensor que nos llevaría directamente a nuestro piso y a mí me llegaba a sorprender que recordara ciertas frases y hasta ciertas posturas concretas, por lo que me hacía sospechar que aquellos recuerdos no habían estado encerrados en su mente durante cinco semanas, sino que podrían haber estado eventualmente accesibles.

Pero sobre todo lo que hacía con aquella narración era ponerla en valor, y es que para ella habría sido mucho más fácil contarme lo sucedido de forma mucho menos implicada, ocultando aquellos elementos humillantes, en una especie de “hicimos esto... y después lo otro”; sin embargo me lo estaba queriendo contar con precisión, y, lo que era mucho más importante: con carga emocional, como si yo, su novio, con el que compartía aquel peligroso y estresante juego, mereciera o debiera conocer aquella vivencia con la entraña completa.

Esperando el ascensor, María, entonces sí, pensando en alto más que confesando, comenzó a explicarse o a justificarse sobre el porqué de no haber detenido aquella mamada una vez Guille había entrado en el dormitorio. Se disculpaba, sin motivo para mí, aunque seguramente con motivo para ella misma, contando que en un primer momento no se detuvo, no le había salido de forma automática la decisión de apartarse y después ya era tarde y solo quería que Guille se fuera cuanto antes y sin decir nada.

Ya en el ascensor ella se miró en el espejo y exclamó un “puf... tengo cara de cansada” y yo, en otro contexto, hubiera pensado que estaba de broma. Respondí con un: “María... estás buenísima...” que no fue rebatido pero tampoco me lo agradeció con mueca o sonrisa alguna.

Aquello era una pequeña tregua que yo habría aprovechado para coger aire... pero no era capaz. Ya no. Tenía un bombardeo de imágenes insoportable y la humedad de mi calzoncillo me recordaba de forma ininterrumpida todo lo que acababa de escuchar. María, delante de mí, se recolocaba la camisa y la falda, como si fuéramos a salir de casa en lugar de a entrar, como en una necesidad automatizada de lucir perfecta.

De nuevo, aun a riesgo de ser rechazado, posé mis manos en su cintura y apoyé mi entre pierna en su culo, haciéndola dar un paso hacia adelante, por la inestabilidad de sus tacones y el efecto del alcohol. Aquel ataque me fue permitido y mis manos subieron entonces por delante, hasta acariciar sutilmente sus pechos sobre su camisa. Llevé mis ojos al espejo, para que nuestras miradas se cruzasen... y fue ella quien habló:

—Ahora te pones eso... Eh..

No lo dijo en un ronroneo sensual, sino seca. Tajante. María era en aquella noche dos personas a la vez y según el momento una se sobreponía a la otra: era la chica abochornada por aquella confesión humillante y también la mujer cachonda que sabía lo que quería.

—Aún tienes mucho que contarme. Todo lo que pasó estando los cuatro... y mucho más... no me hagas recordarte a la hora a la que llegaste —dije y descubrí que yo también era dos personas, una que quería empatizar y darle tiempo y otra excitadísima, que quería saberlo todo y saberlo ya.

—¿Qué es eso de no me hagas recordarte? ¿Es un... reproche o qué? —dijo seria, apartándose las manos.

—No.

—Lo digo porque me habías dicho que en ningún momento te habías llegado a enfadar.

—Y es verdad.

—Pues eso —zanjó sobre actuando un poco el enfado, pues no era tal. Quizás era más una

excusa para que dejara de tocarla.

El ascensor llevaba un tiempo en nuestra planta y fue ella la que salió primero hacia el rellano. Me di cuenta de que yo no quería llegar ya a nuestro dormitorio, pues allí sería exigido para ser Álvaro nada más entrar, y yo quería serlo, pero otra vez tenía la sensación de querer ser Pablo un poco más.

Desfiló por delante de mí durante todo el trayecto, cruzando por el salón y caminando con paso firme por el pasillo. Solo se oía el pisar de sus tacones, con fuerza, con mucha sonoridad, como solo se oyen en las silenciosas madrugadas. Me sentí de golpe afortunado y humillado a la vez. Afortunado por lo que me iba a follar, pues aunque fuera por enésima vez sabía que sería diferente, y humillado porque yo en nuestro dormitorio no iba a ser nadie, solo un cuerpo anclado a una polla enorme, que serviría para que María recordara como Álvaro se la había follado hasta dejarla exhausta y satisfecha.

Morbo y dolor otra vez por partes iguales. Y aquella sensación de estar enganchado y no poder salir, como adicto a la más cruda de las drogas.

Una vez en el dormitorio no nos besamos, caímos sobre nuestra cama, nos dijimos que nos queríamos y tomé la decisión de buscar aquella polla de plástico. No. Entramos, María se sentó sobre la cama, cruzó las piernas y me dijo:

—Debe de estar en el armario, en uno de los cajones.

Entre fulares y pañuelos, que alguna vez María me habría explicado la diferencia, encontré primero la primera polla de goma que habíamos comprado y después del arnés. Una vez vio que lo tenía y que me disponía a desnudarme para ponérmelo, se puso en pie y, dándome un poco la espalda, comenzó a quitarse los zapatos.

Se produjo entonces un hecho extraño, y es que me desnudé con más rapidez de lo que ella lo hacía, de tal forma que ya estaba totalmente desnudo mientras ella solo se había quitado los tacones y se estaba quitando la falda. Completamente empalmado y con el arnés en la mano me toqué un poco la polla, me pajeé, un poco, mirándola, y nervioso por ser descubierto. Era surrealista pero de verdad sentí nervios porque se diera la vuelta y me pillara pajeándome, observándola. Dos, tres, cuatro sacudidas mientras ella, en medias, liguero, bragas y camisa, toda de negro, colocaba la falda con cuidado sobre el sillón del dormitorio. Sentí un placer inmenso con aquella culpable masturbación. Y fue entonces la primera vez desde que se me había confesado lo de aquellos momentos en los que yo no la excitaba, en el que la deseé aún más, precisamente por no ser recíproco.

Ella se giró entonces, y yo detuve mi paja sin saber realmente si me había pillado o simplemente le daba igual y solo era una locura en mi cabeza. Y de mi boca salió, sin más, una frase, sin pensar, nerviosa, como cuando pillan in fraganti a un niño e intentando disimular comete la torpeza de decir algo sin demasiado sentido:

—Y... bueno ¿qué pasó después?

—Acaba de ponértelo y túmbate. Vamos a hacer una cosa —dijo solvente.

—¿Qué cosa? —pregunté intranquilo y de manera automática, empezando a encajar mi miembro, de nuevo durísimo, pero minúsculo, dentro de aquel cilindro hueco.

Ella no respondió y aprovechó aquellos segundos para revisar su móvil y acabar posándolo sobre la mesilla, al lado de la lámpara que era lo único que nos iluminaba. Una vez tuve el arnés perfectamente ajustado me tumbé sobre la cama, como ella había pedido, y ella, entre la petición y la orden, me dijo que cerrara los ojos.

No tuve tiempo para replicar ni para pensar sobre qué tramaba. Obedecí, cerré los ojos y me quedé completamente quieto. Pasaron unos diez o veinte segundos, eternos, en los que yo mantenía

mi cabeza sobre la almohada y los ojos cerrados, hasta que noté movimiento sobre mí. Noté como se me subía encima, con cuidado. Entre abrí un poco los ojos, buscando que no se diera cuenta de mi artimaña y confirmé que me había montado, con sus muslos a ambos lados de mi cuerpo, y había agarrado sutilmente aquel pollón con su mano. Cerré entonces los ojos e inmediatamente después sentí otra vez movimiento, sentí cercanía a mi cara... algo en mi nariz, en mis labios, era piel, perfume, aroma, pelo... su melena... su cuello... me eran ofrecidos para que los inhalara, como en una calma dócil antes de la tormenta.

—No hagas trampas, eh —dijo seria, y por la distancia supe que había reincorporado su torso.

—No, no.

—Pues... acabo de contar, ¿vale?

—Vale —respondí y no supe si su plan de que cerrara los ojos buscaba que yo pudiera imaginar mejor o si así pretendía sobrellevar mejor su vergüenza.

—Bien, pues... a ver —dijo, y yo no sabía dónde poner las manos, pero podía sentir un poco como el arnés se movía ligerísimamente, por lo que podía deducir que a veces agarraba aquella polla un poco y la movía y a veces la soltaba— pues eso... que llegó Guille... y yo pensé que se iría, pero... en el fondo creo que ambos disfrutaban de que yo siguiera haciendo... aquello... mientras ellos hablaban. Y entonces escuché unos pasos, alguien más se acercaba, y sí que entonces retiré la boca, pero no me moví mucho más... y escuché a Sofía a mi espalda decir... No sé... algo... no me acuerdo bien.

—¿Qué dijo? ¿Más o menos? —pregunté, cumpliendo mi trato y ciertamente imaginando mejor lo que narraba por tener los ojos cerrados.

—Pues... dijo algo... a ver... recuerdo que me llamó... ¿cómo era? Me llamó algo... creo que fue algo así como... “joder... cómo la chupa la estirada” o... “mira la estirada... cómo chupa...” Y... joder... me quedé así, quieta... y como que ella se tumbó en la cama. De eso no me acuerdo bien, pero en seguida se tumbó en la cama, al lado de Álvaro... y Álvaro dijo tenéis condones ahí... o fue Guille que le preguntó, no sé... Pero... vamos... cuando me pude dar cuenta yo me estaba besando con Álvaro y al lado Guille estaba sobre Sofía... se iban a poner a follar a nuestro lado.

—Joder... —suspiré, siempre al borde del colapso, con mi polla golpeando aquel cilindro en espasmos involuntarios y prácticamente continuos.

—Y... qué más —dijo María, seria y en tono bajo, y yo volví a sentir movimiento, como que se bajaba de la cama y volvía a subir. De nuevo no quise hacer trampas y la volví a notar otra vez subida a mí, como antes —Pues... después te juro que no me acuerdo muy bien, me acuerdo más de las cosas del principio... pero... bueno, y de una cosa bastante fuerte de después... pero de ese momento...

Yo seguía con mis dos principales incógnitas, a la que añadía una más: primero qué había sucedido para que finalmente hubiera permitido que Guille la follara y qué había pasado con los intentos de Álvaro de penetrarla por detrás. Pero también comencé a preguntarme si se habría producido algún tipo de interacción con Sofía, si bien me parecía altamente improbable, por no decir imposible.

—Pues... —continuó— después Álvaro se puso otro condón y se tumbó sobre mí... Era como que... nos follaban a las dos, pero nosotras, o yo al menos... hacía como si estuviéramos solo dos, quiero decir. Aunque claro... joder... es que fue...

—¿Pero te dio morbo? —no pude evitar interrumpir.

—¿Que estuvieran follando ellos al lado?

—Sí.

—Pues... no... es que me diera morbo en sí... sino que sí que todo parecía más locura y más... guarro, ¿sabes?

No respondí y seguía sufriendo, con mi polla en aquella cárcel y mis ojos en aquel pacto.

—A ver... era súper raro... que te están follando y a la vez estás escuchando a una chica gemir a tu lado y miras, sin querer... y ves... la polla de otro... entrando y saliendo... allí... de la chica... claro... es... como... desagradable... pero a la vez sí que pone... como algo que te da medio repulsa a la vez que te atrae...

...Y... bueno, lo que sí se vio en seguida fue que como que nos querían poner en las mismas posturas. Si empezamos así, en misionero, digamos... después ella... montó a Guille o cómo se diga y Álvaro me dijo que me subiera... y así las dos... Yo creo que al principio estábamos todos un poco cortados, quizás la que menos, Sofía. Pero ese juego sí que se lo traían... Y digo cortados porque Álvaro no me insultaba ni me llamaba nada... Solo follábamos... gemíamos... pero nadie hablaba... creo que estaban también ellos un poco superados.

Se hizo entonces otro silencio y noté movimiento, y algo en mi cara. Algo suave, muy liviano, no piel, un tejido, sobre mi frente y mi nariz.

—No hagas trampas, eh —repitió en frase idéntica a como había dicho minutos atrás.

—No... —susurré en un hilo de voz, casi ininteligible. Y cogí aire, por mero azar o necesidad y un hedor tremendo, a coño, entró por mi nariz. Supe que las bragas negras de María yacían sobre mi cara.

—Y... joder... yo no sé... los orgasmos que tuve... te lo juro. Uno tras otro. Sin tocarme. Solo con su polla... con sus besos... con sus... caricias... ya fueran suaves o fuertes... con sus mordiscos... Allí nos corríamos sin parar yo... y Guille, que un par de veces volvió a la caja de condones mientras Sofía esperaba a que se... se le pusiera dura otra vez... Y Álvaro no... No sé el tiempo que estuvo... es que ni idea. Igual una hora o dos... Sin irse él... Y ahora que lo pienso, sí... cuando me corría sí que me decía cosas... en esos momentos sí, en voz baja... para que lo oyera solo yo... cosas rollo... ¡Te corres, eh! ¡Te corres, eh! Sí, eso lo tengo... bastante grabado...

—Joder, María... —protesté, desesperado por no poder tocarme, tocarla... era una tortura, inhumana.

Me moví un poco y aquello que tenía sobre la frente y nariz, sus bragas, bajaron por mi cara y cayeron a mi cuello. Estuvieron posadas allí un momento hasta que ella las apartó.

Volví a notar entonces movimiento y algo entró en contacto con mis labios, era tierno y duro a la vez, sí era piel esta vez... era una masa que me aplastaba un poco, saqué la lengua y palpé un indudable pezón... María me ponía una teta en la cara, regalándome aquel tacto como premio por aguantar tal suplicio que era a la vez un favor, pues me seguía pareciendo que aquel juego, de su confesión perfecta, de sus bragas en mi nariz, de su teta en mi cara, eran de nuevo un favor, pues a ella no le aportaba, solo le aportaría lo que esperaba que sucediera después.

Noté entonces como mi arnés se movía un poco. No pude evitar hacer trampas y abrir un poco los ojos: María, ya solo vestida con las medias y el liguero, pajeaba sutilmente aquella polla de plástico mientras volcada sobre mí me daba de chupar de aquella teta... pero aquello no era lo más extraño, sino que noté que la luz era diferente, había un resplandor que nunca había sentido en nuestro dormitorio. Llevé una de mis manos a aquella teta perfecta que lamía y succionaba... le mordí ligeramente hasta escuchar un pequeño quejido de María... y cogiendo aire para seguir chupando miré de reojo como sobre la lámpara yacía extendida su camisa negra, cubriendo la lámpara como en la casa de Álvaro... “Joder... qué cabrona...” esbozó mi mente, comprobando como buscaba hasta en eso que todo fuera lo más parecido posible.

CAPÍTULO 23

Estuvimos así unos instantes, en un silencio solo roto porque se oía el succionar de mi boca ultrajando aquella teta y los pequeños quejidos de María. Notaba como ella apretaba aquella polla de plástico, buscando una masturbación imposible pues no había piel que mover arriba y abajo, pero sin duda, era evidente, que ya en aquel momento yo ya no era yo, sino Álvaro, y me preguntaba si aquella postura exacta se habría dado. Si Álvaro le habría comido una teta así mientras ella le pajeaba, y estaba convencido de que sí, pues aquella entrega suya a aquella polla inerte y a aquellos mordiscos en su teta eran impactantes hasta la intimidación.

—Para, bruto... —la escuché sollozar, y se me abrió un dilema, pues si era Pablo debía parar y si era Álvaro debía seguir.

Afortunadamente María me sacó del brete y llevó su torso otra vez a su posición original, y yo cerré los ojos, fingiendo que no los había abierto en ningún momento. Noté entonces como sujetaba la polla de plástico con la mano y se la empujaba contra sí misma, contra su entrepierna... y su cadera se echaba hacia adelante... desesperada... como una perra en celo... frotándose... y respirando... desesperada por metérsela, por cabalgarla imaginando, recordando la polla de Álvaro.

—Uff... Dios... —suspiró para sí, pero resonó por todo el dormitorio— Acabo de contar... ¿vale?

—Vale... —respondí, sin absolutamente nada de aire, sabiendo que lo que saliera de su última confesión podría ser realmente fuerte, fuerte hasta lo insoportable. Tragué saliva y llevé mis manos a sus muslos, sobre sus medias, mientras ella seguía frotándose contra aquella goma, pero con menos intensidad, intentando contenerse para conseguir acabar de contar.

—Pues... eso... nos follaban en las mismas posturas aunque Guille a veces se corría y tenían que parar un poco. Pero Álvaro seguía y seguía follándome... Recuerdo que una vez yo estaba encima de él... como ahora... y Sofía y Guille estaban en uno de esos... descansos... besándose y tocándose a nuestro lado... y... sentí que me estaban mirando... y... les miré, y ¡uff...! —gimoteó María y no pude evitar entreabrir los ojos y descubrir cómo se seguía empujando aquella polla contra su coño... pero sin metérsela... introduciendo ya no solo un castigo en mí, por mantener mi polla enclaustrada, sino también ella...

—Les miraste... ¿Y?

—Y... me estaban mirando... los dos... juzgándome... totalmente... y... Guille se puso de pie... sobre la cama... Te juro que en ese momento pensé que... que se me acercaba... pensé que se ponía en pie y se me acercaba para metérmela en la boca...

Mi corazón explotaba... no podía más... Necesitaba atraer a María hacia mí, besarla... quitarme el arnés... follarla... correrme... Pero me contenía... y apretaba sus muslos con fuerza... me aferraba a sus piernas mientras ella seguía.

—Y... en serio, pensé que se ponía en pie... y se acercaba, porque se acercaba... para metérmela en la boca... y te juro que deseé que... te juro que deseé que sí... que lo hiciera... Era una polla normal, ni mucho menos como la de Álvaro... pero deseaba chupársela... deseaba que Álvaro me siguiera follando mientras Guille me la metía en la boca... y entonces Sofía se puso de rodillas, frente a él... y fue ella quién... se la metió en la boca... Recuerdo... joder, recuerdo la decepción... y ver a Sofía a mi lado, de rodillas, comiéndosela... y ahí supe que... supe que si Guille también me quisiera follarse...

—...Qué...

—Supe que... si me quisiera follar... me acabaría follando...

—Joder, María... —suspiré en una inhalación que ni supe si se me habría oído.

—Y... después lo que recuerdo es que estábamos otra vez... ellos sobre nosotras... Álvaro me follaba... de forma... tremenda... siempre queriendo llegar tan al fondo... y Guille a Sofia... cuando... y ahí pasó lo... para mí el momento más extraño... y es que Sofia como que se empezó a quejar... en plan que no la tenía dura... que no se le ponía dura... Se puso como medio agresiva y hasta le dijo algo en plan... “me la estás metiendo blanda, joder” y... y Álvaro como que se sonrió y dijo algo como... “yo te doy si quieres” y ella no dijo nada o sí, no sé, el caso es que... me dijo, como a mí: “¿la tiene dura?”, refiriéndose a la polla de Álvaro... y le dije que sí, y entonces ella le dijo a Guille algo así como: “cámbiate con él, métesela blanda a esta...”

—Joder... —suspiré.

—Ya... y... nada... se cambiaron. Cuando me quise dar cuenta tenía la cara de Guille, el cuerpo de Guille, sobre mí... con aquella media sonrisa suya... le acababan de... reprender, digamos, pero me miraba... el muy cabrón... entusiasmado... Y... joder... de un momento a otro escuchaba a Sofia gemir, encantada, y Guille... restregaba su polla por mi coño... recuerdo perfectamente el sonido del látex y la polla medio doblarse... no era capaz de metérmela... Yo no podía creerme que dejara que me follase... pero lo iba a hacer, aunque no era capaz... de lo blanda que la tenía...y entonces se quitó el condón y se tumbó sobre mí... completamente desnudo... y nos besamos... nos besamos a lo bestia... me daba como asco pero a la vez besaba bien... ya en aquel momento recuerdo pensar que no entendía como me había atraído al principio de la noche... pero ahí estaba... a punto de... de follarme él también...

... y entonces... mientras nos besábamos... bajé mi mano... y le pajeaba para ponérsela dura... y comenzó a frotarse... a restregarse... le dije que se pusiera algo... pero cuando me pude dar cuenta... su polla se... vamos... que empezó a deslizarse... hacer como el movimiento de follarme... hasta que... hasta que entró sola... y comenzó a... a follarme... sin nada... y... le iba a decir que se apartase... porque... en el fondo... por un lado me estaba dando asco... pero no pude, sentí su polla... a pelo... sin nada... otra vez otro tacto, otro olor... un placer... un morbo... de que aquel cabrón me follara... que uff... le acabé rodeando con las piernas para que me la metiera bien... hasta el fondo... no era la polla de Álvaro... pero joder... reconozco que me encantó... me... encantaba como me follaba él también...

...comenzó eso... a follarme... la sentía... tan bien... y se echó el cuerpo un poco hacia atrás, pero sin dejar de penetrarme... para mirarme a la cara y yo le miré... miré su cuerpo... estaba sudado de follarse a Sofia pero estaba aún todo repeinado... y con aquella medio barriga... era... algo rarísimo... porque me daba asco y placer al mismo tiempo, y no podía creerme que me dejara follar por aquel cerdo, pero a la vez no podía parar. Yo quería atraerlo hacia mí, para no mirarle... y cuando lo hacía él me decía en el oído algo como... “qué buena estás, qué buena estás”, así dicho muy rápido... y creo que... “me encanta follarte...” también lo repitió varias veces... y yo solo quería que no hablase... y que no se apartase, para no verle la cara de cerdo... pero no quería que dejara de follarme...

Yo ni sabía cómo mantenía los ojos cerrados, y me daba la sensación de que iba a eyacular mientras la escuchaba, aun sin que me tocara. Me quería morir del deseo y del morbo. Me llevé las manos a la cara mientras María seguía frotándose, rozando su coño contra aquel arnés. Podía sentir su calentura, su excitación... por su narración entre cortada, por sus jadeos, por la temperatura de sus muslos, de su cuerpo sobre mí. No era capaz de digerir todo lo que me decía.

—Y... uff... después... Álvaro o Guille o la misma Sofia quiso, no lo sé... alguien decidió

porque recuerdo que después nos pusieron... como... en perrito... es que no sé cómo decirlo... a las dos... nos follaban a las dos igual... y ahí sí que fue el primer momento en el que ellos se soltaron más... y Guille empezó a... no con la chulería o... la arrogancia digamos de Álvaro... ya que... sonaba hasta más bien... ridículo o cutre... pero sí que me hablaba más... y más alto... me follaba y decía guarradas, pero no susurradas... como queriendo que Sofía y Álvaro lo escuchasen... Si Álvaro las guarradas que me había dicho eran sobre todo sobre... sobre mi culo... y sobre follarme por el culo... Guille estaba... bueno como que me hablaba de las tetas... No me acuerdo como las llamaba... era como... tetones... o algo así, creo que tetones no era, pero parecido, en plan “Joder... qué tetones tienes...” lo decía en voz alta y me las acariciaba... Me follaba así, como en perrito... que suena ridículo... y me agarraba las tetas con las manos y me decía algo en ese plan... en plan “joder, ¡qué tetones tienes!” y... ahí fue yo creo cuando apareciste tú... y... claro... imagínate... yo estaba que me... te juro que estaba justo a punto de correrme otra vez cuando apareciste... y casi me muero al verte aparecer.

No quise preguntarle por qué, simplemente dejé que siguiera contando.

—Ufff... quiero acabar de contar... pero... no puedo más... —dijo y noté como se bajaba de la cama— Siéntate... por favor —me pidió y yo me giré lo suficiente como para que las plantas de mis pies tocasen el suelo y no quise abrir los ojos— y... después te fuiste... te fuiste mientras Guille me daba desde atrás y Álvaro me la metía en la boca...

—Sí... —resoplé y entre abrí los ojos y vi que ella estaba de rodillas en el suelo, entre mis piernas. Puso sus manos en mis muslos... y se metió la polla de goma en la boca... Comenzó a chupar aquella polla de manera tremenda y yo ni me atreví a llevar mis manos a su cara o a su cabeza. Aquella polla era la de Álvaro... y no me atreví a participar allí. Estuvo más de un minuto chupando y lamiendo aquella polla de goma de color carne imaginando aquel momento en el que Guille la follaba sin condón, por el coño y Álvaro le follaba la boca... Y volví a sentir aquella impresión de María, de ser tan extremadamente sexual, aquella sensación de que estaba hecha para un sexo que a mí me sobrepasaba y que a nuestras pollas de goma las sobrepasaba igualmente; estaba hecha para un sexo brutal que pocos podían darle.

No alzaba la mirada para mirarme, solo chupaba y lamía y le temblaban las manos de la excitación, hasta que no pudo más y se echó hacia atrás, produciendo un sonido hueco y húmedo al apartar su boca de aquella polla.

Yo estaba excitado, pero estaba incluso más impactado.

—No puedo... no puedo más... —dijo desesperada, pero a la vez solemne, seria, poniéndose en pie, con aquel torso desnudo imponente, con aquellas tetas colosales, con aquellas medias y aquel ligero de guerra, y dándose la vuelta, para sentarse sobre mí, para sentarse sobre aquel pollón que era Álvaro, dándome la espalda para imaginar mejor que era aquel crío quien la follaba.

—Fóllame bien... por favor —imploró, llorosa, mientras cogía aquella polla con una mano, separaba los labios de su coño con la otra y flexionaba las piernas para penetrarse por fin.

Supe entonces que no me contaría más aquella noche y que aquella última frase suya era la última dirigida hacia mí. A partir de aquel momento yo sería Álvaro y tendría que intentar calmar como fuera a aquella mujer... a aquella hembra que estaba totalmente fuera de sí.

CAPITULO 24

Sentado sobre la cama, pero recostado sobre mis codos hacia atrás, miraba absorto como María flexionaba las piernas y se disponía a afianzarse sobre aquello, sobre aquella polla desmesurada, enorme, con la que yo me seguía encontrando extrañísimo, hasta no poder casi ni comprender cómo Álvaro o sobre todo Edu podían tener y manejar aquella enormidad.

Aquel glande gigantesco, algo más ancho que el tronco, iba a entrar en el cuerpo de María y no dejaba de sorprenderme cómo lo conseguía y cómo llegaba a hacerlo con aquella facilidad. Alguna vez había pensado en comprar algo que pudiera lubricar aquel tremendo aparato, pero parecía que siempre que lo usábamos, María estaba en un estado tal que ella misma ponía toda la humedad. Aquella humedad desmesurada que yo descubría cuando me salía de ella con aquel arnés puesto era otro elemento más que me desvelaba aquella tremenda sexualidad suya.

El quejido que emitió María una vez sintió la punta, y, sobre todo, una vez su coño acogió todo el glande, fue tan sentido y morboso que supe que con mi miembro nunca lo obtendría. Fue un “Ohhh...” “¡Mmmm...!” tan sentido, tan para ella, que me dejó impactado.

Verla en aquellas medias y aquel liguero, con aquel resplandor extraño de nuestro dormitorio que ella misma había creado... verla tan entregada a follarse aquella goma imaginando que era Álvaro me dejaba sin respiración. Y de nuevo volví a tener aquella sensación que consistía en que casi podía sentir lo que era o lo que sería follarse a María por primer vez. Ligársela y follarla... como había hecho Álvaro. Era como que un porcentaje de mi sí conseguía ser Álvaro y sentir aquello, aunque, eso sí, el Pablo timorato y con miedo a no lograr ser aquel crío también estaba allí.

María iba a otra velocidad, estaba a otra cosa. Miré hacia abajo y se deslizaba ya completamente hasta metérsela entera. Había acogido aquel pollón sin problema, emitiendo otro “¡Ohhhmmm..!” tremendo al acabar de sentarse. Llena. Penetrada. Por completo.

Subió su cuerpo y lo bajó otra vez. Y otra vez. Subía y bajaba hasta descubrir aquella polla casi íntegramente. Emitiendo unos “¡Hummm!” “¡Ohhhmm!””, sentidísimos cada vez que se enterraba otra vez. Yo llevé dos de mis dedos a la base para que aquello no se moviera y ella pudiera disfrutar a gusto. Había un morbo añadido en aquellos movimientos tan largos, de subir y bajar tanto hasta casi salirse por completo, y era que así disfrutaba deliberada y voluntariamente de algo que conmigo no tenía. Yo no dudaba de que no estaba imaginando, sino que estaba recordando, y estaba prácticamente seguro de que tenía los ojos cerrados; era obvio que no me había querido montar de frente para que sus recuerdos pudieran volar sin distracciones.

Yo la entendía, llegaba a comprenderla, si bien me moría por ver su cara desencajada por el placer, con sus ojos cerrados, con el pelo tapándole parte de la cara, sudada, entregada, en un gesto indisimulable de implicación, hasta de vicio... Casi de depravación.

Pasó entonces algo doloroso y morboso a partes iguales; y es que en una de aquellas bajadas hasta empalarse por completo, tras otro de aquellos “¡Ohhhhh!” que me dejaban sin aire, María bajó una de sus manos a mis huevos y aquella mano escapó en seguida de aquella bolsa, como un resorte, pues seguramente no había encontrado aquellos huevos enormes y pesados de Álvaro, sino los recogidos que yo tenía. Tan implicada estaba que había llegado a suponer que se encontraría con aquella masa impactante y pesada de Álvaro y no con lo que tenía yo, y de ahí aquella huida, pues no quería salirse de aquel sueño, de aquel recuerdo que la tenía sudorosa, pegajosa y ardiendo.

Yo sabía que tenía que ser Álvaro ya, pero estaba bloqueado. Lo que me salía era incorporarme un poco, besar su espalda, acariciar sus pechos que podía intuir, más que ver, botar libres, escapando ligeramente por los lados de su torso que yo veía desde atrás... pero sabía que no debía hacerlo y aquello último de mis huevos me lo acababa de confirmar.

Miraba hipnotizado como seguía enterrándose y desenterrándose, como aquel coño abarcaba aquella longitud y aquella anchura y sabía que estaba sentenciado; sería requerido en cualquier momento para ser Álvaro. Y así fue, aturdido por la imagen de su sexo acogiendo aquella brutalidad, mientras los “¡Ohhhmmm!” “¡Ahhhhh!” de María se hacían constantes, escuché en un jadeo:

—Ha... Háblame...

Cada segundo que pasaba sin que yo tuviera respuesta era una losa que se hacía exponencialmente más pesada. Mi cerebro trabajaba para conseguir algo, una frase, un insulto, algo que me hiciera ser aquel crío, pero el temor al error me paralizaba. Ella seguía con aquellos gemidos, que eran más bien jadeos de gusto, por ser llenada por aquello, pero no eran los gemidos o incluso gritos que yo había presenciado la noche con Álvaro.

Aceleró ligeramente y se echó un poco hacia adelante. Los movimientos ya no eran tan largos, eran más cortos y más circulares y se recreaba en el movimiento circular de su cintura cuando estaba completamente empalada; entonces emitía un jadeo especialmente íntimo y yo intentaba recordar aquellas partes de la narración que pudiera sacar a la luz que pudieran servirme, pero no era capaz...

María volvió a subir y bajar, aunque a menor ritmo, hasta que un desesperado: “Ufff... me canso...” salió de su boca y un “cambiamos” automático salió de mí. Cuando me pude dar cuenta ella se había puesto en pie, dejando aquella polla de plástico brillante y húmeda como no recordaba haber visto... Y pude ver fugazmente como los labios de su sexo se mantenían hacia fuera... como si aquel arnés los hubiera dejado así y no tuvieran intención de retraerse hasta quedar toda ella plenamente satisfecha.

Me puse en pie y ella pasó por mi lado y se fue a la cama. No se tumbó boca arriba, no buscaba posturas que pudieran conseguir que nuestras miradas se cruzasen, sino todo lo contrario. Sus intenciones eran claras; se puso a cuatro patas sobre la cama, con la cara fija hacia el cabecero. Esperando a que se la metiera en aquella postura, como había esperado a que Álvaro la follara, mientras se ponía aquel condón.

Bordeé la cama para subirme por detrás y me encontré con el cajón del armario medio abierto, aquel cajón con los pañuelos donde estaba guardado el arnés. Pensé que si ella quería recordar yo solo podía intentar facilitarle las cosas. Removí un poco aquel cajón buscando un pañuelo suficientemente largo para vendarle los ojos y me encontré de nuevo con nuestro primer consolador que tiré sobre la cama.

Ella me oía trastear, pero no decía nada. No quería mirarme. El silencio era tenso y yo sabía que no estaba actuando de manera suficiente, que no estaba aún a la altura de lo que ella me demandaba. Aún no había sido Álvaro, aún no la había compensado por aquella confesión tan sentida y detallada. Me sentía en deuda pero a la vez sobrepasado.

No las tenía todas conmigo con aquella idea de vendarle los ojos, pero estaba decidido. Tras elegir un pañuelo sedoso que me pareció suficientemente grande como para hacer un nudo sin problemas, de tonos blancos, azules marino y granate que hacía tiempo que no debía de usar, me giré hacia ella. Yo de pie entre el armario y la cama y ella en aquella postura impúdica... La imagen de su culo rodeado por el ligero, de aquellas piernas enfundadas en sus medias... me disparó las pulsaciones, pero la imagen de su coño, abierto, con sus labios enormes, hacia fuera,

como los pétalos enormes de una flor en plenitud... me dejaron sin poder respirar por varios segundos.

Estuve obnubilado por aquella visión hasta que ella se apoyó, no con las manos sino con los codos, sobre las sábanas, en señal de desesperación. A duras penas conseguí reaccionar y me subí a la cama. Le pedí que levantara un poco la cabeza y mis manos infartadas, erráticas, consiguieron, más o menos, vendar aquellos ojos que ya estaban cerrados. No protestó ni lo agradeció, simplemente me dejó hacer y yo me di por satisfecho.

Me retiré y me coloqué tras ella, iba a penetrarla, tenía que embestirla, y tenía que ser Álvaro, tenía que ser aquel crío ya... pero no sabía cómo empezar. Acaricié sus nalgas y supe que lo había hecho con más ternura de la debida. María aguantaba sin meterme más presión. No sabía por qué, pero no me decidía... así que acabé por retirarme un poco más, decidí cambiar de planes, quería agacharme, inclinarme sobre su sexo, y degustar aquel coño como me había dicho que aquel niño había hecho.

Aproximé mi cara y si la imagen de sus labios apartados me había parecido impactante, verlos así, tan cerca, me llegaba a excitar tanto que mi miembro rebotaba en aquel cilindro que lo enclaustraba en espasmos continuos e involuntarios. Abrí la boca... dejé que mi aliento le llegara y un olor fortísimo... a coño... a coño abierto y ansioso de más, de mucho más, me caló entero, como sintiendo aquel hedor por todo mi cuerpo. Mi lengua se alargó y quise lamer dentro, no podía contenerme, no me aguantaba, no quería besar aquellos labios desorbitadamente separados, sino que quise embriagarme y degustar la parte más mojada y profunda. Ella dio un respingo al notar mi lengua. Lamí su sexo, con sus ojos cerrados, con mis ojos cerrados... uno, dos, tres segundos... cuando un "No, no, para, para" salió de su boca. Una frase dicha con seriedad, con contundencia, marcándome que aquello era un error, un error grueso, que si quería ser Álvaro lo último que podía intentar era imitarle comiéndole el coño... María sabía que la diferencia sería tan abismal que lo único que conseguiría sería sacarla de aquel limbo en el que quería estar con él.

Tras aquella frase suya esbozó un "venga, dame" que proyectaba ansiedad a la vez que contenía una petición que consistía en que me ciñera al plan, que todo lo que quisiera extralimitarme desembocaría en una comparación que la sacaría de su sueño.

Me coloqué de rodillas tras ella y no dejaba de hacérseme raro la distancia a la que ya podía empezar a penetrarla. Posé la punta de aquella polla de goma a la entrada de aquel coño que no necesitaba en absoluto ninguna estimulación, y eché mi cuerpo hacia adelante... Para ello, no sé por qué, cerré los ojos... No pude ver como aquel coño de nuevo acogía todo aquel aparato, no pude ver como la perforaba, como me enterraba en ella... pero a cambio una imagen se cruzó en mi mente y era la de Álvaro follándosela así... Aquella imagen era tan impactante que apenas pude escuchar el quejido de María y de mi boca salió un "Joder... qué gusto...", pero era un gusto mental más que físico, pues mi polla encerrada no sentía nada... pero me sentí Álvaro, me sentí aquel cabrón follándose a María... y el placer fue mental y pude ser él...

Entré entonces en tal estado de comunión con aquel niño, que pasaron unos minutos así, en los que ni siquiera me di cuenta de que llevaba un rato follando a María. Y lo que pasó después aún fue más sorprendente, y es que entre el sonido rítmico de sus jadeos se oyó una frase, una frase de Álvaro, un "Te gusta mi polla, eh... ¿te gusta cómo te la meto...!" que salió de mi boca y ella lo agradeció echando su cuerpo hacia atrás, hasta meterse aquella goma por completo, y haciendo no uno, ni dos, sino tres círculos con su cadera con todo aquello dentro. Los jadeos con los que lo adornó no es que me motivasen, es que me hicieron ser Álvaro con más intensidad.

De golpe ya no me costó ser él. Mis manos fueron a su cadera. La sujetaba por la cintura y la

penetraba con fuerza. En golpes secos. Hasta el fondo. Con los ojos cerrados. Ella jadeaba, agradecida, y yo buscaba en su confesión aquellas imágenes que se me habían quedado grabadas. Otra vez, casi sin querer, un "¡Te gustó cómo te salpiqué en la boquita, eh!", salió de mi boca y un "¡¡Mmmmm...!!" "¡¡Ahmmmm!!" fue emitido por ella. Y tras eso un "¿Te va a caer mi polla en tu culo?" fue preguntado por Álvaro y sus jadeos se incrementaron.

—Eh... dime... ¿Te va a caer en el culito? —pregunté, sin abrir los ojos.

—¡¡Mmmhh...!! No... no me cabe... Cabrón —respondió, por fin, desvergonzada, pero a la vez especialmente sentida.

—¡Te gustaban las fotos de mi polla, eh...!

—¡¡Mmm...!! ¡¡sí... sí...!! ¡¡Joder...!! —jadeaba ella y yo abrí los ojos y vi como movía aquella melena de un lado a otro, ladeando la cabeza, gustándose, disfrutando de sí misma, de su cuerpo, de su sexualidad, de aquella polla enorme que la embestía, y de aquel crío que la estaba follando otra vez.

—¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo quisiste que te follara... ? —pregunté, de nuevo cerrando los ojos, dejando caer mi cabeza hacia atrás, sin dejar de sujetarla por la cintura, sin detener aquellos golpes secos que la empujaban hacia adelante.

—¡¡Ummm...!! ¡¡Oh...!! ¡¡Joder...!! ¡¡Dame así...!!

—¡Dime...! ¿Desde cuando...!?

—¡¡Ufff...!! ¡¡No... No sé...!!

—¡Dime...! ¡Joder...! —exclamé con una penetración especialmente profunda que la encaramó más hacia el cabecero.

—¡¡¡Ahhhmm...!!! ¡¡¡Dios!!! ¡¡Ohhh...!! Desde... desde que... ¡¡Desde que vi tu polla en aquella foto...!!

—¿Sí?

—¡¡Sí...!! ¡¡Ufff! ¡¡Ahhh... Ahh...!!! Sííí... ¡Tan pronto la vi...!

—¿Tan pronto la viste qué?

—¡¡Ufff...!! ¡¡Ahh...!! ¡¡Dame...!! ¡¡Aahhhhh...!! ¡Animal...! Tan pronto la vi... la... quería... la quería dentro.. ¡¡Follándome!! —se quejó, en un grito, con aquella venda, con aquellas medias y ligero de guarra, disfrutando de aquella follada brutal.

Los sonidos de nuestros cuerpos chocando se confundían con los de sus jadeos. Abrí los ojos y pude ver como sus tetas caían enormes de su torso y se balanceaban al compás de mis penetraciones. Me sentí otra vez aquel crío.

—¡Te follo bien...! ¡Eh...! ¡Te estoy follando bien! —exclamé yo, o Álvaro, o Álvaro en mí.

—¡¡Mmm...!! ¡¡Sí...!! ¡¡Síí, joder...!! ¡¡Dame así...!! —gimoteaba una María entregada a aquel sueño... a aquel recuerdo.

Álvaro, otra vez en mí, decidió azotar una de aquellas nalgas. Decidió llamarla guarra y decidió hurgar en su ano con uno de sus dedos. Aquel dedo se abría paso. Nadie le detenía. La estrechez de su ano me hacía palpar su interior de una manera tan nítida que me impresionaba, pero más me impresionaba recordar que aquel culo había acogido el pollón de Álvaro hasta casi la mitad, como yo había visto con mis propios ojos.

Aquellos insultos fueron recibidos con jadeos y gemidos, de igual forma que aquel dedo. Todas mis proposiciones de follarla por el culo eran recibidas con más de aquellos "¡¡Ahhh!! ¡¡Ahhh!!" "¡¡Damee!!" y dudaba si penetrarla con un segundo dedo cuando ella jadeó:

—¡Dame...! ¡Dame...! ¡Cerdo...!

—¡Sí...! ¡Te gusta...! ¿Eh...?

—¡Sí...! ¡Me encanta...! ¡Cabrón... !

Miré hacia abajo: veía como aquel consolador anclado a mí la destrozaba... como aquella goma casi rosácea salía empapada de aquel coño desproporcionado... que parecía que se salía de su cuerpo, cuando la escuché casi gritar:

—¡Al final me has follado...! ¡¡Cabrón...!! ¡¡Al final me estás follando...!!

Era una frase con una carga brutal... pues me desvelaba, para mi sorpresa, que si bien ella me había confesado ciertas frases que aquel crío le había dicho, no había confesado aquellas que ella pudiera haberle dicho a él. Irremediamente dudaba si ella estaba entonces imaginando o recordando.

Intenté tirar de aquel hilo, acelerando un poco el ritmo, en embestidas de recorridos más cortos, pero más rápidos. Manteniendo un dedo dentro de su ano, mientras mi otra mano era utilizada para azotar sus nalgas. Aquellos ¡clap! ¡clap! de mis azotes se mezclaban con sus jadeos y tuve la lucidez suficiente como para plantar mi trampa:

—Soy un cabrón ¡eh...! Un cabrón que te está follando... follando bien...

—¡¡Mmm...!! ¡¡Sí...!! ¡¡Dame... así...!!

—Creías que no te iba a conseguir follar, ¡¡eh!! —seguía embistiéndola, azotándola y con mi señuelo.

—¡¡Ahhmm...!! ¡¡Mmmmm...!!

—Dime... dime... ¡Joder...! ¡¡Creías que no iba a conseguir follarte... eh...!!

—¡¡Uff...!! ¡¡Sigue...!! ¡¡Mmm...!! ¡¡Ahhhhh!! ¡¡Aahhhh...!! —jadeaba ella, en unos gritos que aún tenían algo de contenidos, a los que aún les faltaba algo para poder compararlos con los que yo había presenciado; con los codos clavados en la cama, con aquel coño ya totalmente encharcado... pero sin caer en mi trampa

Fue entonces cuando abrí completamente los ojos y vi como ella tenía la cabeza bastante erguida y como aquel pañuelo no estaba tan tenso como antes. Aminoré el ritmo hasta detenerme. Retiré aquel dedo de su ano... y estuve tentado de oler aquel aroma escatológico. Me salí completamente de ella. Seguramente María no entendía nada de lo que hacía, ni yo tampoco. Su ano se cerró inmediatamente, pero no así su sexo. Contemplé su cuerpo. Ultrajado. Usado. Su piel tostada, su melena castaña y larga, y su culo y su coño maltratados, por mí, por Álvaro; aquel cuerpo era un tesoro del que todos querían disfrutar. Como animales, sin tabúes, sin prejuicios. Todo lo que ella nos permitiese.

Cogimos un poco de aire y anudé con más fuerza aquel pañuelo. Y reparé, sin querer, como nuestro primer consolador yacía a nuestro lado, aquella goma con aquella ventosa, también color carne y solo ligeramente menor que la que tenía anclada al arnés. De golpe deduje que podía tener también a Guille allí, pero sabía que aquel chico le producía repulsa a María, repulsión real, aunque no parecía haber un motivo concreto.

Lo del pañuelo me había salido bien. Lo de comerle el coño había salido mal. Aquello era una moneda al aire. Cogí aquella polla y me incliné hacia adelante. Con una mano agarraba el primer consolador y con la otra me sujetaba el arnés para volver a penetrarla. La invasión del coño de María por aquella bestialidad que estaba entre mis piernas fue tan sencillo que de nuevo me dejó pasmado. Ni siquiera jadeó. Como si fuera el sitio natural de aquella barbaridad. Alargué la mano que contenía nuestro primer juguete sexual y le pedí que abriera la boca, y ella lo hizo, mínimamente, hasta que notó la punta en sus labios. Ensartada por atrás... comenzó a mamar de aquella polla que yo le facilitaba con la mano sin demasiadas contemplaciones.

No podía permitirme más errores. Y sabía que Guille no podía ser aquello que chupaba.

Dejando que ella mamase de allí... y dejando que fuera ella la que echaba su cuerpo hacia atrás para penetrarse, buscando hacerlo en movimientos de enorme recorrido... dije en voz baja:

—¿Te imaginas que te follan Álvaro y Edu...? ¡Eh...! —susurré, dándome cuenta de que hablaba ahora de Álvaro en tercera persona, y ella siguió chupando aquella goma, y siguió con aquella cadencia, echando todo su cuerpo adelante y atrás.

—¿Quién te folla... eh? ¿Quién te folla y a quién se la chupas? —insistí, impactado al ver como mamaba y como se movía así... despacio... regocijándose... dándose un festín... un merecido premio... con aquellas dos pollas de goma.

María apartó un poco la boca. Se bajó un poco el pañuelo y cogió aquella polla de mi mano. Alargó entonces su brazo para pegar aquella polla en el cabezal de madera de nuestra cama. Polla que se pegó allí sin demasiada dificultad.

—Espera... échate un poco hacia adelante —dijo. Por primera vez en muchos minutos le hablaba a Pablo. Lo que quería era avanzar hacia aquel cabezal, hacia aquella polla, y gateamos unos escasos cuarenta centímetros, los suficientes como que ella pudiera tener aquel consolador al alcance de la boca.

Yo le repetí la pregunta... aunque no tenía duda alguna de la respuesta.

—Joder... me folla Edu...

—¿Sí?

—Sí... —dijo y el pañuelo acabó por caer sobre la cama...

—¿Te folló mejor Edu? —pregunté.

—Sí... —respondió, con la cara a la altura de aquella polla que había pegado al cabecero. Casi como jugando con ella sobre sus labios y sus mejillas... como retrasándolo... como queriendo castigar a Álvaro... pues ahora, completada, ensartada por Edu... no tenía prisa.

El cambio fue instantáneo y seguramente inconsciente. Lo pude notar... pude notar una alteración en ella. Aun sin el pañuelo tapando su rostro ella cerraba los ojos y recordaba a Edu. Echaba su cuerpo hacia atrás, como antes, follándose ella el arnés sin que yo me moviera... pero comenzó a emitir unos sonidos extraños. Unos jadeos diferentes... un ronroneo más apocado... más sumiso... más de niña... Fue algo tan extraño que rozaba lo malsano.

Su boca no tardó en ocuparse. Pronto dejó de querer castigar a Álvaro y se ensartó con aquellas dos pollas de goma, por Edu y Álvaro, delante y atrás, por el coño y por la boca. No pude resistirme más... Si había sido Álvaro podría ser Edu. La sujeté por la cadera, por el ligero... y la sentí tan guarra, tan cerda con aquella ropa y chupando así... que mis penetraciones pronto se hicieron intensas y rápidas. El ruido de nuestros cuerpos volvió a hacerse ensordecedor, pero sus jadeos eran ahora sustituidos por sonidos guturales... pues mientras la follaba, su boca se aferraba a aquella polla que era la de Álvaro... No dejaba de lamer y de chupar y yo disfrutaba lanzándola hacia adelante. Los "¡Hhhmmmm!" ahogados que emitía constantemente eran tan morbosos como casi ridículos... pero no le importaba, no le importaba nada, y mucho menos le importó cuando fingí ser Edu...

...Cuando de mi boca salió un:

—¡¡Te pone cachonda que te ordene como ir vestida, eh!!— le dije y yo sentía que se deshacía... que se corría... sin tocarse... mientras devoraba hasta lo irrisorio la polla que tenía delante.

A cada pregunta, a cada frase parecía más encendida, más sexual. Ella no respondía y yo insistí:

—Te follé bien en aquella boda ¡Eh...!

—¡Hhhmmmm!! —respondió en un sonido algo esperpéntico, que era mitad un "sí" y mitad un gemido de morbo y placer.

Edu se inclinó entonces hacia adelante y pronunció en el oído de mi novia:

—Cada vez que te veo en faldita por el despacho me dan ganas de volver a follarte.. ... no vuelvas a venir en pantalón... la próxima vez vienes en medias y falda, ¿quieres que te folle otra vez o no!?

—¡¡Hhhmmmm" "¡¡Hhhmmmm!!" —respondió en un sonido grotesco, gritado, ahogado en la polla de Álvaro.

—¿¡A que si...!? ¿A que quieres que te folle otra vez...? —volvió a susurrarle Edu, empalándola, lanzándola contra la polla de Álvaro... sintiendo como a María le temblaban las piernas... le fallaban los brazos... mientras seguía gritando, con la boca invadida, sus "¡¡Hhhmmmm!!" "¡¡Hhhmmmm!!" esperpénticos y desvergonzados.

Las medias, las faldas, los tacones, las órdenes, sus escotes, sus tetas... cada frase que mencionaba aquellos elementos eran más y más gemidos obscenos, casi desquiciados, enterrados en la polla de goma que le ocupaba la boca...

Yo pensaba que se correría, que llevaría una de sus manos a su clítoris para explotar por fin. Que tendría un orgasmo tremendo tras el cual se avergonzaría de aquellas frases que la estaban excitando y de aquellos gemidos tan extraños... pero lo que hizo fue apartar la boca de Álvaro, agachar un poco la cabeza y echar su mano atrás para que yo bajara un poco el ritmo; levantó entonces la cabeza, alargó el brazo hasta llevar su mano a la mesilla de noche que custodiaba la cama, y, dándome su móvil, dijo jadeante, en un murmullo descomunamente encendido:

—Grábalo... graba un audio follándome...

María, al borde del orgasmo, a punto de deshacerse, de correrse... me daba su móvil para que grabase sus gemidos... con la intención obvia de cumplir aquello... aquello de enviarle sus gemidos a Edu.

CAPITULO 25

Aquel movimiento no solo me sorprendió sino que me intimidó. Como cuando anhelas algo desde hace tiempo y una vez te encuentras a las puertas te sientes desbordado. Era impactante pensar que María, empalada por aquel arnés y chupando aquella otra polla, no solo tenía en mente el pasado: la follada que Edu le había pegado en la boda, sino el futuro: el hecho de mandarle una nota de voz desde su móvil.

María, que durante semanas parecía desaparecer y rehuir de todo lo relacionado con nuestro juego, cuando reaparecía lo hacía con todo, llegando a sobrepasarme.

Con las manos temblorosas buscaba la aplicación para grabar mientras ella bajaba la cabeza y se refugiaba entre sus codos, olvidando a Álvaro, entregándose ya solo a Edu. Y yo, como me solía suceder en aquellos contextos extremos de morbo, sentía como dicho sentimiento soterraba el resto de sensaciones de inseguridad o miedo. En este caso, además, todo multiplicado porque el hecho morboso en sí era planteado explícitamente por ella.

Los jadeos de María se incrementaban y a duras penas conseguí poner en marcha aquella grabación y dejar caer el móvil sobre la cama. No había sobre actuación en ella, sino una entrega real, a él, a aquellos recuerdos... mientras yo, con los brazos en jarra, ya no la tocaba, ya nada de mí estaba en contacto con ella, y no dejaba de alucinar al ver como echaba su cuerpo adelante y atrás, incrustándose aquello. Mi polla seguía con aquel castigo eterno, dura hasta casi el dolor durante tantos y tanto minutos, sin más contacto que el interior de aquel inanimado cilindro.

Los “¡Ahhhhh!” “¡Ahhhhh!” de María aumentaron en intensidad y en entrega, por lo que parecía completamente dispuesta a que Edu se sintiera orgulloso y satisfecho con su escucha, pero no solo quiso obsequiarle así, sino que al minuto de yo empezar a grabar ella bajó su mano derecha para acariciarse, para frotarse el clítoris y explotar, para explotar en un orgasmo pensando en Edu y para Edu.

Yo no podía hablar, por lo que me costaba más meterme en mi papel. También su propia entrega, follándose de aquella manera tan guarra aquella polla de goma, con sus incesantes “¡Ahhhhh! ¡Dioos!” me tenían tan absorto que no podía pensar en nada, solo observar, impactado.

Al no poder ser Edu, fui Pablo, y me puse nerviosísimo. Mis manos, temblorosas fueron a su cintura e intenté adaptarme a su ritmo. Ella lo aceptó y comenzó a hacer algo extraño, y es que se frotaba el clítoris y gemía sin parar, para después frenar su mano un instante, y volver otra vez; como si quisiera retrasar su orgasmo en un especie de sucesivas marchas atrás voluntarias, anunciando con aquella táctica que cuando estallase, después de aquel martirio, su explosión sería simplemente colosal.

—¡Ahhhh! ¡Ahhhhh! —jadeaba ella, excitadísima—

—¡Mmmm... ! ¡Dioos! —repetía sin parar, solapando el sonido de aquellos gemidos con el de nuestros cuerpos chocar. Cuando, sin entender yo por qué, retiró aquella mano que jugaba a conseguir y retrasar su orgasmo y la apoyó sobre la cama, como si pretendiese correrse sin esa ayuda. Ayuda que con Álvaro y Edu no había necesitado. Sus jadeos disminuyeron entonces en frecuencia e intensidad y yo eché una mirada a su móvil que yacía sobre la cama. Y no vi que se movieran los segundos... los minutos... No me lo podía creer.

Alargué mi mano y se cumplían mis peores presagios. No estaba grabando. No había grabado nada. María gemía ahora en tono mucho más bajo mientras yo no podía entender mi mala suerte.

Me fijé bien y sí había grabado algo, concretamente un segundo, por lo que deduje que había pulsado el botón de grabar y mis dedos infartados habían presionado el botón de pausa inmediatamente.

—¿Qué pasa...? —jadeó María, notando que yo ya no me movía.

—Nada... —respondí nervioso y abatido y le di otra vez a grabar, asegurándome entonces de que seguía grabando y no solté el móvil.

Lo que vino después fue un intento de María por conseguir su orgasmo sin tocarse y un intento mío de que de allí salieran unos gemidos no que satisficieran a Edu sino a María. Pero no salió bien, la cosa no iba bien. María, cansada, empezaba a desistir de su plan y yo corté la grabación de poco más de un minuto y pulse el botón de grabar otra vez. Y aceleré entonces el ritmo y unos “Mmmmm” “Mmmmm” de María sonaban morbosos, pero tenues... No había pasado un minuto de la nueva grabación cuando ella se detuvo, dándome a entender que no podía más, que desistía de intentar correrse sin tocarse y de que estaba demasiado fatigada como para buscar su orgasmo.

Corté el audio y escuché un helador:

—Sácate...

Retrocedí un poco hasta sacar aquella polla color carne de su interior, dejando allí un reguero transparente y algún elemento más blancuzco y espeso... La oquedad que descubría dejaba sin aire. Su coño, abierto y enorme, me explicaba por qué cuando yo la penetraba con mi miembro apenas podía sentir nada.

María, tremendamente frustrada por no conseguir su orgasmo, despegó la polla que estaba en el cabezal de un tirón y se bajó de la cama. Todo iba muy rápido: su súbito enfado, su proceder a quitarse el ligero y las medias negras y su enfilar el pasillo hacia el cuarto de baño. Cuando me pude dar cuenta estaba de rodillas sobre aquella cama, con aquella polla enorme sujeta a mí y con su móvil en la mano. No solo me sentí inmensamente ridículo, sino que me sentí en cierta forma un impostor, un impostor que ni con aquella monstruosidad de aliada llegaba a satisfacerla.

Me planteé entonces si María no estaría ya en otro nivel, en aquel que no solo yo no podía satisfacerla, sino que aquellos juegos y fantasías tampoco; si estaría ya entonces en el último escalón. También cavilaba sobre si aquel nivel intermedio existía... pues quizás no, quizás el nivel intermedio era un auto engaño. Quizás solo tenía dos estados, dos fases de libido: el de querer estar tranquila conmigo en polvos cariñosos e íntimos o el de quererlo todo, sin límite alguno.

Escuchaba el agua de la ducha caer mientras me quitaba el arnés y me disponía a escuchar aquellas dos notas de audio que había conseguido grabar. Cuando las escuché me di cuenta de que si bien se apreciaban ciertos jadeos indudablemente morbosos, no tenían nada que ver con los gemidos desvergonzados que había perdido.

Estaba también realmente preocupado porque María se percatase de que no había grabado bien.

Dejé de oír el sonido de la ducha cuando corté aquellos audios y ante mi apareció el escritorio del móvil con tres números encima del sobre de la aplicación del correo electrónico. Mi cerebro voló rápidamente hasta la cena, a cuando ella me había confesado que Edu le ordenaba cosas también por email. Entré inmediatamente, aun sabiendo que María podría aparecer en el dormitorio en cualquier momento. Lo que vi no fue lo esperado, pues me encontré con esos tres emails en una bandeja de entrada, pero eran correos claramente de trabajo, tenía configurado en el móvil ese correo y no el personal. Si quisiera hurgar realmente en su correo personal necesitaría más tiempo.

De nuevo con tantos frentes abiertos, con tanta información a medias, y con mi polla que no

había dejado de sufrir, encerrada en aquella cárcel.

Salí hacia el cuarto de baño, para mi sorpresa aún con la polla dura, y me crucé con ella que, envuelta en una toalla, pero con el pelo seco, entraba en el dormitorio. No nos miramos.

Llegué al lavabo. Me apoyé en él. Ni siquiera sabía a qué había ido allí. A lavarme los dientes quizás. Y seguía sorprendido de mantener aquella ridícula polla dura... Y comencé a pensar si María en aquel momento estaría eligiendo que audio mandarle a Edu. Estaba alucinado con que finalmente se lo fuera a enviar. Un mes atrás parecía una locura y ahora parecía casi el devenir normal de los acontecimientos. Cosas que en un principio me parecían inaccesibles se iban produciendo y sentía que no tenía control alguno.

—¿Qué haces? —preguntó María, a mi espalda, cogiéndome desprevenido.

No tuve tiempo a responder cuando una belleza, en pijama blanco de seda de pantalón y chaqueta, aparecía por mi lado y dejaba caer sobre el lavabo las dos pollas de goma.

—Lávalos... anda... —dijo en tono bajo.

Se dio la vuelta, pero algo la hizo volver.

—La tienes roja, ¿te hace daño?

—¿Qué? —pregunté descolocado.

—Pues... eso... que si te hace daño, la tienes como... rozada... —precisó y yo seguí el rastro de sus ojos que aterrizaban en mi miembro.

—No... —acabé por responder, comprobando que efectivamente la tenía roja y quizás algo hinchada.

—Pero no te toca mucho ¿no? Con... bueno con el interior de eso.

—Bueno, sí, a veces —respondí.

María se colocó detrás de mí. Los dos encaramados al espejo... y posó una de sus manos en mi polla. Polla que asomaba por encima del lavabo.

Yo no entendía nada y mi mente dibujó un sorprendido “¿Me vas a pajar ahora?” que mi boca no pronunció. Efectivamente mi novia, detrás de mí, apretaba sutilmente en el punto justo, masturbándome con tres dedos. Sentí tal placer... tal alivio... que no pude protestar ni sacar orgullo para decirle que no quería ser masturbado así en aquel momento.

Miré hacia abajo y vi aquellos dos pollones allí posados... y María ocultando mi polla con tan solo tres de sus finos dedos.

—¿Te duele? —insistió, en una actitud tan protectora que llegaba a humillarme.

—No...

Desvié la mirada de aquella terrible comparación de aquellos tres miembros e intenté encontrarme con la suya a través del espejo. No lo conseguí y lo que pasó después fue que ella detuvo la paja y se remangó la chaqueta del pijama, hasta el codo, para masturbarme más cómoda... o para no mancharse.

Aquella situación era tan morbosa como humillante. María, completamente tras de mí, apoyaba su mano izquierda en la parte izquierda de mi cintura y me pajeaba con la derecha. Veía su cara asomando por el margen derecho de aquel espejo, pero no conseguía adivinar qué había en aquel rostro. Tras un breve minuto masturbándome, así, con aquella manga blanca remangada, se detuvo de nuevo... y comenzó a desabrocharse los botones de la chaqueta del pijama, posteriormente pegó su torso a mi espalda y pude notar sus pechos desnudos y hasta sus pezones en contacto con mi piel. Parecía que ella suponía que aquel contacto conseguiría ahorrarle un par de minutos de aquella mecánica tarea. Y lo peor era que tenía razón... al notar su piel, sus tetas en mi espalda... su olor... algo me subió por el cuerpo... No quise recordar todo lo que me había confesado... solo quise sentir... Y no solo sentía sus tetas y pezones en mi espalda, sino también todo el calor

que desprendía su torso y hasta su corazón latir con fuerza, agitado, pues aún toda ella estaba agitada por como la acababan de follar, primero Álvaro y después Edu, en un polvo sin culminar, y sin orgasmo, porque no la habían follado ellos realmente sino yo anclado a un arnés.

A punto de correrme intenté girar mi cara un poco, pero ella no ponía sus labios a tiro, no me daba la posibilidad de un beso, ni allí, ni me la había dado en el dormitorio, ni en el coche, y a duras penas en el pub le había robado uno. La miraba a través del espejo, cachonda pero ausente...

—Ponte de puntillas... —me susurró en el oído, buscando que mis huevos también quedasen sobre el lavabo. Lo dijo y obedecí, impresionado, ya que lo decía porque sabía exactamente que mi eyaculación era inminente y yo me preguntaba cómo lo podía saber con aquella precisión.

Empecé a notar como mis músculos se contraían. Aquellas sacudidas eran ya casi frenéticas... cerré los ojos, dejé caer mi cabeza hacia atrás, allí, de puntillas, a punto de correrme sobre aquellas dos enormes pollas, de Edu y Álvaro, en una escena bizarra y extraña... comencé a jadear, entregado a su paja, a la paja perfecta de aquella María espléndida, casi angelical con aquel pijama refinado, pero a la vez contundente e implacable... Sentía que me derramaba... que eyaculaba entre unos “Oohhh...” “Ohhhh...” respirados... jadeados... y ella, como siempre, me exprimía hasta el final, aminorando un poco el ritmo a medida que me iba vaciando... hasta que derramase la última gota blancuzca.

Abrí los ojos y éstos fueron hacia abajo, hacia el lavabo. María llevaba la mano manchada hacia el grifo y con la otra mano lo abría para lavársela. Mi subconsciente había imaginado que habría manchado aquellas pollas de goma, pero la realidad mostraba un paisaje menos impactante, ya que solo habían caído sobre ellas un par de gotas sueltas. El grueso de mi semen descendía por mi tronco y se enmarañaba en mi vello púbico.

Una vez María tuvo la mano limpia se marchó hacia el dormitorio y me dejó lavando aquello.

No sabía si aquella paja había pretendido ser un favor. En otro tiempo habría pensado que lo habría hecho para que yo no le insistiese en volver a tener sexo, pero a aquellas alturas ella sabía que yo sabía cuáles eran las reglas una vez ella estaba en un periodo de máxima excitación. Por lo que sí, el único motivo que se me ocurría para aquella masturbación era el de hacerme el favor de descargarme, de darme placer aunque fuera solo por un par de minutos.

Tras asearme yo y lavar aquellos juguetes sexuales me fui al dormitorio y me encontré a María, sentada sobre la cama, como una india, en una postura característica en ella, con su móvil en posición horizontal cerca de su oído.

Guardaba aquellas dos pollas en su sitio mientras comprobaba que ella había recogido un poco el dormitorio, quitando su camisa de la lámpara y dejándola colgada del sillón y guardando su pañuelo en su cajón correspondiente, cuando ella preguntó:

—¿Es esto solo?

—Sí... —respondí inquieto, poniéndome el pantalón del pijama.

—Se oye muy bajo.

—No sé... será el micrófono que no va bien.

—No, no es el micrófono, es que esto debe de ser el final.

—Pues no sé... —respondí siendo consciente de que no tenía excusa posible.

Afortunadamente sus preguntas cesaron, al menos por ahora, y yo me dirigí a la cama, hasta sentarme a su lado.

Era un momento íntimo, pero a la vez frío. Habíamos vivido una situación tremendamente personal, que solo puedes tener con alguien de confianza extrema, pero a la vez había un ambiente de extraño recelo.

Sin embargo no tuve tiempo de reflexionar sobre cuál era el motivo real de que en aquella cama hubiera aquella distancia, aquella guerra fría, pues vi como entraba en la pantalla de las conversaciones con Edu. No hacía por ocultar su móvil ni por enseñármelo. Se mantenía en la misma postura que cuando yo me ponía el pijama. Ante nosotros apareció su última conversación, aquella en la que Edu le decía que fuera en medias al trabajo y María le respondía que se lo pidiera a Begoña. Mi novia parecía releer aquello con cierta extrañeza, como si no recordase aquello. Quizás tantos emails posteriores y superiores hubieran enterrado aquella antigua conversación. Pero lo que más me sorprendía era como no se inmutaba al saber que yo leía aquello con ella, como si ya fuera oficial en aquel dormitorio, como si ya estuviera plenamente asimilado que Edu le ordenaba según qué cosas y yo lo sabía y lo aceptaba.

De nuevo no tuve demasiado tiempo a reflexionar. María le enviaba el menos malo de los audios. Aquel en el que al menos se la escuchaba jadear mínimamente.

Me quedé bloqueado. Pegué mi espalda al cabecero de la cama. Mientras ella, fingiendo una tranquilidad que nadie podía creer, revisaba las redes sociales sin ton ni son, pasando fotos de abajo arriba sin pararse realmente a mirarlas, esperando seguramente su respuesta.

Uno, dos, tres minutos, hasta que María también se recostó. Fue entonces cuando algo apareció por la parte superior de la pantalla, lo pude ver con nitidez:

Edu: Seguro que con Álvaro gemías más.

Sentí unos nervios tremendos, pero esta vez los sentí a través de ella. No era el Edu que me intimidaba a mí, sino el que la asfixiaba a ella.

María entró en la conversación con él y no pudo disimular ya que sus dedos le temblaban.

Escribía y borraba, escribía y borraba, y yo me preguntaba qué había sido de la María que me pajeaba imponente, como una diosa, hasta vaciarme sin inmutarse.

Tras varios inicios de frase borrados fue Edu quien volvió a escribir:

—¿Cuándo te vuelve a follar?

—Nunca —escribió ella, equivocándose hasta cuatro veces, poniendo “numca” en lugar de nunca.

—Escríbele —plasmó Edu en la pantalla.

—Estás loco, está con una chica además —respondió María, algo más templada, pero dando unas explicaciones que parecían innecesarias.

—Escríbele, María, tantéale, a ver qué hace mañana.

—Estás loco... No —replicó ella.

Se hizo un silencio inenarrable. Yo no sabía si existía, si María escribía un poco en función de que yo estaba mirando o si ya había desaparecido completamente de la ecuación.

Edu no escribía. María tampoco. Los dos en línea. Me jodía reconocerlo, me jodía verla así... pero era evidente que estaba hecha un flan.

Entró entonces en la conversación con Álvaro. No me lo podía creer.

Aquel chico, como siempre, en línea, y María o lo que quedaba de ella, escribió.

—Hola.

Yo de nuevo sentía que pasaban más cosas de las que podía llegar a digerir.

Esta vez era Álvaro el que parecía escribir y borrar, hasta que en la pantalla apareció un:

—Ey, qué tal.

—Mañana ¿qué haces? —escribió María, tecleando rápido, como queriendo sacarse aquello de encima cuanto antes, como quitando algo de un tirón, para que doliera menos.

—Estoy en Madrid, en un Máster de fines de semana.

María le escribió entonces a Edu lo que le había escrito Álvaro y no obtuvimos respuesta.

María quiso disimularlo, pero tras medio minuto en silencio en una calma asfixiante en la que nadie escribía resopló... en un resoplido tenso, agobiado.

María desistía. Aunque fuera viernes era madrugada y Edu parecía haberse dormido o enfrascado en otra cosa. Yo esperaba quizás mayor insistencia por parte de Álvaro, pero seguramente al estar con Sofía no tenía mayor necesidad de seguirle el rollo a una María que había renegado de él hasta el menosprecio antes y después de habérsela follado.

María, cachonda, sin su orgasmo, inquieta, sintiendo que sus gemidos sonaban decepcionantes, se iba a dormir angustiada por no haber cerrado aquella conversación con Edu.

Podía sentir, podía casi agarrar aquella intranquilidad, que tenía a la vez una carga de sofoco por aquel orgasmo que se había adivinado que iba a ser liberador, pero que se le había quedado dentro.

Justo desistía y llevaba el móvil a la mesilla cuando apareció en la pantalla que Edu la llamaba. Si yo me sobresalté más lo hizo ella, pues tras un par de segundos de bloqueo... como un resorte bajó de la cama, sin decirme nada, y abandonaba nuestro dormitorio con su teléfono.

CAPITULO 26

No sé muy bien por qué, en el momento en el que ya no pude ver a María, empecé a pensar en que era sorprendente que noches como la que habíamos vivido en Estados Unidos con aquel hombre, o como aquella de su aniversario de Máster, que habían tenido los elementos para que pasaran grandes cosas, finalmente habían quedado en menos de lo que prometían; y, sin embargo, en esta, que no tenía más fin que el de su confesión y por tanto del desarrollo de nuestra intimidad, estaba virando, como un gran crucero, hasta situaciones inesperadas.

De nuevo Edu entraba como un huracán en nuestro dormitorio. Yo le había abierto la puerta un año atrás y también aquella misma noche... y María lo había acabado de hacer partícipe en lo que se suponía iba a ser una noche para nosotros.

No quise agudizar el oído, no quise querer saber si hablaba entre cuchicheos o con normalidad. Los cuchicheos me matarían, pero la normalidad sería fingida.

Apenas conseguía asimilar todo lo que me había confesado de lo vivido en casa de Álvaro y se me abría otro frente en el presente. De nuevo a la vez quería paz y a la vez quería estrés. A la vez quería a María haciendo cosas que me matarían del morbo y a la vez la quería tranquila y melosa, conmigo, en nuestra cama.

No tenía intención alguna de levantarme a escuchar sus palabras, pues como meses atrás en los que sabía que se escribía con Edu por las noches, me gustaba que ella tuviera su espacio en ese sentido, pues me llegaba a excitar no saberlo absolutamente todo y estaba seguro además de que si hubiera algo que yo de verdad tuviera que saber sí o sí, ella me lo diría. No tenía ninguna duda de que en aquel juego si alguien había jugado verdaderamente sucio había sido yo.

Ni siquiera tuve la tentación también porque María no tardó más de unos cinco o seis minutos en volver.

Pude, pero no quise mirarle a la cara justo a su vuelta, pues aquel espacio que quería darle también comprendía el de no juzgar cada gesto, cada expresión, por tentado que estuviera de percibir su grado exacto de excitación o nerviosismo.

Se metió en la cama y cuando presentí que iba a apagar la luz de la lámpara sí que le hablé. Ella sabía que yo no me iba a aguantar sin preguntar y también jugaba con eso.

—¿No me vas a contar qué pasa?

—Nada. He quedado con él para comer mañana.

—¿Y eso?

—Nada especial. Hemos hecho cosas peores ¿no?

Yo no sabía ni qué sentir. Solo sabía que ella acababa de masturbarme y ya estaba excitado solo por visualizarlos quedando a solas.

—¿Y lo de Madrid? —pregunté.

—¿Tú quieres ir?

—No sé... Sí... yo iría... —dije, consciente de las posibilidades que con esa escapada se podrían abrir.

—Ya... por cierto... me ha escrito Álvaro.

—¿Ah sí? ¿Qué te ha dicho?

—Toma, léelo si quieres —dijo acercándose su móvil.

Comprobé rápidamente, por la hora que su teléfono marcaba de sus mensajes intercambiados con Álvaro, que se habían escrito tras hablar con Edu, por lo que supe que su conversación con éste había sido aún más corta.

—¿Dónde está mi cargador? —preguntó mientras yo me inmiscuía en sus mensajes y le respondía que no lo sabía. Durante el siguiente minuto ella buscaba en su cajón, entre cables, dudando si había olvidado su cargador principal en el despacho, y yo buscaba sentido a aquella conversación con aquel crío.

Lo primero que vi fue que él lo hablaba casi todo y ella no hablaba casi nada. Lo segundo que vi fue que de allí no se desprendía para nada una posible quedada, sino más bien lo contrario. Álvaro le contaba sin ser preguntado que estaba con Sofia, que el sábado tenía una cena oficial de su curso y que tras la cena llegaría Sofia y que tenía clases prácticamente hasta las ocho.

—Ya ves que se monta la película él solo —dijo María habiendo encontrado su cargador en el bolso que había llevado aquel día al trabajo.

Era cierto que en los mensajes de él había cierto poso de dejarle claro que no tenía ningún interés, explicaciones por un lado innecesarias, pero por otro era cierto que ella había sido la que había escrito primero y la que dejaba caer que quizás sí fuera a estar en Madrid ese fin de semana.

María se metió en la cama y le devolví su móvil. Me hacía a mí mismo una pregunta y era que si no había intención alguna de quedar con Álvaro, si no era posible verle en aquel ínterin entre sus clases y su cena, para qué ir a Madrid entonces.

Mi novia apagaba la luz y yo a punto estaba de hacer la pregunta: “¿para qué iríamos entonces?”, pero no la pronuncié, y ella pretendía o conseguía dormir mientras yo ya elaboraba una teoría, una teoría que sería moldeada y perfeccionada por la tarde de aquel ya sábado.

No nos levantamos precisamente temprano al día siguiente por lo que la mañana apenas existió, y no fue hasta pasada la una del mediodía cuando le pregunté a qué hora y donde había quedado.

María se duchó, se vistió en el dormitorio y se disponía a salir de casa con unos vaqueros y un jersey grueso color naranja. Yo pensaba que quizás hacía hasta algo de calor para aquella ropa en aquel ya mes de abril, cuando, sospechando que se iría sin más, la paré y nos dimos un pico en los labios. Fue un beso normal, de novios, con la extrañeza de que sí vi algo en su mirada que no supe leer.

Tan pronto se fue sentí un vacío enorme. Por un lado me tensaba y me daba respeto que estuviera a solas con Edu, pero por otro veía en aquello una irracionalidad, pues pasaban horas y horas juntos en el despacho o en los juzgados, por no hablar del pasado verano y sus horas juntos

en la playa. Pero no podía evitar sentir cierta angustia.

Estaba también el tema de su indumentaria, ya que de alguna manera el hecho de que fuera a su encuentro con Edu con aquella ropa que la hacía tan dulce y tan... abrazable, por decirlo de alguna manera, me llegaba casi a doler más que si se hubiera vestido de una forma más sugerente. Como que aquella María de fin de semana, afable, adorable... solo podía ser para mí.

No solo me dolía sino que también me confirmaba que obviamente se había vestido así porque había querido y no por petición alguna.

Mi soledad era combatida con el entretenimiento de pensar si iríamos a Madrid realmente, y de ir, donde dormiríamos y cómo iríamos. Me tensaba sobremanera aquella posibilidad. Solo distraerme buscando hoteles disponibles por internet alteraba mis pulsaciones.

Antes de prepararme la comida tuve una tentación. La tentación de su ordenador portátil. La tentación de sus correos electrónicos. Quería verlos y no quería verlos. Finalmente ni llegué a intentarlo. Que quizás allí podría haber algún paso más de lo que había visto en su teléfono era una posibilidad, pero sabía que no habría mucho más que eso.

Tras aquel debate interno me di cuenta de que tan ocupado había estado dándole vueltas a la pregunta de “a qué iríamos a Madrid” que no había pensado en la pregunta de “¿para qué quedaba con Edu?”, y pronto deduje que sin duda ambas preguntas podrían prácticamente compartir respuesta.

Estaba acabando de comer cuando María me envió una foto de unos espaguetis con almejas y algún langostino. Acompañaba aquella frase con un “tenemos que venir aquí” y un emoticono de una cara amarilla relamiéndose, y yo sentí un amor inabarcable y como mi sensación de temor aumentaba. También me daba la sensación de que ella, con ciertos ramalazos melosos en momentos concretos, quería decirme a mí, pero sobre todo a sí misma, que todo estaba bien, como queriendo no ver o asumir la gravedad de nuestras circunstancias.

Me los imaginaba comiendo juntos, con aquella relación que yo había presenciado en varias ocasiones y que en el fondo llegaba a ser no fría, sino incluso gélida. Me imaginaba a María, quizás quitándose aquel grueso jersey en su presencia pues ciertamente hacía calor y me preguntaba si ella llevaría debajo una camiseta de tiras... una de aquellas que le hacían un pecho tan contundente. Aquella visión me parecía impactante y un exceso, pero después reparaba en lo absurdo de mi cavilación: como si Edu no hubiera visto todo y hubiera hecho absolutamente todo... meses atrás... con ella.

Entré por casualidad en su foto de perfil en el teléfono y la vi guapísima, con una blusa de lunares, en un viaje que habíamos hecho un par de años atrás. Estaba prácticamente igual y me fijé entonces en su mirada. Sin ser sus ojos de un azul o de un verde llamativo me parecían de los ojos más bonitos que había visto nunca, con aquel tono miel que según le diera la luz podría ascender de avellana a verde claro, y no sé muy bien por qué aquella mirada me llevó a la mirada de cuando nos habíamos despedido un rato atrás, y concluí que aquella mirada no solo entrañaba cierta fingida tranquilidad, sino también una luz potente, encendida... Quizás fueran imaginaciones mías o que yo lo quería incluso creer, pero llegaba a pensar que aquel orgasmo que no había tenido se plasmaba allí; que aquel calentón, que aquel sofoco, seguía en su cuerpo.

No mucho más tarde recibí otro mensaje suyo e indudablemente me alegré:

—Voy en un rato.

—Ok —respondí, sin ánimo de sonar seco, pero así me lo pareció viéndolo en la pantalla.

—¿Has mirado trenes? En coche igual es mucha paliza. Y hotel, claro.

—¿Entonces vamos seguro? —pregunté.

—¿No decías que querías ir? Ya te digo que no voy a hacer nada, que no va a pasar nada. Que

seguramente ni le veamos, que te veo venir.

—Vale, vale. No, no he mirado trenes, ni hotel, ni nada —mentí— ahora te digo.

Reservé el hotel que ya había ojeado y con respecto al tren había uno que salía pasadas un poco las siete y llegaba a las nueve. No había demasiadas plazas, de hecho no pude coger dos asientos juntos. Mis dedos me descubrieron, comprando los billetes, que estaba muy nervioso.

María llegó cuando me estaba duchando y cuando salí ella tenía prácticamente la maleta hecha y no quise hacerle demasiadas preguntas sobre de qué había hablado con Edu o sobre qué tal la comida. Me dispuse yo a hacer mi pequeño equipaje, metiendo todo lo necesario, y no solo en cuanto a ropa, y reparé en que había unas bolsas en el dormitorio. Me extrañaba un poco que volviendo de comer con Edu se hubiera parado a comprar ropa pero tampoco era rarísimo ni descartable.

Me fui al salón y me puse algo en la tele mientras esperaba a que ella acabara de arreglarse. El taxi que habíamos pedido no tardaría en llegar.

De primeras no reparé. La sentí aparecer en el salón y apagué el televisor. Me puse en pie y ella pasó por delante de mí, abrió la puerta y llamó al ascensor. Llevaba una chaqueta azul marino de raya diplomática, como de traje, algo larga, y una camisa blanca debajo. En las piernas tan solo llevaba unos shorts que de cortos, apenas asomaban, si es que asomaban, por debajo de la americana. Los tacones eran impactantes por como hacían lucir sus piernas, aunque no de por sí exagerados. Yo dudaba si alguna de aquellas prendas pudieran haber sido compradas aquella misma tarde y no podía estar plenamente seguro. Arrastró entonces su trolley hasta dentro del ascensor y... dentro de su jovialidad y su belleza natural irradiaba un impacto tremendo... casi como una señorita de compañía yendo, o viniendo, de estar con un cliente.

Entré con ella en el ascensor. Su pinta de puta de lujo quizás no era tan patente de frente como viéndola desde atrás, o daba esa sensación si acaso porque en el espejo de aquel pequeño habitáculo no aparecían reflejadas sus piernas. Estaba algo maquillada con su melena muy voluminosa y larga, los labios ligeramente pintados. Y sentía que aquella vestimenta me recordaba a algo.

Ya sentados ambos en la parte trasera del taxi acabé de modelar mi teoría, mi respuesta a la pregunta de por qué íbamos a Madrid. Los motivos de los tres, porque aunque solo viajásemos dos, los tres teníamos nuestras pretensiones:

Sin duda la motivación de Edu era aquel poder sobre ella, aquella especie de pasearla a distancia, aquel “vas allí, te vistes así y si acaso quedas, aunque no hagas nada, con el crío que te ha follado”. Su motivación parecía ser la orden, no el resultado final de la misma. Ese poder sobre María era su capricho y a ella le atraía precisamente aquella obediencia. Y para mí resultaba no solo morboso por el sometimiento de María, sino por el mío propio, ya que su capitulación entrañaba la mayor de mis humillaciones. Y no solo eso, sino que además aquel viaje fugaz de apenas veinticuatro horas era también una puerta abierta a que en otra ciudad pudiéramos salir a cenar... tomar algo... en un pub... en una discoteca... y poder verla atacada de nuevo.

Parados en un semáforo observé aquella chica de compañía; aquella camisa blanquísima, aquella americana carísima, y aquellas piernas cruzadas, desnudas... y descubrí a qué me recordaba aquel look de María... sobre todo aquello de que con una americana larga tapase sus shorts y pareciera que no llevaba nada debajo: era similar a lo vestido en Estados Unidos aquella noche en la que había conocido a aquel hombre.

Me preguntaba si era descabellado pensar que no solo en aquel taxi iba vestida como Edu le había ordenado.

CAPÍTULO 27

No solo había frialdad, sino distancia. Una distancia que era física en aquel taxi, pues no nos podíamos haber sentado más alejados a pesar de estar ambos en los asientos de atrás, y también emocional. Yo reparaba en que en aquellos momentos en los que yo a María no le llegaba se levantaba entre ambos una barrera enorme. Y a aquella barrera había que añadir también otro elemento, que ya era palpable, en ella y en mí, pero que por aquel entonces aún no habíamos conseguido descifrar.

Si en circunstancias normales le dejaba espacio no bombardeándola con preguntas sobre sus conversaciones con Edu, en el contexto de aquella tarde aún le daba más, llegando a disfrutar aún más de aquel espacio. Viajábamos juntos, pero separados, como si no fuéramos una pareja, sino dos individuos, que sin tener intereses exactamente comunes sí aspiraciones interconectadas.

Y digo que disfrutaba más de aquel espacio, de aquella distancia, precisamente aquella tarde, porque aquella vestimenta, ordenada más que supuestamente por Edu, la situaba en el blanco de todas las miradas. Si se desprendía un aire de chica de compañía en el rellano de nuestra casa mucho más lo hacía en la diáfana estación de tren. Y yo necesitaba de aquellos metros que nos daban el no ser una pareja sino dos individuos para verla con suficiente perspectiva. Para ver aquellas piernas en la distancia. Para ver aquellos taconazos moverse con estilo y aquel cuerpo moverse con chulería, aunque tensión, arrastrando la maleta en dirección al arco de seguridad.

Si yo disfrutaba de observarla casi como un voyeur anónimo más, ella desde luego no reclamaba mi presencia. Parecía como un pacto no escrito en el que yo disfrutaba de ella y de la situación, en la distancia, y ella jugaba a fingir que no se sentía observada.

La tensión no descendió al subir a nuestro correspondiente vagón y la distancia no se redujo cuando no fui yo, sino su compañero de viaje, quién le ayudó a subir la maleta al compartimento a la altura de sus cabezas. Un señor bien vestido, en ropa de trabajo a pesar de ser sábado, de unos cincuenta años, la ayudaba y la invitaba sentarse junto a la ventanilla, simulando una caballerosidad casual, no por ser ella.

Pero las miradas estaban ahí, las de aquel hombre y las de todos los demás. Aquella situación, de observación contenida y cuchicheos, me recordaba a lo vivido en aquel bar en aquella escapada a aquella casa rural. Era el mismo deseo, la gente con la mirada igual de sucia, solo cambiaba la clase social. Y es que aquel vagón era en sí un mal disimulado revuelo. Cualquiera que entrase y mirase aquellos ojos se preguntaría “qué pasa aquí”, como cuando entras en una partida de póker que ya tiene un pasado; cuando el nuevo viajero viese a María lo descubriría. Las mujeres disimulaban mejor, porque es más fácil disimular la inquina que el deseo.

Aunque lo más relevante no eran las miradas, sino las ausencias de las mismas. Era la cobardía, la impresión, las miradas pero a puntos muertos, llevando allí su tensión y sus fantasías. Quién sabe sino despertaba también súbitas erecciones.

Yo, sentado al otro lado del pasillo y una fila más delante que ella, me alegraba de no haber conseguido asientos juntos y me preguntaba qué pensarían de ella todos aquellos de las miradas perdidas y las pulsaciones disparadas. Y me ponía en la piel de aquel señor, dudando entre empezar a trabajar en su portátil, que ya había abierto, o si intentarlo, si buscar un más que probable ridículo.

La miré. Tecleaba en su móvil, escribiéndole a alguien que no era yo. Con la americana abierta y la camisa correcta y castamente abotonada, sin escote alguno. Con las piernas cruzadas y

una cara de desidia que ocultaba un calor interno insoportable, pues aún guardaba aquel orgasmo, pensando en Edu, inacabado. Los mirones verían una mujer gélida, inalcanzable, inconquistable; quizás, los más osados y malpensados una puta cara, pero lo que no podrían ni imaginar era su sofoco, un sofoco por estar allí, por orden Edu, vestida por Edu.

Que a ella le excitase más una orden de Edu que el mejor polvo que pudiera haber echado conmigo era desgarrador y tremendamente morboso a la vez. A aquellas alturas ya no tenía ninguna duda.

Si efectivamente aquella ropa era una orden y si la ropa de aquella noche en Estados Unidos también lo hubiera sido, me preguntaba si habrían habido otras órdenes, o peticiones, o caprichos, y si serían de otra índole. Llegué a pensar en su vuelta al gimnasio, aunque en absoluto le cambiaba el cuerpo a María y parecía claro que iba más que nada a despejarse, y en seguida lo descarté. E intentaba pensar en otras hipótesis, pero no acababa consiguiendo llegar a ninguna conclusión.

El tren arrancó y aquel hombre que estaba sentado junto a María no tardó demasiado en probar suerte. No le frenó ni el miedo al fracaso ni su anillo de casado, e intentó entablar algún tipo de conversación, pero ella cortaba sus intentos con sequedad y sin medias sonrisas, rogándole con aquellas respuestas cortas que ni lo intentara. Como en una especie de “pareces un buen hombre, no te humilles”.

A los pocos minutos, a una pregunta que no pude entender, pero siempre en tono afable, de aquel señor, ella, ya hastiada, contestó con un vejatorio “venga, ya está”, dicho en un susurro casi protector. Una frase que contenía un “ya sé que quieres follarme, como todos los cerdos de este tren, pero olvídate, no me molestes”. Y es que a María empezaba a serle más fácil disimular que no se sentía observada, que disimular que no sabía que se la querían follar.

CAPÍTULO 28

Necesitaba un respiro. No podía mantener aquel ritmo de tensión. Las últimas veinticuatro horas habían estado cargadas de una permanente y asfixiante atmósfera sexual. Yo podría intentar escapar de aquella tensión desviando mis ojos de María, pues ella en aquel momento, en aquel vagón, era sexo en sí misma. Pero ella no. Ella no podía escapar de aquella atmósfera porque ella eran los propios gases que la componían. Tampoco sabía si ella quería escapar de aquel agobio o si anhelaba cada mirada sucia y cada mensaje que Edu o Álvaro pudieran enviarle.

Para buscar mi tranquilidad tenía que dejar de observarla, a ella y a los que la miraban o mal disimulaban no mirarla. Tenía que dejar de imaginar qué pensarían de ella, si la considerarían una puta o una mera calienta pollas, dejar de darle vueltas a si ella era consciente de la imagen que proyectaba. Dejar de darle vueltas a para qué viajábamos, a qué pasaría. Dejar de darle vueltas a con quién se escribiría desde su móvil casi sin parar.

Cada minuto sin pensar en todo aquello era un pequeño triunfo, pero no era fácil. A la tercera o cuarta vez que estuve tentado de volver a observarla decidí levantarme de mi asiento, pasar por el aseo y acabar en el vagón de la cafetería. Cualquiera excusa era buena para buscar coger aire en aquella vorágine asfixiante.

Allí de pie ojeaba los periódicos sobre una mesa y la gente hablaba distendida, ajena a todo. Y yo me preguntaba una vez más cómo podía haber vivido treinta y tantos años así, en aquel nihilismo, en la más absoluta nada; pues todo lo que no fuera aquel juego que me traía con María me parecía vacío, vago e irrelevante. Me parecía que solo me daba vida aquella locura.

María me tenía que haber visto abandonar el vagón, o al menos se habría dado cuenta de que ya no estaba. Sin embargo no me buscaba, seguía sin buscarme. Seguíamos siendo uno y uno y no dos.

El tren hizo escala en una estación intermedia y cuando me sentí con fuerzas me dispuse a afrontar otra vez nuestra nueva realidad. Caminaba por los vagones en busca del mío hasta que una vez allí descubrí que el compañero de viaje de María la había abandonado y ahora viajaba sola.

No me miró pero sentí que me presentía. Y no me senté a su lado sino en mi sitio. Y otra vez ella tan pendiente de su teléfono móvil.

No me pude contener hasta que yo mismo le escribí, a pesar de estar a un par de metros de distancia. Le pregunté con quién se escribía tanto y recibí un escueto: “Con Inés”. Le respondí con tres puntos suspensivos, dándole a entender que aquello era difícil de creer, pero no me respondió.

Me levanté y oteé aquel vagón en el que unos dormían y otros estaban a sus cosas; pero seguro muchos pendientes de echar una última mirada a aquella chica cuando el tren llegase a su destino y ella tuviera que ponerse en pie y desfilarse por delante de ellos.

A pesar de aquella distancia que nos traíamos pensé que acabaría por preguntarme si no pensaba sentarme junto a ella lo que quedaba de viaje. Otra vez, y como casi siempre, claudicaba yo y a los pocos minutos ocupaba el asiento que había ocupado antes aquel señor. Ni siquiera una vez sentado junto a ella me habló y tuve que ser yo:

—Con Inés, entonces.

—¿Qué pasa? ¿No me crees? Está de cumpleaños, la he felicitado, y ahora no para de rayarme.

Efectivamente aquella pantalla me desvelaba que estaba en lo cierto, pero no me daba la

impresión de que llevara todo aquel tiempo escribiéndose solo con ella.

—¿Y solo con Inés? —quise incidir.

Ella no respondió. Ni siquiera resopló, común en ella cuando quería exteriorizar hastío, ni mostró desagrado.

Sentado junto a ella sentí algo diferente, un olor diferente, un perfume diferente. Antes siquiera de que pudiera sospechar algo extraño le preguntaba por dicha colonia.

—Me la he echado otras veces —respondió y sobrevolaba en el aire ya no solo la nueva fragancia sino la sombra de la duda de que aquel olor obedeciera a otra petición. Aunque de nuevo no podía estar cien por cien seguro. Ella me leyó la mente:

—Tranquilo... si no me crees cuando volvamos a casa ves el bote por la mitad.

—No, no. No iba por ahí.

—Ya...

—No, lo digo en serio. Si bien... con eso de que... os mandáis emails como me dijiste anoche... claro, estoy algo falto de información.

Se giró levemente hacia a mí. Parecía que por fin sí merecía cierta atención.

Se atusó el pelo hasta liberar la parte izquierda de su cuello y volcar toda su melena por el otro lado, me miró con gesto altivo y me dijo, empezando otra vez con aquella palabra:

—Tranquilo, que no te falta ninguna información.

—¿Tú crees? Algo habrá en esos correos que sea relevante.

María bajó la bandeja del asiento que tenía delante y posó allí su teléfono móvil.

—Pues no. Nada relevante —respondió seca, pero siempre tensa.

Se hizo un silencio que yo aproveché para observarla. Para observar cómo le sentaba de impecable aquella americana y como la camisa blanca caía suelta por delante, disimulando como podía aquellos pechos más que generosos. Estaba guapísima. Muchas veces no entendía cómo podía ser tan guapa, pero morbosa a la vez. Al segundo de mirarla sentías que te enamorabas y un segundo más tarde uno solo podía pensar en follarla. Era las dos cosas a la vez, cada momento, en un bucle constante.

—En serio, Pablo, no hay nada que contar —dijo en un susurro que desprendía cierta tregua— ponte esto, ponte lo otro, Víctor esto, Víctor aquello. El juez tal, el juez cual. Y después en persona no me dice nada. A veces le hago caso, a veces no. No hay más.

—¿Qué fue lo más... fuerte que te ha pedido? —respondí también en tono bajo.

—Nada, Pablo. Ya está —quiso zanjar, de forma menos conciliadora.

—No. Dime. Algo habrá más fuerte que eso.

—Igual te parece poco fuerte que me diga que me ponga tal camisa porque le pone al psicópata de su amigo... ¿no? ¿Qué quieres que te diga? —preguntó en tono desafiante, siempre contraatacando al verse acorralada— que... a ver, si quieres me lo invento, y te digo que... un día me dijo que fuera sin bragas y uff le obedecí y estuve mojada todo el día... sin bragas... pensando en él, ¿Te gusta así?—

Me quedé callado un momento. Sus palabras me golpeaban, y también lo hacía su, para mí, nuevo perfume, hasta el punto de a veces sentir que no era la María de siempre.

—Y... ¿lo de Álvaro?

—Lo de Álvaro qué.

—Que aún me faltan... pues... horas... de lo que pasó en su casa.

—¿Qué quieres? ¿Que te lo cuente ahora?

—No, no.

—Sí, si quieres te lo cuento ahora —me interrumpió, en tono chulesco, mirando su reloj—

¿por dónde íbamos?

—No, es igual.

—¿Entonces para qué me sacas el puto tema? Tenemos un rato, te lo cuento. No hay problema.

—Pues mira —rebatí ciertamente mosqueado— íbamos por... cuando me fui... Guille te estaba follando, te tenía a cuatro patas, y Álvaro te había metido la polla en la boca, boca que abriste... como si no te hubieras comido una en años... —tan pronto pronuncié aquella última frase supe que podría ser utilizada fácilmente en mi contra. Pero ella no entró por ahí. Resopló, como esbozando un “esto es increíble” con aquel resoplido, se giró un poco más hacia mí y... su pantalla se iluminó.

Miró en su móvil, y yo también miré. Era su amiga de nuevo. Tecleó y estuvo como un minuto dejándome a la espera. Siempre sus tiempos. Hasta que posó de nuevo su móvil y dijo:

—¿En serio te lo voy a contar aquí?

—En tono bajo, si puede ser —dije queriendo sonar distendido, quitándole peso a aquella situación, siendo yo entonces el que buscaba bajar nuestra actitud arisca. Aquello era una montaña rusa. Saltábamos del reproche al armisticio sin ton ni son, seguramente porque no solo no entendíamos a la otra parte sino que a aquellas alturas aún no nos entendíamos ni a nosotros mismos. Y es que que hubiera una barrera entre ambos, una distancia, que no procediera el afecto en aquellos contextos, no tenía por qué implicar tampoco una guerra continua.

—Vale... pues... te fuiste, ¿no? Que no sé a dónde coño te fuiste...

—Al sofá —interrumpí.

—Vale... te fuiste a tu querido sofá... y... joder espera— detuvo su confesión al ver que su teléfono de nuevo se iluminaba.

Yo observé en un principio como tecleaba, intentando finiquitar aquella conversación, y después mis ojos fueron al contorno de su pecho bajo su camisa de seda blanca. En seguida me pareció advertir que sus pezones se marcaban mínimamente, atravesando aquella camisa fina y desvelando que su sujetador debería ser de una textura también finísima.

De aquella aún no lo sabía, pero aquella confesión iba a ser durísima, quizás incluso más que su confesión previa; y durísimos se le irían poniendo los pezones a medida que fuera contándome, tanto como para acabar marcando la camisa de tal forma que cualquiera pudiera ver su calentura a metros de distancia.

CAPITULO 29

—Está bien... —dijo María una vez posó de nuevo su móvil.

Aquel “está bien” parecía sonar como un “tú lo has querido”, si bien a mí me daba la sensación de que ella quería sacar aquello de dentro. Y es que si de verdad no había nada especialmente fuerte en aquellos correos con Edu, el hecho de sacar todo lo sucedido en casa de Álvaro sería poner el contador a cero en cuanto a cosas a confesar. Conocía a María, su madurez, su sobriedad, sabía que una vez no había podido enterrar bajo la alfombra lo sucedido aquella noche, entre otras cosas por mi insistencia, no estaba a gusto con testimonios a medias.

—Pues eso. Lo que decías. Que... te fuiste al sofá mientras Guille me daba desde atrás y... eso... que Álvaro me... había metido su pollón en la boca... —dijo en un tono bajísimo pero inteligible. Sería.

No dejaba de sorprenderme su frialdad a la hora de pronunciar aquellas frases tremendas. Pero no solo las palabras, su porte, su inflexión, ya denotaba desde el principio que no pondría paños calientes. Sinceridad hasta llegar a la crudeza. Implicándose también psicológicamente, como lo había hecho ya cuando me había confesado lo anterior, y aquel poso... de no cortarse lo más mínimo... de no querer evitar hacerme daño.

Hablaba entre susurros, parcialmente girada hacia mí, pero sin mirarme realmente, quizás con la excusa de hacer memoria. No parecía posible que nadie pudiera escucharla, si bien el hecho de sentir aquel vagón medio lleno le daba a su narración un plus de tensión y osadía.

Su perfume, su mirada, que no había dejado de estar encendida desde su orgasmo interrumpido, su cruce de piernas, sus tacones, el contorno de su pecho bajo la camisa impecablemente planchada, la galanura de sus gestos y de cómo vestía aquella americana larga. Todo aquel compendio le daba a sus frases, de por sí impactantes, un erotismo infartante.

—Pues... nada —prosiguió— entonces creo que la chica esa se debió de ir...

—Bueno... tuvo que pasar bastante tiempo aún entre que yo me fui al sofá y ella se fue de la casa —interrumpí— de hecho me quedé dormido... y me llegó a despertar ella al irse.

—Mmm... no sé —dijo, haciendo memoria— A ver. Me acuerdo, eso, de... estar con los dos y ella pues... no la recuerdo más allí. Se iría. Vería que no pintaba nada. Se iría a vestir a la otra habitación, o a dormir. No sé. Lo que sí es seguro es que no recuerdo estar... vamos, que no recuerdo... —susurró en tono aún más bajo— no recuerdo a Guille follándome... y lanzándome contra la polla de Álvaro... y que ella estuviera allí.

Aquel “vería que no pintaba nada” que había pronunciado María era en cierto modo su victoria. María daba a entender que ella ganaba. Le había ganado a Sofía, de la que ni siquiera quería pronunciar su nombre. Si bien Sofía parecía haber ganado la partida en un principio, llevándose a Guille, del cual ambas se habían encaprichado en un principio aunque después este le repugnara a María, finalmente, una vez habían tenido a las dos entregadas, se habían centrado en mi novia y pasado de Sofía. Quizás porque estuviera aún más buena, quizás porque follarse a María, además entre dos, fuera una oportunidad más irrepetible. O quizás por ambas cosas.

—Pues eso, se habría ido un rato al otro dormitorio. Lo que sí me acuerdo es que en aquel momento empezaron ellos a hablar de mí, pero hablando entre ellos. Quiero decir que como que hablaban de mí, conmigo delante, refiriéndose a mí, pero como si yo no estuviera.

—¿Y eso? ¿Pero qué decían?

—No me acuerdo... De esa parte de la noche me acuerdo menos. Bueno —dijo en un tono un

poco más alto, mostrándome que algo le había venido a la cabeza— sí, recuerdo en aquel momento que Guille estaba obsesionado con el ligüero, como un puto crío, que yo no lo veo para tanto. Que qué guarra, que qué pinta... y tiraba de él... mientras... me follaba... y yo pensando que me lo rompía el muy imbécil... Y Álvaro no sé qué decía pero también hablaba de mí como si yo no estuviera. La verdad es que me jodía que hablaran así de mí... cada segundo dudaba en mandarlos a la mierda...

Yo me imaginaba a María, como la había dejado en aquel dormitorio. A cuatro patas sobre aquel sucio catre, en medias negras, ligüero y nada más, embestida por Guille desde atrás, el cual le tiraría del ligüero y la insultaría... y chupándosela a Álvaro, que, de pie, y al otro lado de la cama, le daba polla... se deleitaba con el calor que le daría la boca de María... y notaba mi miembro crecer y palpar.

—Y... eso... recuerdo estar a punto de parar muchas veces... sobre todo por Guille. No podía soportar que me... follara... y para colmo como ridiculizándome... Y... después Álvaro se apartó... y me estuvo mirando un rato así... sin moverse... y como que le... jaleaba...

—¿Cómo que le jaleaba?

—Sí... en plan... dale más caña... que le gusta fuerte... no sé. Eso no lo dijo así literal. Pero por el estilo, como dándole a entender que él sabía a ciencia cierta como que a mí me gustaba que me dieran caña... No sé... era por momentos... desagradable... aunque es cierto que si yo hubiera querido parar los habría mandado a la mierda... y...

—¿Y le hacía caso? —no pude evitar interrumpir de nuevo.

—¿Que si le hacía caso a lo de darme más fuerte?

—Sí, vamos, que si... se venía más arriba Guille al decirle aquello Álvaro.

—Bueno... sí... recuerdo... que me pedía que le mirase... Sí. Me tiró del pelo y me pidió que le mirase... y me metía uno o dos dedos en la boca... Toma, ponla arriba, donde la maleta, anda —interrumpió su narración y comenzó a quitarse la chaqueta. Yo me imaginaba siendo follada desde atrás por Guille y éste diciéndole que voltara la cabeza para mirarle... y él metiéndole un dedo en la boca... y ella chupándole ese dedo... mientras la follaba... y mientras Álvaro miraba y le decía a Guille que le hiciera más guarradas... y mi polla derramaba preseminal sobre mi calzoncillo de manera casi constante.

En pie, en el pasillo de aquel vagón, posaba su chaqueta sobre su maleta mientras ella incidía en que lo hiciera con cuidado, maniática siempre con su ropa. Cuando volví mis ojos a ella, no me miraba, y, al contrario que casi siempre, no se había remangado la camisa al haberse quitado la chaqueta. Toda ella era por tanto una camisa de seda blanca y tacones negros; cualquiera que la viera hasta podría imaginar que no llevaba puesto nada más.

Me senté de nuevo a su lado y en silencio podía sentir como hacía memoria, y daba la sensación de que lo hacía para ella, más que para mí. Solo al pronunciarlo en voz alta llegaba a ser para los dos.

Tras unos instantes en los que ella no miraba hacia ningún punto concreto, pero que entrecerraba los ojos por momentos, quizás por venirle súbitas imágenes a su cabeza, dijo en un susurro:

—Bueno... ¿más?

—Sí.

Hizo entonces un pequeño gesto de contrariedad, como si todavía no llegara a comprender del todo, por mucho que llevásemos más de un año con aquello, que yo quisiera escuchar lo que me fuera a contar, como si aún le pareciera incomprendible aquel vicio mío.

—Pues... eso —prosiguió de nuevo girada un poco hacia mí pero sin mirarme, y atusándose la

melena que llevaba a una parte de su cuello, dejando a la vista la parte de su cuello más cercana a mí— pues... a ver... la verdad es que... Guille en aquel momento me... me estaba dando bien, no voy a negar ahora que en aquel momento no me folló... bien... no como Álvaro, ni mucho menos... pero sí, bien... aunque no dejaba de darme un poco de asco cada vez que... le seguía el rollo y giraba la cara hacia atrás y... le veía como esa... panza... medio deforme... como de viejo... es que era como una barriga de viejo en un cuerpo joven... era raro a la vez que asqueroso... yo prefería no girarme... pero sin embargo de cuando en cuando me giraba... y nada... después... no sé qué pasó después la verdad... tengo como flashes...

—¿Flashes? —pregunté de forma automática, en un limbo, pues yo estaba de golpe en aquella habitación... y podía ver como Guille la follaba... repeinado, casi grotesco, con aquel tic extraño en su cuerpo y su cara de triunfo... Me dolía y me ponía por partes iguales.

—Sí, flashes, ¿qué pasa? ¿No sabes lo que es?

—Sí, sí.

—Pues eso... me vienen varias cosas a la cabeza que pasaron después... pero si te digo la verdad no estoy segura del orden. Recuerdo estar los tres en la cama. Yo en el medio. Recuerdo estar de lado besándome con Guille y tener a Álvaro detrás. Y... que yo quería besarme con Álvaro, pero que ellos siempre me acababan girando... Sobre todo porque Álvaro... pues eso... obsesionado con mi culo. Es que eso. Recuerdo besarme con Guille tumbados los tres de lado en la cama y detrás Álvaro metiéndome un dedo o quizás dos en el culo. Y ellos hablar otra vez de mí, pero sin referirse a mí.

—¿Cómo qué? ¿Qué decían?

—No sé... la verdad... no sé exactamente.

—Joder... más o menos...

—Pues... Álvaro... decía lo del culo... no sé, cosas en plan... “le voy a romper el culo”, “le voy a dar por el culo al final...”, cosas así... y... Guille me acariciaba las tetas... además de forma un poco brusca... mientras me besaba y decía... decía... en plan “qué tetas tiene, parecía que tenía, pero no tanto”, algo así, como que vestida no le había dado la impresión de que las tuviera así, o algo así... Pero sobre todo recuerdo querer girarme... porque Guille cada vez me repugnaba más... y alguna vez sí que giraba la cabeza y me besaba con Álvaro... pero en seguida me llevaban a besarme con Guille... que acabó bajando hasta... besarme o... comerme las tetas... porque... joder recuerdo sus dientes allí... que me dolía un poco... y... —dijo justo antes de notarse claramente que le había venido algo a la mente— y... sí... creo que Álvaro ahí me la metió... que Guille me comía las tetas todo cerdo mientras Álvaro me la acabó metiendo... claro... a pelo en aquel momento... sin ponerse nada.

Yo imaginaba lo que me contaba. A Álvaro follándola sin condón y a Guille besándola y después comiéndole las tetas... y mi polla ya marcaba una erección máxima. Miraba a María, acalorada, ya sonrojada, y... con ambos pezones marcando su camisa. Podía ver como se transparentaba aquel sujetador finísimo, podía sentir su sofoco, su escote brillante por la calentura y sus manos cada más nerviosas jugando con su pelo. Descruzó las piernas, para cruzarlas otra vez, no pudiendo disimular su tensión, y prosiguió:

—Y... no sé cómo nos acabamos girando... o moviendo... pero después recuerdo tener a Álvaro encima, follándome... y... o sea, Álvaro encima, pues en misionero, y... ver como el cabrón de Guille se ponía sobre mí, con las rodillas a ambos lados de mi cuerpo... y... con su polla cerca de mi boca... joder... Sí...

—¿Sí, qué?

—Eso... que... recuerdo eso. Álvaro follándome pero Guille sobre mí, con su polla cerca de

mi boca... la posaba sobre mi cara... y... yo con los ojos abiertos y aquello en mi cara... hasta que no sé si él la movió... o fui yo... pero... eso... que al final me la metió en la boca... Recuerdo estar con los ojos abiertos, mirando hacia arriba y ver a Guille... yo chupándosela a ese idiota mientras Álvaro me follaba... Y otra vez a punto de mandarlos a la mierda a los dos... pero no poder... es que... buff... yo creo de hecho que me corrí así... con las manos... en el culo de Guille mientras me follaba la boca y Álvaro... el muy cabrón... que no se corría nunca... dándome sin parar...

—Joder, María...

—¿Querías que te contara, no? —preguntó una María que otra vez me humillaba a mí y se humillaba a ella, siendo incapaz o no queriendo contar aquello sino era con todo lo que recordase y con toda la carga emocional.

—Sí...

—Es que... recuerdo... es curioso pero recuerdo incluso más los olores... y el tacto... el olor de la polla de Guille cuando la tenía en mi cara... con una mezcla de látex de preservativo y semen de haberse corrido varias veces... un olor fortísimo... y después aquel sabor en mi boca... y eso... sentirla medio blanda en mi boca... y el tacto de agarrar su culo... que... era bastante duro... eso, agarrar su culo para que no me la metiera en la boca demasiado fuerte... y recuerdo mirarle la cara de chulo y temer que se corriera... que se corriera en mi boca o en mi cara...

—¿Y...?

—No... No se corrió. Se le llegó a poner bastante dura... pero no se corrió... Y... eso, lo que decía antes... que creo que me corrí así... y... después... —dijo de nuevo pensativa, llegando a mirarme por fin directamente a los ojos— ¿Cómo estás? —me preguntó de repente.

—Pues... imagínate...

—¿La tienes dura?

—Sí...

—¿Y no te... no te molesta? ¿No te la colocas?

—¿Cómo hacía tu ex? —pregunté sorprendido y sintiéndome súbitamente atacado.

—Sí, bueno, como hará todo el mundo —dijo rozando el sadismo.

—Si quieres me la coloco, pero no me molesta.

—¿Hacia dónde la tienes?

—Pues hacia un lado —respondí sin entender a donde quería llegar. Me parecía que se sacaba de la manga y de repente, un juego macabro.

María, acalorada, marcando pezones, con parte de su melena tapándole la cara, visiblemente excitada, parecía de golpe disfrutar jugando a humillarme, como si quisiera pagar conmigo su sentimiento de culpa por ponerse cachonda al recordar como aquellos críos la habían follado.

Miró entonces su reloj. No faltaba mucho para llegar.

—Bueno ¿sigo? —preguntó y ante mi afirmación prosiguió, y supe que me iba a resultar casi imposible no tocarla, no besarla... durante su narración— y... no sé qué pasó después... pero otro recuerdo que tengo es estar subida sobre Guille... no sé si Álvaro se había ido al baño o al armario a por otro condón, pero recuerdo estar subida encima de Guille y... no querer mirarle pero a la vez querer mirarle, como que... como que me ponía cachonda que en el fondo me diese asco... una cosa rarísima... pero recuerdo aquella sensación... y a él diciendo “qué bueno... “ “qué bueno...” es que tengo esa voz en mi cabeza aun... ¡dios! Era asqueroso... pero... no paraba... y... después sentir a Álvaro detrás... y como que... pretendía metérmela... pues eso... por el ano... o sea, como los dos a la vez... y yo le aparté...—

Miré a mi alrededor rápidamente, no parecía haber nadie ni delante ni detrás ni al lado...

estaba a nada de... no sacarme la polla, pero al menos tocarme un poco, sentir en mi mano la humedad de la punta... Nadie cerca... Nadie me vería... pero no me atrevía... todo esto mientras ella continuaba:

—Le aparté y... creo que fue Guille quien medio se empezó a reír... diciéndole que si estaba loco que cómo pretendía meterme eso por el culo así... Le decía... algo como... “¿a dónde vas con eso?” y... si... en plan... “La vas a matar, estás loco”. Como que se reía de cómo pretendía meterme así... Pues eso... con el pollón que tiene... y... al final me salí... y como que a Álvaro le pareció mal lo que había dicho Guille... No me acuerdo... lo siguiente que recuerdo es que estábamos Álvaro y yo en la cama, yo a cuatro patas... él detrás de mí... y... vamos... a él intentando darme por el culo...

—¿Y te dejaste?

—No es que me dejara o no. No sé. La verdad es que por un lado ni me creía lo que estaba pasando y por otro no me parecía más locura que todo lo demás que llevábamos horas haciendo. Y... le dije que parara... y después... como que echó a Guille... le dijo que nos dejara solos y... no me acuerdo... creo que Guille protestó o que quería correrse una vez más, no sé... pero Álvaro y yo ya estábamos a eso... y se acabó yendo... y... recuerdo a Álvaro intentándolo... yo la verdad es que por un lado me jodía que al final lo acabara haciendo... pero si no hubiera querido le habría parado... y... joder... le decía que tuviera cuidado... Es que recuerdo agarrar las sábanas con fuerza y cerrar los ojos... y sacar como el culo hacia arriba... porque eso... yo estaba como... a cuatro patas... con los codos apoyados... y joder... no sé... me la acabó metiendo... no sé cuánto... igual hasta la mitad... Él me decía “ya está... ya está...” es que me decía algo en plan “la punta es lo peor, que es lo más ancho”, pero no. Yo sabía que no la había metido entera...

No me pude contener. Verla sudada. Con aquellos pezones enormes atravesando la seda de la camisa, anunciando que estaba cachondísima, que se ponía cachondísima recordando como aquel crío se la había metido por el culo... y no me pude contener... Alargué mi mano y la llevé directamente a una de aquellas voluptuosas tetas que se marcaban bajo la tela blanca. Acaricié aquella teta, como paso previo a querer también palpar el enorme pezón que la coronaba... pero tan pronto me sintió dijo:

—... No... no me toques... no seas cerdo. Aguántate mientras te cuento esto —protestó altiva, chula, apartándome la mano, mano que mientras reculaba yo escuchaba un: “No la cagues ahora, que estoy acabando”:

Creo que nunca me había hablado de manera tan déspota.

No pude ni responder, mientras ella, sin inmutarse, sin reconocer que se había pasado, movió su melena a la otra parte de su cuello y prosiguió, prosiguió sin mirarme a la cara, importándole bien poco que pudiera haberme molestado.

—... Y eso... que me la... me la había metido hasta la mitad... y empujaba... y le dije que parara... recuerdo gritar... y él decirme que me tocara... que me tocara el coño mientras iba avanzando, que eso me ayudaría. Pero no me ayudaba una mierda. Llegó un punto que ni para adelante ni para atrás. Que solo con moverse un milímetro sentía que me partía en dos... Y... al final acabó por salirse... y volvió a insistir... y le dije que no... pero después accedí... y otra vez nos pasó lo mismo... Le acabé diciendo que con aquel pollón era imposible... hasta que desistimos.

Me la imaginaba, ensartada por aquel pollón hasta la mitad, como la había visto. Chillando, de dolor, de impresión... pero cachonda como nunca... y tocándose... llevando su mano abajo, entre sus piernas... a aquel coño precioso... pero destrozado... Con las medias, el ligero, con aquella pinta de puta... y finalmente enculada por aquel crío... después de haberse reído de él infinitas

veces por mensajes de móvil.... Después de haber pasado de él, después de haberle vilipendiado y de haberse burlado por pensar que podría ligar con ella... al final con su polla metida en su culo hasta la mitad.

Me quedé callado. Nos quedamos en silencio. Yo no sabía qué decir... Finalmente, sin saber muy bien por qué, quizás por guardar aún resquemor por su despotismo y por querer contraatacar a su terrible desplante, queriendo hacer daño, susurré:

—Bueno... ten por seguro que le habrá dicho a sus amigos que... te dio por el culo.

—... Vaya... No creo que pueda dormir pensando en que va diciendo eso por ahí —replicó, tan irónica como gélida.

Miró de nuevo el reloj. Tenía los ojos vidriosos por la calentura. Toda ella era un negar la evidencia constante de que se empapaba con su propia confesión, con sus propios recuerdos. Se podía sentir casi transpirar su excitación. Si no se había desabotonado un solo botón de la camisa era porque no quería reconocer su sofoco. Pero sus mejillas la delataban. Sus pezones reventando su sujetador y su camisa la acusaban. Y sus cruces de piernas. Y su voz tenue y entrecortada. María estaba que se fundía mientras recordaba. Su coño tenía que ser un auténtico charco... como encharcado se lo habían dejado aquellos críos. Me imaginaba su ano completamente abierto una vez Álvaro retiraba su pollón de aquella cavidad y no aguantaba más sin sacarme la polla allí mismo.

—Y... ¿qué más...? —prosiguió, afectada, pero siempre queriendo fingir distancia— después nos quedamos dormidos, yo creo... y... recuerdo que él me despertaba a veces... y... me besaba... ya era de día... Se despertaba, nos besábamos... y... me follaba... era como si estuviera soñando... A veces ni abría los ojos... me besaba la nuca... la espalda... me apartaba el pelo... me separaba las piernas... y me follaba... Era todo más tranquilo... recuerdo sus ronroneos follándome... y recuerdo correrme así... y quedarnos dormidos otra vez... Recuerdo que me abrazaba por detrás... y nos dormíamos así... pero pronto se despertaba otra vez y volvía a follarme... él encima... o me despejaba un poco y me subía a él...—

No sabía si María decía aquello de abrazarse con especial intención de hacerme daño, o simplemente quería ceñirse a lo que recordaba, pero lo cierto era que los imaginaba y sentía un dolor terrible. Tampoco tenía demasiadas dudas de que todas aquellas veces que se despertaba y la penetraba... lo hacía sin condón...

—Y... recuerdo una vez que me desperté y él dormía. Y quise irme. Pero sabía que era bastante probable que se despertase mientras me vistiera. Y que de hacerlo me iba a querer follarse otra vez ... y no me apetecía que me diera el coñazo para un último... polvo... y... no sé... recuerdo ponerme en pie y verle la polla... hacia un lado... enorme... y no sé si... no sé si para evitar que quisiera volver a follarme... seguramente por eso... que quise que eyaculara de una vez y se quedara dormido y poder irme tranquila... así que, eso... me tumbé a su lado... él boca arriba, sin moverse... le chupé los huevos... el tronco... la punta... se la estuve chupando con calma minutos y minutos... Él... me apartaba el pelo de la cara casi constantemente y a veces levantaba un poco la cadera como para... para metérmela él en la boca... no sé... era raro... porque era guarro pero era tranquilo a la vez... y no sé... igual estuve como veinte minutos chupándosela... pero no me importó...

...Yo alucinaba con que no se corriera... la tenía durísima que le explotaba, pero no se corría... y... me decía... pues... garradas de las tuyas... mientras me apartaba el pelo... en plan... “cómo la comes... cerda...” o... guarra, decía... no me acuerdo... hasta que... eso, igual a los quince o veinte minutos, me dijo que se iba a correr y me dijo que me lo tragara... pero yo no quería... no sé por qué me dio con que quería que... como que me salpicara a la boca... quería

sentir salir su semen y que rebotase de mis labios... y... eso... él me decía... “trágatelo...” pero no, le pajeaba a centímetros de mi cara... hasta que uff... por fin... se pegó una corrida bestial, recuerdo cerrar los ojos y mover un poco la cara a izquierda y derecha y el cabrón salpicándome... como una fuente... me dejó los labios... las mejillas... me dejó la cara perdida...

—Joder, María... —dije en un suspiro, pero ella ni se inmutó, hacía tiempo que no estaba confesando nada, sino que estaba recordando para sí misma.

—Y... nada... me fui al baño a limpiarme... No, no. Es verdad... Después de empaparme... hizo... por... metérmela en la boca otra vez. y estuve... no sé si porque él quiso, o yo, no sé, como uno o dos minutos con la cara manchada, sentía su semen caliente por la cara... y el olor a... eso... a semen... en mi cara... chupándole aquel pollón que estaba cada vez más blando... pero que aun así era grande... Hasta que sí... me fui al baño a limpiarme... y a la vuelta creo que ya dormía... y me vestí y me fui.

Aquel “me vestí y me fui” fue ya un hilillo de voz, una voz tomada por la excitación más superlativa. El escote le brillaba más que nunca. La camisa se le pegaba al cuerpo. Los pezones marcándose, fuera de sí. Pero a la vez intentando mantener la compostura, como pretendiendo una narración distante. Mi calzoncillo estaba empapado... y algo de dentro de mí salió:

—Joder... María...

—Qué...

—Joder... por qué... por qué no te tocas... ahora...

—¿Qué?

—Tócate... baja la mano... no te vería nadie... Me muero si te masturbas un poco ahora.

—¿Estás loco o qué coño te pasa?

—... No, no estoy loco... ¿eres consciente de lo que me acabas de contar? Y... bueno... sabes de sobra que si otra persona te pidiese lo que te estoy pidiendo lo harías.

Se hizo un silencio extraño durante el cual yo pensaba que tampoco me entendía a mí mismo, no sabía de dónde había sacado aquella petición, pero era cierto que me moría por verla masturbándose, en público, recordando lo que me había contado.

—Mejor que eso... —dijo— ¿por qué no vamos al aseo del vagón y me follas? —preguntó y yo me quedé boquiabierto... Dos, tres, cuatro segundos, hasta que entendí que no, que obviamente no tenía intención alguna de que mi polla mínima, polla que despreciaba en momentos de máxima excitación, entrase en su cuerpo. En aquel momento ella no quería ni eso ni siquiera un beso mío, ni siquiera aceptaría que yo la tocara.

—No seas mala... —protesté, como me salió, de forma pueril.

Quizás aquel tono la hizo recular. Quizás entendió que su narración había sido hasta demasiado cruda. O quizás ella misma quería comprobar como estaba su cuerpo.

—Pueden verme...

—No te ve nadie. Ahora mismo no hay nadie al lado, ni delante ni detrás —dije disimulando mi emoción porque pudiera producirse lo que ansiaba.

—Como venga alguien o pase alguien por el pasillo te mato.

Me quedé callado... Cuando tiró entonces un poco de los puños de su camisa hacia atrás, hasta la mitad de sus antebrazos, con estilo, y fingiendo de nuevo no estar nerviosa, y bajó sus manos al botón de sus shorts. No me lo podía creer... creía que se me salía el corazón del pecho.

Pude hasta escuchar la cremallera de su pantalón corto bajarse. Miré hacia el pasillo. Por mirar. Y cuando volví mi mirada hacia ella, una de sus manos hurgaba bajos su bragas... comprobaba su coño... presumiblemente encharcado... y cerraba los ojos tan pronto se sentía.

Suspiró al momento. Resopló en silencio, con los ojos cerrados... y con el coño abierto... Nadie sabía como ella cómo comprobar su entrepierna y cómo calmar aquel calor. Bajó su otra mano y sus pechos parecían querer salir del sujetador y de la camisa, por la postura y por su excitación. María se hacía un dedo tremendo, allí sentada, con sus pezones marcadísimos... sin poder hacer ruido... recordando cómo la habían follado aquellos dos niños pijos... Quince... veinte segundos... entre abría la boca... con aquel orgasmo aún atravesado... parecía que se corría en nada... sus piernas se abrían y se cerraban mínimamente y a gran velocidad, como en espasmos involuntarios y casi enfermizos... cuando, por algún motivo, volvió en sí, cerró la boca, sacó sus manos... y dijo como si tal cosa:

—Ya está.

Su cambio fue tan brusco, su vuelta a la realidad fue tan súbito, que hasta se podría sospechar que aquel placer que había exteriorizado había sido fingido, pero era imposible.

Se subía la cremallera y se cerraba el botón. Se recomponía la camisa y observaba contrariada como sus pezones, sus sudores y su sonrojo, pudieran estar delatándola.

Yo casi pude oler su sexo, o de verdad lo olía, quizás de su coño, quizás de sus manos... o quizás era solo mi imaginación. Cuando me pude dar cuenta le pedí una cosa más, quizás aún más delirante, le pedí poder oler sus manos, sus dedos; oler o besar aquellos dedos que acababan de estar en contacto con su coño empapado.

—Me tomas el pelo, Pablo. No me lo estás pidiendo en serio.

—Pues sí... te lo pido en serio.

—Mira, lo mejor es que te vayas al aseo a hacerte una paja... a ver si así dejas de pedirme burradas.

Me iba a poner en pie. Pues de golpe decidí que no podía más. Que me iba al aseo. Sino a masturbarme al menos si a resoplar, a suspirar, a liberar mi miembro y a intentar colocar en mi mente todo aquel bombardeo que María acababa de narrar.

Cuando de repente su móvil se iluminó. Pude ver que era Álvaro quién le escribía. Seguramente quería quedar, aunque fuera para poco tiempo.

Me pregunté entonces si era evitable que, aunque solo se vieran durante unos minutos, se la volviera a follar. Me preguntaba si alguien a aquellas alturas no quería que otra vez Álvaro se follara a María. Me preguntaba si María podía negarse a sí misma una vez más que necesitaba que alguien como Álvaro la follara bien follada.

Otra vez.

CAPÍTULO 30

Mi decisión estaba tomada, me iba a los servicios del fondo del vagón. No me quedé a descubrir si María se alteraba porque Álvaro le escribiera. No me quedé a ver si le respondía con rapidez o le castigaba un poco o si ni le respondía. Demasiado en shock estaba después de lo escuchado y después de ver a María palpar su coño allí sentada... como para alterarme, sufrir o excitarme con lo que pudiera salir de aquel teléfono móvil.

Una vez en el aseo pasé el pestillo con vehemencia y me vi deslumbrado, pues la luz de aquel habitáculo era mucho más potente y brillante que la del vagón. Me apresuré a desabrocharme el pantalón y comprobar la espesa y extensa masa transparente que había regado la parte frontal de mis calzoncillos. Sentí alivio. Paz. Liberación. Las consecuencias de aquella narración estaban físicamente allí y emocionalmente en una mente que ya comenzaba a bombardear con las imágenes y posturas descritas por María.

No tenía tanta necesidad de masturbarme como de soltarme. Me llegué a bajar los pantalones hasta los tobillos. Y así, con los pantalones bajados, abrí el grifo, me mojé las manos, me las llevé a la cara y vi mi ridícula polla reflejada en el espejo, con toda la punta embadurnada de aquel líquido blanquecino. Enrojecida, torturada la noche anterior por haber sido enclaustrada en aquel cilindro y apretada instantes atrás por mis calzoncillos y pantalones. Una minúscula polla que se sentía injustamente tratada pero que a la vez disfrutaba con la injusticia.

Eché la piel de mi miembro hacia atrás y cerré los ojos. Con la otra mano me apoyaba en el lavabo para no perder el equilibrio. Mi mano quería masturbarme pero algo dentro de mí quería prolongar aquel estado de máxima excitación. Y mi mente, traicionera, lanzaba imágenes que obligaban a mi mano a moverse.

Si hubiera una cámara o si alguien derribase aquella puerta vería a un hombre con los pantalones bajados hasta los tobillos, apoyado en el lavabo, con los ojos cerrados, con la cabeza echada ligeramente hacia atrás, pajeando con dos dedos una minúscula polla, pensando, o imaginando como dos chicos se habían follado a su novia, a su prometida.

Mi mente no elegía, no seleccionaba la mejor o más humillante de las posturas. Simplemente disparaba, como un reproductor de música configurado en aleatorio. No solo las posturas, sino las frases y los comportamientos. Que se la hubieran follado sin condón me mataba y me extasiaba, que Álvaro la hubiera penetrado analmente me excitaba y me jodía. Imaginarla o recordarla con su sexo y su boca repletas por las pollas de aquellos críos me humillaba y la humillaba. Pero quizás fueran las frases lo más impactante, que Álvaro la llamase cerda mientras ella se la comía y ella no protestase, que Guille la llamase guarra mientras la embestía desde atrás y ella no le parase. Aquel hecho. Aquello de imaginar el grado de excitación y calentura al que habría llegado María para no protestar ante aquellas humillaciones, pues mientras no dejaran de follarla aquellas vejaciones eran asumibles.

A cada imagen me iban asaltando diversas dudas. Preguntas apartadas para no interrumpirla pero que ahora se me hacían obligatorias. Y es que en todo lo que me acababa de contar solo había descrito un orgasmo masculino, el de Álvaro en sus labios y su cara, pero parecía poco probable que Guille no hubiera explotado también; la pregunta obligada era cómo y en dónde. Quizás dentro de ella... y suponía que en tal caso habría sido con preservativo... su cordura tendría que haber llegado hasta allí.

Y cuando Álvaro la enculaba... me preguntaba si lo habría hecho con condón o sin él... De lo

descrito más bien había dado a entender que sin él.

Curiosamente, tras mis preguntas, no fui a lo narrado por ella, sino a lo vivido por mí. A cuando había entrado en aquel dormitorio y Guille la follaba. Su cara de entrega... de sentirse vejada y a la vez agradecida, siempre en una tensión que parecía que en cualquier momento se rompería, hacia un lado o hacia otro, que o se corría o por el contrario se saldría de él y les mandarían a la mierda. Siempre en aquel límite. Su cara de placer que conmigo jamás había vivido. Su cuerpo agradeciendo aquella polla y aquella locura, como sabiendo que aquello era un regalo difícilmente irrepetible y que debía aprovechar. En ese sentido seguramente los tres habían pensado lo mismo durante aquellas horas.

De golpe me sentí a punto de correrme al recordar aquel momento en el que Álvaro la follaba en misionero y Guille, con sus rodillas a ambos lados del torso de ella, le metía la polla en la boca. Me imaginaba que yo entraba en la habitación, como si fuera invisible. Esa invisibilidad del cornudo. Y veía como los cuerpos de los chicos casi tocaban el uno con el otro y de María apenas se veían sus piernas abiertas, sus brazos y manos aferradas al culo de Guille y su cabeza yendo y viniendo hacia aquella polla ayudada por las manos de éste. Ultrajada por coño y boca por aquellos dos niños pijos, que seguían sin creer la suerte de follarse a aquel pibón que pareciera inaccesible; aquel pibón que finalmente, una vez habiendo claudicado, no decía a nada que no, y se dejaba follar e insultar como una puta barata.

Comenzaba a sentir un pequeño espasmo que anunciaba mi orgasmo cuando aquella frase, aquello de la puta barata me hizo detenerme, y pensé en ella, en el tren, allí sentada, con aquella ropa cara, quizás dando la impresión de ser una puta, pero de otro tipo, una puta de lujo... Y me sentí mal, como otras veces había pasado... por utilizar según qué términos para con ella en momentos de máxima excitación. Porque para nada consideraba que lo fuera y más bien me culpaba a mí de que ella acabara explotando en algo que no era.

Dejé mi miembro libre. Que de nuevo pagaba los platos rotos de toda la carga psicológica de nuestras circunstancias. Me volví a echar agua en la cara. Cogí papel higiénico y sequé como pude mis calzoncillos y mi polla. Me recompuse la ropa, cogí aire y salí de allí.

La puerta del vagón se abrió y mis ojos fueron a María, que mantenía un gesto hierático. Como si no hubiera pasado nada. Menos acalorada. Más en su sitio. Delante de ella había una chica que no me parecía que hubiera estado antes, quizás había estado en la cafetería o en otro vagón, el caso es que parecía que había más gente que antes. Me preguntaba si habría sido posible que alguien hubiera escuchado su narración y parecía altamente improbable. Además de que ciertamente daba igual.

Lo que sí pensé fue en que si alguien hubiera entrado en el vagón durante aquellos segundos en los que María se estaba masturbando sí habría visto aquella boca entre abierta, aquellos ojos cerrados... y aquella cara desencajada... de placer puro... Había tenido razón María en que aquello sí había sido verdaderamente arriesgado.

No me senté a su lado, sino en mi sitio, en mi asiento. Disfrutando de nuevo de verla desde fuera una vez había recibido mi premio de aquella confesión. Tampoco ella me buscó con la mirada.

Miré la hora en mi móvil, estábamos a punto de llegar, entré en los chats. María hacía un minuto que se había conectado. No podía seguir con aquel déficit de información, así que le escribí:

—¿Qué has hablado con Álvaro? —de nuevo parecía surrealista que la escribiera estando a dos metros de distancia.

No quise mirar de reojo, es más, hasta me volteé más hacia mi ventanilla. Hasta que me

respondió:

—¿Te has hecho una paja ahí al final?

—Creo que lo de qué has hablado con Álvaro es bastante más relevante —contesté lleno de razón.

Ella tardaba en responder. Temía que me dejara a medias. Pero un par de minutos más tarde finalmente apareció en mi pantalla:

—¿Has flipado mucho con lo que te he contado?

—Imagínate...

—¿Te ha parecido todo... muy guarro? —preguntó y yo supe que no me preguntaba sobre la suciedad de los hechos, sino de ella. Me preguntaba encriptadamente si la juzgaba como a una guarra por lo confesado. Me pareció que mostraba por fin cierta humanidad. Preocupada, aunque solo fuera un poco, por la opinión que podría tener yo de ella una vez se me había revelado lo sucedido.

—No —respondí de forma sincera.

Y era cierto. No podía juzgar todo aquello confesado en aquel tren como un compartimento estanco. Tenía que poner todos los componentes para valorar. Tenía que mezclar todos elementos, todo lo sucedido antes, de donde veníamos, de donde venía ella. Ser consciente de que llevaba cinco años con María y que realmente solo la habían follado como ella merecía, como su cuerpo merecía, dos noches, la de Edu y la de casa de Álvaro; dos actos sexuales plenos y placenteros hasta el éxtasis en cinco años. Porque mis polvos con María durante aquellos años podrían catalogarse de múltiples formas, unos mejores que otros, pero no plenos, no satisfactorios en momentos de máxima necesidad. Y también había que aportar el elemento consistente en la cantidad de veces que Álvaro lo había intentado aquella noche, y que ella se había resistido, por ella, y nada más que por ella, pues sabía que me tenía a mí al lado permanentemente, insistiendo, insistiendo en que aceptara. Añadir que ya nos habíamos ido de su casa a pesar del calentón que llevaba, añadir que había accedido a besarle y a masturbarle... pero a después marcharse... pues no quería fallarse a sí misma... hasta que finalmente había caído.

Era cierto que una vez caída la torre más alta el derrumbe había sido estrepitoso. Que una vez entregada, su necesidad de explotar la había llevado a límites humillantes, pero no sería justo para con ella que la juzgara como lo que no era.

En aquellas reflexiones estaba cuando de nuevo mi móvil se iluminó. María accedía a contarme lo hablado por mensajes con Álvaro. Me decía que estaba hospedado en un hotel en frente de la estación de tren, que aún no estaba en él, pero que llegaría en seguida, que sus amigos pasarían en coche a recogerle a las diez menos veinte de la noche, que no podrían parar más de unos segundos porque había un carril bus o algo parecido.

Nosotros llegaríamos exactamente a las 21.01 y entre salir de la estación y llegar allí nos darían fácilmente las nueve y veinte. Habrían como mucho veinte minutos útiles, y esas eran las cábala que hacía yo, porque de lo que ella me contaba nada desprendía que pretendiera ir al hotel de Álvaro.

María se cansó de transcribir y, ante mis preguntas, decidió ahorrar tiempo, así que comencé a recibir pantallazos de su conversación con él. Allí vi como el chico parecía insistir en verla... que después tenía una cena y que después vendría Sofia, que después sería imposible, que quería verla aquellos quince o veinte minutos, que no se había despedido de ella y que le apetecía verla. María no le decía ni que sí ni que no, y apenas le escribía con monosílabos.

Yo no sabía qué creer. Pero sin duda era conocedor del calentón que llevaba María. La media hora o más que llevaba María describiendo y recordando la tremenda sesión de sexo vivida con

él... Me preguntaba con qué fuerzas podría ella negarse a aquella visita fugaz.

Le mencioné a Edu, de forma algo rebuscada, a lo que ella me respondió:

—Si me estás preguntado si Edu quiere que quede con el idiota este ya te digo que sí. Que qué coño gana él con eso ya no lo sé.

A María la presionaba Edu, la presionaba Álvaro y la presionaba yo... aunque no le dijera nada. Seguramente también su coño empapado, empapado por lo recordado, por lo vivido precisamente con él... también la quería convencer.

Parecía que solo su ego, su María altiva, orgullosa y recta, se resistían y luchaban. Contra todo.

El tren llegó a su destino y yo aún no sabía qué pasaría. Como siempre ella decidía. De nuevo aquella incertidumbre era tan adictiva como el propio morbo de verla follar con otro hombre.

Para mi sorpresa sucedió algo que me hizo pensar que quizás sí iría al encuentro con Álvaro, y es que María se puso en pie y, en el medio del estrecho pasillo, sacó su chaqueta de allí arriba y se la puso con un estilo y una elegancia que denotaba que no quería evitar en absoluto que las miradas de los hombres se complacieran con ella. Como si se hubiera planteado generar erecciones solo con su belleza, su feminidad, su potencia y su lenguaje corporal. Fueron unos quince segundos en los que se giró, se recreó, y se acicaló, fingiendo que era un coqueteo con ella misma, pero era también hacia los demás. Aquella forma de gustarse, casi de excitarse ella misma con ella misma... denotaba que estaba no solo muy cachonda y excitada sino que tenía la imperiosa necesidad de proyectarlo.

Por supuesto ni tuvo que pedir ayuda para que alguien le bajase la maleta. Un chaval jovencísimo le ayudó, casi sin atreverse a mirarle a la cara, demostrando más deseo con aquel esquivo que las miradas lascivas de otros hombres más mayores.

Las piernas desnudas y largas de María desfilaron por el pasillo y de nuevo la repulsa de las mujeres y la excitación de los hombres. De nuevo yo me imaginaba cuántos de ellos la considerarían una puta de lujo y me llegaba a plantear si Edu no habría buscado precisamente que diera la imagen de eso.

Otra vez no viajábamos dos, sino uno y uno. Caminábamos cerca, por el andén, pero no pegados. Sus andares denotaban decisión, pero yo sabía que era falsa seguridad. Su coño empapado, sus bragas húmedas y la oportunidad que se le presentaba... a pocos minutos... al alcance de su mano... estaban ahí.

No me acerqué hasta que llegamos a las escaleras mecánicas que nos subirían a la planta baja. Allí ella cogió su móvil y vi que Álvaro le había escrito. Ambos leíamos de la pantalla. María no me enseñaba su teléfono ni hacía por ocultarlo, como era costumbre, y pudimos leer un párrafo bastante largo en el que Álvaro le decía que acababa de llegar al hotel, que iba con muchísima prisa, que en breve entraría en la ducha, que si iba que pidiera la tarjeta en recepción, de la 201, y que entrase porque seguramente se estaría duchando. Al final de aquel párrafo Álvaro preguntaba:

—¿No vendrás con el tarado de tu novio, no? Si viene se queda fuera.

No suficiente con aquella última frase, por la parte superior de la pantalla, se veía como Edu había soltado su enésima bomba. Bomba que ambos pudimos leer y que casi pude sentir como a María le bailaba el móvil de la mano al leerlo...

—Ya que tiene el hotel ahí en frente sube y que te folle bien.

María resopló y bajó el móvil inmediatamente.

Salimos de aquellas escaleras mecánicas y caminamos hacia una pasarela. Pasaban de las nueve y diez y yo me situaba a un par de metros de María, la cual ardiendo y presionada seguía fingiendo que podía con todo y con todos.

Yo quería y no quería que fuera a aquel hotel. Sabía que aunque ella subiera yo no podría entrar. Me visualizaba tras la puerta de aquella 201... y ella dentro... y yo escuchándoles... Me imaginaba que los escuchaba hablar... y que después escuchaba besos... y creía morir. Me empalmaba y me sentía culpable por ello, otra vez, otra vez más me sucedía lo mismo.

María no revisaba su móvil. Parecía que lo que hubiera decidido lo había decidido ya. A mí ni me preguntaba pues mi respuesta sería obvia. Tampoco me decía que iría solo a hablar con él, pues ambos sabíamos que si accedía a ir a aquel hotel, aunque solo estuviera quince minutos allí... sería para ser follada... en un polvo corto pero salvaje, brutal... Nadie se podía creer que Álvaro fuera a serle fiel a Sofía y que quisiera que María subiera... para hablar...

Con la sensación de que la decisión estaba tomada, que solo faltaba la ejecución, salimos de la estación de tren, en aquella noche medianamente cálida y primaveral. Paramos en un semáforo, con nuestras maletas, los taxis a la izquierda y el hotel de Álvaro al otro lado de la avenida.

Sentí entonces que no solo lo deseaba, sino que había algo más, y es que me parecía que lo justo era que fuera al hotel de Álvaro. Como una cuestión de merecimiento, por la presión, por lo que yo no le daba, y hasta por aprovechar la suerte de haber encontrado a un amante como él.

No dejaba de ser extraña aquella sensación de creer que tu novia se merece que otro se la folle, pero era así.

El semáforo se puso en verde y María caminaba un poco avanzada con respecto a mí. Sus taconazos, sus piernas desnudas, aquella americana larga que tapaba sus shorts, la camisa blanquísima que asomaba por los cuellos y por los puños, lo justo, lo medido, lo elegante, su trolley arrastrada... y su cuerpo ardiente... y presionado... Su melena moviéndose como un metrónomo, por su paso firme... y pensé entonces, mientras la observaba, en la suerte de aquel cabrón... del cabrón de Álvaro... de lo que estaba a punto de follarse...

Llegamos al otro lado de la calzada, me puse a su altura, y María no giraba hacia la derecha en busca del paso de peatones para cruzar la avenida, sino que caminaba rumbo a la parada de taxis. Me salió automático, sin pensar, nervioso:

—¿A dónde vamos?

—Pues a nuestro hotel, ¿a dónde si no?

CAPITULO 31

No sabía muy bien cómo me sentía. No sabía si decepción era la palabra. Por un lado me frustraba pero por otro agradecía el estrés inhumano que acababa de evitar.

María parecía poder con todo, con todo lo que le echábamos encima. Su integridad contra todo, incluso contra ella misma.

De nuevo en otro taxi, sentados de la forma más alejada posible. Volví a sentir aquel perfume ajeno, destacando en aquel habitáculo cerrado. Su cruce de piernas, su ropa impecable y su gesto de falsa tranquilidad.

Notaba como el taxista miraba permanentemente por el espejo retrovisor central. Para escanear una y otra vez a María o por mera costumbre de conducción... no lo podía saber. Si la había repasado cuando nos ayudaba a meter las maletas en el maletero lo había disimulado bien.

Miraba por mi ventanilla y pensaba que si yo estaba frustrado más lo tendría que estar Álvaro, el cual seguramente ya se había visto follándose a María en un polvazo tremendo. Me lo imaginaba duchándose, ya medio empalmado, visionando a María entrando en su habitación de hotel, ya casi lista, ya cachonda... sabiendo que al tercer beso ya la tendría sobre la cama echándole la mano a la polla... necesitada otra vez de que la calmara... y me excitaba a la vez que me alegraba de que tuviera que quedarse con las ganas.

Si bien aquello no eran más que suposiciones y mi fantasía, no debía de estar muy equivocado, pues cada vez que miraba hacia el otro lado del taxi, hacia donde estaba María, veía su móvil iluminarse sin parar, y ella haciendo caso omiso a aquellas llamadas.

Llegamos a nuestro hotel y el taxista mantuvo su disimulo mientras nos ayudaba con las maletas y le pagábamos. Era curioso que durante el trayecto en taxi no solo había pensado en la decepción de Álvaro, sino que me había dado tiempo también a preguntarme qué se traía María con Edu realmente. Porque le obedecía, pero no le obedecía. ¿Estábamos en Madrid porqué Edu lo había pedido o porqué ella así lo había querido? Y total para qué, si había pasado de Álvaro.

Entramos en el vestíbulo y había dos parejas delante del mostrador de recepción, por lo que tendríamos que esperar unos minutos antes de hacer el check in.

Allí plantados en medio de la extensa entrada. Sin nada que hacer. Siempre separados por ese par de metros que marcaban un ir juntos, pero estar separados, acabé por acercarme a ella y por preguntarle sobre la comida que había tenido con Edu.

—Creí que ya ni me lo ibas a preguntar. Muchas veces no entiendo nada —respondió seca, se tocó el pelo y lo juntó con sus manos como si fuera a hacerse una cola, pero no se la hizo, y dejó caer su melena hacia atrás, por la espalda y, esta vez sí mirándome a los ojos aunque con gesto como de no darle demasiada importancia a lo que iba a contar, comenzó a narrar:

—Pues... no te creas que hablamos mucho. De hecho estuvimos callados bastante tiempo hasta el punto que iba casi a preguntarle para qué narices había querido quedar cuando me soltó... como fue que dijo... algo como: "Tengo mucho interés en que vayas a Madrid". Claro, imagínate, vaya frase más rara y a cuento de qué —María hablaba entre susurros, pero a toda velocidad, algo nerviosa —Y yo le dije que no iba a hacer nada con el chico. Y... no sé qué más... después como que me habló de la nota de audio que le enviamos y como que la quiso vincular a lo de ir a Madrid, en plan vaya nota de audio... de mierda... Y claro, yo no podía decirle que habías grabado mal... pero ahí me... me presionó un poco... y yo no sabía qué decirle...Y después me preguntó cuántas veces había escuchado su nota de audio con Begoña, le dije que no lo sabía... al final le

dije que sí, que seguramente más de una vez.

Allí plantados en el vestíbulo, María con los brazos cruzados me seguía contando en tono bajo, fingiendo que no había sido importante su quedada con Edu, pero era evidente, en su tono, en su aceleración, y en su mirada, que siempre que Edu entraba en la ecuación, todo era relevante, relevante y muy tenso. Y había algo que me chirriaba en aquella narración y pronto descubrí qué era, y es que ella parecía querer plantear una comida, una relación, de igual a igual, pero yo los había visto juntos y sabía que no era así, que Edu era el distendido, el firme, y ella siempre más alerta e incómoda.

—Y... así... más... pues estaba en el restaurante un secretario judicial y empezamos a hablar del juzgado, de cotilleos más que de trabajo y me dijo algo como que en ropa de trabajo estaba muy buena o... muy... cómo fue que dijo... creo que dijo que iba muy mujer fatal... o algo así... y yo le veía venir y ya le iba a decir que no iba a ir a Madrid con ropa de trabajo pero él se adelantó y me dijo algo como... "estaría bien que fueras a Madrid, no tal cual vas al despacho, pero haciendo una mezcla, seguro que algo se te ocurre".

—¿Y entonces has elegido ir así tú? ¿Pero es ropa nueva?

—Sí, bueno, los shorts no.

Dudé un instante, pero después me lancé:

—Vas... bastante llamativa... te veía de lejos en la estación y... parecías... no sé... como una puta de lujo —yo mismo me sorprendí de haberle dicho aquello, en voz alta sonaba realmente mal.

—No exageres... —me cortó en un tono algo más alto, un poco sobresaltada y contrariada, pero pensé que aún podría haberle sentado peor— ¿Van así las putas de lujo? ¿Eres un experto?

—No... no sé.

—Se lleva así ahora, las americanas largas con pitillo o shorts... No digas animaladas...

Se hizo un silencio. Pronto tendríamos el camino despejado para hacer el check in, y ella se apresuró en proseguir:

—Bueno... en fin. Y... poco más. La verdad es que en el fondo fue todo un poco violento, no natural, como es todo con él... —dijo reconociendo algo obvio, ahora sí, y era que nunca estaba precisamente a gusto con él— ... nunca sabes por donde te puede salir. Y recuerdo que ya acabando de comer... de golpe me dijo: "¿no tienes calor con ese jersey?" y le dije que sí, pero que llevaba una camiseta de tiras algo cutre por debajo, y me dijo: "no me importa que sea cutre".

En ese momento la pareja que teníamos delante dejó el mostrador de recepción libre y avanzamos los pasos necesarios para registrarnos en el hotel. María daba sus datos y yo me preguntaba si se habría quedado en aquella ajustada camiseta de tiras, que le hacía unas tetas impresionantes, delante de Edu. Me los imaginaba acabando de comer, con los postres, en silencio, y ella con las tetas allí expuestas, y Edu disfrutando de aquella tímida exhibición y de aquel silencio, que para ella seguro era incomodísimo, y me excitaba a la vez que sentía escalofríos.

Pero sin duda de toda aquella conversación tan extraña que María había relatado, lo que más me había llamado la atención había sido aquella frase de Edu, aquello de "Tengo mucho interés en que vayas a Madrid". No entendía nada y parecía que María tampoco. Tampoco entendía muy bien por qué ella había obedecido a aquella petición de pasar el fin de semana fuera, pues parecía que Edu mandaba, sí, pero que María se reservaba una especie de derecho de veto que utilizaba cuando quería.

Gestionábamos nuestra estancia de una noche con el recepcionista como autómatas, pues ambos teníamos muchas cosas en la cabeza y una carga emocional y sexual tremenda, de forma constante, si bien María pretendía disimularlo. Entramos en el ascensor y dejamos paso a una

pareja que llevaba un carrito con un niño pequeño. Eran algo más jóvenes que nosotros y solo tenían ojos el uno para el otro y para el niño. Sí, a aquel padre se le veía pleno, el pibonazo con el que subía en el ascensor, María, ni existió para él. Y yo de nuevo me preguntaba por qué no había elegido llevar una vida normal, cuando había tenido todo para ser feliz. Se despidieron en la cuarta planta, majísimos, encantadores, y yo pensaba si María no estaba pensando lo mismo que yo, y si no me culpaba por habernos salido del carril en busca de explorar aquella locura.

Arrastrábamos las maletas por el pasillo que nos llevaba a nuestra habitación. Entramos. La habitación era más amplia de lo esperado, aunque no tenía nada de especial. María se quitó la chaqueta y la colocó con meticulosidad sobre el respaldo de una silla. Se miró en el espejo que había al lado de una pantalla plana anclada a la pared. Se detuvo a mirarse. De nuevo hizo aquel gesto de levantarse un poco el pelo por atrás, como para hacerse una cola pero finalmente no hacérsela, como si quisiera dejar respirar un poco su nuca o su cuello con aquel movimiento, en aquellos veinte segundos con los brazos levantados, consiguiendo además e involuntariamente que su pecho se marcara más al hacer aquel movimiento.

Yo colocaba mi equipaje en el soporte de maletas cuando ella, sin anestesia, me dijo:

—A ver, Pablo... No te voy a negar que me atrae obedecerle según qué cosas a Edu. No te lo voy a negar a estas alturas.

Se hizo un silencio eterno. Parecía que me leía la mente, que sabía que yo no acababa de entender qué se traía realmente con él. O quizás, como venía siendo habitual, no me lo estaba contando a mí, sino que se lo estaba aclarando a ella misma.

—Pero... alma de sumisa tontita no tengo —prosiguió, allí plantada, frente al espejo, con sus taconazos, sus piernas interminables, su mirada encendida, su camisa cara— Si se cree que soy una Nati o una Begoña lo lleva claro.

No entendía aquella comparación con ellas dos, pues ellas habían sido o eran novias, y ella obviamente no. A menos que tuviera información de que también había jugado o jugaba con Begoña o Nati a darles órdenes. O quizás se refería a que las consideraba unas apocadas, unas pusilánimes encandiladas... cuando ella era efectivamente lo contrario. Deduje que sí, que se referiría a eso último.

—¿Pero por qué estamos aquí? ¿A qué hemos venido? —conseguí hablar por fin.

—Pues estamos aquí porque los tres lo queremos y ya está.

—Pero y... que... que... —tartamudeé nervioso y desconcertado— qué quieres que pase, qué vamos hacer esta noche, qué vamos a hacer mañana, por qué has pasado así de Álvaro... cuando Edu te pidió que fueras. Es que no entiendo nada.

—He pasado de Álvaro porque estoy harta y porque no soy una fulana. Sobre esta noche y mañana yo tampoco lo sé. Mira tengo hambre, pedimos algo al servicio de habitaciones y salimos que me estoy agobiando aquí ya.

—Si te estás agobiando por qué no cenamos fuera.

—Pues porque quiero comer cualquier cosa rápido, no quiero ponerme a buscar un restaurante ahora y además tengo que cargar el móvil. ¿Tú tienes hambre?

—No mucho, pero eres tú la que tiene prisa por salir.

María ya iba a replicar cuando su móvil, posado sobre la mesa que ella tenía delante, se iluminó de nuevo.

—¿Quién es? —pregunté incesantemente tenso.

María bajó su mirada y dijo:

—No es nadie, es Inés, joder, se me va a apagar el móvil —María hablaba rápido, como en la recepción, queriendo zanjar temas incómodos a toda velocidad— A todo esto —continuó— que

no te parezca mal, pero Edu me ha escrito una guarrada, una guarrada tremenda mientras estaba en el tren; no la he leído, pero ya se veía lo que era, y lo quiero leer, lo quiero leer con calma.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Ahora?

—Ahora, en un rato, después de cenar, no sé... E intuyo que me mandará algún párrafo enorme de esos más porque está en una despedida de soltero y tiene pinta de que hasta que se entretenga con una... va a estar con la tontería de escribirme burradas...

—Vale, vale... —respondí ya sobrepasado, con aquella sensación eterna de que yo no controlaba nada— Vale, pido la cena y ya leerás tú eso cuando quieras. Iba a preguntar si lo podría leer yo, pero quise evitar su negativa.

—¿Y esta noche qué hacemos? ¿Salimos y qué? Es que sigo sin entender nada —dije.

—Ya te he dicho que no lo sé, pero ya he visto cuando hacías la maleta que vienes con ganas de... eso —dijo, sorprendiéndome, efectivamente había metido nuestros dos juguetes en mi maleta y a eso se refería ella. Había metido también sus medias y su ligero y pensé que eso no lo había visto, y yo descartaba casi completamente que se lo fuera a poner en algún momento del fin de semana.

—No sé —prosiguió— a mí me apetecía pasar una noche fuera, a ti también... y Edu le apetece escribirme guarradas y preguntarme qué hago mientras tú y yo salimos en otra ciudad, pues ya está. Igual le estamos dando demasiadas vueltas.

—¿Pero a qué te refieres con leerlo con calma? Lo de leer con calma lo que...

—Ay, Pablo, ya está —interrumpió— a veces no sé si no entiendes el castellano o qué pasa. Pide la comida anda y deja de agobiarme aunque solo sea por un segundo —dijo, hablando cada vez con más chulería. Pero yo no quería ceder por muy despótica que se pusiera, obvié su arrogancia e insistí:

—Joder, María, ¿Es que qué es eso de leerlo con calma? ¿Me estás diciendo que... te vas a... tocar... mientras lees la guarrada que te haya escrito Edu? ¿Aquí?

—Yo no he dicho eso, pero mira, por qué no, si está bien y me da la gana quizás sí.

—¿Y yo?

—¿Y tú qué? Yo qué sé. Tú si quieres mirar, miras.

—Que mire pero que no moleste, ¿no?

—Bueno, pues nada, ya te lo vas diciendo tú todo.

Zanjó altiva, tan insoportable como terriblemente morbosa, y desabrochando un botón de su camisa, gustándose otra vez, y dudando si quitársela para estar más cómoda.

CAPÍTULO 32

María abandonaba la perfección y sensualidad del espejo en busca de un cargador para el teléfono móvil que hallaría en su maleta. Mientras, yo me preguntaba por qué había sido tan insistente con respecto al espacio que ella me demandaba para leer lo escrito por Edu, como si no supiera que no era la primera vez, como si no nos hubieran pasado cosas mucho más impactantes. Pero lo cierto era que aquello, sin alarmarme, me sorprendía; era sorpresa, no reproche, y llegaba a entender que ella interpretara reproche y no curiosidad. De ser reproche lo sería disfrazado de temor, temor a ser apartado.

Se quitó la camisa y la colocó sobre la americana que a la vez estaba sobre el respaldo de aquella silla y no solo lo hizo con cuidado sino hasta con ternura, y desfiló con su neceser en la mano hacia el cuarto de baño. Pude ver entonces su fino y delicado sujetador y pude entender aquella transparencia de sus pezones en el tren, pues aquella prenda era un muro insuficiente que había librado una lucha desigual contra la voluptuosidad de las areolas y pezones de una mujer en plenitud. Me preguntaba cuándo y sobre todo por qué había comprado aquel sujetador que yo no le conocía y me preguntaba si osaría llevarlo aquella misma noche, pero si lo había llevado, así, a plena luz del día, parecía obvio que sí. Otra pregunta que me hacía era si obedecía a un capricho ajeno o a uno propio. La orden sería morbo, la decisión propia serían ganas de sentirse sexual, para sí y para los demás.

Obnubilado por aquella prenda tardó en llegarme al cerebro su última frase antes de desaparecer hacia el aseo, aquel “Pide lo que quieras” referido al servicio de habitaciones. Miré la hoja y lo cierto era que apenas había donde elegir. Mi mirada fue entonces, curiosa, hacia su maleta abierta y a su móvil enchufado. Dos tentaciones. Opté por la maleta, quizás su ropa me revelaría sus planes, pero no vi nada particularmente sugerente: ni vestido corto, ni medias, ni nada especial. Me iba a atrever con su móvil pero la ausencia de ruido de agua correr me impidió siquiera intentarlo.

Salió del cuarto de baño y le dije que no me apetecía nada de lo que había visto en la carta. Quizás fuera más una guerra de poder que eso. Y planteó entonces bajar al restaurante del propio hotel y me dijo también que no contaba con haber encontrado su power bank en el neceser. Cobraba entonces más importancia el salir con el móvil con batería suficiente que aquellos difícilmente creíbles problemas para encontrar un restaurante.

Ambos nos cambiamos de ropa para bajar a cenar, yo por un sudor frío que había transpirado como consecuencia de tantas emociones y ella quizás para darse un descanso de aquella María que no solo asfixiaba a los demás sino a ella misma. Sin embargo casi todo en ella en aquel contexto tenía un fuerte impacto, no tanto por su camisa vaquera sino por unos pantalones de cuero negros que le quedaban de infarto, que le hacían un culo tan potente que me hacía dudar si habría ganado algún quilo.

Sentados a la mesa en el restaurante del hotel le hice saber de la contundencia de sus pantalones y recordé que una vez habíamos coincidido con Paula y ella vestía una camisa vaquera y le había dicho que así vestida parecía masculina, una camionera o algo similar le había dicho. No estaban las cosas como para recordarle aquella anécdota y noté que aquella camisa en María era todo feminidad, todo lo que vistiera parecía delicado y femenino en ella.

Le insistí sobre sus pantalones de cuero y me cortó:

—Voy a salir con la ropa que llevaba antes. No insistas.

—No lo decía por eso. Solo era un piropo.

—Bueno, pues gracias, pero voy a ponerme la ropa de antes.

A veces me daba la sensación de que María no quería ser tan borde y brusca como efectivamente acababa siendo, porque en seguida reculaba, a su manera, cambiando el tono e iniciando una conversación con gesto más amable.

Hablábamos de los barrios por donde salir mientras yo asimilaba que el restaurante estaba casi vacío por lo que no podía disfrutar de miradas lascivas hacia ella, ni miradas de envidia y de incredulidad hacia mí. Tan pronto vivía dos o tres contextos seguidos en los que no veía el deseo de los hombres sobre ella me frustraba. En este caso llevaba la racha inaceptable del taxista, del chico del ascensor y de aquel restaurante semi vacío. Me frustraba y quería ir a algún pub o a algún bar en seguida.

María, enemiga declarada de los aires acondicionados, decía alegrarse por haberse puesto pantalón largo pues ciertamente hacía más frío en el hotel que fuera, mientras yo dudaba hacia qué zona de Madrid ir. Ninguno de los dos habíamos vivido allí, pero ambos conocíamos la ciudad a la perfección por múltiples viajes tanto de placer como de trabajo.

Pronto reparé en que un amigo de la universidad no solo vivía allí sino que, según veía en redes sociales, salía noche sí y noche también, y comencé a preocuparme porque nos encontrásemos sin haberle avisado.

—Bueno, no creo que se dé esa casualidad, ¿no? —dijo ella.

—Ya, pero es que me mata, María. Hemos hablado mil veces de que tan pronto viniera le avisaría.

—Pues, no sé, escríbele, quizás no salga, y te quedas más tranquilo.

Al final le hice caso y le escribí, y me quedé pendiente de su respuesta.

Si la primera parte de la cena fue tranquila, un oasis entre tanta locura, poco a poco la cosa fue mutando, fue mutando y tensándose cuando su móvil, sobre la mesa y enchufado a su batería portátil, fue iluminándose cada vez con más frecuencia. Yo, viendo su móvil al revés, solo alcanzaba a ver el tamaño de los párrafos recibidos y la celeridad de sus respuestas. Todo en aumento. Sus manos erráticas y sus mejillas acaloradas disimulaban como podían.

Yo me hacía el loco, pues disfrutaba con aquello. Disfrutaba de su tensión, de cómo podía sentir a través de ella. Era una sensación extraña, de morbo y de dolor, esa de verla en cierta forma claudicar ante Edu cuando conmigo se comportaba con aquella chulería.

En un momento dado se levantó para ir al cuarto de baño, dejando el móvil sobre la mesa, como si fuera una trampa que pusiera a prueba mi curiosidad. La vi alejarse, en tacones y aquellos pantalones y maldije que su camisa tapara su culo enfundado en aquel cuero negro. La imaginé manoseada, sobada, por Edu, con aquellos pantalones, y me excité. La imaginé bajándose las bragas para orinar y sorprendiéndose por la humedad de sus bragas y me excité aún más.

Me mantuve firme, sin mirar su móvil, sintiendo quizás absurdamente que aquello me daba cierta distancia y poder. Pero es que me imaginaba curioseando en su móvil, nervioso y apresurado, y me sentía terriblemente pequeño. Demasiado.

Ella volvió y ya en los postres un párrafo debió de ser especialmente atrevido pues lo releyó su mente y su cuerpo. Ver a María poniéndose cachonda por leer mensajes guarros de Edu era de nuevo dolor y morbo a la vez. Tras leerlos se quedaba unos segundos ausente e intentaba disimular continuando la conversación con falsa normalidad.

Degustaba mi flan con el gusto, pero la vista se iba a una María ya más en el mundo de Edu que en el de aquella cena. Cruzaba las piernas y se tocaba el pelo. Leía pero apenas escribía. Cuando lo hacía parecía no dudar. Y en mi mente retumbaba un “Ese cabrón te está mojando las

bragas párrafo a párrafo”.

En un momento dado ella debió de sentir que a mis ojos podría estar quedando como la culpable de algo, aunque no sé muy bien del qué, y decidí tenderme una segunda trampa, pero yo esta vez quise caer en ella. Me preguntó directamente sobre qué querría que pasase esa noche y yo fui igualmente franco. Le conté con minuciosidad lo que después de más de un año era absolutamente obvio: otro hombre, otra noche, y verla con él. Ella no respondió, pero me miró distante, como queriendo dejar claro que si no pasaba nada sería porque ella no quería, y que de haber un culpable en todo aquello en todo caso sería yo.

—Pues sintiéndolo mucho, eso no va a pasar —dijo resuelta e imponente. Tan regia conmigo, tan fundida ante los mensajes de Edu.

Precisamente otro mensaje interrumpió aquella tensión, otro mensaje que claramente la calentó. Y otro y otro y el final de la cena a mí se me hizo tenso y a ella insoportable. De nuevo yo disfrutaba, mucho más que ella, pues ella tenía que disimular.

Su calentura no descendería mientras caminábamos por el pasillo hasta nuestra habitación. Los silencios eran cada vez más largos, su sofoco más indisimulable y la tentación por tocarla aumentaba. Una tentación con tintes masoquistas, ansiando casi más su desplante que su tacto.

Tan pronto entramos en nuestra habitación emboqué el cuarto de baño. Mi intención esencial era darle su espacio, aquel espacio demandado. Demandado y merecido.

Comencé a lavarme los dientes con calma, con detenimiento consciente. No sabía qué me podría encontrar cuando saliera de allí y me encontrara con ella. Tampoco sabía qué me quería encontrar.

Con el móvil posado sobre el lavabo revisaba las redes sociales con una mano mientras agitaba mi cepillo de dientes con la otra. Terminé de lavarme los dientes, me enjuagué la boca y escupí, cuando recibí varios mensajes de María, eran varios pantallazos de una conversación. No entendía nada, ni me daba tiempo a entenderlo, pues en ese preciso momento la puerta se abrió y María dejó caer el arnés con aquella enorme polla de goma sobre el húmedo lavabo.

—Ponte esto, anda. No puedo más—

Dijo en un tono neutro, que no mostraba tanta necesidad como el propio significado de la frase plasmaba. Queriendo fingir control hasta el final, aunque fuera obvio que no podía más con todo aquello, aunque fuera obvio que aquella calentura era ya absolutamente insoportable. La forma era lo de menos, el fondo era tremendo, aquel “no puedo más” cayó con un peso terrible.

—Sigue en pie lo de salir sobre las doce, pero ponte esto, lee lo que te he enviado y sal, hazme el favor— dijo antes de volver hacia el dormitorio.

Aun impactado por su petición me preguntaba por qué quería que me pusiera aquello, pues en aquellos momentos de máxima excitación yo le producía rechazo incluso con aquello puesto. De hecho los había introducido en mi maleta con indudable poca fe. Solo leyendo lo que me había enviado podría empezar a comprender sus intenciones.

CAPÍTULO 33

Con aquella polla de fondo, sobre el lavabo, leía con súbito nerviosismo aquellos pantallazos que no eran sino una reciente conversación de Edu con ella. De una rápida visual se desprendía que era otro tono, que no era el Edu sobre actuado de antes del verano, sino más sereno, más conciliador, más maduro. También contrastaba con los textos casi infantiles de Álvaro. También vi en seguida que se me mencionaba, lo cual no hacía sino aumentar mi inquietud.

No había que ser muy avispado para saber que María no estaba demasiado interesada en contarme lo que Edu le escribía, pero lo que sucedía era que en este caso me necesitaba para una especie de representación. Me preguntaba en qué nivel de calentura tenía que encontrarse para plantearme aquello.

Me desnudaba en el cuarto de baño y descubrí mi polla totalmente erecta, ansiando penetrar a María, pero le tocaba otra vez el castigo de aquel cilindro inerte. Mi polla estaba que explotaba solo por haber leído aquellas capturas de pantalla que acababan con una pregunta sugerente o retadora. Me sorprendían aquellos párrafos de él porque demostraban tensión pero también cierta complicidad, toda la complicidad que no existía entre ellos en contextos, digamos, normales.

Completamente desnudo y ya con el arnés bien ajustado, me miré en el espejo del cuarto de baño y releí la primera captura, en donde le decía que, mientras se duchaba, antes salir, había pensado ella, pero no en ella con él, y ya ahí se me mencionaba: "Se me deben de estar pegando locuras de Pablo porque no me imaginaba contigo sino viéndote. Me imaginaba con Begoña en la cama, follándola y tú de rodillas, chupándosela a Víctor. Sí, sé que estoy insistente con él, pero imaginé eso, qué le vamos a hacer".

Edu le preguntaba si quería que siguiera escribiendo y ella le aclaraba que Víctor le daba asco, pero le autorizaba a seguir.

Sin duda aquella primera parte era la más suave, la más educada, la más tranquila. Casi nunca se llegaba a lo soez, salvo en alguna que otra frase concreta, pero el impacto seguía una progresión constante hasta un casi clímax que me había dejado tocado.

Tentado de seguir releendo decidí por fin salir del cuarto de baño, con mi teléfono en la mano; eso sí, sin llegar a plantearme qué vería al llegar al dormitorio, aunque creo que mi subconsciente esperaba una María contenida. No sería eso lo que vería.

Lo primero que me llamó la atención fue que el dormitorio y por tanto María solo estaban iluminados por la luz que desprendía un televisor silenciado. Lo segundo que me sorprendió fue que María no se sobresaltó lo más mínimo al presentirme.

Y lo tercero fue ella. Ella, tumbada boca arriba sobre la cama, sin aquellos pantalones de cuero ni zapatos, tan solo vestida con su ropa interior y la camisa vaquera abierta, con una mano sujetando su teléfono móvil y con la otra... hurgando bajo sus bragas.

Ni se inmutó cuando me sintió aparecer y reparé en que su mano sobre su entrepierna se movía con ternura y sosiego; tranquila, pero precisa, dándose placer pero respetándose, disfrutando de su calentura y de su coño con una extraña adoración.

Desvergonzada, disfrutaba de lo que Edu le escribía con igual intensidad que disfrutaba de su propia sexualidad.

Di un par de pasos y apoyé mi espalda y mi trasero contra la pared, como Edu había descrito en alguna parte de sus textos. Ya había sido Edu, ya había sido Álvaro, y María demandaba ahora que fuera el cuarentón desagradable de Víctor.

María cerró las piernas, en un espasmo, aprisionando allí su mano. Cerró los ojos un momento y dejó caer su móvil sobre la cama. Yo llevé una de mis manos a aquello que sobresalía de mí, como para masturbarme o para fingir hacerlo; de golpe era Víctor, pajeándome, y mirando como María se fundía del gusto con una de sus manos deshaciendo su coño.

Tras unos segundos eternos en los que disfrutó de sí misma en un alarde de superioridad de puntos de placer de su sexo sobre cualquier polla del mundo, rotó sobre sí misma hasta bajar de la cama por el otro lado y caminó con paso firme, pero sobre todo parsimonioso, hacia mí. De golpe demostraba estar entera y de golpe todo parecía más oscuro; su propio gesto, su pelo, su camisa vaquera, su sujetador, sus bragas... O quizás la oscuridad proviniese más bien por haberse metido a Víctor en la ecuación, pues aquel repulsivo y demacrado cuarentón le daba a todo una atmósfera más decadente y lúgubre.

Al dirigirse frontalmente hacia mí con su camisa remangada y abierta pude descubrir aún con más precisión aquel sujetador que no le conocía, y se me reveló que no solo era fino sino que rozaba la transparencia, por lo que sus areolas y pezones se vislumbraban con notable fulgor. Aquel sujetador trascendía la provocación y, fuera una petición explícita de Edu o no, estaría sujeto a debate; y es que cubría sus pechos de una forma tan ineficaz que en cualquier mujer sería un sujetador de puta, pero en ella habría que dejar el calificativo en irreverente o incitador.

Me sorprendió no dirigiéndose hacia mí, o hacia Víctor, sino que se detuvo frente a la mesa y allí encontró el mando a distancia. Tardó un poco en acertar con el botón pretendido, que era el botón de apagado. De golpe nos vimos en la más absoluta oscuridad y escuché el ruido del mando a distancia posándose sobre la madera. Yo intentaba que mis pupilas se adaptasen al nuevo contexto mientras tenía que conformarme con adivinar y presentir.

Escuché sus pasos, hacia mí, y solté la polla de Víctor, quedando expuesto y con una extraña sensación de que yo no veía nada, pero de que ella veía algo, ya que parecía flotar sobre la habitación con desenvoltura.

No esperaba un beso, no esperaba nada, hasta que pude vislumbrar mínimamente, en la penumbra, su cuerpo. Su cuerpo... de rodillas... delante de la polla de Víctor; y entendí entonces aquella oscuridad, y es que una cosa era no avergonzarse de tocarse en mi presencia, imaginándose lo que se imaginase, y una muy diferente era no avergonzarse de representar que le chupaba la polla al desagradable y repulsivo Víctor.

Noté algo, algo en mi polla de goma, algo que no era ella... y la paulatina adaptación de mis ojos a aquella negrura acabó por confirmarme que María se ceñía a lo escrito por Edu. Y es que recordé otra de las veces en las que él se había referido a mí en aquella conversación que había mantenido con ella. Estuve tentado de leer la parte exacta pero sabía que la luminosidad la avergonzaría. Intenté hacer memoria y recordé cómo Edu describía que, mientras se follaba a Begoña, veía como María había colgado sus bragas de la polla de Víctor; decía que era una pena que al tener yo la polla pequeña eso casi ni lo pudiera representar conmigo, y después describía en un insulto cómo se la chupaba a su amigo. Aquella frase la recordaba con claridad: "la verdad es que imaginaba que se la comías como una buena zorra, espero que no te moleste...", le había escrito.

María cumplía entonces lo imaginado por Edu, y no solo colgaba allí sus bragas, sino que sacaba la lengua para lamer aquella polla de goma mientras mi polla real sufría desesperada, pues no podía haber mayor antítesis que sentir aquel tibio cilindro en comparación con la húmeda y caliente lengua de María.

Mi novia lamía aquella polla, que era la polla de Víctor, y yo sentía todo el morbo en mi mente pero no recibía placer físico, lo cual venía siendo una tortura a la que no podía

acostumbrarme.

Miraba hacia abajo y, mis pupilas, ya adaptadas y ayudadas por una mínima rendija de luz que habilitaba la persiana, veían a María ya no solo lamer... sino chupar la polla de aquel viejo... y no solo pude ver eso, sino que cumplía la siguiente parte. Ahora sí, aun a riesgo de importunarla, desbloquéé mi móvil, el cual, discreto, no emitió demasiada luz, y yo, buscando, nervioso, mientras ella comía de aquella polla insípida, encontré la parte que buscaba:

"¿Se la comes como una buena zorra o como una sumisa?" Había preguntado Edu y ella había respondido que de ninguna de las dos formas. A lo que él había respondido "Te imagino chupándosela como una sumisa, con tus brazos a la espalda y no puedo negar que tiene su punto". "No tiene ningún punto", había respondido ella, pero allí estaba María, arrodillada ante mí, precisamente así, con sus manos llevadas a su espalda, devorando aquella polla de goma sin ayudarse con las manos.

Mi miembro palpitaba allí dentro y, gracias al exiguo resplandor que desprendía la pantalla de mi móvil, podía comprobar como María comía sumisa de aquella polla, embadurnando con abundante saliva aquel glande tan realista en sus formas como seguro insuficiente en tacto, gusto y olor.

No sabía si debía permanecer inmóvil, para no sacarla de su ensoñación, o si debía actuar como si aquellas capturas de pantalla representasen un guion.

Recordé una parte en la que Edu le decía que, mientras ponía "como a una perra" a Begoña, frase que recordaba literal por sonarme algo extraña y burda, veía como Víctor disfrutaba de su mamada acompasando su mano con su cabeza, pero que cuando le había intentado acariciar la cara ella se la había apartado. Aquel extraño párrafo podría ser utilizado por mí para saber qué quería ella de mí. Finalmente me aventuré, e hice eso: llevé mi mano a su cabeza y durante unos segundos acompasé el movimiento de su cabeza con mi mano, y en vista de que ella no protestaba, de que permitía a Víctor cosas que en aquellos contextos no permitía a Pablo, llegué a sobre actuar un poco, respirando más agitadamente, sintiéndome aquel viejo, imaginándome que era él y que María, arrodillada, babeándome la polla y con las manos a su espalda, me devoraba el miembro y me mataba del gusto con sus firmes y aleatorios movimientos de su lengua.

Tras aquellos momentos en los que casi pude ser Víctor, aquella mano mía fue a su mejilla, y a su mentón, y mi mano fue apartada.

"Qué lengua tienes, cabrona" susurré en un juego de rol casi tétrico, oscuro y asfixiante, mientras María se afanaba aún más, siempre con los ojos cerrados, cada vez con saliva más densa en sus labios y en aquella goma color carne.

Con vía libre para ser Víctor seguí obedeciendo aquellos textos y quise sacar sus pechos por encima de las copas de aquel sujetador de María. Mis manos fueron entonces apartadas casi antes siquiera de haberlo intentado, mostrándome ella que recordaba con precisión también aquella parte.

María, tras apartarme, llevaba aquella mano no atrás sino a su sexo desnudo, saliéndose ahora sí del relato de Edu, y yo volví a desbloquear mi móvil y a buscar lo siguiente:

"Por supuesto te imaginaba vestida con falda gris y camisa rosa, como te gusta ir para calentarle; asquerosamente pija, como dice él. Tú haciéndole la mamada de su vida y yo aburriéndome de follarme a Begoña. Ella estaba follando mal y lo sabía, era consciente de que yo estaba más interesado en ti que en ella. Lo que pasaba después era que le decía que fuera al armario a ponerse ropa tuya, ya sabes, un armario con ropa tuya allí sin venir a cuento, beneficios de ser el guionista, y volvía vestida de ti, por lo que me la follaba disfrazada de ti, ¿qué te parece?"

"Me parece una chorrada" respondía María, la misma María que, arrodillada y comiendo de aquella polla, demostraba estar cachonda hasta lo extravagante. La misma María que se frotaba el clítoris con incontenida excitación, la misma María cuyos labios que debían custodiar su sexo se abrían y sobresalían expuestos y descarados. La misma María que allí, arrodillada, se deshacía mientras imaginaba que se la comía a Víctor entretanto Edu la miraba. La misma María que se fundía mientras imaginaba a Edu follándose a una Begoña disfrazada de ella.

Yo quise jugar fuerte y llevar aquella imaginación al mundo real:

—Se está follando a Begoña... que va vestida como tú... yo creo que en el fondo te quiere volver a follar a ti —dije de nuevo mirando hacia abajo, a una María con los ojos cerrados, aplicada en hacer una mamada impecable a una polla que no existía, y tocándose con una maestría y un erotismo que parecía que podría explotar en cualquier momento. Su cabeza iba adelante y atrás y su melena se movía en un alarde desvergonzado, como desvergonzada goteaba ya saliva sobre su escote.

Quise leer entonces la última parte, aquella en la que Edu le decía que ella se acababa poniendo de pie, dándole la espalda a Víctor y se quedaba quieta mirando como Edu montaba a Begoña, "como a una perra", disfrazada de María. De golpe había dos Marías, dos camisas rosas o quizás una rosa y una blanca, dos faldas recogidas y dos melenas voluminosas. Víctor se colocaba tras ella...

Mientras leía, María abandonaba aquella mamada y se ponía de pie, y me daba la espalda, daba la espalda a Víctor, como en el guion de Edu. Yo, alucinado... quise llegar más lejos y le susurré:

—Mira... mira como se la folla pensando en ti... sabes que en el fondo quiere follarte a ti...

Ella no respondía e insistí:

—Begoña debería dejar de humillarse y apartarse...

Ella seguía sin responder y llevaba su mano de nuevo hacia su sexo desnudo, tocándose allí de pie y dando en seguida la sensación de poder correrse en poco tiempo, sin dificultad alguna.

Aparté su melena, en otra licencia, olí su nuca y volví a insistir en que mirase como el pollón de Edu entraba y salía del menudo cuerpo de Begoña. Y recordé la última parte, el último pantallazo en el que Edu decía que Víctor la intentaba follar así, los dos de pie, mirando hacia él y Begoña. Edu le acababa preguntando si se dejaría follar así por Víctor, pero no le pedía respuesta inmediata, solo que lo pensara...

Tas oler su nuca aparté con delicadeza su mano, la mano que destrozaba su coño en busca de aquel ansiado orgasmo. Ella me lo permitió. De golpe éramos Víctor y María a punto de follar. De golpe era Víctor dirigiendo mi polla a la entrada de su coño, aún con sus bragas colgando de la base.

—Te voy a follar... aquí de pie... pero no dejes de mirarles... —susurré de nuevo en su nuca mientras María no respondía, pero podía sentir todo su cuerpo temblar.

—Sigue mirándoles... que ya verás qué bien entra... —susurré, en mi papel de aquel despreciable viejo, mientras dirigía aquella polla de goma al coño hambriento de María.

Ella echó entonces una de sus manos atrás, para ayudarme, flexionó un poco las rodillas y susurró, siempre mirando hacia adelante.

—¿Vas a follarme...?

—Sí... claro que voy a follarte...

—¿Sí?

—Sí... al fin me follo a la pija del despacho...

—¿Me vas a follar bien...?

—Sí... te voy a follar muy bien... aquí de pie... como a una guarra... mientras les miras...

Los dos estábamos que nos moríamos del morbo. No podíamos ni respirar. Aquella polla de goma separaba los labios de aquel sexo majestuoso... ya podía sentirla, a pesar de estar enclaustrado, ya podía sentir a Víctor follándola... cuando de su boca salió un desalentador y entrecortado: "Esto... es una... locura... Para...."

—¿Qué? —pregunté sorprendido, sin saber si hablaba Víctor o Pablo.

—Para, esto... es de locos... —dijo dando un paso hacia adelante, separándose.

No dije nada, la oí resoplar. Hasta que dijo:

—Joder, esto es una puta locura. Lo siento— se disculpó de forma extraña mientras, casi sin mirar, retiraba sus bragas colgantes de aquella goma húmeda con destreza, y se encaminaba hacia el cuarto de baño, donde allí sí encendió la luz.

Casi a oscuras, ligeramente iluminado por la luminosidad que emanaba del aseo, de pie, anclado a aquella polla de goma, sentía que no entendía nada, que entendía cada vez menos.

Me quitaba el arnés en silencio mientras escuchaba el agua de la ducha caer. Mi polla era un volcán a punto de explotar. Me acaricié un poco, y después un poco más. Cuando me pude dar cuenta me masturbaba en aquella semi oscuridad imaginando aquel guion de Edu; me imaginaba a Víctor follando a María y ella agradeciendo aquella polla pero mirando fijamente como Edu montaba a Begoña. Estaba decidido, me iba a correr, iba a eyacular allí, en el medio de aquella habitación de hotel. No podía más. María había tenido la súbita sensatez, por vergüenza o por amor propio, de no llegar hasta el final en la representación de aquel viejo follándola, pero yo estaba en otro papel, seguramente más sencillo, el cual me permitía disfrutar sin demasiados remordimientos de aquella imagen.

Mi paja se hizo frenética y pronto comencé a sentir un calor por todo mi cuerpo que desembocaría en la punta de mi miembro y allí me liberaría, cuando dejé de escuchar el sonido de la ducha. Me detuve. Si escuchase el sonido del agua del lavabo reanudaría el ritmo en busca de un orgasmo, pero lo que vino después fue una desagradable luminosidad; María encendía la luz del dormitorio y yo, empalmado y dándole la espalda pretendía disimular mi erección.

Ella trasteaba a mi espalda, sin hablarme, mientras yo me encaramaba hacia la mesilla de noche y miraba mi móvil extrañamente avergonzado. Vi que eran casi las doce y media. Y me llegaba a preguntar siquiera si saldríamos aquella noche.

Pero a los pocos segundos, una María de repente entera y resuelta hasta la impresión, me preguntaba sobre la ropa con la que iba a vestirme para salir aquella noche. Como si tal cosa. Como si no hubiera pasado nada. Otra vez negando todos sus casis, lo cual aventuraba que podría acabar desembocando nuevamente en la mayor de las caídas.

CAPÍTULO 34

Deseaba que se desvaneciera mi erección pues estaba inmerso en una extraña vergüenza, pero de la que una vez embarcado no podía saltar. Titubeé en una respuesta imprecisa y lo cierto era que si bien había pensado en su momento en salir suficientemente arreglado, llegaba a sentir que resultaba humillante arreglarse con especial ahínco precisamente durante aquellos contextos, aquellos momentos de libido de María, en los que yo le producía casi repulsa física.

Opté entonces por unos vaqueros, una camiseta y un jersey al hombro por si la noche acababa enfriando y, mientras mi miembro descendía, yo lo contemplaba y entendía que ella, que mi polla, había sido y seguía siendo una protagonista latente de todo lo que nos estaba pasando. Pensaba que si yo le contara a alguien que María en poco más de un año, aunque empujada por mí, lo hubiera hecho con tres hombres, pudiera pensar que la víctima era yo, pero si viera mi minúscula polla y su cuerpo desnudo, pensaría, como mínimo, que no había culpables.

Comenzaba a vestirme cuando vi mi teléfono iluminarse, era mi amigo Juanjo que me llamaba. Aquel chico no proponía sino que hablaba en hechos consumados: “Cómo no me avisas antes”. “Tenemos que vernos, no me jodas”. “Es increíble que aún no conozca a María”. “Id al garito que queráis de Malasaña que me desmarco un rato de mis amigos y en una hora estoy ahí”.

Mientras hablaba con él seguía afectado por lo vivido instantes atrás, recordando aquellos textos de Edu, concretamente la forma en la que se había referido a mí, quizás con cierto retintín, sobre todo cuando hablaba de que con mi mínima polla apenas María podría colgar allí sus bragas, pero sin apenas rastro de sadismo o de ganas de batalla. De hecho, hasta referirse a mí sin usar aquel molesto diminutivo, resultaba extraño, y yo llegaba a agradecerlo. Recordé aquellos meses en los que Edu parecía disfrutar humillándome, como si quisiera explorar aquel camino, camino que finalmente abandonaría, quién sabe por qué, quizás porque tampoco encontraba en él una satisfacción especial; seguramente no solo María y yo estuviéramos conociéndonos a nosotros mismos en aquella locura sino también el propio Edu.

Colgué el teléfono y terminé de vestirme mientras veía como María volvía a ponerse aquellos tacones, aquellos shorts, aquella camisa blanca y aquella americana larga azul marina. Sobre si se obsequiaba a sí misma con aquel sujetador de puta la respuesta era que no, sobre si se obsequiaba a sí misma con la humedad de las bragas, seguramente caladas, que habían colgado de mi miembro impostado, la respuesta era igualmente negativa. A cambio me daba, o se daba, unas bragas color azul celeste, casi grisáceo y un sujetador de idéntico color, más contundente, aunque sin tirantes, con más tela y encaje, aunque evidenciando cierta transparencia en la zona de las areolas, y desde luego más acorde a las dimensiones que debía tapar; potente, elegante, semi transparente y azul grisáceo, todo ello junto me hacía sospechar que fuera también de adquisición reciente.

Enésimo taxi, enésima distancia, y yo le contaba los planes de mi amigo y ella no necesitaba aclararme que no quería pasar demasiado tiempo con él, pues sabía de sobra que yo pensaba lo mismo. Otra vez buscábamos situaciones similares aunque con fines y motivaciones diferentes.

Salimos del vehículo y fue la cuarta vez que alguien desaprovechaba la oportunidad no solo de mirar con deseo a María sino de mirarme a mí con incredulidad. Por eso ansiaba que se diera cuanto antes esa morbosa y bendita situación.

Parados en el medio de la calle, fuertemente iluminados por la luz amarilla de las farolas, casi como si fuera de día, pude ver como Álvaro la llamaba. Allí, ambos quietos, de pie. María sabía que yo lo había visto y yo sabía que ella no iba a responder a aquella llamada.

—¿No decía que se encontraría con Sofia? —pregunté.

—Sí.

—Lo planteaba como un ahora o nunca, ¿no? —incidí sabiendo que mis frases pudieran molestarla y que su hastío por Álvaro lo podría acabar pagando yo.

—Es un pesado —zanjó ella, dando un paso, dándome a entender que aceptaba cualquier bar, mismamente el que teníamos a pocos metros.

Cuando me pude dar cuenta entrábamos en aquel pub, ella delante y yo detrás, lo cual me permitiría comprobar si tendríamos otro caso como en el vagón del tren, o como el de aquel bar que quedaba ya tan lejano. Hubo destellos, pero aislados, insuficientes, miradas de admiración, pero no lo suficientemente sucias como para colmarme.

Dos barras, música algo alta y demasiada luz. Un dos por uno que anunciaba resacas terribles y demasiadas mesas y taburetes bajos, hasta en las esquinas más recónditas. Le escribí a Juanjo y acodados en la barra comenzábamos a beber y ella le hacía caso a su móvil, pero solo de vez en cuando. Pasaban los minutos y no conseguíamos mantener una conversación fluida y es que no es que tuviéramos un elefante en la habitación, sino cuatro o cinco.

Teníamos su mamada figurada a Víctor, su “no” a Álvaro, sus mensajes con Edu que continuaban, su extraña pretensión para aquella noche y la casi imposible aspiración mía.

Allí, en la barra, mientras veía que María estaba menos pendiente de su móvil de lo que yo querría, pensaba en el plan revelado por ella y no acaba de encontrarlo lógico: Recibir guarradas por mensaje de Edu, quizás dejarse atacar ligeramente por alguien, seguro gustarse... y usar esos elementos... ¿para? Y es que quién iría con ella al hotel sería yo, así que, por mucha excitación que acumulase, todo acabaría por acabar introduciéndose un cilindro insípido. Conmigo.

Seguía dándole vueltas a sus aspiraciones y la veía ciertamente contenida. Con la chaqueta desabrochada pero algo cerrada, con la camisa sin escote alguno, con aquellas piernas desnudas que no se podían vislumbrar entre el gentío, con el culo embutido en aquellos shorts pero tapados por la americana. Yo sabía que allí había una bomba y alguien que se acercase y la escanease también lo vería, pero en aquel momento casi hasta pasaba desapercibida, para mi desesperación.

A pesar de todo el morbo que había sobre la mesa me resultaba casi imposible utilizarlo. ¿Cómo, repudiándome sexualmente en aquellos momentos de libido desorbitado, podría precisamente yo sacar a la palestra aquellos temas?

Pero pasó entonces algo sorprendente. De todo lo que pudiera salvarnos en aquel contexto, nunca hubiera pensado que fuera una persona, su amiga Inés, aquella chica que estaba de cumpleaños y a la cual María había felicitado, quién pudiera surgir para sacarnos del apuro; y me refiero en plural pues obviamente María no estaba tampoco a gusto, en otra ciudad, bebiendo en silencio, incómoda, terriblemente incómoda, con su propio prometido.

Y es que de Inés saltamos a una amiga común de ellas, Mamen, la cual yo conocía de haber coincidido con ella no más de cuatro o cinco veces y de haberle cotilleado vagamente en redes sociales; y una anécdota en la que ella era la protagonista acabó con aquel silencio asfixiante y recortó un poco aquella distancia.

—Sí, me acuerdo de ella, sí —le dije omitiendo que tan pronto había escuchado su nombre había recordado que la chica era guapa hasta decir basta.

—Pues lo que te estaba contando, que a finales del verano pasado, que también tela que Inés no me lo haya contado hasta hoy, estaba saliendo con estas y se encontraron de casualidad a uno que es modelo, no sé si sabrás quién es.

María me dijo su nombre y me sonaba. Lo buscamos en internet y efectivamente aquel chico no solo era modelo reconocido a nivel nacional sino más allá.

—Es guapísimo, yo creo que es el modelo más guapo que hay, sin ser yo muy de modelos — dijo María mientras yo no podía hacer otra cosa que darle la razón mientras miraba imágenes de anuncios en los que él era realmente el producto.

Fue ciertamente un respiro aquella conversación. Los dos lo sabíamos y agradecíamos aquella bajada de pulsaciones, que no sabíamos cuánto podría durar, pero sin duda era un alivio poder ser un poco nosotros... después de lo vivido en el hotel, de su casi visita a Álvaro, de sus confesiones en el tren, de su comida con Edu... de su narración en la cena de la que habían pasado solo veinticuatro horas... y que parecía una eternidad...

—Bueno... ¿Y qué? —pregunté desviando la mirada de mi móvil para enfocarme en ella, en sus labios carnosos, tiernos y sugerentes, en su mirada encendida por estar a punto de contar algo importante, en la blancura de los cuellos de su camisa en contraste con su perenne tez morena y su melena castaña.

—Pues... nada... sabes que Mamen tiene novio. Tiene novio además desde hace... bueno, es que ni me acuerdo.

—Sí, sí —respondí. Lo que no le aclaré fue que lo sabía sobre todo por cómo bombardeaba la propia Mamen en redes sociales con lo guapos y felices que eran.

—Bueno... pues... —dijo marcando los tiempos, alegre y súbitamente achispada— pues el chico le fue a hablar a ella. Directo.

—Modelo, pero no tonto.

—No, no, para nada. Debió de ver un poco... como que estaban de cotilleo mirándole y se fue a hablar con ella. Bueno, esto me lo acabo de inventar —sonrió— pero algo así sería. Y bueno... no sé, se tomaron una copa, no sé, y estas flipando, claro. Al parecer el chico guapísimo, incluso más en persona.

—Vale... ¿y?

—Pues... eso... que en esto que Mamen se aparta, vuelve con ellas, no sé, o es él el que vuelve con la gente con la que estuviera.

—¿Y ya está? —pregunté.

—No, no. Espera. Entonces Inés le pregunta, lo típico, que de qué han hablado y tal. Y ella le dice que el chico le dijo directamente que se fuera con él al hotel. Ella le dijo que tenía novio, y él que estaba de paso, que bla bla... que lo que ella viera. Y claro, Inés, que sabe cómo es Mamen... que tiene novio y que nunca existe nadie más para ella... le dijo que qué pena que no hubiera elegido a otra.

—Otra no iba a elegir... —no pude evitar decir sabiendo la diferencia de atractivo físico entre Mamen y las demás del grupo. No es que fueran todas feas, había alguna que no estaba mal, pero Mamen estaba en otro nivel.

—Ya... pues en esto que Inés ve como Mamen le escribe a su novio y se lo cuenta.

—¿Le cuenta el qué?

—Pues le cuenta que se ha encontrado con ese modelo y que le ha propuesto eso y que qué hace.

—¿En serio? —pregunté, metido en la historia, solapando sus palabras.

—Sí, en serio, y el novio le dice algo en plan... porque Inés como que lo estaba medio viendo lo que se escribían pero después Mamen se lo contó bien. Pues que el novio en plan... pues... ¿y qué hace aquí? ¿y qué vas a hacer...? Y ella que está de paso y que... precisamente le está preguntando a él qué hacer. Y nada. Que...

—Joder... qué locura... ¿no? —dije siendo consciente de que, aun siendo una locura, era mucho menos locura que lo que llevábamos meses viviendo nosotros.

—Pues... eso... que el novio le acaba diciendo que por él que bien, que entiende que es un tío que está increíble, como lo más... top... y que si quiere y siendo obviamente solo sexo que folle con él.

—Joder... pero... ¿Ya habían hecho cosas? —pregunté refiriéndome a cosas similares a las nuestras.

—No, no. Para nada. O sea, surgió así y de la nada...

—¿Y...?

—Pues nada. Que Mamen se acercó a él, hablaron medio minuto y se fueron.

—Se la llevó al hotel.

—Eso es.

—¿Y?

—No sé. De eso ya no contó nada. Se la... eso... qué fuerte... —dijo mirando de nuevo la foto de él en el teléfono móvil.

—Oye... pues... tiene puntillo la historia —dije impactado y sabiendo que aquella anécdota, aquella conversación nos daba aire, nos quitaba un poco la asfixia de aquellas últimas veinticuatro horas.

—Sí que tiene puntillo, sí —dijo ella, sorprendiéndome un poco, reconociendo lo morboso de la situación, aunque fuera una amiga suya la protagonista, sorbiendo de la pajita, mientras yo pensaba lo bien que estaría eso de ser guapo a morir, para poder llegar a un pub así y elegir, si bien yo casi me conformaba con tener un miembro normal, aunque, de tenerlo, seguro no estaría embarcado en aquella locura de la que no quería escapar.

Pensaba aquello y de nuevo mi minúscula polla era señalada como el gran detonante, pues sabía que con algo decente María nunca hubiera caído, que todo salía de una insatisfacción puramente física.

Aquella conversación nos sirvió de trampolín para hablar más distendidos y para tomarnos otra copa. María se fue al cuarto de baño y entonces por fin pude ver a dos chicos escaneándola y conspirando. Pero yo aún quería más.

Ella volvió de los aseos casi a la vez que Juanjo hacía acto de presencia, y no lo hacía solo, sino con un amigo. Nos saludamos con aprecio real, con efusividad medida y no impostada e inmediatamente después me presentó a su amigo, Rafa, un chico menudo y pelirrojo, con gafas, no demasiado agraciado y yo les presentaba a María.

Sabíamos que no podríamos conseguir una mesa, así que nos hicimos un hueco de pie, en la

barra, como pudimos. Juanjo pedía dos copas, para él y su amigo, y nos preguntaba el porqué del honor de encontrarse con nosotros en Madrid. Mientras yo no sabía muy qué mentira contar, porque ciertamente no era explicable nuestra situación, pude ver con el rabillo del ojo lo que llevaba tiempo buscando.

Sí, por fin vi lo que llevaba horas ansiando, aquella mirada, sucia, lasciva, casi repugnante, la mirada del tal Rafa, sobre María. Sobre su pecho bajo la camisa, sobre los pezones que se podían adivinar marcando mínimamente la seda blanca si te detenías sin disimulo, sobre sus piernas largas, sobre su estilo, sobre su proyección de mujer engreída, sobre su irradiación de sexualidad contenida.

Y sentí mi corazón acelerarse y sentí el rubor de María, que, a aquellas alturas, detectaba tan rápido como yo aquellas miradas, aquella sucia lujuria, aquellas ganas de... Aquellas ganas de follarla que Rafa no podía evitar exteriorizar.

CAPÍTULO 35

Prestaba la merecida y pertinente atención a Juanjo, pero con un sentimiento agradable, una especie de trasfondo, de poso, de sentir una extraña felicidad. Sí, felicidad podría ser incluso la palabra, por imponente que suene siempre, y me envolvía como consecuencia de poder sentir el inapropiado acoso de Rafa sobre María. Por supuesto no era un acoso real, de actos, si no de imaginación, de deseo sucio y culpable.

Con ese sentimiento tan positivo me enfrascaba en una conversación con mi amigo del cual asomaban unas ojeras desconocidas, pero mantenía la mirada brillante y jovial. Con una complexión similar a la mía, con su característico pelo rizado, sin atisbo de entradas, vividor y soltero vocacional.

En ningún momento, ni durante la presentación, ni mientras hablaba conmigo, había revisado de forma extraña a María, y lo cierto era que de él solo podía esperar eso. No solo nunca había mirado con intención ilegítima a ninguna novia de amigo, sino que ni siquiera se le podría calificar como ligón pese a su dilatada soltería. Había salido todas las noches posibles, pero siempre lo hacía para coger el punto exacto, como cuando alguien ya es plenamente conocedor de su cuerpo; siempre sin meterse en líos, sabiendo cuando retirarse y no haciendo en absoluto de la caza su motivación primaria, ni siquiera secundaria.

Mientras recordábamos tiempos felices y anécdotas gastadas podía comprobar de vez en cuando a su amigo. No era necesario conocerle para saber de su sobre excitación, de sus nervios, pues era obvio que aquel no podía ser su estado normal o natural. Le hablaba a María, yo podía oírle, y la intentaba embaucar bajo el pretexto de que ellos no conocían las anécdotas ni la gente de la que hablábamos Juanjo y yo.

Obviamente no era su objetivo conquistarla, pero no podía evitar mirarla, remirla y degustarla. Como si viera en ella, en sí, una película erótica, de las que uno no ve con la intención de llegar a un clímax físico, sino para deleitarse con un regusto tenso, sexual, morboso y permanente, que le impide a uno apartar los ojos de la pantalla.

María no le hacía demasiado caso, lo justo para no ser descaradamente déspota. Además estaba su conversación a distancia con Edu, aquellos párrafos obscenos que parecía seguían apareciendo. Y es que yo veía que escribía algo y después debía de recibir algo más extenso y contundente pues, tras sonreírle a Rafa, sin ganas, tras cualquier intento de captar su atención, se la podía ver leyendo y desplazando el dedo por la pantalla de su teléfono.

Me preguntaba si le estaría contando a Edu que tenía un amigo de pretendiente o si Rafa era tan insignificante que ni valdría la pena mencionarle. Y, mientras me preguntaba aquello, la observaba a ella, la cual cada vez parecía brillar con más fuerza, cada vez parecía más llamativa, más imponente, como si su belleza y elegancia aun fueran más tremendas cuando surgía algo o alguien sobre el que aplicar comparación.

Llegamos a pedir otra ronda mientras se sucedían nuestras risas melancólicas y nuestras anécdotas, mi felicidad interior, los nervios del pelirrojo, los mensajes de Edu y la altanería de María. Pero, un rato más tarde, ella y yo, llegamos a tener un momento de intimidad, pues Rafa se fue al aseo y Juanjo se detenía a hablar con un amigo o conocido. Yo, consciente de tener mi tapón de la desinhibición medio sacado como consecuencia de la tercera ginebra, le pregunté a María sobre quién era aquella persona que le escribía tanto. Sabía que Edu sería uno, pero sospechaba, o deseaba con fuerza, que quizás Álvaro le estuviera escribiendo también.

—Pues Edu. Ya lo sabes.

María oteaba al bar con desgana. Con el móvil en aquel momento en el bolso. Yo sabía que debía apresurarme si quería sacar un tema interesante pues nuestra soledad duraría poco. Así que solté una bomba, sin preaviso, sin anestesia:

—Casi... te folla Víctor al final —dije recordando aquel momento en el que, representando que era aquel enjuto cuarentón, me había colocado tras ella y ella casi había accedido a ser penetrada... Lo dije siendo plenamente consciente de que aquello no le sentaría precisamente bien.

Su mirada fue retadora, pero desprendiendo que aceptaba el golpe. Y no atisbé sorpresa, como si asumiera que, a aquellas horas, con alcohol por medio y después de tantos meses, no constituía del todo jugar sucio el hecho de pronunciar cierto tipo de frases hirientes.

Tras dar un trago a su copa y atusarse la melena como si yo mismo fuera un espejo, gustándose, me dijo:

—Eso es lo que tú querías... con Víctor... con el Rafa este... y con todo este bar si fuera posible.

—Te mira... con lascivia, Rafa —dije, solapándola, algo borracho, tan pronto ella había pronunciado su nombre.

—Me mira como un cerdo. Más bien.

—¿Le vas a dar bola? —pregunté sabedor de que lo quería yo, y de que si Edu era conocedor también lo quería, y quien sabe si no estaría remando también en la misma dirección.

—Si seguís los dos amiguitos hablando de cosas de las que no tengo ni idea pues igual no me va quedar otro remedio.

Lo dijo con chulería y sentí en aquel preciso momento una imponente fascinación; me llegaba a impresionar, por sentirla como otra María, como si pudiera juzgarla, como si pudiera verla sin la desventaja de conocerla, con aquella ropa cara... casi improcedente en aquel austero pub, con aquella altanería... con aquella seguridad y feminidad.

Aquellos súbitos sentimientos me hicieron explotar en una frase extraña, descontextualizada, y que seguramente nunca le había dicho, al menos no de aquella forma:

—Estás muy buena... María...

Ni se inmutó. No sentí ni que lo viera como un halago, y me lancé a hablar, dándole forma, la volví a piropear y ante su inexpresión me dio por hablar sorprendentemente de su ropa interior, seguramente porque lo llevaba dentro, y porque algo no me cuadraba.

—Lo que llevas debajo... vamos el sujetador ese y las bragas, claro, ¿de dónde lo has sacado?

Me sentí absurdo, todo yo, y, cuando esperaba una respuesta tan obvia como ridícula había sido mi pregunta, atajó de raíz cualquier atisbo de conjetura.

—Ya sé por dónde vas... pero no hace falta que hiles tan fino, que solo me faltaba que Edu me dijera qué sujetador comprarme.

Me quedé en silencio y ella prosiguió:

—Una cosa es... el mamoneo... de lo que me escribe... y otra eso...

No me convencía demasiado su respuesta, pues no veía mucha diferencia entre “ordenar vestir” y “ordenar comprar para vestir”, pero no quise seguir por ahí. Intentaba pensar con rapidez e iba desechando ideas, sobre todo por ser demasiado agresivas. Sopesé entonces decirle que casi se le transparentaban los pezones, aunque solo fuera mínimamente, bajo la camisa, y como sin duda se le habían transparentado con el sujetador anterior, pero la ataqué por otro flanco:

—... Bueno... el Rafa este tarda mucho...

—Pues sí, y tu amigo se enrolla bastante.

—Igual se está pajeando en el baño. Pensando en ti...

—¿Rafa?

—Claro.

—Seguro... —dijo con desidia.

—¿No te gustaría?

—Me da absolutamente igual.

—¿Le has escrito a Edu contándole que tienes un pretendiente?

—Sí, lógicamente. Le estoy diciendo eso, claro, y de paso... le estoy diciendo que me muero porque... porque me lo... haga otra vez —dijo irónica.

—¿Ah, sí? Puedes decir follar, no pasa nada —dije cerca de su oído, queriendo tocarla con mi frase, pero me tocó más el aroma de su melena y la densidad de aquel inédito perfume, o viceversa.

—Vale. Gracias por la autorización. Le he dicho entonces que es una pena que no esté aquí para follarme bien y que nada... que me tendré que conformar contigo —María pronunciaba aquellas palabras, con chulería, para humillarme o hacerme daño, en ningún caso como un favor para excitarme.

—Dile que en tal caso no sería conmigo, sería con el arnés que tenemos... con esa polla enorme que le representa a él... o a Víctor —le repliqué bajando al barro.

—Sí, solo me faltaba contarle lo del juguete ese...

Nos enzarzábamos en aquella especie de conversación o discusión en la que era todo ficticio, pues obviamente no le había escrito nada parecido a Edu y siempre con aquella pretensión suya de humillarme. Humillación de la que yo no rehuía. Pues por mucho que contraatacase no lo hacía para evitar que siguiera intentando vejarme.

Aquello se cortó de repente pues Juanjo me abordó por detrás y, pronto, y aunque yo no quisiera, me veía de nuevo envuelto en temas y anécdotas pasadas, e inevitablemente María acababa por volver verse desplazada. Con Rafa desaparecido, la soledad de María no solo se hizo evidente sino tentadora, por lo que no tardó en recibir la atención de otro pretendiente al que yo, en un principio y como consecuencia de estar girado hacia mi amigo, no pude ver bien.

De espaldas a lo que hablase María con aquel hombre, yo hablaba con Juanjo y veía aparecer por fin a Rafa, el cual viendo que mi novia estaba ocupada, encontraba cobijo en nosotros.

Tras unos instantes conseguí colocarme de tal forma que pude ver a María: con su incesante pose chulesca, pero mirando con ojos más atentos que cuando se había dejado entretener por Rafa, lo cual ciertamente no era difícil. También pude ver a su nuevo amigo: muy alto, pelo negro, barba de tres días y mandíbula prominente, corpulento, pero proporcionado, con unos vaqueros negros rasgados por las rodillas y una camisa azul. Hablaba con María, pero con cierta tranquilidad, sobre todo en comparación con la tensión y casi pánico del anterior pretendiente pelirrojo.

No pude evitar pensar, y ya era un clásico dentro de mis obsesiones, que ella con aquel hombre que se rascaba la barba de forma casi constante mientras hablaba, sí parecía encajar mejor. Parecía una pareja más acorde, (¿más justa?), de lo que pudiera parecer conmigo. Siendo más guapa ella que él, su unión no constituía una rareza tan evidente como conmigo.

Pasaron unos minutos en los que disfruté de Juanjo y sus ocurrencias, pero sobre todo disfruté de aquella conversación, aun sin poder oírla, de María con aquel hombre, el cual no exteriorizaba lascivia, pero si la apartaba poco a poco, con disimulo y astucia, de nuestro trío, demostrando innegable experiencia en aquellas lides.

Hasta que llegó el momento en el que mi amigo y Rafa se tuvieron que ir y Juanjo me preguntó

si le despedía de María. Yo le dije que sí y, antes de que se fuera con Rafa, y siendo consciente de que ella llevaba ya un rato extrañamente ocupada, me preguntó:

—¿Pero... se conocen?

Y yo entendí que aquellos diez o quince minutos de María hablando con aquel hombre se le harían ciertamente extraños a cualquiera que no supiera de nuestra situación, y mentí:

—Sí, sí. Claro que se conocen.

CAPÍTULO 36

Se marcharon y sentí algo que no entendía muy bien qué era. Parecía como una extraña necesidad de explicarme, de predicar a los cuatro vientos qué era aquello que estaba viviendo.

Me giré y vi a aquel chico que hablaba con María. A él lo veía de espaldas y más que una camisa parecía una enorme sábana azul lo que me impedía ver a mi novia. Me giré un poco y vi como charlaban y no me dio la sensación de que ella tuviera el más mínimo interés en que aquella conversación se alargase. Otra vez. Pero otra vez disfrutaba de dejarla sola en situaciones incómodas.

Las tres copas no solo hacían mella en mi liberación sino en mi lucidez; sentía que pensaba de forma más clara cuando el alcohol me invadía, como si pudiera separar mejor el grano de la paja. La tercera consecuencia de aquellas tres copas me obligaba a ir al cuarto de baño y una importante cola me hacía comprender la tardanza de Rafa.

En aquel lúgubre pasillo volví a pensar en aquella necesidad de exteriorizar mis sentimientos, pero no de aquella forma timorata y preocupada con la que me confesaba a Germán, sino que ansiaba, seguramente también como consecuencia del alcohol, contarle de manera orgullosa; explicar no mis miedos, sino el porqué de que aquello fuera fascinante.

Pensaba en que ojalá volver a encontrarme con Juanjo y decirle que María no conocía a aquel hombre con el que llevaba tanto tiempo hablando. Ojalá explicarle nuestro juego con la pasión merecida. No solo decirle que su jefe la había follado y ahora la pretendía dominar, si no explicarle cómo era María cuando chocaba con un amante de verdad. Me tacharía de loco y entonces le diría que no entendía nada, pero que si la hubiera visto follar con Edu o Álvaro lo entendería mejor. Le diría que se la imaginase follando, si es que no lo había hecho ya alguna vez, y que lo multiplicase por mil.

Le diría también cómo ella negaba aquella necesidad física hasta que explotaba y cómo era aquella explosión. Le explicaría que ver a tu novia siendo follada por un desconocido y siendo follada cómo yo la había visto, producía en mi un morbo que me dejaba al borde del colapso y por el que todo el dolor valía la pena. Le diría que sentir el olor a sexo de otro hombre sobre tu novia, o ver su cuerpo sudado tras varias horas de entrega, eran una droga a la que no podía renunciar. Y si aun así no me entendiera le diría que trascendía lo meramente sensorial, que era en esencia psicológico.

Volví del aseo y pronto los vi, en la barra. Me preocupaba, o más bien deseaba, que María hubiera aceptado una invitación a una copa, pero pude ver su vaso casi vacío por lo que deduje que ella le había acompañado a pedirse algo. Me coloqué a su lado. La charla era tranquila, pero veía en él un semblante de suficiencia, que no sabía interpretar si es que aquello obedecía a que no quería descubrir sus pretensiones, como si quisiera fingir un hablar por hablar, o es que se lo tenía tan creído que estaba esperando una señal de ella.

Me pedía mi cuarta copa, a su lado, y no pude evitar decirle, en voz baja, para que me oyera ella, pero no él:

—Lo pasas bien con el gigantón este...

Ella no respondió y yo llegué a dudar de que me hubiera oído.

María tenía su teléfono móvil en la mano, que ojeaba de vez en cuando, por lo que pensé o supuse que quizás este chico si cumpliera los requisitos mínimos para ser mencionado en sus conversaciones con Edu. O quizás se escribía con Álvaro, o quizás seguía recibiendo aquellos

mensajes subidos de tono y en absoluto le estaba contando nada de este chico.

Yo, a pesar de no ver en María demasiado interés y sabiendo que aunque le pareciera guapo no haría nada, no quise espantar a aquel chico y me aparté un poco.

Tan pronto me encontré en un nuevo puesto de control, a unos cinco o seis metros de ellos, vi algo de luz, pues María se giraba hacia la barra y hablaba con la camarera. Aunque poco duró el incremento de mis nervios pues en seguida vi como no era invitada a una copa sino que recibía un botellín de agua. Pero como en una montaña rusa de hechos y emociones, pasaba de la esperanza, a la decepción y, de golpe, era testigo otra vez de algo verdaderamente alentador, y es que aquella inocente botella de agua sería en seguida coprotagonista de un suceso inesperado.

Y digo coprotagonista porque el otro lo sería un chico que, intentando hacerse un hueco en la barra, acabó por empujar a María por la espalda mientras ella pegaba un trago de aquella botella, y sucedió que, como consecuencia del empujón, el agua no fue ingerida entonces por mi novia sino que se derramó por sus labios, su cuello y su ropa, sin poder ver yo con claridad la cuantía exacta vertida donde no correspondía.

Como consecuencia del atropello, ella se vio forzada a dar un paso hacia adelante, hasta casi chocar con el de la camisa azul y, sin que yo pudiera apenas reaccionar, todo comenzó a suceder como a cámara rápida. Me tensé, intentando ver entre los cuerpos que cubrían aquel bar, al atisbar como el pretendiente de María se movía presto a mostrar su hombría, yéndose hacia el “empujador”, en actitud dominante. Mi novia posaba la botella en la barra y, mientras comprobaba su nivel de empapamiento, era ajena a que su jefe de manada se disponía a poner las cosas en su sitio.

Quién sí veía aquel duelo era yo, pero en seguida se pudo saber que el otro chico no quería problemas, pues se disculpaba ante su corpulento contendiente. María acabó por girarse, supo entonces de la tensión entre los dos machos, pero no intervino y les dejó hacer. La cosa se calmó y ella en ningún momento levantó la mirada para buscarme; quise pensar que si la cosa se hubiera puesto fea de verdad sí habría explorado con sus ojos hasta encontrarme.

El macho dominante, tras ganar el duelo con un par de frases o con su mera planta, y ver batirse en retirada a su timorato enemigo, volvió a su posición inicial, frente a María. Y la miró de arriba abajo, disimulando deseo y queriendo mostrar empatía. Si sentía satisfacción por haber quedado como un macho salvador tampoco lo mostraba, como si fuera intrínseco a él, como si fuera un héroe obligado, como si fuera un rol que le hubiera venido dado de nacimiento.

Yo quería ver aquella americana, o quién sabe, ojalá, camisa mojada, pero también quería ver la cara afectada de él, pero no se exteriorizaba en su semblante ningún impacto, y aquello precisamente producía que María no se decepcionase.

Si mis pulsaciones habían descendido al entender que la cosa con el otro chico no pasaría a mayores, volvieron a subir cuando el pretendiente se tomó la licencia de tocarla, no su piel, sino su americana, para abrirla un poco, y así comprobar él los daños. Lo hacía a modo paternal, mientras ella miraba hacia abajo. Si bien, seguramente, con aquel falso paternalismo lo que conseguía era verle mejor las tetas, pues era no solo factible sino probable que como consecuencia del baño se le estuviera transparentando el sujetador. Ella acabó por tirar de los cuellos de su camisa hacia arriba, intentando con ello despegar la seda de su cuerpo, y él apartó entonces lentamente su mirada y bebió de su copa. Era tremendamente morboso ver como él fingía no querer follársela y ella fingía no saber que esa era la única motivación de él, al que no le importaba absolutamente nada que un imbécil la empujara, pues no había trato ni aprecio, solo ganas de sexo con ella.

Yo también desvié la mirada, pero para darme un respiro. De nuevo me sentía raro, solo en

medio de la muchedumbre. Veía corrillos, grupos de amigos, mesas repletas de colegas sin más ambición que desconectar del trabajo, pasarlo bien, desinhibirse para ser más ellos o serlo menos, mientras yo me encontraba en aquella situación surrealista, deseando que María hiciera o se dejara hacer algo con aquel hombre y hasta deseando que Edu colaborase, instigándola también para que tuviera algo que contarle.

No aguanté más de dos o tres minutos hasta que mis ojos volvieron a aquella improvisada pareja, que se mantenía en la misma posición, a una distancia cordial y apropiada, pero en este caso María tecleaba en su móvil mientras él le hablaba, y entonces él cogió su móvil y le dijo algo que no es que la hiciera reír pero al menos le hizo esbozar una media sonrisa que era al menos un hilo de esperanza.

María habló entonces y el tecleó. Me parecía raro que se intercambiaran los números. Muy raro, pero no imposible. Y me fijé de nuevo en ellos, en el porte de ambos, en el lenguaje gestual. Él también parecía de clase social acomodada, pues incluso en su bravuconería había estado en su sitio, sin aspavientos. Charlaban y yo no podía hablar realmente de feeling, pero sí al menos de cierta armonía. Quién los viera pudiera pensar que ya eran pareja. Quien los viera consideraría normal que follaran. Quien los viera pensaría que verlos follar tendría que ser un verdadero espectáculo.

Y así los dejé, armónicos, y casi compensados. Y es que decidí salir un rato fuera, a coger un poco de aire y darle aire a ellos, aunque lo que conseguí no fue relajarme sino todo lo contrario, ya que mi imaginación comenzó a volar.

Apoyando mi trasero contra un incómodo bolardo, intentando medio sentarme o algo parecido, sin éxito, me veía rodeado de gente y más gente que parecía emborracharse segundo a segundo. Yo había sacado mi copa del bar sin que nadie me pusiera pegas y sin previo aviso se me cruzó la imagen de aquel hombre besando a María, allí, al lado de la barra. Mi imaginación volaba a una María que en un principio luchaba contra él y contra sí misma, aunque sin apartar aquel beso, hasta que acababa por entregarse a él, reconociendo su triunfo, reconociendo que se la había ligado y reconociéndose a sí misma que a poco que besase bien y supiera como llevarla... se la acabaría follando aquella noche.

Me empalmaba imaginando aquello y no me sentía mal, ni un enfermo, seguramente por el paso de los meses y por el alcohol. Como alguien que reconoce su enfermedad y decide que no le va a llamar lucha si no forma de vida. Aceptaba mi destino con aquella locura, empalmándome, rodeado de gente y con mi imaginación ya yendo a una María montando a aquel corpulento hombre en la cama de nuestra habitación de hotel.

María le montaba y gemía, mientras yo, de pie, me masturbaba, mirándoles... María se acariciaba sus pechos con inclemencia y aquel hombre la agarraba con fuerza por el culo para ayudarla a acompasar los movimientos de cadera de ambos... Cuando precisamente ambos salieron del bar, cada uno con una botella de cerveza en la mano y ella, me daba la sensación, que con un botón desabrochado de más, quizás por el altercado del botellín de agua. Y ella me miró y yo di gracias de que mi miembro fuera mínimo y no se pudiera notar mi erección.

Su mirada fue fría y aquello me heló. Y fue fugaz porque en seguida se apartaron un poco de la puerta y se colocaron a un par de metros de la entrada. Llegué a pensar que habían salido por iniciativa de ella, para, si no buscarme, al menos poder saber donde estaba, pero el chico se encendió un cigarro y deduje entonces que quizás había sido él quién había solicitado salir.

A mis tres metros de distancia y a pesar de la imponente luz de las farolas no pude descubrir el nivel de mojadura de la ropa de María, aunque quizás ya hubiera secado. Pero lo que pude ver fue que ella tenía las mejillas sonrojadas y las pupilas dilatadas por el alcohol, aún totalmente

controlada, pero con evidentes signos de achispamiento. También vi que él tendría mi edad o un poco menos, quizás justo la de María, y que, sin constituir un cuerpo de gimnasio sí se le notaba algo musculado. Con una altura similar a la de Álvaro, pero infinitamente más hecho.

Pude vivir entonces, y con el corazón en un puño, todo el despliegue de cortejo de aquel hombre de camisa azul. Tenía aquel extraño tic de acariciarse la barba con las yemas de sus dedos y, a pesar de llevar siempre su cerveza en la mano, colaba a veces las palmas de las manos bajo sus sobacos, en una postura extraña y atendiendo o fingiendo atención a lo que María le decía. Una María que, con la espalda casi apoyada contra la pared, con aquellas piernas largas y desnudas y con aquella americana cara y camisa impecablemente blanca, rebatía las frases de él con interés, como si de verdad fuera importante de qué hablasen y no el motivo de la charla, que no era más que una excusa, como en estos casos siempre es.

El chico sabía lo que hacía y pronto quiso seguir pareciendo sutil, pero quiso serlo más cerca; llegó a apoyar la palma de su mano contra la pared y María quedó reducida a su sombra. De golpe le hablaba cerca y volcado sobre ella. Si la quisiera besar apenas tendría que dejar caer su cara hacia ella unos centímetros.

Y se produjo. No podía ser de otra manera. Entre el gentío, el griterío, las borracheras, la incómoda luz... La cara de aquel chico buscó encontrarse con ella. Sus labios fueron a ella... que con los ojos bien abiertos veía todo aquel movimiento como a cámara lenta, como también lo veía yo, y, si ella estaba la mitad de tensa que yo, estaría infartada, y entonces ella... giró la cara... evitó el beso...

...y el chico abdicó de su intento, pero siguió hablándole cerca, al oído, como si tal cosa, y ella le puso una mano en el pecho, y pude sentir el tacto de la camisa azul y el durísimo pecho de él a través de ella, haciéndole ver que debería retirarse un poco, pero tampoco le echaba. Ver aquel acoso me mataba.

Era un asedio conciso, quirúrgico, lógico. El chico estaba indudablemente bueno. Yo quería que pasara. Edu seguro le había dicho que le gustaría que se besara con él, aunque quizás solo fuera para alejarla de mí y mandar él. Ella, a aquellas alturas tenía que saber que su noche, que su viaje, era o aquel hombre, o una polla de goma pensando en Edu.

Y el chico posó la otra palma de la mano al otro lado del cuerpo de María, que quedó encajonada bajo aquella sábana azul y aquellos kilométricos pantalones negros. Y él le habló al oído, encajando su cabeza sobre el hombro de ella y todo su cuerpo pegándose al de ella... la cual me miró. Mientras aquel gigante le susurraba al oído y se disponía a hacer un segundo intento ella me miraba, con aquella mirada heladora que como otras veces plasmaba un “no me puedo creer que quieras esto”.

Y la cara de aquel chico viró a una María completamente acorralada, la cual mantenía la mano en el pecho de él, pero sin hacer apenas fuerza... Los labios de aquel hombre buscaron a María, y yo pude sentir ahora a través de él: sentir lo que es tener a María, a una mujer como María, tan cerca, a punto de sucumbir... poder olerla, poder sentir su erotismo y su sensualidad tan cerca... sentir ya aquellos labios que podrían ser el preámbulo de la mejor noche de tu vida... Y aquellos labios de él la buscaban, buscaban a aquella belleza que parecía ya no poder evitar sucumbir... y ella cerró los ojos, y giró la cara, no permitiendo que su pretendiente consiguiera absolutamente nada, no permitiendo que yo consiguiera apenas nada.

Tras aquellos dos intentos el chico retrocedió y siguieron hablando como si no hubieran estado a punto de besarse. La situación era insostenible para mí, incómoda para María y traumática para él.

Ella no le daba nada, pero le quería allí. Hasta que incluso se dio la situación de que acabaron

por intercambiar sus posiciones, siendo entonces él quién apoyaba su espalda contra la pared de aquel bar mientras María le hablaba bastante cerca. Parecía que con aquello ella tomaba todo el control, pero curiosamente se proyectaba una imagen en la que, quien los viera ahora por primera vez, pensaría que era la chica quién quería que pasara algo y el chico quién se hacía de rogar.

Ella no se dejaba besar, no quería nada con él, pero en absoluto rehuía de su presencia. Entonces alguien llamó por teléfono al chico y se excusó para responder la llamada, apartándose unos metros de María, quedando ella en la misma posición, sin moverse, de espaldas a mí. Cogió entonces su teléfono y me escribió:

—¿Estás loco?

—¿Qué? ¿Por qué? —respondí a escasos metros de ella, sorprendido.

—Joder, está siendo descarado que nos estás espiando. Te ha mirado varias veces.

—Sí, bueno... María... ya te digo que lo último que está pensando éste es que yo soy tu novio y estoy de mirón.

—Solo te digo que dejes de mirar. Que se está dando cuenta.

No le veía salida a aquella conversación. Me parecía absurdo siquiera que ella pensase que aquel chico estuviera a otra cosa que a conseguir ligársela. María se giró un poco entonces y su soledad se hizo más evidente, y la mía también, separados a cuatro o cinco metros y escribiéndonos mientras ella esperaba a que su pretendiente finalizase su llamada. Aunque nadie sabía muy bien para qué quería esperarle.

Levantó su mirada. Su melena caía en parte por delante de la cara y llevó entonces aquella fracción de su melena a detrás de su oreja, y la vi guapísima. Con aquellos taconazos, con su americana larga azul marina abierta, y con la camisa en su sitio, pero con aquel botón que hacía matar por otro más, ese otro más que la cambiaría de mujer fatal e inalcanzable a pibón provocativo pero posible.

Le escribí:

—Bueno, ¿pero te gusta tu armario empotrado o no?

Ella me miró antes de responder. Sería.

—¿Que si me gusta? No me lo estás preguntando en serio.

—Tan en serio como que llevas una hora dándole bola ¿Por qué si no entonces? —pregunté sin querer meterme en que casi, y por centímetros, no se habían besado. Sin duda mi pregunta era una trampa por si aquello de mostrarse receptiva ante él obedecía a una orden de Edu.

—Pues ni en serio ni en broma. Obviamente no es nada feo, pero no va a pasar nada. Obviamente.

—¿Entonces es que le calientas para contárselo a Edu a cambio de que te mande guarradas? —disparé, en un arrebato, pero sabiendo que dicho así le sonaría desagradable.

—Otra vez ya te lo dices tú todo. No tengo nada que aportar a tus historias —respondió, como era habitual en ella, sin aclarar nada que calmase mi intriga, aunque parecía de largo el resumen y la descripción más acertada de lo que estaba pasando.

Quise localizar al chico, el cual parecía estar orinando entre varios contenedores y vi como María también estaba al tanto de esa circunstancia. Se giró entonces hacia ella mientras se cerraba los pantalones en una actitud no del todo elegante y ella mantuvo la mirada, permanentemente esperando por él, lo cual me daba una pequeña esperanza.

Aquel hombre volvió a la carga, pero en una actitud de menos confianza. Yo la podía oler y daba la sensación de que aún más lo notaba María, que parecía hasta decepcionada por la poca chispa que mostraba en el segundo asalto. Llegando hasta parecer que hacía más ella por hablarle cerca a él que él a ella.

Mis desasosiego iba en aumento, simplemente porque aquel chico me había parecido un buen candidato, pero mis opciones, o las suyas, se iban diluyendo como un azucarillo. Y la cosa no mejoró cuando hizo acto de presencia un grupo de chicas, de unos 27 o 28 años, que él parecía conocer. Se saludaron y quedó de nuevo María al margen. Varias chicas entraron en el bar y una se quedó hablando con él, a un par de metros de mi novia, la cual aguantaba estoicamente aquella charla, dando de nuevo la sensación, para los no expertos, de que la interesada era ella.

Aquella conversación se prolongó. María cogió su móvil pero no me escribió a mi, y yo me fijé en aquella chica que captaba de repente toda la atención de aquel hombre. Bastante delgada, de pelo rizo y ligeramente alta; vestía un top negro y una chaqueta verde oscura, corta, y unos pantalones de cuero negros similares a los que había llevado María en la cena. Al contrario que a mi novia, a ella sí se le veía nítidamente el culo embutido en aquel cuero, pero su culo flaco no aportaba demasiado, muy distinto de lo que podría suceder en María si intercambiaran el vestuario.

Los minutos pasaban y María a veces escribía y a veces esperaba. Desde que la de rizados había aparecido mi novia había desaparecido. Ella posó su cerveza en el suelo y escribió de nuevo, esta vez a mí:

—Yo me voy.

No acababa de entender la actitud del chico, que aunque solo fuera por el rabillo del ojo, tenía que estar viendo a un pibón que le daba cien vueltas a la chica de rizados, esperando por él. Los minutos, largos y pesados, atacaban mis nervios tanto como al amor propio de María, la cual sin duda solo le estaba utilizando para el juego con Edu, pero aun así no llevaba nada bien aquel desplante.

Empezó a caminar, sin despedirse de él, que ni se giró al presentir que ella se marchaba. Yo comencé a andar en paralelo a ella, hasta que opté por alcanzarla y ponerme a su lado. Ella no decía nada, yo tampoco, y caminamos así unos quince o veinte pasos, hasta que me giré para ver si aquel chico tomaba conciencia de su error, pero lo que vi fue como se besaba con aquella chica de pantalón de cuero, en el sitio exacto donde lo había intentado con María. Aquella mujer acogía con ansia la lengua de aquel hombre que recibía al menos su premio de consolación, dejándome impactado sin saber yo muy bien por qué motivo, pero la situación de haber estado a punto de besar a María y de ahora besarse con aquella rubia con aquella vehemencia me dejaba tocado. Y aquella tensión tenía que salir por algún lado:

—Pues tu amiguito ahora lo está pasando bien.

—¿Por qué? —preguntó airada, mientras caminábamos.

—Porque se está enrollando con la rubia.

María se giró, y los vio con tanta nitidez como yo. No dijo nada.

Proseguimos la marcha, sin un destino fijo. Yo decepcionado por haber perdido una bala realmente buena, quién sabe si la única, y ella herida en su orgullo, lo cual la hacía aún más deseable.

CAPÍTULO 37

Quise paladear aquella María herida, en su orgullo y en su ego, pero algo sonó o vibró en su bolso mientras, por mero azar, nos plantábamos en la cola para entrar en otro local, e intenté ver quién la llamaba. Todo pasaba extrañamente deprisa desde que aquel chico la había empujado y ella se había mojado, como si aquel empujón hubiera sido un interruptor. Conseguí ver su pantalla y era Álvaro quién la llamaba.

Ella no respondió, lo dejó vibrar y parpadear, pero sin contestar, y sin dudar, y sin hacer aquel resoplido de hastío tan suyo. Me pude fijar entonces en que su ropa estaba completamente seca ya, por lo que me quedaba con las ganas de tener pista alguna de lo que aquel chico había visto o atravesado con su mirada. Recordé entonces aquel momento en el que su pretendiente la había protegido con gran hombría y me preguntaba si aquello a María le había gustado o si le había parecido ridículo o incluso primitivo. Conociéndola me decantaba por lo segundo.

Allí plantados, en aquella cola que apenas avanzaba y sin saber por qué estábamos allí, le pregunté por su súper héroe. Daba la sensación de que ella aún estaba en lo vivido con aquel fornido hombre o en sus mensajes con Edu o en sus llamadas con Álvaro, pues parecía algo ausente, sin plantearse ni dejarse de plantear ir a otro local más accesible.

Roberto. Arquitecto. Poco más. Me llamaba la atención que ella pretendía hablar de él como un lejano error, o una mera chiquillada, cuando seguro aún podía sentir el olor de su piel o el de su colonia, y el tacto de su duro pecho bajo su camisa azul. Por no hablar de aquellos intentos de beso y aquellos susurros en su oído mientras lo intentaba.

—Pues tu distinguido arquitecto... vaya meada se echó en la calle —dije queriendo bajarlo un poco de un pedestal, si bien tampoco María había dado signos claros de encumbrarlo —Estaría bien que le hubieran multado— proseguí.

—Apenas meó, si es que meó, yo creo que fue un numerito.

—¿Cómo que un numerito?

—Pues para enseñármela.

—¿En serio? ¿Se la viste? ¿Y qué tal?

—Pues si la tuviera normalita o como la tuya no la enseñaba. Si la enseña es por algo —dijo de forma despectiva hacia mi, pero yo asumía el golpe sin querer perderme en discusiones.

—Vaya táctica esa de ligar —dije.

—¿Qué?

—Eso, nada, ver que no cuela liarse contigo y sacársela... para convencerte...

—No sé, pero me pareció bastante forzado.

—¿Y al ver que contigo nada se lía con la rubia? ¿O es que le gustó más ella?

—Algo tendrían ya... aunque créeme que no me importa lo más mínimo —quiso zanjar, girándose hacia adelante, pero yo insistí:

—Ya te dije que salieras con el pantalón de cuero... resulta que al chico le iba el cuero y no lo sabíamos... —le espeté queriendo hurgar en lo que fuera que estuviera sintiendo.

Pero María ni contestó ni emitió signo alguno que denotase que mis comentarios la molestaban. Otra vez aquellas conversaciones basadas en mis preguntas para saber más, sus respuestas chulescas y mis contraataques buscando que, ya de no ser franca, al menos saltase.

Abrió su bolso y cogió su móvil. Alguien le había escrito. Contestó. Allí, en la acera, algo tocada por el alcohol, con aquellas piernas largas y torneadas al descubierto y con su torso

custodiado sin más incidentes a la vista que un botón de su camisa desabrochado de más, pero que ni con eso mostraba realmente escote.

Su porte se mantenía casi impecable desde que habíamos salido del hotel. Solo su mirada achispada y su melena más revuelta revelaban mínimamente la existencia del alcohol en sus venas. También podía sentir ese calor en su interior, que más que al alcohol, seguro obedecía al bombardeo de vivencias tales como su encuentro con Roberto, los mensajes de Edu, las llamadas de Álvaro y la existencia subyacente de aquel orgasmo atravesado en su cuerpo desde hacía horas.

No había respondido a mi señuelo sobre el pantalón de cuero de la rubia y se enfrascaba en escribirse con Edu, así que insistí:

—Si te digo la verdad te quedaba mejor a ti el pantalón...

Ella me escuchaba, pero seguía con su teléfono.

—Tú lo llenabas bastante más... De hecho en el culo huesudo de la rubia quedaba hasta medio mal.

—Ahora hablamos —dijo seria mientras avanzábamos hasta ser los siguientes, listos para entrar en aquello que era más un pub que un bar y que ya desde fuera se presentían otros decibelios y otra oscuridad.

María guardó el móvil cuando los porteros nos indicaron que entrásemos. El local no era demasiado grande y lo atisbado desde fuera se confirmaba. Fuimos hacia una barra que había en uno de los laterales del pub alargado y pude comprobar que la gente era más o menos de nuestra edad, si bien había también un poco de todo. Para mi desgracia estaba demasiado oscuro como para poder jugar a aquello de vigilar quién la vigilaba. Pedimos una copa y yo ya había perdido la cuenta de mi número y del de María.

Simultáneamente a nuestra entrada en el pub y a pedir las copas, me fui poniendo cada vez más y más nervioso, y es que en un primer momento aquel “ahora hablamos” me había sonado a que, sin más, al entrar seguiríamos hablando de lo que fuera, o discutiendo si era lo que tocaba, pero segundo a segundo me daba la impresión de que quería decirme algo importante. Yo la miraba, para ver si me devolvía la mirada, pero no lo hacía. Pedía la copa o revolvió con la pajita o revisaba su móvil o miraba a su alrededor, pero no me miraba. Aquel “ahora hablamos” iba tornando con celeridad en un “te tengo que decir una cosa”.

Yo la analizaba, guapísima, altiva, y como con cara de querer estar allí, pero de no querer estar allí. Afectada por los intentos de Roberto, por los mensajes de Edu y por las llamadas de Álvaro, y afectada sobre todo por ella misma, que demandaba seguramente una liberación... Ella lo disimulaba como podía; seguramente su gesto de casi permanente chulería era una máscara para no mostrar lo que de verdad sentía, que no era ni más ni menos que un sofoco intenso que la maltrataba, constante, como un martillo.

Conseguí que nuestras miradas conectasen y me tensé. Me aguantó la mirada. Estábamos casi pegados, allí en la barra, y me dijo algo, que no alcancé a entender por el volumen de la música, le pedí que lo repitiera, llevé mi cara hacia ella, mi oído a su boca, y escuché:

—Me siento rara diciéndote esto.

—¿Qué? Dime —dije disimulando un enorme nerviosismo.

—Pues... sabes que estoy... ¿como un poco enganchada a hacerte daño?

—¿Qué? —pregunté a pesar de haberlo entendido y ella lo repitió.

Y entonces me aparté. No entendía demasiado. Y no sabía siquiera si era preocupante o no.

—Por ejemplo. Lo de antes. En la cola. Lo de decirte que... si Roberto tuviera una polla como la tuya no la enseñaría.

—Ya... —dije, sin saber qué sentir, y sin saber a dónde quería llegar.

La dejé que se expresara, que se soltara un poco. Me decía que en ciertos momentos, en los momentos en los que no se sentía atraída por mí, sentía una extraña necesidad de hacerme daño. Yo recordé aquella paja sin ganas de la noche anterior, o aquella pregunta de si me hacía daño el arnés en mi pequeño miembro... Aquella desidia y proteccionismo, rozando la burla... María reconocía que eran ganas de humillarme, palabra que no había sido pronunciada por ella pero que yo quería sacar a la palestra por si todas sus vueltas fueran eufemismos para no pronunciarla.

—¿Pero son ganas de hacerme daño o ganas de humillarme?

—Es lo mismo.

—No... no es lo mismo —repliqué ¿qué es?

—Pues las dos cosas, si lo prefieres así.

Yo sabía que aquello no salía de la nada. Que ella lo venía mascando tiempo atrás y que el alcohol lo estaba haciendo salir. No quería que se me escapara sin confesar todo lo posible.

—¿Pero te apetece hacerme daño o te da morbo humillarme? Porque tampoco es lo mismo...

—Caray, Pablo, no me lo pones fácil —dijo pensativa, dispuesta a colaborar.

—Pues acláramelo, María, porque es que no es lo mismo.

—Pues... sí, me da cierto morbo...

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y eso?

—Pues no lo sé... pero es así... cuando me doy cuenta hago o digo cosas que sé que son humillantes para ti, aunque parece que a ti no te importa demasiado. No sé cómo explicarlo, pero cuanto más... rara estoy, más tengo la necesidad de hacerte daño.

—María, eso me da igual, siempre que... cuando te pase esa... esos días de... necesidad o deseo... vuelvas a estar normal conmigo.

—Ese es el tema... que... en esos días... como tú dices, es ya tan importante hacerte eso como jugar a fantasear con otro.

María llevó su mirada al bolso, lo abrió, quizás escapando un poco de aquella conversación que contenía cada vez palabras más delicadas. Cogió su teléfono móvil y se dispuso a contestar algún mensaje.

—¿Y me vas a contar qué pasa, quién te escribe, qué te pone...?

—Nada... No pasa nada. Por mi esta copa y nos vamos— dijo seria.

—¿Nos vamos a dónde?

—Pues al hotel —respondió mientras tecleaba.

—¿A qué? ¿A leer con calma las guarradas que te escribe Edu?

Estaba convencido de que me había oído, pero no me respondía, y tecleaba, y borraba, más por el alcohol seguramente que por los nervios. O quizás por ambas cosas si ella se estaba lanzando.

Lo que él le escribía me lo podía suponer, lo que ella le respondía solo lo podía imaginar. Y es que ya no eran párrafos largos, sino una interacción. Intenté leer desde mi posición y para mi sorpresa no me pareció que apareciera el nombre de “Edu” en la parte superior. Intenté leer algo del texto y solo entendía palabras sueltas y no eran palabras que desprendiesen nada fuera de tono.

La vi tremendamente deseable. Me acerqué a ella y ella apartó el teléfono. Mi movimiento era inocente, improvisado, aunque entrañaba un deseo puro. Simplemente era mi novia y quería besarla, sentirla.

—¿Qué haces? —preguntó al notarme tan cerca que nuestros pechos casi contactaban. Pero aquella pregunta denotaba no solo sorpresa sino un desaire, casi un reproche. Lo cual me llevó a

aquello de que llegaba a sentir verdadero rechazo por mí en momentos de máxima excitación.

—Quiero besarte... María... —le susurré, deseando tanto el beso como la humillación de que me lo negara.

Ella no quiso o no supo decirme que no, pero tampoco aportaba receptividad. Posé mi copa en la barra y colé mis manos por dentro de su americana, hasta palpar su cintura sobre la camisa. María se echó ligeramente hacia atrás, sin apartarme y girando la cabeza, como si no quisiera aquel avance pero no se decidiera a esquivarme, como si fuera un abuso pactado pero no por ello agradable.

—Pablo... no me toques...

—¿Por qué? —pregunté con mi cara casi pegada a la suya, con mis manos subiendo sobre su camisa, por su torso, por su vientre.

—Sabes que en estos momentos no me apetece. Ya lo sabes.

—Dime por qué no te apetece.

—Ya lo sabes.

—Sí, pero quiero oírlo —dije separando un poco mi cara, para mirarla, mientras una de mis manos descendía para buscar su culo, cubierto por sus shorts, del mismo color que la chaqueta.

María, incomodísima, como si de verdad estuvieran abusando de ella, dejaba aquella mano descender hasta su trasero. Aparté la parte baja de su camisa para palpar aquel pantalón corto, para palpar su culo, mientras miraba como efectivamente se le transparentaba un poco el sujetador bajo la fina camisa de seda blanca.

—¿Quieres oírlo? Aparta la mano.

—Sí —dije llevando de nuevo ambas manos a su cintura.

—No quiero que me toques porque... tienes una mierda de polla... que no me... llega.

—Pero no quiero follarte, solo... tocarte o besarte.

—Da igual... es tenerte así... cerca... en actitud... sexual... y... no sé, me desagrada.

—¿Y qué piensas de mi cuando te miro mientras te follan? —dije buscando descaradamente que ella sacara ese morbo por humillarme.

—Pienso que eres un paria —dijo utilizando aquella palabra que no recordaba haberle escuchado nunca.

—¿Sí?

—Sí, que eres un paria y que deberías aprender a follar.

—¿Ah sí...? No me digas... ¿Follo tan mal?

—Bueno, con esa polla da un poco igual como te muevas.

—¿Crees que Roberto folla mejor? No te pregunto por Edu... o Álvaro... o Guille... porque sabes perfectamente que tal follan... —dije recreándome en la enumeración, buscando su enfado.

—Seguro que sí.

—¿Y qué tal su polla? —pregunté aventurándome a acercar mi cara a la suya y a subir una mano por el lateral de su torso, buscando palpar uno de sus pechos por un flanco.

—Pues bastante bien... ya te lo he dicho —respondía mientras recibía un beso en la mejilla.

Era un beso tierno, pero a la vez contenía el deseo más puro. Notar el rechazo me hacía desearla aún más. Su piel me pareció más suave que nunca y se pudo escuchar el sonido del beso a pesar de los decibelios. Un “apártate... no seas pesado” salió en un susurro de su boca y pude sentir el agrado, el morbo de ella por aquella frase.

—No quiero apartarme —susurré, con nuestras caras pegadas, con nuestros cuerpos pegados... cuando noté algo en mi entrepierna. Sobre mi pantalón.

—¿Tú crees que con esta mierda de polla puedes intentar... calentarme... o besarme? —

susurró, encendida, y no por mí, sino por todo lo que llevaba y por humillarme.

Mis labios buscaron los suyos y para mi sorpresa encontraron su meta. Nuestros labios se tocaban y mi boca se abría... llegando a tocar mi lengua con la suya... mientras su mano seguía sobre mi entrepierna y una de las mías ya rozaba uno de sus pechos sobre la camisa que sentí delicadísima. El beso era húmedo, lento, pero sobre todo muy extraño. Yo disfrutaba del beso por sentir su boca y su lengua ardientes y ella lo disfrutaba porque disfrutaba de que aquel beso le produjera repulsa. Nuestras lenguas jugaban, compartían una la humedad de la otra... y nuestros labios se estiraban y comencé a notar como su mano apretaba mi miembro hasta casi hacerme daño. Tras unos instantes de gloria míos y desagrado suyo, ella cortó el beso y me apartó.

Nos quedamos en silencio. María bebió de su copa. Me miró. Podía sentir su repulsa, hasta su arrepentimiento por aquel beso que seguramente no le había compensado; no le había compensado el morbo de humillarme mezclado con haber tenido que sentir mi boca, mi lengua y mi polla.

—Dime alguien —dijo María, de repente, sorprendiéndome.

—¿Cómo que alguien?

—Sí, venga. Dime alguien de aquí... alguien al que quisieras ver cómo me folla.

Yo, infartado, la miré, con la densa melena sobre parte de la cara, que brillaba por el sudor, con la americana abierta y su pecho marcando un relieve tremendo y transparentando con sutileza y erotismo su sujetador... Su mirada encendida, sus piernas esbeltas, finas... sus sugerentes zapatos de tacón... no me lo podía creer. Miré entonces a mi alrededor y vi en seguida, casi a nuestro lado, a un chico con una camisa verde a rayas y el pelo un poco largo y castaño, que se daba un aire a Edu, pero más joven.

—Ese, el de verde —le dije temblando, nerviosísimo, sin saber si hablaba completamente en serio o si era solo un juego macabro derivado de su morbo por humillarme.

Ella se giró para mirarle y yo tenía esperanzas, pues se podría decir que entraba dentro de sus cánones. Se giró entonces de vuelta hacia mí, dedicándole tan poco tiempo al chico que me dio la sensación de que ya se había percatado antes de su presencia.

—Pues venga. Ve y explícaselo.

CAPÍTULO 38

Pasmado. Atacado. La miraba para que su gesto me revelase si me lo decía en serio o si solo estaba jugando conmigo. Su semblante sobrio e impertérrito no me ayudaba lo más mínimo. Bebía de su copa y ojeaba su teléfono móvil, como si tuviera todo el tiempo del mundo, indicándome que era mi turno.

Miré al chico, el cual al estar de medio lado no podía ver bien su cara. La miré de nuevo a ella que seguía en idéntica pose y actitud. Y yo seguía sin acabármelo de creer. No le pegaba nada aquella propuesta tan directa, pues aun pudiendo sentir deseo, lo impropio era reconocerlo así. Con un desconocido, además.

Pero por otro lado entendía que su situación era límite, no se podía engañar más. Los dos sabíamos que en los últimos cinco años... lo que era follar, lo que era follar realmente solo lo había hecho dos veces. Dos veces en cinco años. La pregunta estaba sobre la mesa: ¿Hasta dónde podría aguantar ella ya más? Entre su orgasmo inacabado y dilatado, sus mensajes con Edu... Roberto follándose seguramente a la chica de los pantalones de cuero... las llamadas de Álvaro... Empezaba a pensar que si realmente hablaba en serio no estaría mostrando deseo sino mera humanidad... Simple necesidad física.

Otra vez miré al chico, custodiado por dos amigos, los cuales me daba la sensación de que tenían a María tan controlada como ella al de verde, pues la miraban de reojo de vez en cuando. Y miré a María otra vez y pensé que ella no podría ya, de ninguna manera, volver sin más a nuestro hotel... a disfrazarme de Edu... a ponerme aquel arnés y a fingir insanamente... Me parecía hasta humillante para ella introducirse una vez más aquella enorme polla de goma atada a mí.

Metió su teléfono en su bolso y me pidió que se lo sujetase. Comenzó entonces a quitarse la americana larga y me la dio, pidiéndome de vuelta su bolso. Se remangaba la camisa blanca con parsimonia, con una parsimonia que me atacaba por no atreverme a hablar con el chico a la vez que me atacaba con su exasperante sensualidad. Se gustaba. Sin duda se gustaba arremangándose y colocándose aquella prenda que caía impecable por su torso, creando una luminosidad mayor allí donde se encontraba. Ella, así, sin enseñar nada de escote, sin marcar casi curvas proyectaba un erotismo mucho mayor que el de cualquier chiquilla de aquel local.

Aquel movimiento, aquel gustarse... No sabía si era dedicado a sí misma o al chico en cuestión. Se recogió un poco la melena hacia arriba, de nuevo como si sintiera especial calor en la nuca... y me miró... Me clavó los ojos como en un gesto forzado que yo no sabía si expresaba deseo o mero calor, pero seguro agobio... ¿Por la gente? ¿O por su propio cuerpo? Su mirada encendida, brillante por el alcohol, sus piernas largas... sus tetas marcando la camisa que tapaba sus shorts de nuevo pareciendo que solo llevaba la camisa y nada más... Me daba un morbo tremendo y comencé a visionar de verdad que yo hablaba con el de verde, que se la ofrecía, que se la entregaba.

Bebió de su copa y pude ver más claramente sujetador transparentándose, a contraluz, con aquel color azul grisáceo... haciendo lo posible por contener aquellos pechos turgentes... que le exigían de forma especial a la prenda al no tener este sujetador tiras que pudieran cooperar.

—¿Qué? ¿No te atreves? —preguntó— Me voy al aseo un momento.

Me dejaba como guardián de su americana y se daba la vuelta. Yo le iba a decir que si se iba no le podría decir al chico qué mujer era la ofrecida, pero en seguida pensé que nadie en veinte metros cuadrados no se habría dado cuenta de la presencia de aquella elegante mujer fatal de

camisa de seda blanca.

Enfilaba un camino que la llevaría a los servicios, pero antes tendría que cruzar el territorio del de verde y de sus dos amigos. Ellos agradecieron su invasión, pero no comentaron nada, sino que guardaron para sí sus sentimientos, sus deseos... y sus ganas... que sin duda les despertaba.

María no hizo nada por llamar su atención, ni siquiera pasó por el medio sino por un disimulado flanco, pero era imposible no ver aquella mancha brillante y blanca que levitaba por aquel pub.

El cuchicheo vino después. Aquel murmullo que me mataba del morbo. Y miré al de verde y pensé que no se podría ni imaginar la suerte que podría estar a punto de tener, solo era necesario que yo le echase lo que tenía que echarle y que María hablase realmente en serio.

Veía a María intentar abrirse paso hasta que llegó a un grupo que no podía ni cruzar ni bordear, por lo que, desesperada, tuvo que esperar y se giró un poco, y su mirada no fue hacia mí, sino hacia el chico de verde que no dejaba de seguirla con los ojos. Y pude notar como sus miradas se cruzaban. Sin decirse nada. Tres, cuatro segundos, eternos, que me tensaban hasta sentir mi sangre bombear por todo mi cuerpo. Se aguantaban la mirada, como reconociéndose, como si entre guapos se entendieran.

Aquel cruce de miradas me hizo pensar que María realmente hablaba en serio y yo bebía de mi copa en tragos aleatorios y casi involuntarios mientras me decía a mí mismo que necesitaba una frase, una frase para empezar, para sacarlo de sus amigos y explicarle aquella locura.

Era cierto que ya lo había hecho con Edu casi un año atrás pero no era lo mismo decirle a un compañero de trabajo “le gustas a María, tenemos que hablar”, que decirle a aquel chico “¿Sabes la de camisa blanca que estaba conmigo? Pues es mi prometida, pero queremos que... te la folles... Ven a nuestro hotel esta noche, tú te la follas y yo os miro”.

Justo después de dar un trago pude sentir la mirada del de verde sobre mí, como si fuera un sexto sentido y, efectivamente, me estaba mirando. Mi mirada aguantó un par de segundos hasta que la desvié, sintiendo una presión agobiante. Sin duda el chico, bastante moreno, de cara afilada, era muy agraciado, pero lo asfixiante no era eso, sino el hecho de que me había mirado tras cruzar su mirada con María, casi como si pudiera saber algo que era imposible de saber.

“¿Te puedo decir algo un momento?” sería mi frase inicial, y tras, eso, le preguntaría por la mujer de la camisa blanca, él me diría que sabía a quién me refería... y después... Después no sabía qué decirle.

Miraba a sus amigos en actitud de cacería absoluta, mientras él se cuidaba más de no dar esa imagen, como si estuviera a otro nivel. Yo me pedía un chupito de valentía que me tomaba de un trago entretanto decidía ir sin más, con mis dos primeras frases...

Cuando vi a María acercarse, de nuevo aquella luz lisa y blanca adornada por una melena densa, navegando entre corrillos, borrachos y miradas sucias. Bordeando al de verde y a sus amigos sin darles nada más que su mirada esquiva y su espalda, que transparentaba sutilmente y si te querías fijar, la parte trasera del sujetador.

María llegaba a mí y no me decía nada, dando por hecha y sentada mi cobardía. Mientras yo alzaba la mirada y veía al chico de camisa rayas agacharse un poco pues una chica le hablaba. Él no se había movido de su sitio, por lo que deducía que el atacado era él. De su lenguaje gestual no se desprendía trato alguno. A mi pusilanimidad se unía entonces otro elemento contra el que luchar, una morena delgadita, en algo que parecía ser una falda vaquera y una camisa amarilla bastante grande, como de chico, en un atuendo muy informal, pero que le daba cierto flow; no parecía ropa de salir, parecía como si viniera directamente de un terraceo que se le había complicado.

Mi novia volvía a su teléfono, alternándolo con una especie de trance que yo podía suponer su significado, pero no conocer a ciencia cierta, y yo intentaba adivinar si aquella chica sería rival: la catalogué como normalita, con su gracia, pero con una nariz prominente que la hacía descender peldaños en términos de belleza pura.

Quizás me quiso dar más tiempo, o una última oportunidad. O quizás solo quería que hablase con el chico para mandarme a la mierda y dejarme en ridículo... Pero el caso es que se hizo con su americana y me dijo que se la llevaba al ropero. Y otra vez las miradas de los amigos, pero esta vez el de verde, el objetivo, no miró, pues se mantenía permanentemente con la cabeza baja para escuchar a la de amarillo.

Ahora sí. Tan pronto aquella chica chocase con la realidad de que aquel chico estaba llamado a cotas mayores, iría hacia él a decirle lo que ya muchos minutos atrás tendría que haberle dicho.

Me tuve que apartar de la barra porque se hizo demasiado preciada y, desesperado, no quitaba ojo de aquella insistente chica y del de rayas verdes, esperando turno con una resignación contenida, pues sabía que mi oferta sería mucho más interesante para él, pero sabiendo que aun así debería respetar el turno.

No me lo podía creer. Mi copa se acababa pero no así la persistencia de la chica que ya conseguía una conversación completamente privada. Ya no era una chica entrando en un grupo de chicos, sino dos amigos por un lado y una pareja por el otro. Mi angustia no hacía sino aumentar, sobre todo cuando empecé a plantearme que pudieran besarse en cualquier momento.

La cosa solo podía empeorar de una manera, y así sucedió, y es que esa manera era María apareciendo de nuevo y otra vez sin preguntarme si me había atrevido, pues era obvio que no. Yo casi ni osaba mirarla. Pensé en volver a preguntarle si de verdad lo decía en serio, como si esa fuera la excusa por la cual no había ido a hablar con el chico, pero no lo hice, pues sabía que aunque hubiera sido un farol ella lo jugaría hasta el final.

María me castigaba no solo con su silencio sino con su inexpresividad. Quise huir de ella y volver al de verde, para ver si aquello aún tendría solución, pero aquello pintaba cada vez peor. Llegué a plantearme proponerle a ella alguno de aquellos dos amigos del objetivo original, pero temí su respuesta y en esos temores estaba cuando se produjo el temor mayor: el chico de la camisa verde a rayas y la chica de la nariz destacable pegaban sus caras y tras varios besos en las mejillas respectivas, sin prisa, pues estaba ya todo hecho, sus labios se buscaron, primero en forma de varios picos, después se buscaron sus miradas; hubo una medio sonrisa de ella y después un beso con lengua que marcaba el fin absoluto de la propuesta real o engañosa de María.

No le dije nada, pero no tardó en enterarse, y no me dijo tampoco nada ella a mí. Lo peculiar fue que no se cortaba en mirarles, sin ser descarada pero sin evitarlo. Y, cierto o no, me daba la impresión de que alguna vez, tras besarse, el chico le echaba un ojo a María y ella aguantaba el envite, y yo no entendía qué podría significar aquello. Quizás aquel cruce de miradas encarnaba un “otro día”, o quizás un “tenías que haber venido tú a mí” recíproco.

Álvaro, Roberto, este chico... tres balas malgastadas en la misma noche. Y yo miraba a María que seguía fingiendo que no pasaba nada, fingiendo que no era sexo en sí misma a punto de explotar. Pero yo me preguntaba cómo iba a aguantar aquello, con qué ganas, con qué integridad podría volver al hotel conmigo a ensartarse una goma inerte y tibia... Y más cuando simultáneamente Roberto estaría con la del pantalón de cuero... el de verde con la de camisa amarilla... Álvaro seguramente follando con Sofia... Edu con cualquiera que se encontrase y si no con Begoña... y hasta Víctor seguramente se follaba a gusto a aquella tal Sarah.

María, tensa, indisimulablemente acalorada, se dividía entre ojear su móvil o mirar los besos de aquella pareja. Y nada más, pues yo ya no existía. Y casi prefería eso, pues daba toda la

sensación de que en el momento en el que me hablase, sería para decirme que quería marcharse al hotel.

Los que parecía que tenían prisa por marcharse era ellos, la pareja que, una vez se había dado el primer beso con lengua, no había pronunciado más palabra, dejando la conversación previa en un instrumento protocolario descartado. Y efectivamente, de la mano, se perdían en dirección a la puerta de salida, confirmando mis presagios de que aquellos dos follarían aquella misma noche.

Aquello ya no tenía ningún sentido. Hacía por lo menos diez o quince minutos que María y yo habíamos perdido, a menos que ella guardase en su móvil párrafos de Edu que la hicieran pensar que de aquella noche sacaba una victoria pírrica.

La miré, con su permanente móvil en la mano, si bien ella apenas tecleaba, casi solo leía y de vez en cuando. Cuando, en ese momento sí escribió ella, y yo, muy cerca, pude leer claramente algo que me chocó tremendamente, haciéndome pensar que pudiera quedar bastante más noche de la que podía suponer. En su pantalla, en un chat abierto, escrito por ella, apareció:

“Estamos en la barra de la derecha”.

Mi pecho se oprimió. Dudé en exigir inmediatamente explicación de aquello. De su contenido, de quién, de por qué, de para qué. Pero era terriblemente obvio que hablaba con Álvaro.

De golpe. Así. De la nada al todo.

Estaba hecho. Y yo sin saberlo. Sin olérmelo. Estaba hecho.

Sin más. Ya estaba. No había ya nada que hacer. Y yo, egoísta, no me decepcionaba porque María acabara follando, sino porque sabía que seguramente Álvaro no me permitiría estar presente.

CAPÍTULO 39

“Estamos en la barra de la derecha”. No indicaba el barrio, ni el nombre del pub, o sea, que era inminente. Y, cuanto más inminente lo veía, más me excitaba y más me dolía.

María habló entonces, y obviamente no fue para proponer marcharnos, como yo había pensado que haría hacía un rato, sino para decirme que casi tenía ganas de ir al baño otra vez, y se reía diciendo que no entendía como yo iba tan poco al aseo. Aquel era un tema que no era nuevo, una coña que era nuestra y antigua, que me hacía sentirla más mía, más nosotros y hacia que me doliera más la entrega que estaba a punto de producirse.

Porque sí, era una entrega, otra más, que hacía yo, por aquella locura de juego, que no era un juego ya, y que incluso trascendía lo que podría ser una forma de vida hasta llegar a poder considerarlo incluso como una forma de ser.

Aquella frase, de golpe, nos permitía enganchar banalidades, una con otra, y yo deduje que aquel hablar por hablar no era sino un síntoma inequívoco de que no era que estuviéramos nerviosos, era que casi nos temblaba el cuerpo. Ella iba a follar. Por fin. No sabía cómo Álvaro se había deshecho de Sofía, pero tampoco importaba demasiado. María iba a follar por tercera vez en cinco años. Sus nervios estaban justificados.

Y los míos eran indiscutiblemente turbios, pues no solo me alteraban por el hecho en sí, sino por si tendría la oportunidad de participar, de mirar... Pero me daba la sensación de que el pacto consistía en una entrega sin participación alguna por mi parte. Y me preguntaba si sería admisible mi enfado o mi veto a que aquello se produjera, pero sabía que no. Que yo, a aquellas alturas, después de haber empujado a María a todo, después de haber conspirado durante meses con Edu, después de haber contactado hasta con Víctor, no podía, ni por mí ni por ella, oponerme a algo que ella merecía y, por qué no decirlo, algo que ella después seguramente me confesaría y que me mataría de morbo escuchar.

La vi más deseable, más sexual, más sugerente, con las piernas desnudas y la camisa remangada. Pensaba que ojalá un botón más para ver ya el encaje de su caro sujetador, pues verlo transparentándose me sabía a poco...

No podía dejar de pensar en el polvazo, o los polvazos que le echaría Álvaro aquella noche. Yo los había visto juntos... le había visto follándola... le había visto hasta meterle la mitad de la polla en el culo... Sin duda el plan de aquel cabrón era rematar su obra. Romperle el culo sí, definitivamente... Más follarla por el coño horas y horas... como ya había hecho cinco semanas atrás... Y lo que me mataba y me daba morbo a la vez era que María quisiera, reconociera, querer repetir aquello. Le estaba diciendo tácitamente que lo recibido en su coño le había gustado, por lo que quería repetir, y que lo recibido en su culo había que finalizarlo, había que zanjarlo de verdad...

Miraba a María. Allí. Esperando. Tan femenina. Tan delicada. E inmediatamente después se me cruzaban imágenes de Álvaro... con ella... montándola... penetrándola... entrando en aquel frágil cuerpo... y podía sentir mi calzoncillo humedecerse...

Cada canción que empezaba y acababa era un “tic-tac” insoportable... que me asfixiaba, que nos asfixiaba... mientras seguíamos con nuestras extrañas conversaciones de ascensor... para intentar pensar en otra cosa.

Hasta que, no sé muy cómo, acabamos hablando del chico de la camisa verde a rayas, y me dio la sensación de que había sido efectivamente un farol, pues ella no me recriminaba mi cobardía y

hablaba de él con distancia, como si nunca hubiera sido un candidato real.

Reconocía que le había parecido guapo, y ante mi pregunta de si más guapo que Roberto me decía que no, que mucho más guapo el de camisa azul. Y, puestos a sincerarnos, y quizás liberados porque se despejaba la incógnita de que María sí follaría aquella noche, le pregunté si había sentido por Roberto un deseo como para acostarse con él.

Antes de responder, su móvil se iluminó y yo ya temí que Álvaro estuviera incluso dentro del pub.

Pero, mirando yo su teléfono patas arriba por estar frente a ella, pude ver no sin dificultad su pantalla, y no me parecía que en el cabecero del chat pusiera “Álvaro” ni aquel “Álvaro cumple de prima” como lo había guardado. Era algo más corto, empezaba por una palabra más corta. Efectivamente, pude mirar mejor y sin duda aquella palabra corta era “Edu”.

No entendía, ya a aquellas alturas, por qué se seguía escribiendo con él, y, aprovechando ese oasis de buena sintonía entre tanta tensión, le pedí echar una fugaz mirada a ese chat. Esperaba reticencia, pero me dio el teléfono en seguida, como queriendo decirme no solo que no había nada que ocultar, sino que todo lo allí escrito, desde siempre, estaba tácita o expresamente consentido por los dos.

María acababa su copa eterna y, encontrando un hueco en la barra a nuestro lado, se pedía un botellín de agua mientras me dejaba a solas con su teléfono, y yo intentaba entender y ubicarme dentro de aquella conversación que no contenía párrafos largos, al menos no recientemente.

Como por un acto reflejo, cuando vi mi nombre escrito me detuve. Y, nerviosísimo, leí a partir de ahí. Era Edu quién me mencionaba:

—No mareas a Pablo. Si ya te lo he elegido yo.

Miré hacia la entrada. Busqué caras. Busqué a Álvaro. Como si su aparición supusiera dejar de leer aquello. Pero a la vez dándome cuenta de que aquella frase podría suponer que no era Álvaro el que fuera a aparecer.

Miré hacia la barra y María pedía la botella agua y yo veía su espalda, su camisa blanca, la parte trasera de su sujetador transparentándose con tremendo erotismo y sutileza... sus piernas desnudas... Desvié la mirada de nuevo hacia el teléfono, y estaba tentado de cambiar de chat para buscar lo hablado con Álvaro, pero seguí leyendo su conversación con Edu:

—Olvidalo. Me ha escrito, por cierto. Solo me faltaba —le había respondido María.

—Está emocionado, no me extraña... bueno... ya sabes que le he dicho donde estáis y qué movida os traéis y ya verás tú lo que haces.

—Es que estás de puta coña. Te lo digo en serio. Y no sé si creerme que no se lo has dicho a nadie más.

—Ya te he dicho que no se lo he dicho a nadie más. No sé ya cómo quieres que te lo diga —decía Edu.

Casi se me cae el teléfono de las manos. No sabía... No entendía...

María se acercó y me cogió el móvil, sin resistencia, debido a mi atolondramiento, y sin preguntarme si había escrito alguien, y sin revisar los chats, como si todo lo que tuviera que escribirse allí se hubiera escrito ya.

—¿Pero, quién? —repetía mi cabeza.

Se lo iba a preguntar, pero no era capaz. Estaba tan bloqueado que apenas balbuceaba.

Pasó como medio minuto hasta que pude decirle algo a María:

—¿Quién te ha escrito?

—¿Qué? —preguntó, en mi oído. Parecía que el volumen de la música estaba cada vez más alto.

—Es que... digo... ¿Qué es eso que dice Edu de la movida que nos traemos?

—Pues tú qué crees —respondió solvente.

—No, quiero decir, ¿a quién se lo dijo? No entiendo nada.

—No hay nada que entender —respondió y vi entonces aparecer a alguien, a nuestro lado, que me resultaba conocido.

Ese alguien saludaba a María, que, tensa, le respondía con dos castos besos, en un saludo formalísimo.

Yo le miré, con el pelo rapado, con gestos agresivos, algo achaparrado, pero musculado, con una camisa un poco pasada de moda, roja apagada o casi granate, con un gran símbolo de la marca en el pecho, un poco, o bastante hortera.

Me ofrecía la mano en gesto serio. Muy serio. Cambiando el semblante completamente al pasar de saludar a María a saludarme a mí.

Le di la mano y la apretó con fuerza. Y le miré a los ojos, ojos que en seguida se apartaron de mí y buscaron a María, como si conmigo no hubiera mucho que tratar.

Y un rayo me fulminó. Su cara. Su cuerpo. Volé a la boda del pasado octubre, a la mesa, a la cena que habíamos compartido con él y con aquella esposa suya gordita de la que no recordaba su nombre.

Era él. Era Marcos. Aquel que le miraba las tetas a María sin parar. Aquel que había bailado con ella una vez yo le había sugerido que le calentara.

Allí estaba. Ofrecido. Disponible. Conocedor de todo gracias a Edu. Elegido por Edu. Yo ya no elegía nada.

Allí estaba. Disimulando la mirada sucia lo que podía. Hablando con una María distante, que yo no me podía creer que pudiera acceder a aquello. Que pudiera querer... que pudiera querer follar con él, por mucho que Edu lo hubiera elegido para ella.

Y entendí entonces aquello que le había dicho Edu cuando habían comido juntos, aquello de “tengo mucho interés en que vayas a Madrid”.

Edu sabía desde hacía horas cual era, sino el caballo ganador, al menos sí quién era la propuesta principal.

Marcos, que debido a los tacones de María, era más bajo que ella, le proponía tomar una copa en la barra. Él seguía disimulando que la devoraba con la mirada

A los pocos segundos ella accedía, caminando María delante de él, los escasos pasos necesarios para alcanzar la barra.

Ni ella ni él me miraron.

CAPÍTULO 40

Lo peor no era el desasosiego por la incertidumbre de no saber si realmente María estaba dispuesta a hacer algo con aquel tosco macarra, para colmo marido de una antigua compañera de trabajo suya. No, lo peor, lo que más me mataba era que... sabía que en el fondo yo sí quería que pasase algo.

Y es que lo de Edu o lo de los chicos, más que suficientemente agradecidos, podía entrar dentro de los límites de la necesidad y de la lógica... pero con Marcos... desear que pasaran cosas con Marcos... denotaba que lo mío era terriblemente insano... Un morbo horrorosamente sucio.

Miré hacia la barra. Los dos dándome la espalda. Ella más alta que él. Más esbelta que él. Con más clase que él. Todo más que él. Si conmigo algo no encajaba, por la diferencia entre ambos, con él aún era más flagrante. Con él no me encajaba ni que se dignase a hablar, ni invitar, ni nada en absoluto.

Me preguntaba si se atrevería a posar su mano en su cintura, o cualquier gesto que demostrase que tenía claro a qué había venido. Veía en su gesto y en su expresión facial una necesidad constante de fingir templanza, cuando yo tenía clarísimo que tenía que sentirse desbordado, porque le había visto en la boda, porque de todas las caras de deseo y de lascivia, la de Marcos meses atrás se me había quedado marcada.

Sentí una extraña necesidad paternalista en aquel momento aunque sabía que en el fondo quería que pasaran cosas. Me acerqué a ellos, a la barra, sabiendo que era dos personas a la vez, la que no podía ni creer que María se plantease nada y la que quería que pasase todo.

Me pedí otra copa. María custodiada por los dos: el cornudo consentidor que a la vez no quería que ella quisiera, y el pretendiente propuesto por el primer amante.

Allí, más cerca, pude sentir aún con más fuerza la diferencia de belleza, de estilo, de grandeza. La sensualidad y la brusquedad. La elegancia y la rudeza. La gracia y la torpeza.

No se dirigían a mí aunque sabían de mi presencia, y comencé a pensar o intentar adivinar qué habría pasado. Desconocía por completo que Marcos y Edu tuvieran trato alguno y no le di más vueltas por ser irrelevante. Quise ir a lo que podría haber sucedido en las últimas horas, así que supuse que Edu le habría dicho a Marcos lo que teníamos María y yo, nuestro juego. Le habría dicho, seguramente, que se la había follado la noche de la boda, conmigo mirando, y le habría dicho que estaríamos en Madrid y que quizás pudiera pasar algo con alguien. Y, tras aquella información, le habría explicado el verdadero motivo, la proposición, individualizada: quizás un “acércate a donde estén a ver si hay suerte” o quizás algo más.

Por eso yo desconocía el nivel de certeza en el que se movía Marcos. Porque aquello dependería de cómo se lo hubiera vendido Edu.

Me volví a alejar, un par de metros. Estaba nervioso, pero mi sentimiento de incredulidad era aún mayor. Les observaba. Los dos serios. Con bastantes silencios. A veces María desviaba su mirada y esa era la señal que obligaba al rapado a decirle algo. María no solía entenderlo de primeras y le mandaba repetir. No coqueteaba pero tampoco se alejaba.

Y entonces lo vi. María desvió la mirada, me buscó con ella y yo le habría mantenido esa mirada pero notaba como los ojos de Marcos se iban a los pechos de María. Como en un triángulo proyectado e imaginario ella me buscaba a mí, sin yo entender qué pretendía decirme, y yo quería mirarla pero le miraba a él, miraba como los ojos de Marcos desnudaban el torso de María. No llegué a ver tanta lascivia como en la boda, sino más bien impresión, intimidación, cómo

preguntándose y temblando solo por imaginar o suponer que podría disponer de aquello.

Ella no quería que la salvara, quizás me quería hacer partícipe, o quizás lo que buscaba formaba parte de aquellas ansias por humillarme. O quizás era un “mira lo que has conseguido, que tenga ganas hasta de que me folle este” o, yendo aún más lejos, un “ahora mismo hasta éste vulgar hortera me pone más que tú”.

Se acercaron entonces a mí, más por decisión de María que de él. Me daba hasta la impresión de que quería que viera de cerca lo que allí se estaba gestando, pues tampoco me dirigían la palabra, ni siquiera durante los numerosos silencios.

Él le hablaba cada vez más cerca, y ella bebía cada vez más rápido. Me preguntaba de qué podrían hablar pues no alcanzaba a escuchar nada. De qué hablas con alguien con el que no tienes trato y que está allí porque tu jefe le ha dicho que quizás esta noche pueda follarte.

Cuanto más cerca le hablaba, sus caras se pegaban más. Y si me había preguntado antes si él tendría el valor de osar ponerle la mano en la cintura... ahora me preguntaba si hasta intentaría besarla... La música alta. Los empujones. La gente. El calor. El sudor. El alcohol. La torpeza de los cuerpos. Cada vez era menos improbable un intento. El “y si...” cobraba una fuerza dramática... y yo no podía sino sufrirlo y a la vez desearlo. Me imaginaba yéndonos los tres a nuestro hotel y cada vez lo veía menos imposible.

Llegué a pensar incluso si Edu le habría dicho a María que Marcos era buen amante... o que le hubiera dicho que tenía un miembro más que imponente. Puede que le hubiera dicho que en ningún caso se arrepentiría. Otra ciudad. Una noche. Un polvo. Un polvazo. La posibilidad de otra polla, decente, no solo decente, potente. Y la posibilidad de humillarme, en una humillación aún mayor. Un decirme que ya no necesita ni que el pretendiente sea guapo, sino que le llega con que folle bien y no sea yo.

Marcos no parecía nervioso, por lo que llegué a pensar que no fingía, sino que pensaba simplemente que llegaba a un examen con las respuestas filtradas. Solo así se podía entender que no desprendiera intranquilidad y tensión.

No paraba de imaginar frases sueltas de Edu a Marcos. Me lo imaginaba por teléfono. Con su voz: “Invítala a una copa, habla un poco con ella y proponle ir a su hotel. Pablito irá detrás, ese es el único pero, pero créeme que te valdrá la pena...”

En ese tipo de delirios estaba cuando alguien me empujó un poco y me acerqué más a ellos. Pude entender que hablaban de la mujer de Marcos y él decía que estaban medio separados, que ni vivían juntos en aquel momento, y en seguida me pareció una manera de quitarse posibles escollos del camino.

María le escuchaba, por momentos cruzada de brazos y con su copa en la mano, en actitud bastante fortificada, cuando me dijo algo que no le entendí, me dio su copa y se fue hacia el baño.

Ella se alejaba, otra vez aquella mancha blanca flotando entre tanto borracho. Y allí me quedaba yo, con dos copas en las dos manos, al lado de Marcos. En la situación más incómoda que recordaba haber vivido.

Cada segundo era un suplicio. Ni nos mirábamos.

La gente no bailaba demasiado sino que hablaba o intentaba ligar en parejas que se iban formando. Los segundos parecían hacerse minutos. Cada latido en mi pecho era más tensión y más incomodidad.

Qué decir. Era imposible decir nada.

Al contrario que antes, la llegada de María sería mi salvación, pero lo que se produjo fue que Marcos me habló, yendo con todo, a por mí, sin previo aviso. En mi oído, algo borracho, o bastante, marcando las palabras:

—Pero mira qué eres idiota, joder.

—Qué —dije y él se encogió de hombros.

—Hay que ser imbécil para montar esto.

—¿Qué? Vete a la mierda —dije sabiendo en seguida que si seguíamos hablando en aquellos términos la cosa podría acabar muy mal.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Digo que que me digas porqué soy imbécil —respondí, frente a frente, muy nervioso. Y hasta preparándome para lo que pudiera pasar.

—Coño... montar esto... No me jodas... Con este cañonazo de tía. Ya en la boda flipé al ver que estaba contigo. Y montar esto. Pero bueno, al lío, dime... ¿Qué tengo que hacer?

Yo no respondí y no hacía demasiada falta porque a él se le veía con ganas de hablar, de saber:

—¿Esto está hecho o tengo que hacer algo? No la veo yo muy por la labor.

—¿Por? ¿Edu qué te ha dicho? —pregunté siendo consciente de que la conversación se destensaba pero a la vez se me hacía más vomitiva.

—Coño, me ha dicho que veníais esta noche tú a mirar y ella a follar. Me ha dado su móvil, nos hemos escrito un rato, yo no me acababa de fiar... le dije de quedar... no me dijo que no... por lo que empecé a pensar que Eduardo no me estaba puteando... pero no sé más. Coño, que no sé ahora qué hay que hacer.

—No hay que hacer nada. Lo que quiera ella y ya está.

—¿Qué? —preguntó gritándome en el oído.

—¡Que lo que quiera ella y ya está!

—Coño, eso ya lo sé. ¿Pero ella quiere o no? ¿Ahora nos vamos a vuestro hotel? ¿Cuál es? Yo, es que, joder, máximo máximo a las nueve tengo que estar en casa o la jodo con mi mujer. ¿Y nos liamos aquí y después vamos...? No sé de qué rollo es... No me dio la impresión de que quisiera morrear aquí, delante de todo dios. La veo muy snob para andar a muerdos aquí.

Yo le miraba y el estómago se me revolvía. Las arcadas me subían por el cuerpo... Y él parecía ni esperar mis respuestas, como si hablase para sí mismo.

—También te digo, eh... que no la veo muy tal... pero a la mierda no me manda, eh... ¿no?

—No sé, tío... —respondí, digiriendo como podía todo lo que decía.

—¿Cómo que no sabes? A mí no me pongas cara de asco, eh.

—¿Qué?

—Eso... que no me pongas esa cara, joder...

—No te estoy poniendo ninguna cara.

—Coño, ¿cómo que no? Oye... ¿Qué le gusta a ella? Así... de qué va.

—¿Qué?

—Al follar digo... Yo... hago lo que ella quiera... Hostia... —dijo y se quedó callado.

—Hostia ¿qué? —pregunté, en una conversación inconexa y absurda, sin escucharle bien, todo el rato descolocado, sin saber si estaba de buen rollo o a punto de liarnos a guantazos.

—Digo que... joder... qué buena está, me cago en la puta... Si no me he hecho cuarenta pajas pensando en ella desde que la conozco no me he hecho ninguna. Coño que te he preguntado qué le gusta como si tú lo supieras. Si tú lo supieras no estaríais con esto, no me jodas, eh.

—Bueno, ¿Pero a ti qué te pasa? —dije en el preciso momento en el que fui empujado por alguien, haciendo que el empujón se trasladase a él, como tres fichas de dominó, haciendo además que parte de la copa que le sostenía a María se derramase sobre su hortera camisa, a la altura de su pecho.

Su respuesta fue devolverme el empujón, tampoco con demasiada fuerza, quizás solo un revolverse, solo para apartarme de él, porque él tenía que saber que mi empujón no había sido voluntario, y entonces un chico que había sido víctima colateral de tanto movimiento en cadena le habló a Marcos; y mientras éste parecía decirle que no había pasado nada, que no había ningún problema, la voz de María aparecía de la nada y me preguntaba que qué estaba pasando.

Los ánimos se calmaron con rapidez pues en realidad no había pasado nada, si bien desde fuera, podría haber dado otra impresión. Al momento ella hablaba con él como pidiéndole explicaciones y por el lenguaje corporal de Marcos parecía decirle que no había pasado absolutamente nada y alargaba su mano hacia mí, para que se la estrechase, cosa que hice, mientras me daba la sensación de que María no se creía que todo hubiera sido tan fortuito.

Hablaron un poco más y después ella se giró hacia mí y dijo:

—¿Pero qué ha pasado?

—Nada.

—Ya, nada. Me voy cinco minutos y os enzarzáis... ¿Es que no quieres o qué?

—¿Qué? ¿El qué? Y tú?

Ella se quedó callada. Un silencio dolorosísimo. Hasta que dijo:

—Ese no es el tema. El tema es que os zurréis como críos.

—¿Cómo que no es el tema? ¡Si lo acabas de sacar tú!

—¿Qué quieres que te diga, a ver?

—Pues si en serio te vas a ir con este tío. Si nos vamos a ir con él al hotel.

El silencio era atronador. No respondía. Y no pude más:

—¿En serio te gusta? ¿Follarías con este? —preguntaba casi a gritos, por la música tan alta, en su oído.

—Yo qué sé ya... Pablo...

CAPÍTULO 41

No había digerido todavía aquella frase cuando Marcos se aburría de esperar. Quién sabe si temiendo que yo pretendiera disuadirla. Le dijo algo al oído y la hizo girar, apartándola de mí con disimulo. Era torpe en movimientos pero parecía tener cierta maña o pericia en esos contextos. Había captado su atención y yo no podía oírles y hasta llegó a sonreírle a ella, ahí sí siendo él y fallando, pues su sonrisa quiso ser pícaro pero fue obscena.

Pero María no le apartaba, no le decía que no y aquello me encendía y me mataba. Y él interpretaba aquella ausencia de noes como síes y se aventuró por fin a poner sus manos en su cintura, manos que no fueron apartadas, hablándole entonces aún más cerca.

Sus caras estaban completamente pegadas, tanto que casi podía sentir a través de ella el aliento denso de Marcos. La música y las luces parecían aumentar en intensidad. Le hablaba y no siempre ella le entendía y de nuevo le hacía repetir. Yo me giré hasta verla a ella de frente y a él de espaldas. Aquella camisa granate y piernas anchas, todo él era anchura y toda ella era esbeltez. La melena voluminosa y perfecta de ella en contraste con la cabeza rapada de él. Cualquiera que los viera no podría entender jamás que aquella pedazo de mujer hubiera llegado tan lejos con aquel hombre.

Las manos de él en su cintura me jodían a efectos de incredulidad, pero me tensaban a efectos de morbo. Mis sensaciones saltaban de uno al otro, de ella a él, de la bella a la bestia, y otra vez pude sentir, pero ahora a través de él, el tacto de la camisa de seda de ella en la cintura. De nuevo la mayor rudeza, lo áspero de sus manos frente a lo delicado de la camisa. La belleza y la elegancia no luchando contra la brusquedad externa sino contra la imperiosa necesidad física interna.

Pasó un minuto. Y dos. Y tres. Y siempre hablando muy cerca y María no le apartaba... Hasta que pasó algo que me sorprendió, que elevó mi nivel de excitación y de angustia a límites casi desconocidos... y es que María entrecerró los ojos... Sí, entrecerró los ojos como si yo hubiera estado solo atento a la fiesta de la azotea obviando posibles movimientos en el sótano. No me lo podía creer... y no podía estar completamente seguro... quizás solo había sido una caída de ojos de borrachera, de cansancio...

No me lo podía creer, pero a la vez sí. Cuánto más podría aguantar ella, me preguntaba. Álvaro no. Roberto no. El de verde no. Ella, en niveles desorbitados de excitación, con todas aquellas posibilidades perdidas; se enfrentaba a la disyuntiva de, por un lado, un hombre, decidido y con ganas de satisfacerla, y, por otro, una polla de goma por enésima vez. Quizás no fuera el hombre más atractivo del mundo, ni siquiera tenía ningún feeling con él, pero era alguien que no divulgaría el posible encuentro, por estar casado, con el morbo añadido de haber sido elegido por Edu, el cual, quien sabe, la hubiera sugestionado, diciéndole, en aquellos mensajes, que Marcos sabría satisfacerla o que tendría algo entre sus piernas con tamaño suficiente y que sabría usar.

María no volvió a entrecerrar los ojos, por lo que cobró fuerza la idea de que no estuviera pasando nada abajo, pero recibía los envites cerca de los labios. Cada viaje a su oído para hablarle era un latente intento de beso. Ella ya solo luchaba contra sí misma, contra su ego y su soberbia, pues sabía que yo quería, que Marcos quería, que Edu quería, y que hasta su propio cuerpo quería.

Entre cabezas y empujones podía ver aquellos ataques... cuando pasó algo, un paso más en la

estrategia de ataque, que no fue un beso que pudiera ser rechazado... sino algo... extraño... y casi incluso más sexual y carnal que un beso... y es que, Marcos, mostrando una presteza y una sutileza desconocidas, aprovechó el enésimo viaje a su oído para apartarle ligeramente el cuello de la camisa con una mano... para llevar allí sus rudos labios, y entonces María me miró... mientras aquel oportunista enterraba un beso en su cuello...

...María me clavaba la mirada mientras aquel macarra olía... y besaba aquel cuello... y ella no le apartaba la cara... No le apartaba la cabeza y él llevó su otra mano, que había estado perdida por abajo, sin yo saber exactamente su presión y su posición, a la cara de María... y... su cara se movió... y la besó... en la mejilla. María mirándome. La música sonando. Las luces destellando. Y llevó su boca a los labios de María... y María, mirándome... se apartó ligeramente...

Marcos, tras aquel beso tan casto como forzado en su mejilla, pues el paso por su cara no era un fin sino un medio, bajó de nuevo hasta volver a enterrarse en la parte baja del cuello de ella, apartando de nuevo la delicada camisa blanca con sus toscas manos... y ella mirándome, intentando mantener la mirada... casi cerrando los ojos... sin darle el beso... pero sin apartarle... en un "no", pero no en un "no" definitivo ni irrefutable.

Yo, tensísimo, no entendía aquella mirada, y me sorprendía que Marcos fuera el mismo hombre vicioso y lascivo de la boda, pues demostraba unos movimientos bastante certeros.

Y se produjo entonces un segundo ataque. Arrancando desde el cuello, parando en la mejilla, para rematar en los labios de una María acorralada por sí misma y por las circunstancias. Y aquellos labios de Marcos, de nuevo, no obtuvieron premio, pues ella ladeó la cabeza mínimamente, aunque con un poco más de notabilidad que la primera vez.

Marcos le dijo algo al oído y ella no respondió. Le entendió pero no dijo nada. Y entonces él, quizás desesperado, precipitándose, cometió el error de subir una de sus manos hacia los pechos de María, por un lateral. Solo buscaba una mera caricia sobre un pecho que estaba guardado bajo la camisa y el sujetador. Parecía más abordable y admisible que aquellos besos en su cuello, pero eso se lo negó: le apartó la mano con delicadeza... y Marcos, tras perder tres batallas seguidas, dos intentos de beso y aquel intento de contacto sobre su busto... se retiró un poco... sin gesticular, pero visiblemente frustrado.

Yo estaba sin aire. Y cada vez estaba más seguro de que quería que pasaran cosas y cada vez más infartado por si María podría seguir aguantando todo aquello. Y si yo estaba sin aire poco más debía de tener ella, pues al haberse apartado Marcos, pude ver su rostro algo mejor; tremendamente sonrojada, encendida, sofocada... hasta un punto en que cualquiera le diría que se entregase ya, que no valía la pena aquella resistencia, que aquella presión tenía que salir por algún lado, que el desahogo tenía que producirse por el bien de todos, sobre todo por el de ella.

Pero ella seguía intentando fingir que podía con todo, con todos y con ella misma. A un metro de él, sin hablarse, sin mirarse, acabó por coger su teléfono móvil del bolso.

Quizás alguien le había escrito, o no, pero miraba la pantalla. Y yo aproveché para sacar mi móvil y escribirle:

—¿Lo pasas bien?

Mi frase quería fingir distancia. No sabía por qué, pero no quería mostrarle mi estado, infartado.

—¿Y tú? —respondió en seguida y sin levantar la mirada.

—No sé. Pero a vosotros se os ve bien.

—Venga, vámonos.

—¿Quiénes?

—Pues tú y yo, obviamente —vi en mi pantalla y sentí una frustración similar a la que acababa de sentir Marcos, si bien con el "vámonos" ya había tenido bastante claro a qué se refería.

Ella levantó la mirada, como dándome a entender que no había vuelta atrás, que nos íbamos.

Marcos la miraba y ya no solo frustrado y decepcionado, sino que se le veía ya algo enfadado, como si sintiera que hubiera sido engañado o utilizado.

Me acerqué a ellos y ella en seguida me dijo que teníamos que pasar por el ropero a por su americana. Le dije que me diera el ticket, que se la cogía yo y que volvía en seguida.

—No, deja, Pablo, que no, vamos los dos.

—No, no, dame —insistí dos veces hasta que recibí lo que quería y me fui hacia el ropero, sin mirar atrás.

Caminé esos metros necesarios hasta llegar a la cola del ropero. Si me volviera los vería. Pero no me quería girar. Era curioso como un rato atrás ella se ausentaba para darme tiempo a mí y ahora era yo el que la dejaba sola para darle tiempo a ella. ¿Para hacer qué? No lo sabía, ni siquiera lo sabía ella seguramente. Pensé entonces que a quién le estaba dando más bien otra oportunidad era a Marcos; para que no fuera torpe intentando tocar sus pechos, para que no fuera obsceno equivocando las palabras que decir en el oído, y para que fuera más hábil si volvía a intentarlo en el cuello.

Allí, en aquella pequeña cola, notaba como el local se iba vaciando y le di una vuelta más a lo preparado y orquestado por Edu y llegué a comprenderlo todo aún mejor:

Edu ya había ganado, cayera María con Marcos o se mantuviera en pie. Sin duda si cayera su victoria sería aún mayor, pero ya había ganado porque ya elegía él. Yo ya no elegía nada. Ya trascendía el morbo de “ponte esta camisa o lleva tal ropa interior”. No. Era más. Era elegirle a los candidatos para que ella follara y yo mirara. No dudaba que Víctor ya había sido propuesto, y ahora Marcos. Parecía solo cuestión de tiempo, quizás minutos, que uno de los elegidos por Edu lo consiguiera.

Edu me derrotaba por completo, entrando en nuestro juego de dos y haciéndolo de tres, quedando yo, además, en la posición más débil y, sobre todo, prescindible.

A medida que iba interiorizando esa derrota, mi ansiedad por mirar atrás y ver lo que seguramente sería el último ataque de aquel cabrón ventajista iba en aumento.

Pero me contenía.

Hasta que llegó mi turno, me dieron su americana y me di la vuelta, encaminándome hacia ellos.

No quise vaticinar sobre si de verdad vería otro ataque, pero sentí, casi por primera vez desde que había empezado aquel juego, que quería que no pasara nada. Y no por no sentir un morbo tremendo, sino por sentir pánico a que Edu me hiciera desaparecer.

Alcé entonces la mirada. Había bastante menos gente... y los vi... y lo que vi... me dejó sin respiración...

CAPÍTULO 42

María, contra la barra, recibía el enésimo envite de aquel hombre que difícilmente habría nunca podido imaginar llegar a tener tanta suerte. Y es que era milagrosa la cantidad de cosas que habían sucedido, el combo de acontecimientos necesarios, para que a alguien como él se le pudiera permitir encontrarse donde se encontraba: Con su boca enterrada en el cuello de María, con aquella mano apartándole el cuello de la camisa para besarla... y la otra llevando una de las manos de María hacia su entrepierna.

Sí, eso fue lo que me impactó, lo que me dejó sin aire. Ver con claridad como él hacía porque ella palpase su polla sobre el pantalón.

María entrecerraba los ojos y se dejaba besar el cuello. Llevando una de sus manos a aquella calva extensa, diciéndole con aquella mano allí posada que sus besos, o quizás mordiscos, allí, eran bien recibidos, y la otra mano se resistía a palpar lo que Marcos quería que palpase.

Abrió un poco más los ojos y nuestras miradas conectaron. María era deseo puro. La podía sentir temblar a distancia y, si aquellos temblores eran detectados por aquel macarra, sin duda le darían alas para seguir insistiendo. No le daba sus labios, pero le daba aquel cuello y aquel ataque, aquellos cuerpos casi pegados. Y cuanto más le daba más le iba a costar no darle aún más.

No sentía morbo por ver la belleza de dos cuerpos que se merecían, como había sentido cuando la había visto con Edu o incluso con Álvaro, sino que mi morbo partía de una doble vertiente: por un lado por el nivel de excitación en el que se tenía que encontrar María para permitir aquello y por otro por sentir una humillación aún más extrema al ser Marcos; porque aquello sucediera con un hombre tan burdo y mediocre, por aquella sensación de “con cualquiera menos contigo”, “con cualquiera que tenga una polla decente”.

Cómo resistirse ya a palpar aquello que no palpaba nunca. Cómo resistirse a palpar una polla viva, quizás normal, pero para ella enorme, en comparación con lo que estaba acostumbrada. Cómo resistirse ya tras aquel bombardeo que haría claudicar a cualquiera. Y aquel movimiento de Marcos, queriendo llevarla a que descubriera aquello, me hacía pensar que seguramente Edu le había dicho la clave, el génesis de todo; era muy sencillo y claro lo que él podía ofrecer y yo no, y por ende lo que la haría claudicar.

Le dijo algo al oído y ella parecía decirle que no. Y yo me preguntaba por qué me torturaba tanto, por qué le torturaba tanto, por qué se torturaba tanto.

Le dijo algo más al oído al tiempo que volvía a intentar que ella llevara su mano a su polla, sobre su pantalón. Su boca fue a la de ella y ella se apartó. Lo tenía encima, como una grotesca y ancha hiena ante una leona regia y esbelta pero acorralada.

Rodeé un pequeño grupo, de los pocos que quedaban, para acercarme más, y allí plantado, solo, sujetando su americana, fui testigo de cómo él, otra vez, intentaba llevar la mano de ella a su miembro. Esta vez, mientras lo hacía, la miraba fijamente, y esta vez sí, la mano de María aterrizó en aquella zona. Y él quitó su mano, pero no quitó su mirada. Y María no la apartó. Se quedó quieta, aguantando. Aguantando su mirada y su mano allí. Tenía los ojos llorosos. No mostraba sorpresa, ni alivio, sino más y más tensión.

Yo, bombardeado por el alcohol, el calor, la música, la semi oscuridad y las luces, y más cerca, a quizás no más de tres metros, contemplaba mi obra, o más bien la de Edu; la obra de ver a María excitadísima, palpando una polla que en cualquier otro contexto nunca habría querido tocar y que, ahora, no era capaz de abandonar. Y Marcos se acercó más y le volvió a decir algo al oído

y ella no respondió, y recibió un pico en los labios. Sus labios se pegaron una fracción de segundo y se separaron mientras ella mantenía allí su mano, ejerciendo una presión que yo no podía adivinar.

El corazón se me salía del pecho. Miré a mi alrededor y nadie parecía deparar en que el canalla más grotesco de aquel pub le daba pequeños besos a aquel pibón y esta no solo no se apartaba, sino que le magreaba entre las piernas. Y era inevitable. Un beso. Y dos. Y tres. Y ella mantenía los ojos abiertos... hasta que un pico se hizo más largo... y yo creí morir... Lo supe en cuanto ella cerró los ojos y ladeó la cabeza... Sí... ladeaba la cabeza y aquello era la antesala del triunfo inmerecido de Marcos y de mi dolor inenarrable. María cerraba los ojos... ladeaba la cabeza... y abría la boca y permitía que aquel macarra mancillase su boca con su lengua. Se besaban contra aquella barra, con lengua, con calma... y yo no podía respirar. Y no conseguí aire cuando vi que María no solo no abría los ojos y se apartaba sino que atraía aquel desagradable hombre hacia sí... llevando una de sus manos a la calva de Marcos y éste, crecido por su primera gran victoria, colaba sus manos bajo su camisa, palpando su cintura, su piel, en algún punto tibio y carnal entre sus shorts y su sujetador, y queriendo seguro llegar más arriba o más abajo.

Podía ver sus lenguas tocarse y fundirse. Y podía sentir el éxtasis por el triunfo de él y la necesidad meramente física de ella. En él había deseo y regocijo y en ella deseo y una culpa que debía esperar.

Y entonces ella abrió los ojos. Y de nuevo nuestras miradas conectaron. Se besaba con los ojos abiertos y su mirada respondía a aquella pregunta que le había hecho minutos antes y ella respondía ahora con sus ojos, diciéndome “no puedo más”.

Mis ojos fueron de su mirada a sus lenguas que seguían degustándose, compenetrándose, produciendo en ellos descargas de placer y en mí un dolor casi inasumible. Y después mis ojos bajaron hasta observar que la mano de María no solo palpaba sino que casi se aferraba a aquella polla que había sido la gota que había colmado el vaso de su auto control.

Qué sentir en esos momentos. Curiosamente sentí ganas de exteriorizar mi morbo y mi alegría a la vez que dolor y por primera vez una extraña vergüenza.

Marcos apartó un poco su cabeza. Se daban un respiro. Y el acaloramiento de María se hizo más evidente. Y su belleza y la fealdad de él se hicieron más manifiestos. Ella apartó sus manos, de su cabeza y de su entrepierna, y él le dijo algo al oído al tiempo que llevaba sus manos a la barra, cercándola. Y mi mirada fue reclamada por el torso de ella, captando mi atención, diciéndome que allí había algo que ahora, al haberse Marcos apartado un poco, sí podía ver, y eran sus pezones marcando la camisa de seda blanca, atravesando su sujetador de encaje grisáceo... La imagen era tremendamente impactante y algo me decía que los tres sabíamos que aquello estaba allí, y de aquella manera...

María, expuesta, cachonda, culpable, pero harta de luchar, se veía acorralada por él y desenmascarada por ella misma; por aquellos pezones, por su sudor, por su melena alborotada y por sus mejillas ardientes. Hasta daba la sensación de que Marcos se tomaba un respiro para degustar el momento.

Ella le miró entonces, extremadamente seria y él volvió a colar sus manos bajo su camisa, por delante, para tocar su vientre, su piel y otro ataque se venía... cuando noté algo en mi hombro.

Me giré, al tiempo que una voz recientemente conocida pronunciaba mi nombre. Sin tiempo a reaccionar era abordado por Rafa, el cual, muchísimo más borracho que antes y acompañado por dos chicas insulsas, se sorprendía y me recibía como si fuéramos verdaderos amigos.

Entré en pánico a la vez que deduje que él no era conocedor aún de lo que estaba sucediendo... y me giré con él, quedando ambos situados de espaldas a aquella barra en la que

Marcos quizás ya estuviera besando otra vez a María... o incluso intentando dar algún paso más.

CAPÍTULO 43

Sentí una terrible frustración por lo que yo consideraba una injusta y terrible mala suerte. A lo que tenía que sumar la ansiedad por querer ver y no poder, y pánico porque Rafa se voltease y viera a María con Marcos.

Y es que no tenía duda de que si llevaba mi mirada hacia la barra, Rafa podría seguir la proyección de mi mirada, descubriendo así algo que sería inexplicable y bochornoso. Aún sin yo mirar, las probabilidades de que él ojease su entorno y yo quedara humillado eran altísimas, por lo que hacía por girarle, y él entonces acabó por intentar presentarme a sus amigas, y digo intentar porque no le hicieron caso, aún más borrachas que él, y sin ningún interés en mí.

Una de ellas sí que oteaba su alrededor hasta que miró en dirección a donde supuestamente debían de seguir María y Marcos, y su mirada se detuvo. Y mi tentación por descubrir lo que ella estaba viendo se hizo insoportable, cuando Rafa me habló, y me tuve que conformar entonces con intentar entender la mirada de aquella chica; intentando adivinar si estaba sintiendo morbo, sorpresa o repugnancia, pues la envidia parecía descartable.

Apenas entendía lo que Rafa me decía. Me lo tenía que repetir todo dos o tres veces. Hasta que la pregunta obvia apareció, preguntándome por María. Eso sí que lo entendí a la primera, pero se lo hice repetir.

—Está en el baño, creo —acabé por decir, sabiendo que aquel “creo” no solo sonaba extraño sino que toda la frase en sí no me hacía ganar casi nada de tiempo.

—Tienes suerte de estar con ella —dijo, sorprendiéndome, como en una frase que sonaba extraña, como antigua, y, al tiempo que yo soltaba un escueto “ya” y mis nervios porque se girase se disparaban, prosiguió:

—En el otro bar la miraba todos. No se puede ser celoso con una chica así.

—¿Qué? —pregunté a propósito para que se acercara más a mí y no se girara.

—¡Que no se puede ser celoso con una chica así! —casi gritó.

—Ya... ya... —respondí y él se dispuso a hablarle a una de sus amigas sin casi esperar a mi respuesta. Todo en un clima extraño y errante que no hacía sino confirmar su embriaguez.

Aquella oportunidad era casi irrepetible, así que, mientras Rafa hablaba al oído de su amiga, decidí llevar mis ojos a la barra...

Marcos, de espaldas a mí, María acorralada, contra la barra, en posición similar a instantes antes, pero lo que no era igual era lo que hacían, porque el beso que yo ahora veía no era como el anterior, era mucho más intenso, más agresivo. María abrazaba aquella cabeza, aquella calva, con sus dos manos, y sus lenguas chocaban y revoloteaban con mucha más hambre. Las manos de él en la cara de ella, fijándola, sujetándola... y entonces sus bocas se apartaron y él labio inferior de ella se estiró y ella le miró encendida... y aquel ardor de su mirada me dolió.

Tuve que apartar la mirada, y, al hacerlo, mantuve en mi memoria aquella imagen y, mientras Rafa volvía a hablarme, yo miraba hacia el suelo, pero solo veía aquel beso, aquellas lenguas, aquella mirada y aquellos cuerpos pegados... Y, curiosamente, en mi retina se posaba un movimiento mínimo, de roce, pélvico, que ya ni sabía si lo estaba imaginando o si efectivamente aquel cabrón aprovechaba aquellos besos lascivos para acabar de convencerla, clavando y frotando su entrepierna contra el sexo desesperado de ella.

Rafa decía cosas inconexas mientras yo me preguntaba si aquel macarra besaría especialmente bien, y si quizás ni eso hiciera yo con competencia. Y me preguntaba si podría ella ni llegar hasta

el final, pero estar descubriendo algo que la satisficiera y que no supiera hasta aquel momento que necesitaba.

Tras unos minutos en los que yo me martirizaba, seguía con aquella imagen de ellos besándose y Rafa me seguía hablando, él acabó por proponer una última copa antes de que aquel pub cerrase. Mi negativa no la entendió, o no la quiso entender, por lo que antes de que me pudiera dar cuenta él se giraba... hacia donde tendría que estar María con Marcos.

En el momento en el que alzó la mirada yo exhalé, en un resoplido casi cómico, entregado a mi vergüenza, visualizando lo surrealista de la situación: yo, sujetándole la chaqueta a mi novia, mientras ella se besaba con aquel obsceno hortera, a los ojos de un Rafa estupefacto.

No había excusa posible ni cara de enfado o sorpresa que forzar. Solo la resignación del humillado.

No miré hacia la barra, sino a la cara de Rafa, no sé muy bien por qué, pero no vi en su semblante nada extraño. Simplemente caminaba, borracho, hacia aquel lugar donde debería estar mi morbo y mi tragedia.

Alcé inmediatamente la mirada y vi una barra casi vacía en la que no había mancha blanca ni granate, ni bella ni bestia, ni elegante puta de lujo ni cliente dejándose el sueldo del mes. Curiosamente llegué hasta a sentir más intriga por aquella desaparición que alivio por haberme salvado del bochorno.

Miraba a mi alrededor, para ver si los encontraba, mientras le negaba hasta tres veces a Rafa ser invitado a una copa. Ni los encontré ni pude evitar ser convidado a un chupito. Sus dos amigas venían con nosotros, pero a la vez se apartaban voluntariamente, queriendo dejar constancia a los ojos de los pocos que allí aún quedaban de su disponibilidad.

Se me hacía raro estar prácticamente en el punto exacto en el que María se había dejado besar así. Algo no me encajaba a la vez que me encajaba todo. Ni siquiera podría culparla si quisiera desahogarse, porque aquella era la palabra, sin estar yo presente.

Rafa volvió a preguntarme por María, sorprendido por la ausencia de preocupación, y yo saqué mi móvil para forzar una farsa que acabó por no ser tal, pues ella justo me acababa de escribir. En mi pantalla había un “¿dónde estás?” desconcertante, pues parecía difícil de creer que no me hubiera visto con Rafa durante todo aquel tiempo o, al menos, al marcharse, pues estaba convencido de que había salido.

Le escribí preguntándole donde estaba ella mientras le decía a Rafa que había salido a tomar el aire. Dejé pasar un minuto, tras el cual no obtuve respuesta, e inmediatamente después me despedí de mi improvisado amigo, el cual no entendía por qué no había salido antes en su busca, y lo cierto era que tampoco lo entendía yo.

Salí al mundo real y las luces de las farolas me dieron una bienvenida desagradable. Y aún más desagradable fue sentir una cortina leve de humedad casi cálida, una llovizna que no enfriaba pero que sí calaba.

Miré a izquierda y derecha: grupos de amigos, borrachos, borrachas, parejas... pero ni rastro de ellos dos.

Miraba mi teléfono compulsivamente, sin rastro de su última conexión, ni de haber leído el mensaje.

Doblé una esquina. Y otra. Y otra. La llamé. Un tono, y dos, y tres... y no me respondió.

Cada calle que descubría estaba más vacía y mis posibilidades se agotaban.

Comenzaba a sentirme sentenciado, pero algo seguía sin encajar, una pieza del puzle que aún tardaría en descubrir cuál era.

La volví a llamar. Y cada tono que rebotaba en mi oído era un desplante, un desprecio, un

“esta vez no quiero que estés delante”. Quizás fuera por lo obsceno de dejarse follar por Marcos... por vergüenza, o quizás por un hastío hacia aquella parte del juego... pero yo empezaba a dar por hecho que había escapado de mí. Y si había escapado qué derecho tenía yo para perseguirla. Quizás aquel “donde estás” suyo solo había pretendido ubicarme para alejarse, o era una frase que iba a preceder a otra en la que se me dijera que esta vez no me quería presente, no me quería delante, con mis caras de ido y seguramente mis temblores enfermizos.

En aquellas ensoñaciones masoquistas me encontraba cuando pasé por al lado de un portal. Una metida de menos de dos metros, pero suficiente para que una pareja pudiera resguardarse de la llovizna y conseguir intimidad a aquellas horas de la madrugada. Allí estaba la mancha granate y la blanca, la cual siempre parecía ser la defensa sobrepasada, nunca el contraataque, ni mucho menos el ataque. La defensa sobrepasada seguía solo aceptando besos, aparentemente.

Sentí alivio y a la vez una tremenda inquietud, pues tenía el palpito de que no iba a ser bien recibido, pero no sabía si me enfrentaría a algo más cercano a una indiferencia o a un vilipendio.

A pesar de mis dudas no me acerqué sigiloso, ni con cuidado... hasta que me resguardé, cerca de ellos. Vi su bolso en el suelo. La elegancia de ella y la rudeza de él. Me sintieron en seguida, se separaron por acto reflejo y las manos de ella abandonaron su nuca y las de él su cintura.

Pero su pausa no duró apenas nada. Lo justo para darse cuenta de que era yo. Y Marcos volvió a besarla. Y María volvió a dejarse besar. Y Marcos coló una de sus manos bajo la camisa de ella, por delante, levantándola un poco, dejándome ver no solo la humedad de la seda blanca, sino unos shorts azul marinos con el botón desabrochado... y con una cremallera que ya había sido bajada.

CAPÍTULO 44

Aquellos shorts abiertos eran una invitación a que yo intentara elucubrar hasta donde habían llegado, pero la imagen de verlos besándose a un metro de mí me había bloqueado. Veía aquel beso y aquellos magreos sobre la ropa a un metro y me asfixiaba de una manera que multiplicaba por cien lo sentido en el pub. Podía escucharles, sentirles... y mi miembro palpitaba con fuerza bajo mis pantalones.

Me jodía, me mataba del morbo, me sorprendía, a la vez que entendía la entrega de María, la cual sabía, como yo, que era aquello o nada. Nada en semanas, o en meses, o nunca más. Era una necesidad física y como tal respondía su cuerpo, que vibraba agitado bajo la rectitud y chulería que ella quería exteriorizar allí, contra aquel portal.

María acabó por apartar la cara y mirarme, mientras Marcos llevaba el festín a su cuello que ya lucía enrojecido. De los labios de ella salió entonces un “¿Estás vigilando?”

Aquel susurro parecía contener un doble sentido. Podría ser una orden para que les protegiera o un interrogante acusador por mi súbito papel de mirón. Me daba la sensación, además, de que su enigmática frase no había sido casual, de que mantenía aquella lucidez que la hacía distante, a pesar del ataque permanente de aquel macarra, que parecía dispuesto a degustar y exprimir cada rincón de aquel cuerpo con el que solo había podido soñar.

Me mantenía la mirada, con los ojos abiertos, ocultos parcialmente por su melena apelmazada sobre parte de su cara, con un semblante arrogante, como si quisiera tapar la vergüenza de dejarse mancillar por aquel hombre con una chulería cínica.

—Joder... qué buena estás... —fue suspirado por Marcos entonces, entre beso y beso, en aquella clavícula expuesta —¿Por qué no quieres ir al hotel? —preguntó sobre aquel cuello y yo empecé a comprender cada vez mejor qué era aquello que no encajaba.

Marcos llevó entonces una de sus manos a un pecho de María, sobre la camisa, y esa mano fue apartada, y a mí me costaba entender por qué aquellos shorts habían sido ya profanados, con lo que aquello podría suponer, y sin embargo no le daba nada de sus tetas, ni siquiera sobre la ropa.

De repente escuchamos unos pasos acercándose y aquello me hizo alertarme y a la vez le sirvió de excusa a Marcos para pegarse más a María. Un grupo de tres chicos pasó por delante de aquel portal sin detenerse y sin fijarse, mientras Marcos besaba a María con ansia y yo les podía escuchar hasta respirar.

En ninguna de las infidelidades consentidas de María había sentido la cercanía y la potencia de los besos como en aquel momento. Besos que ella no cortaba y que cada movimiento de cuello y de cabeza contenían una implicación morbosa y dolorosa. Su melena aquí y allá, las manos apretándose en la cintura o en la cara... sus piernas ligeramente abiertas, permitiendo el ataque pélvico de Marcos sobre la ropa... me dejaban sin aire y con mi polla queriendo escapar.

Era inevitable que una mano de él acabara buscando partes más prohibidas, y más con aquellas puertas semi abiertas entre sus piernas. Una de sus manos bajó por el vientre de ella hasta llegar a sus bragas, y, una vez allí, quiso colar sus dedos entre sus bragas y su piel, quiso palpar su coño sin ropa por medio... pero su mano fue apartada... sin dejar de besarse. Marcos no desistió del todo y dejó su mano allí y dos de sus dedos se posaron sobre el coño de María, sobre sus bragas, buscando frotar su sexo sobre la seda grisácea y así convencerla, poco a poco, de que le acabara dando su coño de verdad.

María quería mandar, pero a la vez su cuerpo la traicionaba, llegando al extremo de levantar

una de sus piernas para sentir mejor aquellos dos dedos que sin duda le daban placer; pero cuando se dio cuenta de que aquello exteriorizaba entrega, volvió a bajar la pierna. Yo, con su americana colgando de uno de mis brazos y con mi otra mano muerta, contemplaba boquiabierto aquellos besos agresivos y como aquel macarra le hacía un dedo sobre las bragas.

Me preguntaba hasta donde llegaría María, cuando, entre beso y beso, se pudo escuchar nítidamente a un Marcos jadeante, desesperado:

—¿No me vas a tocar tú nada o qué?

María no respondió y Marcos acabó por apartarse un poco. Y después un poco más, hasta casi medio metro, y dijo:

—No sé muy bien de qué vais.

Aquella frase rebotó en el silencio de aquella madrugada mientras mis ojos se iban a una María con la melena alborotada, con las piernas algo separadas, con los tacones posados con fuerza sobre el suelo, con sus shorts abiertos y algo bajados... con parte de sus bragas expuestas y con unas tetas y unos pezones que maltrataban la húmeda camisa blanca... dejando constancia de una potencia sexual que era imposible de cubrir.

Marcos comenzó a desabrocharse la camisa y María le miraba, seria. Chula, pero encendida. Y a mí se me volvían a ir los ojos a aquella silueta de sus pechos y aquellos pezones que atravesaban su sujetador y su camisa, mostrando una feminidad y una lujuria que dejaban sin aire.

—¿Qué haces? —dijo María, al tiempo que un Marcos con la camisa mínimamente abierta se llevaba las manos a sus pantalones y se los desabrochaba. Antes de que pudiera darme cuenta aquel hombre se mostraba, desesperado, pero con aparente seguridad; mostraba una polla dura y que apuntaba hacia adelante, sin rastro de piel que cubriera la punta, ni de pelo que adornase su base. Una polla de dimensiones normales, pero ello suponía igualmente que estuviera en otro mundo comparado con la mía.

—¿Qué coño haces? —exclamó María de nuevo.

—Me tienes muy cachondo... —respondió él, llevando una de sus manos a su miembro y mirando ligeramente a su alrededor antes de volver a mirar a María. La miraba mientras se pajeaba y yo no podía ni reaccionar ni pensar... solo ser testigo de aquella locura.

Que yo sintiera un morbo asfixiante por lo que estaba viviendo no me impedía ser consciente de lo estrambótico de la situación, y aquella excentricidad aumentó cuando, de los pantalones bajados hasta los muslos de Marcos, comenzó a emanar una melodía. María fue la más rápida e incisiva en aquel momento:

—Parece que te llaman... Será tu mujer, Irene.

—Pues seguramente —respondió Marcos, frívolo, deteniendo su paja e intentando hacerse con su teléfono— Cada pareja tenemos nuestras cosas, ¿no? —dijo mirando la pantalla— ¿Con cuántos habéis hecho esto ya? ¿Por qué no nos vamos a vuestro hotel? —preguntó mientras se subía un poco los pantalones y volvía a meter su móvil en el bolsillo. Cuando, inmediatamente después, su teléfono volvió a sonar y exclamando un “joder” y subiéndose más los pantalones, se alejaba un poco para responder aquella llamada.

Las cosas pasaban con más rapidez de la que yo podía asumir y la tentación por acercarme a María se hizo insoportable. Me sentía un enfermo pero ansiaba sentirla, olerla... y también su desplante.

—Dame la chaqueta —dijo ella mientras efectivamente Marcos, a pocos metros de aquel portal, parecía hablar con su mujer.

Le di la chaqueta a María y aproveché para acercarme a ella. Frente a frente. Ella se ponía la chaqueta a medio metro de mí, mirándome, seguramente sospechando de mis intenciones. Acabó

de ponérsela, sin cerrársela, llevó su melena hacia atrás y yo me pegué más a ella... hasta casi juntar mi pecho contra su pecho... La besé en la mejilla y quise buscar sus labios, cuando escuché un “No lo hagas” que me heló la sangre. Mis labios no fueron a su boca sino a su oído y le susurré:

—¿Por qué él sí y yo no?

María no respondió y llevé mi boca a su cuello, enrojecido... como si quisiera ir rastreando aquellos puntos donde mi novia había sido ultrajada. Besé aquel cuello con sutileza... al tiempo que escuché un despótico: “Estás loco... pareces un degenerado”. Pero aquello no hizo sino encenderme más y comencé a reptar hacia abajo, arrodillándome lentamente frente a ella, y, al tiempo que escuchaba un “eres un puto cerdo”, mis rodillas se posaban en el suelo, levantaba un poco su camisa por delante, bajaba un poco sus shorts... y llevaba mi nariz hacia su sexo... hasta posarme sobre sus bragas... intentando inhalar la humedad que su coño llevaba horas irradiando.

—Levántate... Pablo... Va a pensar que estamos locos. Levántate, joder... que pareces un depravado... —escuchaba a María decir mientras olía de aquellas bragas y un hedor brutal, a sexo, a coño encharcado, me ponía todo el vello de punta y disparaba la sangre que endurecía mi polla.

Y allí se detuvo el tiempo. Yo cerraba los ojos, llevaba mis manos a sus cálidos muslos y olía, y me restregaba, y aquel tremendo olor me envolvía como si desembocara en un sueño, mientras ella me seguía llamando cerdo, guarro y depravado... pero no me apartaba... Hasta que dejé de oírla durante un tiempo indefinido... y lo que escuché después fueron sonidos... de besos... Me aparté un poco... y vi a Marcos, a mi lado, con sus pantalones ligeramente bajados, con su polla, empalmada... y sujeta por una mano de María... Aquella polla sutilmente pajeada, a escasos centímetros de mí... de mi cara... Mientras besaba a mi novia. Podía oler su polla... desesperada... por entrar en María... y podía sentirla a ella, pajeándole, besándole... en un estado de conflicto con ella misma insoportable.

María le masturbaba a menos de veinte centímetros de mi cara. Su polla parecía más grande y él parecía aún más desagradable. Con la camisa hortera medio abierta y sus pantalones en sus muslos, besando a María en lengüetazos soeces... ya fuera de sí... Y ella respondía a aquella lengua con los ojos cerrados y sujetando aquella polla con fuerza... Acabé por ponerme en pie cuando Marcos se apartó levemente y le susurró:

—¿Follamos aquí...?

María no respondió y Marcos se apartó un poco más.

—Tengo un condón en la cartera —dijo, visiblemente superado, sin tenerlas todas consigo.

Miré a María, mientras Marcos seguía hablando:

—Es que no sé por qué no quieres o queréis ir al hotel...

Marcos, errante, torpe, se volvió a acercarse a ella, la intentó besar y ella apartó levemente la cara. Sus labios aterrizaron en su mejilla y el beso fue sonoro y desconcertante.

María me miraba, con la cara ladeada, mientras Marcos la besaba en la mejilla, ponía sus brazos a ambos lados de su cuerpo, contra el cristal de la puerta, y dejaba que su polla golpeará aleatoriamente en alguna parte de aquellos shorts medio bajados.

María, acorralada, curiosamente no tuvo palabras para él en aquel momento, sino para mí:

—Pajéate, ¿no? —dijo, con obvia intención de humillarme.

—Venga, sácatela y pajéate —insistió, al tiempo que Marcos la seguía besando en la cara y movía su cuerpo mínimamente adelante y atrás, y yo entendí que no quería solo vejarme, sino decirle a Marcos que no estábamos allí porque ella fuera una guarra... sino, sobre todo, por lo que yo ocultaba entre mis piernas.

Bloqueado, tentado de obedecer, pero atemorizado porque Marcos descubriera mi vergüenza, veía como María alargaba su mano hasta contener aquella polla de él, que si bien había lucido más dura y grande, parecía contentar a María.

Allí estaba todo, de golpe, y aquella última pieza comenzaba a encajar.

Marcos descendió un poco y besó a María en el escote y quiso imitar lo que yo había hecho instantes antes, y comenzar a descender por su cuerpo, pero antes de que él amagara con arrodillarse frente a ella, seguramente no para oler, sino para intentar comerle el coño, María le detuvo.

—No... Eso no...

Y, mientras Marcos volvía a incorporarse, María dijo:

—Yo ya estoy. Ponte algo.

Marcos reculó. Yo creí morir. Y María se daba la vuelta.

María se llevaba las manos a los shorts, para bajarlos, mientras Marcos abría su cartera, y a mí se me salía el corazón del pecho.

A él le temblaban las manos y, sin embargo, los pantalones cortos de María descendían por sus piernas con decisión. Yo no me podía creer lo que estaba a punto de vivir, y, Marcos, aún más infartado que yo, se hacía con un preservativo mientras miraba de reojo los shorts de María anudados ya en sus tobillos, sobre sus zapatos de tacón. Y mi polla palpitaba a la vez que yo entendía todo, entendía que María en ningún momento había querido ir con él a nuestro hotel. No quería una sesión de sexo maratoniano con Marcos, ni siquiera le atraía especialmente, si bien tenía la sensación de que el hecho de que fuera tan grotesco le añadía también a ella un punto de morbo. Pero no, lo que quería era que se la metiera, allí, y explotar, en dos minutos, no más, correrse, por ella, sucumbir por ella, y también por Edu, por cumplirle su capricho de que le eligiera amante. Lo hacía por ella y por él. El placer y el triunfo de Marcos era un daño colateral y mi humillación quedaba en un segundo plano. Explotar, correrse, en un par de minutos; sabía, conocía su cuerpo, que podría llegar al clímax en poco tiempo a pesar de enfrentarse a un amante desconocido. Tenía esa capacidad. Lo sabía. Necesitaba aquella polla, normal, pero de hombre, dentro, tocar el cielo, y obedecer a Edu y volver a su vida. Volver a mí y volver a ser ella misma.

—¿Me quieres quitar las bragas tú? —dijo ella, imponente, refiriéndose a mí. Disfrutando de aquella vejación, pero salvándome a la vez, haciéndome partícipe.

Mi corazón palpitaba a doscientas pulsaciones mientras me colocaba tras ella y llevaba mis manos a la goma de sus bragas. Tiré de ellas un poco y a éstas le costaron desprenderse de su coño... pues aquella humedad pringosa hacía que su sexo se aferrase a aquella seda de aquel tono entre azulado y grisáceo. Yo, impactado, descubría su coño empapado y abultado y casi pude sentir el hedor a hembra en celo al descubrir su sexo desesperado. Mi polla goteaba al tiempo que mis ojos quedaban maravillados ante la visión de aquel coño hambriento, con aquellos pelos recortados y enmarañados, también como consecuencia de aquel líquido espeso que llevaba horas liberándose. Bajé aquellas empapadas bragas hasta sus tobillos, sin respirar durante todos aquellos segundos... y, cogiendo aire mínimamente... desenganchaba sus shorts y sus bragas de aquellos zapatos, al tiempo que Marcos luchaba contra sus nervios y contra aquel condón, con el objetivo de no perder dureza y poder penetrar a María.

Yo, a punto de explotar de éxtasis, me hacía con aquellas bragas imponentemente húmedas y abandonaba a María a su suerte. Ella, allí, con sus tacones anclados al suelo y las piernas ligeramente separadas, recogía la parte baja de su camisa para ofrecer aquel culo tostado y prominente y aquel coño con aquellos labios desorbitados que parecía querían salir de su cuerpo.

Me aparté. Si yo apenas había existido para Marcos, en aquel momento mucho menos, y es que

yo le miraba y para él solo existía aquella provocación que eran las piernas largas y separadas de María, aquel culo expuesto y aquel coño majestuoso. Le miraba a la cara y no veía deseo, sino impresión... y casi pavor. Su polla enfundada en aquel látex transparente se postulaba como lo único que podría calmar a una María dispuesta a traicionarse por explotar. El problema era que aquella polla no estaba del todo erecta y Marcos era plenamente consciente de ello.

María miró hacia atrás, inquieta y dijo:

—Pablo, vigila, por dios. —esta vez, sin doble sentido, y en clara alusión a que ningún borracho pudiera ser testigo de cómo Marcos la penetraba en aquel portal.

Aquel macarra ya no podía seguir fingiendo seguridad, como llevaba haciendo toda la noche... y se acercó tembloroso a ella... Llevó una de sus manos a aquel culo extenso, le apartó la parte baja de la camisa y de la chaqueta, permitiendo que ella llevara sus dos manos hacia adelante, y con su otra mano apuntaba con aquel miembro semi erecto al sexo de ella.

Yo, con las bragas de María en la mano, veía como ella cerraba los ojos, impaciente, deseando ser follada por fin por una polla de verdad, por un amante elegido por Edu... en una cuadratura del círculo que si bien era un infidelidad para sí misma contendría un clímax desconocido. Marcos frotaba aquella punta contra el coño de María y el sonido del látex restregándose y arrugándose era la banda sonora de aquel portal en el que ya hacía tiempo que no había aire. Un “métela, cabrón...” fue suspirado entonces por María y ella flexionó un poco las piernas e hizo que mi polla palpitase y que Marcos resoplase... Éste luchaba contra sí mismo, contra sus nervios y contra la oportunidad, única, que sabía le estaba dando aquella mujer que, por imponente, le bloqueaba más y más. Ella, consciente de que algo no iba bien, llevó una de sus manos hacia atrás, para intentar meterse aquella polla que tuvo que sentir flácida, pero no por ello no intentó también incrustársela. Uno, dos, tres intentos que no dieron sus frutos, hasta que comenzó a compaginar un extraño intento de masturbación sobre aquella polla enfundada en aquel marchito preservativo, con nuevas tentativas de ser invadida

Cuando, de golpe, escuchamos una voz que se aproximaba rápidamente, que venía de la calle, hacia nosotros. Me volteé y vi a un chico que venía directamente hacia nosotros, con unas llaves en una mano y con su teléfono en la otra. Rápida e instintivamente Marcos se subió un poco los pantalones, María se puso en pie y dejó que su camisa y americana taparan su culo y su sexo, y yo guardé sus bragas en mi bolsillo y aparté con el pie los shorts y el bolso que yacían en el suelo.

El chico, que ensimismado hablaba por su móvil, metía su llave en la cerradura, como si no existiéramos, y entraba en el edificio y subía los seis escalones, visibles desde nuestra posición, de dos en dos, hasta perderse escaleras arriba.

Marcos había sujetado la puerta de aquel portal con el pie, impidiendo que se cerrase.

CAPÍTULO 45

Quizás le infravalorase, pero no me daba la sensación de que Marcos hubiera puesto aquel pie allí con una intención clara, sino casi más por un acto reflejo. Además, tardaba en reaccionar, al igual que yo, por lo que confirmaba que le costaba reponerse de aquel súbito susto o, como mínimo, sorpresa.

La que no parecía afectada por la irrupción de aquel chico era María, a la cual yo veía como se agachaba a recoger sus shorts, para posteriormente pasar por detrás de mí y de Marcos. Empujó entonces la puerta, para entrar y Marcos se conectó lo suficiente como para seguirla. En apenas diez segundos ellos se ubicaban dentro del edificio y yo no pasaba del umbral de la puerta. Todo sucedía a gran velocidad. Yo apenas reaccionaba. Cuando María se giró y, mirándome, dijo:

—Quédate ahí y vigila que no venga nadie más.

Conmocionado, me vi custodiando aquella puerta, sin cerrarla del todo, salvaguardando aquel bolso que seguía en el suelo del portal y velando por la intimidad de María y de aquel macarra, al que parecía ofrecérsele una vida extra. Yo, paralizado y resignado, a unos dos o tres metros de ellos, los cuales, habiendo estado tan cerca, me parecían kilómetros.

De golpe la luz de aquel portal se apagó, mostrándome que ni me había dado cuenta de que el chico había pulsado el interruptor al subir, y la duración de aquella luminosidad había llegado a su fin, y en aquella semi oscuridad quedarían ellos si nadie ponía remedio.

Quizás aquella penumbra envalentonó a Marcos, pues éste atacó, buscando la boca de María. Era ciertamente extravagante verle, con la camisa abierta, los pantalones sin subir del todo y aquella polla siempre semi flácida y plastificada asomando desconcertada. Ella, allí plantada, con sus shorts en la mano, con sus tacones y con su camisa y americana que tapaban su coño desnudo y su culo, detuvo el ataque a sus labios, pero llevó su mano libre a aquella polla blanda y preguntó sería:

—¿Puedes o no?

Marcos no cesó en su empeño de buscar su boca y sus caras se pegaron. Yo miré un instante hacia la calle, cumpliendo mi misión, y, tras confirmar nuestra soledad, volví mi mirada a aquellas caras pegadas, a aquellos cuerpos pegados, y a una María que apretaba con fuerza aquella polla, buscando reanimarla.

Marcos se bajó un poco más los pantalones y, cuando estos descendieron hasta sus rodillas, volvió a buscar los labios de María y esta vez sí tuvo éxito. Se besaban allí de pie, a un par de metros de mí, en aquel austero portal. Ella dejaba caer sus shorts al suelo y meneaba aquella polla, consiguiendo milagrosamente que aquel preservativo no solo no abandonase aquella carne, sino que creciera con ella.

Simultáneamente a que aquella polla fuera medrando, sus besos fueron tornando más lascivos. Marcos coló sus manos por detrás, levantando un poco la chaqueta y camisa de María, y apretaba las nalgas desnudas de ella mientras se besaban, y sentía aquella paja, aquel látex adelante y atrás, que de nuevo sonorizaba aquel espacio.

Marcos parecía así más lúcido, al menos no tan bloqueado, como si besándola, como si actuando, no pudiera pensar, y fuera precisamente pensar, ser consciente, lo que le paralizaba.

Escuché ruido a mi espalda, gritos aleatorios de borrachos que yo intentaba averiguar si se acercaban o si se alejaban, cuando volví mi mirada hacia ellos, y Marcos ya optaba por lo evidente, y lo evidente era palpar no el culo... sino el coño desnudo de María. Ella se echaba un

poco hacia atrás, queriendo evitar lo inevitable, pues no soltaba su polla por lo que no podía alejarse de él. Marcos consiguió entonces acariciar su coño con más o menos destreza... y ella gimió en su boca y yo creí morir. Aquel macarra pronto intentaba introducir uno de sus dedos en su sexo y ella cerraba sus ojos con fuerza y jadeaba. Ya no se besaban. Sus caras se pegaban. Aquella cabeza ancha y calva extensa se frotaba con las mejillas ardientes y la melena voluminosa y apelmazada de María. Mi vista se perdía en aquellas caras pegadas, en la majestuosidad de la silueta de ella y en la tosquedad del cuerpo de él. Las piernas finas y esbeltas de María y los troncos anchos que fijaban a Marcos al suelo. Una apertura de boca... y un jadeo especialmente estrafalario de ella, me hicieron llevar mi vista hacia abajo otra vez... y no podía tener duda de que aquel áspero dedo de Marcos hostigaba el coño de María. Se masturbaban, el uno al otro, allí de pie, flexionando ambos un poco las piernas.

Cuanto más entre cerraba los ojos y jadeaba María más imponente, sexual y superior a él la sentía. Cuanto más taladraba Marcos aquel coño con su dedo, más grotesco y desagradable se mostraba. Ella cerraba los ojos. Él no. Como si no pudiera creer lo que estaba viviendo y quisiera guardar aquellas imágenes irrepetibles para siempre.

Con una mano la sujetaba por una nalga, y con la otra parecía intentar meter un segundo dedo dentro de aquel coño hambriento que yo apenas podía ver, pues su ropa y la propia mano de él me tapaban, pero podía imaginar bochornosamente hinchado.

No tuve duda del momento en el que aquel segundo dedo acabó entrando... pues María jadeó, afectada, aceleró la paja y su boca gimoteó en aquella oreja grande, en aquella calva brillante y sudada.

Marcos hundía aquellos dos dedos en el coño de María y ella, expuesta por primera vez, ya no tenía fuerzas para negar la evidencia. Aquel segundo dedo y aquella paja fueron el detonante para que acabara entregándose... y se pudo escuchar nítidamente:

—¿Qué... qué me haces... cabrón...?

—¿Yo...? Nada... —enterró Marcos en el oído de María mientras seguía deslizando rítmicamente sus dedos por dentro de su coño.

Y sucedió algo que me impactó y me hizo temblar y tragar saliva involuntariamente, y es que ya no solo se escuchaba el ruido del látex por aquella paja... sino el coño de María como consecuencia de aquellos dedos de aquel macarra. Aquel coño encharcado nos decía a los tres, con aquel sonido cadencioso y húmedo, que no aguantaba más. Y María lo confirmó de palabra, en un jadeo, con aquella melodía de fondo:

—Joder.... Mmm... ¿Me... me vas a follar, eh?

Marcos a eso no respondió, y María no lo vio, pero yo sí pude ver su media sonrisa.

Con la polla ya dura se transformó. Se llenó de ego y de convicción. La sujetó con fuerza por la nuca y la besó con ansia, siempre sin dejar de martirizar aquel coño que ya venía ávido y famélico de muchas horas atrás. Marcos aprovechaba aquella necesidad, aquel clímax atragantado, aquel juego conmigo, aquel juego con Edu, aquel casi con Álvaro... para meter sus rudos dedos dentro del precioso coño de María y meter su abrupta lengua dentro de la boca de mi novia.

Ella se aferraba a aquella polla que era una candidata más noble que su propio dueño, y se dejaba atacar y se dejaba empujar... hasta recular y descender... llegando a apoyarse contra los escalones que subían hasta el rellano del ascensor. Marcos caía sobre ella, tapándola, casi impidiéndome ver, se bajaba más los pantalones... todo iba muy rápido, le apartaba las piernas... colaba su cuerpo entre ellas... ya nadie tenía duda... lo había conseguido... era suya... Se la iba a follar.

Miré otra vez hacia la calle. Había olvidado completamente que existía. No parecía haber nadie cerca. No se escuchaba nada. Como si el mundo se hubiera detenido para que Marcos pudiera triunfar. Para que tuviera su momento, sus minutos de gloria, sin que nada ni nadie pudiera interrumpirle. Y volví a llevar mis ojos a ellos y vi que, tras el enésimo y desesperado beso, Marcos reptó un poco hacia abajo, besando su escote y María me miró. Me clavó la mirada y pude ver el ansia más pura. No me juzgaba por haberla empujado a aquello. Ni mucho menos me culpaba. Yo, con la polla durísima, aparté un poco la puerta y me abrí los pantalones con temblorosa celeridad, y, sin dejar de mirarla, liberaba mi miembro. Mi novia veía como me liberaba mientras aquel macarra, errático, le apretaba los pechos sobre la camisa, llegando a besarla allí, sobre la ropa, de una manera torpe y desagradable.

Mi miembro empapado salió a la luz, con el glande enrojecido, dejando atrás unos calzoncillos empapados. Tras mirar aquella diminuta polla llevé mi mirada a la que se postulaba para María; veía como lucía, dura, aquella polla de Marcos, y, mientras veía aquellos huevos colgando, deseando descargar todo aquel deseo en ella, llevé mis manos a mi bolsillo, cogí sus bragas, que no habían perdido nada de humedad, y me las llevé a la cara... Inhalé su divino olor a coño al tiempo que Marcos abría aquella delicada camisa de María, bajaba de un tirón su sujetador y emitía un "hostia... puta..." al ver aquellas tremendas tetas iluminar todo aquel portal.

—Métemela... ya... cerdo... —gimoteó María, tapando un poco sus pechos con su camisa, y ella misma alargó su mano para dirigir aquella polla por fin hacia su sexo.

Yo me pajeaba, con aquellas bragas sedosas en mi cara. Sintiendo la tela y su coño. Y ella le pajeaba a él, poniéndola aún más dura, mientras él volvía a llevar su boca hacia la boca de ella, y sus manos apartaban aquella camisa blanca para apretar con desagradable crudeza aquellos voluptuosos pero delicadísimos pechos.

Se la iba a follar. Aquella polla estaba a centímetros de que todos ganásemos. María resoplaba excitada y sollozaba levemente en la boca de Marcos, quejándose por aquel brusco manoseo sobre sus firmes tetas que se erigían imponentes, naciendo de su suave torso como dos montañas perfectamente simétricas. Marcos no fue más sutil con ella por la queja, y la réplica de ella fue dejar de quejarse, acelerar la paja y separar las piernas. Sí, separó más las piernas para que se la pudiera follar. Me moví un poco. Quería ver aquel coño... quería ver aquella polla de aquel macarra abriéndose camino por dentro del sexo de mi novia. Marcos cubriéndola, mancillándola, a punto de conseguir lo inimaginable para un hombre como él.

Aquella mancha roja, hortera, grotesca, se encorbaba para besar, morder y sobre todo babear aquellas preciosas tetas de María. Humedecía sus pezones con saliva que brotaba repugnante de su boca, mojando todo a su paso, ya fueran las areolas, la camisa o el sujetador; María hacía por cubrirse las tetas, de manera extraña, simultáneamente a pajeear aquella polla y disponerse a metérsela, siendo puritana por arriba y guarra por abajo, desembocando en una hipocresía incomprensible. Yo veía el culo blanco de Marcos que iba a hundirse lentamente, aterrizando sobre María, penetrándola. A Marcos le faltaban manos y bocas para lamer de una a otra teta, para acariciar sus pechos, para besar su cuello y su boca, y a María le faltaban manos para intentar que su torso no fuera mancillado, a la vez que seguía pajeando implacable aquella polla más que consistente.

María se traicionaba a sí misma, pero nos lo daba todo a Marcos, a Edu y a mí, y se traicionaba sobre todo por aquella imagen ordinaria, con sus piernas flexionadas y separadísimas hasta lo obsceno, con aquellos delicados zapatos de tacón temblorosos en el aire, con su ropa cara, de puta de lujo, babeada y arrugada por aquel macarra casi ridículo, por ser finalmente follada por el más repugnante de todos los candidatos, en aquellas sucias escaleras; follada como

una guarra, una madrugada cualquiera, totalmente desesperada por ser colmada, obedeciendo no a su ego, sino a su coño.

Ecurría su cadera, sobre uno de aquellos escalones, para coincidir con el miembro de aquel macarra, para ser invadida... y, justo tras aquel sutil y necesario movimiento, María sacudió aquella polla con aún más vehemencia y velocidad y un “para, para, para” rapidísimo, salió de la boca de Marcos. Pero María no se detuvo y yo creía que me corría. Él separó un poco su cuerpo, pero ella no le soltaba y un “¡Uffff... Joder...!” salió de nuevo de la boca de Marcos, y cerró los ojos, y María seguía pajeando aquella polla enfundada en aquel transparente preservativo, a milímetros de su coño ardiente y desesperado, y Marcos jadeó, gimió y bramó un “¡Ohhh! ¡Jodeer!” y María miró hacia abajo, y pudo ver como aquel condón se iba llenando, como lo veía yo, y Marcos encharcaba aquel condón, llenando aquel depósito y ella, sorprendida, pero sin detenerse, seguía pajeando aquella polla que hacía que Marcos convulsionase sobre ella y siguiera jadeando y gruñendo... hasta que por fin le soltó y él cayó desplomado sobre su cuerpo. Ella apartó completamente la mano y me miró, seria, y vio a su novio pajeando su irrisoria polla, con sus bragas en la cara, mientras aquel engendro se acababa de correr dentro de aquel condón y yacía abatido sobre su cuerpo.

El semblante de María mutaba a toda velocidad, del más puro deseo, a la seriedad e incluso solemnidad... hasta llegar al último punto, al del desprecio máximo. Un desprecio que, de repente, compartíamos Marcos y yo.

Le hizo a un lado al tiempo que él se dejaba apartar y murmuró contrariado y atropellando las palabras:

—Joder. No tengo más. ¿Vosotros tenéis? Vamos al hotel.

María se ponía de pie y buscaba sus shorts mientras Marcos maldecía haber acabado así y yo guardaba sus bragas en mi bolsillo y me subía los pantalones.

Ella no le respondía y se ponía los shorts, pero él se negaba a que todo terminase de aquella manera. Se puso en pie y se llevó la mano a la polla. Se quitó el condón y, tanto él como yo, pudimos ver aquel orgasmo malgastado en forma de gran cantidad de esperma que colmaba aquel depósito.

Hizo ademán de tirarlo al suelo y entonces María sí habló, con un tono increíblemente déspota:

—¿No serás tan cerdo de tirar eso aquí?

—¿Y dónde quieres que lo tire si no?

—Pues en la basura o en tu puta casa.

—Bueno... Te agradecería que no me hablastes así —se revolvió él.

—No te hablo de ninguna manera. Solo te digo que no seas cerdo —dijo ella mientras ya se cerraba completamente los shorts, puestos sin bragas, bragas que tenía yo.

—Igual la cerda eres tú, ¿no? —volvió a contraatacar y yo, sorprendidísimo por el giro radical y tan rápido de la situación, temí tener que interceder.

María se colocaba bien el sujetador, cubriendo con destreza sus pechos y se cerraba la camisa, con presteza. Sin prisa por responder, pero segura. Y, una vez se recompuso completamente la ropa, casi como si no hubiera estado a punto de que se la follaran en aquel portal, dijo:

—Mira... que te den por culo, ¿sabes?

—¡Que te den por culo a ti! ¡Pija de mierda! —exclamó él y yo me sobresalté todo lo que no se sobresaltaba María.

—¿Qué has dicho? —dijo ella, girándose.

—Digo que que te den por el culo. Estoy a nada de tirarte esto a tu cara bonita —dijo refiriéndose al condón que tenía en la mano.

María se giró, dándole la espalda, le hizo un desaire y pasó por mi lado. Tan pronto me sobrepasó yo dejé libre la puerta, para que se cerrara, pues me quería alejar de Marcos cuanto antes. No es que tuviera miedo, pero no tenía interés alguno en que la cosa fuera a más. Seguía sin dar crédito a qué había pasado; en dos minutos se había pasado de estar a punto de follar a casi enfrascarse en una pelea.

María, tras recoger su bolso, abandonaba aquel portal. Y yo fui tras ella, a paso rápido, hasta alcanzarla. Ella andaba con más parsimonia. Diez, quince segundos caminando por aquel adoquinado en aquella noche en la que había dejado de llover, cuando escuché pasos a mi espalda. Sobresaltado, me detuve, y me di la vuelta. María siguió caminando y Marcos venía hacia mí, enrabiado, y con una sonrisa cínica que no solo era inquietante sino que me pareció indudablemente peligrosa.

CAPÍTULO 46

Tan pronto llegó a mí pasó uno de sus brazos por mi cuello, rodeando mis hombros, invasivo, haciendo que nos giráramos y que siguiéramos caminando, y me dijo:

—Venga, vámonos a vuestro hotel.

—No sé... Parece claro que no quiere —respondí, tenso, caminando más lento que ella, para que pudiera alejarse.

—No me jodas, ¡joder! —exclamó casi gritando, más para sí que para mí.

Yo alzaba la mirada y veía a María caminando más despacio de lo que yo querría, y sacando su móvil del bolso. Desfilaba, digna, como si no hubiera pasado nada.

—Vamos, seguro que la puedes convencer... —insistió aquel sudado y desagradable macarra, colgado de mi cuello, bajando el tono. Me lo quería sacar de encima cuanto antes, pero no quería líos y sabía que tenía que ser sutil.

—Yo creo que ya está, Marcos.

—¡Ya está y una polla, eh! —dijo, agresivo y bipolar, como en el pub, haciendo que nos detuviéramos —tu novia es una guarra... que me ha puteado. ¡Me habéis puteado los dos! —su tono era violentísimo, temí seriamente que intentara golpearme— Le dije cuatro veces que parara. Nunca quiso follar —insistió.

En aquel momento entendí el motivo de aquel enfado e incluso odio hacia María, y es que aquella rabia no era tanto porque ella se marchase sino por sentirse utilizado.

Yo le negaba cualquier confabulación en un tono conciliador, pero siendo consciente de que en cualquier momento él, peligrosamente alterado y muy borracho, podría intentar cualquier cosa; mientras, veía como María seguía caminando con templanza y se llevaba el móvil a la oreja, y yo no entendía con quién podría hablar a aquellas horas.

—Es que no entiendo nada, tío —quiso compadrear entonces, entre machos— ¿Hice algo mal? ¿Tenías que haber participado tú? —Marcos era cada vez más consciente de la oportunidad perdida, y empezaba a ver que su orgasmo prematuro ante una María ya de por sí dubitativa constituía el motivo esencial de aquella súbita huida.

Le dije que la cosa se había dado así y que se había acabado y que no había más que hablar y comencé a caminar más rápido, deseando que no me siguiera. Casi entrecerraba los ojos al andar, esperando o sospechando unos pasos hacia mí, o incluso un ataque físico que podría desembocar en dios sabe qué... Alcé la mirada y María llevaba su teléfono al bolso, se giraba, me miraba y yo sentía que ella iba a ser testigo de una acometida de Marcos... cuando escuché un móvil sonar, el de él, otra vez; lo escuché bastante cerca de mí y cuando le oí contestar en tono neutro e incluso apagado, suspiré con tremendo alivio.

Abandonaba un conflicto y alcanzaba una medida, y es que María me esperaba, de brazos cruzados, imperturbable.

Justo cuando estaba a punto de alcanzarla se llevó una de sus manos atrás, bajo su ropa, como para ajustarse un poco el sujetador, por la zona del broche trasero. Nada más que rebelase lo que había estado a punto de suceder. Del resto de su semblante nada que pudiera desprender que cinco minutos atrás había estado abierta de piernas, casi rogándole a aquel perdedor que le metiera su polla en un sucio portal. Yo me sentía impresionado por su frialdad y también por su cinismo.

Tan pronto me puse a su altura María inició la marcha y yo miré hacia atrás y ya no vi a Marcos; se había esfumado, quizás metiéndose por cualquier calle estrecha, diciéndole a su mujer

que volvería a casa en seguida y que había sido una noche más, sin especiales anécdotas. Fuera así o no, yo aún no las tenía todas conmigo, me daba la impresión de que podría aparecer en cualquier momento, y todavía seguía con aquella tensión en el cuerpo por haber temido que pudiéramos llegar a las manos.

Tenía todas las preguntas del mundo para hacerle a María a la vez que no tenía ninguna. Torcimos por varias calles, sin hablarnos, y yo seguía mirando hacia atrás de vez en cuando.

Sabía que el plan era llegar a una avenida, buscar allí un taxi e ir a nuestro hotel. Aparte del temor a Marcos seguía impactado por el morbo de lo vivido y sabía que, tan pronto se me fuera desvaneciendo esa emoción, sentiría frustración por acabar la noche los dos solos.

Acabamos desembocando en una calle ancha, en donde vimos diversos grupos de gente esperando. Yo seguía mirando a mi alrededor y ella solo miraba para su móvil cada cierto tiempo. Nos apoyamos contra un coche aparcado, entrando a formar parte de aquella cola en la que había un cierto orden dentro del caos de la noche.

Miré a una María impertérrita, cruzada de brazos, con sus piernas desnudas y largas, sus tacones, su camisa y americana impecables, y su semblante digno, y no me lo podía creer.

Mi mente comenzó a bombardearme con preguntas, que eran preguntas para ella, por lo que pronto decidí ahorrarme el absurdo de hacerlas para mí y no para María. Me coloqué frente a ella y me sorprendió su cara, pues no es que luciera radiante, pero ni rastro de horas de desvele, alcohol y tensión. Yo me sentía demacrado por aquel desgaste y ella aparentaba atractivo y esplendor como si fueran las ocho de la tarde.

—¿Y ahora qué? —pregunté, cerca de ella.

María giró la cara, para no mirarme, y respondió:

—Ahora, nada.

Aquel movimiento de su cara, apartando su vista hacia algún punto a mi espalda, como si cualquier cosa fuera más interesante que yo, me hizo daño a la vez que me atrajo. De golpe sentí una necesidad absoluta de besarla, por el beso y por su rechazo. Quizás incluso más por lo segundo. Así que efectivamente me acerqué más, me pegué a ella, y mis labios buscaron su mejilla para llegar a su boca después. Sentí su cara increíblemente suave y fresca, como si pudiera casi mojar mis labios con su piel. Antes de que pudiera buscar su boca se pudo escuchar un “para”, rotundo y sequísimo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Ya lo sabes.

—Que te doy asco cuando estás muy cachonda y estás cachondísima.

María giró la cara. Nos miramos. Su mirada era lúcida, vívida. Miré más abajo y le aparté un poco la americana, para ver aquellos pechos que habían sido babeados por Marcos minutos antes. María me permitió aquel escaneo que atravesaba la camisa y el sujetador y mi imaginación me llevaba a recordar como aquel macarra había estrujado aquellas dos maravillas hasta hacerle daño.

—Cuando te vio las tetas casi se muere.

María no dijo nada, pero tampoco me apartó las manos para cerrarse la americana.

—¿Se corrió por comerte las tetas o por la paja que le hacías? ¿Eh? ¿Por qué no paraste? Él cree que lo hiciste a propósito.

—Me importa bien poco lo que crea.

Tras escuchar eso intenté besarla, mi pecho se pegó al suyo, pero giró la cara y besé de nuevo su mejilla. Ella me apartó levemente y yo llevé una de mis manos a su pecho.

—Para —dijo, sin especial desprecio, pero tajante, apartándome la mano.

Frente a frente, veíamos como llegaba un taxi y se llevaba a un grupo de chicas.

—¿Y ahora qué? —proseguí— ¿Quién voy a ser en el hotel con nuestra polla de goma? ¿Edu? ¿Álvaro? ¿Marcos?

María se cerró un poco la chaqueta, impidiéndome ver aquella silueta tremenda y aquellos pezones que no habían dejado de atravesarlo todo desde hacía tiempo.

—Qué fuerte si te llega a tirar el condón... —dije, cambiando de tema.

—Le faltan huevos para hacer eso.

—Puede ser... no sé... lo que sí... casi te folla... —quise provocarla— Creí que te follaba. Me hubiera muerto del morbo.

—De eso no tengo dudas.

—¿No?

—No. Ya sé que con él y con quién sea. Lo sabemos desde hace meses.

—Pues sí... verte allí... toda abierta...

—Sí, sí —me interrumpió, incómoda, sin querer oír mi narración— ya vi que lo estabas disfrutando. Parecías un demente.

—Me da igual que me insultes, María.

—No te insulto —dijo casi antes de que pudiera acabar la frase— parecías un puto enfermo. No es un insulto, es una descripción.

—Yo también puedo describir —repliqué— si quieres describo tu coño que estaba que se te salía del cuerpo.

—No digas cerdadas.

En ese momento apareció otro taxi que se llevaba a una pareja. No faltaba mucho para que uno nos recogiera y terminara aquella locura.

Tras un breve silencio quise retomar nuestra vivencia con Marcos, como si su hipotética confesión tuviera fecha de caducidad una vez el alcohol en nuestras venas y mi descaro fueran desvaneciéndose.

—¿Por qué le seguiste pajeando?

—¿Qué? ¿Otra vez?

—Pues sí, no me has respondido. Estaba a punto de metértela...

—No la tenía dura del todo.

—Sí que la tenía.

—¿Ah sí? ¿Se la tocaste? Igual querías tocársela.

María entraba pero no entraba a aquel interrogatorio acusador. Cada vez que me cerraba una puerta yo intentaba abrir otra.

—Me pone que estés ahora sin bragas.

—Me parece muy bien.

—Estaban empapadas, ¿sabías? —ataqué.

María se quedó callada. Desvió su mirada.

—¿Qué? ¿No respondes?

—¿Puedes darme un poco de espacio, por favor? —protestó, volviendo a mirarme.

—¿Tienes calor ahora? No pasa nada porque tuvieras las bragas empapadas.

—Bueno, ya está... ¿no? Ya sé que me quieres provocar.

—No te provoco.

—Sí, me quieres provocar, no sé por qué. Lo único que sé de mis bragas es que las olías como un cerdo. Que parecías un demente con ellas en la cara. Tendrías que haberte visto, parecías un psicópata —repliqué entonces sí con vehemencia y desprecio.

Otra vez la puerta cerrada. Otra vez intentaba abrir otra:

—¿Y con quién hablaste por teléfono después? ¿Con Edu? ¿Le dabas el parte del casi polvo?

—¿Cuántas preguntas llevas? ¿Cuarenta?

—Las que sean. Tú puedes preguntar lo que quieras, yo no tengo problema.

Tras aquella frase ella no dijo nada. Se hizo un silencio. Callejón sin salida. Me aparté, me puse a su lado, cogí mi móvil. Ella permanecía de brazos cruzados.

Acabé por alzar la mirada. Ya parecía prácticamente imposible que Marcos hiciera acto de presencia. Y comprendí que seguía con aquella posibilidad en la cabeza no porque me aliviara su ausencia sino porque seguramente me frustraba.

María miraba la hora en su reloj cada poco tiempo y yo comencé a notar la necesidad improrrogable de orinar. Me alejé de ella, sin decir nada, y busqué alguna bocacalle más despejada en la que pudiera haber unos contenedores o algo que pudiera resguardarme. Tras tres o cuatro minutos en los que no encontré ningún punto que me convenciera, vi como otro taxi llegaba y otro grupo se marchaba. En aquella cola los primeros eran ahora tres chicos, de unos veinte años como mucho, y los siguientes María y yo. En seguida me di cuenta de que no se podía dejar sola a una mujer como ella, a aquellas horas, demasiado tentador, y es que uno de los chicos de aquel trío se había aventurado a probar.

Otra vez, como un extraño depredador, pues yo no cazaba pero quería que la caza se diera, me ocultaba al otro lado de la carretera, sutil, viendo como un chico hacía su último intento de la noche. Para mi desgracia, aquel chaval de poco más de dieciocho años y sesenta kilos, con aquellos pantalones verdes apretadísimos y piernas escuálidas, con aquella camiseta salmón y aquellos brazos finos, no entraba ni de cerca en la categoría de posible. María le decía que no con la cabeza mientras él señalaba a sus amigos, como proponiendo compartir taxi. Lo que más me atraía de aquellos momentos eran la fe, el contraste y la mirada. La mirada que no existía de María hacia a mí. El contraste de aquella mujer, imponente, elegante, en contraposición con aquel crío desgarbado y del montón. Y la fe de aquel niño... que parecía imposible de comprender.

El chico se acabó poniendo en frente a ella, como había estado yo instantes antes. Y llegó a apoyar una mano en el coche donde María apoyaba su trasero y parte de su espalda. El acoso ya estaba allí. La fe era casi irrisoria, pero también era cierto que cómo renunciar a ese último esfuerzo cuando se te presenta sobre la bocina semejante regalo en soledad.

María podía cortar aquello diciéndole que el chico con el que la acababan de ver era yo, su prometido, pero deducía que si el crío no había desistido, era porque ella no había dicho nada al respecto. Me preguntaba por qué y me preguntaba si era posible. Si era posible que le soltara lo que yo no había sido capaz de soltarle al chico de la camisa de rayas del último pub... si era posible que una María, excitadísima, y cuya única alternativa después de todo era meterse una polla de goma, podría decirle a aquel crío: “No hace falta a estas horas que hagas el paripé de intentar seducirme, si quieres follarme ven conmigo y con mi novio a nuestro hotel, él mira y tú me follas bien follada”.

CAPÍTULO 47

Quizás fuera más una ensoñación o un deseo que una posibilidad, pero cada vez me parecía todo menos descabellado. Desde lejos me daba la sensación de que María, no era que coquetease, ni que se dejara querer, o casi sí... No sabía. No me era fácil ubicar su actitud. Me parecía que se movía, poderosa, en una delgada línea entre simular rechazo y sugerir predisposición.

Me acerqué por un lado, consciente de mi ebriedad, errático, sin llamar la atención, quizás precisamente por ser así uno más de aquella calle. Quería saber más de él y de aquella línea que trazaba María. A unos cuatro metros, casi apoyándome yo en otro coche aparcado, vi a una María chulesca, con cara de desidia, pero escuchándole, y a un crío que gesticulaba bastante, con cierta gracia corporal, con el pelo castaño y los ojos grandes y llamativos, como con unas pestañas largas que podía ver hasta desde mi posición, y una nariz aguileña pintoresca, pero que no acababa de romper la armonía de su cara.

Pero de todo, lo que más llamaba la atención de él, eran unos coloretos en sus mejillas que rebelaban no solo una borrachera en su punto álgido sino un nerviosismo mal disimulado, una falsa seguridad que me recordaba a la de Marcos. Aquel sonrojo parecía acentuarse cuando, tras hablar, esperaba la respuesta de María, como si aquel rostro, aquel crío, estuviera martilleándose a sí mismo con una vocecita interior que le estuviera susurrando “está buenísima, es jodida, pero venga, tú puedes”.

No podía oír lo que decían. Y lo decía casi todo él. Solo podía ver sus miradas y su lenguaje corporal. María no tenía la chaqueta cerrada precisamente, y se la había remangado un poco junto con la camisa, por lo que el chico, si quisiera, podría llevar sus ojos a su torso y maravillarse con aquellos pechos que llevaban horas castigando aquel sujetador sin tiras, de color grisáceo, y aquella camisa de seda blanca finísima, que llevaba tiempo desistiendo de intentar ocultar aquellos pezones cuyo estado natural ya era la prominencia y la dureza más absolutas. Los ojos del niño, siendo bonitos, aún destacaban más por irradiar admiración; y es que la miraba con una fascinación y respeto morbosos de adolescente, una mezcla de deseo y mitificación, como solo miras a una profesora atractiva y madura en el colegio y jamás vuelves a mirar a nadie así.

Aquel crío no se podría imaginar que aquella chica, o seguro mujer madura para él, había estado a punto de ser follada en un portal a menos de doscientos metros de distancia y de media hora de tiempo. No se podría imaginar que ella misma se había bajado aquellos shorts, se había dado la vuelta y le había pedido con aquel gesto, a un mediocre como Marcos, que se la follara. El chico se moriría si la hubiera visto recostada sobre aquellos escalones, con las piernas abiertas, intentando taparse las tetas para que Marcos no se las mordiera, al tiempo que le cogía de la polla para que se la metiese y la calmase. Allí, tan chula, no podría imaginar que no llevaba bragas, que debajo de aquellos shorts solo había un coño abultado y empapado, quizás tan empapado que de no ser por la camisa que tapaba los pantalones cortos por delante, pudiera notarse un azul marino más oscuro por la zona de su sexo.

Me acerqué un poco más, siempre disimulando entre aquel jaleo de gente haciendo cola y gente dudando si buscar otras vías de llegar a casa o si seguir la noche. Y escuché una frase de él que pensé haría sonreír a María, pero mantuvo su semblante serio y negó con la cabeza con desidia.

—¿Qué vienes de un congreso o algo así?

Tras disentir con aquel gesto desganado, buscó su móvil en el bolso. Tectuló. El chico

aguantaba allí plantado, por si un milagro caía del cielo, mientras sus amigos le hacían gestos para que desistiese, e, inmediatamente después, comenzó a hablar por su móvil, siempre cerca de ella. Yo me preguntaba por el destinatario de aquellos mensajes, si bien parecía claro. Tras unos instantes en los que ella escribía y él hablaba por teléfono o más bien escuchaba, pues no parecía decir mucho, María volvió el teléfono al bolso y él colgó su llamada de forma abrupta. De golpe, a pesar de seguir tan próximos, se hizo un vacío. Ni él ni ella hablaban. Yo terminé por acercarme y apoyar mi trasero ya sí cerca de ella, sin saber muy bien por qué.

El silencio se mantuvo. Incómodo. El chico me miraba. Yo le miraba y miraba a María. De perfil y algo inclinada, su pecho marcaba un relieve infartante. Cuando el silencio era ya absurdo, el chico, con cara de extrañeza, preguntó:

—¿Sois novios?

María esbozó una media sonrisa, cruzó sus brazos, alzó la mirada hacia él y dijo:

—¿Quieres que te lo cuente?

—Pues sí.

—¿Que te lo cuente bien?

—Mmm... sí —respondió y mi corazón comenzó a palpitar con fuerza.

—Pues mira, somos novios, sí, prometidos, de hecho, pero él tiene la polla muy pequeña y le pone que folle con otros, que yo folle con otros, quiero decir, y él mira mientras... eso pasa... Bueno, mira y también se hace pajas o lo que sea mientras mira. ¿No me lo crees? Pablo, venga, sácatela, para que vea que no miento —dijo frívola, mirándome levemente, instándome a que obedeciera.

El chico me miró. Yo le miré. Estaba sorprendido, como si repasara mentalmente todo lo que acababa de escuchar y aún estuviera decidiendo si creerla o no.

—¿En serio? —acabó por decir.

—¿En serio, qué? —replicó María.

—Que si en serio hacéis eso de que tú lo haces con alguien y él mira. Lo de su polla me da igual. Aunque yo la tengo bastante bien —nos sorprendió el crío, acercándose además a María, y postulándose como posible, con nerviosismo, pero también con una desfachatez imprevista.

—¿Ah sí? ¿La tienes bastante bien? —preguntó María. Con retintín. Con superioridad. Distante.

—Pues sí. Además estoy medio empalmado —se lanzó y yo vi sus mejillas iluminarse y sentí mi pecho oprimirse y palpitar.

—¿Por qué estás medio empalmado? Cuéntame —dijo ella, sintiéndole ya muy cerca. Aquel chico era un flan, pero su cuerpo se pegaba, torpe, a María.

—Porque... estás muy buena...

—¿Ah sí?

—Sí... y se te transparentan las tetas que flipas...

En ese momento aquel rostro armónico, de nariz aguileña y mejillas coloradísimas, se inclinó hacia la cara de María, buscando sus labios, sin posar sus manos en su cintura ni en ninguna parte, solo buscando un beso, extraño y casi fuera de contexto, pero más sencillo de intentar a aquellas horas y bajo el refugio de aquella conversación. María posó su mano en su pecho y le detuvo, girando un poco la cara, acompañando los dos gestos con un “para” gélido y déspota, que yo conocía perfectamente.

El chico se apartó un poco y entonces María me sorprendió, pues visiblemente nerviosa, me volvió a insistir en que me la sacara, como queriendo llevar todo el peso de aquella tensión hacia mí, quizás queriendo evitar más ataques.

—Venga, sácatela, para que vea que no mentimos.

—Yo... si os besáis... me la saco... Así ya se cree todo, que la tengo pequeña y que vamos buscando gente por ahí para que te folle y yo mire —dije con una gallardía inusitada, como si el morbo, el alcohol, o las dos cosas me dieran unas agallas desconocidas.

Se hizo un silencio eterno. Pensé que la retirada de María era inminente. Pensé también que estábamos a la llegada de un solo taxi de que aquello se rompiera.

—Pues venga, sácatela —dijo ella.

Miré a mi alrededor, miré al chico, que no entendía nada. Solo entendía que era buenísimo para él que yo me desnudase. Yo me preguntaba a qué jugaba María. Pero sin duda tenía más que ganar que que perder, por mucho que fuera siempre vergonzante mostrarle mi miembro a alguien.

Me giré un poco hacia ellos. Me llevé la mano al cinturón y comencé a desabrochármelo. Mi intención era mostrar mi miembro, pero que no saliera a la luz demasiado de mis calzoncillos húmedos.

—Venga —insistió ella y yo abrí el botón, comencé a bajar la cremallera y por alguna razón extrañamente masoquista saqué mi miembro al descubierto mientras les miraba, sobre todo mientras le miraba a él.

Aquello era una locura, quizás una locura de borrachos si no fuera por el trasfondo constante y asfixiante de mi juego con María. El chico no se cortó en calificar mi pequeño miembro con un adjetivo hiriente, pero a él le importaba la segunda parte del trato. Con mi diminuta polla asomando por la abertura de mi calzoncillo y con mis pantalones bajados lo justo para poder mostrarme, aquel crío iniciaba un segundo ataque, esta vez mucho más legítimo. María recibía con sorpresa aquel envite y giraba su cara, hacia la suya, pero llevaba su mano otra vez a su pecho. El chico puso las manos en la cintura de ella y atacó de nuevo... y ella giró la cara. Con sus rostros pegados, pero sin beso, yo me recomponía, y María le apartó con más decisión.

—¿Qué? ¿No era ese el trato? —protestó el chico, balbuceando un poco, luciendo más embriaguez, y mostrando desesperación y ansia más que enfado.

—¿No prefieres lo de irnos, follar y que él mire? —dijo ella.

CAPÍTULO 48

Simultáneamente a que María pronunciase esa frase un taxi pasó frente a nosotros, por la espalda del chico.

Yo seguía sin leer a María. Me sentía más a su merced que nunca. El chico tampoco entendía nada. No entendía si ella le estaba ofreciendo el cielo de verdad o lo que hacía era jugar con él de una forma sádica e injustificada.

—¿En serio? ¿Cogemos el siguiente entonces? —preguntó el crío mientras sus amigos se subían al taxi.

María se quedó callada, mirando como aquel taxi se quedaba esperando y el niño insistía en su pregunta:

—¿Cogemos el siguiente entonces?

—Vete, anda, vete con tus amigos —dijo María, cambiando el gesto, de enigmática a déspota; dando la sensación de que pagaba con aquel chico todas sus vergüenzas o decepciones, sobre todo las derivadas de Marcos, ya fuera por haber estado tan cerca de dejarse follar por alguien como él o precisamente por no haber culminado.

—¿Cómo? ¿En serio? —protestaba él mientras otro taxi aparecía y se detenía justo frente a nosotros.

Yo abría una de las puertas traseras del segundo taxi, como siempre, a expensas de María, al tiempo que del primero asomaba uno de sus amigos, haciéndole gestos para que fuera con ellos.

—No, en serio, ¿a dónde vais? Voy con vosotros.

—No seas pesado. Ya está —dijo ella, apartándose de aquel coche aparcado y de él.

El chico se veía con dos puertas abiertas. Al pasar María por su lado él la quiso sujetar por la muñeca y ella apartó aquella mano antes siquiera de que pudiera retenerla un instante.

María entraba en el taxi, conmigo, y cerraba la puerta. Su última bala, mi última bala, se esfumaba, y yo me sorprendía por el sadismo que ella había demostrado.

En aquella burbuja, en aquel enorme silencio que era aquel vehículo, María le dijo el nombre de nuestro hotel al taxista y, mientras nuestro coche adelantaba al otro taxi, yo veía como aquel crío entraba en él, con lo que tenía que ser una sensación de frustración y de miel en los labios insoportable. Tras aquel adelantamiento le pregunté acerca del porqué de haber calentado a aquel chico para nada.

—¿Ahora te da lástima el nene ese? Solo quería... Vamos, que él solo la quería meter, como todos a estas horas. No me parece una causa tan... noble. Qué quieres que te diga. Además, yo creo que me estaba grabando. Porque hablar no hablaba por teléfono. Ya me dirás qué coño grababa. Pero mira, si a ese niño, una chica normal... de pie, en la calle... a las tantas... le da para... una paja... pues que la disfrute.

Tremendamente sorprendido, repasaba el momento en el que ella había estado escribiéndose y él llevaba su móvil a su oreja. Era verdad que ya me había parecido una llamada extraña y recordaba cómo se ponía de lado, con respecto a ella, para hablar. Quizás María no estuviera muy desencaminada en su sospecha. Sobre si la estampa de María, simplemente escribiendo en su móvil, fuera una reliquia que pudiera dar pie a ciertas fantasías, podría asegurar que sí. María, aquella noche, sin más, apoyada contra aquel coche aparcado, podría ser suficiente para una rabiosa paja sin necesidad de que hiciera nada especial. Irradiaba una sexualidad y un deseo soterrado asfixiante, por mucho que el gesto de su cara, chulesco, quisiera desviar la atención.

Además, había que añadir que en aquel momento de la hipotética falsa llamada, María no se había cortado de mantener su americana abierta, por lo que sus pechos, enfundados en aquel sujetador caro y en aquella seda blanca, y sus pezones, apuntaban amenazantes al crío, y por ende a la cámara. No había duda de que aquella imagen era suficientemente sexual como para que se pudiera degustar aquel recuerdo, o aquel video, en estimulante soledad.

Mientras recreaba todo aquello, fueron pasando unos minutos, por fin sosegados, aunque no silenciosos, pues el taxista hablaba, en tono bastante alto y algo desagradable, por teléfono.

Esta vez estábamos sentados bastante pegados y su perfume y el olor de su melena me golpeaban. Quise volver a la realidad, al "ahora". No tenía tiempo para repasar todos los "casis", ni de asumir que aquel crío en el fondo, dentro de aquella timidez, pareció ser finalmente un cerdo más, que se había puesto las botas grabando a María, grabando aquellas piernas largas y aquellas tetas imponentes marcando su camisa. No tenía tiempo para repasar cómo había estado tan cerca Marcos. Solo quería saber qué pasaría en lo poco que quedaba de noche. Mi frustración se iba acentuando a medida que el vehículo avanzaba y, mientras el taxista seguía hablando por teléfono en aquel tono alto y desagradable, le dije a María:

—¿Y ahora qué?

Ella no respondió. Le di un poco más de tiempo, pero al comprobar que no se dignaba a contestarme, cambié de pregunta:

—¿Con quién te escribías? ¿Con Edu? ¿Aún no ha pillado a estas horas por lo que te sigue haciendo caso?

Aquella desidia de no responderme me enervaba. Me separé un poco. La miré. Su cruce de piernas, su camisa, su chaqueta, su porte... Su imagen de que no había pasado nada me desesperaba. Sentí entonces como si todo el morbo de toda la noche me estuviera subiendo por el cuerpo. La deseé. La deseé con todas mis fuerzas. Miraba su cuerpo y no me lo podía creer. Me sentí Marcos y aquel crío por un instante. Sobre pasado. Mi corazón comenzó a palpar con fuerza y, al recordar como ella me había pedido que le quitara las bragas, que la preparase para ser penetrada por Marcos, me excité aún más, sentí mi polla dura palpar y golpear mi pantalón.

Recordé cómo le había bajado aquellas bragas grisáceas y cómo estas se habían resistido a despegarse de su coño por su tremenda humedad... Y sentí una gota de pre seminal abandonar la punta de mi miembro, en la enésima gota inútil. La miré otra vez. Vi uno de sus pezones destacando, coronando una teta enfundada en aquella seda blanca y en aquel sujetador, teta que pedía a gritos que la acariciase, que la palpase... que la sobase... que incluso la besase por encima de la camisa, como había hecho Marcos en aquel momento en el que ella se había cubierto, pero me contuve... Y reparé en cómo su coño se tenía que estar rozando, libre, contra sus shorts, pues yo tenía sus bragas... y las saqué entonces de mi bolsillo, cosa que ella pudo ver de reojo.

—Venga, dime. Si es obvio. Te escribías con Edu —le dije, sin cortarme, en un tono normal, sin importarme que nos oyera el taxista.

—¿Si es obvio para qué preguntas? —dijo, girándose un poco, queriendo mostrar que era conocedora de que sus bragas yacían con cuidado sobre una de mis piernas.

—¿Le vas contando cómo casi te follan? ¿Se lo vas narrando?

María no respondió y yo posé con cuidado sus bragas sobre uno de sus muslos desnudos. Ella alzó la mirada, para comprobar si el conductor se estaba dando cuenta.

Su falta de reacción me exasperaba. Cogí de nuevo sus bragas y me las llevé a la cara, a la nariz. Inhalé, siendo consciente de la imagen que podría estar dando, pero me dio igual. Olí de aquellas bragas, otra vez, y un hedor a coño me envolvió con fuerza. Que aquel olor estuviera allí depositado por culpa, o gracias a Marcos, me excitaba de una manera inmoral.

—Estás pirado... Dios... —susurró María, mirando de nuevo al taxista, el cual parecía no enterarse de nada, a través del espejo retrovisor.

Volví a posar aquellas bragas sobre uno de sus muslos, con aquel aroma a su sexo aún hipnotizándome, y le susurré:

—¿Y el crío este qué? ¿Era todo un castigo? Aunque fuera un pajillero... y te hubiera grabado, si bien no creo que haya grabado nada bien tal como le temblaban las manos... ¿No?

—¿No qué?

—Que estaba acojonado... pero que... sí era posible... que hubiera pasado algo.

—¿Algo? Tengo las cosas más claras de lo que crees —quiso zanjar.

Se hizo un silencio pues aquel taxista cincuentón parecía darnos una tregua con su sonora llamada. Revisé a María, con aquellas bragas sobre su muslo, como despreciándome, pero sin cortar un juego que podría parar cuando quisiera. Me volqué un poco sobre ella. La besé en la mejilla. No se apartó. El rechazo era latente. La antesala del rechazo me volvía loco. Llevé una de mis manos, tensa y dubitativa, a uno de los botones de aquella camisa. Sin demasiada dificultad conseguí desabrocharlo, creando un escote aún sutil.

Hundí entonces mi cara en ella y olí en su cuello, mientras podía sentir como ella miraba hacia el espejo retrovisor y yo no sabía si solo comprobaba que no nos mirase o si lo que hacía era cruzar su mirada con él. Con las piernas cruzadas, las bragas en su muslo, aquel botón desabrochado, y conmigo apartándole un poco la melena, para embriagarme más de aquel olor que aún parecía contener algo de los besos de Marcos, susurró:

—Para de una vez...

—No quiero parar... No hasta que me digas qué vamos a hacer... O con quién te escribías... o... por ejemplo... —dudé, pero me lancé— me pondría muchísimo que olieras tus propias bragas.

—Deja de hacer el tonto. Me estás dando hasta asco.

—Me da igual... —respondí sabiendo que aquella repulsa ya nos tenía enganchados a los dos — por cierto... ¿qué tal tu coño desnudo en tus shorts? —pregunté en tono bajo.

—¿Qué tal tu polla de mierda que el crío no se lo podía ni creer? —contraatacó inmediatamente, hiriente, con una lucidez pasmosa.

Me aparté un poco. El morbo que sentía opacaba cualquier otro sentimiento que pudiera tener. Me sentí envalentonado, pletórico, y quise jugar, ver hasta dónde podría ella llegar.

—¿Hay clubes de intercambio por aquí? —pregunté, inclinándome un poco hacia adelante, en voz alta, para que se notara que mi frase cambiaba de receptor.

—¿Perdón? —dijo el taxista, mirando por el espejo.

—Que si hay clubes de intercambio de parejas por aquí.

—Pero me han dicho el hotel, ¿no?

—Sí, sí, es por saber. Es que nosotros hacemos algo parecido —el taxista miraba casi permanentemente por el espejo, callado, hierático, expectante, seguramente acostumbrado a todo tipo de conversaciones con borrachos, de madrugada— Es que lo nuestro no es intercambio — proseguí— en nuestro caso ella folla y yo miro, no sé si hay clubes por aquí donde podamos hacer eso.

El hombre seguía mirando por el espejo y María no decía nada. Ni recogía aquellas bragas y las guardaba en su bolso, las dejaba allí posadas.

—No es broma, eh —dije.

—Ya, ya... No... Bueno... La verdad es que no tengo mucha idea de eso. Pueden buscar en internet.

Me eché un poco hacia atrás y le dije a María, en un tono audible para los tres:

—¿Te gusta? No está mal el señor.

Todos callados en aquel taxi. María me mataba con la mirada y podía presentir los ojos del taxista clavados en el espejo, y más en María que en mí.

Ante el silencio, proseguí:

—Yo creo que está mejor que Marcos. Ah... es verdad... que no lo escogió Edu... y entonces no vale.

—Deja de hacer el ridículo, Pablo, por favor —me interrumpió, en tono bajo— Ahora sí que estoy sintiendo vergüenza ajena de verdad.

Se hizo un breve silencio, tras el cual el taxista dijo:

—¿Entonces al hotel?

—¿Tú qué dices, María? ¿Al hotel o aparcamos en un callejón por ahí?

—En serio, para, por favor. Se te está yendo completamente la cabeza. Y guarda esto. Que las vas a perder de tanto hacer el idiota —dijo, siempre en tono más bajo que el taxista y que yo, dándome sus bragas.

Guardé aquellas bragas en mi bolsillo y, el taxista, sin saber si había algo de verdad en todo aquello o absolutamente nada, siguió conduciendo, en silencio, pero miraba de vez en cuando por el espejo, quizás oliéndose que algo había, o quizás deseando a María de forma lasciva, pues no había otra forma de desearla en aquel momento y con aquella ropa.

Llegamos al hotel sin que nadie dijera nada y, mientras pagaba, veía como María revisaba su móvil y volvía a escribir.

Pasamos el vestíbulo y llamamos al ascensor. Entramos y, como era habitual, María se miraba en el espejo, revisando sus daños. Pero sus daños eran internos, no externos. No en su cara, que lucía algo cansada, pero siempre agraciada, sino en un coño permanentemente insatisfecho y en un ego dañado por aquella obvia y vergonzante, aunque no consumada, entrega a Marcos.

Tras ella, pegué mi pecho a su espalda. Aquel botón que le había desabrochado me permitía ver el nacimiento de sus pechos, por lo demás todo igual, como si no se hubiera besado con Marcos, como si no se hubiera quitado los shorts en aquel portal, como si no le hubiera besado las tetas, como si no le hubiera pajeado sobre aquel condón hasta hacerle explotar, como si no hubiera tenido la polla de aquel macarra a centímetros de su coño, abierto de par en par.

—¿Qué arnés me pongo? Bueno, quiero decir... ¿Siendo quién?

Ella se mantuvo callada, mirándose, colocándose la camisa, otra vez como si fuera a salir, no a entrar, como si tuviera que lucir perfecta incluso más para ella que para los demás.

—¿Tienes garradas de Edu que leer? ¿O aún esperas que te mande algo más fuerte? Si quieres te haces un buen dedo y yo miro. Si lo prefieres al arnés.

María no cruzaba mirada alguna conmigo, como si fuera un fantasma quién la hablaba y la acosaba por detrás. Solo miraba para ella misma y no parecía recriminarse nada. Las puertas del ascensor se abrieron y caminamos en silencio por el pasillo desierto. Ella revisó su móvil por enésima vez y entramos en nuestra habitación.

Lo primero que hice fue dirigirme al cuarto de baño y, mientras orinaba, sentía una tremenda frustración porque finalmente no había podido ver a María follar con nadie. Ni aun con la colaboración y la presión que sabía había ejercido Edu, que era entonces enemigo pero aliado a la vez, había conseguido el clímax total, que consistía en verla entregada, otra vez, a otro hombre. Sabía que era ciertamente enfermiza aquella decepción... pero me imaginaba que Marcos finalmente se la acababa metiendo... y que yo lo veía... en aquel portal... y sentía un morbo... y a la vez una frustración tremenda.

Me pregunté entonces qué querría María. Si querría leer ella lo de Edu... o si me necesitaría

para representarlo. Fuera como fuera yo pensaba tener mi merecido orgasmo.

Salí del aseo y vi a María, sentada sobre un lado de la cama, con las piernas cruzadas, sin la chaqueta pero aún con la camisa, los shorts y los zapatos de tacón puestos, revisando las redes sociales. Abrí mi maleta, buscando mi cargador del móvil, y vi allí nuestro primer consolador y también el arnés, y no sabía si yo mismo lo había guardado antes de marcharnos o si había sido María. Vi también aquellas medias y liguero que yo había traído, sin demasiada fe en que se lo fuera a poner, y no parecía equivocarme en aquel inicial pesimismo.

Puse mi móvil a cargar, saqué las bragas de mi bolsillo y las dejé en mi maleta y comencé a desvestirme hasta quedarme únicamente en calzoncillos.

Cuando acababa de desnudarme María dejó por fin su móvil en la mesilla, se puso en pie y apagó la luz de la pequeña lámpara. Aun así quedábamos bastante iluminados por la luz que yo no había apagado y que salía del cuarto de baño y por la luminosidad de la ciudad, pues no habíamos bajado las persianas.

Yo esperaba que ella hablase, por fin, que se sincerase. Que confesase qué era lo que quería hacer y hasta qué punto me necesitaba.

Pensaba que nada que pudiera decir podría herirme. La respetaba en aquellos momentos de excitación extrema. Respetaba que no me necesitase para nada más que para disfrutar de humillarme. Pues así le gustaba a ella y también me excitaba a mí.

La miré. Su aspecto parecía especialmente angelical, también quizás por no llevar la americana oscura y solo la camisa, que la hacía a toda ella más pura, blanca, delicada e inmaculada. Pero su gesto seguía siendo serio.

—Bueno, entonces qué... —pregunté y mi voz fue solapada por unos golpes en la puerta.

Sobresaltadísimo llevé mi mirada hacia la entrada.

—Le he dicho que eres un amigo. Que venimos de salir y que tú ahora vas a coger el tren.

—¿Queeeé? —pregunté infartado.

—Lo que oyes. Pero si quieres, quédate. Si esta vez aguantas.

—¿Pero qué? ¿Quién? —pregunté, al borde del colapso, mientras ella pasaba por delante de mí y se dirigía hacia la puerta.

CAPÍTULO 49

Sentí una tremenda conmoción. Un impacto. Un shock. Mi corazón bombeaba de golpe más sangre de la que mi cuerpo podía manejar. Como si fuera el primero en darse cuenta de lo que venía, y de que era inevitable e inminente.

María iba hacia la entrada y, mi cuerpo, autómatas, me hacía caminar, rodeando la cama hasta situarme en la parte más alejada de la puerta. Me temblaban las piernas. Había tenido que apoyarme en la mesa mientras completaba el recorrido. Si bien, por otro lado, a pesar de aquel mareo y aquella falta de aire, me sentía extrañamente lúcido, como con una mezcla de debilidad y clarividencia.

Oí a María abrir la puerta, pues desde mi posición, acobardada, no podía verla. Todo sucedía a una velocidad inasumible. Al tiempo que la puerta se abría yo miraba para abajo y veía mis calzoncillos holgados y oscuros. Me sentí no solo infartado, sino expuesto, ¿pero expuesto ante quién?

Escuché como cuchicheaban. Ella y él. Me sudaban las manos. Suspiraba. Resoplaba. Podía sentir la sangre palpar en mi sien y en mi cuello, incomodándome. Y me preguntaba qué se suponía que tendría que hacer cuando él entrase... ¿Fingir hacer la maleta? ¿Hacerla, irme y esperar por ahí a que terminaran de follar? ¿Tirarme en una esquina de la cama y hacerme el dormido?

Un “bueno, tranquilo” salió nítido, y afable, de la boca de María. Yo intentaba adivinar qué sucedía. Se hizo entonces un silencio atronador. Yo ni respiraba para poder escuchar, y lo que escuchaba era mi corazón latir. Me llegué a llevar las manos a la cara y las sentí aún más pegajosas de lo esperado. Intentaba hablar conmigo mismo, para tranquilizarme. Pero otra vez aquella ansiedad enfermiza, aquellos temblores incontrolables, aquel tragar saliva sin querer. Y sucedió, con toda su crudeza, con su morbo y su dolor, paralizándome aún más... y es que escuché el inconfundible sonido de los besos. Húmedos. Ruidosos. Retumbantes.

Y oí la puerta cerrarse. Y pisadas. Se acercaban. Siempre con la atronadora sonoridad de aquellos besos. Y vi una mancha blanca abandonar la pequeña entrada para penetrar en el habitáculo rectangular en el que yo me encontraba. Era María, caminando hacia atrás, reculando, besando y dejándose besar. Empujada beso a beso por aquel gigante de camisa azul y pantalones negros. Impulsada por el ansia de aquel chico moreno, Roberto, al que le había negado los besos horas antes.

Sentí un tremendo impacto al ver las piernas largas de María subidas aún a aquellos zapatos de tacón, al ver aquella camisa blanca de seda que cubría sus shorts, tapándolos por completo. Ni rastro de bragas, cosa que no sabía Roberto. Y aquel sujetador transparentándose sutilmente por la espalda, que veía yo, y por el pecho, que seguro había visto él. Sentí aquel impacto porque ahora todo era diferente, ahora todo era posible.

Inmóvil, veía como sus lenguas volaban, como el sonido de sus besos me seguía martilleando y rebotaban por el dormitorio. Las manos de ella sobre su pecho, sobre su camisa azul. Las de él, una en la cara de ella y la otra igual de sutil, sobre su culo. Sus manos me parecieron especialmente grandes, tanto que con una sola casi podía abarcar sus dos nalgas, custodiadas por la camisa y los shorts. Él me pareció más enorme, más rudo, en aquel habitáculo cerrado. Pero no por ello María parecía pequeña, sino que hasta parecía crecerse, y yo la sentía más voluminosa. Más mujer.

Resoplé. Sin querer. Y aquel sonido me delató. Roberto abrió los ojos. Sin dejar de besarla. Le metía la lengua hasta el fondo mientras me miraba. Y yo no podía respirar.

Se separó un poco de sus labios y, mirándome aún más fijamente, dijo:

—Buenas noches, eh.

Lo dijo con todo el recochineo y suficiencia posibles. Su rostro lucía más marcado. Me pareció mayor de lo que había deducido en aquel bar. Quizás más alejado de los treinta que de los cuarenta. Mantuvo una de sus manos sobre la camisa de María, a la altura de su culo, y con la otra, la que estaba en su cara, la atrajo hacia sí, para volver a besarla. Cerraba los ojos y los abría. La besaba y me miraba. Me retaba, de forma agresiva. Y aquella mano dejó de sujetar la cara de María para cogerla un poco del pelo, a la altura de la nuca, y tirar de aquella melena, con fuerza contenida, haciéndola quejarse a la vez que recibía su lengua.

Todo iba tan rápido que no sabía qué hacer. Aquel animal me desafiaba, sin motivo aparente, mientras la hacía sollozar con aquellos besos que comenzaban a rozar la violencia y a mí me sorprendía que ella no empezara a pararle.

Miré hacia abajo y vi mi miembro palpitar bajo mis calzoncillos, ajeno a mi incomodidad y dolor. Tenía la polla dura, aunque apenas se notaba, como consecuencia de su tamaño. No fue hasta ese momento en el cual seguía escuchando aquellos besos y veía el pequeño bulto en mis calzoncillos, que me di cuenta de que ni siquiera le había respondido.

—Vamos a ver qué tienes aquí, eh... —dijo, decidido, sin esperar debate alguno respecto a sus pretensiones, y con una voz profunda, pero no fea, al tiempo que llevaba sus manos a la parte delantera de sus shorts.

No alcanzaba a entender ni a digerir cómo cinco minutos atrás estábamos solos y ahora estaba a punto de ver como aquel gigante se disponía a descubrir el coño desnudo de ella.

Yo esperaba un gesto de María hacia mí, humillante o no, pero al menos que me pudiera dar la tranquilidad de que se creía o se sabía con el control de la situación; pero ella no se volteaba y yo solo conectaba la mirada con un Roberto que mordía el cuello de ella, al tiempo que, con las dos manos, le abría los shorts y se los bajaba hasta la mitad de los muslos. Un “tranquilo” salió de los labios de María, pidiéndole calma, o cuidado, o lentitud, pero no sonó convincente.

Roberto se retiró un poco, dándose cuenta de lo obvio.

—¿Vas sin bragas por ahí? —dijo seco, sin obtener respuesta.

No sabía cómo estaba María, pero yo estaba sin aire. Y él prosiguió:

—Menudo zorrón. ¿Tú sabías que tu amiga iba sin bragas? —preguntó, mirándome.

Yo, inmóvil, veía aquellos shorts bajados hasta casi las rodillas... No dije nada. La que entonces sí dijo algo fue María:

—Bueno... córtate... —exclamó, pero de nuevo no sonó creíble su queja, pues más que mostrar enfado lo que parecía era que fingía dignidad. Además, ella le buscó entonces, intentando que sus besos acallaran aquel tipo de frases beligerantes. Pero esta vez fue él quien no aceptó el beso en la boca; se besaron en las mejillas, sus caras quedaron pegadas, una de sus manos fue al culo desnudo de ella y la otra, por delante, a perderse en aquel coño desnudo, que María y yo sabíamos cómo estaba desde hacía horas.

Mi polla palpitaba y mojaba mi calzoncillo mientras contemplaba el bochorno por el que iba a pasar María. Él parecía recrearse acariciando la parte interna de sus muslos al tiempo que apartaba su melena, y apartaba también el cuello de aquella camisa blanca y mordía y besaba allí otra vez. A veces con los ojos cerrados, a veces mirándome. Y pude saber el momento exacto en el que aquella enorme mano tocó, palpó o acarició el coño de María, pues ella flexionó sus piernas un poco, como en un espasmo y un “¡Hostia...!” tremendo, salió de la boca de Roberto.

No había duda. Aquel hombre ya era conocedor de la tremenda desesperación de María, plasmada, toda ella, en un punto exacto, en aquel coño abierto y encharcado que recibía los dedos de aquel chico con un ansia que seguro avergonzaba a María.

Grande. Enorme. Me volvió a mirar, al tiempo que le susurraba:

—Pero cómo tienes el coño así. Caben cuatro dedos aquí... joder.

Creí que María respondería. Se rebelaría. Pero entendí por qué no lo hacía. Y es que él apretaba con fuerza una de sus nalgas con una mano, mientras con la otra parecía ya indudable que metía uno o dos dedos en su coño; María quería protestar ante aquellas frases humillantes, pero si abría la boca solo la podría usar para jadear o gemir.

Yo, al otro lado de la cama, me veía sorprendido por cómo no había empezado por acariciar su clítoris con cuidado, o por jugar con la parte externa de su sexo, sino que desde un primer momento la penetraba con sus dedos enormes, profundizaba en aquella cavidad empapada... y ella cerraba los ojos, abría la boca, y flexionaba y estiraba las piernas hasta casi ponerse de puntillas. Se agarraba a él, a su camisa azul, y se besaban o se respiraban en la oreja. El sonido de los besos se solapaba con el que se producía por aquellos dedos entrando y saliendo del coño inundado de María.

Era majestuosa a la vez de ridícula aquella estampa de María con sus shorts en sus rodillas, comenzando a gimotear como consecuencia de aquellos dedos que la taladraban. Yo me preguntaba cómo siempre tan imposible, y ahora tan entregada... pero ella ya no podía más... llevaba horas y horas sin poder más... y ahora, ella, había elegido; y su coño, su cuerpo, no entendían más de orgullo, de hacerse la digna... de hacerse la imposible de seducir... la imposible de follar...

—Joder... cómo estás... —repetía él, incesante, hasta que sacó aquellos dedos de aquella cavidad y los llevó a la boca de María. Ella apartó la cara y él dijo:

—Vamos, coño. Chupa.

—¿Pero qué dices...? —protestó ella.

—Te digo que chupes, coño. Que no he venido hasta aquí para follar con una monja. Me sobresalté. Me asusté. Temí lo peor.

María dejó caer entonces sus shorts hacia abajo, hasta que envolvieron sus tobillos.

—Que chupes —insistió él, desafiante, pero ahora ya no solo conmigo, sino con ella.

Le volvió a poner los dedos cerca de los labios.

—Abre la boca —le dijo en tono serio, autoritario.

—¿Y yo qué gano? —replicó ella, frente a frente.

—Déjate de mierdas y métete los dos dedos en la boca.

Yo me infarté. Sentí pánico. Era una tensión que podría desembocar en violencia en cualquier momento... casi sentía terror, de golpe. Desvié un instante la mirada. Di un paso. Y escuché:

—Eso es... ¿Ves...? ¿No era tan difícil?

María claudicaba y le chupaba los dedos a aquel cabrón y yo notaba una tensión que me hacía sentir que mi corazón no me cabía en el pecho.

—Eso es... —repitió él, buscando ahora su coño con la otra mano.

No sabía si ella hacía aquello por mantener el control. Si lo hacía más porque lo deseaba o para calmar los ánimos. No sabía si había llegado a sentir miedo como había llegado a sentir yo, si es que había dejado de sentirlo. Lo que sí parecía claro era que María luchaba por satisfacerse a la vez que luchaba por mantener su dignidad.

Yo, aun sin haberme recuperado del susto, veía como María chupaba aquellos dos dedos, que acababan de estar dentro de su coño, mientras aquel hombre volvía colmar su sexo con su otra

mano. La masturbaba y ella movía levemente la cintura ante cada señal de placer que su coño le daba; serpenteaba con su cadera buscando que aquel cabrón la pajeara bien, mientras chupaba y a veces lamía aquellos dedos enormes. Podía sentirla, con los ojos cerrados, mamando de aquellos dedos que sabían a ella. No se cortaba, por orgullosa que fuera, en exteriorizar con jadeos que disfrutaba de la mano que abajo la fundía. Hacía veinte segundos que había odiado a aquel hombre, y ahora le ofrecía su coño abierto para que la matase del gusto. Y no solo chupaba aquellos dedos para cumplir, sino que se esmeraba en lamerlos con especial entrega. Yo sentía que si me tocaba me correría, al tiempo que Roberto decía: “tengo tres dedos dentro, joder...” y María parecía gemir más al ser consciente de lo indigno que era ofrecer aquel coño, así, en aquel estado, a un desconocido.

Retiró él un poco los dedos de su boca y cayó un hilillo de saliva por su mentón. Le dio entonces esos mismos dedos a oler y le preguntó a qué olían... y ella respondió, inmediatamente, en un jadeo: “A coño”... Y él le dio aquellos dedos a chupar, otra vez, metiéndolos y sacándolos de su boca, con la clara intención de simular que eran una polla. “Chúpalos... eso es...” le repetía y ella ahogaba allí los gemidos derivados de la tremenda paja que le hacía por debajo, tan brutal, que le temblaban las piernas y se agarraba a la cintura y al pecho de él. “Chúpalos”, le insistía... “Cómo si fueran mi polla...” “Chúpalos como si fueran mi polla” y yo no me podía creer cómo ella se esforzaba en chupar aquellos dedos... en una imagen morbosa a la vez que algo grotesca... Toda elegante con aquella camisa cara, con sus pechos y su sujetador aun en su sitio... casi hasta distinguida, pero a la vez con aquellos shorts en sus rodillas, sus piernas temblando y comiendo como una posesa aquellos dedos mientras se escuchaba el sonido de su coño encharcado retumbar por el dormitorio.

Entonces las piernas de María comenzaron a temblar más, tanto que parecía que no podría mantenerse en pie, y fui realmente consciente de la destreza de aquel hombre. Pero él no buscó el clímax de ella, y detuvo el ritmo de aquella tortura que la hacía deshacerse, para masturbarla más lentamente y, la siguiente frase que emitió no fue para humillarla, sino para referirse a mí:

—Tu amigo mis cojones. Este es un mirón.

Yo, petrificado... Infartado. Le miraba a los ojos mientras él no dejaba de masturbarla. Mientras María seguía chupando lentamente de aquellos dedos.

—Este es el gilipollas que nos estuvo espiando.

María dejó de lamer, al tiempo que él la dejó de masturbar. Yo no podía... no sabía... no era capaz de decir nada...

—Este es el gracioso que me insultó cuando estábamos en la barra... ¿Cómo era? Tonto gigantón, o algo así. Ya tuve ganas de partirle la cara en aquel momento.

Me miraba con verdadero odio o quizás más más bien asco. Sentí pánico. Sentí que todo se descontrolaba. Que todo acabaría mal.

—¿Salís a eso, verdad? Es tu marido, o tu novio o algo así. De los que les pone que se follan a su mujer.

Pensé que María se giraría hacia mí, pero no lo hizo. Se recompuso un poco la camisa, fingiendo distancia, fingiendo estar al margen, pero estaba tan expectante y tan nerviosa como yo. Si solo yo estaba sintiendo miedo aún no lo sabía.

—¿Marido o novio? —preguntó finalmente, mirándome.

—Novio —respondí.

CAPÍTULO 50

“Este es el gilipollas que nos estuvo espiando. Ya tuve ganas de partírla la cara en aquel momento”. Aquellas dos frases habían caído sobre mí y sobre aquel dormitorio, como una bomba, produciendo una inseguridad irrespirable. Su mirada, además, inestable, parecía rebelar que podría apartar a María en cualquier momento, avanzar sobre la cama y dirigirse hacia mí con furia. Aquella posibilidad era latente. Y me daba la sensación de que María también lo sentía así.

Y es que su mirada hacia mí no era normal, e incluso a veces la miraba a ella con una extraña violencia, y casi como conteniéndose de usar su desproporcionada fuerza física para ahorrarse tiempo y palabrería. Visualizar... imaginar aquello, me asfixiaba.

Me preguntaba cuándo y cómo explotaría todo y me preguntaba si María estaría sintiendo el mismo miedo que yo. Por eso, paralizado, no podía irme, por mucho que me doliera verla entregada a otro hombre, como las dos veces anteriores, porque el miedo me impedía moverme y porque bajo ningún concepto podría dejarla sola con él. Sentí, de verdad, más que nunca, que estábamos jugando con fuego.

Lo peor era que, aun así, estaba excitado... y no podía entender estar a la vez excitado y aterrado. Querer que pasara de todo y a la vez que no pasara nada. Querer que follaran como locos y a la vez querer que se fuera cuanto antes y abrazar a María en un suspiro de alivio.

Llegaba a sospechar que María no se volteaba hacia mí porque sabía que conmigo no podría disimular su expresión, que yo leería el miedo y aquello me haría alarmarme aún más, y era lo último que querría ella. Pero, a pesar de todo, la excitación de María también era patente, como si llegara a disfrutar también de aquella mezcla de deseo y de temor a que aquello acabase mal.

No continuó aquella conversación y no esperó respuesta alguna, y se volvió a acercarse a María, pero esta vez de forma diferente.

Llevó sus dos enormes manos a su delicada cara. María, con los brazos muertos y con los shorts atando sus tobillos, era un presa entregada que contrastaba brutalmente con la María habitual. Le dio un pequeño pico en los labios. Hasta dulce. Y después retiró un poco su cara, y la miró de arriba abajo.

Ahora rápido, ahora lento. Ahora te insulto, ahora te beso con cuidado. Ahora parece que voy a enfrentarme a tu novio y a hacer sabe dios qué locura, ahora lo dejo estar...

Estábamos a su merced absoluta. Cada segundo era irrespirable. Por morbo, por tensión y por miedo.

Tras aquel escaneo llevó sus dedos a los cuellos de la camisa de ella. Tirando mínimamente de ellos hacia arriba, de forma extraña, y susurró:

—Menuda niña rica... Qué buena estás... joder...

Yo podía sentir el corazón de ella palpar. Allí, expuesta. Rendida antes de empezar. Con su coño desnudo y martirizado. Y temerosa, como yo, de que aquel hombre cometiera alguna locura.

Llevó de nuevo sus labios a los suyos. La besaba con calma, con dulzura. María ladeaba la cabeza y dejaba caer su melena espesa por la espalda. Las manos de él de nuevo en su cara y las de María colgando inertes.

—Saca más la lengua —dijo serio, de repente, tensándonos otra vez, y se volvieron a besar, pero esta vez dejaba que la lengua de María a veces volase libre, retirando él su boca, así un pequeño instante, como si quisiera que aquella lengua le persiguiera, para después volver a besarla.

Cuando parecía que todo más o menos se calmaba, él llevó una de sus manos a uno de los pechos de María, sobre la camisa, lo acarició y después lo apretó con algo de fuerza. Como si quisiera buscar confrontación casi constantemente. María protestó con un “Au... cuidado...” y abandonó aquel beso y él se retiró un poco... y yo no sabía qué podría hacer él, pero pensaba que nada bueno.

—¿Este qué? ¿No se pajea ni se acerca? —le susurró, refiriéndose a mí— ¿Sois novatos o qué? Tampoco es que yo sea un experto, pero no parece tan difícil, ¿no?

En ese momento la giró, lentamente, sin fuerza, sin forzarla, con bastante maña, hasta quedar los dos ahora frente a mí, solo con la cama en medio. Él detrás de ella. Ella no me miraba, él sí. Recogió entonces un poco de la parte baja de su camisa blanca, con la clara intención de que yo pudiera verle el coño, y dijo:

—Enséñaselo... joder... Que la gracia es esta, ¿no? Que te vea cómo tienes el coñito.

María miraba hacia la pared, no a mí. Sintióse ciertamente humillada, y yo no sabía si no se rebelaba para que no hubiera problemas o no lo hacía porque lo consideraba el precio a pagar por que se la follase.

En ese momento él, a su espalda, se agachó un poco y la rodeó con sus brazos, por la cintura, y llevó sus manos a su sexo. Y comenzó a apartar aquellos labios enormes, ya de por sí bastante abiertos...

...Me mostraba su coño, el coño de mi propia novia, totalmente fuera de sí, avergonzando a María y excitándome a mí. Se podía ver la cavidad, más rosada, y los labios más oscuros, y su vello púbico brillando por tantas horas de humedad. Se recreaba separando los labios de aquel coño y me miraba. La estampa era grotesca, pero morbosa, y yo me sentía culpable por excitarme.

—Venga, pájate... ¿O solo miras?

Atónito, contemplaba cómo me la mostraba. En un juego macabro. Siempre con un poso de estar a punto de perder el control.

—No es muy hablador tu novio, ¿no? —dijo haciéndola girar de nuevo— Ahora me vas a sacar la polla, ¿a qué sí?— Y, María, tras oírlo, llevó sus manos a su cinturón y comenzó a maniobrar para desnudarlo.

Ella no tardó en descubrir unos calzoncillos amplios y rosados y en bajarle aquellos vaqueros negros ajustados hasta la mitad de los muslos y, antes de que pudiera reaccionar, le bajaba también aquella ropa interior rosácea... Ante nosotros salió a la luz una polla oscurísima y con bastante vello púbico. Bastante dura, apuntando al frente, apuntándole a ella. Quizás no fuera mucho más grande de lo normal, quizás seguramente más ancha, pero era sobre todo ruda, salvaje en sí misma. Ya tenía la piel de la punta recogida, mostrando un glande violeta, oscurísimo; aquella polla era tremendamente masculina, pero monstruosamente animal a la vez.

—¿Te gusta? Pues venga... pájame...

Él no hablaba, ordenaba, y María obedecía... Llevó una de sus manos a aquel miembro y lo sujetó con fuerza. Pude sentir a través de ella aquel tacto áspero de aquel miembro que desprendía una virilidad extrema. Él no parecía inmutarse, hasta que sus labios se juntaron otra vez. La sujetaba por la cara mientras ella le masturbaba, como llevando su mano, mecánica, hacia él y hacia ella, al tiempo que ponía su otra mano en la cintura de él.

María quería tomar el control con aquella paja que habría dejado fuera de combate a cualquiera en pocos segundos.

Se besaban... le pajeaba... Y yo podía disfrutar durante al menos un instante, del morbo supremo de verla así; disfrutando de aquella paja y disfrutando de aquellos besos... Hasta que, al poco tiempo, él se movió un poco y ella se enredó un poco más con sus shorts hasta casi

tropezarse, y él dijo:

—Mejor quítate tus pantaloncitos del todo, que te vas a matar, arrodíllate y chúpamela.

Yo me quedé impactado. A María le tenía que hervir la sangre, o quizás estaba tan cachonda que hasta le excitaban aquellas órdenes.

—¿Qué tal la come? ¿Bien, no? Tiene pinta —dijo mirándome.

—¿Me puedes hablar mejor? Me estoy hartando —dijo ella, sorprendiéndome, pero sin poder contenerse más.

—Te estoy hablando perfectamente —replicó y María no quiso seguir por ahí. Cuando me pude dar cuenta comenzaba a quitarse los shorts, que se le enganchaban en los tacones de los zapatos, y, por primera vez, me miró, de reojo. Lo que vi fue a una María acalorada, sofocada, con las mejillas ardientes y gesto de estarse conteniendo. Excitada y sobrepasada... Y, para mi desgracia, sí me pareció ver algo de miedo, o de al menos tensión exagerada, en sus ojos.

Mientras ella completaba la operación vi como Roberto echaba una mirada a su alrededor. Yo seguí aquella mirada y se me puso el corazón en un puño. Me sobresalté. Era obvio lo que estaba viendo, si bien no decía nada, aún. Las dos maletas abiertas... la de María con aquellos pantalones de cuero... pero sobre todo la mía con aquellas dos pollas de goma, y, al lado, las medias y el ligero de María.

—¿Te dejas puestos los zapatitos de guarra? Pues mejor, oye —dijo mientras María se incorporaba, siempre buscando conflicto, y yo me temía que lo que quería era una bofetada de María, para que explotara todo. Me imaginaba esa explosión y casi me saltaban las lágrimas del pavor.

—Shh... calla... —dijo ella, dócil.

—No me callo... ¿por qué me voy a callar? Ven aquí —dijo, y la atrajo hacia sí.

Se besaron de nuevo, pero esta vez la polla dura de aquel gigante golpeaba de forma aleatoria la camisa de María, a la altura del abdomen. Ella llevó entonces su mano a aquella polla, para volver a sentirla o para que no la manchara, o para las dos cosas.

—Venga, chúpamela... —insistió él, en su oído, y María abandonó aquel miembro para comenzar a desabrocharle aquella enorme camisa azul.

En aquel momento, y a pesar de la tensión irrespirable y al miedo de que todo se torciera, vi a aquel peligroso gigante sorprendentemente atractivo. Y pude entenderla más, comprender su mano izquierda. María iba descendiendo con su boca por su cuello y por su pecho, a medida que iba desabotonando aquella camisa, y él la sujetaba levemente por la cabeza. Toda la rudeza de las palabras de él eran rebatidas con gestos dóciles de ella, como si quiera calmarlo. Besaba sus pectorales y después sus abdominales marcados y él dijo:

—No hace falta que te recrees tanto. Más dura no se me va a poner.

María dejó de besar y desabrochó, allí de pie, los botones restantes. Se iba a arrodillar frente a él, y yo me iba a morir.

—¿Qué? ¿Tú no te empalmas siquiera? —preguntó, mirándome, al tiempo que María se arrodillaba frente aquel pollón ancho y oscurísimo.

—Sí... —dije en un tono tan leve que dudé de que me hubiera oído... al tiempo que veía como María, arrodillada, bajaba aún más la cabeza... En seguida lo vi claro, entendí aquella cabeza tan abajo... María sacaba la lengua... y comenzaba a lamer sus huevos... Movía su lengua con lentitud... en recorridos largos, lamiendo, impulsando así aquella pesada bolsa, hacia arriba.

Él llevaba una de sus manos a la melena de María y con la otra se apartaba un poco la camisa azul y ponía aquel brazo en jarra, con una chulería extrema, gustándose, enseñando pectorales y abdominales, para ella, o para él mismo; quizás sintiendo que aquel cuerpazo suyo merecía

perfectamente aquella mamada de aquella mujer guapísima. Creyéndose merecedor de todo e incluso, quizás, creyéndose hasta superior a ella.

La miraba, con gesto serio, viendo como aquella belleza impresionante le comía los huevos, a su merced, cuando, de golpe, me dijo:

—¿No serás maricón, no? Un amigo de mi hermano era mirón cornudo como tú, y hacia esto como vosotros, y al final resultó ser maricón.

Yo no sabía si esperaba mi respuesta o solo le gustaba escucharse, cuando miró de nuevo hacia abajo y golpeó un poco con su polla en la cara de María. Ella apartó aquel miembro y siguió chupando y lamiendo aquellos huevos, queriendo relajarse.

—Métetela en la boca ya —le ordenó.

María se retiró un poco. Llevó una de sus manos a aquel miembro durísimo y brillante. Y le miró.

—¿Qué miras? —dijo él, chulo, inmune a todas las armas que ella tenía.

Puso entonces sus dos manos sobre la base de aquel miembro al tiempo que él ponía sus dos brazos en jarra. María tras lamer levemente la punta, sin producir en él espasmo alguno, abrió su boca, separó aquellos labios húmedos y engulló todo el glande de aquel hombre. Le comía la polla a escasos metros de mí, allí, arrodillada, recreándose, gustándose y queriendo gustarle a él. Implicándose en un inicio de mamada tremenda. Yo podía sentir a través de él la lengua de María golpeando aquella punta violeta al tiempo que su boca, caliente, hacía subir la temperatura de todos.

Pero él ni suspiraba. Y no solo eso, sino que hablaba con un peso y una frivolidad que asustaban:

—Eso es... joder... cuánto hacía que no me la comía una niña rica... Llevo una racha de modernitas insoportable. Por fin una niña rica... eh... —dijo mirando hacia abajo— Gírate, gírate un poco, que te vea bien tu novio, ¿no?

María retiró su boca y llevó el dorso de una de sus manos a la comisura de sus labios, como para limpiarse, y se movió un poco, sin mirarme, de tal manera que yo ya les veía en diagonal casi de frente y él dijo:

—Venga, sigue...

Ella llevó una de sus manos al culo de él y la otra la usó para agarrar con fuerza aquel miembro y volvió a llevar su boca allí, y esta vez él sí pareció ser humano y llevó su cabeza hacia atrás y cerró los ojos:

—Ufff... eso es... Cómetela... Cómetela bien...

María seguía, implacable, llevando su cabeza adelante y atrás, su melena se movía, su cuello se movía, casi podía presentir sus pechos hincharse, queriendo salir de aquel sujetador y de aquella camisa. Cerraba los ojos y engullía aquel pollón, por fin, una polla digna de ella, de aquel cuerpo, de aquella boca que ya hacía mella en aquel chulo que llevaba una mano a la melena de ella y acompañaba la mamada con su mano.

—Eso es... cógete... cógete las tetas... y cómemela solo con la boca...

María obedeció. Llevó sus manos a sus pechos. Los abarcó sobre la camisa. Casi con mimo. Y comenzó a mover rítmicamente su cabeza, adelante y atrás, a comérsela hasta la mitad y liberarla casi por completo después.

Él llevó entonces sus dos manos a la cabeza de ella, para fijarla, y comenzó a mover lentamente su cadera adelante y atrás. María, arrodillada, con las manos en sus pechos, los ojos cerrados, la boca abierta y la cabeza quieta... dejaba que aquel cabrón le follara la boca a su gusto. Roberto comenzó a resoplar y a repetirle: “Qué boquita tienes... qué boquita tienes, joder”

y abría los ojos, y me miraba, con chulería, como si pretendiera darme una clase de cómo follarle la boca a mi propia novia. El sonido que emanaba de aquella polla martilleando la boca de María se hizo casi gutural, pues se la incrustaba sin cuidado alguno... Y él dijo: “Eso es... deja caer saliva... babéate bien... que sea guarro, joder... siéntete guarra tú...” Y yo pude ver cómo caía saliva por la comisura de los labios de María, cayendo por su escote y por su camisa.

Él la sacó entonces por completo de ella, echando muchísimo su cadera hacia atrás, y le dijo: “Ahora sí, mírame” y María abrió los ojos y él avanzó con su cadera hasta meterle la polla en la boca otra vez. Haciendo que su pollón se marcara en su mejilla, llenándole la boca. Y después otra vez. Y otra vez y la retiró. Y cada vez que la apartaba, un reguero de saliva y preseminal creaba un puente entre sus labios y aquella polla oscurísima y a veces aquel líquido caía, manchándole las tetas, la camisa y el cuello... y ella respondía a cada invasión con un sonido gutural, grotesco, pero morboso y él jadeaba y suspiraba, serio, cada vez que la penetraba en la boca. De la comisura de sus labios caía cada vez más líquido transparente, su escote comenzaba a brillar y su camisa ya casi transparentaba en la zona de sus tetas como consecuencia del preseminal y saliva que caían... La sacó otra vez, tiró de su pelo para que mirara más hacia arriba y le puso la polla en la cara. Ella con los ojos abiertos, y su pollón cubriéndole medio rostro, del mentón a la frente, permitió aquella vejación y él volvió a repetir la operación de metérsela en la boca, de follarle la boca, pero después comenzó a acompañar aquellas invasiones con una pequeña bofetada en la cara. Se la metía en la boca, María emitía aquel sonido guarro y asfixiado y él le daba una pequeña bofetada en la cara. Al tercer o cuarto denigrante golpe, María se apartó y le dijo:

—Para de una puta vez.

—¿Y si no paro qué? —le dijo, poniéndole la polla sobre los labios— ¿Si no paro qué? ¿Me la vas a morder?

María abrió de nuevo su boca y engulló el glande, de nuevo quedando su mejilla marcada por el relieve de aquella polla.

—Cómo me la muerdas, te parto la cara. Y a este también —dijo alzando su mirada hacia mí.

Sentí de nuevo pavor. De nuevo bloqueado. De nuevo siendo consciente de que era casi inevitable que en cualquier momento se pasara el límite y todo saltara por los aires.

Íbamos de la dominación, al morbo y a la amenaza, a toda velocidad y sin avisar.

María se la seguía chupando, como fingiendo no haber escuchado aquella última frase suya, moviendo su cabeza adelante y atrás, y él manteniendo su cuerpo quieto, hasta que él dijo, refiriéndose a mí:

—Venga, sácatela ya, joder.

Y no tardé en obedecer. Como hipnotizado. Me bajé los calzoncillos y un reguero denso y transparente que nacía en la punta de mi duro miembro y moría en un charco espeso de mis calzoncillos delató mi excitación.

—Hostiá... —exclamó Roberto.

Pensé que me diría algo, denigrante, humillante, pero le habló entonces a ella:

—Joder... la debes de estar disfrutando bien, cabrona, con la mierda de polla que tienes en casa. No me extraña que vayas buscando macho por la noche.

Yo alucinaba con que María se la siguiera mamando así, a pesar de aquella amenaza previa a mofarse de mi miembro, pero quizás era lo más inteligente, o simplemente era cierto que María se volvía loca y disfrutaba, por fin, de una buena polla.

—¿Tenéis condones? Yo te la meto a pelo y me corro fuera —dijo, mientras María seguía chupando, implicada.

Él alzó entonces su mirada, sus ojos fueron a mi maleta, y dijo:

—Oye, maricón, coge una polla de esas y chúpala mientras me la chupa ella.

CAPÍTULO 51

Sin tiempo a digerir aquella orden veía como le daba otra pequeña bofetada a María. Reincidiendo. Buscando su ira y que todo explotase. Nos retaba a los dos. María no protestó ante aquella pequeña bofetada, que no llevaba fuerza, pero sí desprecio y tanteo. Y yo me seguía preguntando si María aguantaba por excitación o para no enfadarle, y, en caso de que fuera por esto último, me preguntaba si ella quería evitar el enfado de él para que la acabara follando o para evitar que saltara la chispa de la violencia.

Roberto me puso el vello de punta de nuevo, insistiendo, ordenándome que fuera hacia la maleta y chupara aquella polla de goma. Tras esa orden se retiró un poco y comenzó a quitarse los calzoncillos rosas, los vaqueros negros y los zapatos. María no se movía, arrodillada, paciente, y yo seguía sin leerla del todo bien. Mi nerviosismo era insoportable. No quería obedecer a la vez que sí. Tenía miedo, pero a la vez mi polla estaba dura como nunca.

—Tráeme agua de paso —dijo mientras se acababa de desnudar.

Sin saber muy bien a qué me llevaría aquello me quité los calzoncillos y, con la polla apuntando al techo y empapada, completamente desnudo, comencé a bordear la cama hasta alcanzar el minibar, abrirlo, coger una botella de agua, y, con el corazón en un puño, acercarme a ellos.

Roberto me recibió mirando mi miembro con una extraña curiosidad y alargó la mano para que le pasara el botellín. Se lo di. Infartado.

—Venga, coge esa polla —dijo antes de beber y yo eché un vistazo rápido a María, la cual esta vez sí miró para mí. De abajo arriba. Su mirada me dio cierta tranquilidad, tensísima, pero serena. Desprendía una templanza contenida. Ella luchaba por manejarlo, porque no explotara, y yo entendí que si ella remaba en una dirección yo no podía remar en la contraria. Si ella estaba dispuesta a ceder, hasta cierto punto, para que todo acabase bien, yo también podría permitir que él menoscabara mi dignidad, hasta cierto punto.

Me acerqué a la maleta y cogí nuestra primera polla, la primera que habíamos comprado. Me giré y vi como María bebía de aquella botella de agua. Como en una tregua asfixiante. Roberto no me miraba, su interés estaba en María, las órdenes a mí parecían mero entretenimiento, con cierto disfrute de abuso de poder.

—Ven aquí, no tengas miedo —dijo rotundo y yo me acerqué con aquella polla en la mano.

—Aquí, a mi lado —me ordenó y yo obedecí. Miraba a María para no mirarle a él, la cual se atusaba el pelo y lo echaba por su espalda, hacia atrás, despacio, y se colocó también un poco la camisa, con calma, como si con su lenguaje corporal quisiera invitarle a que bajara sus revoluciones.

—Venga, métela en la boca.

Tras escuchar eso, obedecí de nuevo, y, con los ojos bien abiertos, me metí la punta de aquella polla de plástico en la boca, mirando a María. Ella desvió la mirada. No quiso verlo. Y yo no sentí absolutamente nada, pero chupaba aquella polla lentamente; me la metía en la boca y me sentía diminuto comparado con aquel gigante que tenía al lado, imponente, con la camisa azul abierta, con sus piernas musculadas y con su torso duro. Aquel hombre me ordenó que me pajeara mientras chupaba aquel juguete sexual y yo miré de reojo la oscuridad, la enormidad, la masculinidad, el brutal grosor y la dureza de aquella polla en comparación con la mía.

Yo me masturbaba, con dos dedos, mientras él se acercaba a María, que, sumisa, sin querer

problemas, le esperaba expectante; y él posó entonces su pollón sobre un hombro de ella, sobre la camisa, de una forma extraña, y ella giró un poco su cuello, y besó aquella polla hasta con ternura.

—Mira para él mientras me la comes —mandó Roberto y María se echó un poco hacia atrás, me miró, vio a su novio chupar una polla de goma y pajearse, mirando para ella, y se metió aquel glande brillante y violeta en la boca.

María me miraba. Yo la miraba. Ella veía a su novio, a su prometido, chupando aquel juguete y pajeando su ridícula polla. Humillado pero excitado como nunca. Y yo la veía, allí arrodillada, metiéndose toda aquella carne en la boca, con su escote brillante y su camisa algo húmeda por la saliva y el pre seminal que ya había caído. Vi sus tetas queriendo escapar del sujetador y la camisa, vi sus pezones marcando la seda blanca... Vi su melena moviéndose con garbo de aquí allá mientras la chupaba. La vi cerrar los ojos de vez en cuando, no pudiendo aguantar el morbo de estarse comiendo el pollón de aquel hombre, violento y peligroso, pero indudablemente atractivo.

María se esmeraba en chuparla bien. Por él, o por ella. A veces retiraba su boca para coger aire y él le decía que se la volviera a meter en la boca y que siguiera mirándome. María quería vencerle con aquella mamada y me miraba a mí, morbosa, sin juzgarme.

Roberto, con los brazos en jarra, parecía tomarse un respiro de tanta frase hiriente y tanta orden agresiva, hasta que no pudo más:

—Tu novio la chupa mejor que tú... eh...

María no respondió, ni cambió la dinámica de aquella chupada, seguía permitiendo aquellas frases y permitiendo que aquel pollón marcara su mejillas... llenándole bien la boca. Y seguía mirándome.

—¿Seguro que no es maricón? —le preguntó.

—Sí —respondió ella, apartándose un poco.

—¿Que sí qué?

—Que seguro que no lo es —respondió y yo me sentí, ridículo y mínimo, protegido y defendido por ella.

María llevó entonces su boca más abajo y buscó de nuevo sus huevos. Yo me moría del morbo... y estaba cerca de correrme. A penas me podía tocar ya. Mis dos dedos estaban completamente embadurnados y pringosos. Verla mamar aquella polla, comerle los huevos... tan cerca... me mataba, de dolor... y de morbo... Ella se metió entonces uno de sus huevos en la boca... y tiró de él... y cerró los ojos.

—Joder... no me querías ni chupar los dedos y mírate ahora, eh. No sé para qué te querías hacer la monjita... —le dijo, repulsivo, llevando sus manos a la camisa de ella, para cerrarle el primer botón, el más cercano a su cuello, quedando entonces todos los botones de la camisa abotonados.

Ella abandonó sus huevos para lamer aquella punta que soltaba gotas transparentes de cuando en cuando. La envolvía con su lengua y me miraba. Le daba pequeños golpes y después trazaba círculos. Ponía su lengua sobre aquel glande por encima... y después por debajo... Nunca la había visto mamar así... Y yo sentía que no podía más... que mi corazón explotaba y mi polla también.

—Joder con la niña rica... Cógete las tetas otra vez, como antes, mientras me la comes —dijo hiriente y María, mirándome, obedeció— Eso es... pija tetuta... cógetelas mientras me la comes....

Sentí entonces si no la ira, al menos sí que aquello la sulfuraba... Y quizás él lo vio también y quiso de nuevo buscar la confrontación, pues, mientras ella engullía hasta casi la mitad y cerraba los ojos él la llamó de nuevo pija tetuda y le dijo que la chupaba como una puta.

María apartó la boca y le miró con odio. Se limpió los labios con el dorso de la mano y dijo:

—¿Es necesario que hables así?

—¿Por qué? ¿Por lo de puta o por lo de pija tetuda? ¿Eres una niña rica tetuda o no lo eres? —dijo, especialmente serio, y yo me infarté, y aparté aquella polla de goma de mi boca.

—Te digo que dejes de hablar así —protestó María, pretendiendo que aquello sonara como una orden, y yo me temí lo peor.

—Tú eres una pija tetuda y tu novio un maricón —dijo él y ella se puso en pie, frente a él.

El momento había llegado, era imparable, todo iba a salir mal. Roberto llevó sus manos a los pechos de María y los apretó con fuerza, sobre la camisa; María apartó entonces aquellas manos y le dio un bofetón en el rostro que le hizo torcer la cara.

Esperaba la réplica inminente de él, infartado, y para pararle.

—No te atrevas a darme otra hostia —le dijo él y casi antes de que hubiera acabado la frase María le daba otra bofetada, con idéntica fuerza.

Él se revolvió con rapidez y violencia y llevó sus manos al rostro de María, la sujetó por la cara y ella se echó un poco hacia atrás, él llevó su boca a la suya y ella se apartó, hasta que le hizo girar la cara y sus bocas se encontraron. María retrocedía, su cuerpo, pero su boca se rendía... y yo veía como ya le metía la lengua en la boca. María se dejaba besar y aquel gigante llevaba sus enormes manos a la camisa de María y, de dos tirones, se la abría con violencia, quedando su camisa completamente abierta a excepción del primer y del último botón, y salió a la luz un sujetador de encaje, grande, grisáceo, que cubría con presteza sus enormes pechos, pero mientras le seguía metiendo la lengua hasta el fondo, le bajó aquel sujetador de un tirón, y sus pechos salieron enormes y libres, hacia adelante, cubriendo casi por completo aquel sujetador, hasta casi hacerlo desaparecer, y sus pezones rebelaron un estado de excitación máxima. María claudicaba y se dejaba besar la boca y manosear aquellas tetas con violencia.

Abandonó su boca para besar su cuello y llevar su labios a una de sus tetas. María enredaba sus manos en su pelo y echaba su cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, dejándose comer, y él cogió uno de sus enormes pechos con una mano y se lo metió en la boca. Ella se quejó. En un extraño jadeo. Y él llevó su boca a su otra teta, abandonando la anterior, la cual había empañado con un solo mordisco. Besaba la otra, le succionaba el pezón y ella gimoteaba pero lo disfrutaba. Su cabeza parecía enorme, yendo de una teta a otra. Aquel cuerpo, grande, flexionado, volcado sobre ella, le hacía una comida de tetas tan brutal, trataba con tal rudeza aquellos dos tesoros de María, que yo sentía que me corría sin tocarme. Y de nuevo no entendía cómo pasábamos del terror al éxtasis sexual en pocos segundos.

Terminó aquella comida de tetas cuando quiso y acabó por empujarla, con fuerza contenida, y María cayó sentada, sobre la cama, con aquella camisa blanca solo cerrada por arriba y por abajo, con aquel sujetador desbordado y con aquellas enormes tetas... que resplandecían incitantes y lascivas... brillantes por su saliva, y sonrojadas por sus mordiscos. Aquellas preciosas tetas colmaban el sujetador hasta casi hacerlo desaparecer y separaban la camisa a ambos lados, con autoridad, como consecuencia de que, hinchadísimas, se desbocaban tan anchas que lo apartaban todo.

La cara de María pedía sexo. Sus tetas pedían sexo. Su coño desnudo, en contacto con la cama, casi le demandaba rozarse con la sábana para calmarse. Pensé que Roberto no podría más. Nadie podría más. Nadie no se tiraría encima de ella y la follaría. Sin embargo él se giró, me miró, y dijo:

—Ponte eso que está ahí, las medias con esas tiras que hay ahí. ¿Eso quién se lo suele poner? ¿Tú o ella?

Miré a María, sin saber si lo hacía para pedirle permiso o comprensión. Ella no me miraba. Le miraba a él.

—Y tú tócate y mírame —dijo Roberto, comenzando a masturbarse, allí, de pie, con su camisa azul abierta, con sus abdominales marcados, con aquel torso imponente, que me hacía sentir a mi frágil y enclenque, como consumido, comparado con su robustez.

Me giré hacia la maleta y escuché de Roberto un “eso es” y deduje que se refería a María, a que María se estaba acariciando el coño, pues él daba por hecho que yo obedecería a todo con menos réplica que ella.

Cogí aquellas medias negras y aquel ligero a juego, sentí un tacto hasta demasiado suave y que irradiaba una feminidad extrema, lo cual me incomodaba aún más... Dudé. Era demasiado humillante... pero pensé entonces que si María estaba aguantando todo lo que él le estaba echando encima, conociendo además su orgullo, yo también podría remar con ella para que la cosa no se torciese. Pensé también que no por ponerme aquellas medias ridículas, ni ella ni yo íbamos a poner en duda, lo más mínimo, mi heterosexualidad. Era simplemente un bochorno... un paso más en aquella locura, en aquel miedo a él y en aquella pérdida de dignidad.

Se pajeaban, se miraban. Yo no existía. Comencé a ponerme aquellas medias, sintiéndome esperpéntico, produciendo en mí un rechazo y menoscabo de mi honorabilidad, pero a la vez me sentía más cachondo que nunca, llegando a un estado de excitación culpable y sucio que no había sentido nunca.

Miraba de reojo cómo María separaba los labios de su coño con una mano y se acariciaba el clítoris con la otra. Le miraba encendida mientras él mantenía una mano en su cadera y con la otra se masturbaba, lentamente, devolviéndole la mirada. La sexualidad brutal que irradiaban les hacía enormes y a mí diminuto, con mi polla insulsa, acabando de ponerme aquellas medias de María. Él llevó entonces la mano que estaba en su cadera a debajo de la boca de ella y le pidió que escupiera. Ella dejó caer saliva en aquella mano y él llevó aquella saliva a la punta de su polla, lubricando su miembro con aquellas babas. Con una mano sujetaba la base y con la otra se embadurnaba, hasta que le ordenó que dejara caer saliva otra vez, pero ahora sobre sus pechos. María, con las piernas abiertas, con los labios de su sexo posados sobre la cama, sin dejar de abrirse el coño y de masturbarse, dejó caer saliva de su boca, dos veces, saliva que cayó sobre uno de sus pechos. Roberto le dijo que se acariciara justo allí y ella obedeció... y comenzó a masajearse aquella teta enorme... distribuyendo aquella saliva por toda su areola y endureciendo su pezón hasta ponerlo durísimo... mientras él se pajeaba y yo me ajustaba el ligero.

María abría la boca, entrecerraba los ojos, masajeaba con dulzura, con ternura, aquella teta enorme que desbordaba el sujetador y yo pensé que nunca le había visto los pechos así de brutales, de colosales, saliendo imponentes de su torso. Él se pajeaba y la miraba, siempre retándola y ella no siempre le aguantaba la mirada, pues entrecerraba los ojos y abría más y más la boca... como si estuviera a punto de correrse.

Y, de golpe, me miró. María veía a su novio con sus medias y su ligero puestos, en una imagen excéntrica y grotesca... y no emitió ninguna emoción... Y yo me atreví a llevar dos de mis dedos a mi pequeña polla... Y ella volvió a mirar hacia él. Habían sido solo tres o cuatro segundos... pero me llegaron para sentir un amor desbordado por ella...

Cuando, de golpe, un “Joder... Qué buena estás” salió de la boca de Roberto y María esbozó un morbosísimo: “No te corras”.

—No te preocupes porque me corra y no te la acabe metiendo, cariño. Puedes estar tranquila que te voy a follar —dijo él, autoritario, siempre desactivándola.

María llevó entonces su mano a su otra teta, la recogió un poco y dejó caer saliva allí,

mientras le miraba. Comenzó a masajear ahora aquel pecho y a frotar su clítoris con más celeridad. Se hacía un dedo tremendo mientras aquel pezón se erizaba llegando al brutal tamaño del otro. Sus areolas coronaban sus pechos de una manera impactante y sus tetas rebosaban tan colosales que hasta había que fijarse bien para darse cuenta de que abajo había un sujetador.

Los jadeos se hicieron tan extravagantes y prolongados, la boca de María se abría tanto, su coño se fundía tanto y su cabeza y su melena caían tanto hacia atrás, que parecía que su orgasmo era inminente, y Roberto se dio cuenta y le dijo: “Córrete, pija tetuda... ¿o me esperas para correrme contigo?”

María detuvo entonces un poco el ritmo de aquellos dos dedos que frotaban su clítoris, y él dio un paso, acercándose más a ella y le dijo: “Joder... cómo me pones... te mearía encima ahora mismo. Te mearía en la puta cara ahora mismo”.

María casi paró su paja por completo. Yo me infarté. Mis músculos se tensaron.

—Pídemelo —dijo él, a medio metro de ella, sin masturbarse, con su polla en horizontal, hacia ella.

—¿El qué?

—Que te mee en la cara.

—Estás loco... —dijo ella, abandonando también aquella caricia en su pecho. Quedándose inmóvil.

—Pídeme que te mee encima o le parto la cara al mirón.

Se me salía el corazón por la boca. Me quedé sin aire. No pude reaccionar.

—Está bien... méame encima —dijo María.

CAPÍTULO 52

Aquello no lo podía soportar. No podía soportar que aquello fuera a suceder porque María claudicara para salvarme. Estaba dispuesto a intervenir, sucediese lo que sucediese.

María me miró entonces, y vio a su novio, empalmadísimo, vestido con sus medias y su ligero. Yo esperaba una mirada que me mostrara miedo, que me mostrara que se prestaba a obedecer para evitar problemas. Pero vi deseo. Vi excitación. Y... la sombra de que su obediencia viniera solo, o al menos de forma muy mayoritaria, por su ansia sexual... planeaba con espesura.

—Ponte aquí, en el suelo, que si no voy a dejar la cama hecha una mierda —dijo él y yo quería encontrar en aquella melena espesa y algo sudada, en aquellas tetas que desbordaban aquel sujetador, en aquellos pezones enormes... y en aquella cara morbosa... una negativa a obedecer, y no la encontraba.

María se incorporó un poco y yo la visualicé, arrodillada frente a él, donde él le indicaba y él meándole la cara... las tetas... la boca... el pelo... y me excitaba... y me sentía culpable por ello.

—O mejor te meo en la ducha después, bien meada —dijo él y yo no sentí alivio, ni pareció sentirlo ella, y me asusté pensando en hasta dónde podríamos llegar.

—Mejor, tú, ahora, maricón, métele tu mierda de polla en la boca. Que eso quiero verlo.

Yo no me sentía con derecho a que María me la chupara, por orden suya, sabiendo que yo le repugnaba en momentos de máxima excitación, pero ella se recostó, sobre sus codos.

—Venga, maricón, que eso quiero verlo —insistió.

Me subí a la cama y, de rodillas, me coloqué al lado de ella. Ella vio a su novio, con sus medias y su ligero, ridículo, con su polla mínima, cerca de ella. Tenía que repugnarle, que darle asco, pero no emitía gesto alguno, como si comerse mi polla en aquella situación dantesca fuera un precio a pagar porque él la acabara follando.

María acercó su cuello y yo no quise mirarle a él. Quise, por un momento, olvidarme de que todo aquello obedecía a un juego macabro de aquel psicópata peligroso. Miraba hacia abajo y veía a María, con las piernas abiertas, mostrándole el coño, expuesto, entregado, esperando a aquel hombre, esperando su polla. Vi sus tetas que pedían a gritos ser acariciadas, enormes, y vi su cara, morbosa, con los ojos entrecerrados, acercarse a mí, a mi miembro. Y ella alargó la lengua y la pasó por debajo de mi polla, llegando hasta a alcanzar la mitad de mi tronco; queriendo o no, dejaba constancia de las ridículas dimensiones de mi miembro al hacer aquello.

—Métela en la boca, venga —insistió él, ansioso por ver cómo ella chupaba aquella polla exigua, disfrutando del choque, del impacto y la desigualdad, de ver aquella belleza, aquella boca, aquella lengua, chupando aquella mediocridad. Y María abrió la boca y un espeso calor me invadió... y engulló mi polla... hasta el fondo... hasta tocar sus labios con mi vello púbico... sin dificultad. La tragaba entera, dejando así constancia de lo irrisorio de mi miembro, humillándome, para ella, para mí y para él. Para los tres. Y entendí que había un motor que era común en aquella habitación, que era el de humillarme.

Mientras Roberto incidía en su incredulidad, en que nunca había visto una mierda de polla similar, María iniciaba un vaivén de su cabeza, rápido y cortísimo, pues si fuera largo mi miembro quedaría libre. Yo cerré los ojos y disfrutaba de aquel calor, de aquella humedad en mi polla... de aquel sonido húmedo de ella mamando... y sentía que me corría al imaginarme visto desde fuera, así vestido, humillado, obligado, pero a la vez agradecido por la última ocurrencia.

—Ahora siéntate en su cara. Mirando para mí. Que te coma el culo, que seguro que es lo que te gusta, eh, maricón —dijo él, disfrutando de su obra y de sus figurantes, y antes de que pudiera reaccionar, María abandonaba mi miembro, dejando aquella punta brillante, empapada en saliva, y se acostaba completamente, boca arriba.

A mí me extrañaba la rapidez con la que ya obedecía y comenzaba a sospechar que estaba dispuesta a todo, a cumplir cada uno de sus juegos, para llegar cuanto antes a su juego final, que era el de follársela.

Impulsado por la permanente amenaza implícita, la rigidez de sus órdenes y la seguridad y convicción de María, me movía torpemente, con mis piernas temblorosas, sobre la cama, hasta colocar mis pies a ambos lados del cuerpo de ella. Y flexioné mis piernas, descendiendo.

Sentí una mano en mi nalga, facilitándome el aterrizaje, y antes de que me pudiera dar cuenta, el cuello de María se movió lo suficiente como para yo notar algo duro y húmedo, cerca de mi ano e, inmediatamente después, sentir ese tacto justo en el punto exacto, haciéndome dar un respingo, sintiendo una sensación desconocida.

No sé por qué, en aquel momento, miré para él, mientras ya sentía un extraño placer que nacía en mi ano y discurría por todo mi cuerpo. Vi a aquel hombre, con la camisa abierta, musculadísimo, mirando, con rechazo y a la vez sorpresa, por la extravagancia y ridículo de la situación. Tenía ante sí el coño abierto de María, su cuerpo perfecto, sus tetas sobresaliendo, enormes, apartando todo, apartando el sujetador y la camisa, exponiendo una sexualidad absoluta e irresistible, y a la vez a su novio, vestido con aquellas medias y liguero, dejándose comer el culo, en cuclillas, abriendo la boca por el incipiente placer de notar su ano abriéndose y mojándose por aquella lengua dura. Roberto contemplaba aquella obra, aquella pareja ya completamente entregada, ya sin dignidad alguna. Yo, temeroso, apocado, pero excitado y llevado por la marea. María dispuesta a humillarse lo que fuera necesario con tal de que él la acabara follando.

—Pajéale —ordenó y yo eché una de mis manos hacia atrás, para apoyarme en la cama, y una de las manos de María me sostenía un poco el culo y me lo abría, y la otra iba a mi polla, y dos de sus dedos comenzaron a masturbarme.

Y de nuevo le miré a él, que también iniciaba una paja y yo veía su pollón y mi irrisoria polla, y entendía que María quisiera dejar fuera de combate cuanto antes la mala para disfrutar la buena. Entendí que María estuviera dispuesta a comer aquel culo, de aquel novio vestido con su liguero y medias, con tal de ser llenada, penetrada y follada salvajemente, por fin, por aquel hombre, alcanzando y disfrutando así de todo el placer y la sexualidad brutal que yo no podía darle.

Miraba para abajo y veía el cuerpo de María, la paja que me hacía, mi polla a punto de explotar. Miraba para el frente y le veía a él, serio, y enganchado a aquella imagen grotesca pero hipnótica. Y sentía un placer terrible, por la pérdida de dignidad, por la paja y por cómo María, con un talento innato para todo lo sexual, abría mi ano en lametazos cortos, intentando ya colar la punta de aquella lengua en mi cuerpo. Cerré los ojos y me sentía culpable por sentir aquel placer. Aquella presión en mi ano en combinación con la paja eran más de lo que podía soportar. Comencé a jadear, entregado, apoyándome como podía... estaba a punto de eyacular... Jadeaba de forma ridícula, casi gemía, en lo que tenía que ser una imagen grotesca, y María aceleró entonces la intensidad de la comida de culo y aceleró la paja. Ella no hablaba, solo lamía, pero yo sabía que me quería hacer explotar, que me quería fuera del juego por fin, para que entrara a jugar el que ella quería, y aquello no hacía sino excitarme. Y se escuchaban mis gemidos, vergonzantes, y yo mantenía los ojos cerrados y sentía mi ano abrirse y mi mente esbozaba unos “¡Cómeme el culo...! ¡Dios...! ¡Cómeme en el culo!” que no podía emitir en voz alta para evitar al menos un

poco de bochorno, cuando empecé a notar como toda la sangre de mi cuerpo iba hacia mi polla y... sentí algo en mi boca... en mis labios...

... abrí los ojos y vi a Roberto, de pie, a mi lado, con la polla de goma en su mano... María me pajeaba, mi corazón explotaba, y aquella polla se mantenía posada en mis labios... y la abrí... abrí la boca y le miré... y él metió aquella polla de goma en mi boca... y me la daba a chupar... me la metía y me la sacaba... en movimientos rítmicos... Yo, con aquello en la boca veía su polla, la real, la oscura, bastante dura, aunque no del todo, cerquísima de mí... y seguía mamando de aquello, excitadísimo por lo que me hacía María y por cómo me dominaba él. Y al tiempo que chupaba sentía pánico de que fuera su polla la que quisiera meterme en la boca.

Mamando de la polla que me daba él... mirándole... Entregado, humillado, poseído... sentía que me corría, que me iba a correr irremediablemente, mientras María aceleraba aún más aquella comida de culo, mientras mi ano tupido mancillaba su preciosa boca, mientras sus dedos se esmeraban, empapados, en sacarme todo el jugo que llevaba horas almacenando. Y noté cómo el clímax me alcanzaba, cómo estallaba, cómo me liberaba y un chorro denso salía disparado hacia su torso, hacia sus tetas y yo quería saber el alcance y potencia de aquel disparo, como si aquello pudiera rescatar algo de mi hombría... pero solo veía la cara de Roberto, seria, y aquella polla color carne mancillando mi boca... y sentía un placer infinito y cómo me descargaba a la vez que temía que aquel cabrón sustituyera la polla falsa por la real y acabara ya completamente con mi dignidad... Yo gimoteaba, entregado a mi orgasmo y a mi humillación, con aquello en la boca y permanentemente tenso, excitado y asustado. Y María me vaciaba, implacable y me lamía el culo sin cortarse en parecer una autentica guarra, sin pudor, sin vergüenza y yo sentía que más y más chorros abandonaban mi cuerpo, salpicando a distancia o resbalando por mi tronco y los dedos de ella.

Detuvo la paja, dejó mi polla libre y dejó caer sus brazos muertos simultáneamente a que Roberto retiraba el juguete de mi boca. Yo me puse en pie, a su lado, evitando así la tentación de él... llevando mi cara lo más lejos posible de su polla.

Y miré a María, tumbada, expuesta, boca arriba, con su torso embadurnado por mi semen, con sus tetas manchadas de aquel liquido blanco y con salpicaduras aleatorias en su camisa, y en su cuello... Con su coño permanentemente abierto y ahora bañada por mi líquido caliente, se limpiaba la mano a la cama... Y miré a Roberto, frente a frente, y él, clavándome la mirada, en una amenaza incluso más que en una orden, me dijo:

—Pónmela dura que me la voy a follar.

CAPÍTULO 53

Extasiado. Sin haberme recuperado de mi orgasmo. Mareado, por el desahogo... y por la tremenda corrida... Vacío... Me encontraba afrontando la enésima disyuntiva. Pues, cuando parecía que aquel acto viraba hacia algo más pactado, hacia el disfrute de los tres, Roberto acababa ordenando algo que podría hacer que todo se rompiera.

Me imaginé masturbándole y sentí unos escalofríos y un rechazo terribles.

María se incorporó un poco y eso hizo que algo de semen discurriera por una de sus tetas hacia la camisa, y ella llevó allí una de sus manos para no mancharse la ropa. Yo la miraba, siempre pareciendo serena, a pesar de todo... La miraba también para no mirarle a él.

Pero Roberto insistió, aún con más vehemencia, y yo le miré. Se rascó la barba, como con aquel tic que ya había visto en el bar. Su polla semi erecta me apuntaba. La miré. Y sentí de nuevo un tremendo rechazo, pero a la vez me sentí atraído por aquella pérdida de dignidad, porque no concebía nada más morboso, como cornudo, que preparar al macho para su propia novia. También, por ella, por María, para que todo saliera bien y consiguiera su premio. Pero, por otro lado, y con mucha fuerza, mi heterosexualidad luchaba y me insistía en no tocarle la polla.

Dubitativo vi como María se incorporaba más, dándonos la espalda, hasta casi sentarse.

—Ven aquí, maricón, que nos vea ella.

Roberto bajaba de la cama y yo descendía también, por otro lado. Antes de que me pudiera dar cuenta estábamos de pie, en el suelo, frente a María. Él, aún con la camisa azul abierta y la polla, monstruosa, oscura y en horizontal. Yo con las medias y ligero de María y mi polla retraída, mínima.

—Ponte de rodillas, que me la vas a comer —dijo serio y algo me subió por el cuerpo. Aquello era demasiado.

Me insistió de nuevo. Casi gritando. Tuve miedo. Me puso una mano en el hombro. Me bajó con fuerza. Me arrodillé.

Todo iba muy rápido. Demasiado. Yo no quería ni mirar a María. No quería que me viera así. No sabía si ella estaba desviando la mirada o no. Miraba al frente y veía aquella polla, apuntándome y él hacía por moverla, un poco, sin usar las manos.

Estaba atemorizado. Mi corazón palpitaba a doscientas pulsaciones. No me lo podía creer. No me podía creer lo que sucedía, pero a la vez no era capaz de controlarlo. Sentí, de una forma extraña y desconocida, que estaba dispuesto a hacerlo. Por ella. Por María. Para que todo saliera bien. Estaba convencido que era el último de sus macabros juegos y, tras el, satisfaría a María como ella merecía.

Roberto me ordenó que cerrara los ojos. Y lo hice. Casi como si aquello fuera un alivio. Pero en aquella oscuridad me vi desde fuera. Allí. Arrodillado. Así vestido. Y me imaginaba con su polla en la boca y me aterraba a la vez que suponía una pérdida de dignidad tal que me llegaba a excitar, y yo no me comprendía.

El silencio se hizo eterno. Estaba sentenciado. Solo esperaba que no se recrease. Que no abusase. Y que María me perdonase. Que entendiera que lo hacía por ella.

Noté movimiento. En la cama. Y temí que fuera María... yéndose... Esperaba que no. Deseaba que no... Ella debía entender que mi pérdida de dignidad era, sobre todo, por ella. No era un auto engaño, de hecho mi heterosexualidad me estaba matando, mandándome señales de repugnancia y rechazo que me ahogaban...

Llegué a esperar el tacto de su polla en mis labios. Me aterró. La oscuridad se hacía perpetua e insufrible. Y seguí escuchando movimiento que provenía de la cama.

—Ya te dije que era maricón. Se muere por comérmela —escuché, y sentí un alivio inmenso... pues el sonido provenía de cierta distancia. Abrí los ojos. Aquella polla oscura había desaparecido. Roberto yacía tumbado al lado de María, la cual, boca arriba, pero recostada sobre sus codos, tenía su rostro cerca de él.

Quería ponerme en pie cuanto antes, para olvidar, para borrar lo que había estado a punto de suceder, pero aún no me había recuperado. Aún ni podía moverme. Les miré. De nuevo no existía. Y vi como aquel hombre, enorme, con aquella camisa extensa como una sábana... llevaba una de sus manos a los pechos desnudos de María.

Ella, a su merced, desesperada... cansada... se dejaba manosear... y yo, desde mi posición, vi como su coño me apuntaba. Un coño que no entendía nada. Que llevaba horas abierto. Que no estaba acostumbrado a semejante desplante. Que nadie lo había tenido en aquel estado tanto tiempo sin cubrirlo con ansiedad.

Conseguí ponerme en pie y vi como aquel agresivo provocador jugaba con un pezón de María, pezón que estaba embadurnado con aquel líquido blanco, con mi semen.

—Pues aun ha echado sus chorritos el maricón... ¿no? ¿Suele echar tanto? —preguntó.

—Sí —mintió María.

—¿Sí...? Bueno... Abre la boquita... —le dijo él.

Ella obedeció entonces y él llevó su dedo, impregnado de mi leche, a sus labios... y se lo pasó por el labio inferior... de un lado a otro... como si pretendiera pintarle los labios con mi semen.

—Me siento guarrísimo hoy... —susurró— No creas que ando por ahí tocando esperma ajeno —dijo, con un peso en sus palabras siempre asfixiante.

Yo, allí plantado, contemplaba como él iba buscando gotas de semen, por sus pechos o su camisa; los recogía, y se los iba llevando a la boca de María. Al principio se los pasaba por el labio, y después comenzó a darle sus dedos impregnados a chupar. María, con los ojos bien abiertos y las tetas hinchadísimas, mirándole, se dejaba mancillar la boca. Expectante y deseosa... deseosa de que acabara con sus juegos e hiciera lo que tenía que hacer.

Ella no se contuvo más y bajó una de sus manos hacia su polla, y él esbozo una media sonrisa. María comenzaba a pajearle mientras seguía dejándose ultrajar la boca... y él dijo:

—¿Qué haces...?

—Vamos... —susurró ella, desesperada.

—Vamos... qué...

—Que... me folles... —le rogó, masturbándole lentamente, con la mirada llorosa, mientras él le cerraba un poco la camisa y ocultaba uno de sus pezones para después frotarlo a través de la seda, haciendo que marcara la camisa y el pezón se pusiera aún más duro.

—Dímelo... otra vez... —dijo él— dime qué quieres.

—Que me folles...

—¿Ah sí?

—Sí...

—Pues... Dime... Dime “fóllame, hijo de puta”.

—Fóllame, hijo de puta.

Roberto se incorporó, se arrodilló, sobre la cama, a su lado. Se quitó la camisa y María pudo ver su torso sin oposición y yo su espalda musculada.

Ya estaba. Se la iba a follar. Y mi excitación se mezclaba con alivio.

Se movió hasta quedar frente a ella. María separó sus piernas para darle acceso. Él se pajeó levemente pero su polla ya lucía tremendamente dura. Quizás por la pequeña masturbación que había recibido. Quizás por lo que sabía estaba a punto de suceder.

Yo me moví, para verles bien. Ya sentía todo el deseo posible, como si no acabara de eyacular. Ya volvía a ser el Pablo, tembloroso, con el sudor en las manos, con los espasmos involuntarios, con mi corazón palpitando y mi tragar saliva aleatorio.

Roberto se acostó sobre ella. Cubriéndola entera. Con su polla cerca de su coño. Llevó sus labios a los suyos. Se dieron un beso. Sus pechos se pegaron. La melena de María caía densa hacia la cama. Ella seguía sin tumbarse del todo. Recostada. Y él comenzó a frotarse... haciendo que su polla resbalara, por fuera, por el coño hambriento de María. Ella cerraba los ojos y disfrutaba del roce... Movía un poco la cadera... buscando que aquel pollón entrase solo... pero él se las apañaba para que eso no se produjera. La besaba con fuerza en la boca. Sus lenguas se juntaban con ansia. Los pezones de María marcaban los pectorales de él y ella seguía con su cadera, en círculos y abajo arriba... buscando que aquella polla entrase.

—Verás... niña rica... Es que no tengo condones... —le susurró en el oído.

—Me da... igual... —gimió ella, con los ojos cerrados.

—¿Te la meto a pelo, entonces?

—Sí...

—¿Sí? ¿Seguro?

—Sí... por dios... fóllame... —jadeó desesperada... besándose con él.

Roberto se retiró hacia atrás. Se puso de rodillas frente a ella, la cogió por las piernas y la atrajo hacia sí. Posteriormente la hizo flexionar las piernas, de tal forma que casi tocaban los muslos de María contra su propio torso y, como consecuencia de ese movimiento, su coño quedó aún más expuesto. Llevó entonces sus manos a los tobillos de ella y los empujó hacia adelante, de forma que las plantas de sus zapatos apuntaban al techo.

Posó su pollón sobre el coño abierto de ella... La cara de María le rogaba que la penetrara ya...

Dejaba sin aire verla... recostada sobre sus codos, con sus piernas encogidas, con sus rodillas casi en sus tetas... con aquellas piernas abiertas y con sus pies en lo alto... suplicando con su mirada que la follara...

Y él, dejando reposar aquella polla sobre su sexo abierto, polla cuya negritud chocaba con lo rosáceo de su coño, le dijo:

—Parecías más difícil en el bar, eh... Y resulta que ibas sin bragas... con tus zapatitos de putón... con tu camisita de pija... tu sujetador gigante de cerda... Y salías a buscar macho... —dijo él, despectivo, mientras mantenía sus manos arriba, en los tobillos de ella y la repasaba con la mirada mientras la describía en lo que eran una colección de insultos.

María dejó caer su cabeza hacia atrás. Allí quieta. Sujeta. Y movió su cadera hacia adelante... buscando de nuevo el roce... No podía más... Se fundía allí abierta de piernas... sudada... empapada... sobre aquella cama...

—¿Salías a buscar macho sí o no? —preguntó.

María reincorporó su cara y dijo, en un hilillo de voz:

—Sí...

—¿Que sí qué?

—Que salía a buscar macho... —dijo ella, humillándose... Ridícula.

Roberto llevó una de sus manos a su miembro y la otra la mantuvo en uno de sus tobillos. Los dos tacones de María se mantenían allí, en lo alto. Llevó su polla a la entrada. Yo me acerqué... y

me llevé la mano a mi miembro, que ya estaba duro. Iba a ver cómo la penetraba por fin.

Él llevó la punta a aquel umbral y ella suspiró... llevó sus manos a sus pechos. Los abarcó como pudo. Cerró los ojos y gimoteó un “por favor” tremendamente desesperado. Y Roberto la calmó, un poco, deslizando, la punta, aquel glande hinchado y violeta, separando aquellos labios de su coño que parecían atraerlo, absorberlo. Todo el movimiento iba acompañado de un suspiro de María, largo, larguísimo, entregado, de alivio, de agradecimiento... Roberto le metía todo el glande y ella se aferraba a sus tetas y abría la boca... y su imagen chocaba con todo lo que había sido durante la noche, calentando a Marcos o a Roberto, tan recta, tan bien vestida, tan digna... Y ahora estaba allí, con la boca abierta, con las piernas separadas y con los tacones apuntando al techo, rogando ser follada, hasta el fondo, por aquel hombre que nos había hecho perder la dignidad paso a paso.

—Qué coño tienes... joder... Es enorme...

María no pudo más y dejó caer toda su espalda hacia atrás. Y él se inclinó más hacia adelante, de tal forma que ella apoyó sus piernas en sus hombros y un “Joder... así me vas a matar”, salió de la boca de María, anunciándole que si dejaba caer todo su peso, toda su polla sobre ella, la notarían demasiado.

Y entonces él me miró. Después de minutos en los que yo no había existido, él giró su cara. Tenía la punta de la polla incrustada dentro del cuerpo de mi novia y me miraba con una mueca de sorna, para que fuera testigo de su gesto, de su triunfo, mientras la follaba a su gusto.

Yo, con mi polla ridícula, con aquellas medias y aquel liguero, me pajeaba, de forma enfermiza, mientras María le rogaba que se la metiera con cuidado y él me miraba.

Y él se dejó caer... lentamente y un “¡Ohhhh...!” tremendo, fue gemido por María, y yo veía como él la invadía, hasta el fondo... se la metía hasta los huevos y ella llevaba sus manos a su culo para que se quedara allí. Y, de casualidad o no, la cara de María se giró hacia mí, y estando su mejilla contra la sábana, abrió los ojos. Me miraba, pero casi no me veía. Solo podía sentir aquel pollón dentro. Y el que me miraba con más decisión era él, que entonces se retiró un poco... y comenzó un vaivén, pausado, metiéndole la mitad de la polla y sacándola de su cuerpo, y ella acompañaba cada metida con un “¡Ohhhhh... Diosos... !” que a él le hacía sonreír y a mí me helaba la sangre.

—Vaya coño tiene la niña rica... No me extraña que no le llegue con tu polla —dijo, mirándome, mientras seguía con aquel movimiento, mecánico, lento, pero que a María la volvía loca, hasta el punto de que giró su cara hacia el otro lado y llevaba sus manos al culo de él o a sus tetas, de forma caótica y mostrando un temblor en sus manos que impactaba... como si se fuera a desmayar del más puro placer en cualquier momento.

La follada era nítida, pura, sentida. Hasta que acabó por retirarse un poco, quedando su torso recto y la cogió por las piernas, como abrazándolas y movía su culo adelante y atrás. Ella posó sus brazos sobre la cama y se agarraba a las sábanas mientras sus tetas iban y venían, temblando, moviéndose, vibrando, con el vaivén de aquella follada.

Así la estuvo follando unos minutos en los que los “¡¡Ahhhh...!! ¡¡Diooss!!” de María se hicieron constantes, en los que su mirada llorosa hacía entender que todo sacrificio y toda humillación había merecido la pena... Hasta que él se detuvo, se retiró y le dio la vuelta, casi como si fuera una muñeca.

—Ponte así, que te voy a follar como a una perra, que yo creo que es lo que más te va —dijo, déspota, sabiendo que ya nada podría herirla, mientras la siguió follando.

Al salirse de su cuerpo pude ver su polla durísima... y con una masa espesa, transparente y blanquecina... empapada por todo lo que María había estado soltando sobre aquel pollón. Al ser

aquel miembro tan oscuro, aquello que María había desprendido parecía aún más blanquecino y la imagen me dejaba sin respiración, e hizo que la enésima gota semi transparente brotara de la punta de mi miembro.

María se colocaba a cuatro patas sobre la cama, con sus tacones aún puestos, con su sujetador bajado, con sus pechos desbordándolo, y con su camisa abierta, a excepción del botón más cercano a su cuello. Y esperaba con ansia a que se la volviera a meter.

—Mira esto, maricón —me llamó y me hizo ir a ver aquel coño abierto.

Obedecí y él separó aquellos labios con sus dedos. María, a cuatro patas, esperaba y escuchaba cómo él me mostraba su sexo que tenía sus labios abiertos, como una flor enorme, casi saliéndosele del cuerpo y parecían extremada e inusualmente blandos. Tiró de uno de aquellos labios de su coño y le dio un azote en el culo que resonó por toda la habitación.

—¿Es normal cómo lo tiene? —preguntó, sabiendo que no obtendría respuesta. Mientras María bajaba la cabeza, desesperada, y dominada hasta lo esperpéntico.

Se colocó entonces tras ella. Apuntó. Y la penetró. Con crudeza. Como si no valiera nada. Como si no se estuviera follando a María. A aquella chica estilosa, elegante, guapísima... La empalaba como si fuera una furcia más de las que se ligaba cada noche. Le incrustaba aquella polla oscura como si fuera una guarra de usar y tirar.

Y yo, impactado, mareado, angustiado, dolido... pero excitado como nunca, me movía, para verles mejor... para ver y disfrutar del morbo que me daba ver cómo la empalaba en aquella postura.

Veía el culo enorme de Roberto contraerse al penetrarla. Como se contraía a cada metida, acompañando además, cada penetración, con un sonido gutural, desagradable y humillante. Veía su cara de chulo... y de triunfo, pero contenido, como si tampoco le diera tanto valor a follarla. Veía los ojos cerrados de María y su boca abierta. Escuchaba sus jadeos, sus gemidos... sus “¡¡Ohhh Diiios!!” sus “¡¡Asíiii!” y sus “¡¡Fóllame...!! ¡¡Fóllame así!” Y como él le tiraba del pelo, haciendo que su cara se levantase hacia adelante y asfixiándola un poco, como consecuencia de aquel botón que seguía abrochado. Aquel polvo iba mutando en un polvo violento y el sonido de la pelvis de Roberto chocando contra las nalgas de María se hizo rítmico en un “¡¡plas!! ¡¡plas!” que rivalizaba en decibelios con los “¡¡Asiiii!! ¡¡ Fóllame asíiii!” de María.

Aquel botón acabó por soltarse, o por romperse, y pude ver más claramente las tetas de María, enormes, colgantes, moviéndose adelante y atrás e incluso chocando entre ellas cuando aquel animal más aceleraba, pero ella no se quejaba, no le pedía que la follara más despacio. Ella, entregada, desesperada, ida, seguía gimiendo, casi gritando y él comenzó a azotarla en el culo y a llamarla perra mientras ella esbozaba unos “¡Oh, sí!” “¡Oh sí!” cortos, y tan brutales como indignos en ella. María, desbordada, cerraba los ojos y gritaba unos “¡¡Dame, cabrón!! ¡¡Dame, cabrón!! atronadores y unos “¡¡Qué bien me follas!” “¡¡Qué bien me follas, cabrón!” que exteriorizaban un agradecimiento que me hacía casi correrme. Él llegó a acelerar tanto que su polla entraba y salía de su coño en un ritmo frenético y yo pensaba que estarían despertando a todo el pasillo con aquel sonido de aquella follada brutal, cuando él, en pleno frenesí le dijo: “¡Me voy a correr en tu puta cara...!” y se lo repitió “¡Me voy a correr en tu puta cara!” y, María, tras escuchar eso... comenzó a gritar... a retorcerse... con unos “¡¡¡Ahhhh!!! ¡¡¡Ahhhh!!! ¡¡¡Me corroo!!! ¡¡¡Me corrooooo!!!” como si visualizarse recibiendo su corrida en su cara la hiciera estallar... Un “¡Córrete, puta cerda!” dicho con todo el desprecio, se solapaba con los gritos de María y él le volvía a repetir que se iba a correr en su cara y sus “¡¡Aahhh!! ¡¡Dioos!! ¡¡Jodeer!! ¡¡Me corroo!! ¡¡Me corroo!!!” me hacían estremecer y tuve que detener mi paja para no correrme.

María acababa su orgasmo y él, poseído, sorprendiéndome, sorprendiéndola, sacó la polla de

su cuerpo, la agarró del pelo, tiró de ella como si no pesara nada, como si no valiera nada, la arrastró con violencia hacia atrás, por la cama hasta bajarse ambos de allí, y la puso de rodillas frente a él, a toda velocidad, pues él se corría y, tan pronto la tuvo frente a él, arrodillada, se sacudió la polla dos segundos y de aquel oscuro y monstruoso miembro brotó un chorro enorme y blanco, espesísimo, que le cruzó la cara, de abajo arriba. María, aún sintiendo su orgasmo, recibía un segundo chorro, aún más denso, que le cruzaba la cara, dejando un reguero paralelo y le llegaba hasta el pelo. Todo aquello con la banda sonora de unos “¡¡Ohhhh!!” “Mmmm”, repulsivos, mezquinos, de Roberto que seguía pajeándose frente a la cara de María, la cual cerraba los ojos, y no se apartaba, intentando aguantar, de la forma más digna posible, aquel bombardeo de chorros en su cara. Ella mantenía sus brazos muertos, con sus tetones enormes, su sujetador arrugado bajo esas tetas hinchadas, con su camisa abierta y con la boca cerrada, permitiendo que aquel cabrón la bañara entera, y permitiendo hasta ocho o nueve latigazos de leche que la siguieron regando, mancillando su cara con aquel semen cálido... y los últimos chorros ya no brotaban con tanta fuerza sino que goteaban manchando sus tetas, su camisa y sus muslos.

María, con los ojos cerrados, humillada, sin atisbo ya de dignidad, era levantada entonces por él. La ponía de pie... le daba la vuelta... yo no entendía nada. Ella no podía abrir los ojos, allí de pie, y la pude ver mejor, pude ver mejor la cantidad de semen que bañaba su cara y él, diciéndole que aún la tenía dura, la agarró por la cadera, se agarró la polla, flexionó sus piernas, la dirigió, buscó su coño abierto y se la metió otra vez. Y se la empezaba a follar, allí de pie, frente a mí, con la cara empapada... era follada por aquel animal que se acababa de correr... La follaba con fuerza, con rabia... y ella echaba una de sus manos hacia atrás para que no la follara tan fuerte... y no podía abrir los ojos de lo bañada que estaba... y de sus pechos goteaba semen y de su barbilla goteaba semen y era la imagen más brutal y morbosa que había visto jamás.

Pero ella no protestaba, con los tacones anclados al suelo, con las piernas casi juntas, acabó siendo sujetada por el cuello, por él, y ella echaba la cabeza hacia atrás... y se veía que llegaba a disfrutar de aquella vejación máxima y sus tetas rebotaban una con la otra y llegó a abrir la boca, totalmente manchada, para gemir... mientras él le susurró: “un poco más... un poco más que sigue dura...” mientras agotaba los últimos instantes en los que su miembro mantenía la consistencia.

Poco a poco las embestidas fueron decayendo en intensidad... y él acabo por salirse. Alterado. Respirando agitadamente. Y su polla salió de allí, encharcada, y cayendo hacia abajo, demostrando que ya al final se la estaba metiendo blanda.

María, allí plantada, con los tacones, la camisa abierta y la cara bañada, alcanzó a abrir un poco los ojos y se limpiaba un poco la boca con uno de los puños de la camisa.

Yo no podía entender cómo aquel animal se había corrido de aquella manera tan brutal y ella comenzó a caminar hacia el cuarto de baño, pero entonces él la detuvo, agarrándola por la muñeca.

—¿A dónde coño vas?

—A limpiarme.

—No, no. No te limpias —le respondió.

María se giró. Él le vio bien la cara, y dijo:

—Está bien. Ya está. Ve a limpiarte.

CAPÍTULO 54

María se soltó de aquella mano que la sujetaba simultáneamente a que él dijera aquello. Como si estuviera dispuesta a lavarse dijera lo que él dijera.

Roberto mostraba algo de humanidad finalmente y ambos veíamos como María se marchaba hacia el cuarto de baño. Empapada, humillada, enfadada, pero a la vez con una cierta paz por haber alcanzado aquel clímax inmenso que solo con amantes como él podía alcanzar.

Aquel animal se recuperaba del esfuerzo físico y yo, sin moverme, me sentía incómodo al encontrarme con él a solas. Allí me tenía, vestido de aquella manera humillante, sin hacerme caso, sin mirarme, como un figurante del que echar mano cuando a él le viniera en gana.

Se escuchó el grifo del lavabo y a María escupir y yo no sabía si ir hacia ella o qué hacer y fue finalmente Roberto quién tomó esa decisión.

Fue hacia el aseo, tranquilo, enorme, con su espalda gigante, sus piernas musculadas, su culo proporcionado y su pollón grueso y oscuro colgando. Pollón que había cumplido con creces lo demandado por María.

Me quedé solo y pude oír cómo hablaban en voz baja, en un tono que parecía afable. Me sorprendió ese cambio, parecía que, después de su orgasmo, Roberto no quería más conflicto. Tampoco pensé que se estuviera disculpando, pero el tono era muy diferente.

No pude dejar pasar más de un minuto hasta que decidí asomarme a aquella puerta. En un estado de distensión, quizás contagiado por él, arrastré mis pies hasta la entrada, y desde allí miré al cuarto de baño. María estaba frente al espejo del lavabo, se secaba la cara con una pequeña toalla y Roberto estaba detrás de ella, casi pegando su pecho contra su espalda.

—¿Tienes una fuente ahí o qué? —le preguntaba ella, y de golpe no parecían un psicópata peligroso y una mujer superada y doblegada, sino que se hablaban de igual a igual.

—Me tenías cargadito... Venía acumulando desde el bar.

María colgó la toalla y se miró en el espejo. Con la camisa abierta, las tetas enormes cayendo sobre el sujetador bajado y un brillo especial en sus ojos. Estaba más guapa. Estaba calmada, templada, destensada.

Roberto comenzó entonces a acariciar su culo, con dulzura, con las yemas de sus dedos. Llevó después sus manos por su espalda, bajo la camisa, hasta que llegó al broche trasero de su sujetador. Lo soltó, lo dejó caer al suelo, y los tres pudimos ver como sus tremendas tetas descendían un poco y se disparaban hacia adelante, por fin absolutamente libres. Aquellas tetas siempre tan anchas, tan imperiales, que mantenían su camisa apartada y abierta de par en par, con una superioridad absoluta.

Le apartó un poco el pelo y la besó en la nuca. Ella cerró los ojos y llevó su mano atrás, a la cabeza de él. De golpe todo era diferente. No había prisa. Roberto ya no era el desequilibrado peligroso que parecía que podría intentar agredirla a ella o a mí en cualquier momento. Ya no era el sádico que enganchaba una orden ultrajante tras otra. De repente era un amante, enorme, corpulento y tranquilo, un semental a disposición de una hembra que muy pocas veces se encontraba ante aquella oportunidad.

Y él me volvió a sorprender, diciéndole que aún tenía semen en los pechos, y lo que vino después me hizo empalmarme tremendamente, y es que, sin dejar de estar tras ella, alargó una de sus manos y se echó jabón en ella, también se echó agua y llevó aquella mano a uno de los pechos de María. Ella apartó aún más su camisa, para que no se mojase, lo cual no tenía demasiado

sentido pues tenía también bastante restos de su semen... y entrecerró los ojos y dejó que aquel hombre comenzara a masajear, a lavar, a crear espuma... en aquella teta... y después en la otra. Aquellas tetas se llenaban de jabón, de espuma, y sus pezones se erizaban. Usaba las yemas de sus dedos para masajearla... Por fin las perfectas tetas de María eran tratadas como merecían. Dejaba sin aire aquella imagen, aquel ritual, aquella belleza... de su camisa abierta y sus tetas enjabonadas, de su ojos entrecerrados, mirándole a través del espejo... y ella agradeciéndole aquel masaje... que contenía una carga erótica tremenda, y hacía que mi polla se pusiera durísima y también le hacía empalmarse a él, pues su pollón ya palpitaba, con espasmos, tocando una de las nalgas de María.

Se echó entonces más agua y comenzó a quitar el jabón... Iba dejando aquellas tetas colosales limpias, relucientes, y las areolas comenzaron a lucir no solo enormes sino impactantemente brillantes y pulcras. María apoyaba sus manos en el lavabo y llegó a mirarme un instante... y me vio, excitado, boquiabierto, aún vestido de aquella ridícula manera, aún en la etapa anterior, y no buscó mi humillación, sino que parecía agradecerme con la mirada... agradecerme que gracias a mi juego, a nuestro juego, ella pudiera llegar a disfrutar de momentos como aquel.

La polla de Roberto alcanzó una dureza total... Su polla se apoyaba con ímpetu sobre el culo de María y, cuando consideró que aquellas magníficas tetas no podían estar más relucientes, le dijo:

—Separa las piernas.

María movió sus tacones a izquierda y derecha y miró al frente. Le miraba a través del espejo. Expectante. Y él flexionó entonces sus piernas, se agarró la polla, la restregó con paciencia, hacia arriba y abajo... sobre el sexo de María... y comenzó a penetrarla... sin dificultad alguna. Se la metió hasta el fondo y María llegó a ponerse de puntillas, algo empujada contra el lavabo... y abrió más los ojos... y esbozó un “Diooos...” a medida que iba sintiendo aquel pollón adentrarse de nuevo en su cuerpo.

Yo, empalmado, les veía de lado, en aquella follada suave y sentida. Parecía que María, después de aquella locura, por fin había domado a aquel animal. Ella echaba la cabeza hacia atrás, giraba un poco su torso, pero consiguiendo que la siguiera penetrando, y se besaban. Se apoyaba en el lavabo y la cadera de él iba adelante y atrás. Se miraban a través del espejo... Él le abría más la camisa para no perder nunca de vista aquellas tetas que él había limpiado. El impacto visual era tremendo y yo entendí por primera vez que se merecían, que aquellos cuerpazos merecían aquel encuentro, aquel disfrute mutuo.

La estuvo follando así, con una lentitud exasperante, durante varios minutos... mientras yo me tocaba levemente y los “¡Ahhh... Diooos!” de María eran un melodía sentida y agradecida que impactaba. Hasta que él acabó por salirse. La hizo girar y se besaron. Le iba sacando la camisa a medida que aquel beso iba avanzando, hasta que se la sacó por completo y la dejó caer al suelo, y le dijo “ven”, cogiéndola de la mano, para llevarla hacia la bañera.

Roberto avanzó y ella le dijo que esperara, pues tenía que quitarse los zapatos. Él entró entonces en la bañera y abrió el grifo, buscando la temperatura adecuada y pronto el agua caía desde arriba y María, completamente desnuda, se encontraba de nuevo con él.

Él me miró un instante y cerró la mampara de cristal. Lo que fueran a hacer allí lo vería a través de aquel vidrio.

Del miedo a la pérdida de dignidad, y, por último, al sexo sosegado y tranquilo. Aquella parecía ser la transición improvisada de lo que iba sucediendo.

Me sentí extrañamente feliz, todo salía bien finalmente. Podía disfrutar de verlos follar, podía ver a María disfrutar y a la vez mantenía aquel poso de propia humillación permanente, por ver

como un macho se folla a tu novia en tu presencia.

Lo que vino después fue simplemente maravilloso, si bien yo cada vez podía ver menos pues a medida que aquel cristal se iba empañando sus cuerpos se iban desfigurando.

Yo no me quitaba aún aquellas medias y aquel ligüero pues aún quería sentir aquella pérdida de dignidad y humillación... y comencé a ver y a sentir sus cuerpos desde mi posición.

Tras besarse durante un largo rato, con la permanente caída de agua sobre sus cabezas y sus caras, Roberto se agachó, le apartó las piernas... y se dispuso a comerle el coño a María. Ella dejaba caer su cabeza y toda su melena hacia atrás. Se agarraba una teta y la otra mano la llevaba a acariciar el pelo de él, y él debía de comer y lamer con especial destreza, pues María comenzó pronto a gemir entregada.

Sus jadeos, sus gemidos... Todo era como un sueño, maravilloso. Yo veía su cabeza entre sus piernas y la boca de María abrirse y resoplar con fuerza. Después él se puso en pie y fue ella la que se agachó y se esmeró en ponerle la polla dura con su boca. Él la sujetaba por la cabeza y cerraba los ojos. Nadie me miraba y eso lo extrañaba, pero no por ello no disfrutaba al ver la tremenda mamada que María le hacía. Húmeda, líquida, le mataba del gusto... y él se dejaba comer la polla, con calma, sin violencia, sin insultos... Hasta que María dio por finalizada su obra y se puso en pie otra vez. Estaba ya claro. Los dos estaban listos... María, por decisión propia, le dio la espalda y puso su torso contra la mampara, él se colocó detrás, todo estaba cada vez más empañado, la empujó un poco hacia adelante, de tal forma que sus tetas y sus areolas marcaron el cristal, haciéndose más grandes, más extensas... yo alucinaba con lo gigantes que parecían sus tetas al aplastarse contra el cristal.... Y un “¡Oooohhhh...!” tremendo de María me anunciaba que ya la penetraba, que ya la follaba, que la empalaba con su pollón, de nuevo, contra aquella mampara.

Lo que vino después fue mi fascinación absoluta... de ver aquel polvo, ya no contenido como contra el lavabo, pero sin la locura alarmante de lo anterior. La follaba con fuerza y sus pechos marcaban constantemente el cristal, y ella apoyaba allí sus manos y él la sujetaba por la cintura... El sonido de sus cuerpos chocar... aquel “¡Plas! ¡Plas!” constante y sonoro, junto con el ruido del agua caer, creaba un ambiente onírico y maravilloso... Los “¡Ohhh...! ¡Dioos...!” de María se hacían constantes y él se mantenía casi en silencio, solo emitiendo unos leves bufidos extraños, disfrutando sin más aspavientos de aquel cuerpo increíble.

Los dejé allí, follando... y me fui un momento al dormitorio. Desde allí seguía oyendo aquel sonido de sus cuerpos chocando y los “¡¡Oooohhhh!” “¡¡Aahhhh!” “¡¡Dioos!” de María. Me excitaba sobre manera, casi aún más, desde allí, sin verles, pues podía disfrutar en soledad de aquella maravilla, de ser plenamente consciente de que a tu novia se la está follando un auténtico semental.

Fueron unos minutos extraordinarios, estimulantes como nunca había sentido, de plena consciencia, de plenitud. Y sí, la hizo correrse allí, en aquella ducha. Lo supe yo y seguro lo supieron, al menos, los de las habitaciones contiguas. María pregonó aquel orgasmo, desvergonzada, agradecida. Gritando unos “¡¡Ahhhh! ¡¡Aahhhh! “¡¡Dioos!! ¡¡Me corrooo!” “¡¡Me corroooo!! a la vez que el ruido de sus cuerpos chocar se hacía aún más impactante y brutal. Yo visualizaba a María, empotrada contra la mampara... con sus tetas empapadas, contra el cristal, enormes... y con su boca abierta... con su coño destrozado, pero agradecido.... Con aquellos gritos... aquellos “¡¡Oooohhh! ¡¡Oooohhhh! ¡¡Me corroooo!” y yo no me tocaba porque de hacerlo eyacularía sobre el suelo de aquel dormitorio.

Después de aquel clímax el grifo se cerró. Yo intuí que vendrían al dormitorio. Me fui hasta mi posición inicial, al otro lado de la cama, y miré un instante por la ventana. Ya amanecía.

Deduje que se secaban, y acertaba, pues entraban en la habitación con los cuerpos secos aunque con los cabellos mojados. Y deduje que Roberto no se había corrido, y acertaba, pues su polla lucía erecta, enorme, y era una imagen extraña aquella de verle caminar con la polla casi apuntando al techo.

Yo no existía para ellos, pero casi me daba igual, ya había existido lo suficiente... y ella le hacía entonces tumbar boca arriba en la cama, mostrando que quería más.

Se colocó a horcajadas sobre él, sujetó aquella polla, y se sentó sobre ella... metiéndosela... hasta el fondo... Suspirando un “¡¡Ooohhhh!!” “¡¡Qué gusto.... Dios...!!” que me dejó sin aire. Y se plasmaba que a ella no le importaba dar la imagen de necesitar aquel cuerpo y aquella polla... Quería saciarse, desahogarse... para no necesitar más de aquella impactante sexualidad durante un tiempo.

Definitivamente María ganaba, finalmente había domado a aquel semental. Finalmente podía disfrutar de aquel cuerpazo y de aquel pollón con tranquilidad, marcando ella los tiempos. Aquellas vejaciones anteriores y aquel cumplimiento de sus órdenes habían aportado morbo a aquella locura y habían servido para ir llevándolo, con cuidado, hasta llegar al punto querido por ella. María le montaba, gustándose, con sus manos en su cintura, con sus brazos en jarra, mirándole, retándole y agradeciéndole, moviéndose, adelante y atrás, con sus tetas enormes, con su melena aquí y allá... Demostrándole que él no se había dado cuenta de lo que se había follado...y de lo que se estaba follando... hasta ahora...

Ahora él podía admirar con calma la tremenda mujer, la tremenda hembra a la que estaba satisfaciendo. Y los gemidos y jadeos... los “¡¡Ooohhh!!” “¡¡Mmmm...!!” de ella me mataban... y él, ya lúcido y consciente, disfrutaba de aquel cuerpo, llevando sus manos al culo de ella para acompañar sus movimientos de cadera... y hasta parecía María ahora la más soez, la que más ansia tenía de que aquel acto volviera a tornar un poco más sucio, pues... tras gustarse aquel rato con sus brazos en jarra, acabó echando su torso hacia adelante, dejando que sus tetas colgaran cerca de la boca de él, y movía su torso un poco a izquierda y derecha, dándole a chupar de una teta y luego de la otra, mientras, entre sus “¡¡Ohhh!!” “¡¡Ahhh... Cabrón...!!” y sus “¡¡Mmmmm!! ¡¡Qué polla tienes...!!” le decía también “¡¡Joder... cómemelas...!!”, “¡¡Chúpame bien las tetas... cabrón!!”.

Aquel animal engullía aquellos pechos, los babeaba, los mordisqueaba y ella se los daba a comer mientras jadeaba, poderosa. Cuando retiraba sus tetas él la miraba, rogándole que de nuevo se inclinara sobre él, para que él pudiera ahogarse allí. Y ella retrasaba aquel momento y él le clavaba la mirada, y apretaba los dientes y bufaba, buscando con sus penetraciones y alargando sus manos y apretándole los pechos, convencerla para que volviera a poner aquellas preciosas tetas al alcance de su boca. Y ella accedía, adornando aquella comida de tetas con aquellos “¡¡Cómemelas, cerdo...!!” que le encendían a él y me encendían a mí, y me demostraban, una vez más, que ella había nacido para tener aquel tipo de sexo, guarro, agresivo, casi violento.

Acabó por retirarse de nuevo hacia atrás. Para volver a montarle, con chulería, con sus brazos en jarra, mirándole, gustándose, hasta que finalmente se salió de él. Se acostaron sobre la cama y acabó él poniéndola de lado y penetrándola, en cuchara, levantándole un poco una pierna para follarla mejor.

María se dejaba follar así, en movimientos lentos y profundos. Yo me moví para verlos de frente. Su coño lucía tan abierto y salido que dejaba sencillamente sin aire... y, en aquel momento, mientras se la metía con parsimonia y ella cerraba los ojos y jadeaba, me dijo él:

—Venga maricón, tráenos un café o algo, ¿no?

Yo la miré, buscaba su aprobación, pues aquella frase me recordaba al primer Roberto y

aquello me hacía dudar si dejarla sola, pero ella no me miraba. Esperé un poco a que abriera los ojos, pero no lo hacía.

Comencé a quitarme aquellas medias y aquel liguero. Dispuesto a dejarlos solos un rato, siempre y cuando María me autorizase. Me vestía esperando su aprobación. Me sentía atraído de una forma extraña por dejarles unos minutos a solas, quizás por aquel antiguo afán de no saberlo todo.

Ya vestido, la miré de nuevo. Ella seguía recibiendo, de lado, aquel pollón. Él la abrazaba desde atrás, casi envolviéndola por completo y yo esboqué un “Salgo... un momento, entonces...” y María abrió los ojos y jadeó, con la boca abierta, y los ojos entrecerrados, y el coño ultrajado, pero en un agradecimiento constante...

No dijo nada... Impasible a mi frase, solo centrada en aquella polla que la llenaba, disfrutando, cada segundo, de lo que le quedase a aquella follada.

Cogí mi teléfono móvil, las llaves de la habitación... y me fui...

CAPÍTULO 55

Tan pronto cerré aquella puerta tuve un mal palpito. Un intangible de desconfianza. Me quedé allí, frente a la puerta. Completamente quieto. En silencio. Y pude escuchar, en tono bajo, pero con nitidez, aquellos jadeos de María, aquellos “¡Ohhh!” “¡Ooohh!”, morbosísimos. Unos jadeos, más largos, otros más cortos, y pensaba que... si aquel polvo tranquilo, en cuchara, se escuchaba desde fuera de la habitación... lo que se habría escuchado cuando la embestía con furia, a cuatro patas, y ella gritaba entregada.

Caminé hacia el ascensor, recordando, yendo mi memoria a aquella última postura, como si no la hubiera retenido por completo. Ella, de lado. Él pegado a ella, con una mano a la vista y otra tras ella. María echando una de sus manos hacia atrás, para impedir que él maniobrara de aquella manera, en aquella zona, y sentí como si me hubiera perdido algo y ahora lo viera más claro; pudiera ser que él estuviera hurgando con su dedo... cerca de su ano... intentando lo que nadie había conseguido por completo.

Aquella imagen rebotaba en mi mente. No podía estar seguro y me preguntaba el porqué de mi huida y no la entendía del todo. Pero sentía un cierto orgullo por haber soportado, por fin, verla follar, sin marearme del todo, sin vomitar, sin sollozar. Me sentía un cornudo más maduro. Y ella también había demostrado, durante toda aquella noche, un mayor control, aunque pareciera lo contrario, pues había sido una pérdida de dignidad consentida y, hasta cierto punto, controlada.

Salí del ascensor, revisé mi móvil, y no me lo podía creer.

Tenía cinco llamadas perdidas... de Edu.

Tenía además varios mensajes. Caminaba por el vestíbulo, hacia la salida, con la idea de buscar una cafetería, para coger unos cafés para llevar, para dar combustible a mi novia, para que siguiera follando, y a su macho, para que le siguiera dando placer, mientras revisaba aquellos mensajes y no daba crédito.

Un Edu visiblemente enfadado, me decía que sabía que un tipo grande se la estaba follando, que yo lo estaba viendo, y, lo que era más pretencioso y molesto, quería que yo grabara aquel acto, aquel polvo, con mi teléfono móvil. “Al menos graba el audio, quiero escuchar como grita María”.

Mi incredulidad no descendía e intentaba ordenar lo que sucedía. Deducía que María le habría estado narrando la noche, hasta la llegada de Roberto a nuestro hotel. Por tanto Edu sabría que el amante elegido por él, Marcos, no había triunfado, y que ella finalmente había elegido lo que ella había querido. Ella ganaba. Y yo también, pues la veía follando, estando yo presente. Y Edu perdía, pues no elegía amante y además María me había querido allí durante el acto, sobre todo al principio, lo cual me hacía ganar también a mí.

Me volvió a llamar y rechacé la llamada. Inmediatamente después me escribió. Amenazándome.

—No pienso grabarla, ni audio, ni video —le acabé escribiendo, en aquel vestíbulo, antes de salir a la calle.

—¿Aún se la está follando? —preguntó.

—Sí —respondí, y me sentí por primera vez con control sobre él.

Me volvió a amenazar con que si no la grababa me acordaría de él. No le hice caso. Me agradaba imaginarle desesperado, descontrolado, ¿envidioso? ¿celoso? María y yo ganábamos, él perdía.

La mañana me sorprendió, fría. Caminé un rato hasta que encontré una cafetería y pedí dos cafés. Uno para Roberto y otro para María, por si quisiera. Si bien suponía que una vez acabasen de follar, ella querría dormir hasta las doce.

Me sentía maduro. Me sentía bien. Con una plenitud extraña. Como si sintiera que por fin controlaba aquello. A María se la estaban follando y yo estaba cachondo... algo alterado, pero a la vez mantenía la cordura. Quizás fuera surrealista, pero me sentía en cierto modo orgulloso de mí mismo. Con la capacidad de decirle a alguien, sin temblar, sin gimotear: "Estoy aquí, cogiendo unos cafés, y a mi novia se la está follando un tío, en aquel hotel, a dos manzanas".

Edu me volvió a llamar. Dudé en cogerle, y en recrearme en que yo tenía el poder, pero no me apetecía ni escuchar su voz, no quería alterar mi estado, positivo... y hasta casi dichoso. No cogí aquella llamada.

No tuve prisa en volver al hotel. Entre lo que había tardado en llegar a la cafetería, pedir los cafés con calma y desandar el camino, dejé pasar más de media hora, hasta que dieron casi las nueve. Me sentía como en un sueño y, a medida que me iba acercando, deshaciendo el camino andado, me iba poniendo un poco más nervioso. Quizás hubieran acabado y estuvieran durmiendo. Quizás hubieran acabado y él se estuviera vistiendo. Quizás él ya se hubiera ido, rehusando el café. Quizás aún estuvieran follando. Recordé aquel hipotético intento de Roberto de hurgar en su ano... quizás aquello hubiera desembocado en algo, o en nada.

Subía en el ascensor, ciertamente tenso. La puerta se abrió en la planta de nuestra habitación. Las pulsaciones se me disparaban. La existencia de aquel yo cornudo más maduro no implicaba que una vez cerca de ellos mi corazón no bombease con fuerza y mis manos no sudasen. Avancé por el pasillo. Llegué a la puerta.

No me hizo falta pegar la oreja. Se escuchaban gemidos, de María, contenidos, ahogados, como si algo no la dejara jadear o respirar bien, como si estuviera amordazada...

Me aterré.

CAPÍTULO 56

Aquel mal palpito con el que había salido de allí una media hora antes se multiplicaba por mil. El hecho de haberla dejado sola con aquel animal parecía confirmarse como un tremendo error.

El corazón se me salía del pecho.

Abrí la puerta.

Los gemidos ahogados, los jadeos asfixiados... me estremecían, me agobiaban. Cerré la puerta tras de mí.

Caminé. Infartado. Atemorizado. Angustiado por saber qué descubriría. Hasta que di los pasos necesarios para abandonar la pequeña entrada y llegar al dormitorio.

Lo que vi me sobrepasó.

No entendía ni a lo que estaba asistiendo. Los bufidos ahogados de María me dejaban sin aire. Caminé un poco más, me acerqué mejor hasta comprender la gravedad y la locura de lo que aquel bestia hacía con María.

Posé la bolsa con los cafés sobre el suelo, tragué saliva.

Ví a María, a cuatro patas, sobre la cama, siendo penetrada por Roberto, pero María llevaba sus pantalones de cuero puestos. Tardé en entender que éstos estaban agujereados por la zona justa y necesaria para ser penetrada. María mantenía las piernas muy juntas y entendí el porqué de sus gemidos ahogados, y es que de su boca colgaban los calzoncillos rosas de aquel animal. No había ningún amordazamiento, ni ninguna unilateralidad. Simplemente la imagen era salvaje, el polvo era salvaje... pero lo más brutal de todo era que, al ponerme tras ellos, al fijarme bien cómo Roberto la embestía desde atrás, estando él con las piernas flexionadas y las plantas de sus pies posadas sobre la cama... veía el coño de María libre... abierto... destrozado... por lo que el pollón oscuro de aquel gigante perforaba su otra cavidad. Le daba por el culo a María. Metiéndosela hasta el fondo. La enculaba, él sí completamente, ultrajando aquel culo, humillándola con sus calzoncillos en la boca y habiéndole agujereado a saber cómo sus pantalones de cuero.

No pude evitar quedar pasmado, hipnotizado, al ver cómo aquella polla entraba en su ano, constante, martilleante, implacable. Cómo los músculos de ambos se tensaban, cómo María se agarraba a las sábanas y ahogaba en gritos de dolor y placer sus quejidos en aquellos calzoncillos rosas.

Comencé a desplazarme, aturdido, rodeando la cama por un lado y por otro. Para ver aquella polla entrar allí, con aquella vehemencia, para ver sus tetas desnudas colgando y moviéndose adelante y atrás, y su cara ida. Y es que una vez me coloqué en frente y la miré, me di cuenta de que nunca la había visto así, con sus ojos casi en blanco, bufando, como en otro mundo. Yo no podía creer que se degradara así... pero ella parecía no verlo como una degradación sino como una bendición. Y, mientras yo seguía en shock, Roberto la sujetaba por la cadera y decía: "Joder... qué culo estrecho tiene tu novia..." "Por fin la noto bien..." "Por el coño no me enteraba de nada". Y María me miró entonces, estando yo en un lateral con respecto a ellos, giró la cara y me miró, allí, enculada, solo vestida con aquellos pantalones de cuero agujereados, con los calzoncillos en la boca y con los ojos casi en blanco; le lloraban los ojos de placer, de gusto... por aquella polla partiéndola en dos y por aquella vejación máxima. Yo quería saber el origen de todo aquello, pero lo único que podía hacer era sentir.

Cuando me pude dar cuenta me había quitado los pantalones, los calzoncillos y los zapatos y me masturbaba viendo el regalo de despedida que Roberto le daba.

Aquel animal alargó después su mano, le sacó los calzoncillos de la boca y le dijo:

—Te los quito, pero no te pongas a gritar como antes. A ver si nos van a echar.

María cogió aire... miró hacia atrás, no preocupada por los decibelios de sus gritos, sino pidiendo consentimiento a su macho, pues bajó una de sus manos hacia su coño.

—Te quieres correr, eh... Te quieres correr con mi polla en el culo —dijo él y ella llevó su cara hacia adelante.

Sus palabras. Su expresión. Su mirada. El primer Roberto había vuelto. Y yo me preguntaba cuál habría sido el detonante.

—¿Le das mucho por el culo a ésta, eh, maricón? —me preguntó, sin saber que yo nunca jamás había hecho eso con ella, ni que Álvaro lo había intentado y no lo había conseguido del todo... Sin saber que él, en aquel preciso momento, le estaba desvirgando el culo a aquella pedazo de mujer.

—Vamos a hacerlo bien, eh... —dijo él, entonces, sacando del todo su polla... dejando aquel ano abierto... para volverla a llenar inmediatamente...

El grito de María fue ensordecedor... un “¡¡Aaaaahhhhh!!” tremendo, de morbo, de placer, de impresión y de dolor.

Y yo no entendía cómo cinco minutos atrás estaba en la calle y ahora veía como aquel animal le rompía el culo a mi novia.

Comenzó a penetrarla, despacio. Y ella, con un codo clavado en la cama y con la cara hacia adelante, llevaba aquella otra mano para frotarse el clítoris. Yo no sabía si ir atrás para ver cómo aquella polla entraba o ir al otro lado para ver bien la cara de María.

Y empezó a follarla, por el culo, volcado sobre ella... y ella gemía... entregada:

—¡¡Ahhh...!! ¡¡Mmm!! ¡¡Así...!!

—¿Te gusta eh? ¿Te gusta por el culo, eh?

—¡¡Aaamm...!! ¡¡Sí...!!

—¿Sí??

—¡¡Sí...!! ¡¡Así... Dame...!!

Le respondía ella, siguiéndole el juego con tal de que consiguiera arrancarle un orgasmo así. Y yo disfrutaba de aquella locura como un cornudo más maduro, más experto. Me movía, tensísimo y torpe, de un lado a otro, y Roberto me miraba de cuando en cuando con desprecio.

Colocándome frente a ellos veía el gesto chulesco de él, su gesto rudo, áspero... y cómo apretaba los dientes, de forma extraña... y veía la cara de ella, la boca abierta... con los ojos abiertos... pero sin ver nada... De lado sus tetas enormes, colgantes, moviéndose adelante y atrás, por las embestidas, con sus pezones arañando literalmente la cama. Desde atrás la penetración brutal, la polla entrando y saliendo, los huevos del semental, grandes y en movimiento, como un péndulo, prestos a descargar en aquella hembra. El coño abierto, destrozado, con los labios libres, desprendidos, desperdigados... un coño maltrecho, pero a la vez precioso, ya anteriormente vejado, pero ahora huérfano y envidioso del otro orificio.

—¿Te gusta cómo te lo rompo?

—¡¡Ohhh!! ¡¡Siii...!!

—Joder... qué estrechito lo tienes... ¡¡Joder...!! ¡¡Me voy a correr dentro...!! ¡¡Eh...!! ¡¡Me voy a correr dentro de tu culito estrecho!! ¡¡Eh!!

—¡¡Mmmm...!! ¡¡Sí!! ¡¡Sí!! ¡¡Dioos!! ¡¡Ahh!! ¡¡Aahhh!! —enloquecía ella, sin importarle nada, nada más que aquel orgasmo que ya asomaba.

Cuando él deceleró un poco, para coger aire, buscando que ella pidiera más, pero siempre sin cesar en aquella penetración, en aquella polla oscura profanándola... en aquellos huevos que rítmicamente golpeaban su coño.

—Joder.... Dame... ¡Dame un poco más! ¡Un poco más y me corro!

—¿Sí? ¿Te falta poco entonces? —preguntó, cínico, mientras alargaba una de sus manos y le apartaba la melena de la espalda, para que cayera sobre un lado.

—¡Sí! ¡Dame...! ¡Dame así...! ¡Sigue... y... y me corro...! —jadeaba ella, desesperada.

—Ya... cabrona... ya sé que estás a punto...

—¡¡Mmm... Dame!

—¡Ya te doy...! Pija tetuda... ¡Ya te doy...! ¡Cómo me pones...! Joder... con tus pantalones de guarra... con tus tetones de guarra... ¡Mírame...! —casi le gritó y ella volteó la cara— ¡Joder...! ¡Y tu cara de guarra...! ¡Qué cara de cerda tienes...! ¡Mírate...! ¡Con mi polla en tu culo eh...!

—Sí... Dios...

—¿Que sí qué?

—Que me encanta... así... —decía ella, moviendo ella misma su cadera, para metérsela bien, mirándole, obsequiándole con una cara de guarra increíble.

—En el bar no te imaginabas acabar así... ¡Eh... cabrona...!

—¡¡Mmmmm...!! ¡¡Dios...!!

—¡¡A que no!! ¡¡Eh...!!

—¡Joder...! Jo-der... no....

—Dime... dime que eres una guarra... una cerda... que te gusta que follen por el culo —dijo él, acelerando el ritmo de nuevo y ella tan pronto lo sintió se frotó con más vehemencia y su gesto cambió.

—¡Ahhh...! ¡Así! ¡Así y me voy! ¡Ah...! ¡Dame cabrón...!

—¡¡Dímelo!!

—¡¡Ahhh!! ¡¡Aaaaahhh!! ¡¡Dios!! ¡¡Me corroooo!!

—¡¡¡Dímelo!!!

—¡¡Aahhhh!! ¡¡Jooder!! ¡¡Sí...!! ¡¡Soy... soy una cerda...!! ¡¡Me gusta...!! ¡¡Aah!! ¡¡¡Aaahhh!! ¡¡Me gusta por el culo...!! ¡¡Dios!! ¡¡Me corroooo!! ¡¡Me corro, cabrón!!

Jadeaba, gritaba, María, fuera de sí, frotando su clitoris a toda velocidad, embestida por él, gritando aquellos “¡¡Me corro, cabrón!!” con todas sus fuerzas, retorciéndose del gusto, allí, empalada por el culo. Y yo me pajeaba, con la polla durísima, impactado por aquella brutalidad, por aquella sexualidad, por aquella pérdida de elegancia, de finura y de exquisitez. María, enculada y corriéndose de aquella manera tan salvaje y soez, comportándose como una auténtica cerda ante aquel desconocido que jadeaba, con la boca entreabierta, casi babeándose... repugnante...

... y, cuando María terminaba su orgasmo, él se salió de ella y dejó aquel ano abandonado, saliendo al descubierto su pollón oscuro, pero a la vez brillante y sobre todo empapado. Se llevó entonces una mano a su polla, se la sacudió solo una vez, y un chorro blanco y caliente salió disparado, manchando la espalda desnuda de María... y el resto de chorros comenzaron a resbalar por su tronco, cayendo sobre el pantalón de cuero, por una de las nalgas, dejando caer más y más líquido, hasta dejar un charco enorme y blanco, que contrastaba con la negrura del pantalón de cuero.

Aquel semental quedó extasiado y se echó hacia atrás. María se quedó quieta. Con los codos apoyados, la cabeza agachada y las piernas juntas.

—Venga maricón, métesela tú ahora por el culo —dijo, sin tiempo a que nadie se recuperase, y se bajó de la cama.

Yo, con el miembro completamente duro, esperaba que María reaccionase, pues lo había escuchado, como yo, pero no decía nada.

Roberto me insistió e iba en busca de su café. Como si tal cosa.

Sin saber aún que hacer, avancé, y me crucé con él; con su cuerpo enorme, marcado, sudado, con aquella polla casi negra que colgaba, orgullosa, imponente, después de haber hecho un trabajo impecable.

Me volvió a insistir... y me subí a la cama.

Esperaba un “no” un “apártate”, algo así, de María, pero no se producía.

Una vez colocado tras ella, tan cerca, hasta pude sentir su calor. Vi su cuerpo sudado y aquel latigazo de semen que le cruzaba la espalda. Pude sentirla. Agitada. Recién follada. Recién descargada. Podía oler el sexo que irradiaba. Casi pude oler el semen que allí yacía posado sobre el culo, sobre los pantalones de cuero.

Me incliné un poco, y vi su coño abierto... con sus labios totalmente salidos... Toqué uno de aquellos labios... y lo sentí blandísimo. Ella no reaccionó a mi roce.

Alcé la mirada, ella no se inmutaba y Roberto sorbía de su café, no del todo presente.

Acaricié aquel coño... con sutileza... y ella no emitió ningún sonido... abatida. Cansada.

Dirigí entonces mi polla, durísima. Apunté. Al coño. Pues no me veía con derecho a que nuestra primera vez por el culo fuera así, en aquel contexto de tanta locura. Me enterré dentro de ella y jadeé... desvergonzado... sentí un calor inmenso, si bien sus paredes, anchas, extensas, blandas, me recibían sin implicación alguna. Me maravillaba penetrarla después de haber sido follada por él. Me volvía loco que ella no emitiera sonido alguno, que ella apenas me notase... Me salí de ella y vi el agujero de su coño, y sus labios, en idéntica posición. Vi que nada se alteraba por mi ridícula penetración. La volví a invadir y entonces ella dijo, seca, seria:

—Por el culo, Pablo.

Me quedé bloqueado. Por su entereza. Por su seguridad. Me intimidaba que se comportara así en momentos como aquel, con aquel imponente hombre allí, que también habló:

—¿No sabes ni por dónde meterla? —dijo, con ganas de herirme, pero sin ganas de reírse, mientras ultimaba el café.

Y entonces me salí de ella, y su coño de nuevo ni lo notó, y dejé de estar de rodillas para situarme como se había colocado él, casi de pie, con las piernas flexionadas y las plantas de los pies sobre la cama, a ambos lados de María.

Mi novia alzó la cara, hacia adelante, y Roberto se acercó a ella, y, chulesco, le dijo:

—Al final te he follado fuerte, eh.

Ella no respondió y él quiso machacar más:

—De todas formas se veía que querías duro, eso se ve. Eso se veía ya en el bar.

María apartó un poco la cara y eso a él no le gustó. Cogió entonces sus calzoncillos que estaban sobre la cama y se los quiso llevar a la boca de ella, y le dijo:

—Yo me voy, pero toma, te dejo esto, de regalo —y se los quiso meter en la boca, pero ella de nuevo apartó la cara. Él se los restregó entonces un instante por el rostro, pero durante no más de un segundo, también cansado de tanta guerra, y dejó caer los calzoncillos sobre la cama.

—¿Me la metes o no, cabrón? —dijo entonces ella, sobre actuada, como si quisiera fingir, delante de él, que no le necesitábamos... que podríamos disfrutar del sexo, del sexo anal en este caso, con total plenitud.

Comencé a apuntar entonces hacia aquel ano que veía cerradísimo, mientras Roberto se

disponía a ponerse sus pantalones sin sus calzoncillos.

María bajó los codos y presioné con la punta, me volqué más sobre ella... le separaba una de las nalgas como podía, pero con los pantalones agujereados no me era fácil... no me era fácil agarrarla justo por la nalga, por la piel, hasta que conseguí meterle un poco la punta y ella dio un respingo... y hasta llegó a jadear, y yo sentí aquel jadeo sincero, no una farsa para Roberto... Y me fui enterrando, poco a poco... dentro de su ano... dentro de su culo. Yo sentía la presión, la estrechez... y ella llevó una de sus manos a una de sus nalgas... para ayudarme, separándosela... y conseguí metérsela entera, y sentí aquello ardiente, y estrechísimo... Le daba por el culo a María mientras Roberto abandonaba la habitación, sin decir nada.... Y me vi tentado de llevar mi mano a aquel semen posado sobre el pantalón de cuero... y lo hice... no me resistí, lo toqué... llevaba mis dedos allí, jugaba con la leche derramada y caliente de aquel semental que la había follado por el coño y por el culo, y lo esparcía sobre el pantalón de cuero, mientras la penetraba, lentamente, por el culo... y ella gimoteaba unos “Ohhh...” “Ooohhh...” morbosísimos.

—¿Te gusta? —le susurré.

—¿Se ha ido? —preguntó, sorprendiéndome. Seria. Brusca. De golpe en un tono neutro. Como si no tuviera mi miembro dentro de su ano. Como si nada.

—Sí, sí... se ha ido.

—Pues salte... venga...

—¿Sí? —pregunté, ciertamente humillado.

—Sí, salte... Que estoy destrozada.

CAPÍTULO 57

Me retiré y María se revolvió con rapidez, aunque algo aturdida, tocada, y se bajó de la cama. Comenzó a quitarse los pantalones y esbozó un “joder...” cuando vio el tremendo agujero y el manchón enorme y blanquísimo de semen que Roberto había vertido. Le pregunté entonces sobre cómo lo había roto.

—No sé... le metió la uña en la costura y no sé cómo coño hizo —respondió, aunque desprendiendo que no tenía demasiadas ganas de hablar.

—¿Pero cómo os dio por romperlo así? —pregunté, sabiendo que obviamente la idea había sido de él.

—No sé, Pablo. Mañana te lo cuento. Bueno, mañana no. En dos o tres horas.

No me pude resistir a preguntarle alguna cosa más, pero su idea era clara y era meterse en la cama. Me pareció ver tristeza.... O quizás lo confundía con cansancio.

Ella iba al cuarto de baño, cogía su camisa manchada y maltrecha, su pantalón agujereado... Parecía que había pasado un huracán por aquel dormitorio. Le pude ver el coño antes de que se pusiera su camisón marrón y se vio claramente que el huracán también había pasado por allí.

Yo tenía mil preguntas sobre aquella media hora en la que me había ausentado, pero sobre todo tenía dudas sobre cómo estaba ella.

Se metía en la cama y parecía bastante entera, pero tras, sobretodo, aquella despedida brutal de Roberto, destrozándole el culo, insultándola, vejándola así... parecía casi imposible de creer.

Me acosté. Y antes de disponerme a dormir la miré. Me pareció ver una lágrima.

No me atreví a dormir cerca de ella. No me atreví a abrazarla.

Nos dormimos.

Un grito. Un estruendo. Un golpe.

Me desperté.

Abrí los ojos. Entraba aire frío. La luz iluminaba aquella habitación de hotel de forma tenue, de sol aún bajo, de mañana.

Aquel grito seguía en mi cuerpo. Impactándome. Oprimiendo mi pecho. El grito había sido descorazonador. Como si te arrancaran el alma.

Miré hacia la ventana. La cortina ondeaba por el viento.

Miré a mi lado. María no estaba.

Me levanté en un segundo. Sabiendo que el terror era posible. Me desgarraba por dentro. Avancé hasta la ventana.

Mis piernas me fallaron. Me agarré a la cama. No veía bien. Conseguí alzarme hasta más o menos ponerme en pie. Me asomé a la ventana.

Miré hacia abajo. Desde aquel cuarto piso. Hacia el patio de luces. Lo vi:

Un cuerpo. Estampado contra el suelo. Unas piernas largas. Una melena extendida. Un camisón marrón.

Grité.

Vi sangre. En mis ojos. No veía nada. Un pitido en mis oídos. En mi cabeza. Gente asomándose a las ventanas. Las piernas desordenadas. La cabeza, boca abajo de María. Su cuerpo... aplastado.

Caí hacia atrás. No lo había podido soportar. Yo la había empujado. Llevaba un año empujándola.

Fingiendo siempre que podía con todo. No había podido más.

Veía todo rojo. Rojo oscuro. Como si me sangraran los párpados, las pestañas. Temblé. Como si sufriera un ataque. El dolor era inmenso. El impacto... el shock... Me desmayé.

Abrí los ojos otra vez. No sabía el tiempo que había pasado. La cortina seguía ondeando. Mis ojos estaban llenos de lágrimas. Me incorporé. Me asomé de nuevo. Allí estaba. Su frágil cuerpo. Su melena. Sus piernas. Sus delicados brazos... Su camión marrón. Había algo de sangre.

Me moría. Me morí.

Había... lo que parecía ser personal sanitario a su alrededor.

Grité. Chillé en un alarido desgarrador.

Abrí los ojos. Había más luz. Escuchaba el sonido del agua caer de la ducha. Me senté en la cama. Me apoyé contra el cabecero.

El camión marrón de María colgado de una silla. La ventana cerrada. La cortina quieta. Me dejé caer a un lado, como un niño. Se me saltaban las lágrimas.

Quería verla. Salí de la cama. Fui hacia la ducha. María salía de la bañera, envuelta en una toalla.

—Pablo es la una. Venga, dúchate, que son capaces de cobrarnos más.

La abracé.

—¿Te vienen los mimos, ahora? —dijo ella, en un reproche que en el fondo también era cariñoso, dejándose abrazar.

Entré en la ducha. Y allí maldije la terrible pesadilla. Nunca había soñado con aquella intensidad.

Después, mientras me vestía, hablaba con María sobre dónde comer, sobre cuando ir a la estación para coger el tren de vuelta y ella me sorprendía, de nuevo tan entera, y no parecía fingido.

Salimos del hotel y buscábamos algún restaurante. María vestía unos vaqueros ajustados, un jersey grueso, rosa, y una camisa a rayas por debajo. Guapísima. La María de los fines de semana. Tranquila, risueña, con gracia. No la asfixiante y erótica María del tren... ni la de la noche anterior.

Nos sentamos en una terraza. A aquellas horas del mediodía de aquel mes de abril se podía disfrutar del sol mejor que en verano. María se quitó las gafas de sol y me miró.

—¿Qué? —le dije.

—¿No vas a decir tu frase? —preguntó.

—¿Qué frase?

—Pues esa. La de siempre. La de... “¿Y ahora qué?”

Sonreí, pues su gesto, su tono, marcaban intimidad y reconciliación, si es que hubiera habido algún conflicto.

—Siempre me sorprende lo entera que estás, después de noches como la de ayer.

—¿Y qué quieres que haga? Que me pase tres días callada... en plan... yo que sé.

—No, no sé. Pero parece que me quedo más tocado yo que tú.

En ese momento su móvil se iluminó. Nos trajeron las bebidas. El camarero se retiró. Yo no veía quién la llamaba. Hasta que nos quedamos los dos solos otra vez y, mientras se llevaba el teléfono a la oreja, me dijo en voz baja:

—Es Roberto.

Me alteré y me incliné algo hacia adelante, como por acto reflejo. Me extrañaba que le cogiera el teléfono, como si tal cosa. Ella se recostaba un poco. Cruzaba sus piernas. Él hablaba y ella no decía nada. Yo estaba tan sorprendido como nervioso.

—¿Despedirte? —medio rio María— En tres horas cogemos el tren —dijo seria, mirando su reloj— Se hizo un silencio, él hablaba. Ella me miraba. Tranquila. O desviaba la mirada hacia la gente que pasaba —Pues claro que trabajo mañana— dijo y yo sospeché una propuesta —¿Que si me podría coger el día? Pues sí... —dijo ella y yo me infarté.

El que hablaba entonces era él. Parecía claro lo que podría pasar. Y entonces ella dijo:

—Espera, espera, que tienes mucho rollo —y, mirándome, dirigiéndose a mí, me preguntó:

—¿Tú te puedes coger mañana el día?

—No creo —respondí casi sin pensar.

—Que mi novio no puede —dijo ella, al teléfono, rápidamente, y yo apenas podía digerir lo que sucedía— No, no, a mí... solo me follan con el delante —dijo ella, diciendo “follan” en tono más bajo, alegrándose de manera inmensa.

Roberto parecía hablar más y ella ya ponía cara de hastío, hasta que dijo:

—¿Tus calzoncillos? Pues no sé. Yo no los cogí, quedarían allí. Espera. ¿Los has cogido tú? —me preguntó.

—Sí, los he cogido yo.

—Eso, que los ha cogido él —le dijo a Roberto, el cual le dijo algo y ella respondió:

— Sí, sí... maricón sí... pero hoy duerme conmigo, y mañana, y mañana... Y tú... paja como mucho —dijo, de forma extraña y algo infantil, raro en ella.

Hablaron un poco más hasta que María le cortó de forma bastante drástica y colgó el teléfono.

Nos trajeron la comida. La miré sin que se diera cuenta. Su pelo precioso a un lado de su cara. Su jersey grueso que la hacía abrazable... Su jovialidad, su mirada que lo iluminaba todo... La amé con locura.

—¿Y ahora qué? —dije entonces, y ella me miró, en una sonrisa.

—Pues... ahora... Resulta que nos casamos en dos meses. Así que podríamos estar tranquilitos una temporada, ¿no crees?

—¿Una temporada? —pregunté recordando que ella había dicho que todo nuestro juego quedaría como una locura de novios, por lo que, tras la boda, quedaría sepultado.

—Sí.

No quise incidir, pero me pareció claro que entonces no cerraba la puerta a repetir, aunque fuera dentro de varios meses.

Acabamos de comer y nos fuimos a un parque, arrastrando las maletas, cerca de la estación. Allí nos acabamos tirando sobre la hierba y yo comencé a recordar todas las imágenes... de la noche... de los bares, de los pubs... de nuestra habitación de hotel. Lo de Marcos parecía que había sucedido en otra vida.

Me hacía muchas preguntas pero, de todas las que había sin responder, había una que era la más importante, y la acabé soltando:

—¿Llegaste a...? No sé si miedo es la palabra, pero...

María dudó un poco.

—No, miedo no. Pero es cierto que era demasiado bruto. Hizo cosas que no me gustaron. Que con el calentón te dejas ir... pero... Vamos...

—¿Vamos, qué?

—Pues que... hubo momentos en los que no estaba a gusto... Que sigues... porque estás un poco... en la vorágine, digamos. No sé, el muy idiota aprovechó bien que yo estaba como estaba.

—Ya... —respondí, sin saber muy bien qué decir.

—Que no hice nada que no hubiera querido hacer. Solo me faltaba. Que antes le parto cara —sonrió.

Nos quedamos un rato en silencio. Hasta que la siguiente duda en la escala necesitó resolverse:

—Oye, por cierto... mis... digamos... interacciones con él...

—Ya, Pablo, no te preocupes, ni hace falta que me lo aclares. Y no me hagas recordarlo —rio.

—¿El qué? —pregunté, sin estar del todo seguro de si nos referíamos a lo mismo.

—Pues eso. Que aunque hubieras hecho eso que estuviste a punto de hacer... No por eso... ibas a ser gay, vamos. Las cosas que hará la gente por ahí en situaciones... extremas, o lo que sea.

De golpe todo parecía encajar y recordé cuando ella le había dicho a Roberto que solo quedaría con él esa noche si iba conmigo. De golpe todo era perfecto. Sentía que yo ganaba. Que María ganaba. Y entonces Edu me vino a la cabeza. Edu perdía.

Edu había intentado arrancármela, pues, si él le escogía los amantes y ella no me quisiera delante cuando estuviera con esos escogidos, yo ya no pintaría nada. Podrían hacer el juego ellos dos. Y eso habría sido el punto de partida para alejarme de ella y que ella se acercase a él. Pero, finalmente, aquella noche habían quedado expuestas las reglas del juego y era María quién las había redactado: Edu podría ordenarle que se vistiera de tal o cual manera, o que se encontrara con tal o cual candidato, pero al final la última palabra la tenía ella, y, además, siempre conmigo delante. A Edu no le quedaban más que meras propuestas, con voz, pero sin voto, y para María y para mí nos quedaba todo lo demás.

Además, a pesar de la evidente brutalidad de Roberto, nada me hacía pensar que... en unos meses, María no quisiera repetir. Quizás habíamos encontrado a ese tercero que calmara a María de vez en cuando y que la apartara del juego peligroso con Edu, el cual era su jefe y estaba dentro de su entorno. Roberto, con sus defectos, resultaba ser una auténtico semental y estaba fuera de nuestro círculo.

Aquello no significaba que María no se sintiera atraída por Edu, lo cual era obvio. De hecho me parecía que le atraía más que Roberto, pero, ponderando, era notorio que ella era lo suficientemente lista para no caer, para no arriesgarse, teniendo a Roberto accesible.

En aquellos pensamientos estaba cuando mis recuerdos volvieron a la habitación de hotel y a toda aquella locura sexual.

—María...

—¿Qué?

—¿Me puedes explicar cómo hicisteis con los pantalones?

—Puf, ya te lo contaré. Anda. Me estaba quedando dormida.

—Solo eso... Yo os dejé... como de lado y a la vuelta me encuentro con...

—Ya, ya... si no te escapas al menos un rato no te quedas contento.

—Era para llevarte el café, que no tomaste, por cierto —Hablábamos más en broma que en serio.

—Ya... ya... Sigo sin entender esas escapadas. En fin. Pues... —dudó, haciendo memoria— después de eso... me... me levantó. Es verdad. Ahí se le fue de las manos. Yo creo que ve mucho porno. Porque me quiso follar de pie.

—Sí, sí... Eso ya lo había hecho antes...

—No, no. No los dos de pie. Como que me cogió en brazos, para follarme de pie. Y que al final sí que lo hizo así.

—¿Te cogió en brazos y te folló?

—Sí. Pero vamos. Poco tiempo. Créeme que no es muy cómodo, ni para él ni para mí. Creo que estaba más al show de quedar bien que a otra cosa. Y bueno, eso. Acabamos en la cama. Le dije que me diera un respiro. Empezó entonces a curiosear. Vio el arnés... me preguntó cómo

usábamos eso... y de golpe me lo veo agujereando el pantalón —dijo ella, suelta, alegre.

Yo la escuchaba encandilado, entendiendo que lo llevábamos mejor, que lo llevábamos bien, que quizás pudiéramos tener esa vida y ser felices. Que quizás pudiéramos tener las dos vidas. Entendiendo que María me había salvado al necesitar me presente cuando quisiera colmarse y al necesitar me, incluso sexualmente, en aquellos momentos de más calma y menos excitación.

—Qué pesado... —dijo entonces ella.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada, tengo un mensaje. Será Roberto, otra vez.

Yo miraba al cielo azul, y cómo las nubes se entrecruzaban y se movían a sorprendente velocidad, pues a ras de suelo apenas se notaba brisa.

—¡Pablo! ¿Qué coño es esto? —dijo ella, casi en un grito, enseñándome su móvil.

Infartado, me giré y vi su pantalla. En grande. Enorme. Su foto. La foto de María. Sentada, recostada contra el cabecero de una cama, con su camisa blanca abierta, con su pelo tapándole las tetas, con una de sus manos tapándose el coño, con la otra recogiendo un pecho. Foto que me había enviado ella a mí, meses atrás. A María se le saltaban las lágrimas. Se ponía en pie. Era la foto que yo le había enviado a Edu. Edu se la acababa de enviar.

—Eres un hijo de puta...

Me dijo. Sin gritar. Negando con la cabeza... Con lágrimas ya brotándole de los ojos. Con una decepción enorme... Matándome...